Claudia Barzana
Un silencio.
Una traición.
Un amor que no olvida.
El susurro del viento
VESTALES

Barzana, Claudia
El susurro del viento, 1.a ed., San Martín: Vestales, 2020.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-4454-96-6

1. Novelas Históricas. I. Título
CDD 863

© Editorial Vestales, 2022.
© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar
www.vestales.com.ar
ISBN 978-987-4454-96-6
Primera edición en libro electrónico (epub): Octubre de 2022

Todos los derechos reservados.
Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

A mi padre, amante del jazz, del boxeo

y de las películas de gánsters

ambientadas en los años treinta.

En donde estés, espero que disfrutes

de esta historia.

No te alejes de tus ilusiones.

Cuando ellas ya no estén,

aún vas a seguir existiendo,

pero habrás dejado de vivir.

Mark Twain, *A tramp abroad.*

Following the Equator. Other travels.

PRÓLOGO

Buenos Aires, 1920.

Un fuerte relámpago iluminó el cielo plomizo. El ensordecedor trueno que lo sobrevino no logró acallar el alarido que emergió desde mis entrañas. La lluvia se había desatado, y el viento arrasaba con todo lo que se me cruzaba en el camino. Los charcos de tierra enlodada minaban el camino por el que andaba. La desesperación no era buena consejera, sin embargo, me había embargado por completo. Me moví por impulso sin siquiera sospechar que lo que estaba haciendo marcaría mi destino. Tenía el cuerpo mojado, no dejaba de tiritar, no por la baja temperatura, sino por lo que había sucedido en El Recuerdo. Mis talones le imprimían mayor velocidad al caballo, a la vez que las imágenes se me agolpaban en la mente sin dejar de atormentarme. Huía del lugar que me había acogido durante mis cortos dieciocho años de vida. Nunca habría querido abandonar todo aquello, pero no me habían dejado opción. Mi voz no sería escuchada; eso ya no importaba. Solo repiqueteaba en mi memoria la frase que ella me había lanzado como un dardo directo al corazón. Por ella yo habría sido capaz de todo. En ella confiaba, y era el motivo por el que había permanecido en la estancia. Sin embargo, a causa de ella la abandonaba. Observé de soslayo a mi alrededor; la constante lluvia no tenía visos de amainar. Quizás eso ayudaba a que no me estuvieran buscando y me diera algo de tiempo a huir hasta arribar a la ciudad. Debía llegar a las cercanías de la estación de tren del pueblo. Esa noche pasaba el tren de carga, esa noche de la semana en la que había tenido que huir. Si todo no hubiera sido tan desgraciado, diría que se trató de un golpe de suerte. No dejaba de pensar que, no bien se despejara un poco el camino y la muerte de don Soria tomase estado público, el personal de la estancia comenzaría con la cacería hasta encontrarme, que intentarían terminar con el culpable de la muerte del patrón de la estancia. Los nervios me mantenían alerta ante la incertidumbre de lo que podría ocurrirme. A medida que avanzaba, me cuestionaba si estaba haciendo lo correcto, si

podría dejar todo atrás y volver a empezar. Una vez más, la imagen de ella aparecía en mi mente. Probablemente, nunca se escabulliría de mi memoria. No importaba si el cándido recuerdo que yo tenía de ella, hasta lo sucedido horas atrás, se había evaporado. Tampoco si la odiaría por el resto de mi vida. Solo sabía que era parte de mí y que debería intentar sepultarla como en pocas horas más lo harían con su padre. Entre los árboles que me cobijaban, escuché cómo el tren partía de la estación. Había, pese a lo cerrado de la noche, encontrado el lugar correcto: a pocos metros de la estación, donde el tren aún no tendría velocidad y yo podría escabullirme sin ser visto, sin que nadie lo supiera.

Bajo las tibias luces del amanecer llegué a la ciudad de Buenos Aires. Bajé del tren y me detuve para orientarme. El puerto era la única escapatoria posible. Me detuve a contemplar las construcciones de ladrillo edificadas a la vera del río y me sentí pequeño. El ir y venir del personal era constante, y gran cantidad de barcos estaban anclados en las dársenas a lo largo de la ribera. Solo en dos oportunidades había estado en la gran ciudad, y lo había hecho en compañía de don Soria para adquirir mercadería. Lo único que recuerdo de la última vez fue que trabajé sin descanso cargando y moviendo la mercancía. Aunque nos hubiésemos quedado más tiempo o la actividad hubiese mermado, no habría tenido tiempo de recorrer la ciudad; además, él no lo habría consentido. El trato que me dispensaba no permitía que me distrajera del trabajo. Ese era el precio que debía pagar por permanecer en la estancia. Ya había dejado de ser aquel joven escuálido y desvalido, no solo por mi condición física, sino también por la falta de protección paterna. Hacía tiempo que mi padre había muerto; él se había ido de este mundo con el mismo cargo y condición con el que había ingresado al establecimiento. Como peón, había sabido acatar órdenes; inclusive, por momentos, parecía que una mezcla de temor y resquemor le corría por las venas. Quizás verlo actuar de esa manera talló en mí el carácter odioso con que me describían. Al ser el menor de todo el personal, aprender a defenderme había sido básico para subsistir. En los últimos dos años, mi cuerpo había cambiado a la par de la inquina que sentía por Soria. La aversión por él crecía año a año. La dureza e injusticia a la que había estado sometido me había curtido. Con el tiempo, había aprendido a no amilanarme frente a su déspota actitud. La misma que desplegaba con su hijo menor y que reservaba para ocasiones en que nadie pudiera verlo ni observarlo. Había descubierto esa actitud en una de las largas jornadas que cumplía en la estancia. Yo siempre estaba atento y alerta a todo lo que ocurriera a mi alrededor. Había notado que Ángel, el hijo de Soria, no lograba enfrentarlo, a pesar del destrato que le dispensaba. Sin embargo, el muchacho no me preocupaba. Lo único que me importaba era que nada le ocurriese a su hermana. Por eso estaba

convencido de que podía hacerle frente a todo y a todos, salvo a ella. De eso acababa de darme cuenta.

Continué recorriendo una amplia explanada de cemento bordeada por las aguas turbias del río. Grandes portones metálicos se abrían de par en par para permitir el ingreso de maquinarias y cargamentos que serían depositados dentro para luego ser clasificados y entregados. Cada tanto asomaba una construcción de la que salían y entraban personas con documentos en las manos con la prisa dibujada en los rostros. Cada uno estaba muy centrado en las ocupaciones que desarrollaban. Nada a su alrededor parecía alterarlos. Vi una oficina de venta de pasajes y hacia ahí enfilé. No me importaba el destino, sino poder irme en el primer barco que zarpase. Sin embargo, a pesar de contar con dinero, no había algún pasaje disponible. En ese instante, bajo el escrutinio del empleado sobre mí, fui consciente de mi aspecto. La lluvia no había borrado los rastros de sangre de mi camisa, como tampoco las manchas de lodo que tenía por el resto del cuerpo. Debía cambiarme, lavarme las manchas. Caminé por un pasillo y localicé una pequeña sala por la que algunos operarios salían. Me escabullí y entré. Apilada en estantes, había ropa de fajina junto a artículos de limpieza clasificados sobre una pared. Me cambié con rapidez e hice un nudo con mi ropa y la arrojé dentro de un cesto de basura. Nadie buscaría allí. Al salir, me crucé con un hombre que estaba merodeando: ya lo había notado minutos antes.

—Parece que estás apurado por conseguir un pasaje.

Tan solo mirarlo me dio mala espina. Lo que menos deseaba era llamar la atención. Apenas lo escuché y continué mi camino sin saber hacia dónde ir.

—Si cuentas con dinero, puedo solucionarte los problemas.

Me detuve.

—Puedo hacerte un pase en el barco que sale en dos horas. Si lo haces, deberías embarcar ahora mismo para completar los trámites.

Me quedé mirando el aspecto del sujeto. En vano, podía intentar ocultar la desesperación que cubría mi cuerpo. Por más que dudase de ese hombre, era la única oportunidad que tenía y no pensaba desaprovecharla.

—Solo debes pagarme y te daré un lugar en el barco en el que trabajo.

—¿Cómo sé que me dice la verdad?

—Debes confiar en mí; tengo que embarcar con dos empleados, pero uno de ellos no vino.

No podía ni siquiera analizar la propuesta: tanta urgencia tenía.

—Si continúas dudando, quizás el empleado retrasado aparezca y te quedes sin lugar.

—Está bien.

—Eso sí, deberás trabajar a bordo a cambio de comida y un espacio para dormir.

Toqué con mis dedos el dinero que había guardado. Supe que me jugaba la única carta que tenía. Entendía que ese sujeto me estaba estafando, pero eso no era lo que me angustiaba. Tampoco importaba el trabajo que debía hacer ni en qué condiciones viajaría.

—Esto es todo lo que tengo —dije y le extendí unos billetes.

—Algo más —esgrimió al tiempo que guardaba el dinero en un amplio bolsillo—, si no te comportas a bordo o incumples lo que te ordene, te dejaré en el primer puerto en que hagamos escala. Cumplirás a rajatabla lo que te pida. Me llamo Antonio, pero de ahora en más para ti soy el señor Pereyra; así te dirigirás hacia mí.

Asentí con la cabeza junto a la boina con visera de color caqui y el resto de la ropa de fajina que había sustraído. Lo seguí sin hacer preguntas porque tampoco deseaba que me las hicieran. Un amplio transatlántico estaba fondeado en una de las dársenas. En un extremo alejado del buque algunos operarios trabajaban con carretillas; en paladas, introducían, por los bolsillos laterales del navío, el carbón que alimentaría a esa descomunal masa de acero que trasladaría a miles de pasajeros.

—Por acá —me indicó Pereyra—. Callado para no complicar más las cosas.

Subimos por una escalerilla, aunque yo no dejaba de observar los movimientos en la dársena. Una larga cola de personal aguardaba para ser controlado. Solo quedaban tres personas hasta que llegase mi turno. Alcancé a ver a un joven que desde la plataforma gritaba a viva voz, batía las palmas y hacía señas al personal que estaba atendiendo. El fuerte viento de la mañana arrastraba la voz de ese joven; en medio del vendaval

alcancé a escuchar el nombre "Pereyra".

—Aquí tiene todos los datos. —Don Antonio entregó la documentación.

—¿Usted se apellida "Pesce"?

Dudé solo unos segundos ante la exhaustiva mirada de mi nuevo patrón.

—Así es —contesté al ver que no estaba completa la casilla con el nombre.

—¿Nombre?

Un pequeño asentimiento de mi nuevo patrón aprobó que lo dijera.

—Luca.

Supe que no importaba cuál dijese. Por eso prefería dar el mío, ya que acababa de enterrar el apellido familiar. De ese momento en adelante, sería un Pesce; la sangre italiana que bullía en mi interior se mantendría intacta.

—¿Tiene el documento?

Fijé la mirada en el empleado que hacía la requisitoria sin un ápice de nervios. Parecía escrutarme más de la cuenta. Los gritos del joven que pretendía subir se hacían más nítidos y escandalosos.

—¿Aquel joven lo está llamando?

—No sería el primero ni el último, todos saben a quién buscar cuando se quiere trabajo —replicó Pereyra.

—Pero…

—Este joven viene conmigo —intercedió al instante—. Completé toda la información hace días para evitar tener problemas. Debemos ponernos a trabajar cuanto antes. No venimos a disfrutar de la travesía.

La duda atravesó el rostro del personal.

—El señor Pereyra constató todos mis datos la vez pasada. Creo que me olvidé la documentación, pero, si lo necesita, puedo ir a buscarla a mi casa.

—No hay tiempo para eso —exclamó Pereyra.

La gente que hacía la cola detrás de mí se impacientaba.

—Vamos, adelante. Encárguese de que cuente con lo necesario cuando alguien más le requiera la documentación —manifestó y tildó mis nuevos datos en la planilla de personal.

Nos alejamos de allí aunque había una duda que me carcomía.

—Creo que alguien allá abajo finalmente llegó —susurré a don Antonio.

—Lo sé, suele retrasarse. Ocurre que no siempre puedo sacar algo de dinero extra.

Supe entonces que debía cuidarme de aquel sujeto, aunque en la situación que me encontraba, eso sería lo de menos. Subí los últimos peldaños sin saber hacia dónde iría, ni cuál sería mi destino. Lo único que sabía era que al fin podría alejarme de la estancia. Dejaría atrás a mi madre y la vida que había llevado en El Recuerdo. Aún mantenía grabada en mis retinas el gesto en su rostro cuando me vio llegar luego de lo sucedido en la casona.

—¿Hijo, qué ha pasado?

—Don Soria ha muerto, y estoy involucrado en el hecho.

Pude contemplar dibujada en su rostro una mezcla de horror, dolor y decepción. Lo único que no vi fue pena. Parecía estar más conmocionada por la muerte de Soria que por mi situación.

—Nadie creerá lo que puedas decir. Lo mejor es que huyas, que te olvides de esta tierra, hijo querido. Siempre serás el responsable de la muerte del patrón.

Por más que me urgía tomar una decisión y que cada minuto que corría contaba, no pude dejar de preguntarle algo.

—¿Para usted, madre, parezco un criminal?

—No importa lo que yo crea, nadie te creerá. La única opción es que te vayas y no vuelvas. Yo no importo. Te pido que me olvides, que te olvides de este lugar y que te vayas.

Yo era el culpable. No había ninguna posibilidad de que los hechos fuesen distintos. Busqué de inmediato el dinero que escondía en un tarro de la cocina: todo con lo que contaba. La miré una sola vez antes de correr y buscar un caballo para emprender la huida en plena tormenta.

Dejé a un lado los recuerdos. De nada servía evocarlos. Con ese barco a punto de zarpar, acababa de sepultar el apellido familiar y debía hacer lo mismo con el joven que alguna vez había sido. Tampoco me iba a ser fácil enterrar el sentimiento que me unía a Eva ni tomar distancia de lo que sentía. Pondría todo el esfuerzo en conseguirlo, pero en el fondo de mi ser sabía que sería imposible. Sus últimas palabras resonaban en mi cabeza. Me volteé y miré las revueltas aguas del río sin saber hacia dónde me llevaría. Un solo pensamiento me invadió desde que había logrado estar a bordo: ¿podría en algún momento regresar? Lo intentaría, pero no por mi familia, sino para recordarle a ella el gran error que cometió la noche en que mi vida cambió y mi destino quedó marcado.

Desde la cubierta del barco fijé la mirada en la costa, la niebla comenzaba a disiparse y se elevaba sobre la ribera. Ya no quedaban vestigios de la tormenta. Unos débiles rayos de luz se escabulleron entre las algodonosas nubes para dar comienzo al nuevo día. El Vestris *me alejaba de Buenos Aires; estaba convencido de que nada podría ser peor que haberme quedado en El Recuerdo.*

Capítulo uno

La ciudad del viento

Chicago, finales de 1927.

El susurro del viento desbarataba el silencio en el que estaba sumida la zona sur de la ciudad. A pesar del tiempo que llevaba instalado allí, a Luca Pesce le costaba acostumbrase al permanente y constante aullido del viento. Por momentos le era difícil reconocerse. Poco había quedado del joven inexperto que había sido alguna vez y que había tenido que abandonar su tierra. Nunca se olvidaría del arribo al puerto de Nueva York, ni del tiempo que había estado allí aprendiendo a sobrevivir. Cada momento se le había grabado a fuego en la memoria. Evitó que la mente y los recuerdos que tan bien había escondido lo distrajesen y le opacasen la velada. Esa noche, había decidido no utilizar el automóvil y se había dirigido a pie hasta el estadio Soldier Field. Alcanzó la esquina; desde allí, se extendía la hilera de personas que pugnaban por acceder. Luca no tenía necesidad de hacer ese trámite para ingresar, ya que tenía una invitación especial de uno de los protagonistas del espectáculo. El interés que había despertado la pelea de esa noche era increíble. Quienes no habían podido hacerse de una entrada, la escucharían por radio desde sus casas. Se disputaba la revancha entre Jack Dempsey y Gene Tunney en la categoría peso pesado. El año anterior, la contienda se había llevado a cabo en Filadelfia. Había sido un combate a diez asaltos en el que Tunney le había ganado a quien ostentaba el título de campeón, y le había arrebatado el trofeo. Antes de dirigirse a su butaca, enfiló hacia el vestuario para saludar a Dempsey.

—Luca, mira cómo me tienen —exclamó tirado sobre una camilla mientras lo untaban con aceite.

—No puedes estar mejor —lanzó despreocupado.

—Espero esta vez lograrlo.

—Claro que sí.

—No eres el único que cuenta con que lo haga, mira lo que recibí.

A un costado había un enorme arreglo floral con una leyenda escrita con minuciosa caligrafía que rezaba: “Para los Dempsey, en nombre de la deportividad”. La esquela no tenía firma, aunque sabía a la perfección quién la había enviado. Las buenas peleas venían precedidas de una abultada suma de dinero de las apuestas. Nadie quería quedarse fuera, menos aún perder ni un centavo. La tarjeta funcionaba solo como un recordatorio de lo que se esperaba. Dempsey debía ganar, y un modo de presionar no solo al campeón, sino a los organizadores, era poner en conocimiento que la banda más importante de Chicago estaba tras Jack Dempsey. El modo sutil con el que había obrado Al Capone había surgido a pedido del mismo boxeador para que no divulgase que él estaba amparado por su organización. El boxeo no solo se trataba de un deporte frecuentado por fanáticos, sino, también, de una fuente de ingresos muy importante. La organización de Capone contaba con decenas de miles de dólares recaudados. A pesar de que algunos pocos se mostrasen indiferentes frente a la banda, la mayoría la respetaba. Si bien en la ciudad eran varias las que se disputaban el poder, solo una lo había logrado. Más allá de la amistosa relación que los unía, existía un dinero importante por el que pelear. La bolsa que se disputaba esa noche incluía un monto millonario, una suma acorde a los pesos pesados que se enfrentaban en la contienda. El prestigio que ambos boxeadores tenían hacía que la suma de dinero fuese tan alta. Las apuestas habían comenzado una semana antes. Sin embargo, en esa ocasión, Dempsey no quería verse involucrado. Estar ligado a la organización no dejaba de despertar comentarios maledicentes. Él necesitaba ganar y olvidarse del resto. Con la excelente carrera que había hecho ya estaba conforme y, si en su mente rondaba la posibilidad de retirarse en un futuro próximo, pretendía hacerlo con honores.

—Estoy al tanto —replicó con una mueca en la boca—; es un modo de estar presente, ¿no lo crees?

—De nada sirve hablar contigo —dijo al tiempo que doblaba una

de las piernas—, es lo mismo que hablar con él.

Se refería al jefe que, en ese momento, estaría repartiendo saludos y felicitaciones a parte de los concurrentes en el recinto.

—Suerte entonces.

La admiración que Luca sentía por el boxeador se remontaba a cuando había apenas llegado a la ciudad de Nueva York. Fue allí, en el Polo Ground, que se anunciaba la pelea de Dempsey con el argentino Firpo. Luca apenas contaba con el dinero suficiente para poder acceder al espectáculo, y empeñó parte de lo que tenía para ir. Pudo ver cómo algunos inmigrantes de origen italiano se habían abalanzado sobre las vallas para tratar de ingresar al estadio. Él necesitaba ver al argentino en un combate contra quien había llevado la corona de los pesos pesados durante los últimos cuatro años. El Toro Salvaje de las Pampas, así lo habían bautizado, había logrado, no bien comenzada la pelea, darle un *uppercut* que dejó al campeón fuera de las cuerdas. Durante ese breve lapso, el argentino creyó que lo lograría. Pero el profesionalismo, la constancia, el empuje y la garra de Dempsey hicieron que se hiciese, una vez más, con el cetro de campeón. Eso había marcado la gran admiración que Luca le tenía, dado que había comenzado a foguearse en las peleas clandestinas, pero no pretendía evocar todo aquello y que lo retrasara. Miró el reloj pulsera de oro y se retiró de allí para dirigirse a la butaca ubicada en la primera fila. Los políticos más influyentes de la ciudad junto a sus mujeres estaban ya ubicados en los asientos. La estrella de cine, Estelle Taylor, esposa de Dempsey, aguardaba con expectativa el comienzo del combate en un lugar de privilegio, junto a Alfred Sloan, de la General Electric. Todos vestidos de gala, en especial las damas que habían sacado a relucir las joyas y las estolas de piel para adelantarse al crudo invierno que azotaría a la ciudad. Dos de los jueces que ocasionalmente Luca visitaba estaban sentados allí. Si bien a él no le gustaba estar en el candelero ni llamar la atención como al jefe, esa vez no dejaría que la lluvia de flashes de las cámaras fotográficas de los periodistas le hiciera perderse estar en la mejor ubicación ni disfrutar del espectáculo. Los medios periodísticos estaban allí para cubrir el evento. Esa noche, nadie hablaría de las muertes de la guerra entre las bandas mafiosas que se había desatado algunos años atrás. Chicago se había transformado en una tierra arrasada y sin ley. Nadie podía salir indemne del crimen y del delito. No había elección si se pretendía permanecer allí. Era muy difícil elegir de qué lado estar. En un bando, estaban los políticos corruptos, los jueces codiciosos y los policías sin

escrúpulos. En el otro, quienes contrabandeaban el alcohol que la gente quería y consumía. En el medio, quienes ansiaban una copa de licor, whisky o cerveza. La Ley Seca, instaurada tiempo atrás, había conseguido el efecto contrario al que se había buscado al momento de ponerse en vigor la décimo octava enmienda. El Movimiento por la Templanza, de raigambre cristiana, que bregaba porque, al fin, se instalasen los valores morales en el país –creían en la abstinencia de alcohol como uno de estos valores–, confiaban en haber obtenido la mayor de las victorias con esa resolución legal. La Ley Volstead era un hecho, y quienes apoyaban ese movimiento estaban convencidos de que se abría un nuevo modo de vivir bajo los preceptos morales y familiares que la sociedad estadounidense necesitaba. Atrás habían quedado las campañas de las activistas feministas que, en pos de recuperar a sus hombres del vicio del alcohol, habían logrado la sanción de esa ley siete años atrás; estaban cansadas de las consecuencias del alcoholismo, del destrato y de los golpes, además de tener que hacerse cargo de todas las responsabilidades del hogar. El tiempo de posguerra había sido muy complicado de manejar para los soldados y los militares que habían regresado. Las heridas invisibles que había dejado el combate tornaban, en algunos casos, insoportable la existencia. La falta de trabajo para unos y la incapacidad física para otros hacían intolerable la vida cotidiana. El alcohol se había transformado en una ayuda para vivir. Eso agravó aún más la situación: no solo se discutía sobre los beneficios de la abolición del alcohol, sino también sobre la raíz cristiana en el origen de esa ley. Los fuertes deseos del reverendo Billy Sunday, que abogaba por una nueva nación, que sobrevendría si se cumplía con la enmienda que prohibía el alcohol, navegaron en agua de borraja. Nada quedaba de los buenos augurios que había prometido semejante decisión frente a la realidad que se vivía. La Ley Seca había terminado con la manufactura, la venta y el transporte de bebidas alcohólicas, lo que había dejado desempleados a quienes trabajaban en esas actividades. La Prohibición había potenciado el fuerte deseo por beber. Solo se necesitaba de un alambique para fabricar la bebida; en los hogares, se los podía esconder para continuar con el negocio. Si eso no era posible, se habían ideado los *wine bricks*, ladrillos de jugo de uva que traían las instrucciones en una etiqueta, que indicaba cómo proceder para hacer un vino casero. La calidad era paupérrima, pero calmaba el ansia de beber. Sin embargo, se necesitaba de otra infraestructura para elaborar productos de mejor calidad, con la que la organización contaba por lo que podía comerciar la sustancia prohibida en varios puntos del país. Casi nadie se negaba a disfrutar del alcohol; y las

bandas mafiosas se peleaban por ser los reyes de las calles de Chicago.

—Pesce, por acá —indicó uno de los acomodadores que paseaban alborotados por complacer los pedidos de los invitados sin dejar de entregar el programa en el que constaban las proezas de los boxeadores.

Luca asintió con la cabeza. Antes de ubicarse saludó a los vecinos de asiento. A un lado, estaba un político de la ciudad de Nueva York, que había viajado con alguna excusa de trabajo, aunque con el oculto deseo de solo disfrutar del combate. Del otro, iba a ubicarse un juez que Luca visitaba. De vez en cuando, un sobre con dinero entregado a tiempo aplacaba cualquier mala decisión legal que pudiera tomarse. El apretón de manos entre ambos bastó como saludo. En un movimiento rápido, la bella y joven esposa del magistrado se ubicó al lado de Luca. De a poco, las luces se fueron apagando hasta quedar solo los reflectores que iluminaban el camino de los boxeadores hasta el cuadrilátero. El leve roce de los dedos de la mujer del juez sobre la mano de Luca hizo que se voltease para susurrarle.

—Lisa, compórtate.

—La semana pasada no has venido a verme.

Ella nunca había creído que pudiera verse deslumbrada por un hombre que no fuese su esposo. El poder de su marido sumado a la situación social que le brindaba estar casada con él la colmaba. Sin embargo, cuando conoció a Luca, todo a su alrededor comenzó a tambalear. Él, con ese aspecto físico y con esa mirada inquietante, se había vuelto un hombre irresistible. El desenfado con el que se movía y los silencios que tan bien manejaba lo convertían, además, en un hombre intrigante. Por más que ella buscase alejarse de él, no podía. Lo peor de todo era que sabía que para él, ella se trataba solo de una diversión. Se había convertido en su amante y, cuando él se cansase, la abandonaría por otra. Por lo que había escuchado, ninguna mujer había logrado atraparlo; estaba segura de que ella tampoco lo haría.

—No he podido.

—Te extraño y no sé qué hacer cuando no te veo.

El clamor de la concurrencia para que diera comienzo la pelea ahogaba las conversaciones que se hacían en la sala, inclusive los reclamos de Lisa. Con fastidio, ella miró hacia adelante. Luca retiró la

mano del apoyabrazos de la butaca para concentrarse en la pelea. Los vítores que acompañaron el ingreso de los púgiles se fueron acallando a medida que los hombres subían al cuadrilátero y que el árbitro daba a conocer las reglas del combate. Minutos después, se escuchó la señal de comienzo de la pelea. Cada asalto que ganaba Tunney se sentía como un cachetazo para el público, en especial para Luca que había apostado por Dempsey. El encuentro se desarrollaba de manera pareja, con una ligera desventaja para el favorito. Ambos eran muy buenos.

En el séptimo asalto, Tunney quedó atrapado entre las cuerdas cerca de una esquina y su rival desató una serie de golpes combinados, que lo dejaron sin capacidad de reacción. Los últimos dos ganchos izquierdos que le lanzó a la barbilla lo derribaron. El público se puso de pie. La pelea parecía ganada, y el fervor de los asistentes se hacía notar en el recinto. El árbitro observaba la escena: Tunney estaba tirado en la lona, mientras que Dempsey también lo contemplaba, sin regresar al rincón neutral. Esa actitud, de acuerdo al nuevo reglamento, impedía que comenzase la cuenta regresiva del *knock out*. La lentitud de Jack para enfilar hacia su rincón hizo que el comienzo del conteo se demorara, de modo que su contrincante se recobró con esos largos segundos extras.

La pelea se resolvió en los tres asaltos restantes: Tunney le ganó a un cansado, desesperado y golpeado Dempsey. Las discusiones sobre lo ocurrido arriba del ring no cesaban en la platea. El público no dejaba de opinar a favor y en contra de lo sucedido minutos antes. En medio del alboroto, Luca decidió retirarse. No lo hizo solo; varios de los invitados que estaban allí, lo imitaron. A pesar del resultado, la fiesta recién comenzaba.

—Luca —lo llamó uno de los choferes que aguardaban fueran del lugar—, ya está todo listo.

Él asintió y caminó unos pocos pasos hasta el Cadillac negro. Encendió un cigarro mientras esperaba a Capone.

—Deberíamos enseñarle a contar a ese árbitro, ¿no crees? —le dijo Al a modo de saludo.

Luca esbozó una tibia sonrisa al tiempo que le daba una calada a su cigarro.

—Lo que sucedió arriba del ring fue inesperado para todos. La responsabilidad no es de quien hizo ese conteo, sino del cambio en el

reglamento. Para mí, Dempsey sigue siendo el mejor.

—Tienes razón. No me gusta cuando a mitad de camino se modifican las reglas.

El vínculo que ambos mantenían con Dempsey hacía ver las cosas de modo diferente: había hecho todo para vencer a su contrincante; nadie esperaba ese final inesperado.

—El cambio de planes a veces es necesario, claro que no me refiero a lo que acaba de suceder en el ring.

—¿Por qué lo dices?

—He estado viendo en la ciudad otros lugares que pueden servir como tapaderas.

—Es lo que necesitamos.

Al oeste de Chicago, a una corta distancia de la ciudad, se erigía la población de Cicero. La bohemia y la tranquilidad habían marcado el ritmo del pueblo hasta que la banda de Capone se trasladó hacia allí. Desde aquel poblado era más fácil tener control de los negocios para, de ese modo, operar hacia los distintos lugares del país.

—Lo sé. Creo que el hotel Lexington es una buena opción.

—¿Qué me ofrece?

—Dos pisos a tu absoluta disposición. Desde tu despacho, podrás contemplar todo el South Side de Chicago; sin embargo, lo más interesante son los túneles que tiene.

Claro que deberían adicionar algunos paneles secretos, paredes móviles y alarmas para facilitar un escape si fuese necesario.

—¿Has estado allí abajo? ¿En qué estado están?

—En la zona del sótano, hay una red de pasadizos que se comunican con calles aledañas. Está bien, aunque podemos mejorarla. Además, queda cerca de uno de nuestros depósitos. De ese modo, se puede transportar la mercadería sin tener problemas.

—Entonces, dispón de todo lo que necesites para operar desde allí. Quiero que todo esté en perfecto funcionamiento. No pretendo

apurar las cosas. Espero que cuando estemos allá los muchachos no festejen más de la cuenta.

Luca sonrió. Las juergas se volvían interminables, en muchos casos se extendían más de un día. Era habitual que algunos de los hombres de la organización, en medio del alcohol y las mujeres, destrozaran parte del alojamiento. Claro que los gastos corrían por cuenta del jefe, y Luca se encargaba de tapar las habladurías con dinero para evitar que las cuestiones se dirimiesen de otro modo.

—En unos meses, todo estará acondicionado para el traslado.

—Está bien. Otra cosa: vi que mantienes aún buenos contactos con el juez Harrison —dijo con un sarcasmo que no pasó desapercibido para Luca.

Desde que se había instalado allí y comenzado a trabajar para la organización, había obrado con mucha cautela. Supo, de inmediato, que, si cometía excesos, los podía pagar muy caro.

—Si te refieres a Lisa, todo está terminado.

—Creo entonces que deberías explicárselo mejor. Ha estado preguntado por ti antes de que llegaras.

La cercanía de Pesce con la esposa del magistrado podía poner en peligro algún que otro favor que la banda necesitase. Si bien el dinero que el juez les cobraba debía ser suficiente para poner los oídos sordos a los rumores, se lo notaba un hombre enamorado de su mujer; algo peligroso para el negocio que llevaban adelante. Luca no estaba dispuesto a comprometer las operaciones por una aventura.

—Hablaré con ella. Igual me aseguré de que esta noche no concurra.

Poco después, una caravana de cuatro automóviles negros avanzaba por la avenida South Michigan, que atravesaba el centro comercial y cultural de Cicero, hasta llegar al hotel Metropole. Era un edificio de lujo de seis pisos que se había transformado en el cuartel general de Capone. Estaba enclavado a unas pocas cuadras del departamento de policía y del ayuntamiento. La ubicación hablaba por sí sola acerca del poder y del dominio de la organización. No había sido en vano la lucha entablada años atrás para apoyar la elección de William Thompson a alcalde. La lucha no solo se había dado entre los

simpatizantes del político y de su contrincante, sino que también se había disputado en los distintos medios de comunicación. La sangre había corrido por las calles de Cicero; la tinta, por los periódicos. El apoyo que la banda le había brindado al alcalde se había traducido en miles de dólares para la campaña política. Luego del triunfo, la organización había pasado a ocupar un lugar importante entre la ciudadanía de la localidad de Cicero. Hacía tan solo unos pocos meses, Al, junto a sus allegados, había sido invitado a participar del ágape de recibimiento del piloto italiano Francesco de Pinedo, de raigambre fascista y seguidor de Mussolini. La invitación, que incluyó un paseo en un hidroavión por el lago Michigan, no había sido más que una excusa para que Thompson se asegurarse de que no habría una manifestación antifascista. La organización evitaría que se cometiese cualquier ataque en aquel recibimiento. De ese modo, la banda había obtenido carta franca para operar, a cambio de los sobres que se repartían a los miembros de la policía y a las personalidades de la política. La protección era mutua: por un lado, las autoridades sabían que estarían protegidos de que una banda con la que no tuvieran tratos cometiese delitos; por el otro, la organización se aseguraba de ser la única que actuaba allí.

Por todo eso, Cicero había sido el lugar elegido para realizar la gran fiesta en homenaje a Dempsey. Ya no importaba que no hubiera ganado la pelea. El campeón no podía ser definido por un solo combate. Había demostrado, en su extensa carrera, la pasta de la que estaba hecho. La fuerte amistad que mantenía con algunos miembros de la organización y el estrecho vínculo que los unía hizo que el resultado no hiciera mella en la celebración. Gran cantidad de los invitados que habían concurrido a la pelea sería parte del festejo. Varias de las habitaciones del edificio estaban reservadas para extender el alcance de la fiesta. No era una novedad que las celebraciones dadas por la organización durasen más de lo habitual. En más de una ocasión había sucedido. La diversión estaba garantizada con el alcohol, que se ofrecía a raudales, y con las mujeres, que, provenientes de los burdeles cercanos, participaban de la fastuosa celebración.

Nadie que comerciara o tuviese contacto con la organización quería estar ajeno al festejo. Por otro lado, los habitantes del poblado ya estaban acostumbrados a lidiar con Capone y su gente.

—¿Te quedarás aquí?

—Solo hasta mañana, aunque la provisión de bebida me permitiría quedarme más tiempo —dijo entre risas.

—Guardaremos una parte para la fiesta en el hotel Lexington. Cuando vendemos licor se llama contrabando, pero, cuando nuestros clientes lo ofrecen en bandejas de plata, se llama hospitalidad —concluyó con una mueca sarcástica.

Al no podía quejarse de Pesce. Era un joven inteligente que manejaba de modo excelente algunas de las inversiones que la organización hacía. Entre ambos, había muy poca diferencia de edad, lo que hacía que lo sintiera cercano. Hasta el momento, Luca nunca se había metido en problemas, cosa que agradecía por demás. El trato que él le dispensaba provocaba resquemores dentro de la banda. Si bien estaba estructurada en distintas áreas, en las que cada quien era responsable de lo que le tocaba hacer, Luca había ascendido con rapidez. Capone notaba cierta distancia innata en la personalidad del joven, lo que le recordaba que su hermano Ralph le solía decir que se cuidase de Pesce. Intuía que lo que él llamaba "reserva" no podía traducirse como "deslealtad". También sabía de los celos que despertaba Luca por haberse transformado en un corto tiempo en alguien de confianza.

—Algo más, quiero que hables con mi hermano. Se lo nota un poco molesto por el tema de la adquisición de The Hideout.

Aquella finca se había adquirido por la necesidad de poner un poco de distancia de los centros en los que la organización se movía. La idea era que la propiedad ubicada en los alrededores de Wisconsin, a orillas del lago Cranberry, no solo sirviera como descanso y refugio, sino también como una estación para el contrabando que llegase desde, por ejemplo, la frontera con Canadá. Con la extensión que contaba y la ubicación de privilegio que tenía, sería imposible que otra banda intentase atacarlos. La cuestión de los papeles la había resuelto O'Hara, el abogado que se encargaba de todos los asuntos de la organización. Si bien oficialmente la propiedad era de Ralph, en los documentos figuraba el apellido del letrado. Fue necesario realizar una serie de mejoras y modificaciones en aquel rancho destartalado para transformarlo en una vivienda amurallada de más de diez habitaciones. Los gastos que debían hacerse implicaban una erogación muy importante. Fue por ese tema que comenzaron a surgir las molestias con Luca. Ralph, que tenía otra propiedad en la zona, quería hacer valer su condición de dueño y señor de lo que ocurría allí

dentro. Luca no pudo tener injerencia en los gastos que se hacían en el lugar, a pesar de que se ocupaba de rendir cuentas de la obra. Claro estaba que The Hideout había sido tan solo una excusa para el enfrentamiento que había surgido entre ambos tiempo atrás, así como que Ralph lo que menos quería era solucionarlo.

—Como dices, no ha sido más que una molestia que sucedió el año pasado. No más que eso.

—Quizá lo es para ti, igual hablaré con él.

—No te preocupes; yo también lo haré —retrucó Luca—. Nunca me olvido de quién es.

Un pesado silencio recayó sobre el habitáculo y el ambiente se enrareció.

—No creo que puedas quejarte por el trato que te dispenso. Tú formas parte de la familia.

Luca entendía. Tiempo atrás, y cuando ningún médico quería operar a Albert, por ser el hijo de Capone, hubo una búsqueda desesperada para encontrar un profesional que se arriesgase a la intervención. Luca había viajado a Nueva York y, desde allí, había contactado a un médico que aceptó el reto. El doctor Lloyd tenía la consulta en Harlem. Hasta allí se trasladaron para al fin operarlo del oído. No había sido una intervención de importancia, pero se había vivido como si lo hubiese sido. La eficiencia y la discreción de Luca lo posicionaban en la organización, incluso si mediaba un conflicto con Ralph.

—Lo sé y te agradezco. No te preocupes que, con tu hermano, zanjaré las molestias que dice tener conmigo.

Al asintió. El resto del viaje, cada uno se sumió en los propios pensamientos. Cuando bajó del automóvil, Luca se escabulló del gentío y de las felicitaciones que el jefe recibía. Los fotógrafos retrataban la llegada, aunque la mayoría estaba también invitada a la celebración. Luca vio que un fotógrafo de *Chicago Tribune* se acercaba para retratarlo. Hizo un ademán en dirección a Al. Nada de fotos ni de estridencias para él. Solo lo conocían las personas que debían conocerlo; era así como se había movido, y como seguiría haciéndolo. Aunque suponía que en algún momento todo se acabaría; si no sucedía, él mismo sería quien le pondría fin. Ya había logrado cuánto

había deseado. Qué más. Sí, había un deseo que tenía latente desde que había abandonado Buenos Aires y que aún no había podido cumplir. Ese anhelo no tenía que ver con lo material. Más allá del tiempo y del olvido que había querido imponerse, no había logrado quitarse la imagen de ella. ¿Cómo estaría?, ¿qué habría hecho de su vida?, ¿le habría dedicado algún minuto a recordarlo?, ¿habría padecido su ausencia? Ansiaba con todo su ser que hubiese sufrido, aunque más no fuera por algunos minutos, por él. A pesar de que nada de eso debía importarle, porque si volvía a verla debería hacerle entender el gran error que había cometido con él, y le haría pagar por eso. Una voz lo abstrajo de sus elucubraciones.

—Mi querido Luca, no querría ser motivo de esos pensamientos. Al menos no esta vez.

La expresión en el rostro de él lo decía todo.

—Polly —replicó con una sonrisa mientras se acercaba a saludarla—, ¿cómo estás?

—Recién he llegado, y ya me he me encontrado con tantos conocidos como en Nueva York.

—No importa dónde sea, siempre somos los mismos.

Luca acompañó a Polly adentro del salón. Adler era una de las mujeres más famosas de la gran manzana. Se había transformado en una madama de fuste y su burdel era el mejor. Ella había sabido lidiar con todo aquello que representaba el alcohol, los hombres y la droga. Reunía a las más bellas prostitutas de la gran ciudad. Era aún muy joven para tener semejante carrera, que solo podía explicarse porque había arribado a Nueva York con tan solo doce años. El resto lo había hecho la vida, los hombres y el dinero que le brindaba tener sexo con cada uno de ellos. Luca la había conocido cuando había permanecido en Nueva York. Con el paso del tiempo, ambos comenzaron a participar del mismo ambiente.

—¿Champagne?

La mujer asintió mientras se dejaba atender por Luca. No bien tuvo la copa de cristal en la mano, la levantó.

—Por otro encuentro.

—Más alegre que el anterior.

Ambos se rieron al recordar lo que habían sido aquellas copas bebidas en una fría noche neoyorquina, a la luz de unas velas en el suntuoso burdel. Ambos ya no eran los mismos de años atrás, cuando el hambre por tener algo se notaba en la expresión del rostro. La desesperación por ser alguien, por contar con el dinero que nunca antes habían tenido, los había llevado a ser quienes eran.

—Deberías salirte cuánto antes de todo esto —le había sugerido Luca en la tercera rueda de copas de champagne.

—¿Y perderme todo esto? —había manifestado al mirar en derredor—, te equivocas.

—Ya tienes lo que has venido a buscar.

—Siempre quiero más.

—Pero no siempre tendrás quien te proteja.

No era fácil subsistir en el mundo que ambos vivían. Tampoco que ella saliera indemne en medio de ese ambiente en el que las personas influyentes un día estaban y al otro, no.

—No te creas —había dicho con una tenue sonrisa—; además no pasé por todo esto para nada. ¿Qué me dices de ti?

—Es distinto, no tengo nada que perder, y sé protegerme solo.

—Eso lo dices ahora, pero nunca sabes qué puede suceder más adelante.

—Será cuestión de aguardar el momento.

Ambos habían intimado por el mero deseo de conocerse, pero luego la relación había pasado a otro plano. Los había unido la vida desgraciada que habían llevado y la soledad que los había acompañado con sus primeros pasos.

Él sorbió de su copa y agregó:

—Sin dudas, este festejo será mucho mejor que la última vez que estuvimos juntos.

—Calculo que sí —dijo al ver acercarse a uno de los políticos más influyentes de la ciudad de Nueva York.

—Pesce, qué gusto verlo —dijo, pero fijó la vista en Polly—; no creía que lo vería aquí.

—Es que estoy en todos lados —replicó con una amplia sonrisa. Luego, tras un gesto de su amiga, comprendió que debía irse—. Los dejo —anunció cuando ya se alejaba.

No pudo hacerlo como le hubiese gustado porque a cada paso alguien se acercaba a saludarlo. No importaba el motivo, sino estar cerca del poder y de los negocios de la organización.

—Pesce —lo llamó alguien por detrás.

—Larder, un gusto verte.

El cronista deportivo se había ganado el respeto de Luca. En el ámbito deportivo lo reconocían como un periodista avezado.

—Lamento el desenlace de la pelea, pero cómo espectáculo ha sido inigualable.

—Así es. Nadie podrá discutir que ambos pusieron todo en el ring. Aunque creo que fue una injusticia que Jack no recuperase el título.

Un leve murmullo se levantó por encima de los comentarios que ambos hacían.

—Deja de defenderme —pidió Dempsey recién llegado al evento en su homenaje—. Qué más da cómo fueron las cosas, perdí. Y contra eso no queda nada.

Por más que minimizara lo sucedido en el ring, la expresión de su cuerpo decía otra cosa. Aunque hubiese querido quedarse en el hotel, no habría podido desairar el festejo que, en su nombre, le estaban brindando.

—Queda una buena copa de alcohol —replicó Luca levantando la mano para que un camarero trajese otra ronda.

—Así se dice —contestó antes de empinar la copa y tomar parte del contenido de un trago.

La llegada del boxeador atrajo las miradas de la concurrencia que, de modo paulatino, se iba acercando para saludarlo y hacerle comentarios elogiosos.

Las horas pasaban. En el salón flotaba el almizcle del buen tabaco que los asistentes aspiraban en profundas caladas. La banda de jazz, ubicada a un costado, invitaba a las parejas a bailar. El ritmo de la fiesta no decayó hasta altas horas de la madrugada. Como Luca lo había dispuesto, a la madrugada, decidió retirarse. Poco quedaba del esplendor vivido horas antes, apenas unos vestigios. Algún que otro invitado bajo los efectos del alcohol había quedado olvidado en el recinto. Con los primeros destellos del amanecer atravesó la sala. Observó con detenimiento a su alrededor. Ya estaba cansado. No había sorpresas. En otro momento de su vida, cuando creía que todo estaba perdido, habría dado lo que no tenía por ser parte de aquello. Poco a poco, el fuego en su interior se fue apagando como había sucedido con la fiesta. Se volteó y se encaminó hacia la salida. Una fuerte ráfaga de viento lo envolvió. Buscó de inmediato un coche para regresar a Chicago. Tenía unas cuantas cuestiones que resolver.

Capítulo dos

Código de honor

La actividad de los últimos meses no le había permi-tido a Luca pensar en nada más que en no fuese en los negocios. Tampoco lo había dejado establecerse en la ciudad del viento. Había tenido que realizar viajes, quedarse por algunas semanas en otros sitios. Nueva York le otorgaba un interés extra. El trabajo podía ser una buena excusa para disfrutar del poco tiempo que tendría. Era allí, en aquella ciudad donde todo había comenzado, donde había dado sus primeros pasos, incluido el determinante para transformarse en lo que era. Como cada vez que viajaba, se instalaba en el hotel Plaza. El piso quince le brindaba una vista magnífica del Central Park. Miró el reloj pulsera para comprobar que le quedaba poco tiempo para su cita. Desde allí, un coche lo llevó a un burdel que no era alguno de los que había administrado la organización, sino otro que ostentaba una clientela de lujo. Magnates, políticos influyentes y hombres de poder. Allí había quedado en encontrarse con un sujeto que había visto en otras oportunidades dentro de la arena política. El momento que se avecinaba ameritaba esa reunión. El portero fortachón lo saludó y lo dejó ingresar sin más. Ese hombre junto a otros dos que estaban dentro del lugar se encargaba de lidiar con la situación si la cosa se ponía pesada con alguno de los clientes. La recargada decoración del interior remitía a los estilos Luis XV y Luis XVI, que se fundían con mobiliario de origen chino. No se distinguía ningún objeto de origen ruso, nacionalidad de la dueña del local. Una joven que trabajaba allí arropada con pocas pero finas prendas se acercó para acompañarlo a la mesa que tenía reservada, un lugar privilegiado, ya que poseía una visión general de todo sin estar expuesto frente al resto de la concurrencia.

—¿Qué desea tomar?

Una voz femenina de atrás de la joven detuvo el pedido.

—Minnie —agregó—: trae una botella de champagne para los dos.

—Hola, Polly —dijo y la saludó con un beso.

—Cuando me avisaste que vendrías, me sorprendí. Siempre estás muy ocupado.

—Siempre lo estoy, y no vengo tanto como me gustaría. —Sacó un encendedor de oro para prender un cigarro. Vio que su amiga lo miraba con deseos de uno. Una vez que lo prendió, se lo pasó y tomó otro para él—. Pero cuando se puede mezclar negocios y placer, no dudo en visitarte.

—Sabes que aquí cuentas con carta franca para lo que desees. Aunque no creo que esta noche tengas en tus planes divertirte con mis chicas.

—Tenía que verme con alguien y qué mejor que este lugar. Te encuentras con personas que no imaginabas ver —dijo y señaló hacia uno de los senadores más prestigiosos del estado, envuelto en los brazos de una prostituta.

—Por si te interesa saberlo, ella se ha convertido en su debilidad.

—Es un buen dato, ya que ha sido él quien ha pedido ciertos favores a la organización.

—Nadie lo diría.

—Y tú tampoco —dijo mientras levantaba la copa para brindar con ella.

—Tienes razón. Por lo que veo, tu cita ha llegado.

Miró de soslayo y comprobó que efectivamente acababa de entrar el secretario del candidato Smith.

—Te dejo con tu visita y te envío a la mesa lo de siempre. Nos vemos luego.

Parte del secreto del éxito del lugar tenía que ver no solo con el clima distendido y de diversión, sino con la reserva absoluta acerca de que ocurría allí. Nada salía del silencio de esas paredes. Parecía que el código de silencio también regía allí.

—Pesce, un gusto verte.

—Lo mismo digo. Imagino que un tiempo de distracción te libera de las presiones con las que deberás lidiar este año.

—Por supuesto —replicó el ayudante en la campaña del Partido Demócrata. Alfred Smith era su candidato. Las cosas hasta el momento estaban peleadas—. Sabemos que la contienda será dura, y no tenemos tiempo de revertir lo que se vendrá, aunque las esperanzas nunca se abandonan. Las sorpresas de último momento pueden cambiar una elección. Habrá que esperar para ver.

—No me cabe la menor duda de que será así. Por eso quiero que sepas que continúas contando con el aporte de la organización.

—Gracias. Nos va a venir muy bien, sin embargo…

—Si quieres decir que esta cooperación no debe tomar estado público, quédate tranquilo.

—Sabes que hoy la cuestión de la Prohibición es una de las grandes cuestiones a zanjar.

Ese tema dividía al país. El hampa se había apoderado del suministro de alcohol a lo largo de los Estados Unidos. La ley había potenciado el surgimiento del contrabando, desde el instante mismo en que había entrado en vigencia. De ahí en adelante, el poderío de las mafias, que pretendían el monopolio de las actividades que se desarrollaban en Chicago y Nueva York, fomentó una guerra descarnada entre los distintos grupos mafiosos. Inclusive, no hacía tanto que el vicepresidente de los Estados Unidos, Charles Dower, se había manifestado respecto de la situación que se vivía en Chicago, en un discurso en el que reconocía el poderío que la organización tenía. Un poder conformado por el entramado de jueces, policías y políticos que buscaban no solo réditos económicos, sino también el amparo a la sombra de la ley.

—Sí. Es una de las cuestiones que definirá quién gane. Hoover tiene grandes posibilidades de hacerlo.

A Herbert solían apodarlo “seco” y “protestante”. El primer término se refería a su posición a favor de la Ley Seca. Se habían manifestado a su favor grupos que eran impensados que lo apoyasen, como el Ku Klux Klan, que sumaría su adhesión al Partido

Republicano.

—En ese caso, seremos unos cuantos los que estaremos perjudicados.

—Sé a lo que te refieres. Además se está haciendo fuerza desde el congreso para incrementar las penas que se aplican a aquellos a los que contrarían la Prohibición.

Luca largó una carcajada y tomó el vaso de whisky para hacer un brindis.

—A tu salud.

El ayudante levantó la bebida para brindar también. Algunos creían que se podía revertir lo que el prohibir el alcohol propiciaba.

—Cuéntame un poco más sobre las penas.

—El incumplimiento de la ley es imposible de detener.

—Por suerte —replicó en broma.

—Quieren subir a cinco años de prisión y a diez mil dólares la multa en el caso de incumplimiento.

—Me temo que el momento de gloria que hemos tenido se está enturbiando.

—Esperemos que logremos revertirlo.

—Eso espero también. Aunque sé que la ley será derogada. Sin embargo, mientras siga en vigor, habrá gente que la incumpla y allí estaremos nosotros.

—El tema es muy difícil cuando la presión se hace cada vez más notoria.

—¿A qué te refieres?

—¿Conoces al juez Loesh, presidente de CCC?

Esas iniciales eran una referencia a la Comisión del Crimen de Chicago.

—Claro que sí —replicó Luca con una sarcástica sonrisa, no sabía

con exactitud qué le diría el otro, pero podía imaginarse cuál sería el comentario que escucharía.

—Se ha reunido con Hoover para pedirle apoyo para que mantenga la Prohibición y que lo ayude a erradicar, de una buena vez, el contrabando y el delito.

—No me sorprende, es el mismo que hace poco vino a pedir protección para las elecciones de la ciudad. El mismo que, hasta ahora, se ha esmerado por mantener una excelente relación con nosotros. Igual nunca me fié de él. Pero está bien que juegue su carta política. En el fondo, todos sabemos que esto en algún momento se terminará, y que entonces este entramado explotará por los aires. Yo soy de los pocos que lo ve.

—Quizá porque tu actuación no es de las más duras dentro de tu organización.

El silencio de Luca funcionaba como una aceptación de lo que le había dicho. Él no se había transformado en un matón por más que en los comienzos los otros creían que serviría solo para eso. De a poco, había empezado a meter las narices en los negocios, a aportar ideas. De ese modo, se dedicó a la administración y manejo de ciertas ramas del negocio. Con varios aciertos en su haber, se ganó la confianza del grupo y del abogado que colaboraba con la banda. Como Luca actuaba desde las sombras poco se sabía de él o, mejor dicho, se sabía que no estaba en el brazo duro de la organización.

—No te conozco mucho, pero a veces me pregunto cómo te has involucrado con la banda. Tienes cabeza para más.

Otro silencio confirmó que Luca no hablaría de los sobrados motivos para haberse involucrado con Capone. Al principio, desconocía cómo se movía, lo único que le había preocupado entonces había sido sobrevivir en una tierra desconocida a la que acababa de arribar. Y al fin lo había logrado. Cualquiera que lo viera desde afuera diría que había vendido su alma al diablo, pero lo que había hecho era simplemente actuar por un fuerte sentimiento de supervivencia.

—Cómo verás, en mayor o menor medida, todos estamos involucrados. A pesar de los ideales que dicen perseguir, defender y proclamar para los demás, en la intimidad todo cambia al manifestarse a favor de sus propios intereses. Te sorprendería saber con quiénes tenemos relación y del modo en que piden nuestra

colaboración.

—No lo pongo en duda: mírame a mí.

—No era por ti que lo decía.

—Pesce, vuelvo a agradecerte por la contribución. Dale mis saludos a Al.

Luca se quedó pensativo. Poco a poco, las cosas comenzaban a cambiar, tal como él había supuesto. Llegaría un momento en que debería poner fin o hacer un paréntesis a todo eso. Levantó la vista: una hermosa joven le ofreció algo más que otra copa. En otro momento se habría escabullido con ella. Prefirió, sin embargo, declinar la invitación y abandonar el burdel. A medida que se alejaba del reservado, creyó distinguir una imagen que conocía desde hace tiempo. Cuánto habían cambiado ambos. La imagen desvalida de la mujer había quedado atrás. Él también se había vuelto otra persona. Ninguno podía reconocerse en lo que, alguna vez, había sido. Ella estaba en compañía de un político en ascenso. Lo conocía porque se hablaba bastante de él en las noticias. Por lo general, estaba mezclado en escándalos con mujeres; en especial, salían a la luz, cuando intentaba acallar a su esposa ya cansada de tantas infidelidades. Caminaba por una fina cornisa, ya que su suegro, que lo había llevado al mundo político y, de esa mano, estaba haciendo una carrera en el congreso de la Nación, podía repudiarlo si se separaba. Para Luca, ver a Julia envuelta en los brazos de ese sujeto terminó de confirmar los malos pasos que había llevado desde que los dos habían arribado a la ciudad. De todos modos, él no podía cuestionarle la vida que llevaba. Renzo, el hermano de la joven, debía velar por ella. Julia giró y, con una sonrisa amplia, saludó a Luca, que asintió con la cabeza y se fue de allí.

Se largó a caminar para recorrer la ciudad. Transitarla le permitía recordar de dónde provenía. Luego de recorrer por más de media hora las calles de Nueva York; cuando el frío le caló en los huesos, enfiló hacia el hotel en que se alojaba. Entró a la habitación y se puso cómodo. Se acercó hasta la mesa de arrimo en la que, indefectiblemente, había una botella de whisky. Se sentó con la mirada puesta en la amplia vista que tenía desde el gran ventanal del cuarto. Desvió la mirada para tomar de la cigarrera un cigarro y, al hacerlo, vio un ejemplar de un periódico que él aún no había leído. Por la mañana, no había tenido tiempo. Ahora, esas noticias habían

quedado viejas, como flores marchitas. No le gustaba verse retratado en las primeras planas de un diario, aunque se empeñaba de mantener cierta cordialidad con los periodistas. Sin embargo, cuando decidió arrojar el matutino al cesto de cuero, hubo un titular que lo sorprendió. Tomó entre sus manos el ejemplar de *La Prensa*. En cada ocasión que visitaba la ciudad lo leía porque era el único periódico español e hispanoamericano publicado en Nueva York. A Luca le parecía importante porque hacía años que había cortado los lazos que alguna vez lo habían unido a su tierra. En la página principal se leía:

Húndese lentamente el vapor *Vestris* a la vista de sus tripulantes y pasajeros.

Al cerrar la presente edición se ignoraba la suerte corrida por el pasaje y la tripulación. Del cúmulo de noticias recibidas en el curso de la catástrofe, destácase con visos de veracidad la afortunada posibilidad de que el buque japonés *Ohio Maru* hubiese rescatado del mar inclemente a las trescientas personas que ocupaban las barcas de salvamento de la nave hundida.

Cuando reinaba el mar agitado, que dificultaba las maniobras de arriar los botes, y al darse por perdido el buque, los pasajeros y la tripulación del *Vestris* empezaron a abandonarlo.

Una de las últimas personas en salir fue el telegrafista, quien acababa de lanzar el último mensaje en demanda de auxilio.

La nota continuaba con la descripción del suceso y agregaba que el navío de nacionalidad inglesa pertenecía a la compañía naviera Lamport and Holt. Relataba también que las amplias bodegas estaban atiborradas de frutas, géneros y maquinarias para comerciar. Completaba la información la presencia a bordo del canciller de Argentina en Washington, Carlos Quirós, adscripto al consulado de Nueva York, que se dirigía a Buenos Aires por cuestiones de salud. Si bien la nota continuaba varios párrafos más, la mente de Luca quedó enmarañada en el lugar de destino de la embarcación y enredada en ciertos recuerdos que creía tener enterrados por siempre, pero que regresaron con la fuerza de un oleaje dispuesto a hundirlo. Se equivocaba si creía que podía sepultar el pasado, porque, en algún recóndito lugar de la mente, los recuerdos aguardaban agazapados

para dar el zarpazo final en el momento menos esperado. Y ahí, en medio de una noche otoñal, junto a una botella de whisky y un cigarro entre sus dedos, Luca se dejó llevar por aquellos recuerdos que vibraban en él. Cuánto tiempo había pasado desde que había abandonado la ciudad de Buenos Aires en ese mismo barco que luchaba por mantener a salvo a parte del pasaje. Esa misma embarcación que ocho años atrás había partido con rumbo desconocido para él. Cerró los ojos y se dejó envolver por el pasado; permitió que todo lo sucedido cobrase vida en su mente junto a la imagen de ella. Cada maldito día creía que esa mujer había desaparecido y se volvía a equivocar, porque estaba presente en él. Ella había sido parte suya, aunque el sentimiento que alguna vez tuvo se había evaporado y transformado en uno muy oscuro. Recordaba como si fuese ayer cada instante vivido ocho años atrás.

Apenas el Vestris *levó las anclas y comenzó a alejarse del puerto de Buenos Aires, supe que la decisión tomada no tenía marcha atrás. Desconocía qué me depararía el destino. Apenas tenía en claro que mi actividad a bordo era en el área de cocina. Miré los sacos de papas que estaban a un costado de la bodega y me los eché al hombro. Luego, permanecí inmóvil y agotado hasta que escuché los dichos de don Antonio.*

—Muchacho, crees que estás aquí para contemplar la vista al mar y holgazanear —vociferó con absoluto descontento.

—Don Pereyra, acabo de dejar la mercadería.

—Te dije, cuando te contraté, que debías llamarme señor Pereyra. Si bien no me conviene sacarte de aquí ahora, hay otros puertos donde sí podré hacerlo. Depende de ti.

Asentí sin saber si sería tan malo lo que me decía.

—Deberías saber que de tu desempeño dependerá que me vuelvan a contratar cuando necesiten más personal en este barco. Sube inmediatamente hasta la cocina, que esto recién comienza.

No bien ingresé a la cocina, sentí estar en otro mundo. Nunca antes había visto una tan grande y tan bien provista. Debería acostumbrarme al permanente ruido de las cacerolas y al resto de los utensilios que allí se manejaban hábilmente. El calor del recinto sumado a las órdenes para que todo saliera perfecto tornaba intolerable el lugar. Estaba encerrado dentro de una masa de acero flotante rodeado de agua, sin poder salir. Toda mi vida había estado con animales en medio de la naturaleza. Allí me sentía

libre. Una libertad que, si me hubiese quedado en la estancia, ya no podría gozar más. Estar a bordo con los vaivenes que el permanente oleaje provocaba, hacía a la travesía algo difícil de sobrellevar. El ritmo de trabajo no menguaba; tampoco era posible aplacar los ánimos del personal, incluido el mío. Se debía alimentar a más de doscientos pasajeros de primera clase junto a otros tantos de la tripulación. Mi inexperiencia se había tornado un festín para mis compañeros. A poco de comenzar, supe que mi tarea sería toda aquella que ningún otro haría. Acababa de llevar una res de carne luego de haberla colgado de un gancho al costado de unas alacenas.

—Ey, muchacho ¿adónde piensas irte? —Escuché tras de mí.

—Voy a buscar lo que quedó en la bodega.

—Irás más tarde, arréglate con esto.

En ese mismo instante, deslizó sobre la mesada una cuchilla.

—Hazte cargo si quieres continuar a flote.

El personal que preparaba el almuerzo se detuvo y fijó la mirada en mí. Sentí, porque eso también me hacían sentir, que no pertenecía al lugar, que la pertenencia debía ganármela como se gana el respeto.

—Ya he hecho bastante por ti, pero, si no te pones a tono, el próximo puerto será tu destino.

Bajé la vista y me vi reflejado en el filo plateado de la cuchilla mientras mis dedos se aferraban del mango de madera. Debía contenerme porque estaba hastiado de todo lo que me ocurría desde el maldito día en que había escapado de la estancia. Quizás, esa había sido una pésima idea; quizás, haberme quedado allí afrontando las consecuencias habría sido lo más apropiado.

—Parece que no me has oído.

Lancé la cuchilla a un bote de cubiertos para lavar. El fuerte ruido metálico atrajo al resto de los trabajadores que se esmeraban por preparar el almuerzo.

—Me haré cargo de esa res pero con un cuchillo que corte —dije con firmeza.

De inmediato busqué un cuchillo apropiado para despostar la res,

mientras los otros me observaban con recelo. Como un autómata, y sabiendo lo que hacía, me dediqué a realizar los cortes en menos tiempo del que solía hacer en el campo. Estaba harto de que nada me saliera y de que no dejasen de juzgarme.

—Ya está —dije y volví a notar la mirada del resto sobre mí. Dejé la cuchilla con algunas gotas de sangre clavada sobre uno de los trozos de carne depositada en la mesada.

—Te espero en la bodega —susurró don Antonio.

Hacia allá fui en silencio, consciente de que sobrevendría una fuerte reprimenda. Ya no me importaba.

—¿Qué crees que haces?

—Continuar con el trabajo —repliqué entre sacos de harina.

—Muchacho —siseó hasta llegar a mí—, es la última vez que tolero una actitud de este tipo. Me debes respeto. También al resto de tus compañeros. No estás solo y debes trabajar en equipo. Sabes cuáles serán las consecuencias si me vuelves a desobedecer.

Lo miré sin contestar, qué podría decir, nada. Sabía a lo que se refería y, una vez más, mis próximos pasos dependían de mí.

—¿Quién te ha enseñado a carnear?

—Lo aprendí en el campo.

—Tienes habilidad con el cuchillo. —Intuía que había algo más en lo que me decía, pero evité contestarle.

Recordé las largas jornadas en la estancia. El arduo trabajo me endureció no solo el carácter, sino también el cuerpo. Mi contextura física había dejado de ser flacucha y escuálida para tener otro porte, acorde a la actividad que desarrollaba. Eso me permitió hacerme valer frente al resto de los peones, a pesar de ser el menor del establecimiento.

—Ya hablarás cuando llegue el momento.

Asentí para evitar continuar con una conversación que no llevaría a ningún lado. Yo no estaba allí para hacer algún tipo de confesión. A pesar del tiempo que me había llevado darme cuenta, sabía que solo podía confiar en mí y en nadie más.

—Deja la mercadería y sube a la cocina, que queda bastante trabajo por completar.

Cuando entré, nadie me dirigió la mirada, y cada quien continuó haciendo las actividades como si el incidente ocurrido minutos antes no hubiera existido. Quizás, el manejo con el cuchillo había amedrentado a alguno de mis compañeros. Sonreí por lo bajo, seguro de que yo, en el lugar de ellos, también lo estaría.

Con el paso de los días me sentí cercano a los pasajeros de tercera clase, que conforman un grupo apartado del lujo y el confort que había a bordo. Viajaban hacinados. Muchas veces, debían saltearse alguna comida sin quejarse. Aún conservaban la ilusión de que el lugar al que arribarían sería su salvación. No entendía cómo podían alejarse de sus tierras y viajar en esas condiciones. Sin embargo, yo pensaba del mismo modo que ellos.

Poco entendía lo que se decía a bordo, en especial la tripulación, que estaba plagada de gringos, aunque no necesité muchos días para conocer sus órdenes, amén de tener a don Antonio resoplando detrás de mí.

A pesar de mi cansancio, las noches se hacían largas. Cuando podía, me escapaba hasta cubierta. Desde ahí, la absoluta inmensidad del mar me brindaba cierto sosiego. Aspiré una bocanada del cigarro que me había ganado en una partida de cartas noches atrás.

—No soy el único que se escabulle por las noches.

Busqué con la mirada; en medio de la oscuridad, distinguí de dónde provenía la voz. Acurrucado en un rincón de la cubierta había alguien.

—Suelo venir aquí, aunque no me está permitido —mencionó al levantarse y estrecharme la mano—. Soy Renzo. Esta zona está prohibida para los de mi condición, pero me ahogo allá abajo.

Apenas lo saludé con un gesto.

—Te he visto en la partida de naipes —me dijo.

Me di cuenta de que era uno de los tantos pasajeros que viajaban en la última categoría. Con la poca luz que había, entreví su aspecto. No parecía mejor que el mío, aunque su delgadez saltaba a la vista.

—¿Estás solo o con tu familia? —pregunté para que el otro escuchara mi voz.

—Viajo con mi hermana y mi madre. Hace un tiempo que he quedado a cargo de la familia D'Angelo.

Entendía a la perfección de qué me hablaba. Inhalé otra pitada de mi cigarro, con los codos apoyados en la baranda de metal.

—Supongo que tendrás motivos valederos para abandonar la ciudad y viajar de este modo.

—Cuando llegamos a Buenos Aires, unos años atrás, creímos que esa ciudad sería nuestro lugar definitivo. Esa fue la promesa que nuestros padres nos hicieron, luego de abandonar Italia.

—Pero no sucedió.

—No, la guerra hizo que mi padre debiera regresar para combatir en el frente con los aliados. Fueron largos años a la espera de un retorno que nunca llegó. Sin él, no pudimos afrontar los problemas en Buenos Aires, y debimos abandonar la vivienda que teníamos. Las deudas eran muy grandes y, antes de que nos desalojaran, recibimos una carta de un familiar lejano de mi madre que vive en América del Norte. Esa ha sido la única solución que encontramos y hacia allá vamos. Quiero creer que este nuevo destino será definitivo.

—¿Qué te hace creer que será mejor?

—Definitivo no es necesariamente mejor. De todos modos, nada puede ser peor de lo que he vivido.

—Quizá lo sea, aunque uno nunca lo sabe.

—Si bien no nos conoces a todos, debo agradecerte lo que haces por algunos de nosotros.

Arrojé la colilla del cigarro y me callé. Quería restarle importancia a lo que hacía desde unas noches atrás, luego de relacionarme con quienes viajaban en las condiciones de Renzo. Sabía que varios de los pasajeros de tercera pasaban hambre; por otro lado, siempre sobraba comida de la que se preparaba para los pasajeros de primera clase. Una parte podía ser aprovechada para el día siguiente, pero una buena cantidad sería arrojado a la basura. Entonces, yo entregaba lo que podía sacar sin ser visto al grupo de inmigrantes que más salteado comía. Luego de la entrega, me invitaban a sumarme a los juegos de cartas. Hasta ahora nadie me había reprendido por la ausencia de los restos de comida: poco me importaba que

lo hicieran.

—No lo hago para que me agradezcan —dije porque no quería que me consideraran una especie de benefactor.

—Entonces no lo haré. —Hizo una pausa como si buscara cómo seguir con la conversación. De repente dijo—: Debe ser agradable trabajar a bordo.

—Para mí no lo es.

—Y si no es así, ¿para qué lo haces?

—¿Siempre hablas tanto?

—Sí, disculpa; no quería molestarte.

Hubo, entre los dos, un largo silencio. Luego de un saludo sin palabras, Renzo se retiró tragado por la oscuridad, casi del mismo modo como había aparecido.

Poco después descubrí, que las partidas de póker eran su pasatiempo. Fue entonces que me uní a ellos. Era una manera de entretenerme durante las largas noches a bordo. Competíamos por un preciado botín. Varios atados de cigarros se ubicaban en el centro de la mesa a la espera de que el ganador se hiciera con ellos. Ninguno preguntaba sobre la dudosa procedencia del tabaco, ya que nadie de allí podía adquirirlos: se trataba de un lujo demasiado caro. No fue la suerte de principiante lo que hizo que yo ganara en más de una vez. Conocía el juego a la perfección. Con los cigarros que ganaba, subía hacia la cubierta. Alguna que otra vez, Renzo me acompañaba y me hacía preguntas que yo evitaba contestar. No deseaba hablar con nadie sobre mí; menos aún, sobre el motivo por el que estaba a bordo. Algunos creían que, al trabajar en el Vestris*, quería un futuro como marinero. Otros, que lo hacía para arribar a territorio estadounidense. Nadie sabría la verdad. Desconfiaba de todos, en ese momento. Solo me fiaba de mis instintos.*

Luego de una veintena de días, la travesía llegó a su fin. Don Antonio me había señalado la conveniencia de quedarme en la siguiente escala. Sabía, sin conocer por qué, que no podía regresar a Buenos Aires. Nueva York, aparecía, entonces, como la mejor opción. Según sus dichos, para acceder allí debía atravesar la barrera migratoria, cosa nada fácil. La algarabía del resto de los pasajeros por conocer y recorrer el nuevo puerto se confundía con los nervios y expectativa del contingente de inmigrantes.

Abandonamos el navío para subir en varias barcazas hasta arribar a Ellis Island. El intenso frío se fundía con el viento que arremolinaba las aguas por las que navegábamos. No bien pisamos la isla, nos condujeron a un amplio edificio de ladrillos. Algunos irlandeses, que habían llegado poco antes, se confundieron con nosotros. El desconcierto era lo único que nos unía. Nos ordenaron que subiésemos hasta el primer piso. Se había formado una poblada fila para someternos a una exhaustiva revisación a cargo de los médicos. Luego de auscultarnos, anotar las señas particulares y someternos a preguntas, nos entregaron la libreta sanitaria firmada. Con ese papel, enfilé hacia otro sector. Observé que a algunos se les dibujaba una cruz en la solapa del saco. Supe de inmediato que era para aquellos que debían realizar otro control médico para determinar si estaban aptos para continuar con los trámites migratorios; si no lo lograban aprobar, serían deportados.

A Renzo lo perdí de vista; cuando lo localicé, noté que la salud de Julia no había mejorado. Se mantenía con las mejillas coloradas por la alta temperatura que tenía y con la vista enrojecida. Según los rumores que corrían allí, los facultativos eran muy estrictos con las enfermedades infecciosas: no querían que los inmigrantes les inundaran el país de enfermedades. Fue eso lo que determinó que la hermana de Renzo debía quedarse en el hospital de inmigrantes hasta que se recuperase. Si no lo hacía en el tiempo previsto, los expulsarían a los tres. No había servido de mucho la consulta médica que, por mi intermedio, había hecho a bordo del Vestris. *Antes de dirigirse al hospital, ubicado al otro lado del terreno, Renzo me entregó un papel con el lugar en el que residiría si lograba llegar a Nueva York. Quedamos en vernos sin estar convencidos de que lo haríamos.*

Por mi parte, me dirigí hacia un mostrador a cargo de dos inspectores que definirían si era apto para ingresar al país.

—¿Luca Pesce?

Asentí de inmediato, aunque aún ese nombre me resultaba extraño.

—¿Viaja solo?

—Sí.

—¿Cuál el motivo de su viaje?

—Vine aquí para trabajar.

—¿Adónde piensa hacerlo?

Saqué del saco de mi abrigo la nota de recomendación que me había entregado don Antonio. Debía servirme como constancia de que tenía un trabajo asegurado, que siempre preferían los arduos inspectores de migraciones. Allí rezaba una dirección de un sujeto que hacía años que Pereyra no veía. Esperé varios minutos hasta que el traductor pasó al inglés el contenido de la carta. Supuse que el interrogatorio había finalizado; sin embargo, cuando me disponía a retirarme de allí, me hicieron una última pregunta.

—¿Ha cometido un delito en su tierra o le pesa alguna condena en su país?

Se me heló la sangre. Si no fuera porque sabían que no manejaba el idioma, mi reparo al contestar habría levantado sospechas. Dejé que volviera a preguntarme para ser categórico en mi respuesta.

—No; en ninguno de los dos casos.

Ambos hablaron en su idioma y no supe qué dijeron; sí que volvieron a examinar mi apariencia y me indicaron que fuese hacia otro sector en donde completar los trámites y ser, por fin, apto para ingresar a los Estados Unidos.

Con las últimas luces del día, volvimos a embarcar para dirigirnos a la ciudad. La travesía se hizo en medio del bullicio y los festejos por haber ingresado al país. Yo estaba al borde de la embarcación sin poder contagiarme de esa alegría, me sentía solo y apesadumbrado, desconocía si sería lo mejor para mí, aunque no había tenido otra opción.

No bien bajamos, cada cual se despidió y tomó un rumbo diferente. Algunos tenían pensado pasar la noche en casa de familiares, otros irían a la terminal de tren para viajar hacia el lugar en el que se establecerían. Cuando quise darme cuenta estaba solo, muerto de frío y sin saber hacia dónde ir.

Me lancé a caminar en buscar de una taberna. Necesitaba beber algo fuerte y preguntar hacia dónde debía dirigirme para alcanzar Brooklyn. Había escuchado de boca de varios inmigrantes que ese era un buen lugar para comenzar. Fue en vano ir a una taberna porque no me dieron alcohol; tampoco nadie contestó algunas de las reiteradas preguntas que hice sobre el lugar hacia dónde quería dirigirme. El frío me calaba hasta los huesos. Me levanté las solapas del abrigo, préstamo de un compañero de cocina y

me interné en las calles.

Las fogatas encendidas en las esquinas, no solo iluminaban el camino, sino que mitigaban las bajas temperaturas. Los mendigos que las rodeaban avivaban el fuego, a la vez que buscaban en los botes de basura algo de comida. Uno de ellos se dio cuenta de que yo podía ser uno más; me indicó que me acercara. No pude probar bocado, pero pasé mi primera noche rodeado de cartones, mugre y ratas. Apenas despuntó la mañana, y cuando mis compañeros de calle estaban profundamente dormidos, me levanté y me retiré de allí. No quería transformarme en uno de ellos. No, sin haber luchado antes. No había huido de mi tierra para abandonarme. Debía intentar hacer algo, lo que fuera, que me permitiese sobrevivir. Si no lo lograba, podía pasar la noche en una pensión. Rocé con mis dedos el bolsillo y me aseguré de que tenía el dinero que había ganado con el trabajo realizado a bordo. No era mucho, y según me advirtieron, me alcanzaría para estar una semana sin trabajar. Ese sería el plazo para conseguir trabajo, de lo que fuera, pero que me permitiese subsistir.

A medida que me alejaba del lugar, no dejó de abrumarme la cantidad de edificios construidos a mi paso. El sonido de los trenes al atravesar los puentes de la ciudad, se confundía con el barullo de los automóviles que la cruzaban. Todo me era extraño y lejano. En ese momento supe que había perdido la libertad que había sentido al vivir en la estancia El Recuerdo. Las cabalgatas que a diario realizaba y que me ocupaban parte del día, deberían quedar atrás. A bordo me había prometido que borraría para siempre la imagen de Eva de mi pensamiento. En mi mente, ella debía estar muerta, como en verdad, lo estaba su propio padre. Ese era el único modo de poder iniciar algo en otro lugar. Con las pocas indicaciones que tenía, alcancé la zona que buscaba. A poco de estar allí, supe que no estaba tan lejos, pero que había caminado en círculos.

No solo debía conseguir trabajo lo antes posible, sino también ponerme a tono con el idioma. No entenderlo me hacía sentir más extraño aún. Por ese motivo, no dudé en acercarme a la colectividad italiana que residía allí. Durante las dos primeras semanas no conseguí trabajo. Me sentía perdido y sin dinero. Debía irme de donde dormía: una mísera habitación con un baño en el fondo del pasillo para que los diez, que estábamos en ese piso, lo usáramos. La encargada del lugar me había dicho que debía irme de allí porque tenía a alguien más para el cuarto. Por más que lo desease debía irme cuanto antes.

Unos gritos me sobresaltaron junto a las corridas retumbando en el pasillo de madera. Me asomé y vi que era un ir y venir de personas. Supe

que estaba la policía arrestando a gente. Yo no estaba involucrado en nada ilegal, pero tomé mis pertenencias y escapé por la ventana que estaba al fondo del pasillo. Dos carros policiales estaban estacionados en la calle. Los agentes habían bajado pidiendo documentos e indagando el lugar de trabajo de los residentes. A los que no podían acreditar un trabajo estable, los llevaban. Me salvé por un pelo de no estar de patitas en un barco de regreso a Buenos Aires.

Durante el día, no dejé de caminar ofreciéndome para lo que fuere; por la noche, dormí a la intemperie, con la esperanza de que, a la mañana siguiente, todo fuese distinto.

De casualidad, como casi siempre sucede, conseguí, en un local de comidas, en las cercanías de los astilleros de Brooklyn, un trabajo de lavaplatos. Haber trabajado en la cocina de una embarcación parecía haberme conferido un oficio. Al menos, si había otra razzia *podría acreditar una actividad y me aseguraría de que no me llevarían como a algunos conocidos que había hecho en mi anterior alojamiento. La gente del local me recomendó una pieza en alquiler cercano a la cantina. Era peor que mi anterior alojamiento, pero compartíamos el baño solo entre tres personas. Ese fue un lujo que apreciaba cada mañana al levantarme. Con el transcurrir de las semanas me sentía más confiado. Fueron largos los meses que pasé al borde de una pileta fregando platos. Antes de que se cumpliera un año de mi estadía, el dueño cambió de rubro y me despidió.*

Me recomendó la dirección de una panadería donde conseguí otro empleo. Cada día era lo mismo que el anterior salvo por la caminata que hacía hasta alcanzar la habitación que aún alquilaba. Cada noche que salía de allí pasaba por los astilleros de Brooklyn, donde el frenesí de los marineros en tierra se podía percibir en el aire. No faltaban algunas bandas de muchachos en busca de pelea con los marinos, que preferían refugiarse. Ninguno quería que una gresca enturbiara los pocos días que tenían en tierra.

Poco después, supe que en un depósito abandonado se organizaban peleas de puño. Yo me resistía a entrar a ese mundo hasta que uno de los compañeros de la panadería me dijo que se ganaba mucho dinero.

Una noche fuimos a ver. Las peleas se hacían una detrás de otras, con un total de hasta cinco por velada. Cualquiera que quisiera dinero rápido y seguro se anotaba para participar. Pero el dinero grande se movía con las apuestas. Claro ingresar a ese circuito implicaba pagar el derecho de piso.

De todos modos, nos vinieron a buscar y nos insistieron para que

participáramos de las peleas. Negarse no parecía una opción. Sin embargo, mi compañero no estaba preparado para enfrentarse a puños. No quise que lo hiciera, porque estaba seguro de que saldría muy magullado. Mi negativa me hizo, por otro lado, ganar varios abucheos y las miradas raras de algunos de allí.

A pesar de mi consejo, mi compañero aceptó el reto. Luego de soportar no más de cinco minutos, cayó al piso. Quise acercarme para ayudarlo, pero, de inmediato, me llevaron para enfrentarme a un luchador avezado. Por detrás se escuchaban todas las apuestas a favor de mi rival, mientras la arenga por él era permanente. Odié haber sido tan estúpido para creer que podría hacer algo de dinero extra allí.

No tuve demasiado tiempo de pensar, porque ya estaba rodeado de personas que me impedían escapar. El improvisado referí indicó que la pelea comenzaba. No sé si fue la furia porque todo lo que hacía me salía mal o la impotencia que me perseguía por no poder salir adelante sin sentirme a gusto donde estaba; no sé que fue, pero lancé toda la ira contenida en cada golpe que daba. Por cada puñetazo que recibía, yo pegaba alguno certero. Ganó mi contrincante, que, sin embargo, terminó con el rostro tan golpeado como el mío.

Busqué a mi compañero. Ya se había ido. Salí de allí con la intención de llegar lo antes posible a mi habitación. Necesitaba un baño y hielo en la cara para reducir los dolores que sentía. El sonido de unos pasos me alertó. Cuando giré, tenía a dos tipos encima mío que me daban golpes a diestra y siniestra mientras me amenazaban de que sería la última vez que ponía en juego las apuestas hechas. Me gritaban que cada golpe que recibía tenía que ser tomado como respuesta a los dados al campeón con quien yo había peleado. Poco a poco comencé a ver borroso hasta que una inmensa oscuridad me cubrió por completo y dejé de sentir lo que sucedía a mi alrededor.

Cuando me desperté, no me podía mover. La primera imagen que tuve fue la de la dueña de la pensión que no dejaba de recriminarme en dónde me había metido. Poco entendía qué me decía. Sin embargo, luego de insistir bastante, supe que había estado dos días inconsciente. Cuando pude explicarme, le dije que me habían robado. No sé si me creyó. Me atendió no tanto por solidaridad, sino para que no me quedase sin trabajo y pudiese pagar la renta. Lo único que yo quería saber era cómo había llegado hasta allí. La dueña me dijo que no me juntase con esas compañías. En el único abrigo que tenía había una tarjeta que rezaba así: "Cuando decidas ganar dinero de verdad y estés dispuesto a pelear de ese

modo, búscame." Había, también, una dirección.

La dejé a un costado porque lo que me menos deseaba era volver a pelear. Suponía que alguien de ese grupo se había apiadado de mí y me había devuelto a la pensión. Creía que mi vida seguiría del mismo modo que hasta ese momento, pero me equivocaba.

Mi compañero le había contado al dueño del local que había sido yo el culpable que apareciera golpeado. Continué trabajando por todo el tiempo que el dueño de la panadería necesitó para reemplazarme. Entonces, sin trabajo, recurrí a la tarjeta que aún tenía y acudí al domicilio indicado. Me reuní en un depósito con varias cajas apiladas a un costado. Me sorprendí de que no me hablasen de una pelea, sino de cómo debía hacer cuando un camión viniese a buscar la mercadería. Por lo general, la entrega se hacía por la noche. Antes de que aceptara, apareció alguien un poco más grande que yo y me advirtió.

—Sí aceptas este trabajo y cumples sin hacer ninguna estupidez, tendrás el dinero que mereces.

—Es simple lo que debo hacer.

—Debes asumir el compromiso que significa trabajar para nosotros.

—Si cree que no puedo cumplir algo así, para qué me lo ofrece.

Una carcajada irrumpió el ambiente.

—Simplemente porque de este modo es como nosotros trabajamos. Además, tienes potencial. Te vi el día de la pelea. El hambre, la desesperación y el fuerte deseo por ganar, hizo que reparara en ti. Con los muchachos, nos encargamos de los que te atacaron por la espalda. Si aún sientes que puedes ir por más, estás en el lugar indicado. Si no es así, allí está el portón por donde entraste, crúzalo y piérdete.

En ese instante, supe que, si no hubiese sido por la persona que tenía enfrente, no estaría con vida. Me daba lo que ningún otro había propuesto. No era inocente para desconocer que me ofrecía cooperar con el contrabando ilegal de alcohol. No se hablaba en los suburbios de la ciudad de otra de cosa desde hacía tiempo.

—No tengo toda la noche.

—Acepto —contesté con firmeza.

—Está bien. Desde ahora te vas a manejar con Charlie. Yo dejo la ciudad para irme a Chicago e instalarme allí. Una última recomendación: si pierdes esta mercadería él se encargará de ti.

Asentí, no me amilanaba la responsabilidad o las consecuencias.

—Mi nombre es Al Capone. Si trabajas como creo que lo harás, te veré en Chicago.

Sin más, se fue. Yo me quedé esa noche esperando un camión que recogiera el cargamento.

Poco después, y a medida que el tiempo pasaba, mi situación mejoró. Cubría por demás las necesidades y deseos que tenía apenas llegado a la ciudad. Faltaría a la verdad si no dijera que la mafia me ha salvado. Me sacó de las calles mientras era un harapiento sin futuro. Me ofreció una nueva vida. Trabajé, entonces, con lealtad para la organización a la que pertenezco. Sin embargo, no ha sido aquí donde ensucié mis manos con sangre. Me acusaron de un asesinato cuando era un joven. Nadie de los que me rodeaban buscó saber la verdad. Yo no valía la pena ni siquiera para intentarlo. Mi pasado quedó enterrado en Buenos Aires, junto al joven que fui alguna vez. Aquel que creía que podía confiar en alguien, en ella. Aquel joven que dejó de existir en el mismo momento en que sucedió aquel incidente. A partir de ese episodio, muy a mi pesar, dejé de ser quien era para transformarme en este que soy.

Los primeros rayos de sol irrumpieron por la ventana de la lujosa habitación; le bañaban el rostro. No había dormido durante toda la noche, porque los recuerdos le habían invadido el cuerpo de un modo visceral. Desde la llegada a Estados Unidos que no había vuelto a recordar con tanta ferocidad cada instante vivido. Quizá no fuera tan malo haberlo hecho, porque le permitía recordar que las apariencias se volvían engañosas, que los sentimientos cambiaban según las elecciones que cada uno hacía y que, si quería dar vuelta la página de su vida, debía regresar para darle fin. Ese regreso sería un riesgo, pero Luca estaba acostumbrado a tomarlo. Nada le provocaba tanta inquietud como la posibilidad de estar en Buenos Aires y qué había quedado de la vida que recordaba allá. La distancia impuesta le había permitido ver con otra perspectiva lo ocurrido. Sabía que las personas no solían cambiar. Solo algunas pocas lograban hacerlo. ¿Él había cambiado? Vaya que sí.

Capítulo tres

El día de San Valentín

Chicago, febrero de 1929.

La noche había desplegado sus amplias alas hasta cubrir a la ciudad con una espesa oscuridad. En medio de la destemplada penumbra relucía el cartel de The Grand Terrace Cafe, ubicado en la zona sur de la ciudad. No hacía tanto tiempo que el lugar había cambiado de nombre a raíz de sus nuevos dueños. La melodía ejecutada por Louis Armstrong y su banda otorgaba la atmósfera característica al local. Varias parejas se movían en la pista de baile al ritmo del jazz. Era en ese lugar, y no en otro, donde se permitía el acceso de los clientes sin diferenciación del color de la piel. Ese había sido un cambio sustancial hecho desde el mismo instante en que la propiedad había sido adquirida. Todos juntos, sin importar procedencia o raza, podían divertirse con absoluto desenfreno. El humo de los cigarros se esfumaba por entre la gran cantidad de mesas dispuestas en el recinto. Las copas vacías daban cuenta de la existencia de alcohol. Allí dentro se bebía en cantidad y del bueno; una de las tantas razones para que el local, noche tras noche, estuviese atestado de clientes. Algunas mujeres ligeras de ropa vagaban por las mesas para tentar a los clientes a beber más y para ofrecer servicios sexuales. Desde el rellano de la escalera, Luca contempló el recinto. No solo había negociado para la organización la compra del local llamado anteriormente Sunset Cafe y lo había transformado en lo que se había convertido, sino que manejaba desde allí gran parte de los negocios a los que estaba abocado. Contempló que uno de sus empleados le indicaba una mesa. Dio otra calada al cigarro y fue en busca de la visita.

—¿Luca cómo estás?

Saludó a Renzo antes de hacerle señas al camarero que trajera a la mesa unos tragos.

—Bien. Con mucho trabajo.

—Tener a Satchmo en el local te ha aumentado la concurrencia —señaló Renzo no sin cierta admiración.

El trompetista había capturado, en ese instante, la atención del público con la melodía de *Static Strut*. Era inigualable el talento que tenía y lo que hacía con sus dedos.

—Lo sabes bien porque has intentado llevártelo a trabajar contigo —respondió un Luca casi divertido.

A Pesce casi nada se le escapaba. Había estado al tanto de aquel ofrecimiento. Renzo desconocía que él había hablado con los músicos para mejorarle las condiciones a cambio de la lealtad de permanecer allí. Sin embargo, nada de lo que sucediera podía traspasar los muros del negocio. El código de silencio era la moneda de cambio en el ámbito en que se movía.

—Así es —asintió con una fingida sonrisa—, pero parece que no le he ofrecido las condiciones que tú le das para que se quede.

—Siempre pago bien y más que bien. Cuando lo escuché en Nueva York, hace unos años supe que, si él regresaba a Chicago, lo tendría en uno de los locales que administro. Eso lo que hice. No pudo negarse ante la posibilidad de tocar con su propia banda.

—Aunque enfrente lo tengas a King Oliver haciéndole la competencia.

—Que King siga tocando. Lo que se ofrece aquí es único, pero supongo que no has venido para hablar de música, ¿verdad?

—No. Nos conocemos desde hace tiempo y por más que no nos veamos con asiduidad, yo estoy al tanto de tus pasos.

—Entonces…

—Me ha llegado el rumor de que no estás muy conforme con todo esto, a pesar de lo bien que dices que te va.

Más allá de la melodía de fondo, un significativo silencio

sobrevoló la mesa hasta que fue interrumpido por el dueño del lugar.

—Quizás podría irme mejor —replicó con una media sonrisa.

El diálogo se detuvo con las copas de alcohol que fueron depositadas en la mesa.

—Estoy convencido de que eso sería si abandonaras todo esto y te fueras al otro bando.

Luca dio una profunda calada del cigarro que tenía entre sus dedos sin dejar de observar a Renzo. Se habían conocido a bordo del *Vestris* la embarcación que, por distintos motivos, los había alejado de Buenos Aires y llevado a Nueva York. El arribo a una nueva tierra no había sido fácil para ninguno de los dos. En verdad, para ninguna persona que debía abandonar todo lo que tenía y comenzar una nueva vida en otro lugar. A lo largo de los años, con Renzo se habían visto en varias oportunidades, aunque no siempre habían sido agradables los encuentros. Cada uno había hecho su camino. Luego de un tiempo, se volvían a reunir bajo otras condiciones. Ambos habían logrado alcanzar un lugar destacado en la organización de la que formaban parte.

—No debe ser fácil tomar una decisión de ese tipo, pero quiero que sepas que siempre hay alguien del otro lado para ofrecerte algo más —insistió Renzo, oscuro como aquella noche a bordo del *Vestris*.

Luca sonrió y bebió un trago de whisky sin dejar de observar a su interlocutor.

—Y quiero que sepas que para nosotros tampoco lo es hacerte un ofrecimiento de este tipo.

—¿A qué te refieres?

—Es difícil creer que, con todo lo que has logrado, decidas abandonar el lugar que tienes. Es un riesgo tentarte porque tú lo eres. Has hecho una gran carrera hasta llegar a donde estás.

—Así es. Tengo mis motivos para hacerlo, pero, si lo pones en duda, ¿para qué has venido a hablar conmigo?

—Porque, si no lo hago yo, lo hará alguien más y quiero ser yo quien sea el que te dé una mano para incorporarte en nuestra banda.

—¿Vienes a hacerme un ofrecimiento de trabajo aquí? Debo reconocer que te gusta correr riesgos.

—He aprendido de ti.

Para Renzo, Luca había sido lo que siempre había deseado ser. Por mucho empeño que había puesto, no le había sido fácil obtenerlo. Tampoco creía haberlo conseguido. Sin embargo, haría lo imposible por lograr un mejor lugar en la banda en la que pertenecía. Por supuesto, el ascenso dependía del resultado de esa charla.

—Lo pensaré y en unos días hablamos.

—Está bien, pero la próxima vez no será aquí ni conmigo.

—¿Con quién entonces?

—Con el jefe.

—Dile a Moran que me reuniré en dos días con él.

—Se lo diré, pero debes saber que para probar tu lealtad a él deberás entregar algo que en verdad valga la pena.

—Hablaré con Bugs de eso cuando me reúna.

—Bien —replicó al apurar el resto del contenido ámbar que aún quedaba en la copa—. Luca está demás decirte que vengas solo —agregó al ver el pétreo rostro del interlocutor—. Hasta pronto.

Pesce prendió un cigarro mientras veía alejarse a su antiguo compañero de viaje del lugar que, durante el último tiempo, se había transformado en su reducto. Allí dentro, la noche recién comenzaba con un lento apogeo. Los clientes no dejaban de bailar, beber y mezclarse con las mujeres que les prometían pasar una noche inolvidable. Para él, esa madrugada sería una de las tantas que pasaría en vela. Esa vez, no lo haría en compañía de alguna mujer con la que enredarse en las sábanas, sino que la transcurriría inmerso en sus pensamientos. Tenía bastante que pensar y resolver; sin embargo, no contaba con tiempo suficiente para hacerlo.

Luca había aprendido a no llegar tarde a las citas. En ese caso, el encuentro tenía lugar en un depósito de la banda de Moran ubicado en North Side de Chicago. Esa era la zona en la que Bugs reinaba, desde que se había instalado allí. Sin embargo, sus esfuerzos no se

detendrían hasta conseguir el dominio completo de la ciudad. Él había escalado en la banda a raíz de la muerte de su cabecilla Dean O'Banion, de origen irlandés. Esa muerte, tiempo atrás, había generado la guerra entre los grupos que pugnaban por apoderarse de la ciudad. Sin dudas, para lograrlo debía abatir a Capone que había conseguido, en unos pocos años y de la mano de su mentor, Torrio, ampliar los dominios y ser el dueño absoluto de la ciudad del viento.

El coche negro con el que Luca se desplazaba se detuvo a un costado del callejón, apagó las luces y bajó. La tenue iluminación de la farola ubicada a metros de allí amortiguaba las largas sombras que se dibujaban a su paso. Eso no imposibilitó observar a otros dos automóviles negros estacionados a poca distancia del amplio portón de metal negro que se abrió sin necesidad de darse a conocer. No bien ingresó fue requisado por dos hombres que le sacaron el arma que llevaba en la cintura. No se había preocupado por quitársela, habría sido más llamativo que no la llevase encima. A pesar de no ser la primera requisa a la que se había visto sometido, nadie había descubierto la navaja que siempre llevaba consigo.

—¡Pesce! —exclamó Bugs ubicado en el fondo del recinto—. ¡Qué alegría verte, ven aquí!

Luca se acercó y se sentó frente al anfitrión.

—Aceptarás este que es del bueno —comentó al extenderle una copa de whisky.

—Gracias —contestó con una sórdida sonrisa—, pero paso.

Todos sabían que el alcohol de la banda de Capone tenía una calidad superior.

—Por lo que sé eres de pocas palabras.

Poco se sabía de Pesce, salvo que había escalado en la organización y que su ascenso había sido bastante rápido. Se sabía que era un inmigrante y que había hecho los primeros pasos en la ciudad de Nueva York. Se desconocía la fecha en que se había unido al hampa. Luca había sabido mantenerse al margen de la prensa y del alboroto que precedían las apariciones del gánster que lo lideraba. Los periodistas se hacían un festín en cada uno de los acontecimientos sociales y políticos a los que lo invitaban, ya que Al se encargaba de convocarlos, para ostentar el poder que tenía, para ganar el favor del

gran público y, con eso, de los periódicos que lo necesitaban para venderse como pan caliente. En las distintas conferencias de prensa que hacía, los colaboradores que lo acompañaban disfrutaban también hacerse ver. Sin embargo, Luca había logrado mantenerse en las sombras. Eso no imposibilitó que se supiera que era parte importante del engranaje y armado de varias inversiones con las que contaba la organización. Varios de los sobres que recibían los políticos y la policía para hacerse los distraídos y desviar la mirada a un costado sobre las actividades de la organización, los entregaba Pesce. Sabía moverse con cautela y sigilo en un ambiente en donde la ostentación de fuerza y poderío eran moneda corriente. Por el contrario, cuánto más alharaca de poder se hacía en el mundo gansteril, mayor parecía ser el temor que infundía en el resto de sus contrincantes. A Pesce no se lo podía considerar como un matón a sueldo ni un fortachón guardaespaldas, a pesar de su esbelta y contundente figura, sino como un integrante de la banda que tenía cabeza para armar buenos negocios. Se decía que había confrontado con algunos de los hermanos Capone y que había inclinado la balanza a su favor. También que inventaba formas de cubrir y hacer de pantalla con negocios legales los ilegales. Ese era uno de los motivos por los que era un hombre requerido para tenerlo en una banda.

—Entonces, vamos al grano, ¿por qué quieres abandonar el lugar que ocupas con Capone?

—Los motivos son personales; solo quiero salirme ahora.

—¿Ahora? —replicó con una mueca sarcástica.

—Sí, este es el momento.

Luca supo que Bugs le hablaba de ese modo, porque se sabía que Capone había abandonado de repente Chicago para instalarse, provisoriamente, en otro lugar.

—Sí quieres hacerlo por qué no lo haces sin más.

—Porque quiero más de lo que tengo y se me ofrece.

—Todos tenemos un precio, ¿verdad?

—Así es. El mío es alto.

—No tendremos problemas en darte lo que crees que mereces.

Para Moran, no solo se trataba de sumar para sus huestes a un hombre que manejara bien ciertos negocios, sino que ese hombre fuese de confianza de Capone. Desde que él se había instalado en la zona norte de la ciudad y traficado alcohol, había querido dar el gran golpe a quien dominaba a la ciudad de Chicago. Un golpe de gracia, se decía, uno que dejara atrás los pequeños ataques ejecutados contra Al que no habían logrado abatir la organización. Esa vez, no dejaría pasar la oportunidad de asestar de manera certera contra el centro de la banda de su enemigo.

—Entonces, ¿qué estás dispuesto a ofrecerme para convencerme de que vale la pena que estés con nosotros?

Luca sacó del saco un cigarro ante la atenta mirada de dos hombres que custodiaban a Bugs, y lo prendió.

—Hay ocho cargamentos de bebida que vienen hacia aquí, dos de ellos están por arribar mañana por la noche. El resto del cargamento un día después.

—¿Cuál es el plan que ofreces?

—Secuestrar los camiones antes de que entren a Chicago. El lugar lo decides tú.

—Ese es un buen plan, ¿por dónde vienen?

—Desde Detroit.

—¿Algún dato más?

—No. El resto corre por tu cuenta.

—Espero por ti que sea así lo que me dices.

Luca lanzó el humo antes de contestar.

—Restan unas horas para comprobarlo.

—Te llamaré cuando todo esté listo y terminado.

Pesce asintió para levantarse y retirarse del lugar. Caminó unos pocos pasos porque la voz de Bugs lo detuvo.

—¿No necesitas que te protejamos?

—Sé cuidarme solo. Hasta que todo esto termine me mantendré en el mismo lugar que he tenido hasta ahora—replicó al volverse—. Me llevará un tiempo pasarme de bando sin sospechas.

—Me parece lógico que así sea; no obstante estaremos tras tus pasos, hasta tener con nosotros la totalidad de los cargamentos.

Luca asintió solo con la cabeza.

—Pesce, no intentes hacernos alguna mala jugada.

—Si lo hiciera, estaría expuesto con cualquiera con ustedes. No es lo que busco.

—Entonces hazte a la idea de que, cuando todo pase y sea el momento, estarás en la mejor banda de Chicago.

—Así será. Mi única condición es seguir como hasta ahora: desde las sombras.

Luca lanzó el cigarro antes de perderse por el lúgubre recinto. Al alcanzar la calle, buscó el automóvil y prendió el motor. Dio marcha atrás para salir del callejón, a pesar de que las luces de los otros dos coches lo encandilaban. No bien enfiló por una de las arterias de la ciudad, notó cómo los faroles de uno de los automóviles de la banda de Bugs lo seguían. No le había llamado la atención que lo hiciera; lo estaba esperando. Si pretendían amedrentarlo, no lo habían logrado. Aún debía aguardar cuarenta y ocho horas para que su vida diera un vuelco. Él necesitaba un cambio, lo sabía desde hacía tiempo. Había llegado el momento de hacerlo. Como sus estadías en la ciudad no eran permanentes, alternaba dormir en el piso que había adquirido, cercano al lugar que regenteaba, con la habitación de un hotel de la localidad de Cicero. Había una distancia de no más de diez kilómetros hasta ese pequeño pueblo, que se había transformado en un bastión de poder de Capone. Desde el hotel Hawthorne, se comandaban las operaciones que la organización efectuaba. Aunque eso había cambiado visiblemente, ya que el centro de poder había vuelto a Chicago, más precisamente al hotel Lexington. Esa había sido otra de las operaciones comerciales a su cargo que estaba dando sus frutos. Bordeó la calle y estacionó a unos pocos metros de su casa a la espera de que apareciere el coche que lo seguía. Lo localizó al vislumbrar el reflejo de los focos en el cristal de la puerta de acceso al edificio. Una vez dentro de su departamento, antes de desvestirse, se preparó una copa de whisky y se acercó a uno de los ventanales de la propiedad.

Las próximas horas serían más largas de lo que esperaba que fuesen.

Dentro del depósito, había quedado Bugs saboreando una copa de alcohol al tiempo que vio acercarse a un colaborador que se había mantenido a cierta distancia durante la entrevista de Moran con Luca. Como no se fiaba de los dichos de Renzo y pretendía obtener mayor información indagó a otro de los suyos.

—¿Qué más sabes de él?

—Según escuché, hay cuestiones comerciales que Pesce no logra zanjar con uno de los hermanos Capone.

—Me cuesta creer que Al no le ponga punto final a la relación con Luca de un modo más drástico.

—Prefiere mantener así las cosas. En el fondo sabe que la salida de Luca es una despedida anunciada.

—Claro que sí, pero lo que no debe imaginar es que se venderá al mejor postor.

—Quizás actúe de manera contundente cuando sepa con quién colabora Pesce.

—Puede ser, aunque a este hijo de puta nada se le escapa. Sin embargo, esta vez Al nos va ayudar, porque al hacerlo nos evitará desentendernos en un tiempo de Luca. No quiero en un futuro a un traidor en nuestras filas.

—Bien pensado.

—Haz algo para mantener vigilado a Pesce.

—Yo me encargaré de eso.

—Mantenme al tanto.

Poco después, el colaborador se unió a Renzo que estaba dentro de uno de los automóviles estacionado a la vera del depósito y hablaron por unos largos minutos. Luego arrancó el coche con el convencimiento de que estaba haciendo todo para ganarse la confianza del jefe.

Luca había cumplido el trajín de ese día de modo rutinario. Había

terminado la jornada en The Grand Terrace Cafe. Enfiló hacia su departamento. Las dos cuadras que lo separaban, lo hizo arropado de un abrigo que le cubría parte del rostro y en compañía de un cigarro. El intenso frío del mes de febrero no daba tregua; se vivía un invierno crudo. Una vez dentro, se dispuso a darse una ducha. No pudo finalizarla porque el sonido del timbre anunció que tenía visitas. Salió con una toalla envuelta en la cintura hasta tomar el intercomunicador. El portero le anunció que la señorita Julia acababa de subir. Pocos minutos después escuchó los golpes a la puerta.

—Por el modo en que me recibes, veo que me estabas esperando.

—Te equivocas, recién llego.

—No me vas a invitar con una copa —ronroneó.

La conocía y sabía que, cuando se le ponía algo en la cabeza, era difícil disuadirla. Aunque él conocía el verdadero motivo por el que ella había ido a verlo esa noche. Y no tenía que ver con ninguna de las razones que segundos después ella esgrimió.

—Adelante —dijo al mantener con un brazo la puerta abierta para que la joven ingresara.

Luca no se molestó en volver a vestirse, ya que esperaba que la visita fuese corta.

—¿Cuándo llegaste?

—Hoy. Lo primero que he hecho no bien dejé las maletas en el hotel ha sido venir a verte.

—Julia no creo que sea una buena idea.

—Sí que lo es —comentó al dejar la estola de piel a un costado del sillón y levantarse para enfilar hasta el lugar de Luca—. He abandonado a Johnny y pienso quedarme unos semanas aquí.

No hacía tanto tiempo que se había unido a ese hombre que brillaba en el mundo del boxeo en la ciudad de Nueva York. Ese había sido el lugar que ella no habría querido abandonar. Le encantaba estar junto a un sujeto que iba en ascenso en la fama. Tenía una belleza capaz de encandilar a cualquier hombre. Sabía usarla para permanecer donde hubiera fama, diversión y dinero. El tiempo había erosionado lo que había sido alguna vez, de modo que la Julia que se presentaba a

la puerta de Luca poco se parecía a la que había conocido años atrás en la embarcación *Vestris*.

—Si es lo que deseas me parece bien —replicó al levantarse y tomarla por los hombros—, pero hazme el favor de regresar al hotel y descansar.

—No imaginé que alguna vez fueras a echarme de tu lado.

Se incorporó y enfiló hacia la puerta de entrada.

—Te olvidas esto —dijo Luca al alcanzarle la estola de piel y envolverla en rededor del cuello de la joven—. Ahora, vete.

Ella no tardó en desembarazarse del abrigo y enroscarse en los fuertes brazos de él. Con los dedos recorrió ese cuerpo que conocía y que extrañaba desde hacía tiempo. Tiró de la toalla que aún colgaba en la cintura de Luca. De inmediato se sintió aprisionada contra la pared. La mirada lujuriosa de él la eclipsó. No dejó de gemir mientras él la despojaba del vestido con las diestras manos y con la boca se apoderaba de sus pechos. En medio de las caricias de ella y los embates de él por poseerla finalizaron sobre la cama envueltos en el desenfreno de una noche. Cada uno, aunque por distintos motivos, se habían entregado a ese momento de sexo. La madrugada los había alcanzado. Mientras ella se extendía sobre las sábanas, él fumaba un cigarro con la vista perdida a través de la ventana. Los copos de nieve se habían apoderado de las calles hasta otorgarles un tinte inmaculado a la ciudad del crimen y el contrabando.

—¿No quieres volver conmigo? —ronroneó ella al acercarse y abrazarlo por detrás.

—Julia, tengo cosas que hacer hoy.

—¿Me estás echando?

—Sí, es mejor que te vayas.

—Si me prometes que mañana cenaremos juntos.

Luca giró quitándose las manos de ella para agregar.

—¿Es lo que quieres?

—Sabes que sí. Siempre te deseo.

—Prometido entonces —completo al deslizarle el dedo sobre la mejilla.

Minutos después, se encontraba solo en su departamento. La vio irse del edificio a bordo de un automóvil. Ella lo hizo convencida de que había logrado su objetivo. Detrás de aquella visita había estado el pedido de Renzo, su hermano, para que lo vigilase y comprobase cuáles habían sido los últimos movimientos de Luca. Renzo no tendría límites en alcanzar el lugar que buscaba en la banda de Moran. Haría lo que fuera por ascender. Sin embargo, los hermanos D'Angelo desconocían que Luca nunca había vuelto a confiar en nadie. La última vez que lo había hecho había sido antes de haber abandonado la estancia El Recuerdo. En ese momento, en que Renzo y Julia creían que lo habían engañado y que todo seguía como hasta entonces, Pesce tenía varias cosas qué hacer y no quería perder más tiempo en elucubraciones. Ese era el día en que la segunda y última entrega se haría efectiva en los depósitos de Bugs. Sabía que el secuestro de los primeros camiones de bebida habían salido como lo había pactado, había sido una operación limpia de acuerdo a lo esperado. Se acicaló. Tomó algunas pertenencias que necesitaba y abandonó la vivienda para perderse en las calles de la ciudad.

La expectativa colmaba el garaje ubicado en la calle North Clark 2122. Allí la espera se hacía más lenta que cualquier otro día. El reloj anunciaba un minuto para diez y veinticinco de esa mañana. Varios de los mejores hombres de Moran aguardaban la última entrega.

—¿Qué sabes del jefe?

—Debe de estar por venir en cualquier momento.

—¿Te has encargado de los agentes?

—Por supuesto, esta vez la paga ha sido más suculenta que otras veces. No tienen excusa para no hacerse a un costado y dejarnos operar tranquilos esta mañana.

—Ya es la hora —señalo uno de los matones de Bugs.

Como se trataba de un gran día, Moran se había levantado a primera hora. Para completar el buen aspecto y excelente humor que predecía el modo en que se le estaban dando las cosas, fue a la barbería. Frente al espejo observaba las manos del barbero que volaban sobre su cabeza.

—Vamos, date prisa —obligó Bugs que alternaba la mirada con el reloj pulsera para constatar el horario.

El barbero apuró la tarea porque no quería tener alguna queja o incidente con ese cliente en especial.

—Ahora sí —dijo al sacarle la capa y pasar un cepillo para quitarle cualquier pelusa que hubiese quedado en el saco de Moran.

Luego de dejarle una suculenta propina, Bugs abandonó el salón para dirigirse hacia el centro de operaciones. Se desplazó con la mayor premura para estar presente en el operativo. Alcanzó la esquina de la calle North Clarke y se detuvo con asombro para observar lo que estaba ocurriendo a pocos metros de ahí. Tres policías habían descendido de un automóvil de la fuerza. En segundos habían entrado al recinto. La imagen no se condecía con el arreglo que, con la policía, habían hecho los suyos. No podía ser lo que estaba ocurriendo. El sonido metálico de una ráfaga de ametralladoras detonó el ambiente. Solo atinó a escabullirse en el automóvil mientras el chofer giraba en la esquina para sacarlo de allí.

—Mierda, espera, déjame ver qué sucede.

Pocos minutos después salían del depósito tres sujetos con las manos en alto encañonados por los agentes hasta alcanzar el coche.

—¡Arranca ya! —reclamó Moran al chofer—. Llévame a un lugar seguro. Debo guardarme hasta que todo esto se aclare.

Mientras huía del lugar intentaba entender lo ocurrido. La presencia de aquel al que apodaban “Machine Gun” con las manos levantadas no hizo más que reforzarle la idea de que todo había sido un emboscada muy bien planeada. Ese sujeto era uno de los mejores hombres de Capone. Estaba seguro de que todo había sido una farsa. Moran había jugado con fuego en más de una oportunidad cuando había querido matar a Al y a los suyos. Bugs había desperdigado balas y sangre para acabarlo sin haberlo logrado. Sin embargo, la sed de venganza y el afán por destruirlo no le permitió vislumbrar que en algún momento la organización se cobraría con creces lo sucedido tiempo atrás. Él había tomado todos los recaudos para que no sucediera, pero esa vez había fallado y le tocaba hacerse a un costado, al menos de momento.

No tardó demasiado tiempo para que la prensa se hiciera eco de

lo acontecido en la mañana de ese catorce de febrero. En la primera plana de la mayoría de los periódicos se relataba qué era lo que había sucedido horas antes.

Masacre en el día de San Valentín

En el día de la fecha, se vivió otro hecho de violencia a los que estamos acostumbrados en la ciudad. Esta vez sucedió en un depósito ubicado en la calle North Clark 2122. Según fuentes policiales, la banda comandada por Moran aguardaba la entrega de un encargo ilegal de bebidas. En el reducto criminal de Bugs se libró una feroz batalla. Según testigos, algunos hombres disfrazados de agentes policiales ingresaron al garaje para cobrarse una venganza. Siete de los miembros de la banda de Moran fueron abatidos con ametralladoras Thompson. Uno de ellos está en grave estado en un hospital de la ciudad. No se sabe a ciencia cierta quién urdió el plan para dar muerte a parte a los hombres de Moran. Por el estilo y el fuerte enfrentamiento que, durante tiempo mantienen ambas bandas, el nombre de Capone salió a la palestra. Sin embargo, él no se encuentra en la ciudad ni ninguno de sus secuaces conocidos. Resta esperar que el tiempo y las autoridades judiciales echen luz sobre este hecho criminal, uno más de los tantos que se viven desde hace tiempo en Chicago.

* * *

Con las últimas horas de la noche, Luca arribó, por fin, a la ciudad de Miami, después de un largo viaje. Había estado allí en pocas oportunidades. Habría preferido haberse alojado en el hotel Ponce de León ubicado en el centro de la ciudad y descansar luego de un día agitado, pero sabía que lo estaban esperando. Enfiló hacia el 93 de la isla Palm, donde tenía una cita. Los destellos de la luna se reflejaban en las aguas que bañaban las propiedades de Biscayne Bay. Una fortaleza se erigió frente a sus ojos. No la había visto terminada luego de las reformas efectuadas, aunque había sido parte de las arduas negociaciones para que fuera adquirida. Se debió buscar un contacto

en la ciudad que, a cambio de una comisión, se encargase de adquirirla a su nombre para luego hacer la transferencia para Mae Capone. Desde Chicago, se enviaban giros telegráficos a nombre de un joven llamado Henderson, gerente del hotel Ponce de León. Evitar al fisco se había transformado en una obsesión, ya que dos años antes el Tribunal Superior había dictaminado que, los ingresos ilegales, también tributarían. Se trataba de una maniobra del gobierno de recaudar más plata, debido a la cantidad de dinero que se traficaba con el contrabando de alcohol a partir del dictado de la Ley Seca. Capone estaba convencido de que esa finca se transformaría en un refugio y en un lugar de descanso. Sabía que necesitaba poner distancia. Cumplir, en la medida de que pudiera, con la tregua que entre las distintas bandas habían acordado. En Miami podría, junto a su familia, estar tranquilo. Una caseta con dos vigilantes controlaba el acceso a la propiedad. Los altos muros de hormigón que rodeaban la finca culminaban con las verjas de entrada cubiertas con gruesas puertas de roble que impedían ver el camino de ingreso. Una vez dentro, Luca enfiló por el sendero bordeado por palmeras hasta alcanzar la finca que, construida a dos plantas con muros blancos, relucía en medio de la noche.

—Por acá —indicó uno de los asistentes del dueño de casa.

Luca entró al lujoso salón. Daban vida al lugar importantes reproducciones de obras de arte y un mobiliario de estilo francés que lo decoraba. El blanco, dorado y verdeceledón eran los colores que predominaban en el lugar. Un óleo en tamaño natural del dueño de casa junto a su hijo daba marco a la sala. Frankie Rio salió del despacho y saludó a Luca antes de desaparecer por el fondo. La fidelidad del guardaespaldas era absoluta. Se había instalado con el jefe cuando se había mudado a la ciudad. Al llegar al escritorio, Pesce fue recibido por Capone, que lo aguardaba con una copa de whisky en una mano y un cigarro en la otra.

—Al fin has llegado.

Luego de los saludos, ambos se sentaron en los confortables sillones del despacho. Una amplia ventana de lado a lado de la pared, permitía observar el muelle con dos embarcaciones que el dueño de casa había adquirido, no bien se había trasladado junto a su esposa Mae. Con orgullo había bautizado al yate *Sonny and Ralphie*. El primer nombre pertenecía a su hijo, lo que demostraba, de ese modo, que la familia estaba presente en cada acto que hacía.

De inmediato, Al llenó su copa y sirvió una para el invitado.

—No tuve tiempo de instalarme en el hotel porque vine directamente a verte.

—Aquí hay lugar de sobra para que te quedes.

—Prefiero no hacerlo.

—Eso lo hablaremos luego, pero dime cómo resultaron las cosas en Chicago.

—El rumor de que pensaba abandonarte se corrió antes de lo que imaginaba. Eso permitió que acelerara todo cuando me vinieron a buscar.

—¿Quién fue a buscarte, tu amigo, Renzo, o el mío, Bugs ? —preguntó al lanzar una bocanada de humo al cigarro.

—Hablé con ambos, aunque quien inició las conversaciones fue Renzo.

—Debe haber usado cualquier medio para llegar a ti.

Luca calló y no mencionó a Julia, bastante tenía ella que lidiar con su hermano y con los problemas que le acarrearía la vida que llevaba como para ponerla en evidencia frente a Capone.

—No te creas, pero tuve una reunión con Moran para notificarlo del encargo de bebidas.

—¿Creyó lo que le dijiste?

—Claro que no, por eso me hizo seguir hasta que la totalidad de la entrega estuviese en su cuartel general.

—Del resto se ocupó Danny —aseveró.

—Sí. Ha sido contundente porque siete de sus hombres fueron muertos. Por el momento, Moran se ha replegado.

—Eso le demostrará quién reina en la ciudad, y dejará de molestarme. Al menos por un tiempo.

—Así es —completó al beber un trago de whisky—. La investigación policial comenzará. Moran pretenderá estar limpio de

todo lo que ocurrió y cuidar a la gente que le queda.

—El muy cagón hablará de un hecho vandálico. Sabemos cómo se actúa en estos casos.

Por mucha aversión y odio que hubiera entre las bandas, había un código de silencio entre ellos. Podían sembrar señales para direccionar la investigación, pero en las declaraciones frente a las autoridades policiales todo se negaba, nada se sabía.

—Deberá guardarse por un tiempo y, cuando busque armarse, será tarde.

Capone asintió. Antes de beber otra sorbo dijo:

—Por supuesto, en mi caso haber abandonado la ciudad ha sido un golpe de suerte. No sé cómo buscarán vincularme con lo sucedido.

—Quizás indagarán a quienes quedaron a cargo de todo en Chicago.

—Los que están allá forman una gran familia; tan familia como eres tú.

—Pero llegó el momento de dejar todo, lo sabes.

—Sé de tus intenciones de abandonar el país, pero voy a intentar disuadirte.

—La decisión está tomada.

—¿Crees que no cuento con modos para hacerte cambiar de opinión?

—Sé que los tienes —replicó al beber el resto de alcohol que quedaba en la copa y agregó—, pero sabes también que a cambio jugué una carta fuerte con Moran. Él me buscará para matarme.

—Antes de hacerlo contigo lo hará conmigo y con toda la organización. Eso es sabido desde que buscó conquistar el territorio intentando arrebatármelo. Moran ahora está acabado y no debería preocuparte que te busque. No lo hará. Tiene que ocuparse de reorganizarse. Tardará tiempo para hacerlo. Cuando lo haga será demasiado tarde.

—Puede que así sea. Sabes también que nada me hará cambiar la decisión que tomé. Siempre tuve la intención de regresar a mi lugar. Simplemente, llegó el momento de hacerlo.

—Aunque eso signifique abandonar a nuestra familia.

—He dejado la mía en Buenos Aires junto a algunas cuestiones sin resolver que debo zanjar ahora.

—Pero volverás —aseguró.

—Lo haré. Aquí he dejado todo dispuesto para evitar problemas.

—Lo sé. De otro modo no podrías marcharte, ¿cuándo embarcas?

—Lo haré mañana a última hora.

—Bien. No imaginé que fuera a mencionar las mismas palabras de mi estimado Torrio —dijo al recordar las palabras de su mentor—: Me estoy volviendo demasiado importante para mi propia seguridad. Por eso este refugio es lo que necesito. Quizás tú requieras de un tiempo también. Sin embargo, Luca, nunca debes olvidarte que me debes la vida y que no podrás disponer de ella como lo deseas —dijo al tomarse un tiempo para beber el último trago de alcohol.

Pesce no le contestó. Sabía a qué se refería y no pensaba echar a perder sus planes por una bravuconada.

—Supongo que estarás con hambre —dijo Capone y se incorporó en el sillón—. Ven que Mae quiere saludarte. Como sabes, no podrás negarte a comer la pasta que prepara.

—Lo sé.

Ambos abandonaron el despacho para dirigirse hacia el salón comedor donde estaba todo dispuesto para cenar. La anfitriona había colocado la nueva y suntuosa vajilla que había adquirido poco después de haberse instalado allí. Pretendía eclipsar a los vecinos y nuevas amistades con la fortuna que poseía. Sin embargo, la recepción que ella esperaba no había sucedido. Nadie quería tener que ver con los negocios turbios de su esposo. Más allá de que él la mantenía al margen de sus operaciones comerciales y manejos en el hampa, ningún vecino podía permanecer indiferente de los que sucedía en derredor de Capone.

—Mae, está muy sabroso este plato.

—Gracias, Luca; eres uno de los pocos invitados que hemos tenido hasta ahora.

—Mujer no te quejes que muy pronto nos visitará el alcalde de la ciudad. Ya he hecho algunos contactos con él.

No había sido fácil asentarse en ese lugar. Por ese motivo, Al había ido a visitar a Lummus, el alcalde. Se había sumado a la reunión el secretario del ayuntamiento y el jefe de policía. A pesar de la negativa inicial, los concurrentes terminaron aceptando de buena gana que se instalase en Miami. Esa vez, no había habido dinero de por medio. De este modo, esperaba que su esposa se sintiese mejor y fuera aceptada por el resto de las vecinas del lugar. Por ese motivo, tenía carta blanca para realizar fiestas y encuentros con los residentes.

—Gracias, querido.

—Cuánto tiempo piensas quedarte.

—Unos pocos días.

—Es una lástima, ¿verdad, Al?

—Sí, aunque estoy convencido de que pronto regresará.

Luca no había podido negarse al alojamiento que le había ofrecido el jefe. A un costado de la propiedad principal se erigía la casa de huéspedes. No tenía grandes dimensiones, aunque una escalera caracol daba vida a la finca como en el resto de las propiedades de Capone. Parecía haberse transformado en su fetiche darle ese formato a las escalinatas de sus distintas propiedades. Por medio de ella, se accedía a la primera planta. Se puso cómodo y salió al balcón con un cigarro. Desde allí, se apreciaban las grandes dimensiones de la piscina que, por sus características, no podría competir con ninguna otra de la Florida.

Por más que lo intentase, a Luca le sería imposible pegar un ojo esa noche. A pesar de lo que había significado el trajín de las últimas horas, gran parte de la expectativa se debía al regreso que había pergeñado a la ciudad de Buenos Aires. Cuántos años llevaba pensándolo. Atrás quedaría lo que había hecho para subsistir en esa nueva tierra y haberse convertido en ese hombre. Aún dudaba de que

el regreso fuese una buena idea, pero era algo que le rondaba en la mente de un modo casi visceral. Por mucho que combatiera el anhelo de regresar, necesitaba hacerlo. No le importaba la velada amenaza que el dueño de casa le había hecho. Luca entendía que tenía solo un tiempo para quedarse allí. No necesitaba más, solo el necesario para saber cómo habían quedado las cosas y saber de ella. El resto carecía de importancia. Tampoco importaba lo que lo esperaba de regreso a la ciudad de Chicago.

Capítulo cuatro

El Recuerdo

Buenos Aires había cambiado en ese último tiempo. El año anterior se habían celebrado las elecciones, luego de haber gobernado Marcelo T. de Alvear en el pasado período presidencial. Yrigoyen había resultado electo bajo una polarización extrema entre personalistas, antipersonalistas y socialistas. Iniciaba de esa manera su segunda presidencia. Ambos, Yrigoyen y Alvear, habían sido los protagonistas de la escisión de la Unión Cívica Radical, lo que resultó en un duro enfrentamiento se zanjó en los comicios. La oposición no se privó de poner sobre el tapete la cuestión de fraude eleccionario. Sin embargo, el presidente saliente se negó a darle cabida a ese reclamo.

Más allá de la cuestión política, la ciudad respiraba progreso. Las calles y avenidas estaban pobladas de tranvías eléctricos, automóviles y taxis. La gente que deambulaba a pie, lo hacía vigorosa. Los edificios construidos a la vera de las concurridas y atestadas arterias daban crédito de la expansión que había sufrido.

Luca llegó para encontrarse con esos cambios y modificaciones. Lo hizo a bordo de un lujoso trasatlántico. Las condiciones en las que regresó no se asemejaban ni por asomo a aquellas en las que había partido. Volvía en primera clase. A pesar de la pompa con la que viajaba, se preocupó por saber de don Antonio. Lo buscó e indagó por el sector de cocina. Aún conservaba gratos recuerdos de Pereyra. Si bien en un principio había sido duro y exigente con Luca, le había dado el consejo oportuno para quedarse de modo definitivo en los Estados Unidos. Unas palabras que Luca había tomado con respecto porque nunca antes alguien le había hablado con sentida sinceridad y sin interés alguno. No lo había visto ni cruzado en Nueva York. Imaginaba que seguiría trabajando a bordo de alguna embarcación, pero no había tenido suerte de cruzarlo a bordo.

Luego de realizar los trámites aduaneros, tomó un coche para que lo llevara hasta la calle Florida frente a la Plaza San Martín. Allí se erigía el Plaza Hotel. La construcción mostraba ecos del academicismo europeo, aunque el arquitecto Zucker incorporó elementos aprendidos en Nueva York, como el máximo aprovechamiento del terreno. El lujo se podía apreciar tanto en los detalles decorativos como en el servicio que se brindaba a los clientes.

Luca sabía que, a pesar de las comodidades del hotel, no extendería demasiado la estancia allí, porque tenía otros planes. A pesar del trajín del viaje, se sentía deseoso de comenzar con las actividades que había pergeñado con minuciosidad. Quería visitar un estudio jurídico que le había sido recomendado por un empresario italiano que residía en Chicago y que, también, hacía negocios en la Argentina. Luca sabía que debía construirse a sí mismo una vez más: ya no era el que había huido, no tenía las mismas ilusiones ni aspiraciones de ese momento; menos aún, la inocencia de entonces. Era como si estuviese viviendo otra vida. Una vida que había sepultado a la anterior.

Dejó a un lado el equipaje en la suite del hotel. Luego de darse un baño y cambiarse, partió hacia el centro de la ciudad para asistir a la cita pactada con el abogado. Necesitaba ciertos contactos sociales para llevar a cabo lo que había pensado. La única manera de hacerlo sería reuniéndose y codeándose con algunas personalidades rimbombantes de la ciudad. Contaba con dinero como para concretar los negocios en los que estaba interesado, sabía, sin embargo, que el lustre y los contactos abrían, a veces, más puertas que el oro.

Llegó y subió hasta el cuarto piso; se anunció y pidió por el doctor Benjamín Navarro. Pasaron unos pocos minutos hasta que fue atendido.

—Luca Pesce, un placer atenderlo.

—Gracias.

Lo invitó a sentarse en un amplio sillón del despacho.

—Adelantó su viaje, ¿cuándo ha llegado?

Luca le había enviado un telegrama con una posible fecha de llegada para agendar el encuentro.

—En el día de hoy; por la mañana.

—Veo que no pierde el tiempo para ponerse al día con ciertas cuestiones.

—Así es.

—¿Una copa?

—Acepto.

Luca tomó el vaso como si evaluara el líquido ámbar.

—Es whisky importado; de los buenos.

—Me lo imagino —retrucó Luca con una sonrisa. Él conocía como nadie las características de la bebida que iba a ingerir.

—Entiendo que Conti le ha contado cómo trabajo. Dígame, entonces, en qué puedo ayudarlo.

Luca se había acostumbrado a tratar a abogados. La experiencia le había demostrado que lo mejor era contar solo lo necesario. Con el tiempo, vería si podía fiarse del profesional. De momento, lo necesitaba para insertase en el mundillo porteño con los empresarios que pudieran estar dispuestos a darle lo que él había ido a buscar.

—Creo que si viene con deseos de invertir en el país, es el momento indicado.

El profesional evitó indicarle que, desde hacía unos meses, había una recesión que afectaba a los estancieros. Los años de esplendor que habían disfrutado con la explotación del campo comenzaban a opacarse. Muchos de ellos se habían expandido por demás. Habían incorporado más tierras y trabajado de manera mixta; esto es, agricultura y ganadería de manera conjunta. La expansión había implicado también endeudarse. Hasta hacía poco, todo iba viento en popa. Sin embargo, la situación comenzaba a cambiar. El profesional no quería abrumarlo con datos y suponía que Luca, con el tiempo, sería capaz de informarse de los pormenores del contexto argentino. Mientras tanto, él prestaría sus mejores servicios.

—Eso espero, me gusta hacer buenos negocios. Estoy buscando tierras para trabajarlas.

—Por supuesto. Cuente conmigo para asesorarlo en cuanto pueda. Si desea yo tengo, dentro de mi cartera de clientes, algunos que pueden ofrecerle lo que busca.

—Me gusta conocer antes a la gente con la que voy a vincularme comercialmente.

—Entiendo: es un modo de evaluar a las personas.

—Exactamente.

—El próximo jueves se celebra una cena en el Jockey Club. Creo que es el lugar indicado para que se relacione con esas personas. La invitación al lugar corre por mi cuenta.

—Muchas gracias. Mientras tanto, cuénteme un poco cómo se manejan los negocios aquí.

El abogado supo que había llegado el momento para lucirse con un potencial y próspero cliente. La charla se extendió más de lo esperado. Al finalizar, quedaron convencidos de que había sido óptima para ambos.

Los débiles rayos del atardecer marcaban el fin de las actividades de ese día. Sin embargo, la ciudad cobraba vida a medida que la noche ganaba las calles. Luca estaba verdaderamente cansado para salir y recorrerla. Pidió una carne con ensalada para cenar en la amplia y lujosa habitación. A pesar de que se resistía a evocar y a recordar, no había dejado de pensar qué habría sido de la vida de ella. ¿Habría formado una familia? ¿Se habría casado? ¿Amaría a alguien?

Unos golpes a la puerta lo sacaron de esas elucubraciones que no lo llevaban a nada. Un carro con la comida tapada con una campana de plata cubría la cena, que Luca, minutos antes, pensaba devorar y que, ahora, no tenía ganas de comer. Luego de darle propina al empleado, cerró la puerta. Se prendió un cigarro y se acercó al amplio ventanal con vista a la iluminada plaza. Recordó a su madre y a las últimas palabras de aquella desenfrenada despedida.

—Nadie creerá lo que puedas decir. Lo mejor es que huyas, que te olvides de esta tierra, hijo querido. Siempre serás el responsable de la muerte del patrón.

—¿Para usted, madre, parezco un criminal?

—No importa lo que yo crea, nadie te creerá. La única opción es que te vayas y no vuelvas. Yo no importo. Te pido que me olvides, que te olvides de este lugar y que te vayas.

No se había olvidado de ella, pero haberse conectado a través de cartas habría sido involucrarla en un asunto que ella quiso evitar. No se había olvidado de que, en aquel momento, parecía más afectada por la muerte del dueño de la estancia que por lo que le sucedería a él. A pesar de eso, había averiguado que ella había muerto, no sabía en qué circunstancias, solo sabía que estaba en El Recuerdo cuando sucedió. Parecía que todos los momentos importantes de su vida confluían en esa tierra. Eso no le permitía poner distancia, aunque intentase con ansias dejar en el olvido esa noche de nueve años atrás. No podía, no hasta que pudiera cerrar los hechos que lo habían llevado a huir y dejar todo.

De modo abrupto, los recuerdos comenzaron a salir sin control. Por mucho esfuerzo que pusiera, el pasado cobraba vida y se apoderaba de su presente.

* * *

En medio de los trámites que debía hacer, llegó el día de la cena en la que intentaría buscar contactos y encontrar información. El Jockey Club quedaba en la calle Florida a pocas cuadras de donde Luca se alojaba. Algunos automóviles aguardaban detenidos frente a la puerta de ingreso hasta que descendieran los ocupantes, que participarían de la cena.

Luca se deslizó por la puerta de entrada una vez que presentó la invitación que tenía. El amplio y majestuoso salón de ingreso estaba colmado de invitados que disfrutaban de una copa de alcohol y de canapés ofrecidos por los mozos. A poco de llegar, luego de mantenerse a un costado observando con detenimiento a la concurrencia, se aproximó hacia el doctor Navarro.

—Pesce, qué gusto verlo —saludó al estrecharle las manos—. Les presento a un futuro socio de esta institución —les dijo a aquellos que formaban parte de la conversación que mantenía el abogado.

Luego de los saludos la conversación continuó.

—¿Piensas establecerte en la ciudad?

—Por un tiempo sí, aunque no debo desatender mis negocios en Estados Unidos.

—¿Cómo los trata la Ley Seca? No debe ser fácil convivir con la restricción.

—Se hace lo que se puede —replicó con una ladina sonrisa.

—¿A qué te dedicas?

—Tengo varias inversiones en los Estados Unidos, aunque debo reconocer que los caballos son mi debilidad.

—Entonces, estás en el lugar indicado.

—Esta institución, precisamente, está en medio de la construcción de un nuevo hipódromo en la zona de San Isidro.

Los socios fundadores del Jockey Club habían buscado mejorar la calidad y el mejoramiento del Hipódromo Nacional que habían administrado desde un inicio. En aquel momento, ni siquiera contaban con una sede propia, por lo que debieron arrendar una propiedad. A medida que los años fueron pasando y la situación mejoraba, cambiaron de locación hasta llegar a la que tenían en ese entonces. Estancieros y empresarios formaban parte del Jockey. El ingreso a la institución estaba lleno de restrictivas formalidades; inclusive, una vez que se invitaba a alguien a participar, debía ser evaluado por la comisión para ver si se le otorgaba la membresía.

—Así es —agregó Navarro—; se ha adquirido una fracción de tierras bastante importante, unas cuantas hectáreas. Estoy seguro de que en unos años podremos disfrutar de un hipódromo que no tendrá que envidiar a algún otro de Europa.

—Imagino que no debe haber sido fácil la adquisición del terreno —inquirió Luca.

—Claro que no. Pero aquí estamos todos nosotros que tenemos los contactos necesarios para estar atentos a la venta de tierras que resulten atractivas.

—Entonces, estoy en el lugar indicado.

—Debo entender que lo que busca, Pesce, además de unos buenos caballos, es volverse terrateniente —le dijeron entre risas por lo exagerado del mote.

—Algo así —contestó y rio también—. Busco, ahora sí, en serio, calidad en los campos que adquiera.

—Amigo, hubiese comenzado por ahí —agregó Ariel Podestá, uno de los que formaba parte del grupo que conversaba despreocupadamente.

Luca había mencionado la palabra mágica, ya que varios de los integrantes de la ronda en la que participaba comenzaron a esmerarse por prestarle atención, ya que tenían frente a sus ojos un potencial comprador de tierras. A medida que la conversación avanzaba, el tema viró hacia la política nacional. Los distintos e incipientes desmanes que se estaban produciendo ante el descontento político llamaban la atención, en especial, si se tenía en cuenta lo reciente de las elecciones. Los desmanes tenían por respuesta la destemplada reacción de los partidarios del presidente.

La conversación se vio interrumpida al anunciar que la cena aguardaba en el amplio salón comedor. En una de las mesas redondas, se ubicó Luca junto a otros invitados presentados por el doctor Navarro.

—Así que has nacido aquí, me lo dijo mi colega. Perdón, me presento, soy Beltrán Sagasti.

—Un gusto conocerte —le respondió cortés.

—Creía que no vendrías —cuestionó Navarro a su amigo.

—Ando complicado, la política me tiene a mal traer. En el Congreso, todo parece un caos.

El apellido Sagasti implicaba una larga tradición política. Radical, don Arturo había llevado el estandarte de su abolengo bien alto. Ya muerto, esa herencia había quedado en manos de su hijo. Hasta el momento, el joven no había demostrado tener ni las agallas ni el manejo que supo alcanzar el padre.

—Mejor entonces que no sigamos con esos temas para no

atosigarte.

—Lo agradezco —replicó al beber una copa de champagne.

—Para cambiar de tema, ya que tenemos un nuevo integrante en la mesa, ¿qué te hizo venir hasta aquí? —le preguntó Sagasti a Pesce.

—Regresar a tu tierra es algo que importa en algún momento de la vida.

—Eres joven como para haberte ido y vuelto —agregó Podestá.

—Lo soy, pero he logrado casi todo lo que he deseado. Ahora, llegó el momento de venir hasta aquí e invertir en mi lugar.

—Creo entonces que hemos ganado un amigo —agregó Beltrán.

—Luca, si estás interesado en adquirir tierras estás invitado a mi estancia, tengo algunas que busco vender. Están ubicadas en el sur de la provincia de Buenos Aires, aunque creo que deberías verlas para sacar tu propia conclusión. Cuento con un haras para que puedas elegir si alguno de los nuevos potrillos te interesa.

—Gracias por la invitación.

Beltrán se ubicó mejor en la silla, inclinando hacia adelante para hablar, ya que al fin había llegado el momento que tanto había esperado. Un sueño que se cristalizaría si actuaba con inteligencia. Estaba seguro de que el sujeto que tenía en frente no sería un hueso duro de roer. Muy por el contrario, al venir de otro país, más allá de la nacionalidad, lo hacía un extranjero en su propia tierra, por lo tanto, un hombre poco avezado en cuanto a los negocios que se realizaban en Argentina.

—Sin embargo, si estamos hablando de campos, nada como la estancia El Recuerdo.

Luca dejó disimuladamente el cubierto que tenía entre los dedos para escuchar atentamente lo que tenía Sagasti para decir.

—¿Dónde está ubicada? —preguntó para asegurarse que se trababa de la misma tierra que él buscaba.

Las palabras escuchadas le retumbaban en la mente. Parecía haberse trasladado al campo en el que había trabajado durante tantos

años. Podía oler el aroma que despedía la cocina cuando hacían semillas de girasol tostadas con sal. Sentir la felicidad que le daba encontrarse con Eva luego de una jornada dura de trabajo. No le importaba cuán extenuante había sido el día si tenía la recompensa de estar con ella. A pesar del cúmulo de emociones que pasaban en su interior, la expresión de su rostro se mantenía inalterable. Debía continuar con la conversación, necesita sacar más información.

—Puedo asegurarte que tiene una ubicación de privilegio. Es relativamente cercana a Buenos Aires; a pocos kilómetros de Los Álamos, un pueblo con pocos habitantes.

—¿Hace cuánto que eres propietario de la estancia?

Luca necesitaba saber cuáles habían sido los manejos en El Recuerdo. Qué había pasado con los antiguos dueños.

—Bueno, *dueño* —comentó con desdén—, es como si lo fuera.

—Explícate —retrucó Luca sin miramientos.

Debió escuchar la historia que Sagasti le contaba y quedarse allí sentado escuchando lo que le decía. Un desborde de emociones lo calaban por dentro. Sin embargo, continuó atento. No se había equivocado al catalogar de imbécil a su interlocutor, sin embargo, en cada palabra y expresión que lanzaba, se agravaba esa calificación.

—Para igualar el convite de nuestro común amigo, te invito a un asado al campo así puedes ver la estancia por tus propios ojos.

—No es necesario; solo me interesa ver los números que arroja la explotación ganadera y evaluar si es negocio para mí —sentenció.

—Por supuesto, cuándo te parece que volvamos a reunirnos.

—Veo que estás apurado por vender —susurró con una irónica sonrisa.

—Algo así —confió—. Un hombre tiene sus necesidades. Tú me entenderás.

Luca prendió un cigarro y evitó continuar hablando, aunque lo necesitaba para lograr su objetivo. El resto de la noche transcurrió entre anécdotas rimbombantes y comentarios sobre la política. Sin embargo, para Luca, los pensamientos se habían detenido en El

Recuerdo.

Cuánto había esperado por ese momento, se decía días después de la cena en el Jockey Club. Lo había vivido como si se tratara de una ceremonia: se había acicalado y colocado un traje de diseño de color azul. Se había peinado los cabellos hacia atrás, para evitar que algunos mechones negros le cayeran sobre el rostro. Como era su costumbre, se ocupó de llegar a horario. Era una cita especial, y no quería perderse nada de lo que ocurriera dentro del despacho del doctor Navarro.

Al arribar, luego de saludar al escribano a cargo, pasó a una sala de reunión. Para matar el tiempo que faltaba, encendió un cigarro. Pocos minutos después, la puerta de abrió para dar paso a los vendedores, mejor dicho a la vendedora de la estancia El Recuerdo.

—Querida —dijo Beltrán con una sonrisa por la operación comercial que iba a concertarse en breve—, te presento al señor Luca Pesce. Él se hará cargo de la estancia.

Nadie supo el motivo del silencio en ese mismo instante, ni la causa de que el hermoso rostro de Eva Soria cobrase mayor palidez cada minuto que pasaba.

—Mi amor, sé que estás impactada por la venta del campo, pero te aseguro que es lo mejor que puedes hacer.

—Un placer —saludó Luca al rozarle la mano—. Debe estar tranquila, porque me gusta cuidar lo que es mío —esgrimió con un tono grave.

Eva no podía salir de la conmoción que tenía. Volvió a mirarlo una vez más para cerciorarse de que no se trataba de su imaginación que dibujaba el rostro de Luca, los cabellos negros, el verde de los ojos, en el rostro de otro cualquiera. Podía creer que su mente le jugaba malas pasadas, pero esa mirada, familiar e inolvidable, la sacó de duda. Nada en la expresión de él parecía perturbarlo como le sucedía a ella. No creía que alguien pudiese reconocer en ese hombre al joven que había abandonado la estancia tantos años atrás, salvo ella, claro, que lo conocía o creía conocerlo más allá de la apariencia. ¿Desde cuándo estaba en Buenos Aires? ¿Qué había sido de su vida? Se lo preguntaba a menudo, aunque estuviera convencida de que no volvería a verlo. Sin embargo, el destino le jugaba una carta inesperada. Debía dejar de lado las elucubraciones y centrarse en el

lugar en el que estaba, además de pensar en el motivo por el que había concurrido allí. Necesitaba concentrarse, actuar como una autómata para que los recuerdos no la invadieran. No pudo. Le fue imposible dejar de evocar el último día que ambos habían estado juntos, a pesar de que había sido un día terrible y del tiempo transcurrido, no se sentía capaz de dejar atrás lo sucedido aquella noche. Daría su vida porque nada de lo ocurrido hubiese sido real. Sin embargo, sabía imposible retroceder en el tiempo. La realidad era otra y la tenía frente a ella. No podía dejar de observarlo. Nada había quedado del joven con el que pasó los mejores años de juventud en la estancia. El tiempo lo había transformado en un hombre tan atractivo que impactaba con la sola presencia. Él parecía llenar el espacio de la sala sin ni siquiera hablar. ¿Qué vida habría llevado? ¿Dónde habría estado? Cuanto más lo miraba, menos entendía qué sucedía a su alrededor. Intentaba recordar lo que le había dicho su prometido respecto de la persona que se haría cargo de la estancia. Que se trataba de un hombre que había nacido en Buenos Aires y que, de pequeño, se había instalado con su familia en los Estados Unidos. No recordaba a qué se había dedicado, menos aún, cómo había hecho fortuna. Se necesitaba mucho dinero para adquirir su campo. Una parte de ese dinero que ella recibiría iría a pagar las deudas que había contraído en pos de salvar a El Recuerdo.

—Mi amor, te están preguntando si deseas beber algo; estás muy pálida.

—Un vaso de agua me vendrá bien —musitó.

—Yo se la sirvo. Tengo que ir a buscar unos documentos —agregó el escribano.

—Te acompaño, que quiero hacerte una consulta respecto a unos papeles —contestó Sagasti—. Ya vuelvo —le dijo al oído a Eva—. Los dejo, así se conocen.

Luca no había dejado de observar, como en una partida de póker, cada uno de los movimientos realizados por los presentes, en especial los de ella. Como buen jugador, buscaba saber cuál sería el próximo movimiento de Eva. Notaba cómo ella se sujetaba ambas manos para evitar el temblor que la atravesaba.

—No sabía que se trababa de ti; no imaginaba encontrarte —musitó—. ¿“Pesce”, verdad?

—Así es: Luca Pesce. Eso que ves es lo que soy.

—Luca, yo…

—No me conoces ni yo a ti, así que, por ahora, mantengamos las formas. Con Pesce es suficiente. ¿O quieres hablar de algo más?

Ella recibió como una bofetada lo que él le dijo. Por suerte, el sonido de la puerta irrumpió en el recinto.

—Querida, bebe un poco, que te hace falta —comentó Sagasti al sentarse junto a ella.

—Si les parece, ahora que estamos todos, daré comienzo a la lectura de la escritura y sus cláusulas.

Fue a partir de ese instante en que Eva no pudo escuchar nada de lo que el escribano decía, todo fue un murmullo. Oyó de modo lejano su nombre y el de Luca. Luego, todo en su mente se desmoronó. La presencia de Luca la perturbaba de un modo que no imaginaba. Ni siquiera se había puesto a pensar lo que significaba para ella la pérdida de la estancia por la que había dado todo, por la que había peleado para resguardarla. Ahora, tenía que desprenderse del campo que era como si perdiera una parte de su identidad.

—¿Querida tienes algo que objetar?

Ella negó con la cabeza. Si hubiese podido dar marcha atrás, lo habría hecho, pero los tiempos apremiaban y debía saldar las deudas que tenía. Eva se había expandido en sumar otras tierras e incrementado la producción agraria, convencida de que las condiciones de mercado se mantendrían. Sin embargo, se equivocó. Un error que pagaba demasiado caro.

—Señorita Soria, creo que la cláusula quinta se debe a la bonhomía del señor Pesce que no puso objeción. Muy por el contrario, ha dispuesto que esa condición fuera parte de la compra.

—No sé a qué se refiere —contestó confundida.

—No soy quién para darle un consejo —agregó Luca—, pero siempre es conveniente leer antes de firmar. Lo he aprendido hace un tiempo ya —concluyó al lanzar una sonrisa frente al asombro de ella.

Eva bajó la vista para leer la disposición. Minutos después,

levantó la vista para mirarlo a él, que acababa de encender otro cigarro, ajeno, en apariencia, a toda la situación.

—Entonces, ¿debo agradecer al señor Pesce que me deje permanecer en las que fueron mis tierras? —lanzó molesta.

—No es necesario —contestó—, puede quedarse en El Recuerdo el tiempo que necesite hasta que pueda irse. Supongo que no será fácil abandonar el lugar luego de toda una vida en esa estancia —deslizó y le clavó la mirada—. Creo que es tiempo suficiente para ver qué va a hacer cuando las deje.

Las palabras, plagadas de sarcasmo y e ironía, poco tenían que ver con que ella pudiera pernoctar un tiempo más en la estancia. El pasado los envolvía minuto a minuto y los arrastraba a aquella noche fatídica. No podía ya reconocerlo. Nada quedaba del muchacho que había conocido hasta esa noche. Frente a ella, había un hombre distinto; uno que parecía querer destruirla. No necesitaba preguntar el motivo, lo conocía por demás.

—Su prometido estuvo de acuerdo con esa disposición —agregó el escribano.

—Querida, creo que es lo mejor.

—Deberías haberme consultado.

—No era necesario; sabes que hago lo mejor para ti.

Luca observaba el intercambio de palabras entre la pareja. Desconocía cómo Eva había dejado caer en manos de Sagasti el manejo de algo tan importante como la estancia.

—¿Está todo bien, señorita Soria? —preguntó el escribano.

—Sí, puede continuar.

El resto de la lectura se fue entre más datos y especificaciones de las tierras para concluir con la firma de los participantes.

—Señor Pesce, firme aquí.

Luca estampó con orgullo la firma para concluir la operación. No había imaginado que hubiera sido tan fácil llevarla a cabo, más allá de que confiaba en su tacto empresarial. Cuando se le ponía algo en la

cabeza se volvía implacable. Claro que Beltrán Sagasti había facilitado las cosas. No bien lo conoció pudo oler la avaricia e interés por sacar tajada de la venta. Luca le entregó la misma lapicera para que Eva firmara. Con el mero roce de los dedos de él, ella levantó la vista. Él evitó perderse en los ojos color café. Se había transformado en una mujer muy bella. Atrás había quedado la melena rubia y alborotada que siempre llevaba, reemplazada por una que alcanzaba los hombros en ondas. El rostro lo tenía más afinado. Si bien había permanecido con el semblante pálido y una expresión de disgusto, no dejaba de ser hermosa. Había algo particular en ella que no lo había visto en otra mujer. Un fuego ardía en su interior. Por más que aparentase controlar lo que sentía o se mostrarse modosa, tenía una veta salvaje que él muy bien conocía y que aún no había salido a la luz.

—No es momento de volver atrás las cosas, ¿verdad? —mencionó Eva sin dejar de mirarlo.

A pesar de las palabras de Beltrán y del escribano, que esgrimían las razones para que firmara, ella solo estuvo atenta a Luca, que negó con la cabeza. Esa negativa hablaba no solo de la firma que debía dibujar en el apartado del folio que estaba frente a ella. No había modo de volver el tiempo atrás.

Sus dedos se aferraron a la lapicera. Al fin, estampó la firma. En ese instante supo que dejaba ir todo por lo que había luchado. Se lo llevaba alguien que creía conocer y que, a la vez, se había transformado en un perfecto desconocido.

—Muy bien, querida, has hecho lo que debías hacer; es lo mejor.

Eva se levantó de inmediato de la silla y salió de la sala dando un portazo.

—No sé qué le pasa —agregó Sagasti—. Sepan disculparla ella no es así. Tal vez, la venta la haya afectado más de lo que pensaba. Es el valor sentimental de la propiedad.

—O, quizás, estás empezando a conocerla —replicó Luca—. Nunca es fácil llegar a conocer a una mujer —finalizó.

Beltrán Sagasti hizo una mueca que parecía una sonrisa de compromiso. Luego, le pidió al escribano unos minutos a solas con Pesce.

—Más allá de la actitud de Eva, Luca, quiero que sepas que está muy conforme con esta operación.

—Me alegro que así sea.

—Es un motivo para festejar. Por eso, haré este viernes una cena en mi casa. Desde ya, estás invitado: hay otras excusas para festejar.

—¿Sí?

—Una es haber logrado esta venta.

—¿Y las otras?

—Habrá que esperar. Por otro lado, creo que es el momento para hablar de algo más.

—Dime sin rodeos, porque debo hacer otras diligencias.

—Bien. Sabes que he sido el propulsor de esta operación. Creo que, si no hubiera estado en el lugar indicado, no se habría hecho y hoy, quizás —comentó jocoso—, estarías adquiriendo las tierras de Podestá; en fin, por eso quería que me reconozcas la intervención que he tenido. Es tan solo un porcentaje pequeño en medio de esta suma tan importante por la que has pagado.

El sonido de una carcajada irrumpió la solemnidad que buscaba darle Sagasti.

—¿Crees que has sido el artífice de que yo comprara? Fuiste solo un medio. Yo sabía que era lo que quería. Respecto a la dádiva que me pides, deberías habértela asegurado antes de concretar la operación. Ahora ya es tarde. —Valió la pena ponerle los puntos para ver el gesto atónito de su interlocutor—. Beltrán, gracias por la invitación. Nos vemos el viernes.

Eva no se quedó esperando a Beltrán. No podía quedarse quieta. También, debía ver a alguien más importante que su prometido. Durante el trayecto en el coche, no dejó de pensar un minuto en Luca y en lo que significaba ese regreso. Si bien había soñado con volver a verlo, nunca había creído que podía darse de esa manera. Tampoco había imaginado el modo en que la había tratado. Estacionó cerca de la esquina para ir a la casa de Ángel. No quería que la llegada de Luca lo sorprendiera del modo en que había ocurrido con ella. Debía prevenirlo.

—Eva, ¿qué haces aquí?

—¿Es así como recibes a tu hermana?

—Vamos, adelante. Déjate de tonteras. Llegué hace poco a casa. ¿Tomas algo?

—Un té o café estará bien.

Eva se sentó en el sillón de living. Miró a su alrededor y observó lo prolijo que estaba el lugar. Cuánto le había costado dejar que se estableciera en Buenos Aires, que abandonara la estancia y a ella. Pero había sido la mejor decisión que podía haber tomado, a pesar de haberse quedado sola con todos los problemas del campo. Permanecer en la ciudad le garantizaba a Ángel que podía ir a la consulta médica de inmediato si su salud declinaba, como había ocurrido desde el mismo momento en que había nacido. Por otro lado, haber conseguido un trabajo en Buenos Aires había zanjado la cuestión y se había mudado.

El vínculo que unía a Eva con él era más maternal que de hermandad. No existía una notable diferencia de edad para sentirlo de ese modo, pero haber perdido, muy pequeños, a su madre había hecho que ella ocupase ese lugar. Para ella, Ángel hacía honor al nombre que llevaba. La tez pálida y los rasgos perfectos lo hacían un joven atractivo. La delgadez le otorgaba un toque de vulnerabilidad que siempre lo acompañó. Ella siempre había cuidado de él. Aunque ya no vivían juntos, buscaba siempre alguna excusa para pasar a verlo y saber de su hermano.

Él abjuraba del campo, de El Recuerdo. Le había dado la parte que le correspondía por herencia a su hermana para que hiciera lo que quisiera con las tierras. Ángel no quería saber nada con la estancia. No le gustaba esa vida, detestaba las actividades. Por otro lado, para gran parte de las faenas se necesitaba de buena salud, que él no tenía.

—Ahora me dirás qué te trae por acá —dijo al llevar dos tazones de café con leche como solía tomar su hermana en el campo apenas despuntaba el día.

—No me creerías si te dijera que solo he pasado cerca de aquí y pensé visitar a mi hermanito.

—Claro que no, porque sé que estabas a punto de vender la

estancia y que eso te volvería loca. Fue Beltrán quien me dijo que había un interesado. No quise preguntar más; de todos modos, él cuenta lo que quiere y le conviene.

Sagasti había tentado a Ángel a trabajar con él en el Congreso. Ángel estaba feliz de haber conseguido un trabajo alejado de la estancia y de poder, de ese modo, liberar a su hermana de cuidarlo. Nunca le confesaría lo difícil que le resultaba estar solo. En especial, cuando el corazón le latía endemoniado si se alteraba, a pesar de la medicación que debía tomar de modo permanente.

—Sé cómo es.

—Entonces…

—Hoy se hizo la operación comercial. El Recuerdo ya dejó de pertenecernos.

—Eva, es lo mejor que pudiste haber hecho; ya lo hemos hablado.

—Así es, pero hay algo que no sabes. Luca ha regresado; es el nuevo propietario de la estancia.

Ángel dejó la taza con un leve temblor en las manos. Su palidez aumentó y no supo qué decir. Nada le venía a la cabeza. Él siempre supuso que nunca más volvería a ver a Luca.

—Sí; no es fácil asimilarlo, pero así son las cosas. Poco pude saber de cómo se conocieron con Beltrán. Parece que fue hace muy poco. Lo único que puedo decirte es que en nada se parece al Luca que hemos conocido.

—¿Y de dónde ha sacado el dinero para adquirir la estancia?

—No lo sé. Ha comentado que es un hombre de negocios y que ha estado todo este tiempo en los Estados Unidos.

—¿Con qué fin ha regresado?

—Tampoco lo sé. No quiero que te preocupes por mí ni por nada. Todo estará bien.

—Eva deja de protegerme; ya soy un hombre.

—Es cierto. Aunque nunca dejarás de ser mi hermanito; por eso

he venido a contarte esta novedad, para evitar que te enteres por otro lado.

—Gracias. Me cuesta creer que él esté acá. Quizá quiera buscar a su madre.

—También lo pensé. Sin embargo, no lo ha mencionado.

—Has hablado con él a solas —indagó.

—No, aunque supongo que lo veré en alguna oportunidad y podremos hablar tranquilos.

No pensaba mencionarle las pocas y duras palabras que había cruzado con Luca. No había ido a preocuparlo, sino a informarle sobre las novedades.

—¿Por qué lo dices?

—Porque ha establecido como condición de compra que yo me quede en la estancia por un tiempo. No sé si ha sido un pedido de Beltrán o una exigencia de Luca.

—De un modo u otro esto no me gusta.

—Lo sé, pero no debes preocuparte; de verdad lo digo.

—Eso quiere decir que no vas a mudarte a la ciudad.

—Por ahora no será necesario. Por más que no quiera reconocerlo, no te imaginas la alegría que me da quedarme un tiempo más en El Recuerdo.

—Sabes que podrás contar con esta casa para lo que quieras, que sería una alegría para mí si deseas quedarte conmigo.

—Lo sé, pero mientras pueda permaneceré en la estancia. Este tiempo me dará la posibilidad de despedirme de a poco de nuestras tierras.

—Esa alegría que sientes es por las tierras o por él.

—Ángel no busques enojarme. Nada tiene que ver Luca. Sabes el apego que siempre tuve por El Recuerdo.

—Y él también siempre lo supo. Te conocía demasiado.

—Basta de hablar de él. Quiero que me cuentes cómo anda tu trabajo.

—Si eso quieres te traeré otro café —lanzó cómplice. Aceptaba cambiar el tema de conversación para no discutir con Eva. Se sonrió.

—¿Ves? Así quiero verte siempre.

Los hermanos conversaron de las cosas cotidianas como siempre lo hacían. Simulaban que nada había cambiado y que todo seguía igual.

* * *

Ya en hotel, luego de haberse tomado una copa de alcohol, Luca se acicaló para salir. Esa noche necesitaba algo de diversión para borrar el trago amargo que había sido verla. No solo por la polvareda de recuerdos, sentimientos y sensaciones que Eva había levantado en su interior, sino por saberla en compañía de Sagasti. Cómo podía estar con un hombre que, claramente, buscaba obtener un rédito económico de su futura esposa. Debía dejar de pensar en ella para concentrarse en lo que había obtenido. El Recuerdo le pertenecía; muy pronto disfrutaría de esas tierras. Miró el reloj pulsera y enfiló hacia abajo para disfrutar de la noche de Buenos Aires. Luego de cenar una sabrosa comida en el salón comedor del hotel, salió. Según le había indicado el gerente del hotel, había más de un lugar para visitar y entretenerse, y hacia allá fue.

El automóvil enfiló hacia el burdel más sofisticado que había en la ciudad. Ese había sido el comentario recibido cuando se lo recomendaron. Se trataba de un negocio que conocía demasiado bien, de modo que quería ver si podía hacer alguna otra inversión. Por lo pronto, se dijo que esa noche prefería pasarla bien y disfrutar de la compañía de una mujer. Desde la esquina se vislumbraba un cartel con fondo negro y las letras rojas fileteadas en dorado con el nombre “Mina”. Sacaría sus propias conclusiones si en verdad era tan bueno como le habían advertido. El portero lo miró antes de franquearle el ingreso; había bastado nombrar al gerente del hotel como contraseña.

El humo de los cigarros se mezclaba con el perfume de las

jóvenes que se paseaban ofreciendo algún cigarro y exhibiendo el cuerpo con poca ropa. El ambiente parecía sacado de algún burdel de París. Había varias mesas distribuidas a lo largo del salón. Las sillas estaban tapizadas de un color bermellón en consonancia con el color de las paredes. Los candelabros permitían brindar la luz necesaria para evitar ser vistos. Se dejó guiar por una joven hasta llegar a una mesa cercana a una barra de madera lustrada. El expendio del alcohol era permanente. Pidió un whisky. Contempló a su alrededor. A poco de estar ahí, ya sabía quién sería su compañera de diversión. Mientras la joven se acercaba, hubo una imagen que se coló en esa pesada penumbra. Una imagen que lo distrajo. Una puerta que parecía ser parte del tapizado de la pared se había abierto. Eva salió en compañía de otra mujer que se veía de mayor edad. La última estaba vestida de modo provocativo, mientras Eva llevaba otro vestido distinto del de la tarde. Ambos le habían resaltado las curvas y las torneadas piernas. El cabello le caía en ondas bien marcadas hacia un costado. Vio que se acercaba hacia donde él estaba. Quería tenerla frente a él para saber qué hacía en ese lugar. Por la familiaridad con la que se movía, parecía ser habitué de allí. Se detuvo antes de llegar a él. Se sentó en una de las butacas adosadas a la barra para beber algo rápido.

—¿Te gusta ella? —preguntó Denise, la joven por la que él había pedido.

Luca jamás pensó que se toparía con Eva en ese lugar. Supuso que la mujer mayor que acompañaba sería la madama.

—¿Es compañera tuya?

—No. Tampoco sé mucho porque soy relativamente nueva en el lugar, aunque debo decirte que no es la primera vez que viene. La he visto en otra oportunidad.

Como si pudiera saber que la observaban, Eva se volteó. Sin poder identificarlo, giró de inmediato para continuar hablando con la mujer. Poco después, se retiró bajo la mirada de otros hombres que pretendían acercarse a ella. A pesar de las insinuaciones de los hombres, ella continuó el camino hasta la puerta. Luca no le quitó la mirada de encima hasta que salió del recinto. Después, volvió a concentrarse en Denise: no iba a echar a perder sus planes por lo que había visto.

—Vamos a un lugar más tranquilo —susurró él.

No podía ser que, cada vez que buscaba poner distancia, se colaba la imagen de Eva desobedeciendo el fuerte deseo de sacarla de su mente.

Capítulo cinco

Algo para olvidar

Los primeros rayos del sol atravesaban el quicio de la ventana. Eva estaba levantada desde hacía horas esperando que amaneciese. Amaba ese momento del día, en el que tenía un instante de soledad antes de comenzar con las tareas del día. El aroma del amanecer la envolvía cuando salía de recorrida en la estancia. Sin embargo, debía acostumbrarse a otros amaneceres, como el que se veía a través del amplio departamento de Ángel donde se había quedado a dormir. La calle estaba desierta y toda la ciudad parecía descansar salvo ella. Creía que todos los acontecimientos se precipitaban. Necesitaba detener el tiempo para saber si tomaba decisiones correctas. Todo en su mente se había vuelto una marea de confusión. Unos golpes a la puerta la distrajeron.

—Sé que estás despierta; ven a la cocina que preparé el desayuno.

Ella sonrió sentada en el butacón y fue hacia donde la llamaban.

—¿Cómo sabías que estaba despierta?

—Siempre te levantas a esta hora, no importa dónde amanezcas; está en tu naturaleza. Vamos a cambiarte esa cara que tienes.

—Gracias. Vamos a intentarlo —comentó al tomar un tazón de café preparado para ella—. ¿Hoy tienes un día muy atareado?

—Es solo un día más con la misma rutina de siempre. No me mires así, hermanita, es lo que me gusta hacer. A pesar que sea de la mano de Beltrán. De todos modos, no me quejo.

—No es la primera vez que lo dices, ¿hay algún motivo?

—Ninguno en especial. Solo que siempre dirán que trabajo allí por el vínculo que tú tienes con Beltrán. Es algo a lo que estoy acostumbrado.

Ángel creyó que no era conveniente contarle algo más a Eva. Notaba ciertos manejos que no le gustaban, pero debía cerciorarse de que fueran lo que sospechaba antes de lanzarse a hablar.

—¿Tú que vas a hacer?

—Me quedaron algunos trámites de la estancia por diligenciar en la ciudad. Por otro lado, me gustaría que algunos empleados que allí trabajan se quedasen en El Recuerdo. No me mires así, sé que a partir de ayer ya no tengo injerencia en la toma de decisiones, pero creo que ellos pueden ser de utilidad.

—Te olvidas de que, hasta hace unos años, Luca era parte del personal, por lo que sabe de lo que cada uno es capaz. Además de cómo funciona una estancia.

Eva no había dejado de evocar en aquellos años cada instante vivido con Luca. Esos mismos pensamientos la habían mantenido en vela durante toda la noche.

—Tienes razón. Tendré que acostumbrarme.

Ángel miró a su hermana por encima del borde de la taza con la esperanza de que lo que decía fuese verdad.

—Además, voy a visitar a Eloísa: me espera para almorzar.

—Entonces, tendrás el resto ocupado con ella.

—Seguramente sí. Cuando abandone definitivamente la estancia y me instale aquí, podremos vernos más seguido.

—Tu amiga estará de parabienes.

—Claro que sí —dijo Eva al mirar el reloj de pared—. Si seguimos charlando, vas a llegar tarde.

—Tienes razón, debe ser que hace mucho que deseo desayunar como solíamos, cuando todo era distinto.

—Así es —replicó pensativa.

—No lo dije para que te pongas melancólica.

—Lo sé; no ha sucedido —dijo poco convencida—. Vete, que yo me encargo de ordenar esto.

El permanente ajetreo de la ciudad no dejaba de sorprender a Eva. Los tranvías con un permanente silbido cada vez que arribaban a una parada; las bocinas de los automóviles que, de manera permanente, se hacían oír; y los subtes –a los que no se subiría más allá de que circulaban desde hacía más de quince años y en los que tampoco se acostumbraría a viajar– no dejaban agobiarla. A pesar de los inconvenientes que para ella significaba pernoctar en la capital, luego de cumplir con algunas diligencias, enfiló hacia la casa de los Ocampo. Eloísa se había transformado en una gran amiga.

La muerte de don Soria había provocado un cimbronazo en la vida de Eva. La huida de Luca había sido determinante para que la soledad no se apiadara de ella. La responsabilidad por los asuntos de la estancia a una edad en la que la irresponsabilidad debería ser lo usual la había convertido en una joven arisca, alejada de todos.

Haber conocido a Eloísa la había quitado de ese encierro en el que estaba inmersa. En uno de los viajes a la Buenos Aires, por los que Eva tanto despotricaba, la había conocido. No había sido en una fiesta, ágape o reunión social, sino en el consultorio médico del doctor Echeverri. El profesional no solo atendía a Ángel por su afección médica, sino también al señor Ocampo, padre de Eloísa. Esa casualidad hizo que, luego de coincidir en alguna otra oportunidad, con el tiempo, se transformasen en grandes amigas. Las había unido también el hecho de que Eloísa debiera abocarse a su padre, ante la falta de una mujer en la casa.

Cuando podía, Eva viajaba a la ciudad y la visitaba. Cuando le resultaba posible a Eloísa, se trasladaba a El Recuerdo, aunque no estaba en su naturaleza la vida agreste. Eloísa adoraba la vida citadina. Entre las dos se complementaban y, a pesar de las diferencias, existía un fuerte cariño que las unía.

Bastaron unos pocos golpes a la puerta para que Eloísa asomara.

—Al fin has llegado.

—Te aseguro que hice todo lo más rápido posible.

—Ven; tengo todo listo para que almorcemos y hablemos largo y tendido.

Eva se sonrió porque Eloísa siempre se mostraba dispuesta para cualquier actividad social; entre ellas, atender a sus invitados, a pesar de que tenía cada vez menos tiempo libre desde que había conseguido trabajo. La pequeña mesa de hierro forjado estaba en el patio de la propiedad bajo una pérgola que protegía de los rayos del sol. La brisa cálida se mantenía, aún no había dejado lugar a los días de otoño. El pollo al horno con papas aguardaba sobre un mantel floreado.

—¿Una copa?

Eva sonrió porque su amiga la esperaba con una botella de vino tinto a la espera de la noticia. Aunque no solía beber, la circunstancia lo ameritaba, al menos para Eloísa, que no pensaba echar a perder el festejo.

—Quiero que me cuentes cómo salió todo ayer.

—Bien. Al final podré pagar las deudas que tengo y vivir más tranquila.

—Eva, esto es para celebrar, aunque por el gesto que tienes no parece que tengas algún motivo para hacerlo.

—Desprenderse de lo que una ama no es fácil, pero ya estaré bien.

—¿Cuándo te instalarás aquí? No veo la hora de que lo hagas.

—Podré quedarme en la estancia por un período largo hasta tanto pueda arreglar todo; entonces, sí deberé abandonarla.

—¿En serio?

—Así es.

—No esperaba menos de ti al momento de negociar. Siempre vas por delante de todo.

—No es lo que crees. Esto lo estipularon el comprador y Beltrán.

—Felicitaciones a ambos, entonces, por pensar en ti. Beltrán siempre lo ha hecho.

Eva sentía que todo se había desacomodado. Entre ellas, Beltrán. La aparición de Luca le había puesto la vida patas para arriba.

—No me mires de este modo —agregó la dueña de casa—. Siempre te lo he dicho. Fíjate, si no, cómo ha apoyado a Ángel en su trabajo. Tienes mucha suerte de tenerlo a tu lado.

—Tienes razón.

Por más que a Ángel le molestase, era verdad que Beltrán le había dado una gran oportunidad para que trabajase con él. A Eva, mucha veces, se le complicaba cuidar de su hermano y atender la estancia a la vez. Habían sido años difíciles en el manejo de las actividades cotidianas, ya que, si bien contaba con algunos empleados a los que les podía confiar tareas, las decisiones finales siempre recaían sobre ella. La soledad se había apoderado de Eva hasta que conoció a Beltrán. A partir de ese momento, algunas cuestiones se le alivianaron. Ahora, en pocos de días, todo había cambiado de nuevo.

—Qué me dices del comprador con el que compartirás el último período tuyo en el campo.

Eva había mantenido en silencio, bajo siete llaves, las circunstancias que rodearon aquella noche nefasta en la que su padre murió. Ella no había compartido con nadie ajeno al hecho lo acontecido tiempo atrás. Con Eloísa tampoco se había franqueado, de modo que no estaba dispuesta a contar que Luca había formado parte de su historia, de su mejor época, ni que, a pesar de lo ocurrido, guardaba los mejores recuerdos junto a él. Más allá de la amistad que había forjado con la joven, nunca se había doblegado ni quebrado frente a ella para contarle lo sucedido, porque creía que el tiempo lo cubriría con una capa de olvido. Cómo se había equivocado.

—¿Qué sucede Eva?

La duda en contestar le había jugado una mala pasada.

—No puedo hablarte mucho de él. Por lo poco que compartí en la escribanía, parece un hombre decidido a cuidar la estancia.

—Cuánto me alegro; es para festejar.

—Beltrán ha creído que hay motivos para celebrarlo y ha organizado una reunión en su casa. Por supuesto que espero que

vengas.

—No me lo perdería por nada de mundo. Además, yo tengo motivos para festejar también.

—Déjame adivinar, algo referido a tu trabajo.

—Así es. Según me dijeron, están evaluando darme una columna en la revista para tratar temas sobre las mujeres. Sé que tengo que ir de a poco y esperar a que todo esto se oficialice.

—Qué alegría me das. ¿De qué depende?

—Se están tomando decisiones importantes en la revista, no solo en lo que me concierne. Los nuevos dueños buscan darle un cambio. Aún de eso sé muy poco, pero estoy feliz. Me parece un gran desafío. Claro que me resta esperar para ver qué sucede.

—Sabía que llegaría el momento en que pudieras dar un salto en tu carrera.

—Ya estaba aburrida y cansada con la tarea que desempañaba. Durante la jornada de trabajo no asomaba la cara del papeleo constante que llegaba a mi escritorio. Ordenarlo y dar informes a máquina era todo a lo que podía aspirar. No te imaginas lo que significa para mí tener la posibilidad de abandonar la sección en la que estaba y poder abocarme a lo que en realidad me gusta. Veremos cómo se suceden los acontecimientos. Solo sé que deberé hacer ajustes en los horarios que hasta ahora tenía, pero eso es lo de menos.

—¿Qué me dices de tu padre?

—No lo sabe. Prefiero que se mantenga así. Él cree que es perder tiempo salir de la casa a trabajar con todo lo que tengo por hacer aquí dentro. Además, sabes la opinión que tiene de ciertos periodistas. Aunque mi revista se dedique a la moda en vez de a la actualidad.

—Lo sé, y deberá acostumbrarse.

—Así es, incluso si le lleva tiempo. No te olvides que tú hace mucho que no le das explicaciones a nadie. En mi casa, todo es distinto.

—Lo sé —agregó con tristeza. Sabía que su libertad, sin embargo, tenía un precio que pagaba con creces.

—El factor de su salud debo considerarlo; sin embargo, con el tiempo, me he dado cuenta de que le ha servido de excusa.

—Lo sé y te lo he dicho. En algunas oportunidades él te ha manipulado.

—¿En algunas? En cada una en las que no le ha gustado cómo me he conducido.

—Lo sé. Eso no puede hacerte dudar de lo que verdaderamente deseas.

—Gracias, Eva. Verte y saber el modo en que te has conducido, a pesar de las contrariedades que debiste atravesar, me anima a continuar.

—No es para tanto. Además —dijo al levantar la copa para hacer un brindis—, felicitaciones por tu carrera; tendremos un motivo muy especial para brindar.

—Gracias, amiga.

Eva no sabía si había sido el alcohol que había injerido, pero agradecía sentirse en una nebulosa, como si las preocupaciones quedaran detrás de un velo. Necesitaba olvidarse de todo. Hablar de trivialidades le permitía no pensar ni tener registro de lo que le esperaba.

Como sucedía cada vez que estaban juntas, un tema conducía al otro, por lo que el discurrir de las horas no se notaba, salvo cuando las últimas luces del atardecer aparecieron en el horizonte.

—Amiga, debo irme; Beltrán vendrá a casa y no tengo nada listo.

—Si lo deseas puedes llevarte el pollo. De la botella de vino no puedo decir lo mismo —dijo con una sonrisa socarrona.

—¡La hemos bebido toda!

—Pero ni cuenta te has dado —dijo entre risas.

—Conste que solo te he ayudado un poco… —replicó relajada.

—Agradece al pollo que he comido que aún nos mantengamos en pie.

—Tienes razón.

Eloísa acompañó a Eva hasta la salida de la casa. Se abrazaron y la invitada agradeció la invitación, la charla y el vino. Le habían hecho bien en un momento de confusión.

—Ten cuidado al manejar.

—Sabes que podría hacerlo con los ojos vendados.

—Lo sé, pero igual ten cuidado.

Luego de despedirse, buscó el coche para dirigirse hacia al departamento de Ángel. En el trayecto, no dejó de pensar que le quedaban muy pocos días para regresar a la estancia. En otro momento, eso la habría alegrado, sin embargo, mientras manejaba, se sintió inquieta, como si la alegría y la calma del almuerzo con Eloísa se hubieran evaporado como los efectos del alcohol. Sabía, de sobra, el motivo.

* * *

La propiedad de Sagasti quedaba en la calle Alvear. De dos pisos, con la fachada blanca, rodeada con una reja negra, esgrimía un lujo un tanto vetusto, de un tiempo de opulencia y resplandor pasado. No importaba a qué costo se lograba la apariencia, lo primordial era mantenerse en pie e intentar mostrar que todo seguía igual. El sonido de la música se filtraba por los grandes ventanales que permitían ver hacia la calle. Por detrás de la casa, se observaba un amplio jardín que había conocido mejores tiempos. Las plantas y flores que habían florecido en épocas de esplendor habían sido invadidas por hierbas que nacían silvestres. Varios invitados cruzaban la entrada principal, como si se anunciaran para una velada palaciega. Luca había ido caminando hasta allí. No pensaba perderse la oportunidad de hacer negocios y vínculos. Las mujeres estaban ataviadas a la moda, parecían salidas del figurín de alguna revista. El ambiente festivo se percibía en la bebida que viajaba sobre las bandejas que llevaban los mozos. Platos con saladitos y canapés completaban la postal del lugar.

—Luca, bienvenido —lo saludó el dueño de casa.

Beltrán no lo había vuelto a ver desde la tarde en que se había efectuado la operación de compra-venta en la escribanía. No podía creer cómo se había equivocado con Pesce. Nadie que estuviese en el mundo de los negocios podía desconocer que había una dádiva, como Luca la había llamado, para quien intercedía en un negocio. Y Pesce había demostrado ser un hombre con fortuna. Sagasti se decía que debía controlar su temperamento y tener la paciencia suficiente para sacar provecho de algo más. Debía cuidar sus acciones, ya que tenía una responsabilidad política y no quería ensuciar el apellido familiar. En el devenir de la política, había recibido algunos agradecimientos, como él los consideraba, por haber facilitado negocios. Agradecimientos que él estaba contento de recibir. No obstante, esperaba intervenir en una transacción de gran escala para salir de la situación en la que estaba, de la que, aún, nadie sabía. Sin embargo, las reuniones sociales podían ser un paliativo hasta encontrar la solución integral a sus problemas financieros.

—Aquí están unos amigos que deseo presentarte —le dijo Beltrán a Pesce, que caminó unos pasos hasta llegar a la ronda de hombres. A algunos ya los conocía; otros eran caras absolutamente desconocidos.

—Eres el estadounidense, ¿verdad?

—No lo soy, pero si he vivido gran parte de mi vida allí.

—Estás seguro de quedarte aquí.

—Al menos un tiempo me quedaré visitando a mi país natal, aunque dependerá de los negocios que pueda hacer.

—Claro, me imagino, aunque no sé si has venido en el mejor momento.

—¿A qué te refieres?

—Gutiérrez, no empieces con los mismo —intervino Navarro—. Nuestro amigo no pierde la oportunidad de lanzar el panfleto contra este gobierno.

—Lamento decirte que, a poco más de un año de haber asumido Yrigoyen, la situación no es la que se esperaba.

—No debe recaer toda la responsabilidad en él. No nos olvidemos del papel que ha tenido nuestro anterior presidente en la escisión del

radicalismo.

—Los acontecimientos serán los que marquen la responsabilidad de cada político, pero me pregunto qué habría pasado si Alvear se hubiera opuesto a la candidatura de nuestro Yrigoyen.

—No pudo hacerlo porque habría sido desconocer abiertamente el apoyo que don Hipólito le brindó para que él asumiera, a su vez, hace siete años.

—Disculpen, amigos —intervino Navarro—, pero no es momento de hacer adivinanzas ni proyecciones de lo que habría sido. Hoy la cosa se está complicando cada vez más. Seas personalista, antipersonalista o socialista no hay excepción. Y lo que es peor, los incidentes contra el gobierno, que eran insignificantes, se van incrementando con el paso del tiempo. Los yrigoyenistas se están haciendo sentir; en el medio, quedamos quienes queremos vivir tranquilos.

—No deben olvidarse que —agregó el dueño de casa—, a pesar del fuerte triunfo de nuestro presidente, no cuenta con la mayoría en el Senado.

—Espero que sirva como contrapeso.

—No queremos aburrirte con cuestiones políticas —dijo al dirigirse a Luca—, ¿cómo te tratan los Estados Unidos?

—Cada país tiene sus conflictos; yo me he acostumbrado a ello.

—Y la Ley Seca es uno de ellos —comentó un invitado que acaba de sumarse al grupo de hombres.

—Les presentó a Clemente Paz, la persona que nos mantiene informados cada día.

—Con un tinte de osadía en los artículos que escribe.

—Puede ser, pero debo reconocer que nuestro anterior presidente ha mantenido una actitud relajada en cuanto a las críticas que desde los medios hemos hecho. Quizá haber vivido en París le ha permitido ser más flexible con estas cuestiones. En nombre de la prensa, puedo asegurar que los periodistas hemos trabajado con absoluta libertad. Eso no debería agradecerse, aunque sí es digno de destacar —sentenció ante el silencio del resto de los comensales.

Además de periodista, era uno de los dueños de un medio periodístico de Buenos Aires. En apariencia, había cambiado sus hábitos y comenzado a cultivar un perfil bajo a raíz de un escándalo que había protagonizado tiempo atrás y que había estado en boca de todos.

—Mi actividad de periodista me permite mantenerme informado de lo que sucede más allá de las fronteras de nuestro país. Bienvenido —saludó a Luca y dirigiéndose a él agregó—: ¿Decías?

—Que a esta altura está más controlado. No creo que esta ley pueda mantenerse por mucho más.

Desde que Luca había pisado Buenos Aires, había dejado a un costado Chicago. Pensar en todo aquello era un rompedero de cabeza, porque, cuando volviese allí, debería enfrentarse a muchas cosas pendientes. Prefería hacer ese paréntesis en su vida y resolver los cabos sueltos que había dejado en su país de origen.

—Será difícil que los grupos mafiosos le permitan al gobierno que les quiten el poderío que tienen a través del contrabando ilegal. Quitar la Prohibición sería un gran logro, además de la debacle para la red de contrabando.

—Las cosas no son tan taxativas como tú las ves. Deberías vivir allá para darte cuenta de lo que te digo. Pero supongo que en algún momento todo se acaba. La Prohibición es un tema de agenda que divide al país.

—Hemos contado el año pasado con la visita de Herbert Hoover, candidato electo de los Estados Unidos. Esperemos que la relación entre ambas naciones sea lo que él ha prometido.

—Ojalá.

Luca estaba muy empapado de los hilos que manejaba Herbert, en especial referidos a los cambios que implementaría a la Ley Seca y a la manera de poner un coto final a las mafias. Ese tema lo había hablado antes de partir de territorio estadounidense. Si bien conocía al dedillo de lo que le hablaban, contestaba apenas vaguedades y dejaba que esos hombres locuaces, incluso si estaban equivocados. Poco le interesaba corregirlos.

Seguía atento a la conversación, cuando algo lo hizo girar: Eva

acababa de entrar a la sala. Varios de los hombres presentes se voltearon para verla. El vestido de seda color champagne se le ceñía al cuerpo marcándole la esbelta figura. Un collar de perlas caía sobre el escote corazón.

—Querida —saludó Beltrán a Eva—, al fin has llegado —concluyó al besarla.

El sonrojo de Eva fue notorio ante el gesto de Sagasti. No sabía qué la había incomodado, cuando, en realidad, habitualmente se besaban en público.

—Buenas noches —saludó a los presentes; sin embargo, su atención estaba puesta en un solo invitado que, con ojos verdes, no dejaba de desnudarla con la mirada.

Él fue el único que no se fue en elogios ni saludos.

—Sí me disculpan —anunció Luca para irse a buscar una copa de whisky.

Desde un costado del salón, con un cigarro en una mano, seguía con una presunta calma lo que acontecía esa noche. Volvió a servirse whisky.

—Me vendría bien beber una copa a mí también.

Giró y vio a una mujer atractiva a su lado. El pronunciado escote en el vestido azul resaltaba sus atributos. El color rubio del cabello la hacía más llamativa, aunque parecía que a ella eso le gustaba y disfrutaba que los hombres se diesen vuelta para mirarla.

—Aquí tienes —entregó Luca.

—Soy Virginia Soria.

Luca había notado algún parecido con esa mujer que había visto en pocas oportunidades en la estancia. Claro que de inmediato recordó que, la segunda y última mujer de Soria, residía más tiempo en la ciudad que en El Recuerdo, y que había sido ese el motivo de conflicto familiar que había tenido en vilo a los hermanos Soria, en particular a Eva. Esa había sido la causa por la que el padre había dispuesto una propiedad en la ciudad para alojarla y evitar así mayores conflictos. Por otro lado, la joven esposa no parecía muy afecta a los quehaceres del campo, aunque sí una verdadera entusiasta de los eventos sociales.

Luca la escrutó: supo que, ni por asomo, podía reconocer en él al joven que alguna vez había sido.

—Sé quién eres —agregó con actitud socarrona.

—¿Sí? Dime de dónde porque de haberte visto antes no lo habría olvidado —sentenció Luca con una amplia sonrisa para borrar cualquier otro recuerdo que a la joven viuda pudiese surgirle en la mente.

—El nuevo propietario de El Recuerdo.

—Así es; veo que estás muy bien informada.

—Podría decir que los rumores corren pronto; sin embargo, ha sido el dueño de casa quien me lo ha comentado. Te aclaro que, de haber tenido alguna injerencia, no me habría desprendido de esas tierras.

—Me alegro entonces de que no hayas estado en la negociación —replicó sabedor de que se estaba ganado la confianza de la mujer.

El diálogo fue interrumpido por el brindis del dueño de casa.

—Queridos amigos —anunció Sagasti en el centro del salón en compañía de Eva—, quiero agradecer la concurrencia de todos ustedes. Me gusta festejar cuando la situación lo amerita. Y esta es una de ellas. Ante todo, luego de varias idas y venidas, he logrado concertar una operación comercial importante para la familia de mi prometida. Como saben, esa ha sido la excusa para esta reunión. Sin embargo, hay un motivo de mayor peso e importancia para esta celebración: le he pedido matrimonio a mi querida Eva. —De inmediato, sacó una caja alargada de terciopelo azul con una pulsera de oro blanco salpicada con algunos pequeños brillantes en el trenzado—. Ha pertenecido a mi difunta madre y quiero que, a partir de hoy, sea tuya.

El estupor de Eva se incrementó ante los aplausos de la buena nueva y acompañados por los comentarios de los presentes. Ella no esperaba escuchar eso, ni había sido consultada. Sagasti simplemente había hecho el anuncio como un hecho consumado para que ella no pudiera echarse atrás.

—Era lo único que le faltaba para que Eva lo tenga todo —dijo

Virginia.

Mientras Luca escuchaba los comentarios banales de la viuda Soria, no dejó de observar a Eva, de buscarle, con sigilo, la mirada. Bebió de golpe el contenido de la copa cuando vio cómo el dueño de casa besaba a la novia. No tenía derecho a sentirse así. Ella no era nadie; ya no.

—Te has quedado callado —susurró Virginia.

—No la conozco lo suficiente como para poner en duda tu apreciación. Vamos.

La tomó por la cintura y la guio hasta donde estaba la pareja agradeciendo a los invitados que brindaban por un futuro casamiento.

—Felicitaciones —escupió Luca.

—Parece sorprendida por el anuncio, porque no ha emitido palabra —esgrimió sonriente Sagasti.

—Claro que me has tomado por sorpresa —dijo Eva, que decidió cambiar de tema—: No sabía que se conocían.

—Un hombre como él no pasa desapercibido —contestó Virginia —. Aunque, claro, tú estás comprometida.

Poco afecto guardaba Eva para con la segunda mujer de su padre. Según ella, el casamiento había sido una absoluta fantochada de una joven que buscaba satisfacer su codicia a costas de un hombre mayor. Desconocía quién la había invitado a la fiesta: tal había llegado junto a otro invitado.

—Por el compromiso te felicito; no así por la venta del campo: sabes que nunca estuve de acuerdo con que te desprendieras de El Recuerdo. Estoy segura de que, si no hubiera sido por la ardua gestión de tu prometido, no lo habrías logrado.

—No pierdes oportunidad para lanzar uno de tus desafortunados comentarios.

—Supongo que, con el nuevo propietario, podré ir más seguido que cuando estabas tú.

—No va a faltar oportunidad —siseó Luca.

—En vez de discutir, por qué no le muestras la pulsera que te he regalado. Al fin podrás cubrir esa marca.

Eva extendió la mano evitando el temblor que se había apoderado de su cuerpo. Creyó que él no lo haría, pero Luca le tomó la muñeca. Con el pulgar, le acarició la marca rosada que tenía en el dorso de la muñeca. Cualquiera que observaba ese gesto creería que contemplaba el regalo del novio a su prometida; sin embargo, esa cicatriz hablaba de ellos, de lo que alguna vez había significado uno para el otro. Con un movimiento sutil, Luca empujó su reloj pulsera para que se viera la marca idéntica que también él llevaba. Por más que intentase olvidar, había cosas que se lo impedían, como esa maldita marca que ambos se habían hecho tiempo, un juramento que los uniría de por vida. En aquel tiempo, no habían creído suficiente el sentimiento que los había unido desde siempre, habían necesitado una rúbrica, un sello, una marca en el cuerpo que se los recordara. Había sido idea de ella hacerse un pequeño corte en la parte superior de la muñeca con el cuchillo que llevaba encima. Segundos después, ambos habían aprisionado las dos pequeñas incisiones, jurándose que nada ni nadie los separaría. No importaban las circunstancias que cada uno debiera atravesar, ni los impedimentos que se presentasen en el camino porque podrían contar con el otro. Ninguno había contemplado que podía existir algo que los pudiese separar por siempre. Una mezcla de rencor, culpa, venganza, remordimiento y pesar los envolvía, en medio de esa fiesta, tantos años después, a los dos.

—Es una buena manera de borrar y olvidar una marca —retrucó Luca con una sonrisa llena de sarcasmo y dolor, que hicieron mella en Eva.

—Esta joya solo la cubre, aunque no la borra —declaró al perderse en los ojos verdes de él.

—Querida, deberías estar agradecida por el regalo —comentó Beltrán más por decir que porque hubiera entendido qué se decía en el intercambio de Pesce y Eva.

—Disculpa, voy a refrescarme.

Eva no toleraba estar un minuto más frente al escrutinio permanente de Luca. Solo ellos dos sabían lo que había provocado esa marca. Entró al toilette como una tromba, se miró al espejo y supo que no era el rostro de una mujer feliz por su compromiso lo que se

reflejaba allí. Qué le estaba pasando. Debía reconocer que Beltrán hacía todo por contentarla; se sentía agradecida. Él la había acompañado y le había dado una gran oportunidad a Ángel, que necesitaba poder llevar adelante su vida sin la asfixia de la excesiva protección. Por eso, Eva no podía olvidar cómo había actuado Beltrán ni lo que había implicado esa ayuda para ella. Había sido brusco anunciar el compromiso sin que lo hubiesen charlado, pero ella sabía que se trataba del evidente próximo paso en su relación. Tomó el picaporte de la puerta para abrir y se topó con Eloísa que se abalanzó sobre ella.

—Recién he podido venir; parece que me perdí el pedido de matrimonio.

Eva le agradeció que estuviera allí y la condujo de regreso al salón.

—Te dije que no me lo perdería por nada del mundo. Me retrasé por el…

—Ya lo sé: debe haber sido a causa de tu trabajo. Quédate en la fiesta, que recién comienza.

—Pero muéstrame el regalo; cuando entré no hablaban de otra cosa —pidió al ver la joya que rodeaba la muñeca de su amiga—: Es preciosa.

—Lo sé; además, tiene un valor especial para él porque ha pertenecido a su madre.

—Ay, Eva, te dije la suerte que tienes de contar con un hombre como él.

Fue en ese instante en que Eloísa cruzó la mirada con Luca cuando enfilaba a saludar al dueño de casa.

—Dime quién es el amigo de Beltrán.

—No es un amigo, sino el nuevo propietario de la estancia.

Eloísa se detuvo de golpe para mirar a Eva, lo que hizo que casi chocaran.

—Deberías haberme hablado de él, aunque tan solo fuera un comentario como al pasar. ¿Dudas de algo? ¿Lo ocultaste o,

simplemente, no reparaste cómo es? Me lo imaginaba un hombre grande con una familia detrás; no, un hombre así.

—Quién te dice que no tenga una familia; no lo sé.

No le gustaba mentirle a su amiga, pero desde la llegada de Luca, se estaba comportando de uno modo extraño.

—Puede ser, aunque te aseguro que, si bien no estoy apegada a las faenas campestres, yo también me quedaría junto a él un tiempo en la estancia hasta poder organizar mis cosas como vas hacerlo tú.

—Vamos —dijo sin poder desalentar a Eloísa.

Eva le presentó Luca, que permanecía junto a Sagasti, a su amiga como si nada pasara; al fin, había podido sobreponerse de lo sucedido minutos antes y tomar las riendas de su persona.

—Solo falta mi cuñado para que esté la familia Soria en su totalidad —señaló Beltrán.

—Se disculpó conmigo, estaba muy cansado y prefirió quedarse en su casa —lo justificó Eva.

Un pequeño silencio sobrevoló en los presentes, ya que, salvo Eloísa, cada uno tenía un motivo o justificación diferente para la ausencia de Ángel.

Desde un costado del salón, había alguien que seguía detalladamente lo que acontecía en ese círculo de personas que rodeaba al dueño de casa. En especial, los movimientos de la invitada que acababa de sumarse al grupo. Se había trasformado en una bella mujer. Atrás había quedado la joven que se escondía para evitar ser vista, con miedo al qué dirán y bajo la permanente protección de su padre. Ella estaba resplandeciente: Eloísa irradiaba una cierta luminosidad. La algarabía de la noche se incrementó con los primeros acordes del jazz que sonaban en el fonógrafo que manejaba el dueño de casa. La comida alivianaba los efectos del alcohol que corría sin límites. Luca se había mantenido a un costado del recinto con la compañía de Eloísa que no dejaba de hablar.

—Creo que llegó la hora de irme; si deseas, te llevo.

—Me encantaría; yo también estoy cansada.

—Vamos a despedirnos.

—No notarán nuestra ausencia.

—Eva seguro sí —agregó.

La joven Soria se quedó atónita de que se fueran juntos.

—Amiga, ¿podré verte antes de que te vayas?

Eloísa no quería irse antes de que acabara la velada, pero estaba muy cansada y el tema laboral la tenía a mal traer.

—No lo creo. Cuanto antes arregle todo en el campo, será mejor para todos —replicó y agregó—: La propuesta sigue en pie, ¿verdad?

—Soy un hombre de palabra. Nos veremos en El Recuerdo.

Eva se quedó observando cómo Luca se retiraba del lugar con su mejor amiga sin saber qué era lo que tanto la molestaba. Al final, ella acababa de dar el sí para una futura unión con el hombre que estaba a su lado. Volteó la mirada y agradeció la copa de champaña para hacer un nuevo brindis por lo que vendría.

Capítulo seis

El fantasma del pasado

Desde la ventana de su nuevo despacho, Clemente Paz observaba el devenir de los peatones en un lunes pleno de actividad. Los automóviles se dispersaban por las distintas arterias de la ciudad, cruzándose con los tranvías atestados de pasajeros. En la ciudadanía, se percibía cierta disconformidad con lo que sucedía en el nuevo mandato presidencial. Los periódicos reflejaban los síntomas de un pueblo inquieto. Aparecían algunos focos de manifestantes que defendían al nuevo mandatario ante las críticas; también otras, contrarias a Yrigoyen. La discordia y desigualdad se palpaba en el ambiente. La deteriorada salud del mandatario no ayudaba. Era un momento en el que se necesitaba de alguien fuerte para tomar decisiones. Paz, como periodista, estaba acostumbrado a cubrir las cuestiones políticas tanto del país como internacionales. Había sido un desafío para él haber adquirido una revista femenina para anexarla al diario del que era uno de los dueños. Nadie que estuviese en el ámbito empresarial habría dejado pasar la oportunidad de comprar al tentador precio en que estaba esa revista. A un costo mínimo, se podía llegar a otro público. Tan solo tres años atrás, las mujeres habían ganado una gran batalla sobre sus derechos. Al fin, el Congreso, con amplio consenso, había sancionado la igualdad de los derechos laborales, junto con otros de índole matrimonial, aunque los hombres habían conservado varios privilegios. Esa lucha, que se había iniciado poco después de la declaración de la Primera Guerra Mundial de la mano de mujeres que trabajaban en pos de obtener una igualdad, se había cristalizado en una ley. Clemente entendía que un nuevo sujeto político necesitaba un medio donde canalizar las inquietudes que planteaba. Sin embargo, no había sido fácil convencer a su socio para realizar la compra. Paz supo fundamentar muy bien las razones de la adquisición. No solo el momento social resultaba propicio, sino que el bajo precio lo alentaba, ya que el riesgo ante un mal negocio se volvía muy bajo frente al eventual beneficio que él suponía poder conseguir.

Pocos querían ver lo innegable: el avance de la mujer en algunos ámbitos hasta entonces exclusivos de los hombres era un hecho. De a poco, ellas iban ocupando un espacio que les había sido negado.

En la gráfica, las mujeres se habían ganado un lugar primero en los folletines que se publicaban; más tarde, con la aparición de las revistas femeninas. Había, sin embargo, todavía un prejuicio que llevaba a publicar artículos sobre lo que debía hacer la mujer en el hogar o los mejores locales para hacer sus compras. De todos modos, también, se publicaba poesía junto a notas escritas por mujeres ilustres y destacadas de ámbitos científicos, literarios, que excedían la norma del rol hogareño al que se quería circunscribir a las mujeres. Eso había sido decisivo para culminar con la operación comercial. Claro que nadie sabía que él tenía una íntima razón por la que había insistido en la compra.

Dejó a un lado las cavilaciones y salió de la oficina para ver las mesas vacías de los empleados que, hasta el día anterior, formaban parte de la redacción. Había hablado con el jefe de sección para que se encargase de comunicar la situación a los trabajadores. Algunos pocos pasarían a la otra publicación de su propiedad que, de momento, continuaría dirigiendo su socio. Otros permanecerían allí, en sus puestos habituales de trabajo. Junto a él, estaba la secretaria que lo acompañaba desde hacía mucho tiempo, cuando él aún era un díscolo periodista. La única mujer que lo conocía como nadie. Por edad, podía ser su madre, de modo que no estaba dispuesto a dejarla en el periódico. Necesitaba de ella para conducirse de un mejor modo con las mujeres y los temas femeninos que proponía para la revista.

—Lina, al final has llegado —la saludó no bien la vio ingresar a la sala.

—No me perdería por nada del mundo tu primer día en esta revista.

—Estás aquí para brindarme tu apoyo, no para mofarte de mí.

—Nunca lo haría. Para empezar, ¿un café?

—Por supuesto.

Lina lo había acompañado sin juzgarlo, cuando él había caído en desgracia a raíz de las habladurías sobre su persona propagadas por aquellos a los que él había molestado con sus notas periodísticas.

Siempre había una factura por cobrar; en aquel momento, habían sido unos cuántos que las habían cobrado con creces.

—Aquí tienes.

—Gracias, Lina. El primer día no es fácil, lo sabes.

—Lo sé y te he programado tres reuniones. La primera la tienes en media hora.

—A trabajar, entonces.

La reunión mantenida había sido para dar los lineamientos sobre cómo seguiría la revista. Esperaba no equivocarse; tener claro hacia qué público quería dirigirse sería fundamental. Ese había sido uno de los puntos que los antiguos dueños no habían tenido en cuenta. De esa manera, la revista se había transformado en un barco sin timón. Por eso le parecía importante dejar muy en claro su posición, para poder ubicarla en un mejor lugar de ventas. Desde ese punto de vista, la reunión había sido fructífera. Repasaba mentalmente la conversación y los objetivos propuestos, cuando llamaron a la puerta del despacho.

Eloísa estaba nerviosa porque se había enterado de que de esa reunión dependía que su sueño se transformase en realidad. Ahora podía entender el sigilo con el que se había conducidos su antiguo jefe el último tiempo. Flotaba en el aire una oleada de misterio y desconcierto que estaba a punto de develarse.

Entró a la oficina y la impactó el sujeto que tenía enfrente. Esperaba que fuese un hombre mayor, en vez del joven que la estaba mirando. A simple vista, podía suponer que le llevaría no más de diez años; por otro lado, si era así, no los aparentaba. Se quedó inmóvil, como si estuviera frente a un fantasma.

—Buenos días, me alegro de que esté aquí. Soy el nuevo dueño de la revista. Mi nombre es Clemente Paz. Siéntese, por favor.

Aún recordaba haberlo visto en la crónica de algún diario. Las fotografías que lo habían retratado, en aquel momento, no habían hecho justicia con él. Ahora veía a un hombre más guapo y atractivo de lo que se apreciaba en los artículos publicados. Sin embargo, no era eso lo que causaba que no pudiera hilar los pensamientos. Dudaba de que él supiera quién era ella, aunque su mente navegaba por una mar de confusión. Esperaba que él ni se acordase de aquella época.

—Entiendo que me mire asustada, pero le aseguro que mi idea es tratar que los empleados sufran lo menos posible los inevitables cambios de este traspaso.

Los ojos negros de ese hombre que le hablaba, ataviados con pestañas largas que le intensificaban la mirada, podían conquistar el corazón de cualquier mujer. Pero no quería ni podía pensar de ese modo. No en ese momento en el que mirarlo le hacía recordar la peor situación que le había tocado vivir.

—Sé que su jefe le había propuesto dejar atrás las tareas de escritorio para pasar al quehacer periodístico. Me ha dicho que es lo que usted siempre ha querido, por lo que le propongo que comience su carrera de periodista con una columna que le hable a las mujeres.

—No sé si están dadas las condiciones para que lo haga —completó en un murmullo.

—Hasta donde sé, las condiciones son iguales a las preexistentes. Por otro lado, yo estaré al mando hasta ver que todo funciona de acuerdo a mi impronta. ¿Tiene algún otra cosa para decirme?

Eloísa se moría de vergüenza de hablar sobre lo que la tenía paralizada desde el mismo momento en que había entrado al despacho. Podía dejar de lado todo por lo que había soñado solo por…

—Vuelvo a preguntarle. —Ella no pudo decir nada—. Entonces, si no tiene algo para agregar, quedará en el puesto que le han prometido. Como sabrá, en mi primer día debo atender muchas cuestiones; su situación es solo una de ellas.

—Gracias —dijo, por fin, al levantarse. No quería que el fantasma del pasado le impidiese continuar con lo que tanto había anhelado.

Eloísa salió disparada del despacho de Paz como una exhalación. Enfiló hacia el baño para lavarse la cara y refrescarse. Necesitaba volver a ser quien siempre era, no un manojo de nervios y confusión. Necesitaba las palabras de Eva, ¿qué le diría si estuviese en su lugar? Imaginó que le diría que debía enfrentar la situación y no dejarse vencer por el pasado. Eloísa mantenía oculto el motivo por el que su madre los había abandonado, porque creía que nadie la comprendería. No necesitaba que alguien más la juzgase. No le parecía necesario. Bastaba con la lapidaria opinión que ella y su padre tenían.

En una de las veces que había concurrido a El Recuerdo, había podido hablar con Eva como nunca antes lo había hecho. El atardecer pintado en el horizonte la había bañado de nostalgia. Necesitaba confesarse con alguien para sacarse la angustia que sentía desde hacía tanto tiempo, con alguien que estuviera fuera de la chusma porteña.

—Piensas decirme qué te sucede —le había dicho Eva de modo directo y franco.

—Es sobre mi madre. Lo que te he contado no es tan así —le había respondido con congoja—. Ella nos abandonó por seguir un sueño, pero nunca te conté cuál ni de qué modo.

—Poder contar las cosas te aliviana el espíritu. —Eva lo decía porque estaba convencida de que, si en algún momento ella lo lograba hacerlo, podría liberar el suyo—. Cuéntame.

—Durante mucho tiempo creí que tenía una familia de la cual enorgullecerme. Me divertía de la mano de mi madre que siempre hacia distintos personajes para entretenerme cuando era pequeña. Ella había abandonado su vocación de actriz cuando conoció a mi padre. Nunca imaginé que tuviera el deseo de continuar con la profesión que había abandonado en el pasado. A medida que crecía, las discusiones sobre el tema se hacían recurrentes entre mis padres. Parecía que ella había esperado para retomar su vocación hasta que yo creciera y me transformara en una señorita. En ese momento, buscó lo que había perdido. No sé si fueron las ganas por actuar o la infelicidad de la vida con mi padre. Nunca me dijo nada, salvo la carta que me dejó antes de abandonarnos. Allí me explicaba que no podía hacerme feliz si ella no lo era también. Para lograrlo debía volver a su raíces y vivir su vida. No te imaginas el impacto que sufrí cuando, en varios periódicos, la vi retratada en fiestas con un hombre más joven que ella. Recuerdo que ese hombre tenía apenas algunos años más que yo. Yo creía que había una intención difamatoria en las fotografías, pero comprobé que ambos siguieron juntos varios meses. Ella se había transformado en la compañía de ese joven que se paseaba en coches de lujo, que participaba de cuánta celebración se hiciese en la ciudad. Poco después, ella me dejó la carta que te mencioné y me enteré de que abandonaba el país para irse a París. Nunca más supe de mi madre. La salud de papá se resintió al punto de casi morir. Yo no podía ni podré perdonarle el daño que nos hizo.

—Quizás el tiempo pueda hacerte perdonar lo que ella les causó,

pero lo que no puedes es quedarte anclada en el pasado. Debes hacer tu vida y seguir tu camino. La salud de tu padre será un permanente recordatorio de lo sucedido. Sin embargo, no debes culparte por algo ajeno a ti. Por ahora deberás vivir con eso, pero no te castigues por algo en lo que no has tenido nada que ver.

Eloísa se lanzó sobre el pecho de Eva para liberar toda la angustia que tenía acumulada. Imaginó que su historia había calado hondo en Eva porque también lloraba.

Recordar lo hablado tiempo atrás la había alivianado. De a poco, su respiración se fue calmando y levantó la mirada para ver la imagen que le devolvía el espejo y, de ese modo, regresar al presente. Nunca se habría imaginado volver a cruzarse con aquel joven que había sido el amante de su madre. Mucho menos que se transformaría en su jefe. Le provocaba cierto escozor, aunque entendía que Paz no podía saber que ella era la hija de la antigua amante. Su madre, al abandonar la casa, había retomado el apellido de soltera, aquel con el que se había iniciado en la actuación.

A pesar de eso, las fotografías habían sido elocuentes. A las imágenes no le importaban cuestiones tan triviales como los nombres. No hubo modo de detener el bochorno que había significado la exposición de su madre en la sección de acontecimientos sociales. Se había transformado en una asidua protagonista de aquellas crónicas. Eloísa había aprendido a detestar todo eso. Sin embargo, siempre se había sentido atraída por todo lo que sucedía en una publicación. Quizá, necesitaba comenzar a reconciliarse con lo que tanto la había afectado, lo único que podía recordar de su madre, como si no quedara más que eso de ella. Evocarla en las fiestas le permitía no caer en la tentación de buscar alguna excusa que pudiera exculparla del comportamiento que había tenido.

De inmediato, resurgía la imagen de su madre acaramelada con Paz. Qué había encontrado en él para olvidarse de la familia, de una hija. Cuánto tiempo había estado Eloísa torturándose con eso como para, ahora, torturarse con la presencia del dueño de la revista. Debería hacer caso omiso a sus recuerdos, y dejar atrás el pasado. Nada ni nadie debería contrariarle la vocación ni el trabajo por el que tanto había luchado. Para eso debía calmarse, concentrarse en su actividad y aislarse de todo cuanto fuese malos recuerdos, que deberían encarcelar en el pasado. El agua fresca en el rostro le atemperó el calor que corría en su interior. Salió de allí para ubicarse

en su mesa. No podía, en el primer día, demostrar que no estaba capacitada para la función que le había sido dada. Poco después, la secretaria del señor Paz se acercó a ella.

—Veo que eres la única que hasta ahora está frente a su máquina.

—El resto estará al llegar.

—Eso espero. Mientras tanto, quiero pedirte que me des un informe de las publicidades con las que contaba la revista, no en los últimos números, sino en el último año. Necesito ponerme en contacto para ofrecerles un espacio de publicidad bajo otras condiciones y poder recuperar aquellos anunciantes que nos abandonaron.

—Ya me pongo en eso.

—Sé que tu función es otra, pero no tengo a quién pedirle esta ayuda.

—No hay problema. Buscar esa información no va a retrasar lo que tengo en mente para escribir.

—Entonces, manos a la obra. Otra cosa más.

—Sí, dígame.

—El señor Paz me pidió que hagas cualquier otra sugerencia respecto a nuevos anunciantes. Todo será tomado en cuenta.

—Lo haré, entonces.

Los dedos de Eloísa saltaban de tecla en tecla al tiempo que escribía el informe sobre lo pedido. Mantener la mente ocupada la liberaba de los recuerdos. De a poco, la sala se fue completando y el murmullo sobre el nuevo dueño se fue apagando con el sonido de las Remington al compás de las manos de los compañeros.

* * *

Luca no había comprendido el real significado de la palabra “regreso” hasta que transitó por la amplia arboleda que bordeaba el

camino de acceso a la estancia El Recuerdo. A medida que avanzaba por el sendero, una serie de imágenes del pasado se proyectaron en su mente como una película. Un film que no podía modificar, a pesar de que ese argumento le había dado vuelta la vida, lo había obligado a reinventarse para poder sobrevivir. Apenas bajó del coche, dos empleados se acercaron para presentarse y preguntarle si necesitaba algo. Aún no había decidido quiénes se quedarían en la estancia. Era algo que evaluaría con el tiempo al verlos en acción.

—Patrón —adujo un joven junto a otro que estaba pálido, a pesar de la piel curtida—, usted dirá.

—Por ahora, no necesito nada. Mañana temprano nos reuniremos.

—Lo acompaño al establo para que lo vea.

Luca evitó decir cuánto tiempo había estado allí durante las largas jornadas de trabajo. En más de una ocasión aquel lugar se había transformado en un refugio: junto a los caballos había encontrado la paz.

—No necesito que lo indiques, intuyo que es ese —dijo al señalar con el dedo índice al nuevo establo. Parecía que poco quedaba de la antigua edificación—. Esto otro es el galpón.

—Así es patrón. No lo vi cuando vino a visitarla.

—No he venido, pero no ha sido difícil identificar lo que figuraba en los planos. ¿Aquella casa? —preguntó sorprendido al notar una pequeña construcción de madera con techos de zinc a poca distancia del casco principal.

—Esa la construimos a pedido de la patrona; perdón, de la señorita Soria. Ella pasaba tiempo allí.

—Gracias por la información.

—¿Lo ayudamos con las valijas?

—No es necesario; yo puedo solo. Mañana nos veremos y arreglaremos unas cuántas cosas.

Luca buscó el equipaje e ingresó a la propiedad. Si bien no se habían hechos grandes modificaciones en el casco, una atmósfera

distinta se percibía: más parecida a un hogar que a la de frialdad y suntuosidad que había caracterizado a la casona tiempo atrás.

—Buenas tardes, señor, soy Cleo. He acompañado a la señorita Eva estos últimos años.

—Está bien, no se preocupe: todo seguirá como hasta ahora.

Luca estaba cansado de que continuase apareciendo personal que no le permitiera familiarizarse con el impacto que implicaba haber regresado al lugar del que había escapado hacía casi diez años.

—Ay, gracias, señor, estaba preocupada por quedarme sin trabajo. Deje que lo ayude y le indique su habitación.

—No es necesario; yo me arreglo.

—Como usted diga.

—Eso sí, desde hoy, las órdenes las daré solo yo.

Parecía que el nombre Eva brotaba de la boca de cada persona con la que se cruzaba.

—Sí, claro —contestó al bajar la cabeza—. Debe de estar con hambre; si quiere, le preparo algo calentito para que coma.

—Me parece perfecto.

Luca necesitaba estar solo unos minutos para no sucumbir a la catarata de recuerdos que comenzó a desplomarse sobre él. De modo instintivo, miró hacia el despacho del anterior dueño de casa y hacia allí se dirigió. Se sorprendió al abrir la puerta. Poco quedaba de lo que había sido en otra época el despacho de Soria. Lo único que perduraba era la biblioteca de madera oscura adosada a una de las paredes. Había un toque femenino en cada detalle que decoraba esa habitación. A un costado, vio una bandeja con una botella de whisky acompañado con dos vasos. Necesitaba un trago para liberar cada maldito recuerdo que había atesorado bajo siete llaves; recuerdos que, de repente, salían a la superficie.

Se acercó para contemplar los objetos que adornaban una de las repisas empotrada en la pared. Con un marco de plata, había una fotografía sepia que lo retrataba sobre su caballo. La imagen había sido tomada a distancia cuando él estaba dentro de uno de los

corrales. Nunca supo que alguien lo estaba fotografiando, mejor dicho, que Eva lo hubiera hecho. “Ron” se llamaba el caballo. Nadie quería a ese caballo que, desde potrillo, se mostraba reacio para la doma. Don Soria reservaba para él y su familia a los mejores caballos que había en la estancia. Había elegido a Ron como regalo para su hijo. Sin embargo, el muchacho no logró montarlo; se trataba de un animal que sobrepasaba con creces a ese joven miedoso y sin ningún tipo de habilidad ecuestre. Entonces, Soria no dudó en dejárselo a la peonada para que se hiciera cargo del caballo. Luca lo había recibido. Se había ganado las burlas de más de uno del personal por ese animal que, con el tiempo, se había transformado en su fiel compañero. No sabía si había sido por el cambio que el potrillo había mostrado con el correr de los meses o porque él había hecho un buen trabajo amaestrándolo; sin embargo, don Soria, en una oportunidad, lo había castigado con el argumento de que le había robado horas al trabajo para dedicarle a Ron. Cualquier excusa le venía bien para reprenderlo. De todos modos, con el paso del tiempo, Luca había cambiado y había dejado de ser un joven escuálido e indefenso.

El retrato estaba acompañado por dos imágenes de Eva junto a Ángel. Le llamó la atención que no hubiera ninguna otra imagen con don Soria, como si el anterior dueño de casa, no hubiese existido en El Recuerdo.

—Señor, ya tiene la comida servida en el comedor.

—Déjela en la cocina mejor.

—Pero…

—Y vaya que yo me arreglo.

—Sí, señor.

Cleo se esfumó para evitar molestar al nuevo patrón. Luca se quedó allí sin ser consciente del paso del tiempo. Cuando enfiló a la cocina y se sentó para comer la cena, aunque la comida estaba fría, pudo apreciar las dotes culinarias de la empleada. Claro que no pudo descansar. Se dirigió al salón y se quedó tomando una copa de alcohol sin poder pegar un ojo. Los primeros destellos del amanecer le avisaron que había pasado toda la noche en vela, que le llevaría tiempo poder reconciliarse con su pasado. Luego se cambió para comenzar el día en la estancia, como lo había hecho tiempo atrás.

* * *

A diferencia de otras veces, en las que lo único que ansiaba era arribar al campo, ese día la ansiedad y el desconcierto se habían apoderado de su cuerpo. Habría preferido atrasar la llegada. A la distancia vio el automóvil de Luca a un lado de la casona. Se lo notaba nuevo a diferencia de su camioneta Ford T. No había tenido el dinero suficiente para cambiar de automóvil. Había recibido varias críticas por haber adquirido ese modelo, ya que no era propicio para pasear ni para mostrarse por la ciudad. Nada le importaba menos que eso. Le había sido de gran utilidad y se había esforzado por pagar el precio que le había costado. Además, funcionaba muy bien y le permitía estar en la ciudad si Ángel la necesitaba con urgencia.

Era la primera vez que se sentía ajena en ese lugar que por tanto tiempo había sido propio. Avanzó por la avenida de árboles hasta alcanzar la casona y estacionó cerca del flamante coche de Luca. No podía negarse a entrar a la casa que guardaba tantos recuerdos; en la única que había vivido desde que había nacido. Alejarse de la estancia iba a ser más duro de lo esperado. A pesar de eso, había dispuesto no pernoctar en la construcción principal, sino hacerlo en la pequeña casita que, por un motivo especial, había mandado a construir. No existía comparación alguna entre ambas edificaciones, pero tendría lo necesario en los meses que tuviera que concederle a Luca. Ni siquiera sabía si podría soportar estar cerca de él, pero prefería esa posibilidad que mantenerse alejada de todo lo que amaba.

—Señorita Eva, ¡por fin ha llegado! —exclamó Cleo al salir secándose las manos húmedas sobre el mandil. Segundos después se lanzó para abrazarla.

En medio de ellas, Titán daba vueltas en rededor. El perro, como siempre, había aguardado por ella. Había sido un regalo de Ángel, una vez que él había abandonado la estancia. A Eva le había causado gracia el motivo del regalo. Él quería que su hermana estuviera segura y protegida. Ella siempre había disfrutado de la compañía de los animales y, si había un lugar seguro para ella, ese era la estancia. No le temía a nada, pero evitó herir el noble sentimiento de su hermano. Loas se habían hablado del pastor alemán. Muchas eran las historias contadas acerca de la actuación que habían tenido en la Gran Guerra,

en la búsqueda, rescate y rastreo. Le acarició con la mano el hocico, le pareció un gran ejemplar. Aunque le daba lo mismo que lo fuera o no: se había criado con otros perros de los que se ignoraba la procedencia y raza.

—Me has extrañado, ¿verdad que sí? —le preguntó al perro. Le acarició las orejas y le dio palmadas en el lomo.

—Bueno, qué gran recibimiento —dijo al ver avanzar a su antigua empleada que miraba emocionada—. Cleo, han pasado solo unos días desde que me fui.

—Más de una semana. Creí que no volvería a verla cuando apareció el nuevo patrón.

—Puedes alegrarte: por un tiempo me quedaré aquí.

—En serio, ¿pero cómo lo ha logrado?

—Por qué lo preguntas.

—Porque se nota que es un hombre sin demasiadas pulgas.

—¿Has tenido algún problema con él?

—No todavía, pero creo que le estorbo. Trato de complacerlo y tener todo listo, aunque siempre me rehúye.

—No te preocupes; deja que se acostumbre a esto. Sabes que cualquier problema que tengas, estaré aquí.

—Gracias a Dios —imploró mirando al cielo— que usted ha regresado. El nuevo patrón me ofreció continuar aquí como hasta ahora, pero, si no me hallo acá, ¿podré seguir con usted?

—No debes preocuparte. Si no puedo pagarte te encontraré otro trabajo.

—Creo que preferiría irme con usted sin que me pague a quedarme con el patrón y que me pague una fortuna.

—No exageres; no debe ser para tanto.

—La habitación está intacta, no se ha acostado. Sé que ha pasado la noche bebiendo y ya se ha ido muy temprano.

—Tendrá mucho trabajo por delante.

—Seguramente sí. Imagino que usted se instalará en la cabaña.

—Sí, voy a hacerlo de inmediato. No quiero que él regrese y me encuentre aquí.

—Yo la ayudo.

—Deberías quedarte acá.

—Hace tiempo que la cabaña no se habita. Hay que limpiarla bien. No quiero que a usted le falte nada.

—Cleo, esta vez aceptaré tu ayuda.

—¿Por dónde quiere que empiece?

Eva no respondió de inmediato. Se distrajo al recordar lo que había batallado en el último tiempo de vida de su padre, lo que había enfrentado luego de su posterior muerte. La situación económica, luego de la Gran Guerra había achatado los precios del cereal y la carne, antes inflados ante el faltante y la mayor demanda. Los primeros años luego de la finalización del conflicto bélico pusieron los costos de esos productos en su lugar.

En medio de esa situación de crisis en ciernes, había aparecido Cleo, que tanto había aliviado a Eva en los quehaceres cotidianos. Se trataba del peor momento de la vida de Eva. Por la muerte de don Soria, algunos empleados se alejaron del campo. Existía un motivo de peso para hacerlo. El desconcierto de cómo seguiría la estancia sin una cabeza que lo manejase había sido determinante para huir de esas tierras. Los conflictos que habían surgido entre los hijos de Soria y la joven esposa eran conocidos por todos. Además, sabían que se habían ahondado a partir de la muerte del dueño de la estancia. La pregunta de quién se haría cargo de El Recuerdo era permanente. No había un hombre que se pusiera al frente de esa empresa. Todos sabían que el joven Ángel no tenía pasta para hacerlo. Solo quedaba Eva. De qué manera lo lograría, parecía una incógnita. La mentalidad de la época desconfiaba de que una joven mujer fuera capaz de conducir la estancia con mano firme. El personal no quería permanecer en un campo que, a la postre, terminaría en bancarrota. Nadie creía del todo en Eva. A pesar de que ella evitó desprenderse del personal, debió reestructurar todo y cubrir los faltantes que se dieron. En medio de

aquel caos, no pudo retener a la empleada que hacía las veces de cocinera y se encargaba de todo lo referido a la casona.

Cuando Eva tenía que ocuparse del manejo comercial de la estancia y, a la vez, del doméstico, Cleo apareció para hacerse cargo de la casa. Si no hubiese sido por ella, Eva no habría podido dedicarse de lleno a sacar a flote la producción. Tampoco cumplir con las largas jornadas de trabajo. Necesitaba saber que alguien acompañaba a Ángel por si algo le sucedía. Habían sido momentos muy difíciles. Ángel también lo había padecido y, gracias a la amplia colaboración de Cleo, todo había salido bien. Por eso, entre ambas había surgido un estrecho vínculo, que dejaba a un lado, por momentos, la relación laboral.

—Pongámonos a acondicionarla; luego, me ocuparé de llevar mi ropa.

—Voy a buscar todo para limpiar y la veo allá.

A pesar de la reducida dimensión con la que contaba la propiedad, a diferencia de la casona, les había llevado largas horas acondicionar el refugio. Aún quedaban unas pocas cosas por realizar, cuando el ruido en la puerta las sorprendió. Eva fue abrir y se encontró con la presencia de Luca. El gesto que tenía dibujado en el rostro no parecía muy amigable. Ni siquiera la había saludado, aunque salían chispas de aquellos ojos verdes.

—Cleo, puedes ir a la casona —esgrimió Eva.

—Pero quedan cosas por arreglar.

—Ve a la casa, que yo puedo encargarme —replicó sin quitarle la mirada a Luca.

Eva, en más de un oportunidad, había debido hacer frente a circunstancias difíciles y no pensaba amedrentarse ante el mal talante de él.

—Señorita —murmuró Cleo al acercarse—, ¿quiere que me quede?

—Vaya a la casa, que tiene cosas por hacer —arguyó Luca sin mirar a la empleada.

—Señorita, cualquier cosita que necesite me avisa —dijo a la

empleada atemorizada por el mal talante del patrón.

—Andá tranquila, Cleo.

Apenas la vio alejarse de allí se dirigió a Luca que seguía en el mismo lugar, aunque se notaba que la rabia se le incrementaba minuto a minuto.

—Deberías moderar el modo en que te diriges a mí. No debes olvidar que, para el resto, nosotros recién nos hemos conocido y no eres más que el nuevo propietario de la estancia.

Eva sintió la mano de él rodeándole el codo. Entraron a la cabaña de ese modo. Con el pie, él empujó la puerta para que se cerrase de golpe.

—De eso no me olvido —siseó a pocos centímetros de su boca—; si quieres proclamar que me conoces, hazlo. No te he pedido que niegues conocerme.

—A qué viniste.

Él la soltó y caminó unos pasos para poner distancia de ella.

—Si la cuestión es Cleo, discúlpame, puedo arreglarme sola.

—No vendría por un tema menor como ese. Es más, si quieres alojarla aquí y que trabaje para ti, adelante. Me tiene sin cuidado.

—Entonces, ¿qué necesitas?

—Dime qué has hecho con mi madre. Fui de recorrida y me encontré con su tumba. Al menos, merecía saber con anterioridad dónde ella estaba.

Recordó que la conversación con uno de los peones se había visto interrumpida ante el descubrimiento del túmulo. Luca se había quedado estupefacto, no tanto por la muerte de su madre en sí, ya que se había enterado tiempo atrás, sino por el lugar en que estaba enterrada. En las tierras de los Soria. Él hubiese preferido que Stella yaciera en el cementerio público en vez de allí.

—De tu madre te preocupas ahora que ya no está.

—No me provoques.

—¿Yo lo hago? Te equivocas. Ella ha estado en esta casa hasta su último aliento. Nunca recibió noticias tuyas. Para ella saber que tú estabas vivo, aunque fuese a la distancia, le hubiera alivianado el alma.

—Qué sabes tú lo que he hecho. Desconoces todo lo referente a mi vida desde el mismo momento que debí abandonar todo.

—No sé nada de ti porque te empeñaste en irte de ese modo; parece que nada de lo vivido en El Recuerdo existió en tu vida.

—No he venido hablar de nosotros. Menos aún, de lo ocurrido la noche en que tuve que irme. No va a faltar oportunidad para hacerlo. Ahora te estoy preguntando qué pasó con mi madre.

—Antes de que te cuente lo sucedido, quiero saber algo.

—¿Qué?

—¿Cómo has podido irte y abandonar todo sin saber nada de ella?

—Eso es lo que tú crees. Por algún contacto que viajó hasta aquí pude saber que había muerto. Desconozco las circunstancias, menos aún el sentido de la leyenda que reza en la lápida. Solo una persona ha podido mandarla a grabar. Y esa persona eres tú.

Eva sintió cómo el peso de aquella pieza de mármol caía sobre sus hombros. El último tiempo compartido con Stella repiqueteaba en su memoria. Con ella habían mantenido largas conversaciones y reservadas confesiones. Con el tiempo, había aprendido a encariñarse con la madre de Luca.

—Estaba muy enferma. Padecía de dolores en el cuerpo que ningún medicamento lograba sosegar. Fue entonces que pensé que, si vivía más cerca de la casona, podría tenerme a tiro a mí o a quien estuviese en la casa para atenderla. No te olvides que yo salía de recorrida con la peonada no bien despuntaba el alba y regresaba con el atardecer. Por ese motivo es que les pedí a los muchachos que construyeran este refugio con todas las comodidades para que ella se sintiese mejor en el último tiempo de vida.

Luca estaba sumido en un profundo silencio mientras escuchaba con honda atención las palabras de Eva. Sentado en uno de los dos

sillones que había, con el cuerpo inclinado hacia adelante y la boca que le rozaba las manos cruzadas, procesaba todo lo que Eva le decía.

—Ella sabía que se estaba muriendo. Su cuerpo supo avisarle que le estaba llegando la hora. Ella me pidió que escribiese esas palabras en la lápida. Creía aún que podía llegar el momento en que tú regresaras y pudieras reconciliarte, al menos con ella.

Había cierta ironía en Eva al decir aquello. Ella también se había ilusionado con la posibilidad de un regreso de Luca y de poder hablar, pero no en esos términos. Él se había transformado en un desconocido. La muerte de Stella la había dejado quebrada y sin consuelo. Habían sido momentos en los cuales el agobio por lo ocurrido no le permitía avanzar. Sin embargo, había debido reponerse y continuar.

—Para ella era importante que supieras lo que pensaba en los últimos momentos de vida. Por ese motivo, le prometí que grabaría en su lápida la leyenda: “Nunca dejé de creer en ti”.

Cuánto había buscado Luca escuchar aquellas palabras, en especial al haber tenido que huir de la estancia lleno de temor por lo que podría ocurrirle.

—Debo entender que ella sabe la verdad —susurró al levantar la vista y clavar la mirada en Eva.

—No se le debe mentir a una moribunda.

Luca asintió en una maraña de confusos pensamientos. Por mucho tiempo, las palabras de su madre en esa última noche lo habían perseguido: “Nadie creerá lo que puedas decir. Lo mejor es que huyas, que te olvides de esta tierra”.

Él se había sentido condenado. Un paria sin rumbo, sin lugar. Estaba perdido cuando arribó los Estados Unidos. Había intentado no sucumbir a los fuertes deseos por regresar que había tenido en más de una oportunidad. Cuando el ansia por volver se hacía fuerte, eran aquellas palabras las que reforzaban la idea de por qué estaba allí, lejos de El Recuerdo.

—No fue fácil lo ocurrido aquí para ella ni para ti. Menos para mí.

—Te dije que no he venido a hablar contigo. No me importa lo

que sufriste ni cuán duro pudo ser aquel momento. Solo vine a aclarar este tema y saber de mi madre.

Eva supo callar otras cuestiones. Suponía que ya llegaría la oportunidad de decirlas. Luca estaba demasiado ensimismado con lo sucedido como para escuchar algo más.

—¿Necesitas otra cosa? —inquirió Eva.

Él negó con la cabeza al tiempo que se levantaba del sillón. Caminó los pocos pasos que lo separaban de la puerta y antes de salir giró:

—¿Entonces, fue por ella que construiste este lugar? —Lo había escuchado ya, pero necesitaba que se lo confirmaran. Le costaba entender el fuerte acercamiento que entre ambas había surgido.

Ella asintió apenas con la cabeza. Quería que se fuera. Un aluvión de emociones le corría por el cuerpo. Necesitaba un poco de aire y de distancia de él. No podía entender cómo en pocas palabras él podía dar vuelta todo. Aunque había algo que necesitaba sacar de su pecho y gritar. No podía callarse más, debía decirle el verdadero motivo. Cuando lo vio bajar los dos escalones de madera que distaban del parque agregó:

—Fue por ti —dijo fuera de sí.

Luca se dio vuelta de a poco para entender a qué se refería.

—¿Cómo dices? —murmuró.

No necesitó levantar la voz porque la intensidad de esa pregunta caló en Eva como si él hubiese lanzado un grito atronador.

—Fue por ti que hice esto. Fue por ti que cuidé de ella. —Ya cansada y al borde del llanto continuó—: Fue por ti y por lo que tuvimos alguna vez que lo hice.

Eva no supo descifrar la mirada de Luca. No hubo modo de entender la manera en que la miraba ni el silencio que mantuvo hasta que largó las últimas palabras.

—No te engañes: no lo has hecho por mí. Lo has hecho por ti y por la culpa que no ha dejado de corroerte.

Sin más se lanzó a caminar hasta la casona. Necesitaba calmar el fuego que le quemaba el cuerpo. No podía ni quería perder los estribos, pero con Eva le costaba dominarse. Intentaría apaciguar con una copa de whisky los recuerdos y los sentimientos encontrados que Eva le provocaba. No debía olvidarse para qué había regresado a El Recuerdo ni cuánto tiempo había esperado para hacerlo.

Capítulo siete

La senda de los recuerdos

El fuerte aroma a café inundaba la pequeña sala de la cabaña. Eva agregó leche y colocó un plato con dos rodajas de pan casero junto al dulce de higo, que aún conservaba de la producción del año anterior, y se sentó a desayunar. Desde la ventana que daba al porche de madera, podía vislumbrar las primeras vetas rojizas en un amanecer que recién comenzaba a espabilarse. En ese instante del día, ella encontraba la paz. Una paz que se había visto perturbada ante la imprevista llegada de Luca. En verdad, ¿alguna vez la había alcanzado en algún momento?, se preguntó. Había tratado de sosegar su espíritu desde la partida de él, pero se engañaba si creía que lo había conseguido. Con el regreso de él, Eva se había dado cuenta cuán equivocada había estado. Sus manos se aferraron al tazón como si allí estuviera la respuesta de cómo seguiría su vida. Toda su historia estaba en El Recuerdo. Por más que Ángel, Beltrán y Eloísa le dijesen que había una vida por descubrir en la ciudad, ella no lo creía posible. Sin embargo, debía acostumbrarse.

Bebió de un sorbo lo que restaba en la taza. Se levantó para hacer lo que tanto había deseado desde el mismo instante en que había pisado la estancia. Con la ropa de montar, enfiló hacia el establo. El amanecer olía a hierba mojada. El rocío le humedecía las gastadas botas de cuero a medida que las pisadas se hundían en el pasto. Una vez que alcanzó el portón de madera, buscó a su caballo. Le llevó pocos minutos darse cuenta de que no estaba. Salió de allí para hablar con Pedro. No sabía el motivo por el cual el peón se lo había llevado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Eva al verlo en la parte trasera de la cuadra con un mate en la mano—. Creí que estarías listo para la recorrida.

—Así era cuando usted estaba al mando.

—¿A qué te refieres?

—A qué el nuevo patrón me indicó que no era necesario que lo acompañe y me dijo que hiciera otras cosas. Debo esperar a Juancito.

—¿Él ya se levantó?

—No solo eso, sino que se llevó su caballo.

—¿Cómo dices?

—Le aseguro que le dije que no lo tocase porque era suyo. Parece que bastó que se lo mencionase para que saliese montado en él.

—No te preocupes, yo me arreglo.

—Señorita, no vaya a buscar al patrón; no se lo veía de buen humor.

—Yo tampoco lo estoy —respondió Eva antes de ingresar al establo. Tomó uno de los tantos animales de la cuadra y se lanzó a campo traviesa.

* * *

Por fin podía estar solo para disfrutar de las tierras que había comprado. Desvió el camino hasta llegar a lo que había sido su casa. El abandono de la humilde construcción era notorio. Largos pastizales la rodeaban, los cristales de las ventanas estaban rotos y los animales la circundaban. El crujiente y metálico sonido de las chapas que cubría la casucha le recordaba a los asordinados gritos ante las asiduas discusiones de sus padres. La falta de comida se había vuelto una constante y la causa de las peleas en su vivienda. Luca se había acostumbrado a esa sensación que, muchas veces, perduraba por días en su estómago. Para él, salir a caballo y realizar las faenas del campo implicaba un alivio: cuando trabajaba comía con la peonada y el jornal le permitía llevar algo a la mesa del hogar. Sin embargo, la muerte de su padre había empeorado la situación. No olvidaría el sordo llanto de Stella ese día. Nunca entendió la actitud resignada que ella mostraba frente a los grandes golpes que habían azotado a la familia.

Pese a eso, su madre se había hecho escuchar con un llanto desgarrador la noche que él había escapado de allí. El bramido de Stella logró acallar los sonidos de la atronadora tormenta. Aquella noche, Luca debió poner fin a los lazos de familia a la cual había pertenecido. Monti había sido el apellido familiar que había llevado hasta ese momento. Su apellido y su pasado todo estaban allí, enterrados en esa casucha de zinc que daba testimonio de la pobreza vivida.

Solo con una persona se había olvidado de todo aquello. Con Eva. Ella nunca había sentido lástima por la vida que él llevaba. No le guardaba compasión, ni le ofrecía caridad. Por el contrario, lo desafiaba de un modo constante. En varias oportunidades, compartía algún almuerzo clandestino entre la señorita de la casa y el último peón de la estancia. Nadie entendía el fuerte vínculo que mantenían, en especial don Soria que, al descubrirlo, supuso que Luca representaba una mala influencia para su hija. Esa idea le servía de excusa al patrón para tratar de entender la rebeldía de Eva ante las injusticias vividas en El Recuerdo. La opulencia y la altanería de don Soria ponían de manifiesto las diferencias: entre dueños y empleados, entre sus dos hijos.

Sin que Luca lo deseara, la senda de los recuerdos lo llevó a lanzarse a cabalgar hasta alcanzar el arroyo ubicado al este de las tierras. La opacidad de las piedras que lo bordeaban cobraba brillo al ser lamida por el arroyo. Todo aquello parecía estar detenido en el tiempo, inclusive los recuerdos que brotaban junto al susurro del agua. Allí mismo, él y Eva se habían sentado para sellar el juramento que los uniría por siempre. Al menos, así lo habían creído en aquel momento.

—No valen solo las palabras —había dicho Eva—; debemos hacer algo más.

—No es necesario; debería bastar con este juramento.

—Deberíamos sellarlo con sangre.

—¿En verdad lo dices?

—Sabes que no me sobresalto por ver un poco de sangre.

—Lo dices para impresionarme, pero no lo has logrado.

En un rápido movimiento ella se había apoderado del cuchillo que a él siempre lo acompañaba y que había apoyado sobre una de las piedras.

—¿Qué haces?

—Lo que te dije.

—Deja el cuchillo si no quieres que te lastime de verdad.

—No lo harías.

Ella no lo había dicho porque sí, estaba convencida de que Luca jamás le haría daño, al contrario. Con el tiempo, se había dado cuenta de que era capaz de inmolarse por ella.

—Eva, dámelo.

Ella se lo había entregado para no discutir. Sin embargo, el gesto serio de Luca se había apaciguado al ver la expresión de ella.

—Está bien, pero yo me encargaré de hacerlo.

Ella saltó de su lado para zamparle un sonoro beso en la mejilla.

—Como digas —retrucó al doblar las piernas y extender los brazos hacia arriba.

Él le había tomado la fina y delicada muñeca de ella. Con el pulgar, rozó las violáceas venas que surcaban sobresaliendo en su tersa piel.

—Será un corte leve.

—Hazlo de una vez.

Él se hizo primero un tajo en su muñeca izquierda. Buscó que esa incisión fuese más importante que la que haría en el brazo de Eva. Luego, le realizó un tenue corte a la muchacha que lo esperaba y que no se quejó al sentir el acero en la piel. De inmediato, ambos unieron sus respectivas muñecas y, sin dejar de mirarse, se prometieron:

—Esta unión nos hará invencibles por siempre.

—Eva… —dijo para restarle importancia a la solemnidad de ella.

—Déjame que siga.

—Adelante.

—Nunca nadie ni nada nos separará. Lo juro.

Él asintió para dar fe a ese juramento.

—No has jurado como yo.

—Lo juro —dijo antes de esbozar una sonrisa—. ¿Satisfecha?

—Ahora sí.

—Déjame ver.

Luca había corrido su brazo para inspeccionar el de Eva. Se veía un pequeño corte desde donde brotaba un hilo de sangre. De modo instintivo, acercó la boca para evitar que continuase sangrando. No quería que ella se impresionase. Por más que se esforzase en restarle importancia, él sabía que ella no era inmune a ver sangre. Lo había notado en más de una ocasión cuando se topaban con algún animal muerto o herido.

—Cuando llegues a tu casa, ponte algún ungüento si no quieres que quede una marca. Con los días se tornara más roja y te quedará un cordón grueso que afeará tu brazo.

—No lo haré, quiero que me quede la marca. Será un recordatorio, por si a alguno de los dos se olvida lo que significó esto para nosotros.

—Eso no sucederá —retrucó al acariciar con los dedos la endiablada melena rubia de Eva.

—Así me gusta.

Ese instante había quedado atrapado en la memoria de Luca. Por mucho esfuerzo que pusiera en intentar borrar cada maldito recuerdo que tenía de ella, no podía. Eva se había transformado en una magnética atracción hacia su pasado. Un pasado que había buscado olvidar y que, tras la compra de la estancia, ya que no podía olvidarlo, había querido poder controlar. Sin embargo, salía a borbotones de un modo constante, ingobernable. Y ni siquiera ella tenía que estar cerca.

—¿Qué haces con mi caballo? —le preguntó al descender y acercarse para acariciar al animal.

Luca se volteó sin demostrar la sorpresa que le había provocado verla allí. No la había escuchado acercarse. Eva acababa de atar las riendas a un árbol. Probablemente, había estado allí poco antes de que él arribase al lugar. Verla le produjo una mayor conmoción. No soportaba tenerla cerca, pero había sido peor estar alejado de ella. Minutos después, la imagen de ambos, reunidos tiempo atrás, se desdibujó. Las circunstancias se habían encargado de distanciarlos hasta transformarlos en dos perfectos desconocidos.

—Debo recordarte que todo lo que hay en estas tierras dejó de ser de tu propiedad —contestó al fijar la mirada en la altanera de ella.

—Tienes razón, pero al menos deberías respetar lo referido a mi caballo.

—¿Tu caballo? —lanzó con una amplia sonrisa—, ¿crees que Whisky lo es?

—¿A qué te refieres?

—Sabes muy bien a lo que me refiero —siseó al acercársele—. No debo indagar demasiado para darme cuenta de que es el hijo de Ron.

Eva enmudeció ante la evidencia de sus dichos. Las características físicas del animal marcaban el parecido. Por más que fuese estilizado y con un pelaje brilloso que lo distanciaba de su progenitor, mantenía ciertos rasgos que le permitían destacarse en una caballada. Las imperfecciones no habían hecho mella en el espíritu del animal igual que su padre que se había esforzado por seguir y complacer a su dueño. En algún momento, la peonada se había mofado de la buena dupla que él hacía con Ron. Luca esperaba que Whisky conservase las características que lo habían transformado a Ron en un fiel compañero.

—A pesar de disponer de otros tantos caballos, buscaste al hijo del que me pertenecía. ¿Por qué? —preguntó acercándose a ella—. Contéstame —pidió impaciente ante el silencio de ella.

—Si buscas que te diga que ha sido por ti que lo he hecho, esta vez te equivocas. En aquel momento, estaba anestesiada y nada me importaba. No tenía tiempo de dedicarle a un caballo; menos aún, a

uno que dices que te pertenecía. Estaba llena de problemas como para estar pensando en arrebatarte algo. Lo tomé como podía haberlo hecho con cualquier otro de la cuadra —contestó sin quitarle la mirada a la verde de Luca.

—¿Sabes qué?: no te creo.

—Ese es tu problema. Deberías estar agradecido de que me haya hecho cargo de él como del resto de las cosas que dejaste. No huiste con Ron, sino que lo abandonaste como a las personas que te rodeaban.

—¿Quieres qué mencione el motivo por el que debí huir?

Otra vez ese tono de voz cortó el ambiente como una cuchillada sangrante. Él no necesitaba elevar el tono para darle importancia a los dichos. Eva enmudeció, aunque no fuese fácil hacerla callar. Poco después, ella negó con la cabeza. No estaba preparada para hablar en ese momento de lo sucedido; menos aún, en aquel lugar. El arroyo era el único espacio que ella conservaba como un santuario para ambos. El sitio que había quedado varado en el pasado y no manchado por los sucesos que habían quebrado el juramento realizado a orillas de esas aguas cristalinas.

—Cuando huí no tuve tiempo de pensar qué animal escogía. Lo hice con el primero que vi. Pero tú tuviste la suerte de quedarte con todo lo que te pertenecía y seguir viviendo con los tuyos.

—Yo tampoco tuve opción. Debí quedarme aquí para continuar con todo esto. No me ha sido fácil hacerlo deberías saberlo. He luchado por cada lonja de tierra que hay aquí.

—Eva, no me importa cuánto has tenido que pasar en esta tierra y lo que has trabajado para sostener algo que ya no tienes.

—No puedes quitármelo. Whisky es lo único que me queda de todo esto. No puedes arrebatármelo, no lo hagas —suplicó con rabia y congoja.

—Tú te has hecho cargo de hacerlo, me has despojado primero de todo cuánto he tenido —rugió—. Los desmanejos que has hecho con tus cosas no son de mi incumbencia. No me vengas ahora con que te has quedado en la calle. Te he comprado la estancia; no te la he robado. Hemos hecho una operación comercial. Hoy lo único que nos

une es eso. Las deudas que acumulaste no son mi problema, porque tú has dejado de serlo desde hace tiempo.

—Nunca imaginé que fueras a cambiar de este modo. Y mira cómo son las cosas: ahora que tienes un poco de dinero, buscas humillar al que se ha quedado sin él.

—Si quieres creer eso de mí, poco me importa. Eso sí, no quieras saber lo que yo pienso sobre ti. Estoy seguro de que no te gustará escucharlo.

Luca alcanzó el caballo y lo montó de un salto para salir de allí. La presencia de ella lo estaba perturbando más de lo que habría imaginado.

—Hay algo que nunca podrás sacarme —gimió sobre las crines del animal.

Luca la miró sin querer saber a qué se refería.

—Los recuerdos están en estas tierras y lo sabes. Están diseminados por todos lados, en especial en este lugar —dijo al mirar su alrededor—. Además, por si te has olvidado, aquí llevo otro recordatorio —proclamó al extender la mano.

Ese lugar había sido el cómplice silencioso de los encuentros secretos que mantenían. El arroyo les brindaba la privacidad para contarse sus cosas y tener un momento de sosiego en medio de tanto revuelo, a escondidas de todas las voces que cuestionaban la relación que mantenían.

—Me pregunto entonces, ¿por qué has buscado adquirir esta estancia? O ¿lo has hecho solo para poder quitármela?

Eva no había dejado de preguntarse eso al saber que él era el comprador. La duda la acechaba todo el día. Si en verdad él buscaba hacer una inversión, podía haber adquirido cualquier otra estancia. En ese momento, más de un estanciero buscaba una solución para la cuestión económica que atravesaba el campo.

—¿Eso es lo que crees? —musitó con desdén.

—Cuando te vi y logré salir de la conmoción que me produjo verte, creí que sería una buena idea que tomaras las riendas de El Recuerdo. Pocos conocen estas tierras como tú. Pero me bastó ver tus

actitudes para darme cuenta de que tu llegada tenía un interés oculto.

—¿Y piensas que ese interés eres tú?

—Sí.

Deseaba escuchar solo una respuesta y esperaba con anhelo que fuese tan solo un "sí".

—Te equivocas. Deberías saber que los sentimientos que tuve por ti se borraron la noche del incidente con tu padre.

No quiso permanecer un minuto más allí. Espoleó y salió disparado con Whisky, para dejar atrás la imagen de Eva envuelta en la polvareda levantada.

Ella no podía salir del desconcierto y la desilusión que le había provocado la confesión de Luca. Hacía tiempo que se había guardado las lágrimas que aún no había logrado expulsar. No había encontrado el momento para hacerlo ni con quién confesarse. Debía salir adelante cuando todo se desmoronaba a su alrededor. Habría dado la vida por volver el tiempo atrás y seguir a su lado. Pero esa fantasía se había evaporado hacía mucho. Sin desearlo, estalló en llanto. No lograba detener los movimientos compulsivos frente al desconsuelo que le provocaba haber perdido lo que más amaba. Al fin, el mal augurio que sobre ellos había recaído se había cristalizado. Nada volvería a ser como en otro tiempo. La realidad era otra muy diferente. Durante la ausencia de Luca, ella había mantenido la ilusión de volver a verlo. Había soñado con un encuentro en el que se podían confesar y hablar como siempre lo habían hecho. Ella había esgrimido en su mente mil maneras de explicar lo inexplicable. Acababa de derrumbarse la posibilidad de hacerlo. El recuerdo de Luca debería ahogarse en las cristalinas aguas del arroyo.

La cabalgata había logrado saciar y calmar el espíritu de Luca. Se detuvo cuando vio que Whisky estaba fatigado. No quería que, en el primer día junto a él, le tuviese recelo si lo cansaba demasiado. Se detuvo para ver parte de las tierras que serían sembradas, pasada la primavera. Esperaba obtener una buena cosecha. Pensaba como si fuese a quedarse y, en verdad, hacer la vida de un hacendado. ¿Le costaría abandonar la estancia con la que comenzaba a familiarizarse? Claro que no, porque había aprendido a no encariñarse con nadie ni con nada. El período que estaría en el campo debería hacer a un lado su pasado y centrarse en los asuntos comerciales de El Recuerdo. Eso

significaba excluir a Eva. Antes de irse, si aún tenía la necesidad de hacerlo, hablaría con ella. Esperaba que los fuertes deseos que sentía en aquel momento se esfumaran cuanto antes. Volvió a espolear al caballo para regresar y dar las indicaciones que el personal necesitaba escuchar para poner en marcha a la estancia.

La intensa jornada de trabajo había transcurrido sin mayores alteraciones. Muy a su pesar debía reconocer que la peonada sabía qué hacer y cómo moverse. Eva había hecho muy bien su trabajo de comandar al personal de la estancia. Una vez más, la actividad que significaba estar al mando de las tierras, lo liberó de ocupar la cabeza en otra cosa. Alcanzó la casona a última hora de la tarde. Evitó las recomendaciones de la empleada sobre la comida que había preparado y enfiló hacia la habitación. Necesitaba de un baño y una copa de alcohol: en ese orden. Al llegar a la cocina vio a Cleo que aguardaba por él.

—Está bien; puede retirarse.

—¿No necesita que le sirva la cena?

—No, gracias, puedo hacerlo yo más tarde.

Ella se retiró sin decir lo que pensaba. Sentía que era poco útil allí, de modo que estaba pensando seriamente en irse con Eva. No soportaba ni el mal talante del patrón ni el modo en que ignoraba todo lo que hacía por agradarle. El aroma a guiso traspasaba el paño que cubría la fuente con la cena. Él la dejó a un costado para más tarde. De un sorbo tomó el contenido de la copa y salió a la galería ubicada en la parte trasera de la casona. Desde allí se tenía una visión completa de las construcciones edificadas a su alrededor. El reflejo de la luna se perdía en la inmensidad de las tierras. Sin embargo, esa postal de quietud y serenidad se vio alterada por algo que no cuadraba. Desde allí, podía vislumbrar la tenue luz del establo. Parecía que se había apresurado a ponderar al personal. Alguien se había olvidado cerrarlo y dejar todo listo para la mañana siguiente. Se lanzó a caminar hacia allá. A medida que se acercaba, notó que algo no andaba bien. El portón de madera había quedado abierto. No imaginó encontrarse con un hombre que tenía tomada por el cuello a Eva, a la vez, que le exigía algo que aún no había escuchado.

—Déjala —dijo al ingresar y ver la sorpresa reflejada en rostro golpeado de ella.

—¿Quién mierda eres? —quiso saber el sujeto al voltearse sin dejar de sujetarla.

—Te dije que la dejes —reiteró en ese tono que no demostraba zozobra, ni inquietud, aunque sí autoridad y autodominio.

—Dime quién es —reclamó al zarandear a por el cuello a Eva.

Nadie escuchó la contestación que ella dio porque su cuerpo fue lanzado a un costado, mientras Luca se abalanzó sobre el sujeto que la tenía aferrada. La fiereza de la pelea la sobrecogió. No le había costado trabajo a Luca reducir al sujeto que estaba tirado en el suelo sin poder moverse.

—A qué viniste y quién eres —siseó.

—He venido a cobrarme la deuda.

—De qué mierda hablas.

—Ella me deba la plata de unos caballos que aquí están. Y he venido a buscar lo que es mío.

—¿Eva es así?

Ella asintió.

—Deberías saber que soy el nuevo dueño y que las reglas las pongo yo. Los caballos se quedarán aquí. El dinero se te dará cuando yo lo disponga. Primero pídele disculpas a la señorita.

—No pienso hacerlo porque…

Un golpe de puño irrumpió la catarata de improperios que pugnaban por salir de la boca ensangrentada del sujeto.

—No te he escuchado —esgrimió.

—Disculpa.

—Bien. Ahora —dijo Luca al levantarlo por el cuello—, te irás de mis tierras y esperarás hasta que yo te pague. Si vuelvo a verte por acá a ti o a algunos de tus hombres, te mataré.

Antes de que le sujeto alcanzase el portón alzó la voz.

—Esto no es una advertencia ni una amenaza; será un hecho si no cumples con lo que te dije.

Minutos después y cuando se quedaron solos, él se volteó para ver a Eva.

—¿Cómo estás? —dijo al acercársele.

Ella se veía conmocionada no solo por el golpe y susto que había sufrido a manos del atacante, sino por la contundencia y fiereza con la que Luca se había manejado y resuelto en pocos minutos la disputa.

—Estoy bien. Podía arreglarme sola. Es un tema mío, yo me endeudé y seré la que pague.

—Yo me haré cargo. En tal caso, tu deuda será conmigo no con ese hijo de puta. Déjame ver —dijo al intentar ver el rostro de Eva.

—Estoy bien.

Luca le tomó entre los dedos la barbilla para ver mejor si tenía algún rasguño. Claro que había uno en una de sus mejillas. Con el pulgar, la rozó al tiempo que ambos contuvieron la respiración. Desde que había llegado no había estado tan cerca de ella. Luca contempló con detenimiento ese rostro que conocía a la perfección. El tiempo había cincelados los rasgos de Eva hasta volverla una joven de gran belleza. Sin embargo, no era eso lo que más apreciaba él ni lo que la hacía tan atractiva, sino la actitud desafiante y rebelde que siempre había tenido y que, con los años, se había incrementado.

—Cómo es que te encontró aquí.

—Por las noches suelo venir para estar con ellos, en especial con Whisky. Me sorprendió cuando lo vi. Debería haberle pagado, pero pasó todo tan rápido que…

—No te preocupes. ¿Ese sujeto es vecino? —inquirió.

—No, posee un haras cercano a la ciudad. Supongo que tendría asuntos por esta zona.

A pesar de la situación, no la notaba preocupada por ella, sino que observaba de un lado a otro como si buscase a alguien más.

—¿Qué pasa?

—No encuentro a Titán, lo perdí camino a aquí. Es raro que no me haya seguido.

Luca salió con ella sin preguntar demasiado. La había visto en compañía del perro. Una imagen de ella que él guardaba desde que era pequeña. Siempre junto a algún perro. Estar con ellos y cuidarlos le había valido más de un reto de su padre que no veía con buenos ojos que ella arribase sucia en compañía de algún cuzco de campo. Enfilaron camino a la cabaña; el quejido de un animal los guio hasta Titán.

—No —gritó Eva al abalanzarse sobre el perro ensangrentado. Del abdomen, le manaba sangre. Los ojos del animal parecían haber encontrado paz al encontrarse con los de su dueña. Los dedos de ella se mancharon con sangre. Un leve temblor se le apoderó del cuerpo.

—Déjame cargarlo.

Como si lo conociera, Titán se dejó llevar por Luca hasta la cabaña.

—Prepara agua caliente, agarra mi cuchilla y calienta la hoja —indicó al dejarlo tendido sobre la mesa.

Sin hacer preguntas, Eva buscó el arma que Luca llevaba siempre calzada en la parte de atrás de la cintura. En silencio cada uno hacía lo que debía hacer. Luego de desinfectar la herida, Luca extrajo la bala que tenía incrustada en el abdomen. Ella le acariciaba el hocico mientras Titán se dejaba hacer. Un apósito impidió que continuase escapando sangre. Luego, Luca volvió a cargarlo para dejarlo sobre unas mantas que hacían las veces de cama. Eva tomó dos tazas y sirvió una medida de whisky. Necesitaba de algo fuerte para aquietar la tensión acumulada en las últimas horas. Se dejó caer en el piso junto a Titán. Luca lo hizo apoyando la espalda sobre un mueble frente a ella. Asió la taza y dio un sorbo largo. Volvió a mirarla.

—Gracias —musitó—; no creo que hubiera podido hacerlo sola.

—Estoy seguro de que sí.

—Esa bestia quiso matar a Titán.

—Pero no lo logró. Habrá que ir a visitarlo.

—Yo también quiero hacerlo —habló por encima del borde de

taza.

—Iré solo.

—No me siento con fuerzas para pelear, solo te estoy diciendo que ese asunto es mío, ya bastante que acceda a ir contigo.

—Está bien. Si lo deseas, iremos mañana; siempre que él esté mejor.

—¿Crees que sanará?

—Claro que sí. La bala no ha perforado ningún órgano vital.

Eva volvió a tomar un sorbo de alcohol sin dejar de mirarlo. Había algo que le daba vueltas en la cabeza.

—Se te da muy bien tratar heridas de bala —musitó.

—Eso parece. En alguna que otra oportunidad, he tenido que arreglármelas como si supiera. Con el tiempo aprendí a curar heridas más de lo que te imaginas.

Eva lo miró confundida sin entender el sentido de esos dichos, quizás fuera el cansancio que no la dejaba interpretar lo que le decía Luca.

—Creo que es mejor que me vaya —agregó al incorporarse y clavar la mirada en Eva que se mantenía la lado de Titán al que le acariciaba el lomo con la mano—. ¿Necesitas algo más?

—Luca, en verdad te agradezco lo que las hecho por él —replicó al levantarse—. Oh, ni tiempo de cambiarme he tenido —confesó al ver machas ocres debido a la sangre seca.

—Si Titán sigue mejor, mañana iremos a ver a ese sujeto.

* * *

Los rayos de sol ingresaban por el resquicio de la ventana. Luca se incorporó de golpe en la cama. Miró el reloj pulsera y supo que había dormido como hacía tiempo que no dormía. Luego de darse un

baño enfiló rumbo a la cocina. Cleo le había dejado lista una jarra de café, como si supiera que era eso lo que necesitaba. De inmediato, vertió el contenido en un tazón. Hasta el momento, no se había cruzado con la empleada y no había debido escuchar los comentarios sobre las tareas que había hecho ni la comida que le prepararía. Salió de la casona rumbo al refugio de Eva. La mañana estaba fresca y soleada. Parecía que, ese día, todo comenzaba a encarrilarse. Bebió un sorbo de café mientras aguardaba en el porche de madera que Eva le abriese.

—Señor, debí venir hasta aquí, pero si necesita que vaya a la casona yo…

—Cleo, ¿sucedió algo con Titán?

—No, parece que ha pasado mejor la noche. La señorita Eva me pidió que lo cuide, ahora si quiere que me vaya yo podría…

—¿Dónde está Eva?

La empleada temía cuando el patrón le hablaba en ese tono quedo.

—Tuvo que irse, por eso me pidió que me quede aquí.

—¿Te dijo adónde iría?

—No.

—¿Cuándo se ha ido?

—Hace poco, yo no podía venir y abandonar la casona si no dejaba todo listo.

—Mierda —soltó y se dirigió al establo. Allí vio a Juancito que salía con uno de los caballos. Fue con él que obtuvo la información que necesitaba. Una vez que buscó las llaves del automóvil abandonó la estancia. Había comprobado que Eva se había ido con su camioneta. Las indicaciones dadas por el empleado habían sido claras y precisas. No había tardado tiempo en localizar el haras de Fabricio Conte. Era así cómo se llamaba el sujeto que había irrumpido la noche anterior en la estancia. Como Eva le había manifestado, en las afueras de la ciudad estaba ubicado el lugar. No bien atravesó el haras El Deseo, localizó el auto de Eva estacionado debajo de un árbol y enfiló hacia el amplio establo que había a un costado del corral. Amplias y

confortables parecían las construcciones hechas para alojar a los caballos.

—Loca de mierda, baja esa arma.

—No lo haré. Eres un hijo de puta. No te bastó con lastimarme que casi matas a mi perro.

—Eva —ella aferró sus dedos al gatillo cuando escuchó la voz firme de Luca—, baja el arma.

No pensaba hacerlo. Odiaba que Conte la tratase de ese modo. Creía que, por ser mujer, su palabra no valía. Pocos la tomaban en serio. Había luchado contra más de uno que no la habían creído capaz de manejar la estancia. Estaba harta y no se iba dejar amedrentar. Se sentía como en trance. Un temblor le recorría el cuerpo. Todos los pensamientos que tenía colapsaron. Sintió los dedos de Luca sobre la mano. No lo había escuchado moverse. Estaba detrás suyo. La cubría por detrás y le hacía, con suavidad, bajar el arma.

—No es necesario que lo hagas —susurró.

—No me pidas que me vaya —musitó.

Él asintió. Dio una rápida vuelta del tambor y giró el cilindro hasta dejar una sola bala.

—Ahora veremos si eres capaz de jugar con la bala que quedó —le dijo a Conte al acercársele.

Colocó el cañón sobre la sien del sujeto que permanecía como una estatua sin moverse. Con el paso de los minutos empezó a sudar.

—Disculpa yo…

El sordo sonido del gatillo provocó que Conte sufriera un espasmo en el cuerpo; de repente, prorrumpió en un llanto.

—Parece que hoy es tu día de suerte.

No estaba la bala en ese lugar del tambor del revólver. Pero estaba aterrado por que Luca volviese a gatillar.

—No los molestaré más. Ha sido un error hacerlo.

—Luca —murmuró Eva que se había acercado sin dejar de ver su comportamiento—, déjalo; ya está.

Luca desvió la mirada y notó el gesto de temor de ella. Fue en ese mismo instante en que retiró el arma de la sien de Fabricio que, cuando dejó de sentir el frió metal, bajó la cabeza como si le pesara una tonelada.

—No es necesario que me paguen los caballos —logró decir en medio de un tartamudeo.

—Pago mis deudas y lo haré; eso sí, por la mitad del precio que le pediste a ella.

—No es necesario —reiteró.

Luca tomó del bolsillo del pantalón un fajo de dinero que cubría lo que acababa de decirle que le pagaría.

—No quiero volver a verte en la estancia ni quiero enterarme de que molestas a la señorita, ¿entendido?

Conte asintió. Lo único que quería era que Luca se esfumara del haras y no volver a cruzarlo nunca más.

Luca tomó del codo a Eva para dirigirse hacia donde estaban estacionados los automóviles. Ella no habría abierto la boca para discutir por lo sucedido: la notaba tensa y pasmada.

—¿Pensabas matarlo?

—No lo creo; hoy era su día de suerte.

Luca pudo sentir la confusión y los interrogantes que se cruzaban por la expresión de Eva.

—No deberías haber venido sola aquí. No es lo que habíamos convenido.

—Sé arreglarme sola; lo he hecho desde hace tiempo.

—Pero ahora no lo estás; al menos, mientras yo esté en la estancia —le abrió la puerta y le indicó que se subiera a su camioneta —. Ve al campo. Titán estaba mejor.

—¿Tú no vienes?

—Debo arreglar unas cuestiones en la ciudad.

Ella asintió y se puso tras el volante mientras él se dirigía a su automóvil. Arrancó. Cuando llegó a la salida del haras esperó a ver cómo Luca doblaba en sentido contrario al de ella para dirigirse a la ciudad, sin saber la razón del cambio de rumbo.

Capítulo ocho

Secretos compartidos

Las largas jornadas llevadas a cabo en la redacción habían dado sus frutos. Los clientes y auspiciantes habían tomado conocimiento del nuevo dueño y de los planes que tenía para la expansión de la revista. Eso había posibilitado que las proyecciones de Paz se tornasen más reales si se ajustaba al plan de trabajo elaborado inicialmente. A pesar de la situación particular en la que estaba, Eloísa no dejaba de trabajar con ahínco y dedicación. Eran esas condiciones las que le permitían no decaer ni dejarse llevar por malos recuerdos. La imagen de su madre se había transformado en una mancha difusa y oscura en su mente. Evitaba que esa sombra se filtrase en los recuerdos hasta cubrirla con una difícil tiniebla de la que poder escabullirse.

Esa mañana se había levantado más temprano que de costumbre. Necesitaba de un buen desayuno para comenzar lo que sería otro día de trabajo. Se encontraba tan ensimismada preparando su café que no escuchó que alguien había entrado a la cocina.

—Al fin puedo hablar contigo.

El pocillo que tenía en su mano se le deslizó entre los dedos hasta la pileta.

—Hija, por favor, ¿quién crees que podría estar dentro de esta casa? Es lo que yo digo: no te hace bien trabajar tanto.

Eloísa se dio vuelta para saludar a su padre. Los últimos días había estado muy enfrascada en la actividad, lo que le había restado tiempo y dedicación a él.

—Tienes razón; es solo que estaba distraída.

—Imagino que tendrás tiempo de compartir un café con tu padre.

—Por supuesto.

La joven preparó ambas tazas con café y leche junto al pan tostado. En ese instante, se dio cuenta de que él tenía razón: que, por mucho tiempo, esa había sido la postal matinal en la casa de los Ocampo.

—Aquí tienes.

El padre no dejaba de observar cómo Eloísa había crecido, cómo se había convertido en una joven guapa y brillante. Eso lo preocupaba. Sería más fácil que todo siguiera como hasta hacía un tiempo, en los que ella dejaba de lado los deseos por destacarse como periodista. Pero él, no pensaba darse por vencido: insistiría en decirle que ella estaba cometiendo un gran error. Darle alas a una mujer significaba que pronto tomaría vuelo para abandonar todo. Eso ya lo había sufrido con su amada esposa y no deseaba volver a pasar por algo similar con su única hija.

—Gracias. No me has contado cómo va todo en tu trabajo.

—Todo marcha bien.

—Sabes que no estoy de acuerdo con lo que haces ni con el ritmo que has llevado estos días.

—Lo sé, pero debes entender que se está trabajando en el lanzamiento de una nueva publicación.

—Hija —lanzó el padre al deslizar un periódico del día anterior que descansaba en la repisa—, esto es una publicación seria, no el folletín barato en el que trabajas.

—Por favor padre no comiences con todo eso.

—Quiero lo mejor para ti. Estoy seguro de que estás perdiendo tiempo mientras se lo dedicas a esa redacción, ¿es así cómo llamas al lugar en el que trabajas?

—Lamento decir que no es así.

—Debes ver qué ha hecho hasta ahora esa revista a la que te ufanas de pertenecer.

—Te estoy diciendo que se están haciendo cambios para que

tenga otros bríos. Estoy trabajando en eso.

—La única manera de que algo cambie en ese folletín barato es que lo dirija otra persona. Mientras tanto, todo seguirá igual y tú continuarás perdiendo el tiempo.

Eloísa dejó a un costado la taza de café para evitar que se le volviese a caer. Los nervios se habían apoderado de su cuerpo. Se obligó a serenarse. Aún no le había mencionado el cambio de dirección de la revista, ni lo haría. No podía hacerlo hasta que estuviese segura de que seguiría allí y de que nada alteraría su permanencia en la redacción. No podía darle un motivo valedero a su padre para que todo se fuese por la borda. Tampoco buscaba, con su comportamiento habitual, proveerle una excusa a él para enojarse y que indagase más.

—Tienes razón. Por eso creo que esta será la última posibilidad que me daré en la revista. Si no hay un cambio serio, buscaré trabajo como asistente en algún consultorio médico, como me lo has sugerido hace tiempo.

El silencio que por unos largos minutos mantuvo don Victorino la sobrecogió. No le había quitado la mirada como si pudiera leerle los pensamientos. Ella no había luchado en vano; necesitaba al menos, en esa oportunidad, demostrar que era capaz de hacer algo por sí misma.

—La verdad es que me sorprendes, hija.

—¿Por qué?

—Porque no has discutido: este sí que es un cambio en ti. Quizás has tomado conciencia de mi salud y sabes que no es conveniente que la alteres con una controversia inútil.

Otra vez la cuestión de la salud paterna salía a la palestra. No había sido ella la responsable de que él hubiese estado al borde de la muerte, pero sí, en apariencia, la encargada de que no volviese a caer enfermo. Ese tema la había alterado por demás desde que había conocido a quien había adquirido la publicación. ¿Valía la pena poner en riesgo a su padre para continuar con sus sueños? Por mucha vuelta que le había dado al asunto, sabía que no era su responsabilidad, pero la culpa que sentía por si algo le ocurría a él no la dejaba tranquila. Sin embargo, debía quitársela de encima y continuar con los cuidados a su padre, sin que la nueva dirección a cargo de Clemente Paz la

alterase. Se engañaba pensando que no tenía por qué recordar la imagen de aquel hombre por el que su madre había dejado y abandonado todo, incluido a ella. Había llegado a pensar que la aparición de Paz podía servir para desagraviar lo sucedido en la familia. Ella podía, si permanecía en la redacción, hacerle pagar el daño, el dolor y la pérdida que había sufrido por su culpa. La palabra culpa, esta vez, cobraba otro sentido; ya no, para hostigarse por algo que no había cometido, sino para responsabilizar a quienes habían sido los verdaderos causantes del desmoronamiento familiar.

—No lo he hecho porque sé que tienes razón. Si no hay un cambio en la revista, abandonaré ese trabajo y no volveré a discutir sobre el tema.

Don Ocampo se reclinó sobre el respaldo de la silla con gran satisfacción por lo que había escuchado. Al fin, su hija había comprendido cuál era el lugar que debía ocupar en la casa.

—Me alegro de que lo veas así. Lo que no me explico es por qué no has comido nada de lo que has servido en la mesa.

—Porque no me has dejado hacerlo —completó con una tibia sonrisa.

No importaba que se le hubiera cerrado el estómago y que no pudiera ingerir la tentadora tostada que aguardaba en su plato. Tomó el control de su cuerpo para que no la delatase y comió como si nada pasara. Debía aquietar las aguas si deseaba llevar a cabo lo que se había propuesto.

El dueño de casa vio a su hija desayunar como hacía tiempo que no veía. Luego, ella se retiró para cumplir con el aquel caprichoso trabajo que se evaporaría muy pronto. Victorino volvió a servirse una taza de café y deslizó el diario, que había dejado a un lado, para leer sus noticias. La situación política le preocupaba, aunque no se hablara demasiado de la cuestión económica salvo en el artículo que se detuvo a leer:

A través de los últimos años, hemos visto el reverdecer de nuestros campos. La explotación agrícolo-ganadera ha estado en los niveles más altos durante las pasadas décadas. Sin embargo, el panorama ha cambiado. Bajo los bríos de un nuevo gobierno se busca

reactivar a este sector. El vínculo comercial que siempre ha unido a este país con Gran Bretaña se ha visto resquebrajado; junto a eso, la consecuencia ha sido la baja del precio de la carne. Desde el pasado año se ha intentado reactivar a ese sector ante los persistentes rumores de que la carne argentina estuviese infectada con aftosa. Los intentos de la Sociedad Rural en pos de revertir la situación patrocinando una visita de parlamentarios británicos a las principales estancias no fueron suficientes. Se espera que muy pronto eso cambie. Ha sido Malcolm Robertson, el actual embajador de Reino Unido en Buenos Aires, quien se ha hecho eco de la sugerencia del senador yrigoyenista Luis Molinari para que se geste un acercamiento comercial. Se espera que se realice a instancias de una misión encabezada por D'Abernon que llegará en los próximos meses a la ciudad para tratar de revertir la actual situación para que, de ese modo, el vínculo comercial vuelva a ser lo que supo ser en el pasado, en el que los ferrocarriles y otras inversiones de origen inglés eran moneda corriente en este país.

Los dedos de Victorino se aferraron a las hojas del periódico con la esperanza de que todo cambiase y no perdiese lo poco que tenía. Sus tierras habían dejado de ser redituables; incluso había vendido una parte de ellas para poder subsistir. Las pocas que le quedaban le servirían para el pago de las deudas que aún tenía. Nada de eso le había contado a su hija. Si había algo que le sobraba era el orgullo que había intentado pisotear, tiempo atrás, su esposa. No podía mostrarse ante Eloísa como un perdedor. No quería que viese al hombre fracasado en el que se había transformado. Debía buscar una salida a su situación. Tendría que encontrar el modo de hacerlo y cuanto antes. Si ella se enterase de la realidad sería darle una excusa válida para ayudarlo, buscando en el trabajo, un aporte económico a la casa. Él jamás permitiría eso.

* * *

Eloísa quería de algún modo retribuirle la cálida bienvenida que le había dado Lina. En los días subsiguientes al cambio de mando en la editorial, había trabajado codo a codo con ella con los informes que debió preparar. Por suerte, no había mantenido una relación directa con Paz. Cualquier duda que tenía, buscaba en la secretaria del dueño

la respuesta que necesitaba. Quizás ese fuera el motivo por el que estaba tan agradecida, ya que la tarea realizada en la redacción iba viento en popa. Por eso no dudó en desviarse unas cuadras para llevarle una atención. Se detuvo en la esquina de intersección de la avenida Rivadavia y Callao. Allí se erigía una confitería de gran prestigio. Contempló con detenimiento el amplio escaparate de Del Molino, lugar reconocido no solo por las exquisiteces que brindaban a diario, sino también por el lujoso salón que albergaba a políticos, escritores y a gran parte de la elite porteña. Atravesó la puerta giratoria enmarcada en madera y cristales, para adentrarse al salón decorado por dos ostentosas columnas de mármol que custodiaban el ingreso. Un gran número de mesas redondas rodeadas de sillas invitaban a tomar una copa o un café acompañada por los manjares que allí se servían. Ella dudaba en saber qué llevaría hasta que alguien la llamó por detrás.

—Eloísa.

De inmediato se dio vuelta y se topó un par de ojos verdes que la miraban.

—Luca, qué sorpresa verte aquí.

—Lo mismo digo, ven a tomar algo.

—No sé si tenga tiempo para hacerlo; debo ir a trabajar.

—Yo también estoy apurado, pero con tiempo de tomar un café.

Ella no pudo negarse al pedido de ese hombre que la había dejado sin palabras el día del compromiso de Eva. La había acompañado a su casa y, si bien no había sido muy locuaz dentro del automóvil, poseía un atractivo difícil de ignorar.

—Por supuesto.

Ambos se dirigieron a una mesa cercana del expendio de mercadería. El *panettone* de castañas, el marrón glacé, además de los merengues con crema y dulce de leche decoraban las bandejas exhibidas tras el cristal del mostrador.

—¿Qué deseas tomar?

—Con un café está bien.

Ella observaba el modo en que llamaba al mozo para hacer el pedido. Tenía un modo diferente para hacerlo. Sin estridentes movimientos ni grande gestos se hacía respetar.

—Me sorprende verte aquí. Imaginé que estarías en la estancia.

—Ya me afinqué allí, pero vengo por unos pocos días a la ciudad para hacer las diligencias pendientes.

—Entonces te adaptarás muy pronto a tu nueva vida.

—Eso creo —dijo e hizo el pedido al mesero.

—Ha sido una gran idea que Eva se quede en El Recuerdo un tiempo más, ¿no lo crees?

—¿Por qué lo dices?

—Porque esas tierras lo han sido todo para ella. En lo personal, como su amiga, lamento mucho que tenga que abandonarlas.

—¿Ustedes desde cuándo mantienen una amistad?

Luca se reclinó en el respaldo para escuchar algo más sobre Eva. Él no sabía del vínculo con Eloísa.

—No nos frecuentamos desde pequeñas, sino hace unos años. Pero te aseguro que hemos forjado una hermosa amistad. Parece que nos conocemos de toda la vida.

—Lo saben todo una de la otra.

—No sé si todo. Eva es más reservada que yo; eso es decir mucho. Nos conocimos a partir de la enfermedad de mi padre y la de Ángel, su hermano. No sé si lograste conocerlo: es muy cercano a Eva.

—No creo habérmelo cruzado aún.

—No faltará oportunidad de que lo veas, si nosotros seguimos viéndonos —agregó sonriente—. Él se ha instalado en la ciudad; según me comentó Eva, no disfrutaba de la estancia. Parece que el campo no era para él.

—Entiendo. —Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Luca. Claro que volverían a verse.

—¿Sabes si Eva regresará a la ciudad estos días?

—No lo sé, no lo creo, ¿por qué lo haría?

—Tiene un motivo más que importante para hacerlo o te olvidas de que se ha comprometido y pronto será la mujer de Beltrán Sagasti.

Luca bebió de un golpe el contenido del café sin dejar de observar a la joven Ocampo.

* * *

Clemente Paz había dispuesto no ir a la redacción porque debía cumplir con otros recados. La reunión con su socio se volvía imperiosa si pretendía que todo marchase como lo había prometido. Compartían algunos otros negocios además de las publicaciones del periódico y la revista; esos también les resultaban muy redituables. Haber completado estudios de derecho le había permitido abocarse a otras cuestiones, aunque para él solo había sido una puerta para dedicarse a lo que en verdad disfrutaba: el periodismo. Desde que Paz se había enfocado en la publicación femenina, había dejado de verse con asiduidad con Elvio.

—Deberíamos ver cómo seguimos con la otra sociedad. Está creciendo, más en este momento económico.

Los ojos negros de Clemente no se podían apartar de la silueta de Eloísa que tomaba un café en compañía de Pesce. Otra vez ese sujeto aparecía a su lado. La vez anterior la había visto retirarse de la casona de Sagasti con él. Los dichos de su socio se habían vuelto un eco lejano para sus oídos.

—O tu nuevo trabajo te está alterando o has dejado a un lado el olfato periodístico si no te importa lo que te estoy diciendo.

—¿Cómo dices?

No habían pasado muchos minutos desde que la había visto en el lugar. No imaginó que la vería compartir la mesa con Pesce. No había nada en Eloísa que pudiera unirla a su madre. La fineza y la distinción, la alejaban de los aires maternos. Una el reverso de la otra.

La distancia que parecía poner cuando un hombre se le acercaba marcaba sin dudas, un gran atractivo. Ese escollo para abordarla hacía de ella un desafío para cualquier hombre; uno muy grande para Clemente. Aunque no permitiría que ese sujeto se acercase más de lo conveniente.

—Eso mismo, que deberías prestarme más atención.

—Disculpa pero te he escuchado, solo que debo arreglar antes otro asunto.

Elvio Martínez lo vio alejarse de la mesa y atravesar el salón hasta donde había una joven muy guapa acompañada por un hombre. Ahora sí entendía el comportamiento de su socio. Otra mujer se había cruzado en el camino de su amigo. Una más. De nada había servido que Clemente proclamase, a los cuatro vientos, que había cambiado. Se sonrió y continuó bebiendo el pocillo de café mientras esperaba que su socio regresara para continuar con la conversación.

—Señorita Ocampo, creí que estaría en la redacción.

Eloísa creyó que no resistiría la negrura que se había apoderado de la mirada lanzada por Clemente.

—No es lo que imagina. Yo he pasado para comprar unas masas y llevarlas a…

—Ante todo buenos días, ¿me recuerdas verdad? —lo saludó Luca que se había divertido de las ínfulas con las que se había dirigido Clemente—. La señorita no tenía intenciones de beber algo, fui yo quien la ha invitado. Así que cualquier queja será conmigo, en vez de con ella.

Eloísa debió aferrar sus dedos al borde la mesa para evitar el fuerte temblor que amenazaba con sacudirla. La presencia de Paz la perturbaba como nunca lo había hecho cualquier otro hombre. No quería llamarle la atención, menos que descubriese quién era. Si buscaba hacerle sentir parte del infierno por el que ella había atravesado, debía mantener cierta distancia y pasar desapercibida.

—Pesce, no es con usted que me interesa hablar sino con mi empleada.

—No me habías dicho que él era tu nuevo jefe.

Eloísa sentía un calor abrasador en las mejillas. No entendía la actitud de Paz; mucho menos la de Luca, que parecía divertido con semejante encuentro.

—Lo es desde hace poco.

—Si desea continuar con el trabajo debería evitar ausentarse para tomar un café por ahí, en vez de cumplir con las tareas que le asigné.

—Ese no es modo de dirigirte hacia ella.

Clemente se acercó más a Eloísa para hablarle; obviaba a su acompañante. Necesitaba que la atención estuviera puesta solo en él; no en Pesce. Ese sujeto no le había caído en gracia desde el preciso momento en que se había cruzado con él.

—Espero verla sentada en su escritorio cuando llegue a la redacción.

Ella asintió sin poder medir el calor que por dentro sentía. Él se fue sin siquiera saludar a Luca.

—No tienes que trabajar con alguien así.

—Lo hago porque he esperado mucho para desempeñarme en esta redacción. Puedo manejarlo.

—Te acompaño —agregó al verla incorporarse.

—No es necesario.

—Claro que sí.

Luca giró para dirigirle una última mirada al periodista que, desde el otro lado del salón, no le sacaba la vista de encima. Eloísa era el motivo, aunque ella no lo notara. Luca siempre había mantenido una cordial desconfianza con los reporteros. Siempre acechaban y buscaban sacar roña o trapitos al sol de la mugre ajena. Él se había apartado de las luces de la fama que proponían. Intentaría, también, mantenerse distante de Clemente Paz.

* * *

El restaurante del hotel Plaza había abierto sus puertas para invitar a sus huéspedes a probar, disfrutar y degustar las especialidades que allí se brindaban. Varias mesas poblaban el recinto. A un lado del salón estaba Luca almorzando. Sin embargo, ese almuerzo se había vuelto una excusa para tratar otro tema. De inmediato levantó la vista para ver acercarse al encargado del establecimiento.

—Señor Pesce, no quería molestarlo.

—No lo ha hecho; lo estaba esperando.

—Mi actividad me retrasó. Espero que esté a gusto con la comida que le envié.

—Por supuesto, pero esta vez no he venido a disfrutarla, sino a otra cosa.

—Tiene razón. Ante todo, quiero agradecerle la generosidad que ha tenido conmigo. No era necesario. Si está en mí poder ayudar y brindar información, mucho mejor.

—Estoy convencido de que un incentivo cambia la perspectiva de las cosas, ¿o no?

—Tiene razón.

—Lo escucho entonces.

—El apellido Sagasti ha dejado de ser lo que fue. No solo a partir de la muerte del fundador de la fortuna familiar. El manejo de los negocios del señor Beltrán ha ido de mal en peor. Por lo que pude escuchar y preguntar, está en bancarrota. Desde hace tiempo que este lugar ha sido punto de reunión para cenar con sus amistades.

—Imagino que sabe qué temas trataban.

—Sí, lamentablemente no se ha ganado el respeto del personal de este lugar, ya que ha sido siempre un miserable con las propinas. Es más, en alguna que otra ocasión, ha intentado irse de aquí sin abonar la cuenta. Si hubiese estado solo habría sido una cosa, pero él suele concurrir con varias de sus amistades. También lo ha hecho con su prometida.

—¿Con la señorita Soria?

—Así es, aunque en ese caso, hemos dejado de lado el reclamo, para no hacerle pasar un mal momento a su acompañante.

—¿Hay algo más que pueda interesarme?

—Sí, acá le anoté —dijo y sacó un sobre blanco para entregárselo —; algunos nombres y datos de sus operaciones comerciales.

Luca leyó la información. Si estaba asombrado por la eficiencia de su interlocutor, no lo demostró. Aunque supo no bien lo había tratado que un hombre tan detallista, pulcro y meticuloso, le serviría para obtener información sobre algunos sujetos de la ciudad. Beltrán Sagasti estaba primero en la lista.

—¿Cómo obtuvo estos datos?

—Cuando alguien no es querido, la gente habla. Además él concurre aquí, no solo con su gente cercana, sino también con quienes hace negocios. El nombre del escribano que figura ahí, es uno de ellos.

—Está bien, ¿hay algo más que quiera decirme?

—Que esto es lo que he conseguido hasta el momento, pero que seguiré buscando alguna otra información.

—Muy bien; me ocuparé de que siga recibiendo el incentivo que merece. —Hizo un gesto con la mano para detener al otro que comenzaba a hablar—. No me diga que no es necesario; es así como me gusta manejarme: lo considero correcto.

—Gracias, señor Pesce, ahora puede decirme si le ha gustado el almuerzo.

—Ha estado excelente; en especial por esto —agregó al levantar el sobre que había recibido antes. Lo guardó en el bolsillo interno de su saco y se incorporó de la silla. —Nos veremos en unos días.

—Por supuesto. Está demás decirle que tendrá a su disposición la habitación que se le adjudicó para cuando regrese a la ciudad.

—Muchas gracias; nos veremos luego.

—Adiós, señor Pesce.

Luca recorrió el amplio salón hasta perderse por la puerta de ingreso del recinto. No importaba el lugar dónde se encontrase ni la nacionalidad de las personas. Siempre había un modo mover las piezas para recabar información; el dinero era un factor clave en este entramado. Él lo tenía y continuaría sacando de provecho de eso.

* * *

Durante las primeras horas del día, dentro de despacho de Beltrán Sagasti, el ajetreo laboral se veía constante. Los trámites pendientes se diligenciaban de mañana, lo que dejaba libre el mediodía. Siempre había algún ágape para concurrir e intentar sacar tajada de algún negociado. Los encuentros sociales eran, para Sagasti, el combustible que necesitaba para insertarse en otros negocios. Por ese motivo, aquel mediodía, la quietud en la oficina resultaba evidente. Cuando Ángel entró, notó que ni siquiera la secretaria ocupaba su puesto en la mesa de entrada. Él había cumplido con las diligencias pendientes y se aprestaba a tomarse un descanso. Se había excusado a última hora de concurrir a un almuerzo con un conocido con quien se había cruzado días antes. Estaba algo cansado. La fatiga llegaba a consecuencia de la medicación, aunque no todos los días se sentía de ese modo. Tampoco pensaba contar cómo se sentía, menos a Eva, que se había transformado en su guardiana. No quería alertarla sobre algunos episodios que tenía. Entendía que se trataba de su dolencia. El médico le había advertido que eso iba a ocurrirle, por eso le restó importancia. Debía acostumbrarse a vivir con los vaivenes de la enfermedad. Enfiló hacia su despacho abstraído de todo. Sin embargo, hubo ciertos ruidos que lo alertaron sobre la existencia de algunas otras personas en el lugar. Según tenía entendido, nadie debería haber allí. Se encaminó por el largo pasillo que conducía a la oficina de Beltrán. De ahí provenía el murmullo de voces. Abrió la puerta para dejar apenas un pequeño resquicio para no perturbar si, en verdad, había alguien dentro. Debió aferrar los dedos al picaporte de bronce por la sorpresa que acababa de llevarse. De inmediato, se fue de allí hasta alcanzar su pequeño despacho. Se aflojó el nudo de la corbata y se acercó a la ventana. Abrió la hoja de vidrio de par en par. Necesitaba aire para no ahogarse. Tenía que lograr respirar y exhalar despacio para evitar descompensarse. Una vez que logró calmarse, tomó el medicamento que guardaba dentro del cajón del mueble de

madera y buscó un vaso con agua. Aún persistía el temblor en su cuerpo, derramó un poco de agua sobre la superficie de madera, hasta que al fin pudo tomar el remedio. Se sentó y con los dedos se masajeó las sienes para intentar calmar el dolor que comenzaba a apoderarse de su cabeza. No supo cuánto tiempo pasó, pero sí el suficiente para poder sosegarse. Cuando al fin lo logró, escuchó el chasquido de la puerta de su oficina.

—Ángel, te has quedado aquí —indagó Beltrán con una sonrisa.

—He hecho algunas diligencias y he regresado hace un tiempo ya.

—¿Y no has venido a verme?

—No; supuse que no estarías. Eso fue lo que me dijiste.

—Exactamente, siempre tan cumplidor y fiel a mis dichos, ¿verdad?

La implicancia del comentario de su futuro cuñado le resultaban elocuentes. Era claro que Beltrán sabía que él había estado allí y que, quizá, había visto lo indebido.

—Trato de serlo —musitó.

—Bien, ahora que acabo de regresar —acentuó como si nada—, me gustaría que me pases en limpio esta propuesta —le pidió al dejar una carpeta marrón sobre el escritorio de Ángel—. Supongo que sabrás qué hacer, ¿verdad?

Otra vez, las palabras poco tenían que ver con el trabajo que acababa de encargarle.

—Como siempre —concluyó Ángel.

Beltrán asintió. Con la misma sonrisa dibujada en el rostro al ingresar a la oficina, salió de ella.

Ángel sintió un escalofrío que le atravesaba el cuerpo. Esa misma sensación que tantas veces había vivido regresaba para apoderarse de su interior. Ocultar, evitar, distraer, mentir: todas acciones que él conocía a la perfección y que lo llevaban al mismo puerto. No decir la verdad u ocultarla; se trataba de la misma cosa. El temor a revelar ciertas cuestiones lo habían llevado a conducirse y a actuar de aquel

modo. Bajo la excusa de proteger a alguien, inclusive a sí mismo, lo había hecho toda su vida. Sin embargo, y a pesar de que esa actitud formaba parte de su ser, se estaba cansando. Fácil sería catalogarlo de cobarde. Muchas veces se había sentido de ese modo. Cómo no serlo, si él siempre había vivido con miedo. Con temor por la dolencia que tenía; por el permanente peligro por lo que pudiera acontecer a su alrededor si no tomaba los recaudos necesarios. Por más que él hubiera buscado salir de ese cerco seguro en que había vivido, no le habría sido posible cambiarlo. Nadie entendía todo lo que había sufrido. El arribo a la ciudad bajo el amparo de su futuro cuñado había sido una buena manera de sostenerse por sí solo y afrontar las inseguridades y dolores solo, sin la compañía de Eva. Había sido siempre su hermana quien estaba a la mano para cuidarlo y brindarle todo el cariño que en su familia nunca le dieron. Su madre había muerto cuando él era pequeño. La imagen de apariencia débil y enfermo contrastaba con la que había buscado Soria en un hijo varón. Con el correr del tiempo, Eva se había hecho cargo de ocupar ese lugar, sin dejar de estar pendiente de Ángel. No sabía si ella se había entregado a las tareas del campo porque en verdad le gustaban o para facilitarle las cosas a él. De lo único que estaba seguro era que, sin Eva, él no hubiese logrado muchas cosas. Tampoco había podido estudiar una carrera, solo había hecho el ingreso a la facultad de derecho. Poco después había debido abandonar. Aunque su hermana le dijera que sentía orgullo por el empeño que ponía en hacer las cosas, aunque ella le diera ánimos cuando a él le faltaban, no dejaba de avergonzarlo no haber seguido estudiando. La imagen de ella cubría cada momento importante de su vida. Por ella haría cualquier cosa. Nunca la lastimaría. Dejó a un lado la carpeta que había depositado Beltrán y contempló a su alrededor el pequeño despacho que ocupaba. Esa vez, su silencio no valía esas cuatro míseras paredes que lo rodeaban. No creía que fuese así. Cuánto tiempo más podría vivir de ese modo. Lanzó a un lado la documentación que reposaba en el escritorio, buscó el abrigo que tenía colgado en el perchero y salió de allí. Necesitaba aire para refrescar sus ideas. Un trago sería una buena idea. Enfiló hacia el bar más cercano que había para beber un whisky y analizar cómo continuar.

* * *

La noche había caído en medio de una profusa y espesa oscuridad. Una fría ventisca se había levantado como un augurio del crudo invierno que se avecinaba. En medio de aquella opacidad, resaltaba el cartel del burdel Mina que destellaba sobre la calle. Los hombres que entraban y salían de manera constante. Los habitués pertenecían a una clase social acomodada. Eso les permitía sentirse resguardados de la chusma porteña para dejarse llevar por la lujuria y el descontrol. No solo se trataba de un reducto de placer, obscenidad y sexo, sino también del lugar en que se cocinaban ciertos negocios *non sanctos*. Allí dentro estaba todo permitido. Eva había abandonado el departamento de su hermano con la excusa de que se reuniría con su prometido para enfilar hacia el burdel. No había ahondado sobre el incierto comportamiento de Ángel antes de salir.

—Buenas noches, pase por favor —le indicó el portero.

Nunca se acostumbraría a la rancia atmósfera que flotaba dentro. Un almizcle de la fragancia que usaban las coperas envolvía al aroma de los cigarros esparciéndose por los recodos del burdel. El derroche de alcohol se daba gracias a la eficacia de las muchachas que sumaban propinas en sus ligas bajo la promesa de una noche lujuriosa.

—No sé qué haces aquí pero me gustaría estar contigo —susurró un hombre que había aparecido por detrás de Eva.

No tuvo tiempo de contestarle ni de sacárselo de encima porque el encargado lo hizo con rapidez.

—La señora la espera.

Eva se abalanzó hacia la puerta de madera ubicada detrás de un cortinado bordó.

—Al fin has venido. Eva, ¿qué sucede?

Ambas se fundieron en un abrazo sentido.

—No te imaginas lo que han sido estos últimos días.

—Cuéntame —dijo al indicarle que se sentara al tiempo que se dirigía a una mesa auxiliar repleta de bebidas—, ¿una copa?

—Sí, esta vez la necesito.

—Ahora cuéntame.

—Te aseguro que creí que todo esto sería más fácil pero me equivoqué. Desde que Luca ha llegado mi vida dio un cambio y no sé cómo seguiré.

—¿Ha qué te refieres?

—Creí conocerlo como nadie, pero no es así. Me he encontrado con otro hombre. Uno distante, seguro de sí; por momentos, hasta despiadado.

—¿Quieres decir que el tiempo que estuvo afuera le sirvió también para pergeñar este regreso?

—Eso creo. A veces siento que nada ha sido casual sino preparado con frialdad. En otros momentos, como si bajara la guardia, aflora el Luca que conocí y del que me…

Eva no quería pronunciar el fuerte sentimiento que la había unido a él, ni lo que creía sentir en la actualidad.

—Es normal que te suceda esto. Fueron muchos años de ausencia y de dolor, pero con el tiempo todo se irá recomponiendo.

—No lo sé. Ha querido hablar conmigo sobre Stella.

Mina dejó la copa a un lado de la mesa para escucharla atentamente.

—¿Qué quería saber?

—Descubrió su tumba en la estancia y quiso saber más sobre lo sucedido.

—¿Qué le contaste?

—Hablé sobre lo que ella había sufrido por la separación de su hijo y por el padecimiento y dolor de la enfermedad. No ha sido fácil recordar todo aquello.

—Entiendo.

—Yo ahora estoy instalada en la cabaña. Por más que me ha costado abandonar la casona, es mejor para los dos vivir de este modo.

—Me imagino. No has podido hablar mucho más con él—aseveró

Mina.

—No. Hay cuestiones que debe saber, pero será a su tiempo, no antes.

Unos golpes a la puerta irrumpieron la conversación. Si no fuera importante no habrían molestado a la dueña del local.

—¿Qué pasa, Bernardo?

—Está el sujeto, una vez más, aquí dentro.

—¿Se refiere a Luca?

—Eso parece.

—¿Ha estado con alguna muchacha?

—¿Tú que crees?

—Es mejor que me vaya.

—Eva aguarda aquí hasta que me asegure de que está ocupado y puedas irte.

La joven Soria no hizo caso a la sugerencia de Mina, y se incorporó de inmediato para salir de la habitación.

—Pero qué haces mujer.

—Me voy.

—Lo único que vas a lograr es provocarlo más.

—Él ha venido por compañía; eso es lo que sobra aquí.

Mina no logró detenerla.

Luca se encontraba en la barra bebiendo una copa de whisky cuando vio, una vez más, la imagen de Eva irrumpir en el recinto. Dejó a un lado la bebida para ir a su encuentro. Como si supiera que él estaba allí se escabulló entre las mesas con la ayuda del encargado del lugar.

—Eva —la llamó sin que ella se diese por aludida.

Luca alcanzó la entrada y tomó por detrás al encargado para llegar a la señorita Soria.

—Déjalo, no quiero espectáculos dentro de mi negocio —susurró una voz de mujer hacia el empleado del local.

Luca supo que ella no iba a hablar con él en ese momento. Quizás, él podría hacerlo con la dueña del burdel, tal vez fuera más provechoso. Eva le echó una mirada antes de abandonar el lugar.

—Mi nombre es Mina —dijo al esperar qué Luca se centrara en ella—. Le pido que deje de molestar a mi empleado; solo cumple órdenes mías.

—Entonces dígame qué hace Eva en este lugar.

—Le invito una copa —dijo al hacer una mueca a otro de los empleados para que le llevasen dos bebidas. Ambos fueron hasta una mesa cercana a la barra y se sentaron.

—Es una vieja amiga mía.

—¿Es por eso que viene por la noches aquí? —indagó desconfiado.

—Así es. Aunque deberá hablar con ella para salir de dudas.

—No le creo —replicó con una sonrisa—, pero tengo tiempo para descubrirlo.

Mina no dejaba de contemplar en el hombre en que se había convertido. A través de Stella, sabía casi todo de él. Los años de ausencia habían tallado el perfil de un hombre, seguro, poderoso e implacable. Así lo veía.

—Eva es una gran mujer —agregó ante la silenciosa mirada de Luca—, aunque supongo que eso ya lo sabe. Ha sufrido mucho.

Luca se incorporó del butacón para levantarse. No estaba allí para escuchar los padecimientos de Eva. Le daba rabia que, cada paso que daba, surgiera algo oculto de la vida de ella. En ese instante, recordó que la muchacha pertenecía al pasado, que sabía muy poco de esa nueva mujer, que lo mejor sería dejarlo de ese modo.

Mina no quería desaprovechar la posibilidad de hablar con él.

Debía detenerlo de algún modo:

—Yo conocí a Stella —le dijo.

Esa frase hizo que él se detuviera.

—¿Qué dice?

Hasta dónde él sabía, solo Eva conocía su identidad. Aunque Mina no lo hubiese mencionado, estaba claro qué sabía quién era él. Esa contaría como otra traición de Eva hacia él.

—Que conocía a Stella Monti.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo? —esgrimió.

Mina se detuvo a observarlo y se dio cuenta de que se había apresurado a querer entablar un diálogo con Luca Pesce. Entendía que había más tiempo para poder hacerlo.

—Disculpe, quizá me equivoqué —sentenció antes de darse vuelta y enfilar hacia la oficina ubicada detrás del salón.

Luca dudó en seguirla para exigirle una explicación. Pero esa mujer no le parecía de fiar. Por más que lo negase, la única persona que podía aclararle las cosas era Eva. Con ella debía hablar. Sin más, aunque con muchos interrogantes en su mente, abandonó el lugar.

Capítulo nueve

Por un simple pocillo de café

La tensión con la que Eloísa ingresó a la redacción se fue disipando con el paso de las horas. Estar enfrascada en la máquina de escribir le había quitado trascendencia a lo que había ocurrido por la mañana en la confitería Del Molino. Sin dudas, a poco de arribar al trabajo, lo había visto a Paz atravesar el salón con absoluta indiferencia. Eso había permitido que ella se calmara y continuase con la actividad. La algarabía de Lina cuando vio el obsequio que le había hecho provocó que ella se sintiera más a gusto en el lugar. Por más que había insistido en que probase alguna de las delicias que había en la bandeja de masas, Eloísa había mantenido el estómago cerrado. En medio del papeleo que descansaba sobre su escritorio, notó que los últimos rayos del atardecer se filtraban por la ventana iluminando el salón.

—Eloísa, antes de que te vayas, el señor Paz quiere verte.

No supo si la secretaria leyó en su mente la conmoción que le provocaba escuchar ese apellido.

—No te preocupes, no es lo que parece. Puedo asegurártelo porque lo conozco desde hace mucho tiempo. Es exigente, de modo que, si no creyera en lo idónea que eres para ocupar este puesto, no estarías aquí.

—Gracias, Lina.

—Ve a verlo; yo no me retiraré hasta que finalices con la reunión. Luego, si lo deseas, nos vamos juntas.

Ella no supo cómo agradecerle tanta amabilidad. De inmediato, se levantó y enfiló hacia la oficina de Paz. Respiró profundo luego de golpear la puerta para ingresar al despacho. Clemente levantó la vista. Dejó de lado unos escritos que estaba leyendo no bien escuchó el

chasquido de la puerta.

—Adelante —dijo al indicarle con la mano que se sentase en la silla frente al escritorio.

La notó dubitativa y dudosa en los movimientos. Como la primera vez que la vio, Eloísa juntó las manos sobre la falda para evitar que fuese evidente el temblequeo que se había apoderado de ellas. A la muchacha le costaba concentrarse cuando estaba bajo la enigmática mirada de Paz. Esos ojos negros no dejaban de contemplarla. Lo peor era que desconocía qué pensaba mientras la miraba.

—Veo que no me equivoqué en decidir que se quede con nosotros. No lo digo para que se sonroje, sino porque ha hecho un trabajo excelente.

—Muchas gracias.

—Ahora que nos hemos puesto de acuerdo con los auspiciantes, puede regresar a lo que en verdad le gusta.

—¿A qué se refiere?

—Al proyecto que tenía para escribir.

—Por supuesto. Me encantaría comenzar cuanto antes.

—Supongo que debe tener bocetado qué quiere contar.

—Sí, sé que sería más fácil un artículo que recorra los lugares de moda y diseño, dando cuenta de los precios y las tendencias de moda traídas desde Europa, pero eso no es lo que quiero contar.

—Dígame, entonces, sobre qué desea escribir.

Él se había inclinado hacia adelante con los codos apoyados en el escritorio y la barbilla recostada en las manos. Eloísa evitó perderse en la mirada y se concentró en lo que diría.

—Quisiera hacer un artículo sobre mujeres que llevan a cabo actividades tradicionalmente consideradas exclusivas de los hombres.

—¿Con qué motivo?

—Creo que puede resultar interesante.

—Sabe que si quiero que sea redituable esta revista, por lo que lo que escriba debería estar dirigido a la gran mayoría de las mujeres.

—Lo sé y lo pensé también.

—¿Entonces?

—Creo que no solo puede ser interesante, porque puede ser motivador para otras mujeres que desean desempeñarse profesionalmente en esos ámbitos. Que sepan que todo es posible. No debe ser fácil estar encerradas en sus hogares manteniendo una luz de esperanza de que, en algún momento, puedan emanciparse, tener una vida profesional.

Él podía ver la chispa del deseo en la mirada de Eloísa. Había un fuego interno que, de un modo u otro, ella intentaba apagar. La pasión que ponía en cada palabra que pronunciaba le resultaba fascinante.

—¿Es esto sobre lo que usted siempre quiso escribir? ¿Se siente como una de las mujeres que me describió?

—Sí, a pesar de todo.

Un pesado silencio se instaló entre ellos. Ella no quería profundizar mucho más; él no buscaba incomodarla.

—Si es así, entonces adelante.

—Algo más.

—Dígame —replicó con una amplia sonrisa.

—Usted propone un relanzamiento para la revista, por lo que supongo que pretende cambiar el concepto que hasta ahora se ha tenido de la publicación.

—Creo que se puede hacer algo de mayor calidad.

—Así es. Yo siempre intenté del mejor modo dar mi parecer, aunque acá las cosas no funcionaban de ese modo; solo se hacía lo que quería la dirección.

—Y qué le gustaría sugerirme —inquirió.

—Que la revista transmita un mensaje, pero no solo desde los artículos, sino incluso desde la portada.

—¿Por ejemplo?

—Si busca una llegada directa y profunda a las mujeres en general, pienso que se podría poner una modelo bajo otra perspectiva. Me refiero a que no pose con una estola de visón mostrando un hombro desnudo.

—Debo decirle que es una imagen muy ilustrativa, aunque no creo que a todas las mujeres les quede bien eso. —El rostro de Eloísa se cubrió de color carmesí—. Puede ser que muchas mujeres que no puedan acceder a un abrigo costoso, busquen comprar la revista para disfrutar de algo que no tendrán.

—Esa es una posibilidad, señor Paz; no lo había pensado de ese modo.

—¿Y qué visión tiene usted?

—La imagen de una mujer común sin estar detrás de los cánones de la moda; una mujer que brille por lo que hace y no por lo que ostente; una mujer moderna y más natural. —Ella vio cómo él le clavó la mirada, de modo que creyó que había dicho una pavada. No quería perder ese trabajo a pesar de todo—. Disculpe, a veces me dejo llevar.

—Me encanta que lo haga. Quiero que sepa que adhiero a lo que dice. A pesar de las apariencias y de lo que puedan decir de uno, llega un momento en que es importante, desde mi humilde perspectiva, con una mujer, dejar todo lo superficial a un costado.

La joven tosió como respuesta a semejante parlamento. Ya no sabía qué le pasaba, pero la sensación de ahogo iba en aumento.

—Tome un poco de agua.

Ella le quería decir que no era necesario, que tenerlo más cerca complicaría todo. Él se acercó hacia ella. Le tomó la nuca. Guio el borde de la copa hasta la boca de Eloísa para que bebiera de a sorbos un poco de agua.

—¿Está mejor?

—Sí, gracias.

De inmediato, ella se incorporó para levantarse y salir de allí. No podía permanecer un minuto más junto a él.

—Gracias —repitió sin saber qué otra palabra utilizar para salir de allí.

Paz la vio enfilar hacia la puerta. Antes de abandonar el despacho, agregó algo más.

—Me gusta.

Ella se detuvo y giró hacia él.

—¿Cómo dijo?

Se arrepintió de inmediato de volver a enfrentarlo. Pero fue solo por mero instinto que se volteó. Otra vez, esa mirada oscura enmarcada en pestañas negras estaba centrada en ella, como si la desnudara.

—Qué me gusta lo que le ha obsequiado a Lina —comentó al levantar una servilleta vacía—. La próxima vez que lo haga quisiera que me convide.

—Está bien —musitó—. Acerca de lo de esta mañana, yo no he buscado ausentarme.

A ella le había llamado la atención que él no le dijera algo, luego de la reacción que había tenido en la confitería. Cuando la había llamado creía que sería por alguna represalia. Sin embargo, como cada vez que estaba con él, volvía a descolocarla.

—Lo sé; le pido disculpas. No solo actué de ese modo porque la quería en la redacción, sino porque no me gustó verla acompañada de Pesce.

—¿Tiene algún problema con él?

Quizá fuera solo eso. No había advertido una enemistad entre ambos, porque no sabía que se hubiesen visto antes.

—No es nada personal con él, solo que no me gustó que estuviera acompañada de otro hombre.

La conmoción por lo que le había dicho fue tan grande que se

tomó un largo tiempo en procesar lo escuchado. Luego, logró saludarlo con la cabeza, sin articular palabra, para salir de allí lo antes posible.

Poco después se abría la puerta del despacho, pero era la figura de Lina la que aparecía.

—Ya es hora y me voy.

—Está bien, Lina, yo lo haré también.

—No sé qué es lo que le has dicho a la joven Ocampo para que saliera disparada de aquí. Tampoco quiso que la acompañase, como habíamos quedado.

—Tal vez solo estaba cansada y quería llegar a su casa.

Desde el vano de la puerta, ella se ajustó los lentes negros y con una sonrisa agregó:

—Querido Clemente, nunca me he metido con tus conquistas. Sin embargo, esta joven es especial, al menos para mí. No la eches a perder.

—Gracias por el consejo. Nada de eso sucederá: vengo aquí a trabajar y nada más.

—Nunca me has mentido; no comiences a hacerlo ahora.

Hacía tiempo que ambos habían atravesado la línea de lo laboral. Podían decirse lo que pensaban. Lina era eficiente y honesta en el trabajo. La misma honestidad que mantenía en el vínculo con él. No era su madre, pero, como Paz no tenía, ella parecía actuar como si lo fuera.

—No quiero retrasarme. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana, Lina.

Él no pudo continuar con el trabajo que le quedaba pendiente. Se levantó hasta la mesa auxiliar para servirse una copa de alcohol. Se distrajo mirando por la ventana el deambular de los porteños que pronto llegarían a sus casas. Él también lo haría, aunque nadie lo esperaba. Ni siquiera sus amigos de juerga estarían esperando para pasar una noche más. En ese momento, solo deseaba estar con ella, la

única mujer que él debería tener vedada. Cuanto más la conocía, mayor el deseo por tenerla.

* * *

Eloísa había llegado a su casa con un ánimo distinto. Le había agradado el modo en que Paz le había hablado. Mucho más cuando le dijo que no le gustaba verla acompañada de otro. Aunque eso la confundía. Él estaba vedado para ella. Por el pasado, por lo que su padre pudiera decir al respecto.

—¿En qué piensas, Eloísa? No es el momento de estar en la luna de Valencia. Prepara de cena —ordenó Victorino.

—Veré qué puedo cocinar. Antes quiero cambiarme.

—Si dejaras ese trabajo, todo estaría listo en esta casa.

—Por favor, padre, estoy cansada y no quiero retrasarme.

Eloísa decidió, para evitar otra discusión, no cambiarse de ropa y comenzar con la cocina. Parecía que solo la confrontación mantenía viva la relación con su padre. Sin embargo, a esa altura del día ella, estaba cansada de los conflictos.

* * *

El departamento de Ángel se teñía de un tinte hogareño cuando lo habitaba Eva, aunque fuese por unos pocos días. El aroma a comida casera inundaba todos los rincones del lugar.

—Deberías venir aquí más seguido —dijo al asomarse a la cocina.

Ver a su hermana en medio de los distintos aromas de especias, envuelta en el vapor que se escapaba de las cacerolas, le traía recuerdos de cómo ella se había esforzado por consentirlo cuando era pequeño y residían en la estancia.

—Has llegado justo. Debo arreglarme antes de que venga Beltrán. Espero que le guste esta carne rellena. Sé que contigo la cena está asegurada.

—Justamente, quería decirte que no seré de la partida.

—¿Cómo dices? —dijo al voltearse y mirarlo.

—Eva, yo también tengo compromisos.

—¿En serio? ¿Algo que debería saber?

—Nada de lo que debas enterarte por ahora —agregó con una pícara sonrisa. No imaginaba la sorpresa que se llevaría si ella supiera con la clase de mujer que se entreveraba algunas noches de la semana —. Supongo que deberás tratar varios temas con Sagasti.

—Epa, qué distante, ¿desde cuándo lo llamas de ese modo?

—Desde hace más de lo que crees. Lo que sí deberías pensar bien es en la fecha que él te ha propuesto.

—¿Qué hay para pensar?

—Vamos, los dos sabemos que, en este último tiempo, varias cuestiones se precipitaron.

—Si te refieres a la venta del campo, me ha aliviado en el pago de las deudas.

—Eva, no lo digo por eso. Si prefieres no nombrarlo, lo acepto. Pero su llegada te ha provocado un gran revuelo, aunque te cueste confesarlo.

—¿Qué tiene que ver él con la fecha de boda?

—Me refiero a que, al menos, deberías hablar con él.

—¿En verdad? ¿Qué crees que debería decirle?

—Todo.

Ella se abalanzó acortando la distancia que había con su hermano. Se fundieron en un afectuoso abrazo.

—Eva —dijo al sostenerle el rostro entre las manos—, aunque no

lo notes, ya soy un hombre. Yo debo hacer mi vida. Y tú la tuya: Luca ha sido parte importante de tu vida por más que quieras negarlo.

—Tú lo has dicho: "ha sido" —completó al girarse y tomar el cucharón para revolver dentro de la cacerola—. No quiero demorarme y que se me pase la comida. Voy a arreglarme, ¿podrías controlar la carne mientras me cambió?

—Dale. Pero rápido, que yo tampoco quiero retrasarme.

—Muy bien. Espero que, cuando lo creas conveniente, me la presentes.

Estaba segura de que la expresión de su hermano equivalía a haber conocido a una joven. Solo esperaba que lo hiciera feliz.

—Por supuesto. Vamos apúrate.

Eva se había puesto un vestido azul con unos tacones negros, que usaba cuando estaba en la ciudad. Le divertía llevar, cada tanto, ese atuendo. En el campo, solía verse enfundada en ropa de fajina, con los cabellos despeinados y el aspecto de salvaje que su padre le echaba en cara tener. Se colocó unas gotas de perfume y se detuvo a contemplar la imagen que le devolvía el espejo. Si bien se sentía rara, no se veía mal. Sin dudas, le agradaba verse distinta de vez en cuando. Enfiló hacia la cocina para controlar que todo estuviera en condiciones. Sin embargo, el sonido del timbre evitó que pudiese sacar del horno las papas con hierbas que acompañarían la carne. No imaginó que cuando abriese la puerta se encontraría con Luca.

—¿Me esperabas? —sopló en el oído al acercársele.

Ella no supo si largar una carcajada antes de echarlo de inmediato. Le abrió la puerta de par en par, en cambio, para que entrara. Luca ingresó al lugar sin apartar la mirada verdosa de ella. Se notaba que él también se había acicalado antes de ir a visitarla. De ambo gris, con el cabello oscuro peinado hacia atrás.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Deberías comprender que no me es difícil encontrarte.

—¿Quieres tomar algo?

Sin que le contestara, ella enfiló hacia la bandeja de plata donde

reposaba las botellas de alcohol rodeadas de copas de cristal. Eligió whisky y le sirvió. Cuando se volteó para entregársela, notó la intensidad con que la miraba. Si él percibió algún cambio en ella o si le gustaba cómo estaba vestida, no lo mencionó. Eva le indicó con la mano que se sentara en un sillón del salón.

—Si estás aquí, supongo que debe de ser urgente como para no esperar a verme en la estancia.

Él bebió un trago de alcohol mirándola por encima del borde de la copa y se tomó el tiempo necesario para contestar.

—Si te hubieses detenido ayer cuando quise hablar contigo, hoy no estaría aquí.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Cuál es el motivo por el que vas al cabaret?

—No tienes derecho a venir a indagarme sobre qué hago. Yo desconozco qué has hecho todo este tiempo; no por eso ando indagando en tu pasado.

—Y lo bien que haces —dijo con una sonrisa de costado—, pero esa no es la cuestión. ¿Desde cuándo conoces a la dueña del burdel?

—Desde hace tiempo. Aunque te llame la atención, tenemos varias cosas en común. Ella no es lo que parece.

—Confías tanto en una madama como para decirle quién soy.

Los dedos de Eva se aferraron a la copa para dar un trago largo y contestar.

—Me habías dicho que no te importaba si contaba quién eras.

—No me importa que lo sepan, pero me sigue molestando que me vuelvas a traicionar.

—Luca, no es así como fueron las cosas.

—Entonces dime cómo ha sido todo. He venido a escucharte.

—Deberías hablar con ella.

—A pesar de todo, prefiero hacerlo contigo.

—Ella sabía de ti porque fue amiga de tu madre. Desde que lo supe, yo también me he relacionado con ella.

—Mi madre nunca la nombró, al menos que yo recuerde. ¿Qué tenía ella en común con Mina?

—Ambas llegaron juntas en el barco que las trajo a estas tierras. En aquella época, no les era fácil encontrar un lugar para vivir. Por eso, ambas terminaron en una pensión y comenzaron a trabajar. Pasó un tiempo, hasta que Stella conoció a tu padre. Hasta entonces, fueron muy unidas.

—Si fue una relación del pasado, por qué se acrecentó luego.

—La soledad que tu madre sintió, desde que te fuiste, fue muy grande. Del mismo modo que se acercó a mí, lo hizo con Mina. Algunas tardes, cuando podía, viajaba hasta la estancia a saludarla. Otras veces, se quedaba por unos días si podía. Fue entonces que comencé a tener trato con ella y me di cuenta de que era un buena mujer.

—Entonces fue mi madre la que le habló de mí.

—Así es. Cuando regresaste no fue difícil para ella saber que habías vuelto. Su negocio es un lugar donde circula información de todo tipo.

—Además de que tú le fuiste con el cuento.

—No lo habría hecho si pensara que podía lastimarte.

—¿Y por qué piensas que debo creerte?

—Ya basta Luca. Me cansa que todo el tiempo estés diciendo cuánto puedo traicionarte —completó al levantarse de golpe del sillón.

—¿No crees que tengo motivos para sospecharlo?

El silencio de Eva decía más que cualquier argumento que pudiera esgrimir. Ambos sabían que Luca estaba en lo cierto.

Ángel había salido apresurado para no llegar tarde a su cita. No había imaginado que, tras la puerta de entrada, estaba Pesce. Sabía que en algún momento iba a encontrárselo, por más que él residiera en la ciudad, pero buscaba alargar en el tiempo ese encuentro. No

bien lo vio, no pudo disimular el fuerte impacto que le produjo tenerlo frente a él. Nada había quedado de aquel a quien recordaba. Hubo un tiempo que él había envidiado a Luca por la fortaleza y la audacia que tenía: sabía hacerse valer entre la peonada y ante don Soria. A pesar de los injustos castigos recibidos del patrón. Nada parecía detenerlo cuando creía que tenía razón.

Sin dudas, el tiempo había hecho estragos en los dos. Luca poco tenía que ver con aquel muchacho que había conocido. Ángel tampoco guardaba similitud con lo que había sido. Lo ocurrido los había cambiado a los tres.

—Ángel, tanto tiempo.

—Me sorprende que estés aquí, pero no que hayas regresado.

—Así, ¿por qué?

—Hay algo que dejaste aquí que te haría regresar.

—Quizá dejé temas pendientes que necesito aclarar.

Ángel respiró profundo para evitar ponerse nervioso. Hacía ese ejercicio a menudo para que las palpitaciones no se dispararan y pudiera sufrir alguna descompensación. No frente a Luca. No necesitaba recordarle lo vulnerable que siempre había sido.

—¿Ella está contigo?

—Sí.

—Ábreme que quiero verla.

—Qué quieres de ella.

—Eso no te incumbe.

—Aunque no lo parezca, yo también cuido de ella.

—Y piensas que puedo dañarla.

—Sí.

—Si es eso lo que piensas, deberías estar más alerta y cuidarla de otras personas.

—¿Por quién lo dices?

—No importa; deberás darte cuenta solo, ahora ábreme.

—Luca, sé que ella demuestra fortaleza, inclusive frente a ti, pero no es así. No la lastimes.

—No hables así de tu hermana, como si no fuera capaz de herir a alguien sin importarle nada.

—No tengo tus agallas, nunca las tuve, pero no voy a tolerar que la hieras. Ten cuidado con ella.

Ángel tomó la llave y abrió la puerta principal. Después, se lanzó a caminar. A medida que avanzaba por las calles, se fue liberando del mal trago que había sido encontrarse con Pesce. Pensó en el encuentro que tendría en breve. Su humor, volvió a ser el que tenía antes de haber visto a Luca. La joven con quién se veía desde hacía unos pocos meses lo había cambiado todo. Por momentos, lo preocupaba que algo tan intenso se diese de un modo tan rápido. Una vez más evitó pensar que lo cuestionarían por la elección que había hecho. Aunque ya estaba acostumbrado a que le criticasen el modo de actuar.

* * *

Eloísa no había descansado bien. No podía olvidarse de la conversación con Paz ni del modo como la había tratado. La confundía de un modo permanente. Pero a pesar de todo, la atracción que él ejercía sobre ella era innegable.

El recorrido hasta el lugar de trabajo lo hizo con absoluta alegría. A pocos minutos de llegar a su escritorio, inclinó la cabeza a través del amplio pasillo que conducía hasta el despacho del jefe, para ver si lo veía detrás de la puerta. No le había podido preguntar a Lina porque aún no había llegado. Uno de sus compañeros se encontraba ensimismado en su máquina de escribir. Estaba segura de que pronto llegaría a quien tanto quería ver.

—Es un modo complicado de escribir, ¿no le parece? —escuchó decir sobre su cuello.

La joven se levantó de inmediato como si tuviera un resorte. Esa voz la conocía por demás. No quería cometer más papelones, pero parecía ser una constante cuando estaba cerca de él.

—No se lo dije para que ponga así. ¿Quería verme?

—Sí, por trabajo.

Él sonrió: le parecía adorable.

—¿Tomó algo caliente?

—En mi casa, antes de salir.

—Pero yo no; acompáñeme así me cuenta qué quería decirme.

Eloísa lo siguió sin titubear. Mientras lo hacía, y para evitar distraerse, hilvanó las ideas que se le habían cruzado por su mente.

—Siéntese. Esta vez haré una excepción y seré yo quien traiga café. Lina me tiene mal acostumbrado.

Ella se sentó en la silla habitual aguardando que él volviese a entrar.

—¿Con azúcar?

Ella agradeció ese gesto porque los nervios podrían jugarle una mala pasada y derramaría el azúcar sobre el escritorio. La mirada de él continuó en el modo en que ella tomaba el asa de la taza para beber el café que, con esmero, él le había llevado. Contempló cada minúsculo movimiento en su rostro, en especial el de su boca.

—¿Le gusta?

Clemente nunca creyó que una joven le produjera semejantes sensaciones mientras bebía un simple pocillo de café.

—¿Cómo? —replicó al pestañear sin entender lo que le decía.

—El café que le preparé.

—Muy rico —dijo sin decir que acababa de quemarse los labios.

—Creo que está muy caliente —acotó Paz.

—Para mí está bien.

Ella deseaba cortar esos diálogos que poco tenían que ver con lo laboral. Lo vio que se adelantaba sobre la mesa para decirle algo más.

—Esto queda entre nosotros; no se lo diga Lina.

Los nervios de Eloísa hicieron que estalle en una carcajada. Debía serenarse para no quedar, una vez más, como alguien sin cabeza.

—Me dijo que quería decirme algo, la escucho.

Él no dejó de mirar cómo ella cambiaba la actitud: cuando hablaba de trabajo lo hacía con autoridad.

—Yo pensaba que no todas nosotras tenemos el tiempo de reunirnos con nuestras amigas y contarles lo que nos pasa.

—¿Me está pidiendo algún día para salir antes y verse con sus amistades?

—Claro que no —replicó con esa sonrisa que a él lo subyugaba—, me refiero a que los hombres pueden hacerlo en algún bar, pero en nuestro caso debemos esperar a concurrir a alguna, cena o fiesta para conversar, aunque, por lo general, se tocan temas más livianos. Entonces pensé que sería un buen modo de acercarnos a las lectoras desde la revista con un correo de lectoras.

—A ver cuénteme mejor.

—Pensaba que sería bueno abrir un vínculo más cercano con las lectoras; para, de ese modo, estar más cerca de ellas. Veríamos cómo se contesta, pero pienso que, a veces, uno habla más libremente con alguien que no conoce que con alguien con quien está estrechamente relacionado.

—¿En verdad lo cree?

—En mi caso, tengo una amiga con la que hablamos de todo, aunque siempre hay algo que uno reserva para sí.

—Nuestros propios secretos.

No supo si fue el tono o el sentido en que lo dijo, pero, de igual modo, a ella le erizó la piel. Paz se dio cuenta del efecto que había

causado en ella.

—Me decía entonces que esto puede generar una corriente de cercanía con nuestras lectoras.

—Eso creo. Es solo cuestión de comenzar y ver bien cómo se desarrolla, ¿usted qué piensa?

—Que usted tiene un gran talento, que me gusta su propuesta y que vamos a implementarlo. Quiero también que disponga el modo en que se hace, y controle cómo sigue esto.

—Gracias.

—Eloísa, podría decirle muchas cosas, pero sé que busca que le digan la verdad. Usted tiene un gran potencial.

—Muchas gracias.

El golpe a la puerta sorprendió a la joven.

—Buen día, parece que todos han amanecido bien temprano —dijo Lina al saludarlos—. ¿Necesitan algo?

—Me acompañas con otro café —dijo y la tuteó de repente. Ya no quería la distancia del "usted" con ella.

—Yo…

—Lina, tráenos dos cafés para continuar el día.

—Veo que ya te has servido otros.

—Sí, pero debes saber que ninguno como el que preparas tú.

—Ay, deja de ser tan zalamero que eres mi jefe y te lo serviría de igual modo —dijo tras cerrar la puerta.

—Es una mujer muy valiosa, que yo aprecio mucho.

—Conmigo lo ha sido.

—Ya que la revista te ha quitado el sueño, cuéntame algunas otras ideas que se cruzaron.

—¿Aumentar la tirada?

—Eso será una vez que nos instalemos. Esto es un negocio y hasta que no pisemos más seguro en el mercado prefiero ser cauto. Algo que me cuesta, porque debes saber que no lo soy.

—¿No?

—No, aunque el tiempo me ha cambiado un poco, te puedo asegurar que me puedo volver conservador si la situación lo amerita.

Él vio la cara de confusión de la joven. No le diría que por ella cambiaría. Que se sentía distinto cada momento que con ella compartía y que nunca antes le había sucedido eso. Ansiaba llegar al trabajo para verla y tenerla cerca. Eloísa desconocía que era un ángel en medio de lo que él había vivido. Ella sería su ángel.

Capítulo diez

En el camino

El viento invernal arremolinaba las hojas secas desparramadas en derredor de los árboles que formaban la avenida de acceso a la estancia. A Luca le gustaba sentirse el señor de esas tierras. A pesar de cómo había tenido que huir de allí en el pasado, a pesar de la acusación de asesinato que lo había expulsado de la estancia, a pesar de que la presencia de Eva ya no significaba lo mismo que antes, había regresado al lugar de donde no habría querido irse, sentía el mismo anhelo por esa tierra. Pretendía disfrutarla mientras pudiera permanecer en el campo, porque entendía que no podría quedarse todo el tiempo que quisiera, ni abandonar la vida en Chicago. Habían quedado temas por resolver. Nadie abandonaba a la "familia" así porque sí. Sabía que Capone podía tolerar unas vacaciones, pero nunca una dimisión. Aún no debía pensar en eso ni preocuparse por la fecha de un regreso. Le había llevado un par de días hacer los trámites y cumplir ciertas diligencias en la ciudad. Sin dudas, las gestiones realizadas habían sido fructíferas. Le había dejado al administrador del hotel otras averiguaciones. De momento, con él podía quedarse tranquilo de que actuaría según lo que le indicara.

Guardó el automóvil en el viejo cobertizo que él había acondicionado quitando trastos sucios e inútiles. Pensaba no utilizar el auto por un tiempo hasta que debiera regresar a la ciudad. Al salir, Titán le movía la cola y se echaba a sus pies.

—Qué bien se te ve compañero —agregó al acariciarle la cabeza —, a tu dueña no le gustará esto —completó al enfilar hacia la casona.

Luego de la conversación en casa de Ángel había quedado claro que la traición para ella no era un tema que la preocupase. Con el recuerdo de las últimas horas en la ciudad con Eva, se dirigió hacia la propiedad. No tardó demasiado en llegar, cambiarse y escuchar la voz de Cleo que le ofrecía el almuerzo y le comentaba una serie de

cuestiones, para él, sin importancia.

—De momento no tengo apetito; quiero salir a dar una recorrida para aprovechar el día.

—Sí, señor, Luisito ha estado aquí y cumplido con todas las indicaciones que usted le dejó.

—Ya hablaré con él.

—Si no me necesita…

—Haga lo que tenga que hacer. Por mí no es necesario que se quede.

Vio que la empleada dudó antes de retirarse de la sala.

—Disculpe que siga molestando, pero ¿sabe cuándo vendrá la señorita Eva aquí?

—Lo desconozco.

—Gracias.

—Aquí no tiene muchas obligaciones; en cambio, en la ciudad, sí.

—Lo sé, pero el señor Ángel puede cuidarse solo. Ella no puede estar siempre detrás de él. Es lo que yo le digo cada vez que puedo.

—No me refiero a su hermano, sino a su prometido.

—Ah, al señor Beltrán.

—Lo que menos me importa es hablar de los asuntos personales de la señorita Soria. Nos vemos luego.

Cleo se quedó de una pieza al ver la reacción del patrón. Era la misma cada vez que mencionaba a la señorita. La empleada le atribuía las contestaciones a su mal talante, aunque, por momentos, vislumbraba algo más que no podía descifrar. En ese instante, se acordó que debía decirle algo más, enfiló tras él, y luego se detuvo. No sería importante y, si lo era, que se jorobase. Estaba cansada de que el patrón la estuviese destratando todo el tiempo y no le importase nada de lo que ella le dijese. Salió de la casa y se fue hacia la cabaña de la señorita Eva. Allí se sentía a gusto y le dejaría todo listo para cuando

ella regresara.

En la recorrida, había controlado que se hubiesen reparado algunos alambrados que estaban cortados. Se debía cuidar no tanto en los cuadros internos, sino en los que lindaban con tierras ajenas. Según dos de los peones, le habían informado del robo de animales. Nunca se había podido comprobar hacia qué tierras habían ido. Tras el tiempo transcurrido, poco se podía hacer. Eva no había podido resolver el abigeato. Suponía que porque los hombres de los campos linderos se aprovechaban de la debilidad económica en la que se encontraba la estancia. A eso, habría que sumarle el recelo que les producía que fuera una mujer quien condujera el campo. Luca ya se había encargado de tomar las medidas necesarias. Buscaba que todos supieran qué él era el nuevo dueño. A pesar de todo, se notaba que Eva había hecho lo posible por sacar adelante las tierras y continuar con el legado de Soria. Le había llevado más de la cuenta recorrer parte de las tierras. El sol estaba cayendo. No lo abrumaba el frío que calaba hasta los huesos porque se había acostumbrado al clima de Chicago. Allí no había abrigo que pudiera calmar las bajas temperaturas. Encaró el regreso y, luego de dejar al caballo en el establo, se reunió con la peonada para dar algunas indicaciones. Quería volver a salir a primera hora del día siguiente y, para eso, necesitaba de algunos de ellos para arriar varios animales y cambiarlos de cuadro.

—Nos vemos mañana patrón.

—Hasta mañana.

A esa hora el hambre lo estaba consumiendo. Sin embargo, antes ingresó a la habitación: necesitaba de un baño. Luego salió para la cocina. En esa oportunidad, agradeció que Cleo hubiera dejado una fuente tapada con un paño. Debajo había un suculento guiso. Apenas lo calentó porque no daba más con el apetito que tenía. Nada mejor que una copa de whisky, después de una rica cena. Esa era la recompensa luego de una larga jornada de trabajo. Bajo el reflejo de la luna que entraba a borbotones por la ventana, se asomó hacia la galería con un cigarro. Vislumbró luces en la cabaña: supuso entonces que Eva habría regresado. No notó nada fuera de lugar en el establo, ella no habría tenido tiempo de ir hasta allí.

Salió a la galería y, apoyado sobre una de las columnas, contempló las tierras: esa inmensidad no dejaba de asombrarlo. Verlas

desde allí cambiaba la forma de entender los años anteriores, vividos al margen de todo. Un ruido lo quitó del ensimismamiento, lo puso en alerta. Palpó el cuchillo que tenía calzado por detrás de la cintura. La oscuridad no imposibilitó ver la imagen difusa de alguien que se acercaba hacia dónde estaba. Una persona de amplia contextura física con un caminar lento.

—Los rumores no dejaban de correr sobre la llegada del nuevo dueño a la estancia El Recuerdo.

Cada palabra se escabullía acompañada por el vapor del frío ambiental. Luca puso empeño en recordar esa voz. Había en él una cadencia familiar que, por mucho tiempo, había querido olvidar.

—No creía que un extranjero, que estuvo viviendo en el país del Norte, lograse manejar esta tierra. Nadie que no la conociese puede interesarse ni lograrlo. No es un campo fácil de llevar adelante. Cuando supe que había un nuevo propietario quise saber de él, entender qué tan bueno era para estar al frente de una estancia.

Luca acababa de asir el cuchillo mientras el perfil del rostro de quien se acercaba se recortaba en la difusa penumbra.

—¿Sabes de qué hablo verdad? —preguntó sin dejar de caminar, lo que lo hizo salir del círculo de oscuridad en el que estaba inmerso.

Por un momento, lo único que se escuchó fue el sonido de la noche irrumpiendo la pesadez del silencio sostenido entre ambos mientras se contemplaban.

—Desde que llegaste te estoy observando, viendo cómo te mueves y el modo en que te conduces. Por más que te ocultes bajo otro nombre sigues siendo reconocible a mis ojos y a la de cualquier otra persona que te haya conocido. No has logrado cambiar lo suficiente.

—Entonces…

—Ahora eres el señor Pesce, pero nunca dejarás de ser un hijo de puta. El inservible de Monti que mató al patrón. Recuerdas aquella noche, ¿verdad?

Los casi diez años transcurridos habían hecho mella en el rostro del capataz de Soria. Varias arrugas le cruzaban el rostro ajado por el

sol. Sin embargo mantenía la misma expresión dura que durante tanto tiempo Luca había temido. Aún palpitaba en el cuerpo el dolor de las golpizas dadas por Méndez, que disfrutaba de cumplir esas órdenes del patrón. No importaba si Luca había llevado a cabo la faena ordenada o si la hacía como correspondía, siempre había una excusa para el castigo, aunque esa situación cambió cuando creció y supo hacer frente a las injusticias recibidas. No importaba cuánto tiempo había pasado; él no se olvidaría la imagen del hombre que había salido a perseguirlo para encerrarlo.

—En verdad crees que te temo —lanzó Luca al arrojar la colilla del cigarro y dar unos pasos hasta dejar el resguardo de la galería—. No eres más que un hombre resentido porque te quedaste sin nada, cuando deseabas tener una parte de la estancia.

—Cállate.

—Lo haré cuando me plazca. Ahora estas son mis tierras, y yo soy quien manda. Si te gusta, bien; si no, también.

—¿A qué has venido?

—Ya lo sabes: a buscar lo que quería.

—¿Qué pasa si yo hablo y digo quién en verdad eres?

—Hazlo, pero no tienes el coraje. Con Soria muerto, no tienes el poder para hacer nada. Por eso abandonaste la estancia cuando él dejó de estar al frente. Te fuiste como una rata.

—Crees que me quedaría bajo el mando de una niña caprichosa. Me correspondía a mí ese lugar. Di mi vida por estas tierras, no merecía que nadie me apartara. Al menos, me debían reconocer una parte de la estancia, después de mis años de esfuerzo.

—Estoy seguro de que intentaste convencerla para que dejara todo en tus manos, ¿verdad?

—Y no quiso escucharme.

—Te preguntaste por qué Eva se liberó de ti, por qué te quería lejos —inquirió Luca.

—Tan lejos como para despedirme, pero no para asegurarse de que me fuera. He estado rondando durante todo este tiempo.

—Estás enfermo de resentimiento. Siempre ha sido así, por eso es que te descargabas conmigo cuando no podía defenderme.

—Y qué me dices de Soria.

—Que fue un hijo de puta como tú y que murió en su ley.

—Cállate. Él fue el único que supo valorar lo que le di a esta tierra.

—Y qué me dices de Eva.

—Nada bueno se puede esperar de una joven que estaba todo el día contigo. Yo era la voz de Soria aquí; en su ausencia, debía ser yo quien siguiera mandando. Conocía como nadie esta estancia. Solo dos meses le tomó a ella darme una patada y echarme de aquí.

Luca se sorprendió por los dichos de Méndez. No sabía que él hubiese estado tan poco tiempo al frente del campo. Aún no había hablado con Eva del tema. No había llegado el momento, aunque los tiempos se estaban acortando.

—Lo que no entiendo, y me lo sigo preguntando, es por qué te ha vendido las tierras.

—Deberías pregúntaselo a ella, no a mí. Yo ya pagué.

—No has pagado una mierda —dijo a pocos metros de distancia —; deberías estar pudriéndote en la cárcel.

—Pero estoy aquí gozando de mi libertad y de El Recuerdo.

—Soria nunca te quiso. No se equivocaba contigo. A él nunca lograste engañarlo.

—Yo no engañé a nadie, pero no me interesa seguir perdiendo el tiempo en esta charla.

—Mañana iré a la ciudad para denunciar quién eres. Verás cómo todo esto deja de ser tuyo.

—Hazlo, aunque creo que tendrás un gran problema.

—¿Cuál?

—He roto todos los lazos con lo que fui. Nadie sabe de mi

existencia, salvo Eva y Ángel. No creo que ninguno de los dos vaya a avalar tu denuncia.

—¿Qué sabes tú acerca de lo que sucedió luego de que mataras a Soria? Se había corrido la voz de que fuiste tú quien lo mató. No hubo nadie de estos alrededores que se quedara de brazos cruzados. Todos apoyaron la búsqueda que encabecé. No hubo lugar que no buscásemos para dar contigo. Estoy seguro de que estuve pisándote los talones y de que te salvaste por poco de no caer preso. Pero, como sabes, el tiempo siempre hace justicia. Eso es lo que sucederá contigo a partir de mañana.

Luca se acercó aún más para que no olvidase lo que iba a decirle.

—Si es así, ¿por qué puta razón Eva no me ha denunciado? No tienes idea lo que ha sido dejar atrás lo que fuiste alguna vez. No te imaginas lo que es cargar un asesinato en tus espaldas cuando eres joven. Menos puedes imaginarte lo que es no tener una vida, borrar mi pasado porque debí huir de todo. Si acaso logras imaginar algo de lo que te he dicho, ve a la policía y habla. Habla también con los hermanos Soria y diles que te acompañen. ¿En verdad crees que ellos quieren reabrir todo aquello? Entonces, ¿por qué no lo hicieron no bien pisé estas tierras?

—Eres una mierda y piensas que con dinero todo se cubre.

—La denuncia que quieres hacer no tiene asidero. Los únicos perjudicados son los hermanos Soria. ¿Crees en verdad que alguno de ellos accionaría contra mí?

—Si no lo hacen, es porque se han quedado en la calle.

—Te equivocas otra vez.

—Eres una mierda.

—No más que tú.

—Tu dinero no me asusta.

—No deberías estar asustado por eso, pero te aseguro que, si me conocieras, deberías temerme. No sabes en lo que me convertí.

El rostro de Méndez cambió de expresión. Se había preguntado, desde que supo que había vuelto, cómo se había convertido en alguien

poderoso ese joven que no tenía ni donde caerse muerto.

—No te creas impune. Si no es la policía, la que te dé tu merecido, será alguien que no va a reaccionar bien cuando sepa quién eres. Sagasti, entre ellos.

Una carcajada irrumpió la conversación.

—Ve y habla con él. Eso sí, vuelves a mostrar lo poco inteligente que siempre has sido.

—¿No me crees capaz?

—Claro que sí. Estoy esperando que lo hagas. Aunque, si fueras más inteligente, habrías intentado negociar conmigo tu silencio. Ahora soy yo el que cuenta con dinero y poder. Sagasti caerá en desgracia en cualquier momento.

—Recién llegaste y crees conocer todo, pero te equivocas.

—Si no quieres que te mande a echar y humillarte más de lo que estás, vete ahora de mis tierras.

—Volveré con la policía.

—Ni lo intentes porque serás hombre muerto. Esta vez, puedo asegurarte que no dudaré en matarte a ti o a quien se interponga en mi camino.

Luca lo vio irse y subirse al caballo. Se perdió en la noche. Sabía que volvería a verlo. Ya había preguntado a la peonada qué había sido del antiguo capataz. Se había enterado de que estaba en las malas. Aun así, el pobre diablo había ido a amedrentarlo. Sin embargo, y a pesar del tiempo transcurrido, no olvidaría nunca lo sucedido aquella lluviosa noche de hacía casi diez años. Cómo olvidarle si había sido el momento en que su vida había dado un cambio para siempre y lo había transformado en lo que era.

* * *

Luca, luego de la visita de Méndez, había mandado a la peonada

a controlar aún más los límites de la estancia. Estaba convencido de que nadie cambiada con el tiempo y de que el viejo no actuaría solo, sino con el acompañamiento de alguien más, alguien con poder. Por otro lado, ser el nuevo dueño lo había obligado a marcar ciertos límites y a ganarse algunos enemigos en la zona. Todo eso ayudaba Méndez que buscaría la manera de llegar a él sin importar el modo. Nadie más que Luca sabía cómo hacer inexpugnable una propiedad. Enfiló con el caballo hacia el establo para que descansara también del largo día que había tenido aquella jornada. Aún no se había cruzado con Eva, y eso auguraba una buena noticia. Tomó un cepillo para pasárselo una vez que le quitase el aparejo de monta.

—Patrón —apareció Luisito—, hay alguien que lo busca en la casona.

—¿Quién es?

—No lo sé; Cleo me dijo solo eso. No se preocupe que yo sigo con el animal.

—Está bien, gracias.

Antes de salir fue hasta la bomba y se tiró agua helada en el pelo y las manos. No venía mal una refrescada luego de una ardua jornada de trabajo. Enfiló hacia la propiedad y cuando entró se sorprendió de ver quién lo esperaba.

—Hola, Luca veo que estabas de recorrida.

—Así es. Si no te molesta que esté así, te ofrezco algo para beber.

—Claro que no me molesta.

Virginia se había ubicado en uno de los sillones de la sala frente al gran hogar que brindaba calor a semejante casa.

—Señor —dijo Cleo—, le traigo algo calentito.

—No gracias, tomaré un whisky, ¿Victoria?

—Sírveme lo que tomes.

—Puedes retirarte, Cleo. Gracias.

La empleada la miró con recelo sin poder creer la desfachatez de

esa mujer que había vuelto loca a Eva durante tantos años.

—Toma.

—Tenía ganas de verte y, además, de volver aquí.

—¿Has permanecido en la estancia en el último tiempo?

—No, pero me gusta disfrutar de estas tierras, aunque Eva me quitó esta posibilidad.

—Veo que ambas no congenian.

—No, nunca lo hemos logrado, más allá de todos les esfuerzos que he hecho para acercarme cuando me casé con su padre.

—Eso debe haber sido hace tiempo —le dijo a pesar de que sabía cómo habían sido las cosas.

—Así es. Él me brindó todo lo que yo necesitaba en aquel momento, pero su muerte hizo que perdiese lo poco que tenía. Lo que es peor: que me quitaran lo que me correspondía.

—¿Crees que Eva es responsable?

—En gran parte sí. Ella no es lo que parece; no te dejes engañar. Tras esa imagen inocente que tiene, se encuentra una mujer mezquina y sin corazón.

—¿Y has venido a advertirme?

—Sí, me sentí obligada. Mira, tú vienes de otro lugar y estás ajeno a todo lo que ha ocurrido aquí. No todo ha sido felicidad en esta familia.

—¿A qué te refieres?

—Tiempo atrás en esta misma propiedad ha habido una desgracia. Ellos dijeron al principio que fue un accidente, pero supe a los pocos días de boca del capataz de este lugar que alguien mató a mi marido. Nunca encontraron a ese mal nacido que lo asesinó.

—Supongo que, a su muerte, te debe haber dejado algo de dinero.

—Él era un hombre vital que no esperaba morir. Eso hizo que no

tomara los recaudos necesarios hacia mí, para que estuviera resguardada si él faltaba. Eva nunca quiso reconocerme algo de lo que en verdad me corresponde. Tampoco permitió que yo pudiera quedarme aquí. Había regalos y objetos que me pertenecían que aún están aquí.

—Comprendo lo que dices. Sin embargo, ¿qué puedo yo hacer por ti?

—Quizás hacerla entrar en razón acerca de cierto dinero que debería darme. Sé que has pagado una gran suma por estas tierras.

—Sí lo he hecho. Por otro lado, hasta donde sé, ella había contraído varias deudas y debía saldarlas.

—Quizá puedas hacerla entrar en razón.

—Yo —dijo al lanzarle una sonrisa—, no tengo ese poder. Además, recién nos conocemos.

—Puede ser. Aunque, al verlos juntos, no parece.

—¿No?

—Supongo que no debe ser fácil —murmuró de manera sugestiva —, no caer bajo tus encantos.

Luca se levantó para quitarle la copa y rellenarla; al hacerlo, se agachó para completar:

—No lo creas.

—Oh, perdón si interrumpo algo. Cleo me dijo que Victoria quería verme.

Luca se volteó para observarla. Allí estaba de nuevo esa mirada incierta y, a la vez, sugerente que Eva no podía descifrar. Ya no podía reconocer los pensamientos de él ni el modo en que se dirigía hacia ella. Lamentaba haber perdido todo aquello, en verdad creía que lo había perdido a él por completo. Luca se incorporó despacio como si nadie hubiese llegado, con absoluta parsimonia.

—Señoritas, es mejor que hablen entre ustedes. Yo tengo cuestiones que tratar.

—Gracias, Luca; has sido muy considerado en escucharme.

—Puedes quedarte esta noche aquí si lo deseas. Ya está oscureciendo y no creo que sea prudente que te largues a la ruta.

—No te imaginas lo que significa para mí volver a sentir y respirar en esta casa, que fue, por un tiempo, mi hogar.

—No seas hipócrita —lanzó Eva envuelta en llamas. Ya no sabía si le molestaba más la actitud de Virginia a quien detestaba desde hacía años o el modo condescendiente de Luca—. Esta casa nunca te perteneció.

—Ahora tampoco a ti, aunque te niegas a aceptarlo y te quedas aquí buscando las migajas que él pueda darte. Tienes la suerte de que no te conoce, porque, si no, estarías de patitas en la calle.

Hubo solo un instante en que Luca y Eva cruzaron una mirada. Ninguno supo si porque la joven viuda había acertado, o si, en verdad, continuaba existiendo una pizca de esa complicidad que había existido entre ambos.

—Las dejo.

Enfiló hacia la habitación para cambiarse luego del día de trabajo. Quería cenar tranquilo. En esa ocasión sería con la compañía de Virginia. Ya listo se dirigió hacia el escritorio. Debía ver unos documentos que había buscado en la ciudad. En medio de algunos gritos, escuchó el fuerte golpe de la puerta. Virginia se asomó al despacho envuelta en llanto.

—Es una perra. No valora lo que he hecho por ella. Para qué cree que he venido hasta aquí.

—¿Qué dices?

—Que encima que le cuento el estado de su hermano, ella lo toma a mal. Ya me tiene cansada.

—Ve a la cocina y dile a Cleo que te atienda. Yo tengo que hacer algo antes.

Mientras la vio alejarse en busca de la empleada salió al escuchar el sordo sonido del motor del automóvil de Eva.

—Qué haces saliendo en plena noche —le dijo asomado por la ventanilla.

—Déjame —dijo al borde del llanto por no poder arrancar su querida camioneta—; tengo irme a la ciudad.

—Bájate ya.

Luego de varias intentonas el motor rugió. Eva, sin que le importara que Luca estuviera apoyado sobre la puerta, arrancó. Él la vio perderse por la avenida de árboles.

—Mierda —blasfemó al enfilar hacia el cobertizo para salir con su coche.

No tardó demasiado en encontrar a Eva a la vera de la ruta y dentro del automóvil.

—Si por una puta vez me hicieras caso, no te pasaría todo esto —le dijo. Abrió la puerta de la camioneta—. Sal y ven conmigo.

—No pienso regresar a la estancia. Tengo a mi hermano internado y quiero verlo.

Luca se acercó a una corta distancia para agregar en su oído:

—Te dije que te bajes de aquí y te subas a mi coche.

Eva estaba con los cabellos rubios alborotados y con lágrimas en los ojos. Decidió bajar. Al menos no pasaría la noche en el camino a la ciudad, aunque le preocupaba mucho la salud de Ángel.

—Cómo sabías que me encontrarías.

—Aún no entiendo cómo llegaste hasta aquí. No sé qué le has hecho a tu coche, pero lo tienes destrozado. Esa camioneta no es un modelo antiguo para que este en ese estado. Deberías pensar en cambiarla si no quieres tener un verdadero accidente.

—¿Y lo dejaré aquí?

—Mañana alguien de la estancia vendrá a buscarlo.

Subió al auto de él.

—Luca, lo que me menos deseo es que me critiques el modo en

que conduzco y en que cuido mis pertenencias. ¿Qué haces aquí?

Él se mantuvo en silencio mientras Eva veía el paisaje pasar a la vera del camino, pero hacia el lado contrario de la estancia.

—¿Estás llevándome a la ciudad?

—¿Tú qué crees?

Las lágrimas comenzaron a caer sin control por el rostro de ella. Una serie de emociones afloraron en aquel momento. Eva, que siempre había intentado mantenerse con la cabeza despierta, ágil y fría para resolver un montón de situaciones, acababa de perder el control de sí. Por momentos necesitaba odiar a Luca para al fin olvidarse de él, pero, cuando lo estaba logrando, algo cambiaba y volvía a estar en el mismo punto de partida. Fijó la vista en la negrura del paisaje e intentó calmarse. No quería que la viese de ese modo. Creía que lo había logrado porque él parecía ausente de lo que a ella le pasaba.

—Temo que quedarás mal con tu invitada cuando veas que te fuiste de la estancia.

Luca hizo una mueca con la boca. Desde la visión de Eva, podía ser una incipiente sonrisa. De lo que si estaba segura era de que no tomaba en serio lo que ella había dicho.

—Puedo ver el interés que tú le provocas. Debes tener cuidado con ella, no es trigo limpio.

—Ahora quieras aleccionarme sobre cómo vincularme mujeres.

—No, solo te estoy advirtiendo.

—Ella me dijo lo mismo de ti.

—Al menos me conoces para saber si está equivocada. —Ante la falta de contestación volvió a arremeter—: Porque lo está.

—No lo sé, creía que te conocía, pero eso fue hace mucho tiempo.

—Sin embargo, hay cuestiones que no cambian.

—No estoy de acuerdo.

—Luca, deja de negar lo nuestro.

—Con qué sentido lo haces, ya te dije que no hay nada entre nosotros.

—Sabes qué —dijo al voltearse y contemplar el perfil recostado en la penumbra de ese habitáculo—, a veces creo que me lo dices una y otra vez para convencerte de que es así.

Él desvió la mirada de la ruta para enfocarlo en el rostro de ella. Otra vez no pudo descifrar lo que significaba ni lo que quería decirle. Luca se había transformado en un enigma.

—Cuando me advirtió de ti, le respondí que tenía razón, que sabía que eras peligrosa, que yo ya me había dado cuenta de eso.

—Ya basta. Haces cualquier cosa por congraciarte con una mujer, inclusive con ella.

—Puede que tengas razón.

—No me he equivocado.

—No. Hasta quizás ese sea el motivo por el que te estoy llevando a la ciudad.

Eva lo miró y negó con la cabeza. Si había buscado confundirla, lo había conseguido. Lo único claro que tenía en la mente era el fuerte sentimiento que él conservaba, aunque, también, sabía que existía un abismo que los separaría por siempre. Había algo que Eva necesitaba indagar. Sabía que, una vez que lo mencionase, el ambiente que entre ellos había se evaporaría, pero necesitaba hacerlo. No había dejado de pensar en ello durante parte de la mañana, desde que Cleo le había hablado.

—Luca hay algo que Cleo me comentó que no deja de preocuparme.

—¿A qué te refieres?

—A qué Méndez te ha estado buscando, pero ella no te lo ha dicho porque te teme.

—Hubiese sido bueno saberlo a tiempo, porque ayer por la noche vino a verme.

—¡Ay, por Dios! ¿Te ha reconocido?

—Sí.

—¿Qué les has dicho?

—La verdad.

—Luca, ¿qué les has dicho?

—Que vaya a denunciarme a la policía, que nadie le creería los cuentos de un viejo sobre un hecho que data de hace casi diez años. Y que sin tu apoyo ni el de Ángel no prosperaría.

—No debes incitarlo a que lo haga; se trata de un hombre resentido. No es la primera vez que ha venido a la estancia en busca de una porción de tierra para acallar todo lo sucedido.

—También me lo dijo.

—¿No temes que pueda hacer algo?

—No; aquí la única persona de temer soy yo Eva.

Ella no quiso indagar más, pero había una parte de la historia de Luca que ella no conocía, una que lo hacía decir esas frases intimidantes. Nunca le había contado cómo había hecho para escapar y llegar a Estados Unidos sin dinero. Tampoco le había mencionado a qué se dedicaba allí, ni cómo había hecho semejante fortuna. Tenía varias preguntas sin respuestas. Aunque nada dijera, sabía que había allí algo turbio que él no quería mencionar. A pesar de todo, podía intuir que nada habría sido fácil para él. Parecía estar bajo una simulada tranquilidad, pero lo notaba atento a todo. No le había temblado el pulso para amedrentar a Fabricio Conte. Había vislumbrado fiereza en su mirada y determinación para hacer lo que fuera necesario. Como en otras oportunidades, él mencionaba que debían temerle. Como si se hubiera convertido en otro hombre. En un hombre peligroso. Lejos estaba de asustarla la actitud de él. Luca podría decirle lo que fuera para ahuyentarla de su lado. Aún se debían una conversación sobre lo sucedido. Entendía que aquella charla sería el final en la débil relación que ambos tenían y que pendía de un hilo. En su interior, confluían una serie de sentimientos y sensaciones, pero nunca le tendría miedo, por más que él buscase amedrentarla. El cansancio del día y los nervios por lo sucedido se hacían notar. En

medio de los pensamientos que se entrecruzaron unos con otros, no pudo mantener los ojos abiertos.

Luca no había dejado de estar pendiente de ella. A pesar del día fatal que ella había tenido, se la veía calma y serena. El frío de la noche se hacía sentir, aunque Eva nunca se había quejado de eso. Era una mujer que estaba acostumbrada a vivir lejos de la comodidad de la ciudad y a resolver una serie de problemas sin contar con un hombre que lo hiciera por ella. Estiró el brazo hacia atrás para tomar el saco y se lo colocó por encima. Sabía que ella no lo diría, pero entendía que estaba muerta de frío. El resto del camino le sirvió para disfrutar de su imagen. De un modo simple, sin complicaciones, ni reproches o sed de venganza. Solo ella y él en medio del camino, como tantas otras veces habían estado cuando nada se interponía entre ellos. Él se dejó llevar por todo lo que sentía, por lo que, durante tanto tiempo, había evitado dejar salir.

El paisaje agreste corría al ritmo de una película con un final distinto al real. Dejó que esos pensamientos le alivianaran el espíritu hasta que vislumbró los alrededores de la ciudad. Era ahí donde la fantasía se derrumbó y volvió a la realidad. Miró a Eva. Entendió el motivo por el que él había regresado. Nada de lo que Luca había debido atravesar debía ser en vano. No tardó demasiado en alcanzar el hospital que Eva le había indicado, antes de quedarse dormida. Se detuvo al estacionar. Al fin había llegado, y la ilusión por algo distinto entre los dos se había evaporado.

Los dedos de él rozaron la mejilla de Eva. Un breve temblor le atravesó el cuerpo cuando se despertó bajo la mirada verdosa de él que la desnudaba por completo.

—Hemos llegado.

Se incorporó de inmediato con los dedos aferrados a las solapas del abrigo. Notó el saco que la envolvía, pero no lo mencionó. Observó a su alrededor las construcciones circundantes al centro de salud que conocía a la perfección. Ese era un lugar al que, lamentablemente, había concurrido en más de una ocasión.

—No te imaginas lo que te agradezco lo que has hecho. Supongo que te irás.

—Así es. Será tu prometido quien te acompañe con tu hermano.

—¿Beltrán? Sí, claro, por supuesto —comentó dubitativa—; le avisaré. Gracias otra vez.

Eva se acercó para besarlo en la mejilla y salió del automóvil. Luca arrancó y salió en busca de algo para beber. Un fuerte café le vendría bien para despejar su mente y ver cómo seguiría todo. Debió detenerse porque notó que ella se había olvidado el bolso.

—Mierda.

Regresó a la espera de que ella se hubiera dado cuenta, pero se había perdido en los largos pasillos del hospital. Debió preguntar para orientarse hacia dónde dirigirse. Ingresó a una sala común con una serie de camas ubicadas a lo largo del salón. Creía que vería a Eva no bien entrara, pero no fue así. El nosocomio contaba con otras salas con esas características junto a otras habitaciones individuales que completaban la capacidad edilicia. Suponía que Ángel accedería a ese privilegio. A mitad de camino de la sala, supo que allí no encontraría lo que buscaba. Se volteó y antes de alcanzar la puerta de salida se detuvo frente a un enfermo. Él no se olvidaría de ese rostro. Notó que el paciente lo miraba como si lo reconociera. Nunca se habría imaginado que lo encontraría allí. Minutos después escuchó la débil voz del enfermo.

—Luca.

De inmediato, el tiempo transcurrido desapareció y todo volvió a empezar.

Capítulo once

Con su blanca palidez

Desde la puerta de ingreso al pabellón, Eva oteó la larga fila de camas de los internados allí. No importaba cuántos eran, ni las mascarillas o intubaciones que pudiesen tener. Ella identificaría a su hermano en todo lugar y bajo cualquier circunstancia. Enfiló hacia una de las últimas camas ubicadas al fondo del recinto. Las enfermeras no se habían lanzado a realizar las recorridas de rigor, ya que faltaban unos minutos para que amaneciera. Se sentó en la única silla ubicada al lado de la cama. Tomó la mano de él entre las suyas. Necesitaba sentir que estaba vivo y que nada le pasaría. La blanca palidez del rostro de Ángel resaltaba más que otras veces. Con los ojos cerrados y unos cables colocados en el pecho parecía descansar ajeno a su alrededor. Recordaba las discusiones que ambos habían mantenido a raíz del fuerte deseo de él por abandonar la estancia para instalarse en la ciudad. Ella estaba convencida de que el aire de campo le beneficiaría la salud. Había consultado en más de una oportunidad al doctor Echeverri sobre esta situación, pero el profesional le había indicado que era importante que él estuviese tranquilo, y parecía que la calma que necesitaba la había encontrado en la gran ciudad. Hasta donde ella sabía, Ángel no había sufrido ningún altercado que pudiera hacerle vivir esa situación. Y era eso lo que más la angustiaba. Saber que en cualquier momento, sin causa aparente, podía sucederle un episodio de la enfermedad. Con los dedos se quitó el rosario que pendía de su pecho. La había acompañado desde la primera vez que él había sufrido una descompensación por la enfermedad. En esta oportunidad, como en aquella vez, ella estaba sola. Acarició con las yemas del dedo al cristo de plata y rogó que Ángel estuviera bien.

La enfermedad de su hermano modeló la vida de ambos: Ángel fue despreciado por un padre que solo buscaba un heredero en su hijo; Eva casi sin saber por qué asumió ese lugar como una forma de apaciguar la furia de don Soria. El trabajo era duro, pero la libertad que sentía cada vez que salía de recorrida con su caballo le permitía

liberar su espíritu indómito. En cada cabalgata, ella podía dejar a un costado las preocupaciones por Ángel y disfrutar de lo que le brindaba el salvaje paisaje. Junto a Luca había aprendido todo lo que no debía hacerse. Él había sido el compañero de varias travesuras. Debía reconocer que, en más de una ocasión, Luca se negaba a ser su cómplice, no por las consecuencias que ello acarrearía, sino para protegerla. A Eva le molestaba porque sabía que él no se detenía frente a nada. Admiraba eso de él. Fue así que se enamoró de las tierras y de todo lo relacionado con El Recuerdo, en especial de Luca. El leve sonido de unas pisadas la arrancó de sus pensamientos. Una enfermera se situó en los pies de la cama para tomar nota y comprobar las indicaciones médicas.

—¿Cómo sigue?

—Está estable, pero ya vendrá el doctor y podrá hablar con él. No la he visto ayer por aquí.

—No, vine no bien supe de su estado. Estoy viviendo en el campo.

Fue en ese instante que creyó que la decisión de hacerlo era equivocada. No estaría mal que abandonase la estancia de manera definitiva en pos de cuidar a Ángel. No sería la primera vez que lo haría, ni la última en que pospondría su felicidad en favor de él.

—Quédese tranquila. Por suerte vino alguien que se hizo cargo de él. Mire.

La enfermera señaló la presencia del médico al ingresar al pabellón. Lo vio acercarse con paso firme hacia allí.

—Eva, ¿cómo está? —la saludó estrechándole la mano.

—Preocupada.

—Debe quedarse tranquila, ahora volveré a revisarlo y podré comentarle algo nuevo.

—Lo esperaré en el pasillo.

—Mejor así.

Se retiró cuando vio al profesional que le apoyaba el estetoscopio que pendía sobre el ambo blanco en el desnudo pecho de Ángel.

—Querida, al fin te encuentro, ¿cómo está tu hermano?

Eva se dejó envolver en los brazos de Beltrán. Cuánto necesitaba del consuelo de alguien más. La soledad había sido su compañera desde la muerte de Soria.

—¿Tú lo trajiste?

—Sí, la enfermera me dijo que, si no hubiese sido por la rápida reacción que tuve al traerlo, no sabe qué hubiese ocurrido.

—Gracias, ¿sabes que le ocurrió y cómo fue qué sucedió?

—No, solo fui a su despacho por la tarde y vi que no se sentía bien. Se resistió a venir hasta aquí, pero yo me impuse. Sabes que velo por él cuando tú no estás.

—Lo sé.

Era en esos momentos cuando ella dejaba de cuestionarse lo que sentía por Beltrán. La había ayudado en algunos momentos; en especial, con su hermano. Por eso estaba infinitamente agradecida.

—¿Te ha dicho algo el médico?

—No, debo aguardar aquí hasta que lo revise.

—Mi amor, deberías beber algo caliente.

—Luego de que el médico hable conmigo, yo… —comentó y se quedó callada de golpe.

—¿Qué sucede?

—Mi bolso; no lo tengo.

—Lo habrás dejado en la camioneta.

—Fue en el coche de Luca que lo dejé.

Ese viaje había comenzado del peor modo, pero había cambiado a lo largo del trayecto y en el mismo instante en que se despidió de Luca.

—¿Viniste con él?

—Sí.

—Creí que se quedaría con Virginia.

—Pero no entiendo, ¿ella te dijo que iría a verme?

—En verdad pasó por el estudio para saludar y preguntar si necesitaba enviarte algún mensaje. Me comentó que iría a visitar a Pesce. —Eva no logró ocultar la sorpresa—. No debería extrañarte, creo que se han visto y quedaba una visita pendiente. Además, le pedí a ella que te avise lo sucedido con Ángel.

Eva asintió sin poder reaccionar como le hubiera gustado; al fin y al cabo, Virginia había obrado con ella del mejor modo. Al menos, se había apiadado de la salud de su hermano. No podía culparla por estar interesada en Luca.

—¿Cómo fue que Pesce te trajo hasta aquí?

—La camioneta se descompuso y él me ayudó.

—Pero mira qué diligente que es.

Beltrán no soportaba la presencia de Luca: le parecía un hombre altanero y que hacía alarde del poder que le brindaba el dinero. Pesce poseía de sobra lo que él había perdido y quería recuperar. En vez de poder valerse de Luca para recuperar una posición económica, Sagasti lo veía moverse como pez en el agua en los distintos acontecimientos sociales con gente de su clase. Ese recién llegado sin alcurnia ni pasado. Como si eso fuera poco, Pesce se inmiscuía en la relación con Eva; eso no iba a permitírselo. No cuando todo se estaba encaminando hacia la boda.

—Beltrán, por favor, lo que menos necesito en este momento es una discusión contigo.

—Tienes razón, eso lo solucionaré con él.

—Señorita Soria —intervino el profesional.

—Doctor, qué me puede decir.

A Beltrán lo alteraba que, en más de una ocasión, Eva lo ignorase. Haberse echo cargo de la estancia la había transformado en una mujer independiente. A Sagasti lo molestaba que ni siquiera lo

presentase frente al médico, que no buscase en él una mirada cómplice de preocupación por lo ocurrido. Parecía que ella sola podía con todo. Eso era algo que se había propuesto cambiar. Quería ser fundamental para ella, que lo necesitase en todo momento, para, de ese modo, asegurarse de que ella nunca lo abandonaría. Tenía varios motivos para estar a su lado, entre otros la administración del poco dinero que le quedaría luego de saldar la serie de deudas que había contraído.

—Soy Beltrán Sagasti, el prometido de la señorita Soria —se presentó molesto ante la actitud de Eva.

—Ángel está estable, aunque ahora le voy a hacer unos estudios para confirmar algunas cosas.

—Dígame, por favor, qué tiene, ¿se complicó su salud?

—Ingresó con un cuadro agudo, eso es lo que me llama la atención.

—¿Por qué?

—Con la medicación que debe tomar, no debería presentar estos episodios.

—Quizás se olvidó de tomarlas —inquirió Beltrán.

—Puede ser, pero debería saber que su salud depende de su comportamiento responsable.

—No se preocupe, yo me encargaré —retrucó Eva con énfasis.

—Ahora, vaya a descansar un poco, mientras lo sometemos a algunos estudios; luego, hablaré con usted.

—No se preocupe, doctor, que yo la llevaré a que tome algo para despejarla.

—Él tiene razón, va a tener algunos días para acompañar a su hermano.

—Gracias.

Al otro lado del edificio en uno de los pabellones de la institución se encontraba Luca.

—Muchacho creía que te había perdido el rastro.

—No creas que no te he buscado, pero no pude dar contigo. Recorrí el puerto de Nueva York para ver si estabas en algunos de los barcos que, cada tanto, venían con destino hacia Buenos Aires.

—Trabajé a bordo hasta hace poco, si bien estar al mando de la cocina de un barco no es tarea fácil, hubo algo que me alertó convenciéndome de abandonar el trabajo, y buscarme otro en un bar de la ciudad.

—Te refieres a la noticia del hundimiento de *Vestris* —afirmó.

—¿Estás al tanto?

—Claro que sí, temí que estuvieras a bordo. Pero en las noticias no te mencionaban.

Cómo olvidarse la conmoción que le había provocado la noticia que había leído en el diario.

—Iba a estar a bordo, pero, por alguna sabia jugada del destino, no lo estuve. Cuando escuché las noticias, supe que había llegado el momento de dejar todo a un lado y quedarme en tierra.

—Me alegro de que lo hayas decidido.

—A pesar de eso mira dónde me encuentras.

—Aún no me has dicho qué te ha sucedido.

—Señor —intervino la enfermera—, debería retirarse para hacerle al paciente los estudios de rutina.

—Muchacho, no debes preocuparte, esta dolencia la tengo desde hace tiempo.

—Si usted siguiera al pie de la letra lo que le indica el doctor no estaría en esta cama.

—¿A qué se refiere?

—Los riñones no le están funcionando bien. Y beber no es algo para recomendar en estos casos.

—Es ingrato negarle una copa a alguien —intervino Luca con una

mueca simpática a la enfermera.

—Es lo que yo le digo.

—Una copa sí, pero cuando se excede el problema vuelve a surgir.

—Señorita, la soledad no es una buena compañía, salvo cuando viene de la mano de una botella de alcohol.

Luca lo observaba. Antonio se mantenía bien, luego del tiempo transcurrido, salvo por varias arrugas nuevas que cruzaban el rostro curtido por el sol.

—Me voy, pero me quedaré por aquí. No te librarás de mí tan fácilmente.

—¿Hasta cuándo te quedarás en la ciudad?

—De eso hablaremos luego. No querrás que la señorita te aplique otra inyección como la que tiene en su mano.

—Vete ya.

Desde el otro lado del recinto había una pareja que se había detenido al descubrir que él estaba allí.

—Luca —lo llamó Eva.

Él notó que aún tenía entre las manos el bolso de ella. Caminó hacia ella sin enfocarse en Sagasti, que la acompañaba con una expresión adusta. Le divertía que fuera esa la reacción que él le provocaba a Beltrán.

—Aquí tienes, la dejaste olvidada. No te culpo si saliste dormida del coche.

—¿Dormida? —acusó Beltrán.

—Viajamos de noche, ¿o no le dijiste cómo se dieron los hechos?

—Luca…

—Parece que han congeniado muy bien, a pesar del poco tiempo que hace que se conocen.

—Eso parece —agregó Luca sin dejar de observar a Eva.

—Qué hacías aquí.

Beltrán no había dejado de observar el lugar en que lo había encontrado a Luca.

—Qué te importa lo que hago; deberías preocuparte un poco más por tu prometida y estar más atento a ella.

—Por favor, no he venido a ver cómo discuten, sino a acompañar a mi hermano.

—Que, si no hubiera sido por mí, no sé dónde estaría.

—Gracias otra vez.

—¿Qué le sucedió?

—Aún no lo saben, parece que no está reaccionando a la medicación; en realidad tendré que hablar con él, ya que no la habría tomado según las indicaciones médicas.

—¿Estaba contigo? —inquirió Luca.

—Por suerte que lo estaba y pude traerlo hacia aquí.

—Vamos, Beltrán, quiero tomar algo caliente.

Sagasti tomó por los hombros a Eva y se retiró de allí, no sin antes, echar una mirada hacia el pabellón del que había salido Luca.

* * *

La tarde caía sobre la ciudad, y Luca había decidido quedarse unos días allí. Tenía otro motivo para hacerlo. Luego de instalarse en el hotel Plaza, enfiló una vez más al hospital. Se dirigía hacia allí con una porción del menú que el chef tenía preparado para ese día. Esperaba que don Antonio disfrutase de la cena. Lo importante era que estuviese alejado del alcohol por un tiempo.

—Creía que no vendrías. Supongo que tienes cosas mejores que

hacer que acompañar a un viejo como yo.

—En eso tienes razón, pero me apiadé de ti y mira lo que te traje.

Los ojos del enfermo estaban alertas a que el personal médico no lo advirtiese y le quitase la alegría de comer algo rico. Desde que estaba allí, no salía de una dieta a base de verduras y pollo.

—No te preocupes, distribuí un poco a las enfermeras que están de ronda aquí. Por otro lado, nada de lo que te traje dañará tu dieta —replicó sonriente—; eso sí olvídate de una copa de alcohol.

—Esta vez me asusté. Por un tiempo no quiero ni olerlo.

—Me parece bien.

—Dime qué te ha traído hasta la ciudad.

—Es una historia larga.

—Que tiene el mismo lugar y motivo por el que huiste de aquí —aseveró antes de introducir un bocado de pasta en su boca.

—Sí, pero ya tendremos tiempo de hablar de eso.

—No tanto, la enfermera me dijo que esta semana al fin podré irme a mi casa.

—De eso quería conversar contigo, quiero hacerte una propuesta.

—Lamento decirte que no pienso subirme a otro barco. Ya he decido quedarme en tierra el tiempo que me quede.

—Los años no cambiaron tu mal humor, pero no me refiero a eso. Necesito de alguien de confianza para estar en el campo que adquirí.

—¿Has comprado una estancia?

—Sí.

—Al menos, no te ha ido mal en Estados Unidos.

—Así fue, además tuve varios años para sacar provecho en Chicago.

Un denso silencio se apoderó de aquel instante. El enfermo volvió

a comer otro bocado y luego agregó:

—Si buscas convencerme con este plato de comida, lo has logrado. Y no es fácil persuadirme por el estómago. ¿Estás seguro de la propuesta que me haces? Porque si es así, no pienso rechazarla.

—Si no lo estuviera, no te lo estaría proponiendo. No pienso quedarme muchos días en la ciudad. Ponte bien pronto así nos vamos a El Recuerdo.

Luca hizo caso omiso al brillo en los ojos de don Antonio.

—Con el tiempo, supe que eras un buen muchacho —completó al dejar a un costado la porción de pasta que le había llevado.

—Al final voy a creer que permanecer en el hospital te ha ablandado. Te dejo descansar. Verás que muy pronto vendrán días en los que extrañarás estar tirado en esta cama —replicó jocoso.

—Gracias, muchacho.

El eco de las pisadas de Luca al irse fue acompasando el adormecimiento de don Antonio. La algarabía que sentía inundó todo su cuerpo. Al fin dejaría a un lado la soledad que lo había acompañado por tanto tiempo.

* * *

En la noche, Eva no había deseado irse de al lado de su hermano. El lugar en que estaba no era cómodo, pero no le importaba. La silla de metal se había transformado en su único lugar de descanso. El médico junto a la enfermera de esa sección le habían insistido en que se fuera. No importaba lo que le dijeran, ella estaba decidida a quedarse. Beltrán también le había manifestado la conveniencia de que pasara la noche en el departamento. Ella se había negado e indicado a su prometido a que se fuera a su casa, ya que, al otro día, debía comenzar con las actividades en la oficina. Cuando Beltrán le había sugerido que comiese algo, ella había replicado que tenía no había tenido apetito. En ese instante, se había arrepentido de no haber comido. En medio de la penumbra del lugar, notó acerarse a alguien hasta ella.

—No puedo creer que no me hayas avisado de esto antes.

—Eloísa, ¿cómo te enteraste?

—Cómo crees que lo he hecho —dijo al acercársele y rodearla con un sentido abrazo.

Ella sí sabía lo que se sentía permanecer en la zozobra y la angustia entre aquellos muros hospitalarios. Lo había padecido con su padre en una enfermedad que ambas sabían muy bien que en cualquier momento podía desatarse.

—Te traje esto —susurró al ver descansar a Ángel.

La joven Ocampo le había llevado un abrigo y una bolsa de cuero con algunas prendas y artículos de higiene para la estadía en el hospital.

—Gracias.

—Imagino que no has comido.

—No.

—Es un buen momento para que lo hagamos juntas y salgamos de este lugar.

—No sé si debería hacerlo.

—Claro que sí —dijo al desviar la mirada hacia a Ángel que se encontraba dormido—; él necesita descansar.

Ángel aún no había recobrado el tinte en las mejillas. Continuaba con su blanca palidez. Aunque mantenía una expresión en el rostro relajada. Eso era importante porque significaba que estaba descansando.

—Tienes razón.

Eva se inclinó para besar la frente de su hermano y susurrarle que volvería pronto. El recorrido por los largos pasillos de la institución era llevadero cuando se hacía acompañada. Uno podía dejar de atraer malos pensamientos frente a la incertidumbre que significaba tener a alguien querido internado allí dentro. No bien alcanzó la puerta de ingreso, una fuerte ola de frío golpeó el rostro de

Eva.

—Parece que el clima ha empeorado —dijo al subirse las solapas del abrigo.

—Eva, así es en la ciudad, más en esta época del año. Crucemos: ya me fijé el sabroso menú que ofrecen.

Eva observó la fachada de bodegón del lugar. También notó que varios comensales estaban ubicados en las mesas del lugar: eso era un buen indicio sobre lo bien que se comía dentro. Ambas se ubicaron en una mesa detrás del amplio cristal de la ventana. Desde allí se podía ver la puerta del hospital.

—Nada mejor que compartir el puchero de ese lugar. La fama que ese negocio se ha ganado en la zona no ha sido en vano. ¿Una copa de vino?

—Por supuesto —agregó sonriente Eva.

—Vine no bien logré desocuparme.

—Gracias por venir. La verdad es que necesitaba un poco de aire, luego de estar encerrada en el hospital. No es tanto el tiempo que estás dentro, sino la pesadez que significa permanecer allí.

—Lo sé, por eso es que estoy aquí.

—Debo decir que Beltrán se ha comportado muy bien conmigo. Si no hubiese sido por él, Ángel no estaría ahora mejorando. Fue él quien lo trajo de inmediato hasta aquí. Ahora deberé agradecerle por haber ido a avisarte.

El mozo acababa de depositar ambos platos junto a las copas de vino.

—Qué rico aroma; y no lo digo solo porque tenga hambre.

—Pruébalo para comprobarlo.

—De verdad que estoy muy bien —dijo ante la insistencia de su amiga por que comiera—. Ahora cuéntame cómo andan tus cosas.

—Durante este último tiempo he tenido novedades.

—Respecto a tu trabajo, ¿verdad?

—Sí, al fin puedo hacer lo que me gusta.

—Me alegro mucho. Pero eso lo habíamos hablado la última vez, yo estaba segura de que así sería. Por más que la revista cambiase de dueño, no iba a perder a alguien como tú.

Eva notó que su amiga desplazaba el plato hacia a un costado, aún sin haberlo probado siquiera.

—¿Qué sucede?

—No todo es tan fácil.

—Tengo toda la noche para que me cuentes.

—No te imaginas lo que necesitaba una charla contigo.

—Aquí me tienes, comienza mientras le hago honor a este puchero.

—Todo comenzó en el primer día de trabajo en la redacción. Imagínate lo nerviosa que estaba al saber que el dueño quería entrevistarme. Lina, su secretaria, es un encanto, y parte de que esté allí, se lo debo a ella.

—Pero qué te ha hecho el nuevo propietario.

—Mi familia ha sufrido a causa de él. Te aseguro que no imaginé que, detrás del escritorio del despacho del nuevo dueño, me encontraría con el amante de mi madre. Sí, no me mires así, no estoy loca. Es él quien comanda la redacción, es periodista y tiene otro diario con un socio. De los detalles me he enterado por boca de su secretaria. Te aseguro que ella pareciera saber qué me provoca él, porque siempre está allí, aguardando para que no me desmorone.

—¿Le has dicho algo a ella?

—Eso jamás lo haré. No solo porque es un secreto familiar, sino porque es sacar a relucir la humillación de la que fuimos parte con mi padre.

—No le has contado a tu padre todo esto —afirmó.

—No he podido. Pero no hacerlo me da mucha culpa. Siento que lo estoy traicionando. A veces pienso cómo puedo compartir un espacio y trabajar para quién destruyó la familia que teníamos.

—De eso se encargó tu madre.

—En eso tienes razón, pero Paz contribuyó a que todo sucediera.

—De él supiste solo por los periódicos de hace unos años, ¿verdad?

—Así es.

—¿Cómo está ahora? ¿Cuál es el trato que te da?

—Si te refieres a su aspecto físico, parece que el tiempo se ha detenido. Calculo que debe llevarme no más de diez años. Él se comporta como si nada sucediera. A mí no se me ocurrió ni mencionarle el hecho. Me avergüenza que sepa quién soy.

—Nunca debes avergonzarte de lo que eres, ni por lo que has luchado.

—Gracias, Eva, aunque por momentos me confunde y es ahí donde no sé qué hacer ni cómo actuar con él.

—¿A qué te refieres?

—Tuvo un comportamiento extraño, hasta te diría inapropiado cuando me encontró una mañana en una confitería. No te imaginas cómo se puso; si no hubiera sido por Luca no sé qué hubiera sucedido.

—¿Qué hacía Luca contigo? —preguntó al dejar caer el tenedor en plato de loza.

—No te pongas así; fue solo un encuentro casual. Creía que te pondrías de mi lado con Luca, no del lado de Clemente.

—¿Qué quieres decirme?

—Nada, Eva, solo recordarte que el propietario de El Recuerdo es alguien muy atractivo y que ubicó de manera fulminante a Clemente.

—No sabía que estabas interesada en Luca.

—Aún no lo conozco, pero no te pongas así.

—¿Cómo?

—Posesiva cada vez que lo nombro.

—Pero si recién lo conozco.

—Eso es lo que me repito. Sin embargo, tengo la sensación de que se conocen de toda la vida cuando los veo junto. Disculpa, pero es lo que parece.

—Eloísa, por favor. Debes entender por el momento que estoy pasando. La preocupación por mi hermano y la falta de sueño me hacen decir algo que no quiero. No pretendo que tengas esa impresión: solo estoy sorprendida.

—Tienes razón, disculpa, yo también me altero cuando hablo de Clemente.

—Además, él puede ser la solución a tu problema con Paz.

—No lo sé, pero, de momento, necesito distraer mi mente del pasado familiar.

—¿Te pusiste a pensar que, quizás, él sepa quién eres?

—Lo pensé, pero no lo creo. Aunque no sé qué es mejor, porque, de no saberlo, deberé explicárselo si surge alguna situación complicada. Y no quisiera deber decirle quién soy.

—¿A qué situación te refieres?

—Por lo que sé, él ha llevado una vida licenciosa. Con mi madre lo ha hecho. Seducir a las mujeres debe ser algo innato en él.

—Crees que contigo desplegará sus dotes de seducción.

—Espero que no, aunque no lo sé.

Eloísa evitó comentarle algunos comportamientos que él había tenido con ella. No quería preocuparla por demás. Menos confesarle las sensaciones que él le provocaba, las que no podía permitirse.

—Al menos, en este momento, cuento con un gran hombre como Beltrán.

—Así es. Espero tener, en algún momento, la suerte que tienes

con él.

Eva lanzó una tenue sonrisa. Más allá de que Eloísa fuese su amiga, no podía confesarle el cúmulo de sensaciones y sentimientos que tenían enredado a su corazón desde el mismo momento en que Luca había regresado.

—Ojalá que así sea, aunque no creo que sea de la mano de Luca. No sé. Es una sensación que tengo. No creo que sea un hombre que pueda brindarte lo que necesitas.

—Lo tendré en cuenta, amiga.

El puchero había sido una excelente excusa para compartir parte de la noche entre confesiones y anécdotas que hicieron más ameno el transcurso de las horas en esa fría madrugada.

—Cuando pueda desembarazarme del trabajo, pasaré a verte —dijo envuelta en su abrazo con Eva.

—Gracias. No te preocupes. Significó mucho que puedas acompañarme esta noche.

—No debes agradecerme: es lo que las amigas hacemos cuando nos necesitamos.

Eva atravesó la puerta de ingreso del hospital. A esa hora había poco personal deambulando por los pasillos y adelantó los pasos hasta alcanzar el pabellón en que estaba su hermano. Con sorpresa vio que a su lado había una joven. En un principio creyó que esa muchacha se habría equivocado de enfermo. Pero le bastó unos pocos minutos para comprobar que la equivocada era ella. Los dedos de la joven sujetaban la mano de Ángel. Le acariciaba la frente. Se sobresaltó cuando se dio cuenta de que no estaba sola.

—Soy Eva, la hermana de Ángel.

—Hola, soy Mora.

Esa sería la muchacha de la que no le había querido contar Ángel. Aún no habían encendido las lámparas, pero, en medio de aquella penumbra, pudo vislumbrar lo guapa y bella que era.

—Agradezco que hayas pasado con él parte de la noche.

—No ha sido nada, pude ausentarme del trabajo. Quería verlo, pero debo irme. La enfermera dijo que muy pronto despertaría.

—Yo le diré que estuviste con él.

—Gracias.

Eva contempló la figura de la joven y el leve contoneo de las caderas al caminar. Sin lugar a dudas, se trataba de una mujer atractiva. Por el gesto que había tenido con su hermano, estaba interesada en él. Eso la llenó de alegría, porque entendía que él se merecía ser feliz de la mano de una mujer que lo comprendiera. En medio de sus pensamientos, para la felicidad de Eva, Ángel despertó y ella rompió en un llanto sordo.

—Eh, no debe ser para tanto —esgrimió con la voz pastosa.

—Tienes razón. Estaba preocupada por ti.

—Como siempre.

—Y así será. Dime cómo te sientes.

—Un poco fatigado, pero me encuentro bien. Eva deja de llorar por favor. No sueles ponerte así.

—Es que… —Las palabras se le habían trabado en la garganta; no podía confesarle que ella no soportaría que algo le pasara a él. Habían atravesado momentos difíciles y lo habían hecho juntos. Él no podía abandonarla—. Debe de ser que me estoy poniendo más grande y sentimental.

Eva no solía quebrarse, pero, en ese instante, no podía refrenar el cúmulo de sentimientos que afloraban sin parar. Desde hacía un tiempo que no lograba dominar lo que le sucedía; menos aún, lidiar con la débil salud de su hermano.

—Mora estuvo contigo parte de la noche.

—¿La conociste? ¿Qué te pareció?

—Es una joven muy guapa. Por lo que noto estás muy interesado en ella.

—Ese no sería el problema, ya que es evidente que lo es. Espero

que ella también lo esté.

—Claro que sí, mira en qué candidato te has transformado.

—Poca cosa. Qué podría ofrecerle.

—No quiero volver a escucharte decir esto —susurró inclinándose al oído—, más de una joven querría estar a tu lado —completó al secarse con los dedos las lágrimas de que no dejaban de caer.

Desde el otro lado del pabellón, había alguien que se había detenido a contemplar esa imagen. Una vez más esa unión inquebrantable entre los hermanos a él lo ofuscaba hasta lo más profundo. De inmediato, se preguntó lo que sería estar aunado bajo esa hermandad. Tener a alguien que lo quisiera con esa incondicionalidad. Luca y Eva lo habían tenido alguna vez. Ahora estaba resquebrajado, y no hacían nada por arreglarlo, como una casa vieja que solo se quiere vender sin reparar. Sin embargo, no podía estar indemne a lo que le sucedía. Aún conservaba un fuerte sentimiento por ella que intentaba callar y que, cada tanto, afloraba. No había vuelto solo para apropiarse de El Recuerdo, sino, también, para hacerle sentir que se había equivocado con él y que pagaría ese error. Luca volvió a observarla por última vez hasta que se dirigió por el largo pasillo para realizar una gestión en el hospital.

—Nadie puede negar que eres mi hermana con lo que me dices.

Eva se incorporó e intentó dejar atrás la angustia que tenía. Tan solo quería alentar a su hermano en la recuperación.

—Claro que se nota. Tal vez, para cambiar de tema, deberíamos conversar de lo sucedido.

—¿Con quién has hablado?

—Con el médico que te ha estado atendiendo. Si no hubiese sido por la eficaz intervención de Beltrán el episodio podría haberse complicado más.

—¿Él ha estado aquí?

—Por supuesto, me ha estado acompañando.

—Cómo te enteraste de que yo estaba aquí.

—Eso debo agradecerlo a la llegada de Virginia a la estancia. Sí, no me mires así, será una arpía, pero, en esta ocasión, ha obrado de buen modo.

—¿Y viajaste de noche?

—Lo intenté. Pero tuve problemas con la camioneta y debí dejarla a la vera del camino. Fue Luca quien me trajo.

Eva no necesitó que su hermano continuase indagando acerca del obrar de Luca. No pensaba reconocer lo que él significaba en su vida. Ya no. Por suerte, la aparición del médico irrumpió el hilo de la conversación.

—Parece que hoy hay buenas noticias.

—Eso espero doctor —agregó Ángel.

—Verte así es un excelente comienzo.

—Aún debo quedarme aquí.

—Así es, pero deja que te revise para ver cómo sigues.

Eva se retiró del lugar con una sonrisa en el rostro. Verlo de buen talante era el primer paso para su pronta recuperación. Entendía que la presencia de la joven que lo había visitado apresuraría la mejoría. Cuando vio que el profesional había finalizado, se acercó para escuchar el parte médico.

—Los índices están normales, pero ambos deben saber que se controlan con la medicación que le suministramos. De nada sirve hacerse los controles si no se completa con la medicina estipulada.

—Por supuesto, de eso hablaremos con Ángel.

—Fue solo un descuido no tomarla.

—No deberá volver suceder.

—Su hermana tiene razón. Para completar las buenas noticias, pueden recoger las pertenencias.

—¿Me voy? —estalló Ángel de alegría.

—No todavía, debes quedar en observación unos días más, pero

puedes mudarte a una habitación para ti solo. Allí usted —dijo al dirigirse a Eva—, estará más cómoda: hay una sillón más grande que esta silla.

—Gracias, doctor, pero no he sido yo quien solicitó el cambio.

—Son órdenes del hospital. Si no quiere que alguien de arriba se arrepienta, apresúrese.

De inmediato, Eva tomó las pertenecías de Ángel, al tiempo que una enfermera llegaba con una silla de ruedas para hacer el traslado de Ángel a una habitación en donde la privacidad sería completa.

* * *

Desde un sillón de la sala, controlaba el discurrir de las horas que daba el reloj de pie. No quería que se le pasara la cita que tenía concertada. Estaba ansioso por ir. Por mucha vuelta que le diese a la idea, Ocampo había decidido cuál sería el próximo paso a seguir. Las deudas habían alcanzado un punto sin retorno y debía recurrir a una solución rápida y eficaz si, en verdad, buscaba aliviar sus deudas. No quería perder lo poco que aún conservaba. Tampoco quería que Eloísa supiera cómo estaban las finanzas familiares. Aunque parecía estar tan abstraída en el trabajo y en el capricho por pertenecer a esa editorial, que estaba al margen de lo que ocurría con la familia Ocampo. Mientras estuviera con vida, él velaría de sus intereses y los de su hija. La posibilidad de recurrir a un banco la había descartado ya. Los últimos reclamos eran bancarios, ya que él había solicitado un préstamo que no había podido cubrir. Sabía de un lugar que tenía cierto prestigio al momento de entregar dinero con la rapidez que requería. Claro que los intereses que se cobraban eran usurarios, pero él no podía, en ese momento, detenerse a evaluar la situación. Por eso se vistió con su mejor gala, se colocó el sombrero y salió rumbo a la oficina ubicada en el centro de la ciudad. Sobre una de las avenidas más concurridas, se erigía un edificio de estilo francés. Subió hasta el tercer piso. Allí, una secretaria lo guio hasta la oficina de uno de los socios del lugar. Con el tiempo, esa firma se había hecho de prestigio por los préstamos que otorgaban. No cualquiera alcanzaba la categoría de cliente. Eran muy selectivos al momento de financiar el dinero.

—Buenas tardes, adelante. Soy Elvio Martínez.

—Un gusto —saludó al estrecharle la mano—. Soy Victorino Ocampo.

—Usted dirá en qué puedo serle útil.

Martínez hacía las veces de cara visible de ese negocio. Así como lo había combinado con su socio, Clemente Paz. La mala reputación que había surgido tiempo atrás lo marginaba al momento de entrevistarse con los tomadores de financiación. Nadie sabía que Clemente formaba parte del negocio. Por cómo les iba, no se veía desacertado.

La conversación con Martínez no había durado mucho tiempo, pero sí había sido lo suficientemente precisa para saber de cuánto dinero se hablaba.

—Me pondré en contacto con usted en unos días.

—Gracias, espero que sea lo antes posible.

—Es así como nos manejamos, aunque, como sabrá, debo evaluar los riesgos, ya que estamos hablando de una suma importante de dinero.

—Quedo a la espera, entonces.

—La secretaria lo acompañará a la salida.

Elvio se quedó analizando la situación de quien acababa de retirarse. Abrió una carpeta con los datos de otros clientes que tenían. Luego de analizar los datos, llegó a la conclusión de que sería un riesgo acceder a semejante préstamo. Si bien no siempre lo consultaba con su socio, en ese caso, lo haría. Él era muy conservador al tiempo de efectuar algunas operaciones comerciales. La balanza se equilibraba con la osadía de Clemente. Esperaría hasta reunirse con él para definir cuál sería el paso a seguir con Ocampo.

Capítulo doce

Destellos de un pasado

Luca no había dejado de realizar diligencias durante la jornada de ese día. Aún le quedaba algo pendiente, pero antes tomaría un trago en el salón comedor del hotel Plaza. Poco le quedaba de estadía en la ciudad. No había imaginado que extrañaría estar fuera de El Recuerdo. Mientras permanecía en Estados Unidos, creía que, una vez que hubiera terminado la transacción que tenía en mente, no toleraría quedarse por mucho tiempo en Argentina. Sin embargo, no había sido esto lo que le había ocurrido. Recordaba que, al arribar a la ciudad de Chicago, había creído que no se aclimataría con facilidad al ritmo de esa ciudad, luego de haber permanecido por años en el campo. Nada se parecía a esa nueva vida. Pero no fue así, ya que debió adaptarse de golpe al ritmo que marcaban los negocios. Había aprendido a agradecer cada día vivido en la ciudad del hampa a la que pertenecía. Quizás, ese fuera el motivo por el que disfrutaba permanecer en su estancia. Por momentos parecía que el tiempo no había transcurrido y que volvía a ser aquel joven que arreaba animales.

Sabía que la vida en El Recuerdo era un paréntesis en su vida, un respiro que trataría de extenderlo cuanto más pudiera. El regreso al campo había debido ser pospuesto con la necesidad de permanecer en la ciudad, ya que una serie de diligencias lo ataban aún allí. La salud de Antonio era una de ellas. Seguía de cerca su evolución que se mostraba muy favorable. Quedaba poco para el regreso. Tomó un sorbo de whisky y encendió un cigarro. Al levantar la vista vio a Paz que se acercaba a su mesa.

—Al fin, te encuentro.

—No sabía que me estabas buscando.

Luca levantó la mano para indicarle al camarero que sirviese otra copa de alcohol para el invitado. No le importaba qué quería, pero

había aprendido, con el tiempo, que una copa de whisky aflojaba cualquier discusión que pudiera surgir. Y nada bueno podía venir de la mano de un periodista, en especial de Clemente Paz.

—Gracias, una copa me vendrá bien.

—Dispara —lanzó Luca con sorna.

—Estoy elaborando una nota y me gustaría que seas parte de ella.

—Qué te hace suponer que yo aceptaré.

—Regresar a la tierra que te vio nacer con dinero y poder es un reporte interesante para cualquier periodista. Supongo que debes estar acostumbrado a esto.

—Te equivocas, nunca me llevé bien con los tuyos.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque siempre están buscando basura ajena.

—Si es así, no deberías preocuparte.

—Paz, ve al grano y dime qué buscas.

—Sé que has estado durante años en Nueva York y Chicago; quiero un reportaje sobre eso.

—No creo que mi vida allá te resulte interesante.

—Te equivocas, has vivido en la ciudad del hampa y del crimen por mucho tiempo, casi diez años, justo en la época en que ardía a raíz de la lucha de clanes mafiosos.

—Sería interesante que viajes hasta allí y hagas una crónica al respecto sobre lo que sucede.

—Nadie hace una fortuna de buenas a primeras. No me creo que te hayas ido de pequeño de aquí. He averiguado y no hay registro alguno de tu familia. Tengo olfato para juzgar a la gente y sé que no eres trigo limpio.

—Si quieres amedrentarme, busca otra manera porque no has logrado. Deberías hacer mejor tu trabajo.

—Pesce, no me desafíes.

—A ver si te queda claro. Me importa un rábano lo que escribas; mucho menos lo que pienses de mí. No han salido crónicas mías en los medios de Chicago, ¿sabes por qué? —dijo al inclinarse sobre la mesa y agregar—: Porque sé moverme en las sombras. Tendrás que poner mucho empeño para encontrar algo de mí.

—Lo haré.

—Hazlo. Eso sí, aquí cuento con alguien que no estará de acuerdo en nada de lo que digas. No le gustará que empañes mi buen nombre.

—¿A quién te refieres?

—A Eloísa Ocampo —completó con una tibia sonrisa en el rostro —. Es por ella que has venido y crees que, buscando la escoria de mi vida, lograrás alejarme de ella. Pregúntale qué piensa de mí y si está de acuerdo contigo en algo de lo que me dijiste.

—Con ella no te metas —siseó—. Veo que lo único que buscas es usarla para tener cierta prensa a favor. Una vez, más te equivocas.

—Mira, hasta ahora te he tenido paciencia, pero me cansé. Esta conversación se terminó. Lo último que te digo es que no creo que te estés comportando bien con ella. Aunque te entiendo, por tu pasado compartido con la familia Ocampo. —Clemente recibió un golpe que no esperaba. No imaginaba que Luca estuviera al tanto de eso—. Yo también tomo mis previsiones cuando sé que alguien está detrás de mí. Siempre hay trapos sucios que uno busca esconder. Te aseguro que nadie está exento de tenerlos. —Bebió de un sorbo el contenido que restaba en la copa y agregó—: Debo irme. Si quieres puedes tomar otra copa: la casa invita.

Luca se retiró del salón dejando a Paz con la certeza de que había encontrado el principio de lo que había ido a buscar. Su instinto periodista había dado en el blanco respecto a lo que pensaba de Pesce. Hacía pocos días había recibido un informe de un periodista deportivo de la ciudad de Chicago, quien había cubierto algunos acontecimientos deportivos de los que Luca había sido participe. Había averiguado con qué personas estaba vinculado, aunque, como había dicho Pesce, no había ninguna prueba concreta que lo pudiera relacionar con los negocios del hampa. Luca había sido sincero en eso. Durante su estadía en la ciudad del viento se había movido con sigilo

y actuado desde la penumbra. El dilema para Paz era si él estaba dispuesto a destruir a Pesce cuando el costo sería Eloísa. Conocía la respuesta. No necesitaba de tiempo para reflexionar sobre la importancia que había adquirido para él, desde tiempo atrás, Eloísa Ocampo: se había transformado en su nueva debilidad y haría lo que estuviera en sus manos para conquistarla.

* * *

El viento arremolinaba las hojas de los árboles en una noche cerrada y destemplada. A pesar de las inclemencias de ese día, el flujo de clientes en el burdel Mina no mermaba. Luca avanzó hasta la entrada principal donde aguardaba como un centinela el portero con quien había tenido un altercado la vez pasada. No supo si aún lo recordaba porque enseguida le franqueó la entrada. Los últimos años había frecuentado esos ambientes, los había administrado, incluso. Enfiló hacia la barra para tomar una copa. En el trayecto fue acompañada por una joven que no solo le ofreció algo para beber.

—Después —le dijo a la joven.

—Como quieras.

La muchacha se fue en busca de otro cliente y no tardó mucho tiempo en estar solo.

—Si buscas a Eva, no está aquí —dijo la dueña del burdel al acercársele.

—No es a ella a quién busco; sé dónde encontrarla.

—Si deseas la compañía de alguien en especial, solo dilo.

—Quería hablar contigo.

Mina le hizo una seña a un empleado para evitar ser molestada y lo invitó a conversar en su despacho.

—Trae la copa y vamos a hablar más tranquilos.

—Adelante.

Ambos se dirigieron hasta la oficina de Mina. El lugar continuaba con la recargada decoración del local. Las paredes estaban tapizadas de bordó con ribetes dorados. Un espejo ubicado a un costado del recinto brindaba mayor dimensión al espacio. Sobre una repisa de madera reposaban dos fotos con marco de madera. Luca no alcanzó a ver de quién se trataba. Una rápida inspección del lugar le dio la primera impresión de la dueña del lugar. Ella se ubicó detrás de un escritorio plagado de papeles desordenados. Sobre una mesa auxiliar reposaba un botellón de whisky con varias copas de cristal.

—Según veo, el negocio funciona bastante bien.

—Así es, aunque no siempre fue de este modo.

—¿Hace mucho tiempo que trabajas aquí?

—Sí, desde que abandoné mi tierra. No había mucha elección en el lugar de donde vengo. Con la pobreza que había en el sur de Italia, la única opción que tenía era abandonar todo aquello para buscar un futuro lejos de mi hogar. Y fue lo que sucedió. Aunque no ha sido tan fácil como uno cree. Desde lejos, uno piensa que todo será mejor, pero puedo asegurarte que no es así. A la distancia no te queda otra posibilidad que luchar por hacerte un lugar en la ciudad a la que arribaste. Buenos Aires no es una plaza fácil para progresar cuando no cuentas con contactos o conocidos que puedan darte una mano. En definitiva, una hace lo que sea por sobrevivir. Yo hice lo impensado por subsistir.

—¿Cuándo conociste a mi madre?

Los orígenes italianos eran los mismos, pero no lograba ubicar a esa mujer en la vida de su familia, en especial en la de su madre.

—Nos vimos por primera vez en el barco que nos trajo hasta aquí. Las condiciones en las que viajábamos eran las mismas. Imagínate lo que fue aquella travesía. Aunque éramos jóvenes y resistíamos cualquier adversidad.

—Puedo darme una idea.

Luca no iba a decirle que hacía un tiempo había huido en las mismas y miserables condiciones que ella le relataba. Eso sería poner al desnudo su verdad cosa que no haría frente a ella ni ante nadie. Pero quería saber cuánto ella sabía y el motivo de la amistad con su

madre. La inquietud por saber qué hacía Eva en ese lugar lo había llevado a saber algo más de Stella. Diez años de ausencia era tiempo suficiente para desconocer ciertas cuestiones. Le intrigaba Mina porque intuía que no podía confiar en esa mujer. Por más que él nunca lo admitiese, aún buscaba proteger a Eva.

—Esa circunstancia nos unió.

—¿Cuánto?

—No entiendo a qué te refieres.

—No recuerdo haberte visto con mi madre en el campo, ni que te hubiese mencionado mientras vivíamos juntos.

—Entiendo —replicó al beber un profundo trago de alcohol, sin dejar de observarlo—; la vida nos separó: ella se instaló en la estancia, y yo me quedé en la ciudad.

—Entonces, comenzaste a vivir del burdel.

—Hubo un tiempo que trabajé aquí.

Por más que ella hubiese dedicado toda su vida al burdel, guardaba, en un lugar de su memoria, la peor época vivida allí dentro. No todo había sido color de rosa. La había pasado mal hasta que al fin todo se había modificado. Haberse enamorado de Santos lo había cambiado todo.

—Luego todo cambió cuando me uní al dueño del lugar.

—Eso te dio un lugar especial.

—Sí. No debía trabajar para otros, solo lo ayudaba a él. Para mí fue la panacea estar a su lado.

Atrás quedaron los momentos difíciles vividos dentro de las paredes del burdel. Creía haber enterrado en un reducto de su memoria todo aquello, pero se equivocada. Con una copa de alcohol, todo volvía a surgir.

—¿Dónde está él?

—Me abandonó. Pero no es lo que tú crees. Él jamás dejaría este lugar: solo había un motivo para que renunciase a todo esto. La

muerte lo alcanzó sin explicación. Me costó mucho hacerme a la idea de su ausencia. Él lo era todo para mí. Cuidó de mí hasta el último aliento. Fue así como debí hacerme cargo del negocio. Te imaginas que conozco como nadie el modo en que funciona. —Ella esbozó una tenue sonrisa al evocar los últimos momentos compartidos con Santos. Él había luchado por no abandonarla, pero poco a poco sus fuerzas se debilitaron hasta que se fue—. Hubo dos pedidos que me hizo en su lecho de muerte: uno, que continuase con esto. Por un instante yo creí que lo mejor era venderlo. El negocio tenía un prestigio ganado y siempre había algún interesado para adquirirlo.

—Si estás dispuesta a venderlo, avísame.

—Por supuesto —dijo con una sonrisa—, pero decidí no desprenderme de él. Además para dirigir esto debes saber cómo hacerlo. Estoy segura de que lo harías muy bien.

El silencio que sobrevoló ese instante fue elocuente. Mina sabía que Luca hablaba más en los silencios que en lo que expresaba en palabras y reconocía cuándo alguien buscaba ocultar algo.

—Sí tomé la decisión de cambiarle el nombre y ponerle el mío. Eso era importante para mí. Quizá pueda parecerte algo insignificante, pero no para mí: al fin, podía tener algo propio, algo que me perteneciera. El segundo pedido aún no lo pude cumplir, aunque no pierdo la esperanza de hacerlo alguna vez.

—No es bueno quedarse con cuestiones pendientes.

Él lo sabía a la perfección. El último adiós con Stella había sido algo que lo había perseguido por mucho tiempo. Las palabras que había esperado de boca de su madre, tras lo sucedido la noche en que debió abandonar todo, las había leído en la lápida de su tumba. La vida que había llevado en Chicago y el dinero ganado nunca lograron alivianar el peso con el que había huido de El Recuerdo.

—Lo sé.

—Entonces, estos últimos años has estado con mi madre —afirmó.

—Sí, ambas quedamos solas. Quizás eso nos permitió reencontrarnos. Ella no lo pasó bien al quedarse sola; yo tampoco.

Él no podía imaginarlas juntas. Una dedicada a la noche envuelta en hombres, alcohol y sexo. La otra abocada a las tareas del campo, con carácter reservado y sin nada en común con ella salvo por un viaje compartido al arribar a la gran ciudad.

—¿Mi madre te ha visitado aquí?

—Alguna vez, pero es un lugar que no le gustaba. Esto no era para ella. Cuando podía, yo me ausentaba e iba a visitarla. Aún conservo en el recuerdo las largas conversaciones que mantuvimos. El nuestro fue un sentido reencuentro. Aunque no parezca, compartimos muchas cosas juntas.

—Y Eva qué tiene que ver contigo: tampoco es un lugar para ella.

—Siempre has estado unido a ella, ¿verdad?

Luca evitó contestar y se inclinó en el respaldo de la silla a la espera de que continuase con la respuesta.

—Eva es joven y con temperamento. Yo no permitiría que ella pasase un mal momento aquí dentro. Nunca ningún hombre ha logrado acercarse a ella. Sabe defenderse muy bien. Aunque en el último tiempo ha debido hacer frente a varias cuestiones. No es fácil dirigir a la peonada en la estancia y lidiar con los hombres que dirigen establecimientos cercanos. De todos modos, deberías preguntarle a ella por qué viene aquí. Yo puedo decirte que fui varias veces a la estancia y, del mismo modo en que Eva se acercó a Stella, lo hizo conmigo. No comprendo por qué te sorprende que tengamos una amistad. O tal vez me juzgas por mi profesión, por aquello en lo que me transformé, como si hubiera podido elegir.

Esa última frase lo golpeó más de la cuenta. Era lo que él decía en más de una ocasión sobre sí. Asintió sin ahondar más sobre el significado de esas palabras.

—Sé que no confías en mí —agregó Mina.

—No me pareces de fiar.

—Si es así, ¿por qué estás acá?

—Para saber que hay detrás de la relación tuya con Eva.

—Insisto: ¿por qué no se los preguntas a ella?

—Porque sé hasta dónde es capaz de contarme.

—Entonces, supones que yo te contaré algo más.

—Tienes razón —agregó al levantarse—, me equivoqué.

—Luca —lo llamó antes de que él tomase el picaporte de la puerta. Se detuvo y se dio vuelta para fijar la mirada en la mujer.

—Dime lo que tengas que decirme —replicó él desafiante.

—No, solo quería decirte que puedes venir cuando quieras.

Tras el golpe de la puerta al cerrase, Mina quedó sumida en sus pensamientos acompañada por una copa. No volvió a salir de su oficina hasta la madrugada, en la que intentó dormir, aunque le fue imposible.

* * *

Al fin había llegado el día en que Antonio podía irse. La buena noticia de tener un nuevo lugar para vivir, lejos de la ciudad, había hecho mella en los fuertes deseos por dejar el hospital.

—No sé qué le ha hecho o prometido, pero ha obrado de maravillas en la salud del paciente —agregó el médico que atendía a Antonio.

—Es un buen hombre, aunque cascarrabias. Merece algo mejor en esta vida.

—Lo sé. Me alegro de que se vaya y de que recuperemos otra vacante para quién lo necesita. Ahora vendrá la enfermera a darle las indicaciones. En líneas generales, debe llevar una vida sana, si lo cumple, tiene para largo.

—Gracias, doctor.

Para Pereyra ese día era una bendición, al fin podía abandonar ese lugar sin tener que dirigirse a la vetusta vivienda que habitaba desde hacía años. En el trayecto hasta su domicilio en compañía de

Luca, pensaba que la vida le daba una segunda oportunidad y que se aferraría a ella con todas sus fuerzas. Acababa de empacar los bártulos que se llevaría. No les tomó demasiado tiempo hacerlo y dejar atrás la ciudad. El paisaje campestre se abría camino hacia la estancia. Cuánto necesitaba don Antonio un cambio en su vida.

—Muchacho hay algo que no te dije. No quería empañar esto.

—Dime, ¿qué paso?

—Fue en el hospital, aunque intento dejar atrás todo aquello.

—Lárgalo.

—¿Recuerdas aquel día que estuviste visitándome y luego de un tiempo te fuiste? Fue mejor así porque con la medicación que recibía caía en un estado de ensoñación de inmediato. Fue en ese momento que un hombre se presentó para hacerme preguntas.

—Eran referidas a mí —afirmó Luca.

—Sí. Quería saber cómo nos conocimos.

—¿Qué le dijiste?

—No mucho, aunque exageré mi estado. No me gustó la expresión de ese hombre. No creo que busque saber de ti por algo bueno.

—¿Qué aspecto tenía?

La descripción cuadraba a la perfección con Sagasti. Luca estaba seguro de que buscaría sacar alguna información, por eso se había adelantado con la enfermera llevándoles algún obsequio para que estuviesen atentas por si algo inusual ocurría o si se presentaba alguien que nunca había visitado al enfermo. Lo que pudiera decir don Antonio en ese estado era muy poco. Además, se estaba cansando de Beltrán y esperaba cuánto antes enfrentarlo.

—No sé si estás metido en algún problema. Espero no haber complicado con lo poco que le dije.

—No te preocupes, desde que llegué aquí ese sujeto busca problemas. Ya lo solucionaré.

—Me alegro entonces. Cuéntame de tu campo.

El resto del viaje Luca le contó a su modo, y con varios baches en el relato, el modo en que se hizo de las tierras. Le relató la manera en que trabajaban y que estaba seguro de que, una vez que estuviera allí, no querría volver a la ciudad. Antonio no hizo exclamación alguna sobre la avenida de árboles que daba la bienvenida a El Recuerdo. Protegida de los curiosos y detrás de una amplia arboleda asomaba el casco de la estancia. De una planta y en forma de “T”, se extendía la propiedad. Varios maceteros con plantas adornaban la antigua puerta de madera que accedía a la casona de paredes blancas con postigos de madera protegiendo las ventanas que iluminaban el interior. Luca acababa de aparcar el automóvil a pocos metros del ingreso.

—¿Te has quedado mudo?

—Estoy sorprendido con lo poco que he visto. Muchacho te felicito, es un gran campo.

—Espera a verlo por completo.

Luca descendió del vehículo para quitar del baúl los bártulos de su huésped.

—¡Señor! ¡Al fin vino!

Como no podía ser de otro modo, el característico cotorreo de la empleada fue parte de la bienvenida junto a Titán que no dejaba de mover el rabo de alegría.

—Hola, Cleo, le presento Antonio, de ahora en más será mi asistente —dijo al agacharse para acariciar el lomo de animal y agregar—, parece que tu dueña te ha abandonado.

—Me preocupa mucho la señorita Eva, que no ha venido. ¿Cómo está su hermano?

—Cleo deja que me instale y luego te comentó lo que sé.

—Lo ayudo con el equipaje.

—No se preocupe, que de eso que yo me encargo —aclaró gentil Antonio.

Todos ingresaron a la propiedad. Mientras Luca le mostraba la

habitación en la que se alojaría el invitado, la empleada comenzó a apurar la comida para que estuviera todo listo para atenderlos.

—Luca, ya te lo he dicho varias veces, y volveré de decírtelo: gracias de verdad. Si bien cualquier otro lugar sería mejor que mi casa, esto ha colmado todas mis expectativas.

—Vamos, hombre, no es para tanto. Disfruta de este descanso mientras puedas —contestó con una sonrisa.

Poco después ambos estaban en la cocina de la casa para comer algo.

—Señor, quería decirle algo —comentó al acercársele.

—Cleo, puedes hablar sin problemas.

—Es sobre la señora Virginia.

—Con todo el ajetreo en la ciudad, me olvidé de que tenía una invitada —dijo irónico—. ¿Qué pasó?

—Se quedó muy ofuscada con su partida. Quería dormir en la habitación principal, pero yo no la dejé.

—Gracias, Cleo, hablaré con ella si vuelvo a verla.

—De eso estoy segura, porque al otro día lo esperó y, como usted no regresó, se fue de aquí muy ofuscada. Gritaba que no era modo de atenderla y que usted era un desconsiderado en salir en auxilio de la señorita Eva.

—Está bien, ya me encargaré de eso.

—Señor, no es justo lo que ella hace. Primero ha querido volver loca a la señorita Eva y ahora a usted. Ella no se merece nada. Usted no sabe cómo se comportó con esta familia.

—Basta de hablar de lo mismo. Ya entendí. Guarda tus opiniones para quien quiera escucharlas.

Ella se quedó con la boca abierta ante los dichos del patrón: ya no sabía qué hacer ni cómo tratarlo. Parecía que nada de lo que ella hiciera estaba bien para él.

—Si quieren les sirvo en el comedor —dijo al hablar en voz más baja.

—No en necesario. Estamos cómodos aquí.

—Espero que les guste lo que preparé —anunció al dejar la fuente de pastel de carne.

—¿Cómo lo ves, Antonio?

—Muy bien, aunque podría estar mejor —agregó al mirar a la empleada sin hacer otra alusión.

El plato que tenía entre las manos Cleo se deslizó por la pileta.

—Nunca tuve quejas sobre mí pastel de papas.

—Él no lo dice para que te pongas así: es solo un opinión.

—Lo sé señor, pero es fácil criticar cuando no se sabe cómo cocinar.

—Déjeme hacerlo mañana y veremos si sé algo de comida —agregó Antonio.

—Señor, sé lo que hago. Este es mi trabajo. Si no tiene problema, yo mañana me dedico a la casa y le dejo la cocina a su invitado —respondió desafiante.

—Trato hecho.

Ella continuó ordenando los cacharros que había ensuciado molesta por ese intruso que había puesto en duda sus quehaceres culinarios. No dejaba de hacer ruido con los utensilios que lavaba. No sabía si podría lidiar no solo con el patrón, sino también con el nuevo asistente. Ansiaba que cuánto antes llegase la señorita Eva para ver qué hacer allí.

La cena estuvo solo regada de anécdotas durante todo el tiempo en que no se habían visto. Luca había tomado el recaudo de no poner vino en la mesa. Si quería beber alcohol, lo haría cuando estuviese solo. Si bien estaba acostumbrado a dormirse a cualquier hora, esa día en particular estaba extenuado.

—Hoy estoy cansado, cualquier cosa que necesites pídesela a

Cleo.

Luca se fue de la cocina sin más. Dejó que Antonio y la empleada dirimieran sus cuestiones personales.

En los días siguientes, Luca se dio cuenta de que no se había equivocado con la incorporación de Antonio en la estancia. El aprecio que tenía por él no había sido el único motivo por el que lo había llevado allí. Si bien él nunca se olvidaría de la mano que aquel hombre le había dado a bordo, entendía que sería de utilidad en la campo. Pereyra sabía hacerse respetar entre la peonada y hacer cumplir las órdenes que él le dejaba. De a poco todo se iba encaminado.

Eva había regresado a la estancia, aún no la había visto, pero había notado luces en la cabaña la noche anterior. Entendía que ella se quedaría al cuidado de su hermano. Aunque a pesar de ella, Ángel no quería que se quedase cuidándolo. Luca había observado que el joven Soria ya tenía a alguien que cuidase de él. Eva no podía ir contra los deseos de su hermano, menos aún, cuándo descubriese quién era la joven de la que se había enamorado.

Había salido de la casona con las primeras luces del día. En la cabalgata, contemplaba sus tierras. Esa sensación de poderío no se igualaba con cualquier otro bien que pudiera poseer. Era esa posesión y no otro el que le brindaba la certeza de que el costo que había pagado por haber escapado se recompensaba al fin. Acababa de hacer una recorrida por uno de los cuadros destinados a la siembra cuando escuchó el disparo de un arma. Con el sonido de otra detonación, se orientó para dirigirse a la zona de dónde provenían los estallidos. Espoleó el caballo y hacia allí fue. En el trayecto, pensó que había cubierto las zonas linderas de la estancia para evitar alguna filtración o robo en la propiedad. El sector al que iba no lo había tenido en cuenta, porque no se utilizaba habitualmente por las características del terreno. Se trataba de un pequeño monte al que no era fácil acceder si no se conocía bien la propiedad. Atravesó una franja arbolada. En un pequeño claro, allí la vio. Había hecho una diana en uno de los árboles distante a dónde Eva se encontraba con un arma entre las manos. En ese instante, había intentado disparar, pero no había podido. Él dejó a un lado a Whisky y caminó hacia ella.

—¿Qué haces?

—Vete de aquí.

Luca desoyó los dichos y se acercó mientras ella mantenía el arma entre las manos temblorosas.

—No puedo —gimoteó.

—Te dije que me des el arma.

—No, quiero continuar; sé que puedo hacerlo.

Eva parecía estar alejada de aquel instante. Se encontraba aferrada al revolver sin poder siquiera gatillar el arma. Necesitaba darle a la diana, pero un temblor se había adueñado de su cuerpo y el pasado había regresado. A raíz de lo sucedido aquella noche nefasta, ella había tenido un arma en las manos. Más allá del tiempo transcurrido, había situaciones que no había superado. Solo ella sabía el infierno que había pasado. Cuando la culpa volvía a cubrirla, pensaba en el motivo por el que había obrado de aquella manera y todo volvía a su lugar. Él se acercó. Colocó una mano sobre la temblorosa de ella. No entendía como él podía hacer a un lado lo sucedido y estar allí junto a ella. Eso la desorientaba por completo. Por momentos, veía en él una mirada de triunfo, despecho y venganza; en otros, como ese, notaba que él volvía a ser el Luca del pasado. Ese pasado que él se obstinaba en borrar y ella en recordar.

—Debes apuntar con el arma y ver solo el objetivo. No pienses en nada más. Tienes que ser fría para disparar. Ninguna emoción tiene que cruzar tu mente, solo saber que de ti depende que el disparo salga con buena dirección —le susurraba al oído—. Esta es la posición correcta y lo sabes —le dijo al bajarle unos pocos centímetros la mano. Luego se retiró un poco para quedarse a su lado a la espera que ejecutara el tiro—. Ahora, ¡hazlo!

Ella se concentró, dejó a un lado todos los pensamientos que le rondaban en la cabeza. De a poco, el blanco fue su único objetivo. Cuando se sintió segura, disparó acertando a la diana. En el pasado, Luca le había enseñado cómo usar un arma. Tiempo atrás, él la había instruido sin el dominio ni la certeza con la que recién le había hablado. Ella tampoco era la misma. En ese momento, estaba llena de temores que no quería confesar. Menos a él.

—Ahora que disparaste, dime qué sucede.

—Nada; hacía tiempo que no practicaba.

—Vuelvo a preguntarte qué pasa.

Eva sabía que, si no le decía algo de lo sucedido, él no se iría de allí.

—Cuando regresé a la estancia lo hice de noche. Al entrar a la cabaña, encontré mis cosas revueltas.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no ese no es tu problema.

—Sí que lo es. Estas son mis tierras ahora. Todo lo que ocurra en ellas es mi problema. ¿Sabes quién pudo haber sido?

—No.

—¿Dejaron algo para intimidarte?

—No.

No podía decirle que había un papel con la palabra: “Traidora”. Sabía de dónde provenía esa amenaza, pero no podía complicar más a Luca. Ya lo había hecho una vez en su vida y había resultado fatal; no iba hacerlo de nuevo.

—No lo sabes, pero quieres practicar tiro para dispararle por si vuelve a aparecer—agregó sin creerle.

—No va a volver a aparecer. Hablaré con Virginia para que deje de inmiscuirse en mis asuntos.

—¿Virginia?

—Sí, ella se quedó cuando tuve que marcharme. Nadie sabe qué ha hecho mientras estuvo acá.

—¿Por qué supones que ha sido ella?

—La conozco lo suficiente como para creer que es ella.

—Eva, si lo deseas, sigue practicando. Cuando estés dispuesta a hablar de lo que realmente sucede, hazlo.

Sin creer lo que Eva había dicho, él se fue ofuscado de allí. Montó a caballo y salió disparado con rabia por no poder alejarse de ella

luego de lo sucedido. Por más que luchase por hacerlo, le era imposible.

* * *

La actividad del día mantuvo a Luca ocupado: pudo dejar a un lado lo ocurrido pocas horas antes. Nada mejor que darse un baño y quitarse las preocupaciones del día. Sin embargo, el baño no duró lo que a él le habría gustado por los fuertes golpes a la puerta.

—¿Qué sucede?

—Luca, hay un hombre furioso contigo —le dijo Antonio del otro lado de la puerta.

—¿Quién es?

—No me lo ha dicho, pero ha venido junto a la joven que se aloja al otro lado de la casona.

—Llévalos al escritorio.

Se tomó su tiempo para cambiarse y salir de la habitación. Cruzó la sala. Desde allí, podía escuchar una fuerte discusión.

—No voy a tolerar que te quedes un solo día más acá —dijo enfurecido Beltrán.

—Luca no tiene que ver con esto.

Lo único que le faltaba a Eva para terminar el día era a su prometido a los gritos y con un ataque feroz de celos contra Pesce. Necesitaba que Beltrán fuera el remanso que tanto deseaba. La cuestión de salud de Ángel la había devastado. La preocupación de aquellos días aún no se había ido. Luego debió afrontar lo sucedido en la cabaña y ahora la discusión con Beltrán. Creía que luego del altercado con su hermano para que se cuidara, ya que ella no podía hacerlo, instalarse en el campo le daría el sosiego que tanto esperaba. No imaginó la irrupción de Beltrán, en especial porque no había buscado verla demasiado los días que ella había estado en la ciudad.

—Dejas a tu hermano convaleciente en Buenos Aires para venir detrás de Pesce. Yo no he hecho otro cosa que asistirlo. Debes agradecerme el lugar que le conseguí…

—Baja la voz; esta no es mi casa.

—¡Justamente! No sé qué demonios sigues haciendo aquí. Yo arreglaré esa maldita cláusula del contrato. Creía que te importaba tu hermano, pero parece que este tipo tiene más peso para ti.

La puerta se abrió de golpe y los gritos se acallaron. Sagasti estaba fuera de sí.

—Qué haces en mi casa.

—He venido a decirte que estoy cansado de que te entrometas en mis cosas.

—Debo decirte que estás en mi propiedad.

—Un propiedad que ayudé que adquieras. Y por esa transacción no me has reconocido ni un solo peso.

—¿Qué dices Beltrán? —preguntó Eva.

—Ya te aclaré que no me parecía oportuno pasar por encima de tu prometida y desviar dinero a tu favor.

—Eva, no entiendes cómo se manejan los negocios en estos casos. No te dejes confundir por lo que él dice. No voy a tolerar que metas tus narices con mi gente. Hoy me dijo mi escribano que has estado haciendo preguntas amenazantes.

—Tienes razón; me alegro de que te lo haya dicho.

—¿A qué te refieres? —preguntó Eva desconcertada. Ninguno la miraba, solo continuaban la discusión como si ella no estuviera allí.

—No eres lo que dices. Sé que has venido por algo en particular y voy a averiguarlo.

—No tienes por dónde empezar —dijo con una tibia sonrisa—. Se te irá la vida antes de que conozcas algo de mí. Sé esconder lo que no quiero que se sepa, no como tú. Tengo toda la información de ti. Si intentas dar un primer paso en mi contra, voy a destruirte.

—Eres un engreído que se cree que puede manejar a los demás. Cuentas con dinero, pero no con influencias. Me valdré de mis contactos para que quedes afuera de todo. De los negocios a los que pretendes alcanzar desde que llegaste aquí. Entre ellos, veo que Eva está incluida.

—Vete de aquí. No quiero que vuelvas a pisar mis tierras.

—Querida, te lo advertí, este sujeto me dio mala espina desde el comienzo. Ahora entiendo que vino tras esta propiedad porque tú estabas dentro, como si te creyera un mueble más.

—Beltrán, basta, por favor.

—No pido dos veces las cosas. Te dije que te quiero fuera de mi propiedad ya.

—Eva, vamos.

Las palabras de Sagasti habían removido algo en su interior. Allí, en esa sala, estaba su pasado y su presente encarnado en los dos hombres que tenía frente a sí. Sabía qué era lo que le convenía y el motivo por el que estaba junto a Beltrán. Él le había prometido una vida juntos. Más allá de lo que acababa de escuchar de él, aun cuando suponía que para todo habría una explicación, sintió que estaba al borde de un precipicio y que debía saltar al vacío sin saber qué había debajo. Lo que era peor: sin importarle si saldría lastimada para siempre.

—Has escuchado a Luca, vete —dijo con frialdad.

Eva se sintió ajena, como si alguien más hubiera dicho las palabras que quería decir. Sin embargo, supo que había sido ella misma las que las había pronunciado con una claridad que no admitía réplica. No iba a arrepentirse. Quizás ahora podría estar más tranquila y pensar sobre lo que le sucedía. Esperaba que Beltrán pudiera entenderla más adelante, a pesar de saber que acababa de lanzar su futuro por la borda.

—Te vas arrepentir de haberlo elegido por sobre mí.

El fuerte golpe de la puerta no los inmutó. Luca no dejaba de observar a Eva que miraba hacia el piso, en silencio. Cuánto habría querido que Eva hubiese actuado de ese modo tiempo atrás. Caminó

hacia la mesa auxiliar y sirvió dos copas de whisky.

—Bebe —susurró al colocar la copa entre los dedos de ella.

Eva tomó un trago para aliviar el temblor que se había apoderado de ella. Logró dominar el huracán de sensaciones que, durante la discusión, la había arrasado. Se calmó y clavó la mirada en él. No podía dominar el fuerte sentimiento que por Luca aún sentía. No había sido lo mismo imaginar cómo sería estar frente a él, porque esa había sido una lejana posibilidad que había alimentado en sueños. Él parecía no ser consciente de lo que podía ocurrirle ante las amenazas vertidas por Sagasti. Sabía que su prometido se cobraría con creces el accionar de Luca.

—Deberías tener cuidado con Beltrán. Es un hombre que tiene influencias y conoce a personalidades importantes de la ciudad.

Luca le lanzó una sonrisa cómplice al escucharla.

—No sé cómo te tomas las cosas de ese modo, cómo no tienes temor por lo que pueda sucederte.

—Eva, te aseguro que, si él me conociese de verdad, sería a mí a quien debería temer.

—Luca.

—No tienes idea en lo que me convertí.

Aún le era difícil a ella descorrer la imagen que había tenido de él. Si bien notaba que había cambiado; por momentos, ella podía comprobar que algo quedaba del Luca que había conocido.

—Creo que, en el fondo, hasta donde vi, no has cambiado tanto.

—Te equivocas.

Él dejó la copa sobre el escritorio y se acercó a ella. Le sacó el vaso de la mano. Con el pulgar recorrió el contorno de los labios que se abrieron ante el mero roce. Ella sentía sobre su piel la respiración pausada de él. Nunca antes habían estado tan cerca, no solo era la distancia física la que los acercaba, sino algo más que ninguno de los dos estaba en condiciones de confesar. Ambos habían caído bajo el influjo del otro. En ese instante, nada del pasado estaba presente. Solo existían ellos dos y las sensaciones que les provocaba saberse tan

próximos. Luca colocó ambas manos sobre la pared hasta arrinconarla. No percibió de ella alguna negativa por lo que haría, sino expectativa, ansias y deseos. Con la lengua, humedeció los finos labios de ella. Un fuerte temblor recorrió el cuerpo de Eva. Nunca antes, ella había experimentado algo similar. Luca podía sentir lo que sus caricias generaban en ella que se abrió para que él profundizara el beso. Saboreó y le recorrió la boca con desesperación. Acompañado de los gemidos lanzados por Eva. Él poseyó esa boca hasta hacerla suya. No le bastaba solo eso. El inalcanzable dique de contención que él había construido se iba desmoronando a medida que las caricias aumentaban y la pasión entre ambos se desataba. Una marea de pasión los envolvió, alejándolos de aquello que alguna vez, en ese lugar, los había separado.

—Te deseo —le ronroneó en el oído.

Eva se había aferrado a él y quería quedarse allí por siempre. Era como si nunca antes un hombre la hubiese besado o acariciado. Unos golpes a la puerta irrumpieron aquello. La voz de la empleada del otro lado preguntando por Eva rompió la magia que los había envuelto. Luca apoyó la frente en la de ella y las manos sobre la pared. La dejó aún encerrada entre sus brazos. Necesitaron de unos largos minutos para aquietar las respiraciones. Cuando clavó la mirada en el rostro de ella, notó las pupilas dilatadas, el latido de su corazón acelerado y los labios enrojecidos por los besos: todas señales de la pasión desatada minutos antes.

—Es mejor que me vaya.

Él respiró profundo y se apartó para dejarla pasar. Aunque ella se detuvo frente a la puerta antes de que alcanzara el picaporte.

—Ahora estás molesta por todo lo sucedido, cuando estés conmigo pretendo que solo pienses en mí —murmuró él sin dejar de desnudarla con la mirada.

Una vez más, tenía razón. Con la poca voluntad que le quedaba, ella agarró con fuerza la perilla y salió de allí bajo la atenta mirada de la empleada que no entendía qué había sucedido allí adentro. No se animó a entrar al despacho. Solo pudo ver de refilón cómo el patrón se servía otra copa de alcohol y prendía un cigarro.

Capítulo trece

Por un instante de magia

Con el discurrir de los días, los empleados se fueron adaptando al ritmo y al cambio que Paz buscaba darle a la redacción. No había muchos trabajadores en el piso, solo los suficientes. Él necesitaba que cada uno se volcase a su tarea; pretendía que, en esa publicación, se trabajase como en los grandes periódicos. Desde el despacho podía ver el ir y venir de la gente en pleno centro de la ciudad. La jornada para él había comenzado muy temprano. Aun cuando había transcurrido gran parte del día, tenía cuestiones pendientes que atender. Unos golpes a la puerta lo distrajeron de los pensamientos que tenía en ese instante. Se sorprendió al ver ingresar a su socio.

—Elvio, qué sorpresa; no te esperaba. Creía que habíamos quedado en vernos mañana en la oficina.

—Si quieres me voy y listo.

—Adelante, pasa. Me viene bien una distracción.

—No sé si justamente vengo para eso.

De inmediato, asomó Lina por el resquicio de la puerta.

—¿Toman un café?

—Por supuesto, gracias Lina.

—Yo ya le dije a ella que cuando quiera venir a trabajar conmigo es bienvenida —dijo al desviar la mirada hacia la empleada—. Creo que por ella rompería nuestra sociedad.

—Dejen de decir tonterías. El café lo traeré igual.

Clemente le guiñó un ojo a Lina antes de que se fuera.

—Te aseguro que no es broma, espero que valores a la mujer que te acompaña por tanto tiempo.

—No te imaginas cuánto.

Antes de comenzar la conversación lo puso sobre aviso sobre la marcha del periódico.

—Yendo un poco a lo nuestro, quería comentarte algo.

—Adelante.

—Disculpen, pero con esta bebida van a pensar mejor.

—Al menos no nos dormiremos.

—Los dejo trabajar.

—¿Qué sucedió?

—Antes quería saber si te sirvieron los datos que te pasé —afirmó.

Paz le había pedido a su socio que indagase algo más sobre Pesce. No le había contado el motivo, y Elvio creía que se trataría de una cuestión de índole comercial.

—Sí, la información que me has dado y la que he conseguido por mi cuenta ha sido suficiente.

—Y no vas a decirme el motivo.

—No es necesario, pero dime que no has venido hasta aquí solo para saber de este sujeto.

—No, solo que me acabo de acordar de tu encargo. Lo mío tiene que ver con un tema de la oficina.

—Qué sucedió.

—Sabes que no suelo preguntarte sobre los préstamos que otorgamos.

—De mi parte tienes carta franca para darlos, cuentas con mayor criterio comercial que yo en ese sentido.

—Justamente, estoy en duda si otorgarle uno a un nuevo cliente. No terminan de cerrarme las condiciones.

—Sé más claro.

—Este sujeto pide una suma de dinero bastante importante. Me preocupa que no cuente con un ingreso suficiente para afrontar los intereses que vamos a cobrarle, ni con otro respaldo que nos garantice que nosotros saldremos ganando. Por otra parte, el mercado bursátil está dando algunas señales que no me gustan.

Desde hacía tiempo, precisamente tres años, las acciones en la bolsa iban en un aumento desmedido. La economía en Estados Unidos, donde habían invertido parte de la cartera de acciones, auguraba fuertes ganancias. En la Argentina, las ganancias del mercado agropecuario sostenían la economía. Eso tenía un fuerte correlato, ya que Estados Unidos era una de los socios que el país tenía para colocar la mercadería producida en los campos. Sin embargo, Elvio era un estudioso del mercado y creía que en algún momento todo esto se quebraría. Eso lo inquietaba porque la sociedad comercial que lo unía a Clemente se dedicaba a otorgar préstamos a sus clientes para financiar emprendimientos agrícolas-ganaderos. Es decir, si el mercado estadounidense se deterioraba, así lo harían las exportaciones argentinas y aquellos a los que les habían otorgado el préstamos no tendrían capacidad de repago. Su instinto le decía que debía conducirse con sumo cuidado.

—No sé, quizás sea una sensación, pero yo me fio de los pálpitos.

—¿Por qué no lo denegaste sin más entonces?

—Por esto, lee el informe que te preparé. Creo que debes estar al tanto.

Elvio le desplazó una carpeta marrón para que leyera de quién se tratara. Notó la sorpresa de su socio cuando vio el apellido del nuevo cliente.

—Ocampo —mencionó.

—Así es. Si bien este tema lo hemos conversado solo una vez, tengo memoria y no sé si estamos hablando de la misma persona.

Claro que ese hombre había sido el esposo de su amante. Y lo que

era más importante: el padre de Eloísa. Leyó con suma atención el informe. Estaba en lo cierto de que no sería una buena idea realizar esa operación. Debía actuar con cautela y tomar una decisión conservadora al respecto.

—Elvio, si viniste hasta aquí es porque buscas mi opinión.

—Ya te lo dije.

—Entonces, espero que no cuestiones que lo que voy a decirte. Pero quiero que otorguemos ese préstamo.

—Estás loco y lo sabes.

—Te advertí que no me cuestionases. Si hubieses estado convencido no me habrías venido a ver.

—Nuestra sociedad sigue en pie, amén de nuestras diferencias, porque no llevamos cuestiones personales a los negocios. Creo que eso es lo que estás haciendo ahora.

Clemente no sabía cómo su socio podía leer bajo el agua. No tenía ni idea de la relación de Eloísa con la familia Ocampo. Había evitado contarle porque era algo que se guardaba para él.

—Noto que tu recomendación no es porque veas una veta comercial en todo esto. Es solo porque te has encaprichado con esa familia.

—No es así.

—Ha sido una equivocación venir hasta aquí. Como me has dicho, tomaré la decisión correcta al rechazar el crédito pedido.

—No vas hacerlo. Es más te daré un motivo para que no lo hagas, parte de la suma que no estés dispuesta a darle la sacaré yo de mi propio dinero.

—Pero estás más loco de lo que creía. Sabes que una de las condiciones que nos pusimos al momento de abrir el negocio fue no comprometer dinero propio porque eso conspira con los mecanismos crediticios. No voy a darte una clase sobre cómo funciona la empresa que montamos.

—Lo sé y no es necesario que estés gritando. Te estoy diciendo

que pondré solo una parte del dinero.

—No voy a permitir que hagas una locura sin una razón que lo avale.

—Si necesitas saber el motivo, es porque quiero que Ocampo me deba un favor. De ese modo estará atado a mí por un tiempo.

—No comprendo por qué quieres hacerlo. Si pretendes llevar a cabo la operación comercial, quiero saber el motivo por el que vas a involucrar a nuestro negocio en algo así.

—No tengo que darte explicaciones sobre lo que haré con parte de mi dinero.

—Ese dinero irá acompañado de otro tanto de nuestra sociedad, bajo la figura de nuestra empresa en la que tu apellido no aparece. Esto nos puede perjudicar en un futuro. Todo por lo que hemos luchado se puede venir abajo por un capricho tuyo.

—No es así; no entiendes.

—Explícate, porque, hasta donde sé, a esa familia no le has llevado más que dolores de cabeza.

—No pienso explicarte los pormenores, pero creo que encontré a la mujer que en verdad quiero.

—Claro, no podía ser de otro modo, una mujer de por medio en tu vida. Pero no crees que ya la has tenido y armado un lío descomunal. La mujer de Ocampo se ha ido de aquí, deberías darte por satisfecho en cuanto a esa familia. Si algo hizo mal ese hombre, ya lo pagó con la huida de su esposa.

—No me puedes responsabilizar por el abandono que ella hizo a su familia.

—Para ellos tú eres el factor que desencadenó todo.

—Lo sé. Cuando hablo de “una mujer”, no me refiero a ella. Quedó en el pasado y en un momento de mi vida muy especial. La relación que ambos mantuvimos fue pura diversión. Yo tenía otra edad, y ella buscaba eso.

—Qué vínculo tiene esta nueva mujer con la familia Ocampo.

—Habla más bajo por favor.

La mente de Elvio fue sistemáticamente hacia atrás evaluando el comportamiento de su socio. No tardó demasiado en recordar lo sucedido en la confitería semanas atrás. Lo había notado distinto y se lo había hecho saber.

—La joven Del Molino —afirmó—. ¿Qué tiene que ver ella con todo esto?

—Es una joven periodista, que trabaja aquí y que es la hija de Ocampo. Siempre trabajó aquí.

—Fue por ella que quisiste adquirir la revista.

—No. Quise hacerlo porque era un buen negocio. No puedes quejarte por el precio de compra.

—Aunque ella estaba dentro del inventario.

—No te atrevas —siseó al inclinarse por encima del escritorio para tener más cerca a su socio— a hablar de ella de esa forma.

—Mierda.

—Habré tenido una vida díscola, pero dejé de ser un inconsciente. No te arrasaría a una hecatombe comercial por un capricho. Por eso te propongo darte parte de mi dinero para llevar a cabo la operación con Ocampo.

Unos golpes a la puerta antecedieron a la aparición de Lina.

—No quiero interrumpir y veo que esta reunión va para largo. Aún está pendiente la reunión con Eloísa Ocampo, ¿qué le digo?

—Lina, yo ya me iré. Supongo que Clemente querrá seguir trabajando, ¿verdad?

—Por supuesto, dile que venga.

Paz se levantó para despedir a su socio estrechándole la mano.

—Gracias y verás que no estoy equivocado. ¿Tienes algo más para decirme?

—No, solo estoy esperando que ella entre.

—Vete ya —volvió a sisear cuando unos golpes a la puerta volvieron a irrumpir.

—Oh, disculpe —dijo al asomar Eloísa por la puerta—, creí que ya estaba desocupado.

—Lo estoy; el señor Martínez ya se iba.

—Buenas tardes —dijo Elvio al estrecharle la mano a la joven Ocampo—, un placer.

—Elvio, gracias otra vez.

—Si no fuera porque terminó nuestra reunión, creería que me estás echando.

La mirada fulminante que le lanzó Paz fue elocuente. Elvio volvió a mirar a la joven, luego a su socio y se retiró de la oficina.

—Siéntese —había vuelto a tratarla de usted. Por primera vez, no se sentía del todo seguro tuteándola, no le parecía que se había ganado ese derecho.

Él notaba que, como cada vez que ella se sentaba frente al escritorio, la joven colocaba las manos sobre la falda para aquietar el leve temblequeo de sus manos. En esa oportunidad apretaba entre ellas una carpeta de cartón. Estaba seguro de que allí tendría el trabajo que con tanto ahínco se había propuesto realizar.

—¿Ya finalizó con la tarea?

—Así es —dijo al apoyar la carpeta por sobre la mesa—, la extensión del texto es la pedida. Eso me permitió enfocarme solo en algunos, pero pocos frecuentes oficios llevados a cabo por mujeres como las hilanderas, sombrereras, aparadoras de calzados, sumados a el de las telefonistas. En otra publicación, voy a destacar las labores de cocina, bordado y clases de piano que tantas mujeres desde sus casas hacen e inclusive las que destinan su tiempo en obras benéficas o caritativas.

Eloísa observaba cómo Paz leía el texto mientras la escuchaba. La visión que tenía desde el otro lado de la mesa era la de un hombre enfocado en el trabajo, lejos de la de hombre de la noche que alguna vez supo tener. Tampoco sabía qué sería de su vida o si la había encauzado. No podía negar que con ella se había comportado de un

modo correcto. Salvo por algunos comentarios que quizás ella, ante la inexperiencia, habría malinterpretado.

—Me gusta lo que ha escrito.

—Gracias, pero estuve analizando el tema y creo que podríamos darle una versión más amplia que abarcase a la mujer en general.

—¿A qué se refiere?

Para Eloísa era difícil no dejarse intimidar por ese hombre. No solo se trataba sobre la atracción que por él sentía, había algo más. Quizás el respecto y la concentración de Paz cuando ella le hablaba la hicieran sentir reconocida en el oficio en el que intentaba abrirse camino. Cada tema que le llevaba y exponía captaba el absoluto interés de él. En ese instante, ella se daba cuenta de que el pasado, que alguna vez había unido a Clemente con su familia, quedaba a un lado.

—Eloísa —repitió con una sonrisa—, le estaba hablando.

—Oh, disculpe.

A Paz le habría gustado saber la causa del sonrojo en las mejillas de la joven y, por supuesto, ser el motivo de los pensamientos de ella. La experiencia que había cosechado con las mujeres le permitía darse cuenta que ella sentía algo diferente por él. Esperaba que el fuerte interés que tenía por la muchacha no lo confundiera.

—Le decía que analicé lo que dijo cuando llegó aquí, y creo que podríamos dar una visión más amplia sobre la actividad de la mujer. Me refiero a hacer mención, como en este caso, a oficios diferentes. En otro número, regresar a la actividad cotidiana en el hogar. De ese modo la acompañamos desde el lugar que esté. La iglesia se encarga de combatir a las doctrinas liberales y socialistas que defienden a la libertad y los derechos femeninos ganados. Esta revista podría aspirar a cubrir un lado y el otro. Entonces podríamos programar que en números futuros se realce la figura de Julieta Lanteri. —Eloísa hacía mención a una clara referente feminista y primera sufragista del país —. En otro, en cambio, hablar de las tiendas de modas para volver al siguiente con la publicación de las poesías de Alfonsina Storni. De ese modo, lograríamos sorprender a las lectoras. Yo sé que usted busca posicionar esta publicación sobre un sector de la población femenina específico, pero, de esta manera, lograríamos ganar a ambos bandos.

—Es un riesgo a tomar. Sabrá que en la vida conviene estar de un lado o de otro. Es bueno que los lectores se identifiquen con una publicación, porque saben que ahí encontraran lo que en verdad quieren.

—Lo sé y también lo pensé.

—Pero…

—Disculpen —anunció Lina al asomar por la puerta—, debo hacer una diligencia, pero vuelvo si quieres—dijo al dirigirse a la joven empleada— y no vamos juntas.

—Gracias, Lina, pero no lo creo necesario.

Ella no podía reconocer que se sentía segura yéndose con la secretaria del jefe para evitar cruzárselo.

—No te preocupes, Lina, yo me encargo, en todo caso, de acompañar a la señorita.

—No es necesario, gracias.

—¿De verdad? —retrucó la empleada.

—Lina, por favor, no soy un ogro. Insisto: si se hace tarde, yo la llevo a su casa. Ahora cumple con lo que tienes que hacer.

—Está bien —dijo no muy convencida.

Paz no dejó de contemplarla. Creía que el temor que podía provocarle podía deberse a que él era su jefe, aunque pudo ver algo más: contra eso debía luchar. Si bien ella era menor que Paz, tenía la edad suficiente para estar al tanto de todo lo sucedido tiempo atrás entre su madre y él.

—Respecto a lo que me estaba diciendo, le voy a dar un voto de confianza. Si vemos, que, a medida que se publican los artículos, persiste el interés lo haremos; en caso contrario, viramos a la idea original. Siempre hay tiempo de cambiar las cosas, ¿no lo cree?

Ella esperaba que así fuese, aunque no en todos los casos podía lograrse.

—Muchas gracias, es muy importante para mí su voto de

confianza.

—Eloísa, veo que pone empeño en el trabajo que hace.

—Me gusta mucho lo que hago.

—La entiendo a mí me sucede lo mismo.

—Antes de finalizar, quiero decirle que tengo el bosquejo de las siguientes publicaciones, por si desea verlas.

—Quiere decir que suponía que no iba a negarme.

—Estaba nerviosa, pero nunca perdí la esperanza.

—Me gusta —retrucó con una amplia sonrisa. Esos ojos negros, una vez más, volvían a eclipsarla—. Me gusta lo que dice. Nunca se deben perder las esperanzas sobre lo que uno desea fervientemente.

Ella no supo qué responder.

—Creo que por hoy está bien. Es hora de que nos retiremos —propuso Paz.

—Oh, sí, por supuesto.

—Espéreme que la llevo a su casa.

—No es necesario.

—No se discute con el jefe: quiero llevarla, así que busque sus cosas que nos vamos.

El gélido aire exterior le golpeó el rostro. No supo cómo él se dio cuenta, pero, de inmediato, le pasó su abrigo colocándoselo sobre los hombros, y tomándola por la espalda la condujo hasta la esquina que estaba estacionado el automóvil. No había sido el abrigo que Paz le había colocado lo que le había pintado las mejillas rosadas. Era él quién le provocaba esas emociones que nunca antes había sentido. Desde el asiento del acompañante veía ese perfil varonil. El cabello negro le llegaba por encima del cuello de la camisa blanca. Las largas pestañas negras realzaban más la intensidad del color de sus ojos. Algunas pocas líneas alrededor de los párpados, debidas al sol, lo hacían más encantador. Todo en él era varonil. Tanto la manera en que tomaba el volante como la forma de conducir.

—¿Ya está?

—¿Cómo?

—Si ya terminó. Espero que, después del análisis al que me ha sometido, crea que soy fiable para hacerla llegar sana y salva a su casa.

Eloísa volteó el rostro hacia el cristal de la ventana para evitar que él se diese cuenta de que las mejillas le ardían de la vergüenza. Parecía que Paz estaba un paso por delante de sus pensamientos.

—No lo dije para incomodarte. —Se lanzó otra vez al tuteo, al tiempo que desplazó la mano para envolver la de ella—. De verdad. Entiendo que todo esto sea nuevo para ti, pero iremos paso a paso.

Ella no quería preguntar a qué se refería. Acababa de tener una excelente reunión y no la tiraría por la borda ante las malas interpretaciones que podía hacer. Por otro lado y con las mujeres que había en la ciudad, él no repararía en ella. Había un motivo esencial para que no lo hiciera, ya no importaba si Paz sabía su identidad. Bastaba con que Eloísa lo supiera y respetara, de ese modo, el pasado familiar. Cómo si él hubiese interpretado la incomodidad, retiró la mano de la suya para colocarla sobre el volante.

—¿Es por acá?

Ella asintió confundida.

—Es la dirección que consta en tus papeles, al menos cuando estemos fuera de la oficina me gustaría que pudiéramos tratarnos de este modo, quitando el protocolar “usted”.

—Por supuesto.

—Te llevo unos años, pero no tantos —replicó jocoso ante la aturdida Eloísa.

—Aquí está bien —anunció al llegar a la esquina de la casa.

—Falta casi toda esta cuadra.

—Le digo que me deje aquí por el tránsito y para no complicarlo.

—“Complicarte” querrás decir —replicó sonriente—. Eloísa, lo

que menos eres es una complicación para mí.

Paz detuvo el automóvil y observó el nerviosismo de la joven. Estaba seguro de que no estaba habituada a salir con un hombre y que el acompañante la llevase a la casa.

—Nos vemos mañana.

Ella se aferró al bolso y se incorporó al dejar el abrigo de él sobre el asiento. Paz no la besó en la mejilla, ni la rozó con la mano, solo la miró de un modo tal que ella no se olvidaría que había sido él con quien había pasado las últimas horas del día. Antes de introducir la llave en la puerta de entrada se volteó y allí estaba él a la espera de que ingresara. Lo saludó con la mano en alto. Entró envuelta en una maraña de pensamientos y sensaciones que le recorrían el cuerpo cada vez que estaba con ese hombre.

—¿Quién te trajo?

—¡Papá! —exclamó al llevarse la cartera al pecho—. ¡Qué susto me has dado!

—Hija, estaba preocupado. Llegas más tarde que de costumbre.

—Me retrasé por el trabajo.

—Otra vez ese trabajo y la pérdida de tiempo que es. No me has contestado quién te trajo.

—Mi jefe.

—¿Ramírez?

—Sí, sí fue él —contestó al saber que lo había cruzado, en alguna oportunidad, en el parque y se lo había presentado a su padre. Se trataba de su antiguo jefe, y creía mejor que don Ocampo no supiera que trabajaba para el nuevo dueño.

—Pero es un hombre con familia. Recuerdo a su mujer y su hijo pequeño jugando en el parque cuando lo conocí.

—¿Pero qué tiene que ver eso?

—¿En verdad me lo preguntas? —dijo al levantar la voz—. No solo hay que serlo, sino parecerlo. No puedes ir en compañía de un

hombre casado en su automóvil y pasearte por la ciudad como si nada pasara. La gente habla. O necesitas que te recuerde el infierno que vivimos de la mano de la díscola de tu madre y de aquel inescrupuloso que la confundió.

—Basta, papá.

—¿Qué sucede? ¿No será que pretendes emularla?

Eloísa estalló en llanto. No era común que lo hiciera, pero, desde hacía un tiempo, su vida estaba patas para arriba, y, para peor, había perdido el control de sus emociones.

—Hija, di algo.

—Estoy cansada de llevar el peso de los errores de ella sobre mis hombros. No te abandonó a ti solo; a mí también. Puedo asegurarte que me dañó tanto o más que a ti. No necesito que me lo recuerdes en cada oportunidad que puedes. Ella se fue. Déjala dónde esté.

Fue lo último que ella dijo envuelta en llanto antes de enfilar hacia su cuarto donde se encerró. No quería volver a cruzarse con su padre durante el resto de la noche. Necesitaba estar sola para aquietar su corazón. Esa discusión acababa de destrozar el feliz momento que había tenido horas antes. Por más que ella intentase mirar a un costado; por más que supiera que su madre estaba lejos, la presencia materna en la casa estaba latente, habitaba allí dentro. En cada discusión, surgía el nombre de su madre y el recuerdo del comportamiento que había tenido. Ni siquiera el abandono y el tiempo transcurrido habían disminuido el hostil sentir de don Ocampo. El resentimiento, la desazón, la vergüenza y el rencor que Victorino sentía se habían acrecentado con el paso del tiempo. Lo habían hecho otro hombre. No quedaba en él una cuota de cariño ni de comprensión hacia su hija. Eloísa estaba aovillada y envuelta con una manta sobre un sillón del cuarto frente al cristal de la ventana. No recordaba cuándo había dejado de llorar ni el tiempo transcurrido. Solo sabía que se sentía seca. Aún conservaba en la mano las hojas de un diario de aquella época en que retrataban a su madre feliz en compañía de otros hombres, aunque había uno en especial. Con Paz parecía haber encontrado la felicidad que buscaba. La que le confesaba haber perdido. Fue en ese instante en que Eloísa se dio cuenta del disparatado error que iba a cometer con Clemente. No podía pensar en la remota posibilidad de sentir algo más por ese hombre que había arrasado con la felicidad de la familia. Con un

dedo, recorrió la imagen sepia del periódico. Se lo veía diferente y despreocupado, aunque tan buen mozo como lo estaba en el presente. Qué habría encontrado él en su madre aparte de la belleza y desfachatez. De manera inmediata, comenzó a visualizarlos a ambos y cuánto en común tendrían. Cuando los celos le atravesaron el cuerpo, supo que estaba por el camino equivocado, que no podría dedicar ni un segundo a pensar en él, que, si no lograba el cometido, debería tomar la decisión de dejar todo de lado porque nunca lograría ser feliz con la sombra del pasado persiguiéndola.

Por la mañana siguiente, Eloísa no se cruzó con su padre. Sí había escuchado los pasos de él a mitad de la madrugada. Como lo hacía desde un tiempo ya, había estado en el estudio ahogando los recuerdos en una botella de alcohol. Le llevaría parte de día recuperarse de ese estado. Cuando ella volviera, esperaba que todo regresase a la aparente normalidad que tenían desde que el hogar se había derrumbado. Sin dudas, el trabajo aliviaba las penas que ella acarreaba. Mantenerse informada y en actividad le permitía tener la cabeza ocupada y en otro lado. Nada de lo que vivía allí dentro la hacía recordar a los problemas familiares, ni siquiera Paz. Parecía que él hubiese sido testigo de sus pensamientos, porque se había mantenido al margen de cualquier comentario o situación que a ella pudiera confundirla. En la oficina, cada empleado trabajaba concentrado en sus cosas y fue así como, con el paso de los días, la rencilla familiar quedó atrás. De ese modo funcionaba con su padre en este último tiempo. Hacer de cuenta que nada había ocurrido era la manera que habían encontrado para sobrellevar la situación familiar. Ambos regresarían a una normalidad que duraría hasta una nueva discusión. Fue un día de esa semana, cuando Paz la citó en el despacho. Él no había estado a tiempo completo en la redacción. Eso le había permitido a ella quitárselo, aunque más no fuera en forma momentánea, de la cabeza.

—Hola, Eloísa, siéntate. Sé por Lina que todo marcha sobre rieles.

—Así es, quizás el tiempo transcurrido desde que tomó el negocio, nos permitió que nos acomodásemos para trabajar mejor. Estamos todos muy concentrados en el trabajo.

—Eso lo noté. Justamente de eso quería hablarte.

—¿Pasó algo? ¿Debo modificar algún artículo?

—Nada de eso. Si no estuviera de acuerdo con algo, te lo habría hecho saber.

Por más que fuese de un modo casual, él había vuelto a saltearse el usted. Si a él no le importaba a ella sí. Mantener la distancia se había vuelto importante para Eloísa.

—Entonces…

—Veo que estás cubierta con las publicaciones futuras, si no fuera de ese modo no te pediría ni restaría tiempo de tus ocupaciones.

—Puede hacerlo, usted es el dueño de todo esto.

—Lo sé, pero no es modo en que gusta conducirme con mi gente.

—Gracias. Justamente hoy me pidió Lina que la ayudara con temas administrativos porque tengo más tiempo libre.

—Me lo comentó, pero vales mucho para estar realizando las tareas que hacías antes que yo tomara el timón de esto.

—¿A qué se refiere?

Clemente apostaba a Eloísa porque notaba que existía en su interior un fuego, el de la profesión. Esperaba que, con el paso del tiempo, fuese él el motivo de esa pasión.

—Te garantizo que te daré las oportunidades que mereces para que logres lo que tanto deseas. Aquí te traje este ejemplar del diario; quiero que lo leas —dijo al entregárselo.

La Chicago Argentina

La presencia de Juan Galiffi en la ciudad de Rosario ha significado la instalación de la mafia en el país. Su llegada, tiempo atrás, había coincidido con el festejo del centenario de la Revolución de Mayo. De origen italiano, obtuvo la ciudadanía argentina gracias a los estrechos contactos con la política. El paso de los años le permitió afianzar sus lazos con la fuerza de seguridad para, de ese modo, actuar con mayor libertad en los oscuros negocios que manejaba. El rápido

ascenso de su fortuna no hubiese sido posible si no estuviese involucrado en turbias y mafiosas transacciones. El fácil dinero ganado, le ha permitido codearse con personalidades del poder. Sin embargo, su liderazgo se ha visto comprometido con la aparición de Francisco Morrone, que, bajo el apodo Alí Ben Amar de Sharpe, actúa con el fin de destronar al capo del hampa. Aún nada está dicho sobre el futuro del líder mafioso si se tiene en cuenta la aparición de su bella hija Ágata que, con tan solo veintidós años, ha demostrado que posee los dotes para integrar la organización de su padre.

A pesar de la diferencia en el volumen de las operaciones que se realizan aquí, se observan similitudes con el accionar mafioso en Estados Unidos. Allí, nadie ha podido destronar ni hacerle sombra a Capone en la ciudad de Chicago, ni a su negocios, conexiones políticas; mucho menos aún, a la fortuna que junto a sus secuaces ha sabido ganar construyendo un imperio del hampa.

La joven Ocampo se sorprendió con la lectura del artículo escrito por Paz. No entendía tampoco el motivo por el que se lo había dado.

—Supongo que ha tenido que investigar bastante para resumir en pocas líneas el proceder de esa gente.

—Por supuesto. Este es uno de una serie de artículos que se publicaron oportunamente.

—¿Ya se publicaron?

—Así es, hace tiempo atrás.

—Disculpe, pero no entiendo para que debí leerlo.

—En realidad, pretendo ponerte sobre aviso de ciertas cuestiones que quizás desconozcas.

—Puede ser que no esté al tanto de todo esto. Pero solo tengo que dedicarme a leer algunas crónicas al respecto. Podría viajar hasta la provincia de Santa Fe para tomar nota de cerca de lo que acontece allá.

—Eso no lo permitiría. No te pondría en una situación riesgosa.

—Entonces desconozco qué desea que haga.

—Eloísa, podría decirte que me gustaría ahondar un poco más sobre el tema en cuestión, hacer foco en la ciudad de Chicago. Como no es conveniente viajar para hacerlo, podrías ayudarme a profundizar una investigación que yo ya inicié aunque no puedo continuar. He llegado a un límite y no quiero faltar a la verdad porque no he podido investigar más.

Sí Paz había buscado tener la absoluta atención de la joven Ocampo, lo había logrado. Sus ojos estaban centrados en él y en lo que diría a continuación.

—Esta gente oculta sus actos. A veces, crees que una persona es respetable por lo que tiene o por el modo en que se comporta, pero detrás de todo eso hay alguien muy distinto que solo se preocupa por los negocios que puede hacer a costa de lo que fuere. Ese es el caso de Luca Pesce.

—¿Cómo dice?

—Él ha vivido en esa ciudad de Chicago por varios años.

Ver la confusión en el rostro de la joven lo molestaba más aún.

—Eso no lo hace partícipe de los actos que usted dice.

—No es un hombre de fiar; debes creerme.

—¿Por qué?

—Porque siempre he confiado en mí olfato periodístico; él no es trigo limpio. No hay registro de la historia que cuenta respecto a su familia aquí. Nada de lo que dice es creíble.

—Pues creo que con él se equivoca.

—Parece que lo conoces en profundidad —contestó molesto al inclinarse sobre el respaldo del sillón para observar con detenimiento el comportamiento de Eloísa.

—No sé a qué se refiere. Sí puedo decirle que, las veces que nos hemos visto, ha sido muy galante y correcto conmigo.

—Sí lo fue, no ha sido por lo buena persona que es, sino porque le interesas.

—No me gusta el curso de esta conversación.

—¿Por qué? Estamos hablando de un sujeto que podría estar metido con la mafia, con negocios oscuros y un pasado turbio. Sin embargo, me cuestionas a mí —siseó con énfasis—. No me gusta que ese sujeto esté cerca tuyo.

—¿Cómo dice?

Eloísa necesitaba tener claro las intenciones de Paz.

—Qué Pesce no me gusta. Ya te dije que no es trigo limpio. No tiene nada que ver contigo. Yo ya he hablado con él al respecto y sabe que estoy tras sus pasos. Por eso te quiero lejos de él.

De a poco, la confusión por los dichos de Paz se iba aclarando en su mente. No estaba equivocada entonces en su parecer, pero debía confirmarlo y esta era la oportunidad que tenía.

—¿Por qué le importa que esté cerca o lejos de Luca?

La tensión se acrecentó con el sonido de la silla al arrastrase en el piso cuando Paz se incorporó del asiento. Necesitaba estar cerca de ella, sentirla y que ella dejara de temerle. Nunca antes se había sentido tan atraído por una joven. Notó que ella se levantó del asiento también. Debía detenerla; a pesar de su experiencia, parecía que con Eloísa todo se iba por la borda.

—Quizá me haya apresurado un poco, pero quiero que sepas que no busco jugar contigo —dijo al tomarla por los hombros—. Mírame por favor.

—Entonces por qué se comporta de este modo.

—Porque me importas como nunca otra mujer me ha interesado, porque no soporto verte junto a otro hombre que no sea yo y porque quiero hacer contigo las cosas bien.

—¿Sabes entonces quién soy?

Por más que ella buscase esconder todas las emociones que la atravesaban no pudo. De a poco, sus ojos comenzaron a brillar. Vio cómo él asintió al tiempo que con el pulgar recorría contorno de su boca. Ese instante fue hipnótico. Esos ojos negros se desnudaron frente a ella.

—Sé quién eres desde el comienzo.

—¿Y cree que eso lo hace diferente a los demás?

—Puedo asegurarte que es así.

—¿De verdad piensa que lo es?

Él continuaba como si ella fuese lo único importante en su vida. Nada a su alrededor importaba, solo ella y las caricias rozando su boca. Apenas ella pudo modular una palabra en un susurro continuó diciéndole.

—Yo no lo creo. ¿Por qué debería confiar en usted?

—Aunque te cueste creerlo, te demostraré que podrás hacerlo.

Eloísa no podía moverse ni alejarse de las caricias ni de la mirada que Paz le brindaba. Todo era mágico e hipnótico. Ya que no podía alejarse de él, dando un paso hacia atrás, debía decirle algo que lograse distanciarlo de ella:

—¿Qué sería lo que lo hace diferente de los demás y un buen hombre para mí; ¿su pasado? —lo increpó mientras él secaba con el dedo las lágrimas que comenzaban a caer.

—Puedo jurarte que no eres un capricho —le resopló sobre los labios.

—Sí en verdad yo le interesara, usted me cuidaría de usted mismo. De usted he tenido que cuidarme desde hace muchos años.

Una leve mueca simpática asomó en la boca de él. Desplazó una mano para rodearle la nuca.

—Tienes razón —susurró al recorrer con la mirada cada centímetro de su piel—. Lo intenté, pero no he podido. Habría querido alejarme, olvidarte, pero me fue imposible.

En ese instante, al fin, rozó los inocentes labios de ella con los suyos. Ninguno de los dos podía negar el chispazo que hubo. Sin saberlo, él había buscado en cada mujer con la que había estado ese instante de magia que le indicase que era ella y no otra la elegida. Acababa de sentir y confirmar lo que creía. Eloísa Ocampo era la mujer que él había estado buscando. No importaba el tiempo que le

llevase conquistarla, ni cuánto debería afrontar para estar a su lado.

La magia desapareció cuando ella abrió los ojos que tenía entornados, y el recuerdo de lo sucedido se hizo presente hasta echar por tierra el momento vivido. Él quiso pero no pudo retenerla. El golpe a la puerta lo hizo darse cuenta de que debería haberle dado tiempo, aunque no sabía de dónde sacaría la voluntad para hacerlo.

Capítulo catorce

Más que una simple sombra

Paz lamentaba no haber podido controlarse. Se había comportado como un hombre impaciente e inexperto. Sabía que debía darle tiempo a Eloísa para que pudiera procesar lo que le había dicho. Aunque ese tiempo, también podía jugarle en contra. Clemente buscaba que la joven pensara en él, no en lo que había él vivido con su madre. Aquella época había quedado en el olvido y ansiaba que ella hiciera lo mismo. La mañana siguiente aprovechó para hacer unas diligencias y despejarse antes de concurrir a la redacción. Si bien estaba abocado a su última inversión, no podía desatender otras cuestiones comerciales y periodísticas que dependían de él. Cerca del mediodía, bajo un frío intenso, arribó a la oficina. Con el murmullo del teclado de las máquinas de escribir se dirigió a su despacho. En el trayecto, se detuvo en el escritorio de Eloísa que estaba vacío. Levantó la vista. Su secretaria lo estaba mirando. Sin decirse nada, ambos se encerraron a conversar.

—Buen día, Lina, ¿has enviado a Eloísa a hacer algún recado?

—No, porque no ha venido.

Paz no esperaba que ella no concurriese a la redacción. Sabía la importancia que para la joven tenía ese trabajo. No iba a perdonarse que, por su culpa, tirara todo por la borda.

—Quizás no se sienta bien.

—Ayer la vi sin ningún problema. Al menos hasta que yo me fui.

A Lina no le gustaba que Paz se quedase a solas con la joven. Había notado desde el comienzo que la actitud de él había sido diferente para con ella. Lo podía ver en cómo la miraba y en cómo se dirigía a ella. Sabía los métodos de seducción de Clemente, porque lo conocía como nadie. Si bien nunca antes había interferido en sus

cuestiones amorosas, más allá de la confianza que se tuvieran, esa vez, sería distinto.

—Basta con esas insinuaciones.

—Mira, Clemente, escuché el motivo de la discusión que mantuviste con Elvio. No imaginé que ella fuese la hija de aquella mujer.

—Lo es.

—No piensas que le hiciste bastante daño a esa familia como para intentar hacérselo a esta joven.

—Puedo asegurarte que no es así.

—Sabes que te aprecio por encima del cargo que tienes. Eres como el hijo que no tengo. Pero eso no va a detenerme si debo tomar alguna medida cuando hay algo en lo que no esté de acuerdo. Eloísa es una joven especial; en el poco tiempo que hace que está aquí, aprendí a quererla. Lo mismo me sucedió contigo cuando recién nos conocimos en la redacción del periódico. Pero eso no quita que tolere que la dañes.

—No entiendes que lo que menos deseo es hacerle daño.

—Si es así, aléjate de ella.

—De momento, no voy a hacerlo. Además soy lo suficientemente grande como para que me den consejos sobre el modo en que debo conducirme con una mujer que me interesa.

Estaba cansado de que le dijesen que ella no era la mujer indicada.

—Está bien. Eso sí, no busques en mí ni apoyo ni complicidad —replicó ofuscada.

—Perfecto. Ahora deja lo que estás haciendo y ve a averiguar qué le sucede. No me mires de ese modo, esto es una orden que te doy. Te lo pediría por cualquier otro empleado que no concurriera al trabajo.

—Clemente —dijo al acercársele—; no te engañes. Lo haré porque estoy preocupada por ella.

—Por el motivo que sea, ve a verla ya.

Lina movió la cabeza en ambos sentidos antes de salir del despacho con un golpe a la puerta indignada por la falta de consideración de su dilecto Clemente. Constató la dirección en la ficha que la joven había completado semanas atrás y enfiló hacia la casa de los Ocampo. Una vez que el automóvil la dejó en la puerta, debió esperar unos largos minutos hasta que la atendiesen.

—Buenas días, busco a Eloísa, soy Lina pertenezco a la revista.

Ella no necesitó saber que ese hombre era el padre de la joven. Existía un parecido entre ambos. El paso del tiempo y la aparición de varias arrugas que cruzaban el rostro del dueño de casa no habían hecho mella en su atractivo. Aunque el gesto adusto, no lo hacía parecer un hombre amigable. Quizás el vapor que salió de la boca de la Lina al presentarse y la manera en que friccionaba las manos en ese gélido día lo hubieran vuelto más accesible frente a algo referido al trabajo de su hija.

—Adelante.

La casa era amplia, aunque habría conocido épocas mejores. Sin embargo, se notaba la falta de la mano de una mujer en la decoración de la vivienda. Era como si todo hubiese quedado detenido en alguna época pasada. Había pocos objetos de decoración. Salvo algunos portarretratos que descansaban sobre la repisa de un hogar apagado. También le sorprendió que la familia no contase con una empleada para hacer más llevadero el trabajo de una casa con esas dimensiones. Desde el otro lado de la sala, don Ocampo observaba con detenimiento a la compañera de su hija. No imaginaba que alguien casi de su edad estuviese al frente de un escritorio trabajando en esa maldita editorial.

—Sepa disculpar el atrevimiento, pero su hija se ha hecho querer en el trabajo, de modo que deseaba saber si ella se encuentra bien, porque es muy cumplidora en lo suyo.

—No sé si agradecer que se haya enfermado y que no se sienta con fuerzas para ir a ese trabajo. Es lo que le digo hace tiempo, lo único que hace es perder tiempo yendo a la redacción.

Lina evitó demostrar la sorpresa por los dichos del dueño de casa. No imaginaba que la joven tuviera una oposición tan grande a que

trabajara. A pesar de todo, iba con entusiasmo día tras día. Esa actitud la hacía una joven más valiosa.

—No dejo de decirle que es una pérdida de tiempo ir a ese lugar.

—Debería saber que lo único que no hace es perder el tiempo, porque trabaja con dedicación cada santo día. Me gustaría verla para saber cómo sigue.

—Ella no ha ido porque no se siente bien. No creo oportuno que usted la vea.

La mujer no continuó escuchando al desconsiderado y destemplado dueño de casa, porque unos pasos la distrajeron. Arropada en una bata de abrigo asomó Eloísa.

—¿Lina, qué haces aquí?

—Es lo que me pregunto. Desde cuándo tanto interés por alguien que no va a trabajar un día.

—Ya se lo dije, su hija se ha hecho querer, a pesar del poco tiempo que nos conocemos.

—Pero si ella trabaja desde hace bastante tiempo.

—Pero yo pertenezco a la nueva gestión de la revista.

Un ataque de tos irrumpió la conversación.

—No me has contado nada de eso. Ve a la cama ya.

—Estoy bien; solo necesito en té caliente.

—Si me lo permite tu padre, puedo preparártelo y llevártelo.

—No me vendrá mal que se haga cargo mientras yo debo cumplir con algunas diligencias. Eso sí, nosotros hablaremos luego —finalizó al dirigirse a su hija.

La cocina era amplia y desordenada. A Lina le costó dar con la lata en la que estaba el té. Poco después, enfiló hacia la habitación de la joven, que aguardaba en la puerta de entrada.

—Ay, Lina, ante todo le pido disculpas por todo esto.

Se abrazó a ella una vez que depositó la bandeja sobre la cómoda. Arrimó un butacón a la cama a la que regresó Eloísa.

—Dime cómo te sientes.

—Estoy un poco tirada; por eso, preferí quedarme en la cama. Veré cuándo pueda reincorporarme.

Lina tomó un sorbo de la infusión sin dejar de observarla.

—¿Cómo se te ocurrió concurrir hasta aquí?

—Yo me preocupé por que no llegabas. Siempre lo haces a horario y, además, habíamos quedado en hacer unos recados que habían quedado pendientes. Luego, hablé con Clemente, que me pidió que constara que nada te hubiese ocurrido.

—¿Eso te dijo?

—Así es y quiero saber qué te sucede.

—Quizás ha sido un enfriamiento. Veré de visitar al médico para saber cómo sigo.

—Puedo entender la reticencia de hablar con tu padre, en especial después de ver qué opinión le merece que trabajes, pero no lo hagas conmigo. Ambas sabemos que este resfriado es una excusa. Hasta ayer a la tarde estabas muy bien; al menos hasta que hablaste con Clemente. ¿Es por él verdad?

Eloísa no le contestó. Pudo sentir cómo el sonrojo se apoderaba de sus mejillas.

—Ay, no lo puedo creer. Es lo que me imagino.

Saber que él podía interesarse en la joven no le llamaba tanto la atención como que Eloísa pudiera sentirse atraída por Paz.

—No, Lina, yo lo único que quiero es trabajar.

—Dime qué te ha hecho.

—Nada.

—De verdad, cuéntame qué ha sucedido. Pero mira que le advertí que no se metiese contigo.

—¿Has hecho eso?

—Querida, te has ganado mi corazón en poco tiempo y no quiero que salgas lastimada. Si buscas algo con él o te ilusionas, serás la única dañada en esta historia.

—Ya lo estoy.

—¿Cómo dices?

—No importa, es una larga historia y creo que esta vez tiene razón mi padre. Nunca antes había pensado en abandonar todo, pero no creo que pueda seguir adelante.

—¿Tanto te importa?

—No es solo eso, es más complicado de lo que crees. Pero no sabes cómo valoro que estés aquí y te preocupes por mí.

—Eloísa lo que puedo decirte es que ningún hombre vale que abandones tus sueños. Si en verdad disfrutas lo que haces, no lo eches por tierra. Sé muy bien el motivo por que te lo digo.

—¿Te ha sucedido?

—Así es —le confesó al entrelazar sus manos con las de ella—. No era tan joven como tú, pero lo suficiente para enamorarme del hombre equivocado. Le creí y no quise ver que él nunca abandonaría a su familia. Los años pasaban y yo solo conservaba la ilusión de que algún día todo sería distinto. No quería escuchar lo evidente. Por él dejé todo, inclusive la posibilidad de ser feliz, porque lo esperé en vano. Luego, la realidad me golpeó de lleno para hacerme saber lo equivocada que estaba. Ni siquiera en el momento de su muerte pude estar con él ni acompañarlo. De lejos, me mantuve en el cementerio contemplando con inmenso dolor lo que sucedía en derredor del féretro, mientras los miembros de su familia, que yo tan bien conocía por los dichos de él, se consolaban unos a otros. El único consuelo que encontré fue llevarle una flor a su tumba. Me quedé sin nada. Fue en ese entonces que conseguí, por unos conocidos, el trabajo que tengo. Poco después trabajé con Clemente. En ese período, viví a su lado el momento en que él creyó que perdería todo. Yo estaba allí con él. Quizá fue eso lo que nos unió, o simplemente que es un sinvergüenza y eso lo hace tan querible. En uno u otro caso, ambos permanecimos unidos hasta ahora. Lo quiero como al hijo que no tuve, aunque

también lo conozco, y sé que cómo actúa con las mujeres.

—Entonces sabrás cuánto daño ha hecho.

—¿A qué te refieres?

Unos golpes resonaron a la puerta.

—Debe de ser mi padre, parece que no se da por vencido en el afán de hacerme quedar mal.

—No te preocupes, yo también debo irme.

—Hija, voy a salir —dijo al asomarse por la puerta.

—Yo también debo hacerlo.

—Haga como quiera, señora. Eloísa, solo te comento que no sé a qué hora regresaré. Eso sí, espero encontrarte a aquí cuando lo haga.

—Aquí estaré.

—Hasta pronto —saludó a Lina antes de volver a cerrar la puerta.

—¿Siempre has mantenido esta relación con él?

—Desde los últimos años, sí.

—No quiero ser imprudente, pero ¿y tu madre?

El fuerte suspiro no hizo más que afirmar que se había metido en un tema complicado. No podía entender cómo esa mujer se había ausentado sin más. Comprendía que hubiese dejado al esposo, pero no a una hija. Volvió a mirar a la joven y confirmó que no se merecía semejante abandono ni el aparente destrato del padre. En el hogar de los Ocampo, nada estaba bien.

—Querida no es necesario que hables de ella si hacerlo te produce un gran dolor.

Lina creyó que, hablando del tema, podía ayudarla a liberar la angustia que tenía.

—Está bien, este resfrío me ha puesto más sensible.

La joven habría querido hacer a un lado la angustia, el dolor y la

decepción por lo que estaba viviendo, pero no pudo y, de a poco, algunas lágrimas comenzaron a rodarle por las mejillas.

—Está bien que puedas liberar la tristeza que tienes. Y ocupar la mente en otra cosa; puedo asegurarte que aliviana el dolor.

—Lo sé, pero en mi caso, la presencia de Paz no hace más que recordar la infelicidad que trajo mi madre a esta casa.

—No debe ser fácil entenderla.

Fue en ese preciso instante en que Lina dimensionó el problema de esa familia causado por el comportamiento díscolo de esa madre junto Clemente. El daño estaba hecho, y no sabía si habría tiempo para que, esa mujer, pudiera solucionarlo.

—Sí, fue ella la que nos abandonó en busca de lo que quería. Parece que mi padre no la hacía feliz y encontró en otros, en uno en especial —dijo al clavar la mirada vidriosa en Lina— la felicidad que le faltaba.

—Oh, por Dios.

Por más que supiera algo de esa historia, no era lo mismo escucharla de boca de Eloísa.

—No te imaginas lo difícil que es poder contártelo.

—Pero cómo has podido callarte semejante cuestión. ¿Clemente lo supo de inmediato?

—¿Tú qué crees?

Ella esperaba que no fuese así, pero estaba equivocada. Haber escuchado parte de la discusión con Martínez había llenado los espacios en blanco sobre la verdadera historia.

—Lo supo desde el comienzo.

—Eso es lo que me ha dicho y yo…

—Cómo no vas a sentirte de este modo. Él ya va a escucharme.

—No lo hagas, yo debo aclarar todo esto.

—¿Por eso tu padre no sabe quién es el nuevo dueño?

—Si él lo supiera, no me habría dejado atravesar la puerta de ingreso a la redacción. El apellido Paz —murmuró— está vedado en esta casa.

—Es todo más complicado de lo que creí.

—Así es.

—Creo que lo mejor es que te tomes unos días para ver cómo seguir.

—No sé si estoy autorizada para hacerlo. Tengo trabajo pendiente. En la reunión con Clemente, yo…

—Olvídate de eso. Hablaré con él. Podrá aplazar todo hasta que estés mejor y sepas qué hacer y cómo continuar.

—Lina, te aseguro que sé lo que quiero. Continuar con mi trabajo es lo que anhelo. Sabes que luché mucho por conseguirlo.

—Pero no imaginabas cruzarte con Clemente.

—No.

—Es por ese motivo que no les has contado a tu padre el cambio de firma, ¿verdad?

—Esa fue la causa e intentaré que siga así, hasta que sepa qué hacer y ver si puedo continuar con todo esto.

—Vuelvo a decirte que tomarte unos días será lo mejor que puedas hacer de momento.

—Gracias Lina veré qué puedo hacer.

—Cuídate mucho.

—Gracias por venir.

—Volveré para ver cómo sigues.

* * *

En la oficina, Paz no había dejado de atender asuntos que se sumaban ante la ausencia de la secretaria que sabía como nadie detener los problemas. Miró el reloj. Había transcurrido más tiempo del que calculaba para que ella llegase. Qué pasaría con Eloísa. Debería ser él quien hubiese ido a lo de Eloísa, pero no podía arriesgarse a que el padre de la joven lo viese. No, hasta tanto ella estuviera segura de él y del sincero sentimiento que por ella guardaba. En medio de los pensamientos, Lina asomó por la puerta del despacho. No tenía buena cara, lo que lo preocupó más de lo que estaba. La mujer cerró la puerta y se quedó observándolo.

—Por favor, dime qué sucede. ¿Ella cómo está?

—Siempre te he dicho que te quiero como a un hijo.

—Lo sé, pero eso qué tiene que ver con Eloísa.

—Tiene que ver con que comprendo ahora cuando dicen que los hijos decepcionan a los padres. No puedo creer lo que has hecho.

—¿A qué te refieres?

—Sí en verdad Eloísa te importara algo, no le harías daño otra vez a esa pobre familia. Eso es no tener una mínima cuota de decencia. En verdad, creía que la tenías.

—Ella te habló sobre lo ocurrido —afirmó.

—Entre palabras, algunas lágrimas y lo que escuché aquí en plena discusión con tu socio, no me costó descifrar que has intentado seducirla como, tiempo atrás, hiciste con su madre.

—No es así Lina.

—Dime entonces cómo ha sido. Sé que a mí no me debes explicaciones, que ya eres un hombre hecho y que es tu vida, pero no puedo tolerar que lastimes a alguien como Eloísa. Tiene toda una vida por delante. Imagino lo que le debe haber costado salir adelante frente al abandono de la madre. No te imaginas lo que es el padre.

—¿Por qué lo dices?

—Por el mal talante de ese hombre, por la lucha que ella debe tener a diario para venir a su trabajo. Ocampo no quiere que su hija trabaje aquí. No imagino lo que le haría si supiera que tú eres el

nuevo dueño de la revista y que su hija tiene contacto diario contigo.

—Ese Ocampo no va a molestarla: de eso me encargaré yo.

—Clemente, ¿escuchas lo que dices? Pero quién eres ahora para meterte con el padre de la muchacha y juzgar cómo actúa. Esa familia está quebrada y dolida. Es más, no creo que en un futuro pueda enmendarse, porque cada minuto que pasa aumenta el resentimiento por lo sucedido.

—Lina, te equivocas conmigo desde un principio. Ella me interesa más de lo que puedes imaginar. No es como el resto de las mujeres que he tenido. Ni siquiera su madre. Todo eso fue diversión y jolgorio. Era más joven y me permitía hacer mi vida. Ahora lamento que pienses así de mí porque no soy un insensato. Eloísa me importa mucho. Más allá de todas las complicaciones que se presenten, las cosas no van a quedar así.

—¿Y qué piensas hacer?

—Ese es mi tema.

—Tienes razón. Pero no cuentes más conmigo para ayudarte en cosas personales. Yo podría ir a visitar a Eloísa sin que me lo asignaras como una tarea laboral. Sin embargo, recurriste a esa bajeza porque ni siquiera puedes ir a visitarla como cualquier hombre que se interese por una mujer.

—Te estás pasando.

—Para nada. Y si quieres que no venga más a este trabajo lo haré. Tendrás mi renuncia en unos pocos minutos sobre este escritorio.

—Cálmate, por favor. Cuando te tranquilices hablaremos mejor.

Lina se incorporó y enfiló hacia la puerta. Antes de tomar el picaporte para salir lo escuchó decir.

—Lo de tu renuncia nunca la tendré en cuenta porque sabes que te necesito. Yo también te quiero como si fueras mi madre. Sabes muy bien que no ha sido fácil sentirme un paria porque hasta mi propia familia se avergüenza de mí. Por eso quiero que te calmes y hablemos más tarde.

Lina asintió y cerró la puerta tras un pesado silencio.

* * *

Ya nadie quedaba en el la redacción, ni siquiera Lina que le había anunciado que se iría. Allí solo, acompañado por una copa de whisky, pensaba en el modo en que todo se había complicado. Parecía que debería pagar por el daño que tiempo antes había hecho. Pero se negaba a creer que fuese así. El resto de las personas lo veía de ese modo, aunque, en verdad, el sentimiento que tenía por Eloísa había nacido tiempo atrás, antes de adquirir la revista. Quería expandirse en el negocio editorial y estaba al tanto de las distintas revistas de la ciudad. Por ella había sentido una fuerte atracción no bien la había visto en una de las reuniones que Paz había tenido con el antiguo dueño. Ella no había reparado en él. En una segunda reunión, en la casa del dueño de la revista, buscó información de la joven. Poco después, la cruzó en reunión que Sagasti había hecho en su casa con la excusa del pedido de mano a la joven Soria. El tiempo transcurrido desde aquella primera ocasión en que la cruzó no hizo que el interés disminuyera; muy por el contrario, lo alimentó. Nunca antes le había sucedido algo así. Solo él sabía lo que Eloísa significaba, pero parecía que nadie se daba cuenta. Poco le importaba que el resto lo notase, salvo ella. Podía entender lo difícil que era para la muchacha que algo pasara entre ellos. Sin embargo, a diferencia de lo que habían construido en la familia Ocampo, él no había mantenido una relación clandestina con la madre de Eloísa. O no había sabido que lo fuera. Ni siquiera supo, cuando comenzaron la relación, que tenía esposo e hija. Simplemente, se dio, sin preguntas, sin más vínculo que el deseo que cada uno despertaba en el otro. Tal vez a ella le interesara probarse que podía atraer a un hombre más joven; a Clemente le gustaba poder estar con una mujer deseada por otros. Habían sido las fotografías en los periódicos, esa difamación las que habían hecho pública una relación que apenas era un secreto a voces.

* * *

En la finca de los Ocampo, todo era oscuridad. En penumbras, a tientas, Eloísa acababa de prender las luces de la casa y encender los leños de la chimenea. Si bien no estaba enferma, la mentira se haría realidad y caería en cama si no calefaccionada la propiedad. Detestaba el invierno porque, a veces, estaba más templado en el exterior que dentro de la casa.

—Veo que estás mejor.

—Ay, me has asustado.

La imagen de don Ocampo había cobrado vida no bien apretó la perilla de la lámpara ubicada en el comedor.

—Pero quién podía ser si no yo.

—Ya lo sé, pero no sabía que habías llegado.

—Hace un rato que estoy aquí. ¿Cómo te sientes?

—Mejor.

Don Ocampo la observó con cautela y notó que, en verdad, se la veía mejor de cara. Sin dudas, las horas dentro de la cama le había hecho muy bien, aunque creía que esa mejoría se debía a no haber concurrido al trabajo. Ahora que todo comenzaba a resolverse, no quería que su hija saliese para llevar dinero a la casa. Estaba convencido de que, a partir de la huida de su esposa, todo se había desmoronado. Los rumores decían que el esplendor que alguna vez esa familia supo tener había quedado atrás. Era cierto. Sin embargo, a partir de las gestiones que él había hecho, todo comenzaría a mejorar: el apellido Ocampo volvería resplandecer con el brillo que nunca antes debería haber perdido.

—Hija, creo que es el momento ideal para que abandones el trabajo que tienes.

—Papá ya hemos hablado de eso.

La joven no necesitaba escuchar una vez más ese tema. Ni fuerzas tenía para discutir sobre lo mismo. Haberse quedado en la casa le había causado el efecto contrario al buscado: no había descansado, ni dejado de pensar en lo sucedido. Recordaba que su padre había llamado traicionera a su madre. Se había ido tras un hombre y no le había importado nada de ellos. ¿Había sido así?, se cuestionaba. ¿En

ese exacto orden? ¿Por qué, si no le importaba su hija, había permanecido tantos años cuidándola? ¿Qué había cambiado de golpe? La palabra traición había quedado atragantada en la garganta de Eloísa, porque así se sentía al estar en compañía de Paz. Si en verdad quería continuar en el trabajo, debía hacerlo manteniendo el mismo silencio o mintiendo acerca de quién era el dueño de la revista. También tenía que ocultar lo que sentía. Se había dado cuenta de que eso la transformaba en una traidora y mentirosa con su padre. Sabía que no podía hacerle eso, que Paz era un hombre prohibido por lo que debería olvidarse de él. Cómo hacerlo si iba a verlo todos los días. Lo que se había preguntado una y otra vez era si, en realidad, quería no volver a verlo. Y no le había gustado la respuesta que ella misma se había dado.

—Pero parece que hay otras cosas que me ocultas.

—¿Qué dices?

—No me habías mencionado que trabajaras con una mujer como la que vino hoy por la mañana, ni que la empresa había cambiado de dueño.

—No lo he hecho porque no creí que fuera importante.

—¿Quién es el nuevo dueño?

—No lo sé, no viene a la redacción. Es una revista femenina y debe creer que puede manejarse con el personal que contaba antes de la adquisición.

—Pero Lina es nueva.

—Sí, y con ella trabajo codo a codo. Es una gran mujer.

—Me parece un poco raro.

—¿Qué es lo raro?

—Que alguien compre una empresa y no se presente a conducir la firma.

—El nuevo dueño debe dar las directivas a las personas de su confianza; Lina es una de ellas.

—Y tu antiguo jefe, aquel que te trajo, también sigue allí.

—Por supuesto.

Al fin, Eloísa había dicho algo cierto. No le había tomado por sorpresa que su padre indagase en lo que ella le había ocultado. Él estaba convencido de que, luego del engaño de su esposa, todo el mundo mentía. Por ese motivo, no dejaba de cuestionarle cada cosa que ella le decía. No sabía hasta cuándo podría continuar con toda esa situación.

—Creo que ha quedado clara mi postura, y me cansa repetirte siempre lo mismo.

—Entonces por favor no lo hagas. Me duele un poco la cabeza. Para que te tranquilices, te diré que me tomaré unos pocos días hasta reincorporarme.

—Me parece muy bien; inclusive podrías hacer un viaje.

—No creo que estemos en condiciones de hacerlo.

—Pero quién te ha dicho eso.

—No necesito que alguien me lo diga. Sé darme cuenta sola de las cosas.

—Entonces deberás saber que, si bien hubo un traspié en nuestra economía, ya se solucionó. Todo volverá a ser como antes.

—Yo no creo que…

—¿Qué es lo que no crees?

—Que la solución sea volver a lo que fuimos.

—Eso no volverá a suceder. Sabes perfectamente bien el motivo. ¿O quieres que te lo recuerde?

—Basta, papá, me duele mucho la cabeza. Voy a dejarte la comida en la cocina; yo no tengo hambre.

Don Ocampo se fue ofuscado de la sala y se encerró en el despacho acompañado por una copa de alcohol. Era lo que necesitaba para disfrutar de ese día en el que todo se acababa de solucionar. Pensaba que ella no entendía nada de lo que él padecía.

En la cocina, Eloísa había dejado lista la cena para su padre y había bebido un caldo con una rodaja de pan. En soledad comió tranquila. Sabía que don Ocampo no saldría del despacho hasta pasada la medianoche. Con unas cuántas copas de más comería lo que ella le dejaba. No creía que la sopa le hubiese cambiado el ánimo, pero, luego de las horas que había pasado en la cama, lo que menos deseaba era dormir. Escribir algún artículo la sacaría de las preocupaciones que tenía. Ella necesitaba concentrase en otra cosa. Luego de lavar el tiesto, enfiló hacia su habitación. Pasó por el baño para darse un baño reparador. Con el paso de los minutos y el vapor que la rodeaba, pudo relajarse y disfrutar de ese fin del día. Con el camisón y una bata de abrigo abrió la puerta del cuarto. Una correntada de frío la arropó. No entendía dónde más debía hacerse una reparación en la casa para hacerla más acogedora. Una sombra se cruzó por delante y no le dio tiempo a reaccionar ni a lanzar el grito gutural que quedó atravesado en su garganta.

—No te asustes —susurró Clemente al abrazarla por detrás y taparle la boca con las manos—; soy yo.

En ese momento, la giró y notó la expresión de susto que tenía.

—Te pido que no temas. Lo que menos deseo es asustarte.

Pasó un largo minuto hasta que la joven pudo articular palabra.

—¿Qué hace aquí?

—Estoy preocupado por ti. No me bastó lo que me dijo Lina. Quería verte. No me mires de ese modo, sé que debería dejarte sola para pensar y demás, pero no puedo.

Eloísa lo miraba. Por más que se negase en reconocerlo, lo escuchaba sincero. Atrás había quedado la seguridad que él siempre ostentaba. Podía notarlo dubitativo, y entendía que eso no sería algo que él disfrutara.

—No me contestaste cómo estás.

—Mejor del resfrío.

Ambos sabían que la dolencia que decía padecer la joven se debía a otra cuestión. Poco tenían que ver algunos pocos estornudos y el decaimiento del cuerpo. La medicina y la enfermedad de ella se

llamaba “Clemente Paz”.

—Además, te has resfriado.

—No mucho, pero usted no debería estar aquí.

—Lo sé.

—No tiene ni idea lo que puede suceder si mi padre aparece en este momento.

Ella no podía creer tenerlo enfrente, en medio de esa intimidad y a pocos metros del despacho paterno.

—También lo sé, pero deberías tener en claro que en algún momento lo enfrentaré.

—Eso nunca sucederá.

—Es el único modo que hay para que sepa que lo que busco contigo es algo serio.

—Yo…

—Shh —susurró mientras con las manos le sujetaba el rostro—, sé que debo esperarte y lo haré. No me importa cuánto tiempo sea el suficiente para que te des cuenta de que esto que por ti siento no es un capricho mío.

—Yo no puedo seguir con todo esto.

—Dime que no sientes algo especial cuando estás conmigo; si es así, no me verás más. Dímelo, por favor.

Paz nunca se imaginó rogándole algo a una mujer.

—No importa lo que sienta por ti; los dos sabemos que hay algo que me impide pensar que podamos tener un vínculo.

—Si sientes lo mismo que yo, te darás cuenta que nada va a impedir que estemos juntos. No importa cuánto tiempo nos lleve, pero será así cómo vamos a terminar.

—No puedo hacerle esto a mi padre, ni a mí.

—Shh —susurró deslizando el índice para evitar que continuase

castigándose—, no te lastimes pensando en todo eso.

—No puedo porque él hace un permanente recordatorio de lo sucedido, porque eres parte de eso, porque ha modelado mi vida los últimos años.

—Lo sé. No puedo borrar el pasado. Solo puedo decirte que para mí es algo lejano.

—Quizás lo sea para ti, pero no ha quedado en el olvido en mi familia.

—No puedes condenarme por lo que viví cuando ni siquiera sabía quién eras, ni que te cruzarías en mi camino.

—Ese es el problema, porque nunca se podrá borrar lo que sucedió con ella, contigo y con nosotros. Además…

—Dime.

—No puedo ahora hablar de ella.

Él podía entender lo que la joven podía sentir en referencia a su madre. Ese era un tema que, en alguna oportunidad, deberían hablar sin tapujos.

—Con el tiempo, podrás preguntarme lo que quieras, pero hay algo que debes saber. Es la primera vez que busco estar con alguien como tú. Nada es igual a lo que pude vivir en el pasado. Eso es lo que me permite no recordar que eres su hija. Cada instante que paso contigo es distinto a cualquier otro. No te equivoques conmigo, pude haber hecho muchas cosas malas en mi vida, pero esta vez quiero intentar hacerlas bien. Eso solo se debe a ti.

Eran esas las palabras que ella necesitaba escuchar para aquietar su espíritu, porque entendía que, en algún momento, hablarían del vínculo con su madre. Culpa, y más culpa era lo que le impedía olvidarse de esa historia.

—Eh, no pienses más en eso. Ya habrá tiempo para que te saques todas las dudas.

—Espero algún día poder librarme de la culpa que significa estar contigo.

—Haré todo lo que sea para que no te sientas así.

El fuerte calor que sentía no se debía al baño que minutos antes se había dado. Bajo la fuerte mirada de él, a ella le era difícil pensar. Él buscaba quitarle los preconceptos que le impedían verlo de otra manera.

—Quiero que me digas qué necesitas para volver al trabajo.

—No puedo hacerlo ahora, me costará verlo y no recordar todo esto.

Una amplia sonrisa apareció en el rostro de Paz.

—¿Ves? Eso que me has dicho me gusta. Quiero que recuerdes cada instante que pudimos compartir. Ya sé a lo qué te refieres. Pero, si te molesta mi presencia en la redacción, puedes confiar en no encontrarme.

—¿Cómo?

—Me aseguraré de que no te cruces conmigo si es eso, de momento, lo que necesitas.

—¿Lo haría?

—Por ti haría cualquier otra cosa impensada, si eso te ayuda para darte cuenta de lo que hay entre nosotros. Si no, fíjate lo que he hecho esta noche para verte.

Él no entendía cómo le costaba tanto apaciguar el fuerte impulso de acariciarla, besarla y sentirla. Se contenía para no darle otra excusa que lo alejara de él.

—Vine para saber de ti y para pedirte que vuelvas. Y que, si por alguna razón, se te cruzó por esta cabecita alejarte, volveré a buscarte.

—Salvo que te dijera que no quiero volver a verte.

Al fin había logrado expulsar ese “usted” de los labios de ella.

—¿Es eso lo que deseas?

—No. Y sin embargo, no es suficiente.

—Para mí lo es. No sabes lo que significa que lo reconozcas. Del

resto, no te preocupes. Yo me encargaré de todo.

—Esto es muy reciente y confuso a lo vez. No creo que pueda con todo.

—Podrás porque yo no dejaré que te apartes de mí.

Él sabía que estaba jugando sucio, porque le aseguraba que le daría tiempo, que no lo vería, pero no había transcurrido un día y allí estaba junto a ella.

—Aunque me cueste decírtelo, tómate estos días si eso te hace sentirte mejor, pero quiero que regreses a la redacción. Allí podrás arreglarte con Lina si lo prefieres.

—¿De verdad lo dices?

—Claro.

No podía abandonar esa habitación y dejarla sin saber cuándo la vería, sin besarla antes de irse. Se acercó aún más. Fundió su boca con la de ella. En ese instante, ella dejaba de pensar en que debería hacer o cómo actuar con él. Las sensaciones que la arropaban se volvían tan fuertes que no podía hacer más que dejarse llevar por esos besos y las caricias que le prodigaba. Un leve temblor le atravesó el cuerpo y no pudo controlar el débil gemido que él tapó con los labios. Duró menos tiempo del que él estaba dispuesto a pasar con ella, pero entendía que debía ir despacio si deseaba tener algo serio al fin con la joven.

—Debo irme —gimió sobre los labios ella.

Le hubiese dado más fuerza que ella le dijese que se fuera, pero su silencio hablaba de las ansias que también tenía por él. Eloísa libraba una lucha entre el fuerte deseo que le provocaba esa relación y la debida lealtad para con su apellido.

—Yo tampoco quiero irme, pero sé que es lo mejor.

Antes de irse, volvió a besarla y se fue por el mismo lugar por el que había entrado. Eloísa se acercó a la ventana abierta y lo vio alejarse abrumada y sin entender cómo se comportaba frente a él. No había sido ella la que lo había detenido o echado del cuarto. Tampoco se había negado a volver a verlo. Cuanto más pensaba sobre lo sucedido, más se convencía de que no podía seguir así, que debía encontrar el modo de alejarse de Paz porque estaba claro que él no lo

haría. No hasta que le dijera que no quería estar a su lado. Sin embargo, no podía confiar que sería capaz de decirle eso.

* * *

Eloísa era una joven acostumbrada a la rutina. Sin embargo, esos días poco tenían de rutinarios. Había logrado quedarse en la casa solo dos días. Las constantes conversaciones con su padre le habían confirmado que lo mejor que podía hacer era reincorporarse a la redacción. También podía confirmar, de ese modo, si Clemente cumpliría con la promesa que le había hecho. Por eso, esa mañana temprano, evitando a su padre, salió de la casa rumbo a la redacción. Con temor, ingresó a la oficina. Como siempre sucedía, estaba Lina en el escritorio bajo una marea de papeles. No bien la vio, se levantó para envolverla en un abrazo.

—Me alegra mucho verte.

—Gracias.

—Acá tengo una lista de recados para darte.

—Entonces, sabías que vendría.

—Claro que sí, aunque la directivas son que te dediques a los que sabes hacer. Él me indicó que, cuando vinieras, te enfocaras en tus artículos. Yo puedo arreglarme con todo lo administrativo.

—Eso te dijo.

—Así es, y me ocuparé de avisarle que estás aquí.

Lina no podía creer la mirada de la joven. Una mezcla de ilusión, expectativa y temor tenía dibujado en el rostro. Sin dudas, Clemente había calado más profundo de lo ella podía imaginar.

—Ve tranquila a trabajar que nadie te molestará.

Con ciertas dudas, la joven se sentó frente a su escritorio. A medida que las horas pasaban, Eloísa estaba más abstraída en el trabajo. Eso le permitía dejar de lado lo que le sucedía. Ni siquiera se

había dado cuenta de que la hora del almuerzo había pasado. Tampoco escuchó que un joven con un paquete estaba parado frente a su mesa de trabajo.

—¿La señorita Eloísa Ocampo?

—Soy yo.

—Esto es para usted.

Sin entender mucho revolvió en la cartera para darle una propina al mozo que aguardaba estoico frente a ella.

—Aquí tiene.

De inmediato, tomó el paquete que provenía de la confitería Del Molino. Adentro había una bandeja con las exquisiteces del lugar. Eran las mismas que ella, tiempo atrás, había llevado a la oficina. A un costado de las masas, había una tarjeta que rezaba: "Me costó no estar allí, pero cumplí. Eso sí, no puedes prohibirme que te cuide. Disfruta de lo que te mandé y continúa con el trabajo que yo, donde esté, seguiré esperando. CP."

No pudo menos que sonreír ante las palabras de él. Sí bien había cumplido a medias, ella tampoco había logrado sacárselo de la cabeza. Guardó la esquela dentro del bolso, levantó la vista. Allí estaba Lina contemplándola.

—¿Están ricas?

—Muy —dijo al levantarse e ir hasta el escritorio y ofrecerle para que se sirviera.

—Qué oportuno a esta hora del día.

—Sí.

Lina no podía creer la desfachatez de Paz. Estaba claro que haría todo para terminar de conquistar a la joven, no importaba cuánto le llevara, allí estaría dando batalla.

—Lina, yo…

—No me expliques nada, disfruta de estas delicias antes de continuar trabajando —dijo al introducir una masa en su boca—; es

cierto: están muy ricas.

La jornada de ese día transcurrió sin más mayores novedades. Eloísa se alejó de allí con el dulce sabor de saber que la cosas mejorarían. Se aferraría a esa ilusión mientras pudiera.

Capítulo quince

Un muro infranqueable

Las débiles luces del horizonte pintaban el atardecer y el fin de la jornada en el campo. Sin embargo, nada indicaba que ese fuese el final del día para Pesce.

—Luca, hay un problema —le dijo Antonio.

—¿Qué sucede?

—Intenté detener al sujeto que estuvo aquí la otra vez —dijo en referencia a Beltrán—, pero viene acompañado de un comisario, parece que la cosa es seria.

Si bien Luca había dispuesto seguridad en los puntos importantes de acceso a las tierras, era muy difícil no franquearle el ingreso a la autoridad policial.

—No te preocupes, que pasen.

—No creo que puedas desentenderte del tema. Sé cuándo un asunto es complicado, ¿necesitas que haga algo?

—Encárgate de Eva y hazlos pasar. Y sabes lo que debes hacer si todo se desmadra.

Minutos después, ingresaba por la avenida de árboles un automóvil. Adentro había solo dos personas: Sagasti y el comisario de la zona. Para Beltrán, según creía, se haría justicia. Estaba cansado de lidiar con Pesce, que no había dejado de meterse en sus asuntos. No había sido en vano el tiempo dedicado a descubrir al fin quién era. Había localizado a Méndez, el antiguo capataz de la estancia, que estaba con deseos de hablar. Parecía que el viejo también tenía una deuda que cobrarle a Pesce y que él había llegado en el momento justo para que le confesase lo que sabía del pasado incidente en El

Recuerdo. Inquina, rabia y deseos de venganza brotaban en el interior de Beltrán. No dudó en buscar al comisario de Los Álamos, el pueblo ubicado a pocos kilómetros de la estancia. Hablar con la máxima autoridad del lugar y convencerlo de que tenía un motivo más que suficiente para ir en busca de Pesce había resultado más fácil de lo que había creído.

El poblado parecía haberse detenido en el tiempo, sin la modernidad que brillaba en la ciudad, que tampoco estaba tan lejos de allí. Los pobladores se mostraban reacios a abandonar sus costumbres. La policía solía plegarse casi de inmediato a lo que dijera alguien de la prosapia de Sagasti. Todo eso había favorecido para que, en ese instante, Beltrán, junto al comisario Ortiz, fuera en busca de Luca. Se sentía traicionado por Eva. Cómo lo había engañado de ese modo. Eso era un tema aparte, aunque se cobraría con creces la mentira que había sostenido frente a él en defensa de Luca.

La satisfacción que sentía por lo que sobrevendría, en ese momento, mientras avanzaba por la arboleda de El Recuerdo, se acrecentaba a medida que el vehículo se acercaba a la casona. Ante el descubrimiento que había hecho, había tomado la decisión de no permitir que Eva estuviese un segundo más en esas tierras con la compañía de Pesce. Sentía que ambos habían menoscabado su honor y su hombría.

—Buenas tardes —anunció Antonio ante la cara de pocos amigos de la autoridad policial.

—Vengo a ver al dueño de esta estancia.

—Adelante, los está esperando.

Luca estaba en la sala aguardando por ellos.

—Soy el comisario Ortiz.

—Luca Pesce —lo saludó sin demostrar emoción alguna.

—Eso está por verse —dijo Sagasti seguro de que la identidad era otra.

—Déjeme a mí —susurró el comisario.

—Adelante —le dijo a la autoridad policial—, lo invito a mi despacho.

Luca desvió su mirada hacia Antonio, quien se acercó a Beltrán para sacarlo de allí.

—De ningún modo me quedaré fuera de la reunión. He venido hasta aquí para desenmascarar a este sujeto.

—Ortiz, lo que tenga que hablar será solo con usted. Me debo a la autoridad policial como cualquier ciudadano, pero no permitiré la presencia de terceros.

—Sagasti, quédese aquí.

—Pero…

—Ya ha hecho lo que corresponde; ahora debo actuar yo.

Beltrán debió acatar con molestia la orden del comisario.

—No es necesario que se quede aquí, controlándome. He estado en estas tierras antes que usted y puedo hacer lo que me plazca —le dijo de mal modo a Antonio.

—Soy el nuevo asistente del señor Pesce. Tengo órdenes de que salga de la casa y espere fuera.

—Voy a hablar con mi prometida.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Eva al ser avisada por Cleo ante el revuelo que se vivía en la estancia.

—Cleo, te dije que yo me ocuparía de la señorita Eva: son órdenes de señor.

—No se preocupen, yo debo hablar con Beltrán a solas.

Antonio no se movió un ápice del lugar en que estaba parado junto a Sagasti.

—Necesito hablar con él; gracias Antonio por la preocupación.

—Por si me necesita, estaré en la cocina.

Luego de echarle una última mirada al visitante, Antonio se retiró en compañía de la empleada del lugar.

—Pero quién demonios es ese sujeto que me trata como un

criminal cuando tiene tan cerca al dueño de casa.

—Beltrán, cálmate, lo que quiero es hablar contigo.

—Imagino que tendrás bastante que decirme para justificar las mentiras que me has dicho desde el comienzo de todo esto.

—¿Por qué lo dices?

—Por Luca Pesce, o ese es el mote con el que se dice llamar. Supongo que para ti será Luca Monti.

—No sé a qué te refieres.

—No puedo creer que niegas lo innegable. Sé quién es él y la implicancia que ha tenido con el asesinato de tu padre.

—Te sugiero que no te metas en aquel lamentable episodio.

—¿Lo llamas episodio a que alguien haya apretado el gatillo dando muerte a tu padre? Pero qué mierda tiene ese sujeto para que, después de lo ocurrido, lo sigas apañando.

—No sabes lo que dices. Me preocupa que te dejes llevar por los dichos de cualquier otro antes que preguntarme a mí.

—Lo estoy haciendo ahora porque nunca mencionaste el hecho. Yo creí que la muerte de tu padre había sido de causas naturales. No imaginé que se tratase de un asesinato. Las pocas veces que Virginia lo mencionó la callaste como si estuviese loca. A ella también le ocultaron la verdad. Pero las mentiras siempre se descubren. Supe al tiempo de conocer a Pesce que no era lo que parecía. Nadie pudo quitármelo de la cabeza. Por eso debí buscar gente de aquella época para descubrir la verdad. Y en el camino de las preguntas, me crucé con el antiguo capataz de este establecimiento que fue el único testigo de aquello.

—No puedo creer que hayas tenido que hurgar en el pasado de mi familia para averiguar vaya a saber qué.

—No puedes hablarme de este modo —le reclamó mientras se le acercaba en una actitud peligrosa—. ¿De qué ha servido el tiempo que estuvimos juntos? ¿Por qué te comportaste de este modo? ¿Por qué me ocultaste ese hecho?

—Beltrán, se trata de un tema familiar del que no pienso hablar contigo ni con otra persona.

—Quiero que me hablas de Luca Pesce —siseó.

—No puedo decirte mucho porque apenas lo estoy conociendo.

Aunque no lo pareciera, Eva le estaba hablando con absoluta honestidad. Con el paso de las semanas estaba conociendo a un nuevo hombre llamado Luca Pesce, que no se parecía del todo a aquel joven con el que ella había recorrido tantas veces la estancia.

—Qué te ha hecho para que actúes de esta forma. Voy a decirte algo: si no hablas conmigo, deberás hacerlo con la autoridad policial.

—No será la primera vez que lo haga.

El estado de salud de Ángel sumado a la falta de interés de los hermanos Soria porque se hurgara más sobre la muerte del padre había diluido con el tiempo la pesquisa policial. Poco se podía hacer en la causa sin la iniciativa o impulso de la familia, que era, en definitiva, la damnificada. Por otra parte, Soria se había ganado algunos enemigos de importancia en la zona. Varios de ellos, creían que se había hecho justicia con su muerte. El chasquido de la puerta irrumpió la discusión. De allí dentro, salió el comisario munido con unos papeles. Luca asomaba detrás. A simple vista, nadie podía vislumbrar lo sucedido dentro de las cuatro paredes del despacho de Pesce.

—¿Y? —preguntó ansioso Sagasti.

—Con usted deberé hablar luego, hay varias cuestiones que tendrá que aclarar en la oficina.

—¿Qué dice? —replicó fuera de sí.

—Por favor no interfiera en las diligencias que debo hacer. Ante todo necesito hablar con usted, señorita.

—¿Conmigo?

Ella buscó la mirada de Luca que solo le hizo el ademán con un leve movimiento de la cabeza que le decía que estaba bien acompañar al comisario.

—Para que hablen más tranquilos, háganlo en el escritorio, nadie los molestará.

Eva enfiló hacia el estudio seguida por la autoridad policial.

—Espero que no hayas involucrado a Eva más de lo que está.

—De verdad, ¿creías que ibas a amedrentarme viniendo con el comisario de la zona?

—Aún estoy esperando verte esposado al salir de aquí.

—Te equivocas. Recuerda que has sido tú quién ha hecho la primera jugada. Calculo que, cuando salgas de aquí, te habrás arrepentido. Ahora te quiero fuera de mi casa. Espera al comisario dentro del automóvil, si no quieres que te saque de aquí de otro modo.

Luca se retiró de la sala antes de que Sagasti pudiera decir algo. Pasó por la cocina en la que había un leve murmullo. Cleo estaría asustada por lo que ocurría, ya que no se escuchaba el permanente cotorreo diario.

—Antonio, encárgate de que Sagasti se quede dentro del coche.

Él asintió sin dejar de observar la expresión de preocupación de Cleo ante los acontecimientos.

—Qué le pasará a la señorita Eva.

—A ella nada.

—¿Y a usted?

Luca cruzó una mirada con su asistente. Minutos antes de que Ortiz hubiese ingresado a la estancia, le había dado precisas instrucciones. Sin preguntas de Antonio, basándose más en suposiciones que en los dichos del propio Pesce, había entendido qué hacer en el caso de que las cosas tomasen otro cariz. Luca regresó a la sala y se preparó una copa de whisky mientras aguardaba a Eva. Como si el tiempo quisiera jugarle una mala pasada, otra vez sería ella la que llevaría la voz cantante sobre lo acontecido tiempo atrás. Aún resonaba en sus oídos lo declarado, minutos antes, por él ante Ortiz.

—Señor Pesce, necesito comprobar su documentación.

—De qué se me acusa.

—En principio quiero comprobar su identidad.

Luca extrajo de un cajón del escritorio la documentación que avalaba ser quien era. Todo estaba en orden, de eso se había ocupado en tierra estadounidense. Haberse instalado allá y haber comenzado de cero también le permitió crearse una nueva identidad. Los nuevos contactos, el dinero y formar parte de la organización hizo que su historia fuera sólida frente a los ojos de cualquier investigador.

—Esto está en orden, pero pudo haberla fraguado.

—Y qué motivo tendría para hacer semejante cosa.

—Eso es lo que vengo a averiguar. ¿Alguna vez estuvo en estas tierras?

—No.

—Conocía a la familia Soria.

—No.

—Trabajó aquí como peón hasta hace diez años.

—No sé de qué me habla.

—Qué sabe del asesinato de Soria en este mismo despacho.

—Me parece siniestro si eso sucedió aquí dentro. De haberlo sabido, quizá no hubiese adquirido la propiedad.

—Hay un testimonio que afirma que ha sido usted quien ha sido el autor de asesinato de Soria en este mismo lugar.

—Supongo que esa historia viene de un tal Méndez.

—¿Entonces lo conoce?

—Ha venido aquí con ese mismo cuento. Me parece endeble que se me acuse porque lleve el mismo nombre que aquel joven.

—Tiene también la misma edad.

—Eso no me hace un asesino.

—Pero es un indicio para retomar la investigación.

—Comisario, si así fuese, para qué volvería al lugar en que se me busca. Solo alguien que no tiene cabeza podría hacerlo.

—Ese es un punto que no puedo aclarar. Pero también tengo al señor Sagasti que asegura que usted ha tenido conductas extrañas. Alega que está seguro de que usted tiene que ver con lo sucedido tiempo atrás.

—Sagasti no ha hecho más que molestarme, pero puedo entender el motivo por el que lo hace.

—No entiendo, sea más claro.

Luca revolvió el cajón y extrajo una carpeta con documentos.

—Yo ya le he advertido que no me moleste más y que, si no lo hacía, accionaría. Esto es lo que hace Sagasti con personas que no tienen a nadie.

La documentación acreditaba el modo en que se había aprovechado de un anciano, que, por su estado, no pudo haber testado a favor de Sagasti o que solo lo había hecho engañado. Todo eso no habría salido a la luz, sino hubiera sido por la aparición de un hijo que había estado ausente de la vida del difunto. Algunos rumores se habían diseminado y llegado a oídos de Luca. Él había aportado dinero para sacarle los trapitos al sol a Beltrán Sagasti. Había aprendido que saber los secretos de otros otorgaba poder. También se había encargado de visitar al escribano de Beltrán para dejar en claro que conocía la estafa que involucraba también al letrado.

—Sé que esto no tiene que ver con la causa por la que viene a verme, pero sirve para acreditar que ese sujeto no es un hombre de fiar.

—Puede ser, pero está el testimonio de Méndez que lo incrimina a usted. Vuelvo a preguntarle si sabe algo de Luca Monti.

—No.

—La familia Monti ha vivido aquí.

—Eso tengo entendido.

—Por lo que pude averiguar, la familia tampoco está. Stella Monti vivía aquí, pero ha muerto.

—Comisario, no tengo más información para darle.

—Por ahora seguiré investigando, creo que quien me puede dar una mayor información será la señorita Soria.

—Seguramente, ella podrá brindarle los datos que necesita, yo recién me estoy familiarizando con todo esto.

Mientras recordaba la charla con el comisario, Luca vio cómo la puerta de su despacho se abría. De allí salieron Ortiz y Eva. Pesce fijó la vista en el policía, sin desviarla hacia ella. Era mejor así. En el pasado, Luca había debido huir ante las imputaciones que Eva le había hecho. Méndez había llegado en ese instante y todo se había desmoronado. Esa era la segunda oportunidad que ella tenía para volver a decir lo mismo, para inculparlo una vez más.

—Señor Pesce, no será la última vez que venga aquí.

—Espero que pronto pueda cerrase este caso.

—Yo también.

—Señorita Soria, gracias por la información.

—De nada, comisario.

Luca acompañó a la autoridad policial hasta la puerta. Allí estaba Sagasti desquiciado hasta que se acercó Eva para mantener una breve conversación. Ambos se apartaron, unos pocos minutos. Luego él se fue en el automóvil policial. Notó que Eva se fue compungida hacia la cabaña. No debía ser fácil lidiar con el crápula de su prometido, pero sería algo que ella debería resolver sola.

El clima en la casa había cambiado, nadie quería preguntar qué sucedía, ni el motivo de la llegada de la policía a la estancia. Ese era el ambiente que permaneció hasta que se hizo noche oscura y cerrada. Sin apetito y con una copa de whisky salió a la galería. Prendió un cigarro y fijó la vista en la pequeña construcción de madera. Se veía el destello de una luz. Eva estaba allí. Arrojó el cigarro a medio fumar y se lanzó a caminar. La noche estaba destemplada. El frío calaba hasta los huesos. Tras unos pocos golpes a la puerta de madera, Eva se asomó.

—¿Qué haces aquí con una copa de whisky?

—Quería verte.

Titán salió del confortable calor que daba la chimenea ardiente y se le tiró a los pies para saludarlo.

—Este animal sí que es efusivo cuando ve a alguien.

—¿Has comido?

—No.

—Toma, está sabrosa.

Eva le acercó un tazón de sopa casera hecha por Cleo que era una delicia. La vio que se sentó sobre la escueta alfombra tejida a mano junto a animal que se relamía la lengua con unas sobras. Él se sentó al otro lado del tronco de madera que hacía las veces de mesa.

—Si te gusta la sopa, podrías decírselo a Cleo que lo tomará como un cumplido viniendo de tu parte.

—¿Eso crees?

—Sí, no hablaría mal de ti ser un poco más condescendiente con las personas.

Eva necesitaba que lo fuera con ella, que dejara atrás ese muro infranqueable. En ese momento, esperaba derribarlo para poder lanzarse a hablar.

—Sé que estás aquí para saber qué hablé con el comisario.

—Imaginaba que me lo dirías sin tener que venir a preguntártelo.

—Esta vez le dije la verdad.

Luca prendió otro cigarro como respuesta.

—Lo primero que quiso saber es si te conocía y le dije que no, que lo estaba haciendo a partir de quedarme aquí esta temporada. Le aclaré que la mentada cláusula que me habilita a estar unos meses más aquí había sido convenida por Beltrán ante el apego que yo siento por estas tierras. Y que tu interés para que yo permanezca en El Recuerdo está basado en el conocimiento cabal que tengo de la zona,

de modo que, en estos meses, podría ayudarte con el manejo del campo. Claro que no le confesé que, tardaste diez años en adquirir la estancia y que ya estaba en tu cabeza que yo me quedase aquí.

Luca la observaba sin quitarle la vista de encima. Continuó escuchando lo que ella decía.

—Ortiz procuró saber lo sucedido con mi padre y Luca Monti. Le aclaré que regresar a aquel momento me provoca una angustia muy grande por todo lo que implicó. No solo la pérdida de mi padre, debía ser convincente en el relato —aclaró con desdén ante lo dicho—, sino también el agravamiento de salud de mi hermano. Le dije que, aquella noche de tormenta, salieron a buscar a Monti y que no lo encontraron. Le aclaré que creía que ese joven estaba muerto, porque nadie podría haber sobrevivido a tal situación sin dinero ni familia ni nadie que lo ayudase. Esa convicción fue lo que logró apaciguarnos a mi hermano y a mí para decidir dejar de lado la búsqueda, porque estaba convencida de que sería infructuosa. El paso del tiempo me dio la razón, ya que nadie supo más nada de aquel joven.

Eva hizo un esfuerzo para que las lágrimas que pugnaban por derramase en sus mejillas no salieran. Sin dudas, evocar lo sucedido frente a Luca, le generaba angustia, culpa y dolor.

—Le aclaré que Méndez no es lo que parece. Le conté que, ante la ausencia del dueño de la estancia, buscó hacerse cargo del establecimiento. No me fue fácil hacerme valer frente a él y a la peonada que él dirigía. De a poco, el personal se fue yendo convencido de que todo esto se vendría abajo al estar dirigido por una mujer. Le dije que debí lidiar con ese hombre durante mucho tiempo, porque estaba convencido de que mi padre debería haberle dejado una parte de estas tierras. Según él, había dedicado su vida a que la estancia floreciera. Hubo algo más que le dije y que lo sorprendió. Hace unas semanas, mientras estaba en la ciudad de Buenos Aires cuidando de Ángel, alguien entró aquí y revolvió todas mis cosas. Le mostré el papel que encontré en medio de mis pertenencias.

El trozo de papel permanecía en uno de los bolsillos del abrigo tejido de Eva. Lo extrajo arrugado y podía leerse con una pésima caligrafía la palabra “Traidora”.

—No sería difícil de constatar lo que dije, ya que esta es su letra. Tampoco es difícil interpretar el sentido que tiene ese mensaje. Para ese hombre, que le haya vendido las tierras a un tercero, sin haber

accedido a su propuesta, me transforma en una traidora.

—Fue ese hijo de puta el que entró aquí. Tú te negaste a decirme quién podía ser.

Luca recordaba a la perfección aquel día cuando la encontró con un arma en las manos intentando darle a una diana. Estaba convencido de que no era Virginia la autora de ese hecho, como ella le había dicho.

—Así es. Méndez nunca perdió la ilusión de cobrarse las tierras que su patrón no le dejó. Él supo cuando la situación económica de la estancia no era buena. Vino en alguna oportunidad a ofrecerme adquirirla de la mano de otro estanciero. Yo me negué porque no quería nada que proviniese de ese hombre. Cuando supo que se vendió, no se detuvo hasta saber quién era el nuevo propietario. El hostigamiento posterior por saber quién estaba detrás de la compra, hizo que este hombre le dijera a Ortiz una versión alocada para dar fundamento a sus verdaderos intereses. Si Méndez lograba confundir sobre lo sucedido el día que mi padre murió –inculpando ahora a Luca Pesce sobre lo acontecido tiempo atrás–, lograría una ventaja sobre estas tierras. La obsesión que ese hombre tiene lo ha hecho obrar del modo en que lo hizo. También le dije que no se detendría hasta cumplir con su cometido.

—Así y todo, preferiste no contarme lo sucedido.

—No creí que fuera necesario porque quería saber si podía enfrentarme a él. Además, sabía que si lo te lo decía serías capaz de matarlo.

—¿Y? Para ti no sería la primera vez que lo hago.

—No quiero que esta vez te veas involucrado en una muerte por mí. Creía que diciéndole lo sucedido días atrás echaría por tierra cualquier otro testimonio de ese hombre. Le dije lo que creía. Si Méndez te inculpaba, tal vez podía tener una chance de adueñarse de El Recuerdo. Alterar la realidad sería una buena opción para sus intereses. Poco le importa a él saber o aclarar lo sucedido diez años atrás con mi padre. Lo único que ha perseguido desde aquel momento ha sido sacar ventaja para obtener la tajada de tierras que él cree que le corresponde. Y estoy convencida de que Ortiz creyó mi versión de los hechos. El comisario no podría negarse a escuchar lo que tengo para decirle porque, junto a Ángel, para la justicia, éramos y somos los

verdaderos perjudicados.

—A ti tampoco te ha importado aclarar lo que sucedió conmigo.

—En eso te equivocas.

—¿Por eso has declarado de ese modo?

La tensión que se vivía en ese momento era atroz. Parecía que ambos habían regresado diez años atrás. La rabia, el dolor y la culpa comenzaron a flotar en la sala.

—Así es. No soportaría que, una vez más, te inculpasen por algo que no cometiste.

—Dilo fuerte, quiero escucharlo de tu boca: "Por un asesinato que no cometiste, Luca".

—Por un asesinato que no cometiste —dijo al tiempo que las lágrimas caían sin poder detenerse.

—Sabes que no me pesa no haberlo matado, sino tu traición. Quiero corregirte algo —siseó al inclinarse hacia adelante para tenerla más cerca—: La única persona que me inculpó fuiste tú.

—Lo sé, pero no pude hacer otra cosa que culparte. No fui capaz de otra cosa. Lo lamento tanto.

—Fuiste la única en quien confiaba. Por ti habría dado la vida. Lo sabes.

—No sigas.

—Todo fue para cubrirlo a él.

—Sí —gritó—. No tenía opción.

—Por favor —dijo al incorporarse—, no entiendes nada.

—Claro que sí. Ángel nunca se recuperó de lo sucedido. No te imaginas lo que fue hacerle entender que disparó sin desearlo, que solo quería defenderse, no matarlo. Esa es una línea muy delgada para asimilar y Ángel la cruzó. Ambos sabemos que mi hermano fue víctima del destrato de mi padre. Y también que fue quien lo mató. Yo tardé en darme cuenta de lo que sucedía entre ellos. No sabía qué

hacer, y creía que, si cumplía con las directivas que me daba mi padre, podía apaciguar el demonio que tenía adentro. Imagino que ha obrado del mismo modo contigo, que fuiste tan víctima de él como Ángel.

—Así es, pero hubo un momento en que le perdí miedo al gran Soria. Era así como todo el mundo lo veía, incluso su propio hijo. Tu padre dominaba a las personas a base del terror que podía infundir, aunque eso demostró lo débil que era.

—Yo solo trataba de cuidar a Ángel.

—Si se trataba de eso, no me hubiese pesado apretar el gatillo para darle muerte a tu padre. No solo fue una mierda con su propio hijo, sino también conmigo. Pero pudimos haberlo solucionado de otro modo aquella noche. La palabra "accidente" nunca salió de tu boca, aunque sí la palabra "asesino". Por mucho tiempo, me ha costado quitarme eso de la cabeza. Me entregaste a Méndez cuando apareció tras el disparo.

—Lo sé —dijo en medio de la conmoción que le generaba reconocer lo sucedido—; tengo grabado a fuego lo acontecido aquella noche cuando iba a encontrarme contigo. Caminé hacia allí, escuché los gritos provenientes del despacho. Cuando abrí la puerta grité ante la imagen golpeada de Ángel. Se habían ido a las manos; mejor dicho, mi padre lo había vuelto a azotar. Un fuerte impulso hizo que me abalanzara hacia ellos. No me importó la orden que mi padre me dio para que me alejara de allí, que lo que sucedía lo iban a arreglar los hombres de la casa, aunque él dudaba de que Ángel lo fuera, porque lo sabía un cobarde incapaz de hacer nada. Gritaba que estaba cansado de ver lo inservible que era, que se avergonzaba de que fuese su hijo. Aquel segundo golpe asestado a Ángel me enfureció de tal modo que volví a gritar hasta que apareciste por la puerta. Eras mi salvación, la única persona que podía solucionarlo todo. Luego nos vimos todos envueltos en la trifulca. La detonación del disparo puso fin no solo a la vida de mi padre, sino a sufrimiento de Ángel. Yo no podía dejar que mi hermano fuese culpado. Él no habría soportado el peso de la prisión. Yo tampoco habría podido resistir confesar que había sido Ángel el que había apretado el gatillo. Siempre cuidé de él y lo protegí como pude. No podía hacerle algo semejante como incriminarlo, aunque, si lo hubiese hecho, tú no hubieses tenido que escapar. Durante meses, por tu ausencia, quise presentarme frente a las autoridades policiales para confesar que tú no tenías que ver con la muerte y que había sido yo la autora. Mentiría otra vez, pero de ese

modo te exoneraría de lo que dije en un momento de desesperación y continuaría cubriendo a Ángel por lo sucedido.

—Pero preferiste continuar protegiéndolo a él.

—Sí, siempre cuidé de él y lo sabes. Nunca tuvo nuestra fortaleza. Por más que esa idea daba vueltas en mi cabeza, sabía qué él no soportaría que yo estuviese en su nombre tras las rejas. Ángel nunca se recuperó después de lo sucedido. Su salud ha empeorado, se ha desmejorado. Yo creía que silenciar lo ocurrido sería un modo de olvidar lo vivido. Una manera de negar lo sucedido. Pero estaba equivocada, y el peso de ese silencio fue atroz. No mencionarte ni recordar lo que vivimos fue peor porque siempre encontraba un motivo para tenerte en mi mente.

—Entonces, el costo de su protección fue condenarme a mí.

—Tienes razón, pero puedo asegurarte que viví un infierno hasta que te vi de regreso en la escribanía. Supe de inmediato que volvías para hacer justicia. Tienes razón si la buscas. Por eso no me he escondido y he buscado hablar de lo sucedido para que me des la paz que busqué tener todo este tiempo.

—Tarde, muy tarde.

—Si es así ¿para qué viniste?

—¿En verdad quieres saberlo?

—¡Sí¡ Por momentos creo estar frente al Luca del pasado y siento que aún existe el lazo que siempre nos unió, aunque ahora sea muy débil. Pero más tarde noto que no te conozco, que te has transformado en otra persona que estoy intentando conocer. Aunque sé que en el fondo mantienes la esencia intacta.

—No sabes lo que dices. Nunca volví a ser lo que fui alguna vez. No tienes idea en la persona en la que me transformé. En las pocas veces en las que te he recordado —mencionaba una indiferencia que nunca existió—, me miraba y puedo asegurarte que me aborrecía. El miedo que tuve al huir de aquí se fue morigerando a medida que abandonaba el lugar y debía afrontar los temores de estar en una tierra extraña. Me decía que no había pasado todo esto para echarlo a perder sin pelear, y así fue. Hice de todo para subsistir. Para sobrevivir realicé lo impensado. Me vinculé con personas peligrosas

que me ayudaron a salir adelante, y te aseguro que pagué con creces haberlo hecho. Sin embargo, seguí adelante. Me involucré en negocios sucios que me permitieron hoy contar con lo que tengo y disfrutar del poder que me da el dinero. A medida que iba ascendiendo en lo que hacía, pensaba qué sentiría cuando te viese. No iba a detenerme hasta cobrarme lo que me hiciste. Cada maldito día que pasaba buscaba sacarte de mi cabeza, pero no podía. Estaba convencido de que la sed de venganza me permitía continuar. Que no pararía hasta encontrarte y hacerte pagar todo lo que debí pasar por tu culpa.

—Si buscabas verme destruida, aquí me tienes. Ya nada tengo. He perdido todo, en especial a ti.

—No me vengas con eso.

—No volvería a mentirte.

—No cambies el sentido de la conversación.

—Pero ¿qué es lo que no quieres oír?: que me importas y que nunca dejé de pensar en el daño que te hecho.

—Sentías lástima por mí; es eso.

—Si hay algo que nunca me provocaste ha sido lástima. Siempre hubo algo importante entre nosotros.

—Que supiste destruir hace diez años.

—Te aseguro que nunca deseé hacerlo. Puedo garantizarte que pagué por eso.

—No te mientas. Por lo que veo, en este tiempo, has podido encarrilar tu vida. Hasta donde sé, estás comprometida con alguien para formar una familia.

—Sí, porque creía que a Beltrán le debía agradecimiento porque me ayudó en su momento.

—Y por qué no sigues agradeciendo por el modo en que te trata y actúa contigo. De verdad es de destacar.

—Deja la ironía a un lado. Si viniste para hacerme pagar por lo que hice, puedo asegurarte que estar a tu lado es el menor de los castigos que puedo tener. No te imaginas las veces que pedía volver a

tener una oportunidad contigo para decirte todo lo que no pude hacer en su momento. Para pedirte perdón por lo sucedido y para que sepas que nunca dejé de amarte.

—No sigas.

—Viniste hasta aquí para escucharme, te pido que lo hagas hasta que termine —dijo al mirarlo entre lágrimas.

—Hazlo, porque no tengo toda la noche.

—El intento por salvar a Ángel de lo ocurrido hizo que te condenase a ti, pero también a mí. Quiero que sepas que la culpa no fue el único sentimiento que tuve por ti. Aunque te cueste creerlo, el amor que sentí por ti años atrás se fue incrementando con el tiempo. Cuando creía que me derrumbaba, me imaginaba cómo sería la ocasión en que volviéramos a vernos. Nunca perdí la ilusión de volver a verte. Claro que jamás imaginé que te aparecerías como lo hiciste.

—Entonces…

—Que no importa si cambiaste, porque yo tampoco soy la misma. Lo que ves ahora es la imagen deslucida de lo que alguna vez fui. Tampoco te juzgo por los turbios negocios en los que te involucraste para vivir: sé porque lo hiciste. Y, aunque te niegues a escucharlo, amé al joven que fuiste y amo al hombre en el que te has convertido; incluso si tú lo detestas.

Luca no imaginaba semejante confesión. Una mezcla de sentimientos lo corroía por dentro. Sentía que nunca antes él había sido importante para alguien.

—Ya es tarde para nosotros.

—Pruébalo.

—Eva, no me desafíes.

—No lo hago, hace unos días en el escritorio…

—Aquello fue un impulso, un error.

—Me dijiste que buscabas estar conmigo cuando yo solo pensara en ti. Es lo que hago desde aquel día. Una y otra vez, recuerdo los besos y las caricias que me diste —susurró con vergüenza por

desnudar su sentir frente a él.

—Aunque no lo creas, te estoy volviendo a salvar; en este caso, de mí.

—No lo hagas.

—Eva…

—¿Qué haces?

—Me voy.

Aún esperaba sentir satisfacción por verla quebrada tras haberle confesado lo que le sucedía. La conocía como nadie. Mal que le pesara, sabía que ella había desnudado sus sentimientos frente a él. Que no se trataba de una técnica para seducirlo, no era así cómo ella se conducía con la gente, en especial con los hombres. Y eso lo molestaba tanto. Habría preferido que ella intentase jugar con él; con esa clase de mujeres estaba acostumbrado a relacionarse. Ninguna se parecía a Eva. Cada maldita decisión que ella tomaba, lo hacía con absoluta convicción. Esa vez, estaba convencida de lo que sentía por él. Alcanzó la puerta de entrada y giró antes de salir. A una corta distancia, estaba ella sin dejar de observarlo. Ya se habían dicho lo más importante, poco quedaba por hablar.

—No vuelvas a huir.

—¿Cómo?

Parecía que ella lo conocía más de lo que él creía: lo estaba provocando y no creía que pudiera resistir un embate más de Eva.

—Te esperé todo este tiempo, estaba convencida de que estarías con vida. Durante estos años, guardé la ilusión de poder demostrarte todo lo que siento por ti. No te vayas ahora.

Luca alargó la mano y la tomó por la cintura hasta acorralarla entre los brazos.

—Te doy este momento para que te arrepientas. Entre nosotros no puede haber nada. Yo no puedo darte nada. —Él veía cómo ella asentía con un leve movimiento de cabeza—. No habrá ni promesas, ni reclamos mañana.

Él había colocado las manos sobre la pared, solo la rozaba con su aliento al hablar. Ella se fundió en los verdes ojos de Luca y se dejó llevar por lo que le decían, empeñados en contrariar lo que su boca pronunciaba.

—No habrá un mañana, solo el tiempo que podamos estar juntos —dijo ella al derramar una lágrima.

Eva nunca había pedido nada a nadie. Su orgullo jamás se lo había permitido. En ese instante, estaba frente al único hombre que amaba pidiéndole que la amase el tiempo que fuese sin que importara un futuro, porque no lo había. A pesar de eso, anhelaba que ese instante fuese único entre ambos. Luca asintió. Con el pulgar, deshizo la lágrima que le caía por la mejilla.

—Te lo aseguro —dijo Eva—. Solo el tiempo que tengamos. Nada más.

Luca no dejó de contemplar cada reacción que tenía a medida que deslizaba el dedo por el lóbulo de la oreja; después; por el largo camino del cuello. Iba a tomarse el tiempo que fuera para disfrutar de Eva, de su cuerpo, para al fin hacerla suya. De ese modo, nunca se olvidaría de él. No le importaba lo que le costase volver a estar con otro hombre sin dejar de recordarlo. No podía herirla por más que lo hubiese intentado, salvo por la huella que le dejaría. Ella dejó que la desvistiera. Podía sentir el temblor en el cuerpo de ella a medida que los dedos le recorrían el cuerpo. La levantó y la llevó hasta la cama ubicada al otro lado de la sala tras una biblioteca de madera que hacía las veces de división de la única sala. La besó con locura dejándole, cuando se separó apenas unos centímetros, los labios hinchados y enrojecidos por la pasión desatada. Con la boca descendió por el cuello para beber cada pulgada de la piel de ella, para saborearle cada rincón del cuerpo. Los pechos enhiestos reclamaban ser besados y acariciados por él. Cada parte de ella respondía sin dudar. Ella estaba hecha para Luca y para gozar de sus caricias, de los besos y de todo el placer que le estaba brindando. Con la boca, él la recorrió entera sin dejar un ápice de piel por recorrer. Al compás de los gemidos de ella, llegó al centro. Notó que Eva buscaba incorporarse para sacarlo de allí. Le sostuvo los muslos con las manos y le clavó la mirada.

—Yo nunca… —gimió asombrada por lo que él intentaba hacer.

—Shh; lo sé; solo disfruta —ronroneó.

A medida que la invadía con la lengua y absorbía su humedad, el cuerpo de ella comenzó a mecerse ante la ráfaga de sensaciones que la envolvía. En ese momento, dejó de pensar en lo que él hacía y se dejó llevar por el profundo estremecimiento que le atravesaba todo el cuerpo porque él la estaba devorando con la pasión que por ella sentía. Los jadeos comenzaron a incrementarse. Por más que ella quisiera controlar su cuerpo, no podía porque estaba a merced de él. Las palabras sobraban en ese instante. La unión era tan intensa que los cuerpos estaban fundiéndose uno en el otro. Poco a poco, notó que un fuerte espasmo sobrevino y la sacudió por completo. Luca se incorporó. Comenzó a desvestirse con premura, sin dejar de observarla. Podía leer lo que ella intentaba decirle sin palabras. Acababa de sellarle con la boca cada parte del cuerpo, con besos cada centímetro de piel y con las manos le había acariciado cada curva de ese ser que, por más que él se negase a confesar, amaba a pesar de todo.

—Quiero estar dentro tuyo —ronroneó al tiempo que le sujetó las muñecas por encima de la cabeza.

—Siempre deseé que fueras tú.

Si había algo que logró enloquecerlo fue saber que sería el primer hombre para ella; que, a pesar del tiempo transcurrido, ella lo había esperado. Atrás habían quedado las barreras que supo construir en todo este tiempo. No le importaba que no hubiera un mañana, que todo lo demás se fuera por la borda. Estaba lista para él. De a poco y, a medida que ingresaba en su interior, la marea de pasión desatada eclipsó a Luca. Nunca antes se había sentido así con una mujer. Solo ella podía despertar los sentimientos que, en ese instante, le atravesaban todo el cuerpo. A medida que los embates crecían, el coro de gemidos y jadeos se incrementaba. En cada embestida, no dejaba de mirarla. No había lugar ni cabida para confesar lo que le sucedía, aunque ambos lo sabían.

—Luca —lo nombró antes de estallar.

—Mía, al fin —susurró él una y otra vez.

Ninguno de los dos quiso separarse. La agitación de las respiraciones hablaba de la pasión, el desenfreno y el amor que latía entre ambos. Sin embargo, ninguno quería decir una palabra de más que pudiera interrumpir el momento vivido. Luca cambió de posición y la atrajo hacia su pecho para que descansara allí. La jornada había

sido intensa para los dos, aunque ninguno había esperado que terminara de ese modo. En el más absoluto silencio, no dejaron de acariciarse. Nada de lo que Eva hubiera soñado, habría alcanzado para imaginar lo acontecido minutos antes. En cada caricia y con cada beso, él la había adorado. Ella no necesitó de palabras de amor para sentirse amada y única.

—Puedes hablar si lo deseas —le dijo él.

Con los cabellos rubios enmarañados, las mejillas sonrojadas y una amplia sonrisa, ella se asomó sobre el pecho de Luca. Se incorporó apenas.

—Tendría muchas cosas para decirte, pero creo que la mejor, ahora, es preguntarte si quieres comer algo.

Ella notó, como hacía tiempo, a esos ojazos verdes destellando.

—Un poco de comida no me vendría mal.

Él no le diría que nunca estaría saciado de ella, que esa noche recién comenzaba y que no sabía cómo haría para alejarse. Con una bata de abrigo, fue hasta la cocina y sacó del horno la comida que a diario le preparaba Cleo.

—Parece que hay alguien que también está hambriento.

Luca se refería al perro que, moviendo el rabo y con la lengua afuera, no dejaba de ver los movimientos que Eva hacía con la bandeja de comida. No dudó en darle primero una ración, para que, luego, ellos pudieran cenar tranquilos. Volvió a la cama. Luca no se había movido. Ella le ofreció un plato.

—Está exquisito.

—¿No habías comido?

Eva estaba sentada frente a él que la veía resplandeciente.

—Sí, pero… —No solía avergonzarse frente a alguien, pero la intimidad que habían mantenido era nueva para ella—. Bueno, todo esto me dio hambre.

—Yo pensé que te la había quitado.

—Eso también —dijo al pincharlo con el tenedor.

—¿Estás segura que fue obra de Cleo?

—No, me dijo que tu asistente, muy a su pesar, le había dado una mano. Según ella, Antonio ha venido solo para complicarla. Como no podía ser de otro modo, fuiste tú quien se lo impuso.

Luca sonrió con el comentario. Parecía sentir que otra vez estaba en casa. Fue en ese momento que ninguno hizo referencia a lo pasado, ni a lo ocurrido, sino que hablaron como solían hacer cuando nada los separaba. Quizás haberse dicho, sin concesiones, todo lo que cada uno había sentido y vivido los hiciera sentirse más livianos.

—Parece que te gustó —dijo Eva al inclinarse para retirar el plato de la cena. Luca se lo quitó de la mano colocándolo en la mesa de luz y la atrajo hacia él. Él había pensado que haberla hecho suya calmaría el fuerte deseo que por Eva sentía, pero estaba equivocado, porque las ansias por estar dentro de ella y amarla otra vez habían crecido. Sin palabras de amor, ni promesas o reclamos, se amaron durante el resto de la noche.

Algunos rayos de sol que entraron por la ventana despertaron a Eva. Cuánto hacía que no dormía hasta esa hora de la mañana. Con somnolencia, palpó con la mano el lugar que había ocupado él: estaba vacío. Se levantó para calentarse un café y recordar cada instante vivido durante la noche con Luca: el único hombre al que amaría por siempre.

Capítulo dieciséis

Tallado para la eternidad

Ni siquiera en los sueños más remotos, Eva habría imaginado que podría sentirse de ese modo, luego de haber pasado una noche con él. Nunca antes se había sentido de ese modo con otro hombre. Tiempo atrás, estaba convencida de que la única manera de tener un vínculo sería como con Beltrán: cariño, gratitud y compañía habían sido los factores determinantes de que estuviese con él. El compromiso la había tomado por sorpresa. A partir de ahí, ya nada con Sagasti había vuelto a ser apacible. En verdad, desde que Luca había aparecido, todo en su vida se había dado vuelta. Solo en su imaginación se había permitido pensar cómo sería volver a encontrarse con él, estar con él, ser su mujer. En la noche en la que se entregó a él, creyó, por un instante, que aquella ilusión iba a desvanecerse una vez hecha realidad, porque había alimentado por mucho tiempo la fantasía del encuentro. Sin embargo, estaba equivocada. Había sido mucho mejor de lo que hubiese imaginado en algún momento. Pero no quería engañarse y sabía cómo iban a ser las cosas con él. Debía dejar a un lado las expectativas. No sería fácil por el modo en que la había tratado y hecho suya; ese afecto y esa pasión hablaban de un sentir más profundo del que él estaba dispuesto a confesar. Eva no deseaba que la confusión le enredase los pensamientos.

No quería darle más vueltas a lo sucedido. Necesitaba dejar de contemplar el hueco de la cama que había ocupado Luca, dejar de revivir los momentos en los que se habían amado, para volver a sentirse libre y conducirse como lo había hecho cuando él no estaba. En ese mismo instante, se vistió con los pantalones de montar, se abrigó para hacerle frente al frío invernal y salió rumbo al establo. A esa hora de la mañana, ya nadie quedaba en las inmediaciones de la casona. La mayoría del personal estaría en plena faena. La jornada en el campo comenzaba a primera hora de la mañana. Buscó a Whisky, que sorprendentemente estaba en el establo, y lo preparó para la cabalgata. No bien salió, miró el cielo y supo que la tormenta que

había amenazado con desatarse el día anterior iba a desencadenarse durante las próximas horas. Espoleó al animal y salió disparada sin rumbo fijo. La libertad que sentía era absoluta. En medio de las tierras que la vieron nacer, estaba feliz. Allí había conocido al hombre del que se había enamorado. Dentro de los límites de esas extensas tierras, no solo había vivido la etapa más trágica y dolorosa de su vida, sino que había encontrado la felicidad junto a Luca.

A medida que cabalgaba las imágenes de él pasaban con la misma velocidad que el paisaje. Debió desviar el hilo de sus pensamientos al recordar que su estada allí era provisoria, que, en unas semanas, debería abandonar El Recuerdo y que nada sería igual. Aumentó la velocidad y se lanzó en una carrera contra el tiempo intentando quitarse de la mente la incertidumbre y la angustia que comenzó a envolverla. A su paso vislumbró un obstáculo formado por troncos destinados a cambiar los postes de alambrado de esa zona. Con la velocidad que llevaba, no tenía tiempo de virar la dirección. Volvió a espolear al animal para animarlo a saltar. Ese caballo estaba acostumbrado a tales acrobacias. El vértigo que ella experimentó al hacerlo alimentó su espíritu indómito. Necesitaba saber que aún podía sentirse de ese modo y disfrutar de todo lo que la rodeaba sin necesidad de estar en compañía de Luca, sin que su vida y felicidad dependieran de él. Aunque, una vez más, fue en vano desviar los pensamientos que lo tenían como protagonista, porque debía reconocer que ella nunca había logrado alejarlo de su mente ni de su corazón. Fue el ritmo de la cabalgata lo que la abstrajo de todo. A poco de andar, notó que el animal comenzó a cojear. Se detuvo de inmediato para evitar que la lesión se agravase. Bajo el amparo de unos árboles, lo examinó. Cuando intentó que flexionara el miembro lastimado, notó como el dolor del caballo aumentaba. Algunas gotas de lluvia la alcanzaron. El fuerte sonido de los truenos la inmovilizó.

La tormenta era un inconveniente adicional que no la ayudaba. Hacía tiempo que no recorría esa zona. Debía buscar un lugar para guarecerse y esperar con Whisky. Tomó de las riendas del caballo. Comenzó a caminar tiritando, ya no de frío, sino de temor. Nunca le habían gustado las tormentas, mucho menos, desde la muerte de su padre. Aún podía recordar los fuertes truenos que resonaban en el interior del despacho paterno. Uno en especial había retumbado y pareció fundirse con el disparo del arma. Un intenso escalofrío le atravesó todo el cuerpo.

De inmediato, dejó de sentir lástima por sí misma y pensó que, si

estaban reparando el alambrado, deberían haber construido algún contenedor para alojar el resto de la madera junto a los rollos de alambre. Ese lugar, debía estar cerca. A poco de caminar, vislumbró una pequeña construcción de chapa, protegida por unos árboles que la rodeaban. Volvió a mirar al animal. Sabía que debería descansar hasta regresar.

—Vamos, falta poco.

Con el último esfuerzo alcanzaron la construcción. El lugar era estrecho. El ruido de la lluvia contra zinc le parecía ensordecedor. La tormenta no tenía visos de amainar. Debería aguardar hasta que el caballo descansase y la lluvia se apaciguase. Una fuerte cortina de agua le imposibilitaba ver más allá de sus narices. Esperó sentada sobre el barro que se formaba a alrededor, se abrazó las piernas encogidas, apoyó el mentón sobre las rodillas. Tenía la mirada perdida: solo quería que los buenos recuerdos opacasen los malos y la distrajeran de esa situación. No supo el tiempo que estuvo allí, aunque decidió que no seguiría esperando. No soportaba estar un minuto más a expensas de esa maldita tormenta. El relinchar de Whisky la alertó y temió que fuese por el dolor. Pero no fue así. Vio aparecer a Luca mojado y con la furia dibujada en el rostro. Esos ojos verdes destellaban flamas de fuego y rabia.

En un momento de la faena que Luca estaba realizando con unos peones, la vio a lo lejos atravesar el terreno como una exhalación. Cuando él fue a dejar el caballo al establo, notó que Whisky no estaba. De inmediato, salió a buscarla. Se guio por el camino que ella antes había tomado y enfiló hacia allí. Se imaginó que algo le había sucedido, porque ella conocía el lugar y habría regresado con el inicio de la lluvia.

Le impactó la imagen de Eva. Allí estaba con los cabellos rubios enmarañados, la ropa envuelta en lodo y el miedo estampado en el rostro. En ese instante, parecía ser la Eva con la que jugaba cuando eran más jóvenes, a la que solía sacar de los bretes en lo que solía meterse. Como si el tiempo se hubiera detenido.

—¿Qué haces aquí? —siseó al agacharse para estar a la altura de ella.

Eva no le contestó, sino que le rodeó el cuello con los brazos con vehemencia y desesperación.

—Sabes que eres una inconsciente y que podrías haberte matado cabalgando de la forma en que lo hacías —le resopló en el oído.

—Lo peor es que por mi culpa Whisky se lastimó.

Luca se separó para ver que la palidez inicial en el rostro de Eva se había esfumado y que un tinte rosado comenzaba a teñirle las mejillas. Se incorporó y examinó al animal.

—Quedarnos aquí bajo la lluvia y el frió será peor. Eva, vete con mi caballo; yo iré más lento con Whisky.

Esa sería la mejor solución, ya hacía tiempo que la joven estaba a la intemperie. No quería que se enfermara.

—No.

—¿Cómo dices?

—Nos iremos juntos. No me importa mojarme más de lo que estoy —replicó al mirar el estado calamitoso en el que se encontraba.

—Hazme caso esta vez.

Sin embargo vio cómo ella negó con la cabeza. Algunas manchas de lodo estaban diseminadas por el rostro de la muchacha. Un impulso incontrolable lo invadió. La tomó con la mano, por detrás del cuello, y la atrajo para devorarle la boca. La besó sin cuidado y con desesperación. Eso despertaba en él. Por mucho tiempo había controlado sus emociones y su proceder, de eso dependía que nada le ocurriese en el ambiente en que se movía. Mantener la cabeza fría resultaba fundamental para salir airoso de un situación peligrosa. Sin embargo, con ella todo era distinto. Le molestaba que Eva tuviese ese poder que nunca le había entregado a nadie más.

—Ahora estoy mejor —gimió ella luego de ser besada con avidez —. Esta vez no te enojes conmigo. No la pasé bien desde que se desató la tormenta. Lo sabes.

Ahí estaba otra vez el poder que ella tenía para cambiar las cosas; en especial, su estado de ánimo.

—Vamos, entonces.

Ambos analizaron que lo mejor sería que montasen al caballo de

Luca y llevasen de la rienda a Whisky. Fue así como, bajo la lluvia y en el doble de tiempo, llegaron al establo. Cuando lo hicieron la lluvia ya no era intensa. Ambos estuvieron dentro de la cuadra untándole un ungüento para calmar el dolor del animal. Luego de cepillarlo y darle de comer, lo dejaron tranquilo para ver cuál sería la evolución.

—Todavía estás con frío.

—No, porque ya no siento el cuerpo —completó Eva al continuar camino hacia la cabaña. Si bien no lo invitó, Luca la acompañó e ingresó.

Como cada vez que lo veía, Titán se abalanzó para saltar en rededor sin dejar de mover la cola.

—Si quieres puedes preparar algo caliente mientras aprovecho para darme un baño.

Luca alimentó la chimenea con más leños. Que la construcción fuese pequeña, permitía que siempre estuviese calefaccionada. Poco después, vio salir a Eva sencillamente vestida. Se la veía tan hermosa como las pocas veces que la había visto de gala. El cabello rubio lo enrollaba con una toalla para secarlo.

—Aunque no me lo pediste, te dejé todo listo para que te des un baño. Encontré algo de ropa para que te cambies.

—Qué manera de decirme “sucio” —dijo entre risas.

—Mientras lo haces, voy a calentar algo para almorzar.

Como de costumbre, Cleo le había dejado una fuente con la comida para ese día. Se había dado cuenta de que la empleada había aumentado la porción. No le había preguntado sobre Luca, parecía no necesitarlo. A Eva le sorprendió la naturalidad en la que se movía con Luca. Creía que él también quería hacer una tregua y disfrutar de esta situación nueva para ambos. Ella quitó los dos cuencos de guiso que había colocado sobre el fuego del hogar.

—Justo a tiempo. Hoy estoy con hambre —dijo ella al servirle.

—Quizá no has tenido una noche tranquila.

—Sí, tenía que reponer fuerzas —completó sonrojada.

—¿Te da vergüenza hablar conmigo de lo que sucedió?

—Un poco. —Hizo una pausa—. Hay algo que quiero saber. —le dijo. Él, sin dejar de comer, fijó la mirada en ella—. Cuando llegó el comisario a verte, luego de que hablaras, le indicaste que lo hiciera conmigo.

—Sí, él me lo pidió.

—Pero, así y todo, no sabías qué iba yo a decirle a Ortiz.

—Es cierto.

—Pero, ¿qué pasaba si te inculpaba o decía algo inconveniente?

—Era una posibilidad.

—Me sorprendió que estuvieras tan tranquilo.

—Cargo con el peso de un crimen desde hace diez años. Me acostumbré a que nadie me crea, que mi palabra no tenga valor y que a nadie le importe mucho lo que me sucede.

—Te equivocas.

—No, es así. En este tiempo aprendí a sobrevivir. Si hubiera ido preso por un acto que no cometí, hubiese buscado la manera de huir de allí para no regresar jamás. Lo hice una vez, podría hacerlo una segunda vez. La diferencia es que ahora cuento con dinero, contactos y un lugar hacia dónde ir. El poder lo cambia todo.

Eva no había dejado de pensar en la vida que él llevaba de Chicago. No le había hecho mención de nada ni de nadie. Pero eso la inquietaba.

—¿Hay alguien allá que te espera?

—Sí.

Un frió le corrió por la espalda. Luca notó la tensión en el cuerpo de ella. Aunque intentase ocultar sus emociones, la conocía como la palma de su mano.

—No me habías contado que una mujer te esperaba.

—Entre nosotros no hay promesas. En eso he sido claro.

Una fuerte puntada la atravesó, sabía que no tenía derecho a indagar, pero no iba a desaprovechar esa oportunidad.

—¿Ella es importante para ti?

—Hay una sola mujer que lo ha sido en mi vida. Si me conoces cómo dices, deberías saber la respuesta.

—Si es así, por qué volverías.

—Porque tengo cuestiones que resolver.

—Puedes hacerlas y regresar.

—Me estás pidiendo que regrese por ti.

—Eso nunca te lo pediría. Haces muy bien en seguir a tu corazón e ir en busca de esa otra.

—Ven —dijo al atraerla sobre su pecho—, me gusta que te pongas posesiva. No hace falta que te diga que no me interesa otra mujer, pero eso no va a detenerme para regresar a Chicago. No sé si podré volver aquí una vez que me haya ido.

—Podría ir a visitarte.

—De ninguna manera; hay cosas que desconoces. Es mejor que sea así.

Luca la atrajo y la desvistió sin parsimonia para amarla una y otra vez. Ninguno de los dos necesitaba pensar en el futuro, en los reclamos o en lo que sobrevendría. Solo disfrutar de estar juntos. Al menos en ese instante.

* * *

Luca aún no había salido de recorrida, tenía que atender varios asuntos. Eso lo llevó a quedarse encerrado en el despacho durante algunas horas, atrapado entre documentos y papeles. Eso era lo que menos le gustaba, pero si quería que la estancia funcionase, debía hacerlo. Se encontraba tan ensimismado que apenas oyó los golpes a

la puerta.

—Veo que no me has escuchado.

—Pasa, Antonio, me va venir bien un poco de distracción.

—Creía que de eso tenías bastante últimamente.

Luca lo miró sin hacer algún comentario. Estaba claro que las últimas noches las había pasado en la cabaña junto a Eva. Si bien no le había contado al respecto, le había dado a Pereyra ciertas indicaciones referidas a Eva, si a él en algún momento le sucedía algo. Solo con eso, su asistente se había dado por enterado de que la joven, era alguien importante para él, aunque Luca se negase a decirlo.

—Supongo que no viniste para controlar lo que hago en mis noches.

—Claro que no, y tampoco pediste mi opinión, pero voy a dártela igual. Creo que esa muchacha es lo mejor para ti. Por más que no me lo hayas dicho, doy por sentado que se trata de la joven que, tiempo atrás, cuando nos conocimos, te había destrozado el corazón.

—Si hay algo que no te falla es la memoria.

—Así es. Aunque sé que no me lo vas a confirmar y no es necesario que lo hagas.

Luca no respondió. Antonio continuó:

—Bueno, vamos a lo que he venido: se corre el rumor de que Sagasti ha llegado al pueblo. A primera hora, me crucé con un parroquiano y me comentó que alguien de la ciudad había llegado a Los Álamos. Sabes que ese a sujeto le gusta hacerse notar y que la gente de un pueblo chico habla cuando nota algo fuera de lo común.

—Está bien; lo esperaba.

—Sí, ya está todo listo. Debo decirte que, como creíamos, el comisario volvió al pueblo hace nueve años, luego de lo acontecido en esta estancia. Por lo que pude averiguar, una cuestión familiar lo mantuvo alejado de Los Álamos por casi un año. Cuando volvió, nadie promovió la denuncia. Solo quedaba un eco de lo sucedido en El Recuerdo debido a los comentarios de algunos trabajadores de la estancia. Pero duraron hasta que se fueron yendo de la estancia para

trabajar en otros establecimientos, a veces, en localidades cercanas. De esa forma, las voces se acallaron. Solo hubo una persona que cada tanto insistía con el tema.

—Méndez.

—Así es. Aunque, con el tiempo, dejaron de darle importancia. Por lo que averigüé, Soria no era un hombre querido. A más de uno, le alegró la muerte.

—Lo sé.

—Soria supo extender los conflictos con varias personas influyentes de la zona. Méndez ha aprendido de él.

—Así es. Se dedicó a molestar a los que se quedaron; en especial, a Eva.

—Tendrás que detenerlo.

—De eso me ocuparé más tarde.

—Bien.

—Saldré para Los Álamos.

—Si lo deseas, puedo acompañarte.

—No, es mejor que te quedes aquí. Ya sabes lo que tienes que hacer si algo se complica.

—Lo sé, pero no será necesario, porque terminarás con ese imbécil de un modo que no se lo espera.

—Me voy a cambiar.

—Suerte muchacho.

Poco después, Luca enfilaba con su automóvil hacia el pueblo. Eran pocos los kilómetros que lo separaba de la estancia. Estaba seguro de que Sagasti estaría pergeñando algo para volver a atacar. Ya no solo a él, sino también a Eva. Se había cansado de los embates que hacía. Había que ponerle fin de una vez. Levantó la vista y observó la arcada de material construida sobre la amplia calle de tierra que daba la bienvenida al pueblo. A pocas cuadras, se encontraba la plaza del

lugar. Sobre una de las calles que la circundaban se erigía la iglesia; del otro lado, la comisaría. El viento arremolinaba las hojas caídas de los árboles desnudos. Nada era apacible aquel día. En diagonal, había una pulpería añeja, parecía fundada el mismo día que el poblado. Allí circulaban las novedades del lugar. Dejó el vehículo sobre la otra esquina y enfiló hacia el negocio para beber una copa de grapa. Unos pocos parroquianos estaban dentro. No bien entró, algunos le dieron la bienvenida con la bajada del ala del sombrero. Una vez que pidió la bebida y la tomó, se quedó unos minutos más sentado frente a la barra del lugar. Luego salió de allí en busca de su automóvil. No tardaría demasiado tiempo en correrse la voz que él acaba de llegar al pueblo. Prendió un cigarrillo y esperó. Pensó en cómo cada pieza se encastraba en su lugar. Cuando notó que había cierto movimiento al otro lado de la plaza, prendió el motor y fue despacio hacia el lugar al que tenía pensado ir. Antes de alcanzar el arco de bienvenida, dobló por una calle lateral y se adentró por allí unas cuantas cuadras. A lo lejos, veía una nube de polvo levantado por otro vehículo que iría al mismo lugar al que él se dirigía. Estaba claro que alguien estaba siguiendo sus pasos. Se detuvo frente al camposanto del lugar. Era una porción de terreno bastante pequeña en comparación con cualquier cementerio de otro pueblo. Dejó el automóvil a un costado y se lanzó a caminar. Había una vetusta construcción regenteada por el encargado del lugar. El empleado lo saludó con el mate en la mano.

—Buenos días, lo estaba esperando.

—Un gusto.

—Pase nomás, siéntese. Anduvo por acá un tal Pereyra Y me dijo que uno de estos días usted se daría una vuelta por acá.

—Así es. Me comentó la situación por la que están pasando en el cementerio.

—Con el tiempo, la cosa se complica. Además, ya nadie busca darle una solución al poco terreno que tenemos. La gente se preocupa más en los que nacen que en los que mueren. Aunque el momento nos llegará a nosotros también, pero hoy nadie quiere tener que ver con esos problemas. Es más, cuando quieren darle al difunto una cristiana y digna sepultura, lo hacen en otra localidad cercana. Es así nomás la cosa.

—No sé cuánto tiempo estaré aquí, pero, en la medida que pueda, me gustaría colaborar. Podrán contar conmigo para la adquisición de

más tierras para que cada persona de Los Álamos tenga un eterno descanso digno.

—Todos nosotros le estaremos agradecidos por siempre. No es fácil para aquellos que no tienen recursos visitar a sus seres queridos lejos del pueblo.

—Lo entiendo.

—Es lamentable, pero es lo que nos toca a los pobres.

—La verdad es que, cuando me lo comentó mi asistente, me sorprendió que así fuese.

—Así es, mire, la gente del pueblo sabe que, para brindarles un homenaje a sus difuntos, lo deben hacer con alguna misa en la iglesia. Este lugar dejó de tener un significado digno para sus deudos. La inundación que sufrimos, tiempo atrás, complicó las instalaciones del cementerio.

Luca había averiguado que la inundación había desmejorado el camposanto. Incluso, por la baja cantidad de fondos, destinados a otras áreas, habían debido hacer fosas comunes para alivianar el pesar de los seres queridos que buscaban un lugar digno de reposo para sus familiares que yacían allí.

—Intentaré ayudar para que, en un futuro, mejore.

—Gracias, señor, pronto lo irán a ver, entonces.

—Nos veremos, claro.

—Adiós.

Luca salió de la oficina del administrador del lugar y se topó con Sagasti acompañado por Ortiz.

—Qué coincidencia.

—Si te crees que no estoy al tanto de tus pasos, te equivocas.

—Déjeme hablar a mí —interfirió la autoridad policial—. Con usted quería conversar, hay algunas cuestiones que aún no están claras.

—Si piensas que no dejarme ingresar a El Recuerdo te va a permitir escabullirte, te equivocas. Estoy detrás de ti y de lo que tramas.

—Ortiz, me gustaría que me acompañe, quiero que vea algo.

El comisario asintió y siguió a Luca adentro del camposanto. Se veía una seguidilla de cruces y lápidas. A medida que se adentraban, el estado empeoraba. Cada tanto, se veía alguna cruz torcida por encima de una tumba. El deterioro de las lápidas también era notorio. No había flores que algún familiar pudiera haber llevado. Esa parte del terreno estaba devastado. Sí había algo llamativo: la larga lista de apellidos que había en cada una de ella. Algunas lápidas estaban construidas en cemento y rotas en los bordes. Otras hechas simplemente en madera, a mano, con los apellidos grabados con el filo de algún cuchillo o cincel. Las de mármol no existían, se trataba de un lujo que nadie de la zona se podía permitir. Todo aquello se veía muy precario. Luca se detuvo en el sector más deteriorado del lugar, frente a una tumba.

—Observe esta con detenimiento.

Luca sentía la presencia de Sagasti a un costado que intentaba descubrir para qué había ido hasta ahí, qué pretendía señalar. La cruz, como tantas otras, era de madera. Allí tallado, en lo que parecía una fosa común, había un larga lista de apellidos que correspondía a quienes estaban debajo. En el último lugar figuraba el nombre de Luca Monti.

—¿Cómo lo ha descubierto?

—Porque no me puedo quedar quieto cuando se me quiere ensuciar con algo que no tiene sentido. Si Luca Monti, según los dichos de otros, ha muerto, no me resultó alocado averiguar en el cementerio del lugar en el que vivió.

—Esa es un mentira más tuya —arguyó Sagasti—, ¿quién sabe si el muerto es ese Monti?

—Por favor, cálmese —pidió el comisario ya cansado de que ese tema se complicara y le quitase la paz que siempre había buscado en el poblado.

—Sé que la madre del tal Monti ha muerto, puede ser ella la que

esté ahí enterrada y que tú hayas alterado el nombre.

—Ortiz —dijo Luca obviando a Sagasti—, la tumba de la madre de Luca Monti está en la estancia. Me sorprendí cuando la encontré. Un peón me explicó que la habían enterrado allí porque ella así lo había querido. Si usted desea constatarlo, podrá hacerlo.

—No es necesario.

—Está mintiendo —dijo Beltrán que no iba a permitir que todo esto se le desmoronara, no podía haberse equivocado tanto con Méndez, parecía ser convincente—. ¿Cómo sabe que el cuerpo es el que señala este sujeto?

—Ese no es mi problema —intervino Luca antes de que respondiera el comisario—. Creo que no tengo que verme sometido a todos estos interrogatorios solo por una cuestión personal no resuelta de Sagasti. He ofrecido mi buena voluntad y puesto a su disposición mi tiempo. Pero hasta aquí llegué. Si quieren continuar indagando, háganlo, pero hablarán con mi abogado. Ya no puedo tolerar todo esto.

—Sé que estás detrás de todo esto —siseó Sagasti.

—Basta, creo que es prudente lo que dice el señor Pesce. No puedo continuar hostigándolo. No hay denuncia, no tengo por qué creer que el cementerio falseó la tumba de Monti. Solo está usted, Sagasti, vociferando.

—Buscaré yo la verdad, entonces.

—Si lo hace, tendrá problemas conmigo —sentenció Ortiz—. Una investigación solo puede ser conducida por la autoridad policial. No hay más que buscar, si, como dice esta lápida, Luca Monti está muerto. No hay interés alguno para continuar.

—No lo puedo creer. ¿Y el testimonio de Méndez?

—Son los dichos de él contra esta evidencia. Dichos de un exempleado resentido. Por lo que sé, le reclamó al señor Pesce una parte de la estancia.

—¿Y los hermanos Soria? Ellos sí deben tener interés en descubrir la verdad.

—De eso ya hablé con la señorita Soria. Ha sido muy convincente en sus dichos. Junto a su hermano han decidido cerrar esa etapa de su vida ante el dolor que les provocó la muerte de su padre. Manifestó también lo que piensa de Méndez. Como ha dicho, ese sujeto deja bastante que desear.

—No puedo creer que esto quede así.

—Gracias Ortiz, espero volverlo a ver por la zona, pero en otra circunstancia. De ti, Sagasti, no puedo decir lo mismo.

—No puedes negarme ver a Eva a la que la tienes encerrada.

—Ella es libre de hacer lo que quiera, inclusive de abandonar la estancia. Si se queda es porque aún no ha podido despedirse de las tierras. Cuando esté preparada lo hará, aunque dudo de que sea para ir contigo.

Luca le estrechó la mano a Ortiz y miró a Sagasti sin saludarlo. Se alejó de allí caminado por ese desavenido lugar hasta alcanzar el vehículo. Antes de abrir la puerta, prendió un cigarro y volvió a mirar a su alrededor. En aquel lugar de mala muerte, acababa de enterrar oficialmente a Luca Monti. No podía ser de otro modo, por la vida que había llevado. Ya nada quedaba de lo que alguna vez él había sido. Se subió al coche y, mientras se alejaba de allí, pensó que Antonio había hecho un buen trabajo, no solo con la información que le había llevado sobre ese camposanto, sino con el modo en que había tallado el nombre. Aunque no podía haber sido de otra manera. Pereyra había sido el mentor del cambio de su identidad y quien había grabado el nombre en una simple lápida de madera para la toda eternidad.

Más allá de compartir una serie de noches con Eva, no podía ambicionar nada más. No buscaba tener una relación con ella ni que las cosas se confundiesen entre ambos.

Ese día había sido duro y había terminado más tarde de lo común. Acababa de cenar la comida que Cleo le había dejado en una bandeja sobre la mesa. Según creía, Antonio había limado las asperezas con la empleada, porque ambos cenaban juntos y ya no se los escuchaba discutir como perro y gato. Como varias noches Luca las había pasado junto a Eva, desconocía cómo se había producido el cambio entre esos dos. A pesar del cansancio que tenía, lo que menos deseaba era dormir. Luego de cenar y dar vueltas en la casa, se prendió un cigarro y salió a la galería. Desde allí tenía una visión

privilegiada del lugar. La panorámica incluía la cabaña. No pudo desviar la vista de aquel lugar. Ese día había cruzado a Eva a caballo, cuando él estaba haciendo una faena con dos peones. A lo lejos la había visto cabalgar con Whisky. Ya habían dejado de lidiar por la cuestión del caballo. A Luca no le quedaría demasiado tiempo para permanecer en Argentina, por lo que quería que ese tiempo fuera lo más apacible posible. Estaba solucionando uno a uno los problemas que se habían interpuesto en el camino. Volvió a mirar hacia la simple construcción. Quería saber qué estaría haciendo Eva a esa hora. ¿Estaría pensando en él? ¿Lo echaría de menos? Para qué seguir preguntándose más, si la tenía tan cerca. Arrojó el cigarro y enfiló hacia la cabaña. La luz no estaba encendida. Lo más seguro era que durmiera. No le importó y avanzó. Miró por una de las ventanas. Parecía que todo estaba en orden. Solo las llamas danzantes de la chimenea prendida iluminaban el lugar. Por más que su actitud fuese egoísta, necesitaba verla y estar con ella. Entró sigiloso. El gruñido de Titán se acalló no bien le olfateó las botas. La luz se encendió de golpe y la visión que tuvo no era la que esperaba.

—Eva, baja esa arma.

Lo que le preocupaba no era el revólver que ella tenía entre las manos, sino el temblor que recorría el cuerpo de la joven.

—No quise asustarte, dámela —dijo en tono firme al extenderle la mano.

Ella parecía no entender lo que le decía. Aunque, de a poco, el temblor había comenzado a remitir. Luca se acercó más. Colocó sus manos sobre las de ella, hizo apuntar el cañón hacia el piso. Allí sintió que Eva aflojaba la tensión hasta soltar el arma. De golpe, vio que se aferraba a él, que lo abrazaba con desesperación.

—No quise asustarte, solo vine a verte —le susurró al oído.

La joven rompió en un sollozo. Él la envolvió entre los brazos de modo que no cupiesen dudas de que estaba con él, que no había lugar para nadie más. Los largos minutos que permanecieron de esa manera, apaciguaron la conmoción de Eva.

—Hasta donde sé, solo te asustan las tormentas. ¿Dime qué te sucede?

—Quiero tomar algo fuerte.

Luca buscó en la cocina dos jarros y los sirvió con una medida de whisky. La bebida era de la mejor porque, días atrás, él se la había regalado. Un regalo un tanto egoísta que los dos disfrutaban en las largas visitas que él le hacía. Enfiló hacia la sala. Los leños encendidos de la chimenea chisporroteaban. Se sentó frente a ella ubicada en un sillón.

—Toma —dijo al entregarle el jarro.

Esperó por unos largos minuto para que Eva se lanzara a hablar.

—Después de la noche fatídica en que huiste, mi aversión por las armas fue contundente. No lograba tener un pistola entre mis manos. Me paralizaba. Una y otra vez, volvía a revivir lo que nos ocurrió. No me fue fácil superar aquello.

—Recuerdas cuándo te enseñé a disparar —dijo suavemente Luca.

Aún notaba que ella estaba muy tensa. Él buscaba que se aflojase y pudiera contarle lo que la angustiaba. Pocas veces la había visto de ese modo. Ella no solía mostrarse vulnerable.

—Sí lo recuerdo —dijo con una leva sonrisa—. Sin embargo, le tomé aversión a las armas, como dije, y ese fue un problema. A veces, en el campo, conviene estar armado, lo sabes. Incluso para que la peonada te respete.

—Pero me dijiste que pudiste rodearte de gente que te supo responder bien.

—Así fue. El personal que estaba al mismo tiempo que tú se fue yendo solo. Eso me permitió contratar a otros. Pero no todos estaban conformes con que una mujer estuviese al frente de un establecimiento.

—Entonces…

—Luca, si antes no te conté esto, es para que no actúes de modo intempestivo.

—No lo haré —prometió sin estar convencido.

—De verdad te lo digo. No quiero verte más complicado por asuntos que debo resolver yo sola.

—Está bien, adelante.

—¿Recuerdas la vez me encontraste intentando practicar con la diana?

Luca asintió.

—Era porque necesitaba afrontar lo que me sucedía. No podía ser que no pudiera empuñar un arma y disparar si alguien aparecía otra vez en la casa. —Eva continuó el relato sin alguna aparente emoción, como si hubiese ingresado en un túnel que la llevaba a vivir lo acontecido tiempo atrás—. Fue hace un tiempo. Yo estaba sola en la casona. Cleo se había ido con uno de los empleados al pueblo para hacer compras. Yo había trabajado duro y estaba cansada. Fui a mi cuarto y me recosté hasta que ella viniese. Cuando sentí la puerta de la habitación abrirse, no fue ella la que entró. Era Méndez que había venido con los reclamos de siempre. Pero en aquel momento no buscó hablar sobre los reiterados pedidos de tierras, sino que se abalanzó sobre la cama. Aún recuerdo los manotazos que dio y la lucha que tuvimos para que no alcanzase a desvestirme. Lo golpeé con lo que tuve a mano, pero él era más fuerte que yo. Se colocó encima mío. En medio de la gresca, noté que conservaba el arma enfundada en la cintura. La tomé y quise dispararle, pero no pude. Perdí valiosos minutos en hacerlo porque el recuerdo de lo sucedido me obnubiló. Él aprovechó ese tiempo para continuar manoseándome. Desesperada tomé la lámpara que tenía en la mesa y se la di en la cabeza. El golpe fue fuerte y lo hizo tambalear. Como pude, me lo saqué de encima y me encerré baño. Escuchaba los gritos desaforados de él amenazándome de que la próxima vez todo sería distinto. La llegada de Cleo fue providencial. Provocó que él huyera como una rata de la casona. Me costó sobreponerme a lo sucedido, pero lo hice. Pasó un tiempo y todo se aquietó. Sin embargo, la venta de las tierras reverdeció en él los deseos de lastimarme. Él sabía el modo de amedrentarme. Lo hizo cuando entró aquí, revolvió mis cosas y dejó esa nota intimidante. Supe en ese momento que regresaría cuando menos me lo esperara, pero, esa vez, debía estar preparada. Fue entonces cuando me encontraste intentando dar en el blanco. No podía decírtelo porque es un problema que debo solucionar sola. Hasta ahora no ha vuelto a aparecer, pero estaba segura de que buscaría alguna ocasión para hacerlo. Me tranquilicé cuando me dijiste que habías tomado las medidas necesarias para evitar que algún intruso ingresara a estas tierras. Hasta hace un rato que creí que volvía a revivir lo pasado. —Eva levantó la vista para mirarlo y

agregar—: Nunca te hubiese disparado.

—Lo sé —replicó con la mandíbula tiesa y un torrente de inquina que le corría por las venas.

—En verdad, lo digo.

—No te preocupes, nada volverá sucederte —susurró mientras desplazaba con el pulgar algunas lágrimas que habían acompañado el relato de la joven.

—Así es, porque la próxima vez estaré preparada —replicó al darse fuerza.

Luca la abrazó sin mencionarle que no habría otra próxima vez para que Méndez volviese a tocarla. Con el paso de los minutos, Eva fue aflojando la tensión que se había apoderado de su cuerpo. Poco después, se encontraba sobre el pecho de él, frente al hogar. Luca no dejaba de deslizar los dedos por la espalda de Eva, acariciándola con la vista puesta en las chispeantes flemas de fuego.

A la distancia, él no había medido el daño que había provocado la muerte de Soria a otros que no fueran él mismo. Se encontraba tan ensimismado en el dolor, el resentimiento y la sed de venganza por lo sucedido que no había vislumbrado que para Eva también había sido complicado quedarse y hacer frente a las consecuencias de la muerte de su padre. Aunque Luca se había creído la única víctima, se dio cuenta de que no era así. Eva lo había sido, más allá de no haber tenido que huir como le había sucedido a él. Ángel, a su modo, también había padecido la infausta circunstancia de la muerte de Soria. Por más que los tres estuvieron en aquel despacho, por más que solo uno ejecutó el disparo, las esquirlas de ese tiro los habían afectado a todos, aunque fuese de distinto modo. Ninguno había vuelto a ser el mismo después de eso. Eva se incorporó para clavar sus ojos en los verde de él.

—No tienes idea lo que significa que hayas vuelto y que estés conmigo. No me importa el motivo que te trajo aquí, ni el justificado sentimiento de revancha que te hizo regresar —murmuró al deslizar los dedos por el pétreo rostro de Luca.

Las facciones se le habían endurecido y lo habían vuelto más atractivo. Por más que él buscase silenciar lo que sentía, ella podía percibir que, entre ambos, había algo importante. Ansiaba que no se

rompiese más adelante porque aún quedaban cuestiones pendientes por hablar.

—Quiero que me quites el sabor amargo del aquel recuerdo.

Luca la miró en silencio.

—Sé que no has intentado ir más allá conmigo —susurró ella. Evitó decir “amarme”. Ambos tenían un pacto, y ella no pensaba romperlo. Sin embargo, cuando estaban juntos existía una profunda comunión que podían callar pero no ocultar—. Tampoco quiero eso esta noche. Solo deseo que sea como las otras que pasamos juntos.

—¿Es una orden? —preguntó con una sonrisa.

—No. Aunque me cueste decirlo, es un pedido.

Luca no dudó un minuto en cumplir con los deseos de Eva. Esa vez dejó a un lado la vehemencia, el desenfreno y la pasión que se desataba cuando estaban juntos. Le dedicó todo el tiempo del mundo a acariciarla, besarla, adorarla y demostrarle lo que ella significaba para él. La amó en silencio.

Capítulo diecisiete

Aullido animal

Las últimas horas de la tarde marcaban el final de una jornada. Otro día en el que Méndez no había logrado grandes avances. Quizás haberse fiado de Sagasti y de sus influencias había provocado en él falsas expectativas. Pero todo seguía igual. Si continuaba de ese modo, y no cambiaba la estrategia, se le iría la vida sin poder disfrutar de una tajada de las tierras de El Recuerdo. De nada había servido la visita que le había hecho en ausencia de Eva para amedrentarla. No podía mentirse, porque sentir su olor y tocar sus cosas le habían brindado cierta satisfacción, aunque nada se comparaba con haberla tenido entre sus manos. Aquello también había quedado pendiente, porque ni siquiera con ella había logrado un avance. No podía negar el encanto que la joven tenía, aunque se hubiese defendido como una gata en celo, cuando intentó hacerla suya. Siempre mantenía el vivo recuerdo de la muchacha: caprichosa, envalentonada, sin reconocer su lugar como mujer, como si hubiera querido ocupar el lugar del hermano. Como en aquel entonces, la figura de Luca que la defendía o la apañaba lo volvió a sacar de quicio. Todo se desmoronaba con el regreso de ese peón de mala muerte. Jamás se le habría cruzado por la mente a Méndez que el destino hubiese transformado a Monti en el hombre de negocios que era. Con dinero. Con otro nombre. Creía que podía llevarse el mundo por delante. Méndez no se lo iba a permitir. Le había dedicado la vida a esas tierras, había soportado el mal genio de Soria y las falsas promesas sobre lo que le daría. Aún recordaba el ofrecimiento en el que le aseguraba una porción de la estancia para que se independizara. Si Soria hubiera vivido, habría cumplido con la promesa. La culpa de que Soria no estuviera con vida era de Luca. También había aguantado durante esos años que Eva perdiera todo sin que él pudiera dar el zarpazo a El Recuerdo. No podía perdonarle que le hubiese vendido la estancia a un tercero, sin tener en cuenta la propuesta que involucraba al dueño de un campo aledaño. Grande había sido la sorpresa cuando supo que ese desconocido no era más

que Monti. La llegada de Pesce, como ahora se hacía llamar, había desbaratado sus planes. Sin embargo, creyó que de la mano del imbécil de Sagasti todo cambiaría, pero las cosas no se estaban dando según lo planeado. Estaba convencido de que, si continuaba moviéndose solo, podría obtener mayor rédito.

Se tomó una copa de vino y fijó la vista a través de la ventana. Cuánto había soñado en vislumbrar una extensión de tierras que le perteneciesen, abandonar la casucha en la que vivía y salir de recorrida disfrutando de las tierras que debería tener. El profundo deseo de impartir órdenes no para otro, sino para su propia gente, aún no se había hecho realidad. Aunque esa ilusión se iba disipando con el tiempo; y justamente tiempo, no tenía. Tomó la botella y se sirvió otra vaso. En medio de sus elucubraciones, la noche había caído y la oscuridad destellaba en el exterior. El sordo ladrido de los dos perros irrumpió en el ambiente. Dejó a un lado la copa, para ver qué sucedía. De inmediato, el silencio se instaló. Regresó a la sala para prender el farol. Se dio cuenta de que no estaba solo.

—¿Creías que no vendrías a verte?

Esa voz volvió a martillar en su mente. Por su culpa estaba así. No necesitó que Pesce saliera del aro de penumbra que lo rodeaba y avanzara unos pasos para tenerlo delante.

—Vete de aquí.

—Lo haré cuando me expliques algunas cuestiones.

—¿Qué mierda quieres?

—No quiero que regreses a mis tierras ni que molestes a mi gente.

—Lo haré hasta que no me den lo que me corresponde.

—¿Cuánto es lo que quieres?

—¿Estarías en condiciones de darme algo?

—Solo si me das algo a cambio.

—¿Qué es lo que quieres?

—Esta será una negociación privada entre nosotros dos. Solo tú y

yo.

—Entiendo.

Al fin ese mal nacido había entrado en razón e iba a terminar con el reclamo que durante tanto tiempo había hecho. Sabía que la justicia llegaría tarde o temprano. Y esa noche, había llamado a puerta.

—Solo debes hacerme una declaración que dejarás claro que no reclamarás nada más de El Recuerdo.

—¿Te crees que soy tonto? Eso me dejará sin nada.

—Te equivocas —dijo al sacar un sobre que contenía unos papeles que estipulaban que una porción de la zona sur de la estancia le sería adjudicada a Domingo Méndez—. Acá tienes lo que tanto buscas.

Se acercó al haz de luz para poder ver qué decían esos papeles.

—¿Por qué lo quieres hacer ahora?

—Tengo mis motivos. He regresado aquí para estar tranquilo. Sin embargo, hasta que no arreglemos esto, estarás haciendo reclamos. ¿O me equivoco?

—No te equivocas, al menos veo que puedes darte cuenta de lo que es bueno. Y negociar conmigo dándome lo que me corresponde es lo correcto.

Una tibia sonrisa se dibujó en el rostro de Luca. Méndez se acercó más a los documentos para cerciorarse que coincidían con los dichos de Pesce. Al finalizar la hoja redactada, había un plano dibujado constatando la porción de terreno que le sería adjudicado. No era la mejor zona, pero no podía quejase, porque viviría tranquilo por el resto de su vida.

—¿Es eso lo que querías?

—Podría ser mejor, pero con esto me conformo.

Méndez se quedó con el sobre a un lado y levantó la vista.

—Entonces ahora escribe lo que te pedí.

El dueño de casa sacó un papel de más que había en aquel sobre junto a algo para anotar.

—¿Qué quieres que ponga?

—"Yo, Domingo Méndez, me harté de reclamar lo que nunca me correspondió. Ya estoy cansado de hacerlo y de la vida que he llevado. No quiero vivir más así. Ya no."

No terminó de escribir la última palabra que sintió sobre la sien el frío caño de un revólver. Intentó tomar el cuchillo que tenía en un lugar del pantalón, pero Pesce fue más ágil y lo desarmó enseguida. Luego, con otra mano, deslizó a un lado el sobre que el dueño de casa tenía consigo.

—¿En verdad creías que iba a darte algo de lo que pides?

Era en vano que le preguntase porque casi no podía hablar. Tenía la cabeza de costado sobre la mesa y el cuerpo aprisionado bajo los brazos de Pesce. Estaba inmovilizado a expensas de Luca.

—Siempre supe que eras una mierda, pero suponía que, al menos, conservabas algo de dignidad.

—Déjame por favor; soy un hombre mayor —gemía como podía.

—Un viejo que no tuvo reparos en intentar forzar a Eva.

—Esa perra te lo contó.

Cuánto hubiese querido Luca estamparlo contra la mesa y destrozarle la cara, pero no podía marcarlo.

—Siempre defendiéndola —gimió.

—Aún no lo he hecho.

Lo incorporó de golpe. Con el terror dibujado en el rostro, los ojos de Méndez se desviaron hacia el arma que Luca tenía en la mano.

—¿Te es familiar?

Pesce le había quitado el viejo revólver que el dueño de casa mantenía en su poder.

—Abre la boca, hijo de puta —ordenó.

No pudo negarse. Si lo hacía, Luca encontraría otra forma. En ese segundo, supo que ya nada quedaba por hacer. El sabor metálico le inundó la boca. Poco después, con el impulso de la mano de Luca sobre la suya para direccionar el disparo, la sangre se derramó dentro. Unos pocos espasmos fueron necesarios para que Domingo Méndez abandonase la vida junto a una nota en la que manifestaba que ya no quería seguir adelante. Luca tomó el sobre que, minutos antes, le había entregado al difunto. En plena oscuridad, abandonó la casucha sabiendo que nunca más ese mal nacido iba a molestar a Eva ni a ninguna otra mujer. Nadie podría endilgarle que él estuviese comprometido con esa muerte. Se había asegurado de que todos los detalles estuviesen cubiertos. Había aprendido a simular un suicidio. Si Ortiz pretendía indagar un poco más, la letra sería la misma que en el mensaje amenazador que le había dejado a Eva. La joven Soria se lo había mostrado cuando la había entrevistado en la estancia. Por otro lado, con lo sucedido días atrás en el cementerio, Luca Pesce, había dejado de tener interés alguno que dirimir algún conflicto con Méndez. A medida que se alejaba de allí, el aullido animal reverberaba desde el granero en donde había dejado a los perros a la espera de que el dueño los liberara. Serían los animales los que alertarían sobre lo sucedido a Domingo Méndez.

* * *

Eva estaba inquieta esperando frente a la chimenea que Luca llegase y se quedara esa noche. La larga espera fue en vano, porque él no apareció. Si bien no habían estipulado una rutina de verse, ni quedaban o combinaban cuándo lo harían, habían pasado gran parte de las noches juntos. Se había preparado un tazón de leche caliente con whisky para ver si lograba apaciguarla y podía dormir. Luego de dar varias vueltas en la cama, el cansancio la venció y se durmió. A primera hora de la mañana siguiente, estaba calentándose una nueva taza de café. Esa vez, para salir de recorrida. Había quedado con Luca esperar a dos padrillos que llegarían esa mañana. La fuerte tormenta de días atrás había limpiado el cielo dejándolo diáfano. Las bajas temperaturas se mantenían inalterables. Antes de salir abrigada para enfrentar el frío de esa mañana soleada, le dedicó tiempo a su rubia cabellera. No quería que Luca siempre la viera con sus cabellos revueltos. Se detuvo frente a la puerta de salida para untar con grasa

sus adoradas botas de cuero negro. Se negaba a comprarse otras, aunque el estado no fuera el mejor.

—¿Vamos? —invitó a Titán que daba vueltas feliz de salir y vagabundear por allí.

Minutos después caminaron rumbo al establo. Durante el tiempo que ella había estado al mando de la estancia, solía ser la primera en llegar para hacerse cargo de las cosas. Desde que Luca había arribado, eso también había cambiado.

—Buen día —lo saludó Eva.

Vio que estaba conversando con otro sujeto, el dueño de un haras con la que trabajarían en adelante.

—Eva Soria —se presentó.

—Un placer.

—Me decía —intervino Luca ante el esmerado saludo a Eva.

Luca la miró de reojo y la notó espléndida. Distinta a otras veces. Parecía que esa mañana se había esmerado en lucir bien. Esperaba que fuera por él y no por el sujeto que tenía enfrente, que intentaba deslumbrarla mientras explicaba las bonanzas de los dos padrillos que Luca acababa de adquirir. Hablaba sin parar sobre los antecedentes familiares que los dotaban de un buen pedigrí.

—Eva —dijo al cortar la descripción de Rodríguez—, ¿qué te parecen?

Ella se había acercado al box de uno de ellos para verlo con mayor detenimiento. Había quedado obnubilada con la belleza del animal: de pelaje negro y brilloso, tenía una musculatura atlética, ancas fuertes y poderosas. También podía observársele un buen tamaño de cabeza, orejas pequeñas y ojos alertas. Sin lugar a dudas, conservaba una estructura perfecta, por lo que las cualidades físicas estaban cumplidas por demás.

—Estamos frente a un excelente ejemplar.

Lanzó ese comentario, luego de analizar concienzudamente las distintas características del padrillo que tenía frente a sus ojos. Pero, al desviar la vista, vio como Luca había arqueado la ceja y, sin que lo

deseara, las mejillas comenzaron a arderle. Odiaba que le sucediera eso frente a él.

—¿Algo más?

—Se lo ve con temperamento —decía mientras acercaba la mano para acariciarlo y comenzar a conectarse con él—, pero lo suficiente para trabajarlo y que acepte el entrenamiento que le demos.

Luca sintió orgullo por el conocimiento de Eva. No en vano había pasado tanto tiempo al frente de la estancia.

—Señorita, si desea visitar el haras está usted invitada. Seguro disfrutará de otros sementales como este.

La mirada de Luca fue tan desafiante que, antes de que él dijera algo de lo que pudiese arrepentirse, arremetió Eva:

—De eso se ocupa el señor Pesce. Por lo pronto, no será necesario. Gracias igual.

—Lo acompaño —dijo Luca al despedirlo sin más.

Eva continuó embelesada con los nuevos animales. No tuvo demasiado tiempo de continuar contemplándolo porque Luca la tomó por detrás y la arrinconó contra una de las paredes del lugar. Con la mano, le agarró la nuca y con la boca devoró la de ella, lleno de hambre y desesperación. Los leves gemidos que ella emitía lo volvían loco. Con premura y sin delicadeza, la levantó sobre su cintura para hacerla suya. Con destreza quitó lo necesario de ropa hasta dejarla semidesnuda. Los pechos de ella estaban hambrientos por ser acariciados y besados por él. Todo su cuerpo se había acostumbrado a las caricias que le prodigaba. Nunca sabía cómo iba a tomarla ni dónde. No importaba el lugar o que fuese cariñoso, salvaje o posesivo. Necesitaba que la amara con toda la pasión que ella le despertaba. Eso la llenaba de satisfacción: quería ser todo para él. Con los fuertes embates que recibía, su mente se puso en blanco y solo su cuerpo hablaba con jadeos y gemidos por lo que sentía hasta que un fuerte espasmo la recorrió entera. La agitada respiración de él resoplaba en su oído, al tiempo que los cuerpos se aquietaban después del orgasmo al que habían sucumbido. Minutos después él volvió a vestirla con parsimonia, como si la ferocidad y vehemencia desatada hubiese desaparecido.

—Buen día —dijo al besarla—. No me habías saludado como a mí me gusta.

—Habrías tenido unos lindos buenos días, si te hubieras quedado ayer a la noche.

—No pude, tuve otras cosas que hacer.

Eva quería saber qué lo había imposibilitado a estar con ella, qué otra cuestión era tan importante para no verla, pero no iba a preguntárselo.

—Quizás mañana.

El llamado del peón irrumpió la intimidad de ese momento.

—Patrón, lo estaba buscando.

—Me gustaría verlo en la pista —comentó Eva al ingresar al box mientras él se alejaba de ella.

—A mí también, ve. Cuando termine, iré para allá.

Al tiempo que Luca hablaba con el empleado para ultimar algunas cuestiones que requerían su atención, la vio pasar junto al animal hacia el picadero. Esa era una construcción reciente que había llevado a cabo Eva. Desde que se había inclinado hacia la cruza y cría de caballos, había notado la conveniencia de hacer una pista con el destino para amaestrarlos y prepararlos. Cuando Luca logró desembarazarse del peón, fue hacia allí. A ella le había llevado un tiempo tener cierta conexión con el animal. Parecía contar con el temperamento ideal porque se hacía respetar. Se debía tener una mano dura para dominarlo. Eva la tenía y estaba en el centro del lugar con una rienda larga animándolo a trotar en círculos. Luca no dejaba de contemplarla. A sus ojos ella era perfecta: una mezcla de osadía, vehemencia y ternura. Esos condimentos la hacía especial y malditamente atractiva. Cuánto le iba a costar abandonar esa vida para regresar a Chicago. Estaba dilatando el regreso lo más que podía, pero sabía que el momento llegaría pronto. Desde el centro de la pista, ella le hizo un gesto para que viese lo bien que iba el caballo. En ese momento, era lo que a él menos le importaba.

—Luca —lo llamó Antonio al acercarse a él.

—¿Qué sucede?

—No hay manera de detener al comisario Ortiz, no pudimos impedirle la entrada. Esta vez quiere hablar con Eva.

Luca le hizo una seña con la mano para que se acercara.

—¿Deseas que la acompañe y controle cómo sigue todo?

—Sí, estate atento a todo. Cuando me desocupe con este animal iré a reunirme con ustedes.

—Luca, ¿qué sucede? —preguntó preocupada.

—No lo sé, quiere verte el comisario. Yo me encargo de llevarlo al establo y luego me reuniré contigo.

—¿Sabes algo?

—No. Lo único que pidió Ortiz fue hablar contigo primero.

Luca le guiñó un ojo en señal de que todo estaría bien. Al menos, eso había interpretado del gesto que le había hecho. Lo único que le sorprendió fue que no la acompañase, por más que el comisario quisiera hablar con ella en primer término.

—Espero que pronto todo esto se aclare, detesto estas visitas intempestivas que siempre rondan sobre lo mismo —le dijo Antonio camino a la casona—. Odio que el pasado esté por demás presente en estos días.

—Pronto acabará todo.

Eva ingresó a la sala. Ortiz aguardaba por ella con una taza en las manos. Lejos de donde estaba la autoridad policial, se ubicó Antonio observando todo cuánto sucedía allí.

—No quise molestarla, pero es importante el motivo de mi visita.

—Está bien. Espero que pronto toda esta pesadilla se acabe.

—De eso justamente quería hablarle.

—Adelante.

—Aparentemente, Domingo Méndez se ha suicidado.

—¿Cómo dice?

—Lo que acabo de contarle. Fue hallado por uno de sus vecinos. El ladrido constante de los perros que estaban encerrados en el granero los alertó de que algo ocurría.

—No me imaginaba que pudiera terminar así.

—Por ese motivo quería saber si en estos últimos días lo vio por aquí o supo algo de él.

—No, todo lo que sabía de él se lo he dicho la última vez que usted estuvo aquí.

—Dejó una nota de despedida. En la que decía que nada de estas tierras le correspondía y que estaba cansado de vivir de ese modo. Supongo que se refería a la inquina que había mostrado por no haber recibido una parte de El Recuerdo.

—Me cuesta creerlo, pero nadie puede vivir en paz reclamando lo que no le corresponde. ¿Hasta cuándo seguiría así?

—Por eso era importante que lo supiera de mi boca.

El comisario había ido para dar por finalizada las conclusiones que había sacado. La sorpresa de la joven hablaba más del impacto de la noticia que de una actitud rencorosa y vengativa que pudiera tener.

—Ahora que encontramos a Luca Monti enterrado en el cementerio, creo que usted y su hermano tendrán la paz que siempre han buscado.

Eva evitó demostrar la confusión que tenía ante la noticia que Ortiz acababa de darle.

—Hace tiempo que, con mi hermano, logramos la paz que necesitamos. Espero que Luca Monti la encuentre en el lugar donde este. No podemos continuar mirando el pasado —mencionó.

—Comisario —intervino Luca, que había llegado en silencio—, no imaginaba verlo por aquí tan pronto.

Eva giró por completo para observar a Luca; parecía tan fresco como cuando estaba en el establo. Nada lo perturbaba. Aunque esa noticia ponía fin a un problema. Aquel incidente con Méndez, que, noches pasadas, le había confesado a él. En silencio se centró en él, en los movimiento, los gestos y en la expresión de su rostro a medida que

Ortiz le relataba lo sucedido. Estaba imperturbable, manifestando una medida sorpresa ante la noticia. Nada en él que llamara la atención.

—No deja de sorprenderme lo que me dice. Parece que, en el último momento de su vida, el remordimiento le ganó la batalla.

—Eso es lo que yo digo cuando me encuentro con casos como este. En fin, he venido solo para ponerlos sobre aviso.

—Muchas gracias comisario. Espero que la próxima vez que lo vea sea con un motivo más alegre.

—Ojalá.

—Lo acompaño.

Luca salió detrás de Ortiz seguido por Eva.

—Qué tengan un buen día —manifestó el comisario al saludarlos antes de subir al automóvil.

El motor rugió y el vehículo comenzó a alejarse por la avenida de árboles.

—No sabía que habían encontrado la tumba de Luca Monti —murmuró Eva sin dejar de mirar el largo camino que conducía a la salida de El Recuerdo.

—Luca Monti está enterrado en un cementerio de mala muerte con una lápida de madera en la que, junto a otros nombres, está el de él. Así vivió y del mismo modo murió.

Fue en ese instante, en que ella desvió la mirada para concentrase en él, que parecía mantenerse alejado mirando el horizonte.

—Por suerte no todo en él murió. Puedo asegurarte que lo mejor de él vive en ti —replicó con los ojos húmedos.

Él hizo una mueca con la boca. En silencio, la miró. Poco quedaba por decirse. Entre ellos, los silencios hablaban más que cualquier otra cosa que dijesen. Para Eva, quedaba algo más por aclarar, pero no era ese el momento. No debería ser fácil para Luca haber sepultado parte de sí mismo.

—Señorita —la llamó Cleo preocupada por la situación.

—Nos vemos más tarde —dijo Luca al alejarse de allí.

Eva notó cómo él se había vuelto a cerrar para dejar entrar los fantasmas del pasado. Volvería hablarle más tarde.

—Últimamente, está más preocupada por él que por usted.

—Cleo, no es así. Puedo asegurarte que todo está bien.

—No me engañe, él es más importante de lo usted cree.

—Estoy segura de que quieres confirmar lo que seguro te anotició Antonio.

—Sí.

—Parece que tu informante te sigue los pasos.

—Señorita, por favor.

—El comisario me dijo que Méndez se suicidó.

—Es la primera vez que me alegro de una muerte. Ahora usted estará libre de todo.

—Así es.

—¿Qué quiere que le prepare?

—No hay nada para festejar con comida.

—Para mí sí lo hay. Además, no la veo muy seguido por la casona.

—He estado muy ocupada, pero no te imaginas cómo disfruto la comida que me dejas.

—Espero que el patrón no se coma su porción.

—¿Cleo?

—Perdón, soy una metida. Lo único que me importa es que usted no sufra.

—Lo sé y no te preocupes: yo estoy muy bien. La verdad es que no me vendrá mal almorzar aquí y probar lo que has hecho.

—Así me gusta.

Ambas enfilaron hacia la casona para disfrutar del almuerzo como solían hacerlo cuando estaban solas y todo era distinto.

—Debo reconocer que últimamente has mejorado tu técnica.

—¿Sí?

—Quizás estés más inspirada.

—Es Antonio que me ha dado algunos secretitos. Él ha estado a cargo de la cocina cuando trabajaba en los barcos —comentó con orgullo—. Ha viajado mucho.

—Qué bien.

—Sí, y muchas noches me cuenta los lugares que conoció. Me imagino lo que debe ser viajar a bordo de un barco.

—¿Ves? En eso coincido. No es algo que me gustaría hacer.

—Claro que no, debe moverse todo allá arriba. Además, yo me sentiría encerrada, acostumbrada a estar aquí. Para mí este lugar es un paraíso.

—Lo es, Cleo.

Eva disfrutó del almuerzo en compañía de la empleada, que se distrajo mirando por la ventana.

—Pero, ¿qué sucede hoy?

—¿Por qué lo dice, señorita? —preguntó al levantarse y observar lo que le llamaba la atención a su empleada.

—Alguien viene hacia aquí. Espero que no tenga que ver, una vez más, con la policía.

Eva salió de inmediato. A medida que el vehículo se acercaba, una amplia sonrisa se le dibujó en el rostro. No esperó que el sulky se detuviera para acercarse y abalanzarse para saludar a su amiga.

—Eloísa, no puedo creer que hayas venido.

La joven Ocampo descendió del vehículo para estrecharse en un

efusivo abrazo.

—No te imaginas lo que te extrañe —le susurró a Eva.

—Yo también.

Antonio apareció por detrás para bajar el pequeño bolso que la muchacha había llevado consigo. Pereyra habló unas pocas palabras con el conductor, palmeó al caballo impulsándolo a que enfilara de regreso a la salida. Eva ya hablaría con Luca respecto de la función de Antonio. En cada momento en que ella se daba vuelta, y sin sentirlo, allí estaba él para asistirla.

—¿Has comido algo?

—No, además no te imaginas las peripecias que he pasado hasta venir aquí.

—Ya me contarás, tenemos todo el tiempo para hablar tranquilas.

Desde adentro, Cleo preparó la sala para que ambas se sentaran y que la señorita Eloísa comiese algo. Se alegró de que Eva tuviese alguien con quien hablar. Habría ciertas cuestiones que debía hablarlas con una amiga.

—Dime cómo hiciste para venir hasta aquí, veo que nadie te trajo.

—Tomé el tren hasta el pueblo. Debí esperar varias horas en la estación de la ciudad porque la frecuencia hasta aquí es fatal. Una vez que llegué a Los Álamos no me fue fácil conseguir un vehículo para que me alcanzara hasta acá.

—Me gustó verte arriba de un sulky —comentó sonriente al saber que Eloísa poseía un espíritu citadino—. Pero lo importante es que ya estás aquí. Come algo de todo esto.

Eva parecía su empleada que creía que con la comida todo se arreglaba.

—Mientras, cuéntame cómo estás aquí.

—Muy bien. Por más que hayas vendido estas tierras, El Recuerdo es mi lugar.

—Lo sé.

—Por ahora, estoy disfrutando mucho de este tiempo extra que tengo.

—¿Y qué me dices del nuevo dueño?

—¿Luca?

—Sí, él.

—Con Luca está todo muy bien.

—Quizá demasiado.

—No sé por qué lo dices.

—Eva, sabes cuánto te quiero y cómo me preocupo por tus cosas.

—Claro que lo sé. Lo que no me queda claro es qué es lo que quieres decirme.

—Tengo un montón de cosas para decirte; no sé por dónde empezar —dijo al dejar a un lado el plato de comida para centrarse en la conversación.

—Hazlo por dónde quieras, pero comienza ya.

—Bien, sabes que he tenido la posibilidad de tratar a Luca.

—Sí —replicó Eva desorientada por el hilo de la conversación.

—Es un hombre fascinante; hablas con él y te das cuenta que tiene mundo. Eso lo hace muy seductor para cualquier mujer.

—¿Me quieres decir que él te importa?

Si había algo que le faltaba en ese momento, era la confesión de su amiga de que estaba interesada en Luca.

—¿Ves? A eso quería llegar: ¿qué me dirías si te dijera que él me importa?

—Te diría que no te conviene.

—¿Por qué?

—Porque no es el tipo de hombre para ti.

—¿Qué sabes de él?

—Adónde quieres llegar.

—Eva, cuándo lo nombro tu expresión es diferente. Se nota si él está cerca porque tú cambias. Eso me preocupa, porque no hace tanto que lo conoces. No me mires de ese modo. Si bien Luca es un hombre atractivo como pocos, no es en él en quien pondría mis ojos.

Eva nunca imaginó que unas pocas palabras dichas por Eloísa le darían tanta paz.

—¿Entonces?

—Me preocupa que estés más interesada en él de lo que estás dispuesta a confesar. En estos días, he recibido la visita de Beltrán.

—Con él he sido lo suficientemente clara para que no te esté molestando.

—¿Has terminado con él?

—Sí, no puedo continuar con alguien que no amo.

—Según él, no eres clara porque estás bajo el dominio de Pesce. Debes saber que está muy preocupado porque dice que Luca es un hombre de temer.

—Él no sabe lo que dice.

—Estás enceguecida con Luca y eso también me preocupa. Sé que hay otras cosas que Beltrán no me ha querido contar, pero que complicarían a Pesce.

—Beltrán no quiere entrar en razón sobre lo nuestro. Sé que ha tenido algunos encontronazos con Luca, pero no más que eso. Deberé hablar con él por última vez para dejar las cosas claras entre nosotros.

—Eva, no solo tu exprometido habla de ese modo sobre Pesce.

—Siempre te he dicho que no debes hacer caso a los comentarios ajenos. Lo has vivido en carne propia y debes alejarte de los dichos maledicentes. Lo único que hacen es lastimarte. Más si son

infundados.

—Lo sé. Eso me ha ayudado a pasar momentos tan difíciles, pero esto es diferente. Olvídate entonces de los dichos de Beltrán. Respetas lo que hago y el oficio que tengo, ¿verdad?

—Por supuesto —afirmó Eva confundida.

—He averiguado un poco sobre Luca Pesce. La ciudad en la que él ha estado y hecho fortuna ha sido un polvorín manejada por la mafia y el contrabando de alcohol. Poco se sabe de él, pero es sospechoso el modo en que ha llegado aquí y el dinero que ha hecho. ¿Crees en verdad que ha logrado hacer negocios limpios en un lugar en el que nada es legal?

—No sé quién te ha metido esas informaciones en la cabeza. ¿Dime, entonces, en qué artículo has leído algo sobre él?

—No tengo ninguno para mostrarte, pero todo coincide. Te aseguro que al principio me puse como tú. No creía en nada de lo que me decían.

—¿Quién te hablaba de Luca?

—No importa eso ahora, lo hablaremos luego. Pero tuve tiempo de pensar al respecto y lo único que me preocupas eres tú. No puedo estar en paz si no te digo lo que pienso.

—Lo sé, pero debes quedarte tranquila.

—Entonces me prometes que lo pensarás.

—Lo que puedo decirte es que estoy convencida de que Luca es un hombre que vale la pena. Es más, si fuera un mafioso, como dices, poco me importaría. Sé cómo es conmigo y lo que siento por él está por encima de lo que haya hecho. Yo misma te he dicho que no juzgues a Paz por el pasado que tuvo, te pido entonces que no lo hagas con Luca, porque yo no quiero hacerlo. ¿Podrás respetar eso?

Eloísa se había quedado de una pieza con lo que le había dicho Eva. Aún no le había hablado de Clemente. Era un tema que llevaría tiempo desarrollar, porque estaba confundida sin saber qué hacer y necesitaba poder hablarlo con alguien más que con Lina.

—Yo no quiero lastimarte, solo estoy preocupada y creo que he

hecho lo correcto al decirte lo que pienso.

—Lo has hecho. Ahora te pido que confíes en mí. Sé lo que hago.

—Tienes razón y perdóname.

—No hay nada qué perdonar.

Desde el otro lado de la sala, había entrado Luca para ir al despacho y había escuchado lo suficiente para darse cuenta del modo en que Eva lo había defendido. A esa altura de los acontecimientos, a pesar de lo sucedido en el pasado, ponía en duda si en verdad él la merecía.

—Buenas tardes —saludó.

Eloísa se quedó paralizada al escucharlo.

—Qué grata sorpresa.

—Estoy muy contenta de que este acá —dijo sonriente Eva.

—Señorita —interrumpió Cleo—, espero que haya disfrutado de la comida. Yo quería saber dónde dispongo las cosas de la invitada.

—En la cabaña, por supuesto.

—Si desean quedarse aquí, la casa es grande.

Eva creía que sería más adecuado que permanecieran en su pequeño refugio, al fin y al cabo, ya no era la dueña de la estancia y no tenía derecho a facilitarle una habitación de invitados.

—A mí me da lo mismo, donde elija Eva estará bien.

—Señorita, por más que le guste mucho su lugar, estoy segura de que estarán más cómodas aquí.

—Esta vez Cleo tiene razón.

—Ay gracias, señor —replicó asombrada la empleada.

—Prefiero que nos instalemos en la cabaña, es mejor así.

—Entonces me pongo en campaña para ponerla en condiciones.

—Cleo, no exageres.

Entre bufidos la empleada se fue con el bolso de la invitada para acicalar el lugar.

—Las dejo hablar tranquilas —dijo al despedirse Luca.

Eva notó que le lanzaba una mirada distinta, más intensa, como si en ella pudiera decirle algo más. Aunque a esa altura de los acontecimientos, había perdido total objetividad con él y con lo que le sucedía a ella.

—Me encantaría que me cuentes cómo andan tus cosas por allá, en especial en la editorial.

—Si quieres traerte algo para tomar, hazlo, porque la cosa va para largo.

Eloísa detalló cada uno de los encuentros con Paz, la tregua que se habían dado, el modo en que la había tratado y consentido respecto a que ella fuese a trabajar sin que lo viese, si en verdad, era eso lo que la perturbaba.

—¿Qué quieres qué suceda?

—No lo sé. Por momentos, creo que todo entre nosotros puede funcionar, pero poco después pienso que es una locura. No quiero imaginar cuándo se entere mi padre. Ahí, de nuevo, aparece su salud y la responsabilidad de cuidar de él.

—Eloísa, ya te dije que no debes cargar más peso en tus hombros del que te corresponde.

—Lo sé, pero la culpa, muchas veces, me carcome.

—Te entiendo mejor que nadie.

—Lo peor es el fantasma de mi madre. Te aseguro que trato de ahuyentarlo, pero me es muy difícil. Cada vez que recuerdo la historia que tuvieron, no puedo quitarme esa imagen de la cabeza, no puedo superarlo.

—Si te instalas en ese pasado, nunca saldrás adelante. Quizá si hablaras con él sobre cómo fueron las cosas, tendrías otra visión.

—No lo sé. Clemente me dijo que hablaríamos cuando yo esté preparada para conversar sobre todo eso. Pero tengo miedo de hacerlo y que me desilusione.

—En algún momento, deberás tomar la decisión sobre si estar con él es lo mejor para ti. Cuando antes lo hagas, más pronto te liberarás del fantasma de tu madre.

—Tienes razón.

—Tengo una duda, ¿ha sido Paz el que te mencionó a Luca?

—Sí; desde que nos vio en la confitería Del Molino, ha estado extraño. Mostrándose muy combativo con Pesce. Es más, quiso saber que significaba para mí.

—¿Quieres decir que Paz creía que Luca ocupaba un lugar en tu vida?

—Algo así. Sé también que lo ha ido a ver al hotel en que se aloja cuando está en la ciudad y que han discutido. Él está convencido de que Luca no es lo que aparenta.

—Yo creo que gran parte de proceder es porque está celoso.

—¿De verdad lo piensas? Yo lo creí en un primer momento, pero, luego, me pregunté cómo él podía pensar que alguien más estaría interesado en mí. Es más, me cuesta creer que él lo esté, con todas las mujeres con las que ha estado y las que tiene para elegir.

—Ay, amiga, no tienes idea lo que eres ni lo que vales. No pongo en duda de que él se dio cuenta no bien te vio, ¿ves? En eso, estoy de acuerdo con Paz.

La conversación continuó sin descanso. Una serie de anécdotas brotaron a medida que cada una relataba lo que le había sucedido en el tiempo en el que no se habían visto. Las horas transcurrieron a medida que la charla continuaba.

—Señorita —asomó Cleo por la puerta—, yo ya les dejé todo listo en la cabaña y acá en la cocina, por si desean cenar.

—¿Pero ya es la hora?

—Sí, claro.

—Gracias, Cleo, nosotras nos arreglaremos.

—Eva, yo no tengo apetito, pero sí estoy cansada.

—Lo notaba, pero no sabía si era eso o si te aburría lo que te contaba.

Eloísa largó una carcajada por la ocurrencia de su amiga.

—Entonces, vamos hasta la cabaña, así te pones cómoda y descansas. Allí tenemos todo cuánto necesitamos.

—Me parece muy bien.

Ambas abandonaron la casona y enfilaron hacia la rústica construcción. Los ladridos de Titán se escuchaban mientras atravesaban el parque hasta alcanzar la propiedad.

—Cuánta paz te da estar aquí —dijo la invitada al mirar a su alrededor, contemplar la naturaleza y escuchar el silencio.

—Eso es lo que hace que no dude en quedarme.

—Eso mismo es lo que hace que yo viva feliz en la ciudad.

Riéndose, entraron a la cabaña. Eva avivó el fuego arrojando más leños. Preparó el postre que a Eloísa le gustaba. Sería lo único que cocinaría con sus manos. Al terminar, se sentó con la vista hacia el exterior. Se veían varias luces prendidas en la casona. No había vuelto a saber de Luca. Por los días en los que se quedaría Eloísa, supuso que tampoco tendría mucho contacto. Bebió un tazón con leche y un chorrito de whisky, sin dejar de pensar en la conversación que había tenido con su amiga respecto a lo que pensaba de Luca. No podía culparla.

—¿Eloísa?

Eva que se había mantenido a cierta distancia para no quitarla privacidad, fue hasta el baño. Pero antes pasó por el cuarto y la vio desmayada de sueño, con el cabello húmedo y un piyama de abrigo tapada con la manta. Entonces, Eva se dispuso a hacer lo mismo, no sin antes ordenar la cocina.

* * *

Durante la jornada, Luca había solucionado varias cuestiones. Lanzó el humo de su cigarro que lo acompañaba junto a una copa de whisky. No iba a reconocer que extrañaba la compañía de Eva. Se estaba mal acostumbrando. Eso era un lujo que no podía permitirse. Nunca antes había dependido de una mujer, no podía. No lo haría con Eva. Tomó el último sorbo de la copa y enfiló hacia su cuarto. No bien cerró la puerta supo que no estaba solo. En la oscuridad de la habitación, sonrió para no dejar al descubierto que sabía que era Eva la que estaba allí, a pocos metros de él. Seguramente, ella se había esforzado por pasar desapercibida, pero no le había resultado. Reconocería siempre ese perfume. Podía sentirla más allá de la distancia.

—Sé que sabes que aquí estoy —susurró en la penumbra.

—Te siento.

—Lo sé y es mejor que sea así, en la oscuridad.

Él dejó que ella se acercara y lo besara. Sabía que para ella sería importante tomar la iniciativa. La dejaría si eso la hacía feliz. Notó cómo le desabrochaba la camisa al tiempo que lo besaba y boca descendía por el torso.

—Eva.

—Shh —ronroneó incorporándose para decirle algo más—, esta vez yo quiero amarte.

Ella pudo escuchar la respiración entrecortada de él. No debía haber palabras de amor entre ellos, aunque no fuese necesario pronunciarlas.

—Has hecho por mí lo que ningún otro hombre podría hacer. Me liberaste de uno de los fantasmas que me perseguían. Te arriesgaste e hiciste lo que correspondía con un energúmeno como Méndez. Ni siquiera me lo mencionaste para no sacar partido de eso. Otra vez me protegiste. —Ella sintió que él buscaba callarla, pero había algo más que decir—. Esto no es un agradecimiento por lo que has hecho. Simplemente no creía que hubiera algo que lograse enamorarme más

de ti —dijo al colocarle los dedos sobre la boca—. Pero me equivoqué. No importa lo que hayas hecho, ni cómo te ganas la vida, ni lo que piensas hacer en un futuro. Lo único que me importa es amarte en la oscuridad. Ahora. Es el único modo en que puedo decirte todo lo que siento y no te intimide mi confesión.

Eva aguardó que él le dijera algo, pero reaccionó del mejor modo. En la oscuridad de la habitación, solo destellaban los reflejos de la luna que entraba por la ventana. Eva no podía verlo con nitidez, pero podía sentir que la abrazaba con la mirada. En la penumbra, la desvistió con delicadeza. La llevó a la cama y dejó que ella lo mimara hasta que no aguantó más. Y exploró, besó y adoró el cuerpo de ella con devoción. Entre gemidos y jadeos, volvió a hacerla suya. Ya ninguno podía negar lo innegable. Se amarían por siempre más allá de las circunstancias. Ya acostada sobre su pecho, él tomó el dorso de la muñeca de ella. Allí donde estaba la incisión que se habían hecho tiempo atrás. La besó una y otra vez. Como si de ese modo pudiera sellar aquel pacto en que se habían prometido: “Nunca nadie ni nada nos separará”. Lo juro. Luca no podía mantener ese juramento, porque en algún momento se separaría de ella. Eva entendió sin palabras el significado de lo que él acababa de hacer. En ese instante, lo besó apasionada, con dedicación, para hacerle entender que aún tenían una posibilidad. Esa era la única ilusión que la mantenía viva. Y se aferraría a eso sin medir las consecuencias.

Capítulo dieciocho

Una advertencia intimidante

Eloísa no era muy afecta a los dichos populares; sin embargo, debía dar crédito a aquel que decía que el aire de campo hacía descansar más. Se había dormido no bien había aterrizado en la cama y se había levantado ya entrada la mañana. Estaba hambrienta mientras preparaba el desayuno.

—Eva, despiértate —le dijo al verla dormir sobre la alfombra tejida envuelta con una manta frente en la chimenea—, ya tienes el café listo.

Eva entreabrió los ojos y se incorporó de golpe. No había dormido tanto, había llegado en plena madrugada, luego de pasar gran parte de la noche con Luca. Se miró y ni siquiera había tenido tiempo de ponerse el pijama.

—Ya vengo —dijo al ir a acicalarse al baño y cambiarse para enfrentar un nuevo día.

Cuando regresó, todo estaba dispuesto en la modesta mesa ubicada al lado de la ventana que daba al exterior. Desde allí se podía ver la fina capa de escarcha sobre el césped. A Eloísa le daba frío de solo mirarlo.

—Disculpa, debería ser yo quien te atienda. Hace tiempo que no me despierto a esta hora.

—Yo también tuve un sueño pesado en toda la noche, ni te sentí.

Eva untó el pan tostado con el dulce de higo bajo la atenta mirada de su amiga.

—Has pasado la noche con él, ¿verdad? Perdón no debo entrometerme.

—No deberías, no porque a mí a me moleste, sino porque no va a gustarte la respuesta. Sí: estuve con Luca.

—Entonces es más importante de lo creo.

—Mucho más, y estoy dispuesta a dar batalla por lo que siento.

—Eva te admiro, él no debe ser un hombre fácil. A pesar de eso no te dejas amedrentar por las circunstancias.

—No debería hacerlo, si sé que de él depende mi felicidad.

—Me alegro amiga que así sea.

Qué podía decirle que Eva no supiera. Nada. La respetaba más con lo que acababa de confesarle. Ojalá ella pudiera tener esas agallas y defender sus sentimientos a pesar de todo.

—Cuéntame, ¿cómo ideaste este viaje?

—Mi padre quería que viajase. Cuando me vio que no estaba muy bien. En apariencia, parecía un simple resfrío lo que me mantuvo en cama, pero no se trataba de eso. Mi enfermedad se llama Clemente Paz. Si bien poco después de lo sucedido, me reincorporé al trabajo, la insistencia de mi padre por que me tomara más días no fue fácil de sobrellevar. A él lo único que le importa es que me aleje de la revista y que no concurra más allí. Y eso que no sabe que Clemente es el dueño. No se lo he dicho. Ni pienso hacerlo. Supe entonces que no sería una mala idea visitarte. No solo para advertirte sobre lo que había descubierto de Luca, sino también porque necesitaba hablar contigo.

—Entonces, Paz no está al tanto de tu viaje —afirmó.

—No, solo lo hablé con Lina. Ella es su mano derecha; una mujer que, por su edad, podría ser su madre. Es de absoluta confianza. Con ella cuento cada vez que me desmorono. Sé que me ha defendido frente a él.

—Me quedo tranquila que tienes una aliada en el trabajo.

—Sí —dijo sonriente al recordar algo más—. Respecto de la edad, por algunos comentarios que él me ha hecho, le parece que la diferencia entre nosotros es un tema importante o cree que lo es para mí.

—Pero no son tantos los años de diferencia.

—No, pero pienso que se enfoca en eso para no ver el verdadero obstáculo que hay entre nosotros. Por momentos, me olvido de todo. Es ahí cuando veo una posibilidad de estar juntos, pero, al llegar a mi casa y estar con mi padre, todo se desmorona.

—En algún momento, él hablará con Victorino.

—Es lo que me ha dicho. Entonces, me convenzo de que está loco. Lo confirmé la noche que lo encontré en mi habitación.

—¿Paz hizo qué?

A Eva le causó gracia el sonrojo en las mejillas de amiga. Nunca antes la había visto con ese brillo en los ojos cuando hablaba de un hombre.

—Sí, ni él da crédito a lo que hace cuando está conmigo.

—Me gusta que te desafíe, más allá de los cuestionamientos que haga sobre Luca.

—Esperemos que con el tiempo se le pase la aversión que siente por él.

—Eso será cuando tenga la certeza de que no has puesto los ojos en Luca. Lo que él haga, poco le importa a Paz, salvo que haya algo que pueda entrometerse contigo.

—Por más que Clemente no quiera mencionarlo, es mi madre la que siempre está en mi cabeza. No te imaginas lo que significa no poder recordarla para evitar mayor dolor.

—Lo entiendo, pero debes poder recordarla sin necesidad de verlos juntos. Deja de martirizarte por la elección que ella hizo tiempo atrás y ten presente solo los buenos momentos que ha habido entre ustedes dos. Estoy segura de que los ha habido.

—Tienes razón, aunque es difícil hacerlo.

Eva no quería ver de ese modo a su amiga, cuando el consabido tema de su madre salía a relucir. Si había ido buscando refugio en El Recuerdo, era porque pretendía distraerse y alejarse todo aquello que la lastimaba.

—Qué te parece si nos vestimos para cabalgar un poco y dejamos a un lado el tema de los hombres.

—Eva, hace frío para hacerlo —dijo la virar la vista y limpiar con la mano el vapor que empañaba el cristal de la ventana para poder contemplar el paisaje exterior. Se sonrió de pensar el frío que pasaba dentro de su casa. Ya debería estar acostumbrada a combatirlo, más allá de que la temperatura de ese día sería más baja que en la ciudad.

—Es la mejor hora para salir. Tengo un caballo ideal para ti, que no te traerá problemas. Ven —dijo al levantarse—. Te voy a dar ropa acorde para montar y el abrigo necesario. Nos vendrá bien a las dos airearnos un poco.

—De lo único que estoy segura, es de que vamos a tomar frío —contestó sonriente—, pero no voy a negarme; adelante.

Eloísa se levantó no muy convencida de hacerlo, pero no pensaba quedarse todo el día allí adentro pensando en Paz.

—No te quejes. Ya me agradecerás el lindo paseo que haremos.

Eloísa se cambió rápido sin quejarse para seguir a Eva que ya estaba con las botas puestas esperándola junto a Titán a sus pies. Dentro del establo ensilló a ambos caballos para la recorrida.

—Deberías enseñarme a hacerlo para la próxima vez que venga.

Eva lanzó una carcajada que dejó perpleja a la joven Ocampo. Si había alguien que no se daba maña para las actividades de campo, era Eloísa.

—Al menos, voluntad es lo que me sobra.

Eva se volteó al escuchar unas pisadas. Por debajo del anca de animal, vio unas botas negras lustradas que se acercaban hacia ella.

—Buen día —saludó Luca—, veo que han pasado una buena noche.

—Igual que tú —respondió al ajustar la cincha.

—Yo no me puedo quejar, dormí a pata suelta —esgrimió cómplice Eloísa.

—Toma —dijo Luca al entregarle un bolsita—, has entrenado muy bien a Cleo. Casi todas las mañanas amanezco con esto.

—Gracias —respondió al estirarse para estamparle un beso en la comisura de la boca—, cómo en los viejos tiempos.

Luca le dio un beso rápido pero contundente.

—Mejor —replicó con un guiño de ojo y se fue saludando, una vez más, a Eloísa.

—¿Qué es eso?

—Son semillas de girasol tostadas. Es algo que compartimos cuando salimos de recorrida.

—¿Por qué le dijiste como en los viejos tiempos?

Por más que confiara en su amiga, no pensaba mencionar el pasado que la había unido a Luca. Debía respetar la decisión de él de haberlo enterrado, al menos frente a los demás.

—Porque le he dicho que desde niña solía salir munida de un puñado de estas semillas en cada caminata que hacía.

—Oh, qué detalle.

—Si piensas distraerme aquí dentro con tu charla, te equivocas. Vamos afuera así montas a este manso animal.

—Pobre caballito, no sabe lo que le espera —replicó jocosa.

A pesar de la lentitud y el cuidado que debía tener Eva ante el temor de Eloísa arriba del caballo, habían podido recorrer las tierras cercanas al casco y que estaban en mejor estado. Los rayos de mediodía calentaban el ambiente brindando calidez al paseo. Al fin, la conversación entre ambas no había rondado sobre los hombres, sino sobre el trabajo que tan afanosamente Eloísa se procuraba por hacer.

—Sé que no eres muy afecta a dar a publicidad a tu vida, pero serías un buen ejemplo para una serie de publicaciones y artículos que estoy lanzando.

—¿Yo? No puedo ser ejemplo de nada.

—Te equivocas; haber estado al frente de El Recuerdo no ha sido fácil. Tú vida no lo ha sido. No me interesa que entres en detalles, pero sí que me relates los inconvenientes o las vivencias que tuviste que pasar todo este tiempo.

—Lo haré si en verdad no tienes a quién más poner, de lo contrario, prefiero mantenerme en el anonimato. No soportaría verme expuesta a los comentarios con una vida que solo es mía. Siempre me ha gustado resguardarme. Además, Beltrán vive en la ciudad.

—Y no quieres darle una excusa para que hable de ti ni de lo que vivieron.

—Así es, residir aquí me permite estar alejada de todo lo que sucede afuera y de los comentarios de la ciudad. Él ha sido muy afecto a mantener una vida social que siempre detesté.

—Lo sé. Si no fuera por Ángel, tú habrías tomado la decisión de romper antes el compromiso. Pensar que yo siempre te he alentado con Beltrán.

—Sí, pero con él o con cualquier otro hombre no podía sentir lo que me sucede con Luca. De eso estoy convencida. Pero hay algo que también me preocupa.

—¿Qué?

—Ángel. Ahora que ya no estoy con Beltrán, no quisiera que tome alguna represalia con él.

—Pero debes dejar de ver a tu hermano como un jovencito: ya es un hombre.

—Lo sé, más ahora que está con una mujer. Apenas la vi en el hospital. Yo no pude verla bien, pero me pareció muy guapa. Espero que sea la mujer que él necesita.

—Seguramente sí. Eva, está muy interesante la conversación y me gusta este paseo, pero, si lo sigues extendiendo, desconozco cómo lograré bajarme del caballo.

Eva estalló con una carcajada ante el comentario de Eloísa.

—Tienes razón, peguemos la vuelta.

El atardecer estaba en su apogeo cuando ambas regresaron a la cabaña a alistarse para la cena. En la casona había un singular ajetreo. El fuego estaba listo para colocar la carne al asador. Hacía tiempo que Luca deseaba comer un asado bien hecho. Intentaba hacerlo como solía comerlo en las épocas en que aún estaba en la estancia, a pesar de las persistentes indicaciones de Antonio. Junto a la peonada, solían disfrutar de un asado cuando se terminaba la faena. Siempre lo hacían en ausencia de don Soria, que ponía el grito en el cielo si los veía. Decía que eran unos vagos.

—Te busca Cleo —le dijo Luca a Antonio.

—No se lo digas, pero debe estar perdida en la cocina sin mí.

—Por lo que veo, te preocupas de que no se pierda —dijo jocoso.

Pereyra lo miró sin ánimo de confesarle que había encontrado en la empleada una divertida compañera y que, con el tiempo, se estaba tornando más importante para él, en aquel momento de su vida. Volteó la mirada hacia Eloísa que no dejaba de hablar con Eva.

—Esa joven parece apreciar mucho a Eva.

—Son buenas amigas.

—Me voy —dijo al ver a la joven Ocampo acercarse—, te dejo en buena compañía.

—Acá está calentito —dijo Eloísa envuelta en un poncho que Eva le había prestado acercándose al fuego del asador—; se ve sabroso ese asado.

—Espera a comerlo.

—Luca, no sé cómo empezar, pero necesito hablar contigo.

—No será porque quieres hacerme una nota.

—Eso me agradaría, pero sé que alguien más te lo ha pedido y te has negado. No te pondría en ese lugar.

—Si te refieres a Paz, claro que me he negado. Tengo mis razones para hacerlo.

—Ha hablado conmigo al respecto.

—Si es así, ¿no te ha convencido sobre lo que soy?

—No importa eso ya. Sé que eres importante para Eva, y ese es mi límite. Confío en ella y en su criterio.

—Me parece muy bien.

—Pero también confío en mi instinto. Por eso quiero pedirte que no la hagas sufrir. Ella no la ha pasado bien desde que sucedió lo de su padre. No ha querido hablar mucho, no es muy afecta a contar y recordar todo lo ocurrido, pero supongo que estarás al tanto de lo que le sucedió.

—Algo de eso sé.

—Entonces, tenlo en cuenta.

—Eva es grande y sabe lo que quiere, pero igual me gusta que te preocupes por ella.

—Le ha costado mucho estar mejor, puedo dar fe de eso, porque la conocí en esa época. No quisiera volver a verla de ese modo.

—Y crees que tengo ese poder para lastimarla —aseveró.

—Sí, y no confió en que no lo hagas.

—Haces bien.

—Por eso te sugiero que no la hieras, porque, si lo haces, puedo encontrar la manera de molestarte. Todo lo que no quiero dar a conocer ahora, podría publicarlo en un artículo.

—Y yo que creía que te tenía como aliada.

—Lo era, pero todo cambia cuando está Eva en el medio.

—Esto lo debo tomar como una advertencia —dijo con un movimiento en la ceja.

—O como una amenaza si te es más familiar.

—Entonces, tendré que tenerlo en cuenta.

—Así es, aunque no he querido resultar intimidante.

Luca largó una carcajada que hizo que Eva se dirigiese hacia ellos, luego de dejar unas ensaladas en la mesa en la que estaba todo dispuesto para la cena.

—Te aseguro que no lo has sido —dijo al inclinarse en su oído.

—Perdón, ¿me he perdido algo?

La expresión de Eloísa demostraba a las claras que ese diálogo quedaría entre los dos.

—Me estaba contando su odisea con la cabalgata de hoy.

—La próxima vez, si quieres, podemos ir con Luca, verás que él no cuenta con tanta paciencia.

—No lo pongo en duda —rio más tranquila de poder mantener la armonía con Eva. Si su amiga supiera de qué le había hablado se habría fastidiado. Ella creía que lo podía todo, pero la joven Ocampo no estaba segura de que fuese así—. Voy a ver si Cleo necesita ayuda.

Eva miró a Luca que asaba la carne con absoluta naturalidad, quería guardar esa imagen casi familiar para recordar que podían tener momentos felices y cotidianos, sin necesidad de pensar que algo podría opacarlo.

—¿Estás pensado en la buena cena que estoy preparando?

—Sí.

—Eva, prefiero que no me contestes a que me mientas —dijo al calvarle los ojos verdes.

—Entonces, no preguntes.

—Siempre con la última palabra —dijo al tomarle la barbilla con los dedos.

—Te equivocas, en esto, la última palabra la tienes tú.

Luca deslizó el pulgar por la mejilla sin dejar de contemplarla. Cuánto daría él para que eso no fuera así.

—Quiero disfrutar de esta cena y que podamos estar todos reunidos.

La atrajo para besarla. Ella se sorprendió de que no le importara hacer público ese gesto de cariño.

—Yo también —susurró antes de continuar con el asado.

Sin lugar a dudas, Luca no había perdido la mano para asar. A pesar del tiempo que había vivido en el extranjero, conservaba sus dotes. La cena se estaba desarrollando del mejor modo. Parecía que, al fin, todo volvía a encauzarse.

—La carne está muy rica, pero yo me he lucido con el postre —declaró Cleo al levantar los platos.

—¿Qué preparaste de rico?

—Esperen a verlo.

Poco tardó en llevar a la mesa un flan rociado con caramelo y crema batida.

—Ese postre es mi debilidad —declaró Antonio ante la sonrisa cómplice de la empleada.

—Cleo, debo reconocer que tienes una gran mano, este flan está muy rico.

—¿De verdad, señor? —exclamó azorada por el comentario del patrón sin ser consciente de la guiñada de ojo que le había lanzado a Eva.

—Así es.

—Patrón —lo llamaron.

Luca se levantó de inmediato y fue seguido por Antonio. Si no hubiese ocurrido algo, no estarían molestándolo en la cena.

—¿Qué sucedió?

—Hay alguien que quiere entrar para hablar con usted.

—Sagasti —afirmó Pereyra.

—No, un tal Paz.

—Quédate aquí —le dijo a su asistente—, yo me encargo.

Eva se había acercado y creyó escuchar quién había llegado.

—¿Paz?

—¿Qué sucede con Clemente? —saltó de la silla Eloísa al escuchar ese apellido que lo era todo para ella.

—Está aquí —afirmó Eva.

—¿Pero qué quiere? ¿Para qué ha venido hasta aquí? ¿Qué le hará Luca?

—Cálmate. Luca no hará nada que no corresponda.

—Ay, perdona, tienes razón, ¿ves cómo me pone este hombre? Siempre me altera de este modo.

—¿Quieres tomar una copa?

—Te agradezco, que sea una medida doble.

Con una copa de licor en la mano, las jóvenes aguardaron frente a la ventana del comedor que daba al exterior. A lo lejos se veía las luces del automóvil aproximándose, iluminando la figura de Luca que aguardaba que Paz se acercara.

—Al menos me has dejado entrar —dijo Clemente al salir del coche.

—¿Qué buscas en mis tierras?

—Sabes que, si no fuera porque sé que Eloísa está aquí, no las pisaría.

—¿Qué necesitas?

—Vine para buscarla y hablar con ella.

—Pero antes lo harás conmigo.

—Adelante, qué quieres negociar.

—Estás aquí, y será bajo mis condiciones.

—Te propongo una tregua —sugirió Paz—, ella me importa más de lo que crees y por eso estoy dispuesto a negociar.

—Lo único que quiero es que no publiques algo que pueda herir a Eva. Me importa una mierda lo que pienses de mí, siempre que eso no molesta a mi gente.

—Está bien. Lo acepto en la medida que no te metas con las persona que a mí me interesa. Si aún no lo tienes claro, hablo de Eloísa Ocampo.

—Aunque deberías saber que nunca me metí con ella. Sin embargo, tu arrogancia no te ha permitido ver más allá.

—Basta, Pesce, ¿me vas a dejar verla? Porque, si no lo haces, volveré hasta que pueda hacerlo.

—Si lo pides cómo corresponde te dejaré.

Paz se mantuvo delante de Luca sin mover un solo músculo, hasta que el dueño de casa le franqueara el ingreso a la casona.

—Adelante, acabamos de cenar.

Eloísa lo vio caminar hacia ella con esa estampa que le quitaba el aliento. Los cabellos negros daban el marco perfecto a esa oscura mirada que destilaba chispazos vehementes a medida que se acercaba a ella. Aún desconocía cuál era el motivo por el que había ido. No podía creer que fuera solo por ella.

—Eloísa, ¿cómo estás?

Ella se quedó de una pieza ante la naturalidad de él al saludarla. Como si el resto no estuviera allí y él regresara de una cabalgata.

—¿Ha sucedido algo? ¿Le ocurrió algo a Lina?

—No, solo quería verte.

El ardor que corría por su cuerpo era muy grande. Poco le había importado decirlo delante de los presentes. La saludó con beso cercano a la comisura de los labios. Fue un roce simple pero significativo, al tiempo que había apoyado la mano en su cintura.

—Te extrañaba —susurró en el oído.

Ella lo miró extasiada mientras Paz saludaba a los presentes.

—Supongo que no has comido —agregó Eva para colaborar con la comodidad de su amiga. La notaba tensa, y se le pasaría una vez que ambos pudieran hablar.

—No cené, pero no tengo hambre. Eso sí, acepto una copa.

Luca se encargó se servirle, mientras se sentaban en los rústicos y cómodos sillones del comedor.

—Me enteré de que estabas aquí por Lina —dijo al clavarle la oscura mirada a la joven Ocampo.

A Eloísa la sorprendió que la secretaria de Paz le dijera dónde estaba porque le había asegurado que no le diría nada a su jefe. Eso iba a permitirle a Eloísa reflexionar sobre el paso a seguir. Pero Clemente no le daba tiempo para pensar. Él quería actuar, no solo porque le costaba controlarse ante lo que sentía, sino porque sabía que tenía pocas posibilidades de que ella viese algo positivo en él.

—Sí, pensé que un poco de aire fresco me vendría bien.

—Y bien que lo hizo, hemos tenido tiempo para hablar largo y tendido —agregó Eva.

—También de cabalgar.

—¿Estás parando en Los Álamos? —quiso saber Luca.

—No tuve tiempo de alojarme, porque fui hasta el pueblo para que me indicasen cómo llegar hasta aquí.

—No sé si querrás quedarte por aquí. Pero, si deseas hacerlo, lo que sobra aquí es lugar. La casa es grande y hay varias habitaciones.

—Gracias, pero no es mi intención quedarme aquí ni en el pueblo. Solo quería ver a Eloísa.

—Sí es así, los dejamos —intercedió Eva al cruzar la mirada con Luca—. Cualquier cosa que necesiten me avisan. Eloísa, sabes que esta es tu casa.

La joven asintió sin saber muy bien qué hacer. Notó que él se movió hasta colocarse frente a ella en el mullido sillón. Con los dedos, le tomó la barbilla y fijó la oscura mirada en la joven.

—No vine hasta acá para incomodarte, sino porque tenía ganas de verte.

—Y fue Lina la que te indicó que estaría acá.

—Al principio se negó a informarme cuando quise saber de ti. Has logrado que la única persona de confianza que tengo no me responda. Como no lo hizo, decidí pasar por tu casa para verte.

—¿Viste a mi padre?

Eloísa no imaginaba lo que podría pasar si él se presentaba en la casa preguntando por ella.

—No esta vez, aunque me habría gustado hacerlo para hablar. Ya te he dicho que lo haré, pero antes debía verte. Y, al advertir que no estabas, imaginé que te habrías ido a algún lado. Ahí fue cuando le exige a Lina que me dijera dónde estabas. Sabía que te has apoyado en ella y que debería saber dónde estabas. Parece que el último tiempo se ha transformado en tu confidente. No bien supe adónde habías viajado, apenas pude desentenderme de mis ocupaciones, vine hasta aquí.

—Debería decirte que es una locura, y que no deberías haber venido.

—No lo digas.

—No lo haré, porque me encantó que lo hicieras.

—Bueno —dijo al extender la mano para atraerla hacia él—, entonces valió la pena.

Eloísa se perdió en esos ojos negros que hablaban del deseo y la pasión que sentía. Con una mano, la tomó por el cuello acercándola; con sus labios, rozó los de ella. De a poco, ese beso se tornó exigente. Los leves gemidos de ella, lo enloquecía más y más.

—Te deseo —susurró sobre la boca.

Los entornados ojos de ella se abrieron con sorpresa.

—Te deseo como nunca antes desee a una mujer, pero no voy a intentar hacer algo, menos aquí.

—Me siento tan tonta; a veces me pregunto qué puedes ver en mí.

—La mujer que siempre busqué y que no había encontrado. Apareciste en el momento oportuno, cuando no te buscaba. Lo único que me importa es que me creas y te des cuenta de que eres importante para mí. Y que no me importa con quién tenga que hablar o cuánto deba esperar para tenerte. Sé que vales mi espera.

—Yo quise alejarme para poner distancia entre los dos. No me bastaba con que no estuvieras en la redacción, porque no puedo dejar de pensar en ti.

—Me gusta lo que dices —dijo al tomarle el rostro entre las manos—. Es lo único que me importa.

No pudo controlarse y volvió a besarla. Esa vez, fue con premura y sin cuidado: con hambre y desesperación. Debió pensar dónde estaba para no avanzar con ella y hacer lo que tanto anhelaba. Con una fuerza de voluntad que creía que no tenía, se separó y la abrazó, como si ese instante fuera el más valioso que hubiera.

—Debo irme.

—No te vayas.

—Eloísa no me hagas esto —resopló sobre su cabeza—. Me puedo quedar un rato más. Este no es un lugar para que estemos solos. No sería justo para ti y yo no haría nada para que pongas en duda lo importante que eres para mí.

—Gracias —dijo al recostarse sobre él.

—A ver, cuéntame qué hiciste desde que llegaste aquí —preguntó mientras ella lo acariciaba y le iba contando su estadía allí—. Pero, además de que lo pasaste muy bien, ¿me extrañaste?

—Sí —musitó.

—Yo también. Ahora dime hasta cuándo piensas quedarte.

—Quería quedarme unos días más, pero creo que me iré contigo.

—¿Cómo dices?

—Si viniste a buscarme, me iré contigo.

—Eres adorable.

Por momentos, Paz creía que algo debería haber hecho bien en su vida para merecer a Eloísa. O quizá fuera el camino que tenía para redimirse por la vida endemoniada que había llevado. A esa altura de los acontecimientos, poco le importaba cual era la razón si ella iba a quedarse a su lado.

—Pregúntame lo que quieras —resopló sobre la cabeza al tiempo que le deslizaba los dedos por la espalda.

—¿Cualquier cosa?

—Así es señorita, adelante. No hay preguntas incómodas, sino respuestas difíciles.

—¿Extrañas llevar la vida que llevabas? No creo que sea necesario que te indique con quién ni a qué momento me refiero.

—No. Tengo claro qué quieres saber. Era más joven, con dinero y sin responsabilidades. La elección de mi carrera y la vida que llevaba hizo que mis padres se alejaran de mí. Que decidieran instalarse en Europa, me rebeló todavía más. Ellos creían que un cambio de aire en un lugar nuevo iba a beneficiarme. Pero no fue así, e hizo el efecto contrario. Cuestión que las diferencias que teníamos se agravaron. La partida de ellos me permitió hacer lo que quisiera. Vivía de mi profesión, además de unos bienes que mi abuela había dispuesto para mí. Era su nieto preferido, y por más que mi madre se había negado a que yo dispusiera de ellos, no pudo hacerlo cuando con mi padre decidieron abandonar el país para llevar una vida más apacible en España.

—¿Cómo se llamaba tu abuela?

—Dolores. Era todo lo que un nieto podía pretender de una abuela. Su muerte me conmocionó mucho. Recuerdo que su legado no fueron solo los bienes que me dejó, sino sus últimas palabras: “Vive a tu modo que solo sabrás cuando es el instante en que deberás cambiar”. Yo viví así. Mal no me ha ido. “Tu madre te ama, pero a su manera. A veces, eso no basta. Lo único que quiero es que seas feliz”, murió diciendo esas palabras. Ella fue la única persona que me conoció de verdad. Con su muerte, mi madre ya no tenía algo que la

atase a esta tierra. Poco después, mis padres partieron para no regresar. Cumplí a rajatabla lo que me dijo mi abuela —murmuró con una sonrisa—. Durante bastante tiempo, me moví en un ambiente de diversión total. Fue en ese momento que conocí a una actriz. Su nombre era Lily Moreno y tenía las mismas ansías de diversión que las mías. Ambos conformamos un grupo de personas que vivían al revés que el resto de la gente. Mi profesión hacía que manejase los horarios a mí gusto. Claro que eso cambió cuando me uní a mi actual socio; lo conoces porque los has visto en la redacción.

—Sí, lo recuerdo.

—Pero todo tiene un final y la relación que mantuve con Lily se terminó, aunque a ella le costó comprenderlo. Poco sabía de su vida, aunque decía que la quería cambiar. Yo ya estaba cansado de vivir del modo en que lo había hecho. Los amigos que crees que tienes, no lo son salvo que haya unas copas de por medio junto al jolgorio que te da la noche. Tampoco puedes mantener el trabajo que deseas porque poca gente te toma en serio. De a poco fui dejando todo aquello. Eso incluía a Lily que buscaba hacerse un lugar en la actuación. Aunque no le fue posible. Por eso decidió probar suerte en París. Fue en la despedida en la que me contó lo que dejaba aquí. Una familia quebrada, que ella no estaba dispuesta a reconstruir. Al menos hasta que no probara hasta dónde podía llegar. Yo no quería saber más de su vida, porque ya para mí todo estaba terminado entre nosotros. No estuve enamorado de ella, no la amé; sí pasé una etapa de locura junto a ella. Nada más. Quizá te cueste entenderlo porque se te deben mezclar una serie de sentimientos que tienes por ella y que sientes por mí. Pero debes entender que ella fue una mujer más en mi vida. Nunca tuve la imperiosa necesidad de estar a su lado. Eso solo me sucede contigo. Cada minuto que vivo contigo lo vivo distinto; cada cosa que hago por ti, me hace sentir como si fuera la primera vez que estoy con una mujer. Así me siento. Más allá de ser un hombre experimentado, me parece que frente a ti no lo soy. Es todo nuevo para mí también.

A esa altura del relato, Eloísa tenía los ojos húmedos ante la franqueza y honestidad de la confesión de Paz. Debía comenzar a verlo y a entenderlo, sin necesidad de buscar la imagen de su madre a través de él.

—Quiero que cada vez que se te cruce algún pensamiento que te confunda me lo digas.

—Estoy intentando hacerlo. Pero es muy difícil, porque mi casa es un permanente recordatorio de lo sucedido tiempo atrás.

—Es normal que eso suceda, pero yo no soy el mismo ni el responsable de lo que ocurrió en tu hogar. Tú tampoco lo eres. Eso es importante que lo sepas. Lily eligió y deberá aceptarlo tu padre también. Eso va más allá de ti.

—Pero es muy complicado no sentir la culpa que me ronda cuando pienso en ti con ella.

—Lo sé. Para eso yo estaré diciéndote y recordándote cómo es todo. Tú no debes preocuparte, porque, si hay alguien que debe recibir los golpes, ese seré yo.

Eloísa se incorporó para sellarle los labios con un beso.

—Te quiero —resopló ella.

Fue en ese instante que Paz enredó los dedos en la cabellera de ella asiéndola hacia atrás. Con devoción besó cada parte de ese rostro hasta alcanzar los labios para besarla sin piedad y con desesperación.

Los primeros rayos del amanecer los encontró con los cuerpos confundidos en un abrazo. Ella descansaba sobre su pecho. Paz había intentado no moverse, aunque poco había dormido. Acababa de pasar la mejor noche de su vida. Aún restaban más noches por disfrutar para al fin hacerla suya. Unos ruidos en la cocina lo alertaron de que el movimiento en la casa ya comenzaba.

—Mi amor —susurró al oído de Eloísa—, deberías despertarte —dijo al verla con el rostro somnoliento—. Eres adorable.

—¿Qué hora es?

—Temprano, pero aquí ya hay movimiento. ¿Dónde está la cocina?

—Pasando esa puerta a la derecha; yo ya voy.

Clemente vio un baño y se acicaló antes de presentarse ante quien estuviera despierto.

—Paz, por tu aspecto no creo que hayas hecho uso de las habitaciones: toma un café.

Clemente asió la taza que le acababa de entregar Luca que se encontraba vestido con la ropa de fajina para salir de recorrida.

—Sabes que si quieres quedarte aquí, puedes hacerlo.

—Gracias, pero nos iremos a la ciudad con Eloísa no bien ella tenga todo listo.

—Ha sido una gran compañía para Eva.

—Sé de su amistad. Creo que eso nos obliga a extender nuestra tregua.

—De mi parte, la tienes —dijo Luca al levantar el jarro de café—. Supongo que no querrás sumar más enemigos a tu causa.

—No te imaginas los deseos que tengo de enfrentar a Ocampo, aunque ya he tomado ciertas medidas con él que aún desconoce.

—Siempre es bueno estar un paso por delante de los enemigos.

—Así es, aunque yo ya no estoy en tu lista.

—No, nunca lo estuviste.

—Te debo una.

—Ya me la cobraré —replicó con una mueca en la ceja.

—Yo, en tu lugar, me cuidaría de Sagasti.

—¿Qué sabes de él?

—Lo suficiente para entender que no se quedará tranquilo si Eva no regresa a la ciudad. El círculo de personas que frecuenta no deja de preguntarle por ella y no querrá ser el hazmerreír de la ciudad.

—Lo sé.

—Buen día —saludó Eva.

—Aquí tienes —dijo al entregarle un jarro con café y azúcar. Antes de hacerlo, la atrajo para sí para besarla—. Buenos días —resopló en sus labios.

No había modo de no hacerla sonrojar ante los demás cuando él

tenía alguna demostración de amor. A pesar de haber pasado la noche juntos y amarse sin límites, a Luca le gustaba el decoro que mantenía frente a los demás.

—No pude convencer a Eloísa de que se quedara.

—No bien esté lista, nos vamos.

—Paz, no me gusta entrometerme, nunca lo he hecho. Pero está vez lo haré para decirte que la cuides mucho.

—Lo haré.

—Ha sufrido y no necesita mayor dolor del que vivió.

—También lo sé.

—Pero qué sucede en esta casa que todos me ganaron de mano. Déjenme que yo les preparo el desayuno.

—Buen día, Cleo, pero no será necesario.

—De ningún modo —dijo al enfilar hacia una encimera para tomar los utensilios y preparar la primera comida del día.

—Ya tengo el bolso listo —dijo Eloísa al asomar por la puerta.

—Antes deberías comer algo —sugirió Paz al acercársele a ella y acariciarle la mejilla.

—No tengo apetito.

Todos salieron a la sala donde estaba el pequeño equipaje de la joven Ocampo.

—No es necesario que te lo diga, pero, ante cualquier problema que surja, esta es tu casa. Puedes venir cuando quieras.

—Lo sé y gracias.

Ambas amigas se fundieron en un abrazo sentido. Ninguna sabía muy bien cómo seguirían sus vidas. La unión que mantenían era lo verdaderamente certero hasta ese momento.

—Cuídate mucho —murmuró Eloísa.

—Tú también.

Eva, en compañía de Luca, se quedó allí, mientras el automóvil se alejaba hacia la entrada.

—Es una buena hora para salir de recorrida, adelante.

Eva dejó la melancolía de que su amiga se fuera y se dirigió al establo para preparar los caballos y salir junto a Luca.

A medida que abandonaba la cuadra, Luca notó cierto movimiento. Apuró el trote para saber qué sucedía.

—Patrón, llego justo a tiempo. Don Antonio lo estaba buscado y salió disparado para la salida. Hay alguien que lo busca.

—Quédate aquí —le pidió a Eva que iba detrás de él.

Como si ella no lo hubiera escuchado, espoleó a Whisky y salió tras de Luca. Atravesó la avenida de árboles de la entrada como una saeta. Había vislumbrado algunos caballos en la entrada. Solo uno pertenecía a la estancia.

—Te dije que te quedaras —siseó Luca al verla cerca de él.

Eva no le contestó y fijó la vista sobre los dos muchachos que estaban dialogando con Antonio.

—¿Qué sucede?

—Son los colaboradores del comisario Ortiz —afirmó Pereyra.

—Llegó una comunicación desde la ciudad, de parte de Ángel Soria para su hermana. Dice que está en problemas.

—¿Cómo? —preguntó azorada Eva.

—¿Desde dónde se comunicó? —quiso saber Luca.

—Desde una comisaría de Buenos Aires; está alojado en un calabozo.

Fueron las última palabras que Eva escuchó porque espoleó el caballo y cruzó la entrada de la estancia como un rayo. Se lanzó del animal para cambiarse y salir rumbo a la ciudad. Ángel la necesitaba y no tardaría en estar con él. Salió hacia la cabaña para ponerse

presentable y tomar el bolso. Hurgó dentro para saber si contaba con las llaves de la camioneta y volvió a salir en busca del vehículo.

—¿Adónde piensas que vas? —rugió Luca al detenerla.

—Déjame, por favor. Este es mi problema y me iré hacia la ciudad.

—Te equivocas. Nos iremos juntos. Deja que dé unas indicaciones. En ese coche, no llegarás a destino.

Eso fue lo único que la detuvo a Eva. Sabía que él tenía razón. Fueron largos los minutos que lo esperó hasta que se Luca se cambió y dejó detalladas las directivas a Pereyra. De inmediato, ambos abandonaron El Recuerdo para ir rumbo a la ciudad de Buenos Aires.

Capítulo diecinueve

Verdad revelada

Ángel estaba alojado en una celda lúgubre y maloliente. Las últimas veinticuatro horas las había pasado allí dentro. Luego de sus permanentes reclamos, lo dejaron hacer una llamada. Por más que él no quisiera recurrir a su hermana, tuvo que hacerlo, porque había un motivo de importancia que lo obligaba a ponerla al tanto de lo sucedido. Él no podía permanecer un minuto más encarcelado. Para resolverlo, necesitaba que alguien lo sacara de allí para ver a Mora de inmediato. La joven lo preocupaba y no sabía nada de ella. El tiempo parecía duplicarse allí dentro en donde todo ocurría en cámara lenta. Desde la litera en la que estaba tirado, escuchó algunas voces que provenían desde la entrada. El nivel de discusión se acrecentó junto al taconeo proveniente del largo pasillo.

—Le dije que abra esta celda —reclamó Eva con los ojos vidriosos al ver en el estado en que Ángel se encontraba.

—No puedo hacerlo señorita. Ya se lo expliqué.

—Eva —dijo él al levantarse y mostrar el rostro marcado—, sácame de aquí, por favor. Debo salir.

—Claro que sí, ¿qué sucedió?

—Eso no importa; debes sacarme.

—Vine con Luca que se está encargando de llamar a su abogado. No me mires así. Él hará lo que pueda para ayudarme a sacarte.

—Si es así, quiero hablar con él.

—No, hasta que me digas qué sucedió.

—Entiende que lo que no hay es tiempo; el poco que tengo, no

quiero perderlo.

Eva miró por encima del hombro: un guardia esperaba que ella finalizara el intercambio de palabras con el detenido.

—Señora, ya ha pasado su tiempo. No puede haber dos personas al mismo tiempo con el reo. Y Pesce desea hablar con él.

—Pero apenas he llegado —retrucó ofuscada por todo.

—Eva, ya hablaré contigo, pero antes debo hacer lo que sea para que me saquen de aquí.

—Necesitas la medicación —afirmó preocupada.

—Sácame pronto de aquí, que por ahora no voy a necesitarla.

—Estaré aguardando afuera para volver a hablar contigo.

Eva caminó a través el largo pasillo. La acompañaba la imagen de un Ángel desesperado y golpeado, con manchas de sangre en la camisa. Le preocupaba que no pudiera resistir allí dentro. Vio que Luca se acercaba y se abalanzó a los brazos de él.

—Haz lo que tengas que hacer, pero, por favor, sácalo de aquí —le susurró en el oído.

—Espérame afuera.

Cuando Eva se retiró, fue Ángel el que rompió el silencio entre los dos:

—Es así como debería haber sido desde un principio —señaló.

—Así es. Pero no he venido a discutir sobre lo que sucedió en el pasado. Ahora me preocupa tu hermana.

—Como siempre.

—Si quieres salir, dime qué sucedió. El abogado que convoqué está en camino. —Se había comunicado con el doctor Navarro que lo había asistido cuando él acababa de llegar a la ciudad y con quien mantenía una fluida relación—. Por lo poco que averigüe, Sagasti estuvo involucrado.

—Así es.

—Cuéntame con detalles qué sucedió.

—Yo creía que Beltrán sería bueno para Eva. En el momento en que lo conoció, parecía ser alguien que se preocupaba por ella. Yo, claro, quería lo mejor para mi hermana. Fue por eso que entré a trabajar con él. Debía mantenerme y solventar mis gastos en la gran ciudad y creía que sería una buena idea. Soporté una serie de humillaciones de su parte solo por Eva. Él, como otros, cree que mi aparente debilidad lo habilita a atropellarme. Parece que siempre estoy en desventaja frente a todos. Por supuesto que nunca se lo conté a ella, pero existió un momento en que no hubo marcha atrás. Fue cuando descubrí que mantiene una relación con Virginia.

—La viuda de tu padre —afirmó.

—Sí; son tal para cual. Era algo que yo venía sospechando, pero no tenía ningún elemento para confirmarlo. Lo descubrí aquel día en que me descompuse. Había sido a raíz de haberlos visto juntos. Él me amenazó, me dijo qué debería decir y cómo actuar en adelante. Beltrán negaba una y otra vez lo innegable: su vínculo con Virginia. En medio de la discusión, comencé a descompensarme. Fue verdad que en el estudio nadie encontraba mi medicación, aunque yo sabía que la había llevado allí. No puedo estar alejado de los medicamentos. El estado en que me encontraba hizo que se apiadara de mí y me llevara al hospital. Yo creo que lo hizo para que Eva estuviera agradecida más por ese gesto que porque estaba preocupado por mi salud. Para Sagasti, yo soy el eslabón que lo une a Eva, no más que eso. Pocos días después, descubrí mi medicación dentro de uno de los cajones del escritorio de Beltrán. A partir de ese momento todo se volvió turbio y oscuro. Ya no soportaba permanecer bajo el ala de Sagasti. Entonces decidí renunciar y buscarme cualquier otro empleo. Pero él no lo soportó, porque, mientras yo estuviera trabajando con él, podría ejercer presión sobre Eva. Con lo único que no conté fue con Mora, la mujer de la que me enamoré.

—Ya sé quién es.

—¿Estuviste con ella?

Esa pregunta tenía una carga muy potente para Ángel. Por el trabajo que ella había tenido.

—No, pero la he visto en el burdel. Pude reconocerla cuando te fue a visitar en el hospital.

—Estuvo también con Eva —rememoró—; ella me lo dijo. Pero no me ha hecho referencia a la profesión de Mora.

—Tu hermana estaba muy alterada como para darse cuenta quién era ella. ¿Qué sucedió después?

—Ayer cuando regresaba de mi nuevo trabajo, vi que la puerta de mi departamento estaba entornada. Un frío helado me corrió por la espalda porque supe que algo terrible estaba pasando. Fui hasta la cocina. Lo vi a él que intentaba forzar a Mora, le decía que le pagaría lo que fuera y que no era más que una puta. Me enceguecí y nos fuimos a las manos. Mora, que estaba golpeada, tomó un cuchillo y lo blandió por detrás de Sagasti. De inmediato forcé la mano de ella para que deslizara el cuchillo en las mías. En medio de los gritos de Beltrán, el forcejeo y la sangre que brotaba de su espalda, vino un vecino. Minutos después la policía estaba allí. Luca, pretendo que mi versión sea la verdadera. Es esta la única verdad. No quiero que Mora se vea involucrada en todo esto. Porque lo que sucedió fue como consecuencia de mi relación con Beltrán. Por eso es imperioso verla para que no hable más de la cuenta.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo de ese modo?

—Esta vez, sí.

Cuánto habría cambiado en la vida de Luca si Ángel hubiese hablado en el momento preciso. Estaba claro que, de haberlo hecho, haría tiempo que él estaría alojado entre rejas.

—Entonces, cuando venga Navarro solo dile parte de la historia, aquella que te involucra. Aprendí que a los abogados no siempre hay que contarles todo, sino solo lo justo y necesario. Con esa información es suficiente para que te dejen libre.

—Pero…

—La has defendido del ataque de Sagasti; ese será el fundamento para que salgas de aquí.

—Así es, pero no te olvides que la palabra de ella está muy por debajo de la él y de sus contactos. Ni que hablar de la mía.

—Eso está por verse.

—Señor Pesce —anunció uno de los policías de la comisaría—,

está el doctor Navarro aguardando afuera.

—Ya sabes qué hacer; te veré más tarde.

Ángel se quedó a la espera de que las cosas se resolvieran. Había dejado en manos de Luca su libertad. No bien salió, Pesce le hizo un ademán al abogado y cruzó unas pocas palabras con Eva.

—Ve al departamento de tu hermano y cuida de Mora.

—¿Qué tiene ver ella con todo esto?

—Sufrió un ataque y tu hermano la defendió. Todo estará bien. Asegúrate de que no hable con nadie. Si llega alguna autoridad policial a entrevistarla que manifieste que no recuerda lo sucedido. Asegúrate de eso.

—Pero…

—Eva, no hay tiempo que perder. Nos vemos allá.

Ella salió de la delegación policial más confundida que antes. Antes de tomarse un coche que la llevara a la casa de Ángel, miró a través del cristal de la puerta como Luca hablaba con el abogado. Estaba segura de que él haría todo lo posible por sacarlo de allí. No bien llegó al edificio, buscó la vivienda de su hermano. Puso la llave y abrió la puerta. Nunca imaginó ver la imagen que tenía frente a sus ojos.

—¿Qué haces aquí?

A medida que indagaba la presencia de Mina allí dentro, una serie de imágenes cobraron vida en su mente. Aunque estaba abrumada por los hechos sucedidos, comenzó a ver todo con más claridad.

—Mora acaba de acostarse, está golpeada y muy dolorida.

—¿Cómo has sido capaz de ocultarme esto?

—Creía que Ángel era el que debía contarte acerca de ella.

—Sobre una de tus chicas.

—Sí.

—Y dime, ¿te quedas con una parte del dinero que le saca a mi hermano?

—Te equivocas.

—¿Sí?

—Deberías respetar la decisión de Ángel.

—Por supuesto, para ti el negocio está primero.

—No puedo creer lo que dices.

Eva giró la vista al ver asomar a Mora en la sala.

—Saca a Mina del medio. Si quieres hablar, hazlo conmigo.

Eva notó el golpe que tenía en el rostro. La recordó de la visita en el hospital. La cara lavada y el contoneo de las caderas. En aquel momento, no había reparado de quién se trataba.

—No le des más vuelta a la situación. Trabajé un tiempo para Mina, y me debes haber cruzado en alguna oportunidad. Ahí también conocí a Ángel.

—Ahórrate los detalles.

—Estoy al margen del trabajo desde que conocí a tu hermano.

—¿Tengo que felicitarte por eso?

—No, pero deberías saber que es la primera vez en mi vida que pude elegir.

—Ah, bueno, ahora me dirás que no has tenido elección antes.

—Deja la soberbia a un lado —intercedió Mina.

—No me importa lo que pienses de mí, porque, por lo que veo, ya me condenaste. Pero es importante que sepas que Ángel ha sido lo mejor que me pasó en la vida y que estoy enamorada de él.

—¿Qué sucederá cuando se cruce un hombre con dinero y poder? ¿Qué harás? ¿Te atreverás a decírselo o continuarás trabajando?

—Aunque te cueste creerlo, seguiré al lado de Ángel porque lo

amo.

—Por Dios.

—Lo único que me preocupa es cómo está él. Y aún no me lo has dicho.

—Te lo diré cuando me cuentes lo que sucedió.

—¿Ángel no lo hecho?

—Vine a decirte que no hables con la policía. Si tienes que hacerlo, solo dile que estás muy confundida y que no recuerdas lo ocurrido. No debes contar más que eso. Del resto se está encargando un abogado que puso un amigo mío.

—Luca —aseveró Mina.

Eva asintió a la espera de que la joven empezará a hablar.

—Lo que puedo decirte es que yo estaba aquí aguardando a Ángel. Le preparaba la comida. Nadie tocó la puerta. Por eso me dio terror cuando vi a Sagasti junto a mí.

—¿Beltrán?

—Sí, las cosas entre él y Ángel no venían bien. Sé también que tu hermano procuró no contarte mucho para evitar preocuparte. Fue entonces que intentó forzarme mientras gritaba que por mi condición podía hacer lo que fuera conmigo —relató con la vista vidriosa—. Imagino que tú también piensas lo mismo, pero no es así. Ángel me ha ayudado a que comience a valorar lo que soy. En el momento del forcejeo, apareció tu hermano. Enloqueció al verme sometida por Sagasti. Yo temí por él, no quería que nada le ocurriera. Puedo asegurar que mi mente se puso en blanco. En lo único que pensé fue en sacar del medio a Ángel. Vi un cuchillo sobre la mesa y se lo di en la espalda. Sagasti cayó junto a Ángel. Entre los gritos y la sangre que manaba del cuerpo de Beltrán apareció un vecino. Minutos después estaba la policía. Yo no dejaba de temblar. Llevaron al hospital a Beltrán y arrestado a Ángel que confesó haber sido el autor de la puñalada.

Eva se tomó el rostro con las manos y comenzó a llorar. No solo por lo sucedido, sino por lo que acababa de hacer su hermano. Ya no sabía si había sido el amor que sentía por la joven o porque buscaba

redimirse del pasado. Ella estaba segura de que no era así como se solucionaban las cosas.

—No creas que quiero que todo quede así. He buscado salir de aquí para verlo, para contar en la policía cómo fueron los hechos, pero Mina me ha detenido.

—Esperaba que viniera alguien para saber cómo seguir —agregó Mina.

—Haz lo que te dije y no hables con nadie. Es importante —murmuró sin mirarla e inmersa en los pensamientos que no dejaban de bombardearla.

—Te preparo un té —dijo Mina al buscar algo para calmar a Eva.

Antes de ingresar a la cocina, se acercó a Mora.

—Ve a descansar, ahora no puedes hacer nada. Quédate tranquila que todo se arreglará.

—¿Y ella? Seguramente desea que yo abandone este departamento.

—Puede ser, pero no es el momento de tomar ninguna decisión. Hazme caso y ve a dormir un poco que falta te hace.

En silencio, Mina se quedó al lado de Eva, mientras la joven bebía el té envuelta en sus propios pensamientos. No midió el tiempo que había pasado, pero creyó que fue el suficiente para ordenar su mente. A través del cristal de la ventana vio que la noche había caído. Levantó la vista cuando escuchó el sonido de la puerta al abrirse. Ingresó Ángel seguido por Luca.

—Al fin estás de vuelta —dijo al levantarse del sillón.

—¿Mora dónde está?

—Era mejor que se fuera a descansar —agregó Mina.

—Ángel…

Eva buscó en Luca una respuesta.

—Todo se va a solucionar, puedo asegurártelo.

La muchacha caminó los pocos pasos que la separaban de él para fundirse en sus brazos.

—Gracias —le susurró—, gracias.

Luca le acarició el cuello. Notaba la tensión que ella tenía.

—Debo pasar por otro lugar.

—Oh, discúlpame, te has perdido casi todo el día por mí y mis problemas.

—Hace tiempo que es así —dijo antes de darle un beso para despedirse—. Más tarde te buscaré aquí.

—Luca, si todo está arreglado, yo también me voy.

—Adiós, Mina —la saludó Eva, aún enojada porque se sentía traicionada.

—Vendré a verte pronto para hablar más tranquilas.

—Vamos, entonces —señaló Luca con una guiño de ojo a Eva.

Poco después del chasquido de la puerta apareció Ángel.

—Supongo que ahora te tomarás el tiempo necesario para hablar conmigo.

—Por lo que me enteré, ya has hablado de más.

—Ella ya te ha ido con el cuento.

—Ella se llama Mora y es la mujer de la que me enamoré.

—Te confundes; debe ser solo un deslumbramiento. No más que eso.

—Te avergüenza de que me haya enamorado de una mujer como Mora.

—Ángel, lo único que quiero es que no sufras. Estoy convencida de que con ella lo harás.

—Aún no has entendido que ya dejé de ser lo que he sido por mucho tiempo, que quiero vivir mi vida como me plazca.

—¿Acaso no te he dejado? Yo siempre he estado detrás tuyo, cuidándote.

—Eso lo sé, pero hasta cuándo. Quiero vivir a mi modo. Ya me cansé de tomar tantas precauciones para poder vivir.

—A tu salud debes cuidarla.

—No te has puesto a pensar lo infeliz que he sido. Durante toda mi vida me has protegido. Te agradezco en el alma que lo hayas hecho. Estoy seguro de que, sin ti, todo hubiese sido más duro. Pero ya no puedo seguir así. Me cansé de ser el debilucho para todos. Al que hay que cuidarlo porque puede morirse en cualquier momento.

—No hables así, no voy a permitir que digas eso.

—No quieres que hable de la muerte, pero es lo que me ha estado rondando desde que nací. “Cuidado con Ángel que puede descompensarse.” “Este chico es un inútil no sirve para nada.” Una y otra vez mis oídos se habían acostumbrados a la lástima ajena. Pero me cansé. Me di cuenta de eso cuando conocí a Mora. Aunque te cueste creerlo, estamos más unidos de lo que piensas. Me harté de pedir permiso para vivir. Ahora quiero hacerlo sin necesidad de pensar en mañana. No quiero arrepentirme de no haber vivido lo que tanto deseé.

—Ángel —esgrimió con la voz quebrada—, no hables en pasado.

—En pasado, en presente o en futuro. Da lo mismo. En este cambio que me propuse, también está haber abandonado mi trabajo con Beltrán.

—De él me ocuparé yo. Pero quiero que pienses bien lo que vas a hacer.

—Tú tampoco eres perfecta, sino mira cómo te has equivocado con Sagasti. De él te he contado solo una parte del accionar malicioso que ha tenido conmigo. No he querido decírtelo antes porque no buscaba lastimarte. Nadie es infalible. Será mi problema, si me equivoco con Mora, aunque sé que no será así. Lo siento aquí —se señaló el corazón.

Eva no dejaba de ver a su hermano menor tan bello y vulnerable. Con su blanca palidez trasmitía fortaleza en sus palabras. Mostraba

una energía y una vitalidad que nunca antes había demostrado. Estaba claro que la joven que lo acompañaba era la causa.

—Solo quiero hacer como hacen todos: vivir de acuerdo a lo que siento, no más.

* * *

Eva se sirvió una copa y se quedó en la sala mientras sus pensamientos la acosaban. Cómo necesitaba de Luca para poder hablar con él y que la contuviese. Volvió a mirar el reloj. Había pasado la medianoche. No entendía dónde podía haberse metido.

—Eva —dijo Ángel al asomarse por la puerta—, ve a dormir. Mañana verás las cosas de otro modo.

—Me extraña Luca que aún no haya venido.

—Quédate tranquila, ya vendrá —contestó para regresar a la habitación.

—Ángel, ¿Luca te dijo si iría a algún otro lado?

—No —replicó pensativo—. Solo que cuando se desocupase pasaría por el hotel de siempre.

—¿Sabes cuál es?

—El Plaza.

—Gracias —dijo al levantarse para tomar la cartera e ir a buscarlo.

—Ni se te ocurra salir a esta hora.

—A mí tampoco me gusta que me den indicaciones, hermanito.

Tras un portazo, salió del edificio para detener a un automóvil que la llevara hacia donde suponía que podía estar Luca.

—¿Señorita, en que puedo ayudarla?

Un empleado con un lustroso e impecable uniforme estaba detrás del escritorio y tomaba nota en un cuaderno de cuero negro.

—Busco al señor Luca Pesce.

—Él se aloja aquí, suite 402.

—Avísele que la señorita Soria está aquí.

—Sabrá disculparme, pero pidió no ser molestado.

—Si usted no le avisa que estoy aquí, me obliga a subir hasta la habitación.

—Disculpe, pero no tengo orden de autorizarla.

—¿Simón qué sucede?

—La señorita busca al señor Pesce.

—Sigue con tus cosas; yo me encargo —manifestó el encargado del hotel—. El señor Pesce trata conmigo y me pidió expresamente no ser molestado.

Eva sabía que algo sucedía. No se iría de allí hasta no saber qué era.

—Podría decirme a qué hora regresó aquí.

—Para la hora de la cena. Es más, ha estado con una mujer en la mesa que él tiene a su disposición cada vez que se instala aquí. —Al decir eso, supuso que la joven abandonaría el lugar de inmediato.

Eva no salió del estupor que le provocaron las palabras dichas por el gerente del hotel.

—Gracias, no he querido molestarlo. ¿ Puede anotar mi nombre para decírselo más tarde?

—No es necesario.

Ella observó cómo al gerente lo llamaba su subordinado. Había girado para hablar unas pocas palabras. Al volver a la posición inicial, notó que la puerta del ascensor se cerraba con Eva dentro.

—Señorita Soria, no puede subir.

—Jefe —se acercó el dependiente por detrás—, no creo que el señor Pesce se niegue a recibir una visita como la de esa joven a esta hora de la noche.

—Simón, no entiendes nada.

Eva se deslizó por el alfombrado pasillo color té hasta la habitación 402. Golpeó una y otra vez, pero la puerta no se abría. Desde dentro, se escuchaban ruidos lo que aseguraba que él estaba allí.

—Luca, ábreme si no quieres que haga un escándalo aquí mismo.

Pocos minutos después, la puerta se abrió. Luca estaba sin la camisa, con los cabellos despeinados y una botella de whisky en la mano. El aspecto salvaje que intentaba ocultar tras la fachada de un hombre de negocios, había salido a flote.

—Vete de aquí.

—Y qué si no lo hago —agregó al dar un paso más hacia él.

—Esto no es un juego, te ordeno que te vayas. No querrás que tome alguna represalia contigo. Tienes unos segundos para irte por donde viniste.

Eva clavó sus ojos en los enrojecidos de Luca por el alcohol. Ni pestañeó mientras lo miraba desafiándolo una vez más. No pensaba irse de allí, no importaba cómo ella ingresaría a la habitación porque lo haría.

—Estás jugando con fuego —resopló sobre los labios de ella—. Quiero que te vayas. No respondo de mí en este momento.

—No te tengo miedo —susurró al acercársele en el oído—, nunca me dañaras, ni siquiera ahora.

—Mierda —siseó al dejarla ingresar.

El lujoso cuarto era un caos absoluto. Los almohadones del mullido sillón estaban tirados. Algunas copas de cristal estaban rotas, los pedazos que había en el piso daban cuanta de la ferocidad al momento de estamparlas.

—Luca, por favor, háblame.

Sin dejar de mirarla, volvió a beber del pico de la botella. A pesar de haber bebido más de la mitad de botella no era el alcohol lo que vagaba por sus venas, sino la cólera y la ira.

—Siempre lo supiste, ¿verdad? —le dijo a Eva.

En la mente de Luca, no dejaba de evocar el diálogo que antes había mantenido en el comedor del hotel. Una y otra vez repiqueteaba en su cabeza.

—Hace tiempo que deseo hablar contigo —comentó Mina.

—Dime.

—Tiempo atrás, cuando hablamos, habrás pensado qué podía unir a dos mujeres tan distintas como Stella y yo. Te conté que haber abandonado la misma tierra nos hizo más afines, pero lo que en verdad nos terminó de unir fue nuestra lucha por sobrevivir en esta gran ciudad. Sin embargo, ella era distinta a todas las jóvenes con las que trataba. Poseía una candidez diferente. Hubo un tiempo en que Stella pernoctó en el burdel. Ambas tuvimos que pasar un tiempo allí. Al final, yo me quedé toda la vida; ella tuvo otra posibilidad.

Un frío helado corrió por la espalda de Luca. A medida que escuchaba el relato, intentaba buscar a su madre en la mujer que describía Mina.

—Éramos jóvenes, con deseos de vivir y ser felices, a pesar de las dificultades que se nos presentaban a diario. Eres un hombre hecho y derecho. Por lo que veo, te has movido en ambientes como el mío. Por lo tanto, es innecesario confesarte o decirte que ambas hemos vivido situaciones muy difíciles allí dentro. Aunque nuestras ilusiones permanecieron intactas. Fue así como me enamoré de Santos, que regenteaba el lugar. Pasó, sin embargo, un largo tiempo hasta que lo nuestro se afianzó; mejor dicho, hasta que él se dio cuenta de que quería estar conmigo. En medio de mi lucha allí dentro, Stella conoció a un hombre del que se enamoró. Pero, como la mayoría de los que concurren a un lugar así, era casado. Yo creí que sería algo pasajero, pero él le pidió que abandonara el burdel, ya que buscaría la manera de mantenerla y darle una vida fuera de allí. Fue en aquel momento en que nuestras vidas se separaron; al menos, eso era lo que yo creía. Ese hombre del que Stella se enamoró se apellidaba Soria. —Bebió un sorbo y se dio ánimos para continuar—. Por eso, Stella se instaló en la estancia El Recuerdo. Ese lugar se había vuelto su vida. Por más que te pese, él también lo fue. Yo

continuaba en la ciudad. Por ese tiempo, supe que estaba embarazada. No dudé en tener a ese bebé porque sabía que su padre era Santos, aunque, en aquel momento, no tuve la valentía de confesárselo. Creí que me echaría de su lado. Le confesé mi estado, aunque le aclaré que desconocía quién era el padre. —Hizo una pausa. Necesitaba tomar aire; necesitaba, además, no perder la continuidad, que las palabras fluyeran sin pensarlas —. Sabía que no podría criar un hijo en un burdel, que no sería el mejor lugar. No estaba en condiciones de abandonar mi vida ni a Santos. Stella lo supo de inmediato. Ella deseaba tener un hijo, pero estaba claro que no podía. En aquel momento, se ofreció a criarte y darte una vida que conmigo no podrías tener. Estaba claro que no podría brindarte lo mejor. La felicidad de Stella por tenerte se vio opacada por Soria que buscaba que ella le diese un hijo; uno vigoroso como tú, en vez de uno debilucho como Ángel.

En medio del relato Luca entendió el origen de cada destrato de Soria para con él.

—Supe, con dolor, que Soria era duro contigo. Stella sufría y yo no tenía consuelo. No podía acercarme a la estancia, me habían prohibido la entrada. Yo representaba la mala vida, la posibilidad de que ese débil equilibrio entre todos ustedes se viniera abajo. Si te reclamaba para mí, si te alejaba de Stella, ella debería elegir a quién seguir; y Soria tenía miedo de que no fuera a él. Santos supo de ti en su lecho de muerte. Lloró como nunca antes. En aquel momento, le prometí que te buscaría y te revelaría la verdad. En la última conversación que tuvimos en el burdel, te conté de él y de que me había hecho dos pedidos de última voluntad. Uno, que continuase con el negocio; y el segundo, que aún no lo había completado. Me faltaban agallas para confesarte todo eso y decirte que, más allá de que Stella te hubiera criado, fui yo quien te dio la vida.

El silencio que se produjo por largos minutos fue aplastante. Luego, la voz de Luca lo desarmó.

—¿En verdad creías que ibas a conmoverme con esta historia?

—Sabía que no sería fácil para ti, que también necesitarías tiempo para procesar todo esto. Hijo, tienes todo el tiempo del mundo para hacerlo.

—Señora, yo no tengo nada que procesar. No tuve una vida fácil. Saber que mi madre estaba enamorada de Soria hace más triste mi pasado. Aunque me aclara la única cosa que me persiguió durante casi diez años.

Ahora podía entender el llanto desgarrador de Stella cuando murió Soria; en aquel momento, parecía más angustiada por esa muerte que por la suerte de Luca. Comprendía la duda de Stella sobre su inocencia, porque lo que más le importaba era ese hombre que había sido despiadado con él. Entendía que lo hubiese condenado antes de escucharlo. Al regresar y ver la frase en la lápida, Luca creyó que el paso del tiempo la había hecho recapacitar sobre lo sucedido. Pero, una vez más, se había equivocado. Habría sido Eva la que le contó a Stella la verdad sobre la muerte de Soria. Luca se sentía un paria. Siempre había estado solo y rodeado de mentiras.

—Aunque no lo creas, puedes confiar en mí —le dijo Mina en un susurro.

—Has pasado parte de tu vida ocultando que existo, puedes continuar viviendo del mismo modo, porque tú, para mí, seguirás siendo la madama de un burdel.

El ruido de la silla al correrse precipitó el llanto de Mina. Nunca había querido engañarse sobre cómo sería el momento en que le confesaría la verdad a Luca, pero no imaginaba que él reaccionase con tanta crueldad.

Volvía al presente, a la botella en la mano y a una Eva que lo miraba asombrada:

—Durante mucho tiempo, creí que la muerte de tu padre había cambiado mi destino. Me sentía una mierda. Culpaba a tu hermano y a ti por no haber hablado en el momento oportuno, porque, de ese modo, mi vida habría sido otra. Pero me doy cuenta de que no podría ser otra cosa más que el hijo de una madama y un *cafisho* de un burdel de mala muerte.

—Deja de culparte. Has logrado más de lo que cualquier otra persona. Te admiro por eso.

—Una mierda —dijo luego de tomar otro trago—, no sabes por lo que pasé. Mal que le pese a la gente, la mafia me salvó. Me quitó de las calles y me dio una vida. Juré lealtad a la organización, aunque creí que, al venir aquí, podía reunir las piezas que faltaban de mi vida. Pero me encuentro que todo lo vivido ha sido una puta mentira. Cuánto tiempo cuestionando al inútil de mi padre; creía que no luchaba por tener una vida mejor. Cómo iba a hacerlo cuando el tuyo estaba en el medio. Soria debe de haber sido despiadado con él también. Y andá a saber las mentiras que tramaron con Stella.

—Te equivocas. Stella fue sincera con él y le confesó lo que sentía por mi padre. Vivir en la estancia fue la solución perfecta para los tres. Tu padre amaba a Stella más allá de la humillación que significaba no ser correspondido. Estabas tú, a quien quería como su hijo. Mi padre tenía cerca a la mujer que quería. La unión de Stella con tu padre aminoró los reclamos de mi madre que sabía que los ojos de su esposo miraban con demasiado interés a una empleada de la estancia. Con la muerte de mi madre, las cosas lograron un equilibrio entre ellos.

—No puedo creerlo.

—Sé que no debe ser fácil asumirlo. A mí me costó, porque Stella fue motivo de conflicto en mi familia. Pero pude ver a través de ella una serie de actitudes de mi padre que nunca tuvo con Ángel ni conmigo. Vislumbré el otro lado de Soria, uno amoroso, aunque eso no cambió lo que pensaba de él. Sin embargo, el motivo de mi vínculo con Stella fuiste tú. Ella no dejaba de lamentarse por no haber tenido tiempo de hablar contigo; yo mantenía la esperanza de volver a verte. Mina fue una persona importante para Stella. Ambas se consolaban por los errores del pasado. Siempre el denominador común eras tú.

—No vuelvas a repetir que yo le importé a alguna de esas mujeres —dijo al acercársele—. Ahora, vete.

Eva le acarició el rostro a Luca, pero él la detuvo de inmediato.

—No entiendes —dijo al conducirla hasta la puerta para que se fuera.

—Mírame bien —exigió Eva—: no es lástima lo que ves. Por más que te pese y no quieras reconocerlo, estoy aquí porque te amo.

En ese instante él se desmoronó. El fuerte sentimiento que por ella sentía pudo aflorar. Eva era la única persona que siempre lo había amado. A pesar de todo y de sí mismo. Por más que él buscase culparla por el pasado, a esa altura de los hechos debía agradecerle haber abandonado todo para poder ser alguien en otra tierra. La tomó allí mismo, sin delicadeza, sino con toda la pasión y el desborde emocional en el que estaba.

—Te amo —replicaba ella a cada estocada de él.

En ese momento, Eva era todo. Un sinfín de emociones y

sentimientos confluyeron dentro de Luca. Cada uno, desembocaba en ella.

* * *

Los rayos de sol entraban por el resquicio de la ventana iluminando el desorden de la habitación. Una fuerte puntada atravesó la cabeza de Luca. La imagen de Eva desnuda, enredada en la sábana, con los cabellos que le cubrían parte del rostro, lo enmudeció. Era ella y no otra la mujer que lo completaba. El sonido del teléfono lo distrajo. Se trataba del gerente del hotel que necesitaba hablar con él. Se apresuró a darse un baño para estar presentable.

—Descansa, debo bajar a la recepción.

—Hum —replicó adormilada—, debo levantarme, ¿qué hora es?

—Quédate hasta que regrese. Volveré con algo para desayunar.

Antes de irse, la besó y salió de la habitación.

—Señor Pesce, lamento el inconveniente con la señorita Soria. Ella se negó a cumplir mis directivas de que no lo molestara. Espero que no lo haya hecho.

—La señorita Soria nunca lo ha sido. Supongo que me llamó por otro motivo.

—Así es —dijo al entregarle un telegrama—: llegó hace un rato. Usted me había advertido que se le informara de inmediato cualquier notificación. Por eso lo he molestado.

—Gracias —dijo al tomar el papel.

—Si quiere, le llevo un café al comedor.

—Está bien. Prepare un desayuno para la señorita Soria.

Ese telegrama le había cambiado el humor para regresar a la habitación.

—Por supuesto.

“El plazo se acorta y la familia te necesita aquí. No hay demasiado tiempo. Acá, las cosas se complicaron. Espero verte pronto.”

—Mierda —murmuró al estrujar el papel.

Sabía que esa notificación llegaría en cualquier momento, que Capone lo encontraría donde estuviese. No le habría costado demasiado trabajo al saber que el doctor Navarro había sido el contacto de un conocido de la organización. Cuando levantó la vista para pedir otro café vio a Eva que se acercaba a la mesa. La sonrisa que le lanzó a medida que se acercaba le quitó el sabor amargo que tenía al leer el telegrama.

—Bajé con la promesa de un rico desayuno.

Luca sonrió y le hizo una seña al camarero; luego pidió lo que Eva quería.

—Debo arreglar unas cuestiones aquí; luego nos iremos a la estancia.

—Está bien, yo también debo hacer algunas diligencias. No creo que sea de demasiada utilidad estar junto a Ángel.

—Yo tampoco lo creo.

—¿Cuándo no iremos?

—Mañana.

—Mañana, entonces.

* * *

En la ciudad, las horas parecían no alcanzar a pesar del ritmo que uno debía imprimir para realizar todas las diligencias pendientes. Luego del desayuno, se había despedido de Luca y no lo había vuelto a cruzar. Tomó un taxi y salió en busca de alguien.

—¿Qué haces aquí? —dijo sorprendida Virginia al abrir la puerta

de entrada de la casa que habitaba desde que se había casado con Soria.

—Siempre supe que eras una basura, pero creí que guardabas una cuota de decencia. Si crees que acostarte con Beltrán te dará alguna ventaja, te equivocas.

—Parece que ahora estás celosa de él, aunque no lo cuidaste lo suficiente.

—Te equivocas, siempre has estado detrás de lo que he tenido. Beltrán nunca te dará lo que buscas, porque nada le queda: ni bienes, ni dinero, ni prestigio.

—Quizá tengas razón, pero Pesce está en mi mira; con tiempo lograré acceder a él.

—Con él no tienes ni una mínima posibilidad, pero, si te ocurre volver a molestarlo, deberías saber que tienes el ingreso prohibido a El Recuerdo.

—Dejaste de ser la dueña.

—Sí, pero tengo poder de decisión allí.

—Eres tan zorra como yo, solo que Luca se dará cuenta de lo que es bueno.

—De eso ya se dio cuenta hace tiempo. Algo más; si continúas molestándome, buscaré el modo de quitarte esta casa.

Virginia no solía amedrentarse por nadie, pero pudo ver en la mirada de Eva, una determinación que le erizó la piel. Debería, al menos por un tiempo, mantenerse alejada de los Soria y, por supuesto, de Luca Pesce.

* * *

Sobre la elegante calle Alvear, se erigía la propiedad de la familia Sagasti. Las ventanas estaban cerradas detrás de las rejas negras que las protegían. La sensación que tuvo al acercarse allí, poco tenía que

ver con el sentimiento que otras veces había tenido al compartir junto a Beltrán alguna de las veladas que se celebraban ahí dentro. Eva aguardó a ser atendida. De inmediato, la puerta se abrió y fue el mismo dueño de casa que la saludó.

—He venido a hablar contigo por última vez —dijo al verlo un poco demacrado.

Se enteró de que Beltrán había estado en el hospital unas horas y que, tras coserle unos puntos por la herida en la espalda, había salido hacia su casa. El ataque no había sido grave. Quizás estaba próximo a enfermarse porque se envolvía el cuello con un pañuelo de seda, aunque nunca había sido afecto a usarlos.

—Te estaba esperando —le respondió con voz queda Beltrán.

Aún recordaba que, horas antes, se había encontrado con Pesce.

—¿Qué haces aquí?

De nada había servido buscar el arma que tenía guardada en el cajón de madera.

—No será esto lo que buscas, ¿verdad? —le dijo Pesce en un tono contenido y con ferocidad en la mirada. Lanzó el arma a un costado de la sala—. Espero que sea la última vez que tenga que decírtelo —le dijo con el filo de una navaja que insistía en presionar el cuello de Sagasti—. No quiero que estés cerca de Eva ni de su familia. Si no logras entenderme, te cortaré el cuello ahora.

—Nunca más me acercaré a ella ni a los suyos.

—No te escuché.

—Nunca más me acercaré a ella ni a los suyos —repitió casi a los gritos.

—Y cuando Eva venga a verte, te disculparás de forma rápida y la dejarás de molestar, ¿está claro?

Beltrán volvió a asentir, al tiempo que sintió un líquido caliente que se le derramaba por el cuello.

—Es solo un rasguño. Espero que sepas que hablo en serio.

Minutos después, Pesce se había ido con la misma facilidad con que había ingresado a la propiedad.

Una vez adentro, Eva notó que Sagasti se quedó parado en medio de la sala sin invitarla a sentarse, aunque ella no hubiese aceptado.

—Sé que he actuado de un modo repudiable. No sé qué me ha sucedido. En el último tiempo, comprendí que lo nuestro, pese al compromiso, no funcionaría y perdí el control.

—¿Creías que lo nuestro tenía alguna posibilidad si estabas, al mismo tiempo, con Virginia, justo con ella, cuando sabes el daño que le causó a mi familia? También has lastimado a Ángel, y eso no te lo perdonaré nunca.

—Te pido disculpas. Aunque no sirva de consuelo por lo pasado, te prometo que me mantendré lejos de ti y de los tuyos.

—Me parece bien, porque hay alguien que cuida de mí y puede ser despiadado cuando quiere.

—Lo sé.

En ese instante, Eva confirmó que Luca había visitado a Beltrán. Lo notaba en el temor que mostraba, en cómo se replegaba sin exhibir ese orgullo que siempre tenía.

—Adiós.

Él ni siquiera la vio alejarse de la casa, porque cerró la puerta de inmediato.

Capítulo veinte

La imagen de lo que fue

Eloísa había regresado a la ciudad con nuevos bríos. Atrás habían quedado las dudas acerca de lo que en verdad sentía por Paz. Don Ocampo no se había manifestado contra la decisión suya de regresar tan pronto. Según había visto, su padre estaba ensimismado con algunos negocios que lo tenían a mal traer. Volver al trabajo la llenaba de felicidad. Retomar la serie de artículos que estaba elaborando la completaba. Aunque su estado de ánimo no podría haber cambiado si no fuera por Clemente. Se sonrió esa mañana al recordarlo. Se vistió con esmero porque deseaba estar espléndida para él. Luego de cerrar la puerta enfiló hacia la redacción, pero, en el camino, se desvió para llevar algunas masas de la confitería Del Molino. Sabía que a él le gustaban, que sería una grata manera de comenzar la mañana. Los fuertes rayos de sol alejaban las bajas temperaturas, dándole la bienvenida a una estación del año más cálida. No bien ingresó a la editorial, los pocos compañeros que habían llegado temprano estaban concentrados en sus máquinas de escribir. Amaba escuchar el intermitente sonido del teclado que daba forma a cada una de las ideas que quedarían plasmadas en las hojas de la revista. Caminó hacia la oficina de Clemente. Se sorprendió por el hecho de que Lina no estuviera en su puesto de trabajo, aunque, a veces, debía cumplir con diligencias varias a primera hora. Abrió la puerta. Jamás imaginó encontrarse con semejante imagen.

—¿Mamá?

Lily Moreno estaba abrazada a Paz. No bien escuchó la voz de su hija, se volteó. Los años de ausencia habían hecho mella en Eloísa, ya que se había transformado en una bella joven. Ella había desestimado el fuerte impacto que podría provocarle verla. Atrás había quedado la imagen de una muchacha tímida y reservada. Más allá de que su rostro estaba lívido ante el sorpresivo encuentro la actitud frente a ella era otra. Con asombro, notó como Clemente le deslizaba los brazos a

un costado de su cuerpo para separarse de ella y acercarse a su hija.

—Mírame —dijo Paz al tomar entre sus dedos el mentón de Eloísa—, no te confundas —dijo en un tono suave—: Todo sigue igual entre nosotros.

Lily contempló el modo en que Clemente miró a su hija y un estallido de emociones comenzó en su interior. En esa mirada, en el trato que él le prodigaba, había amor. Ni más ni menos que eso. Algo que ella había buscado encontrar en él sin suerte. Aunque nunca se había dado por vencida. Por eso había regresado. No le había resultado fácil olvidarlo. Si bien había estado en compañía de otros hombres, el recuerdo de él estaba presente más de lo que ella habría deseado. Y había estado convencida de que volver a él iba a serle fácil. La noche anterior lo había buscado en algunos de los lugares que solían frecuentar y no lo había visto. En uno de los locales a los que concurrió, le comentaron la nueva adquisición que Paz había hecho. Creyó que sería lo más conveniente verlo la mañana siguiente, en vez de aparecer en su casa por sorpresa, aunque hubiese tenido deseos de hacerlo. Ella aún conservaba algo de dignidad.

—Es ella la mujer de la que me hablabas.

Paz retiró el paquete que Eloísa había estrujado y roto. Lo lanzó a un costado del despacho. Intentó abrazarla, pero ella se resistía.

—Mi amor, acá estoy.

—¿De qué hablas? —le preguntó Eloísa a su madre.

A Lily le costaba entender que era su hija la mujer de la que él se había enamorado.

—Regresé de París y vine a visitar a un amigo. Fue entonces que me comentó que había conocido a alguien muy especial, aunque no tuvo tiempo de darme su nombre, porque justamente entraste.

—¿En verdad crees que sigo siendo la misma de cuándo te fuiste y nos abandonaste?

—Veo que no lo eres.

—Entonces, háblame de otro modo. ¿Después de varios años regresas y lo primero que haces es venir a verlo? Estás aquí porque te importa mucho más que darme explicaciones, aunque sea pedirme

perdón por haberte ido sin más.

—Te equivocas —esgrimió con la vista nublada—. Simplemente, me parecía más fácil venir aquí que enfrentarme contigo.

—Lily, es mejor que te vayas —dijo Paz al ver la expresión de Eloísa—. Ha sido suficiente.

—Soy yo la que se va; parece que estoy demás aquí.

Ella no supo de dónde sacó las fuerzas para desembarazarse de los brazos de Paz, abrir la puerta y salir de allí como una exhalación.

—Eloísa —la llamó Clemente, que salió tras ella.

Lina, que acababa de ingresar al lugar, no dio crédito a lo que sucedía, ni tampoco los empleados que enmudecieron las máquinas de escribir para entender lo que pasaba a su alrededor. Paz logró alcanzarla en el descanso de la escalera y la abrazó sin darle la oportunidad a que se fuera.

—Shh —decía ante el sordo sollozo de la joven—. No te alejes por favor; nada ha cambiado entre nosotros.

Ella se dejó abrazar y consolar porque las fuerzas la habían abandonado. Creía que caería redonda en cualquier momento.

—Yo no sabía que ella había llegado, ni que estaba en la ciudad. Me sorprendí tanto como tú cuando abrió la puerta y la tuve enfrente.

Clemente deslizó las manos y tomó el rostro de la muchacha. Estaba destrozada. Él no iba a permitir que lo creyera parte de un engaño, de esa traición.

—¿Pones en duda que ha regresado por ti?

—No me importa los motivos por los que ella regresó. El poco tiempo que tuvimos para hablar le conté que había conocido a alguien especial. Le confesé que estaba enamorado. Minutos después, entraste a la oficina.

—Durante este tiempo, intenté quitar de mi mente la imagen de ambos, pero, ahora, es muy difícil borrarla cuando estaban abrazados como si nada los hubiera separado.

—Te equivocas; ella se me abalanzó y yo trataba de sacármela de encima.

—Ella sigue tan enamorada como antes. Contra eso, no estoy dispuesta a luchar. Por más que lo intento, no creo que sea algo con lo que pueda lidiar, porque, más allá de lo que siente por ti, no deja de ser mi madre.

—Mi amor.

—Déjame, por favor, necesito pensar y estar sola.

—Yo…

—Quiero alejarme de aquí.

—Prométeme que no tomarás ninguna decisión apresurada.

Ella lo miró con la vista nublada de lágrimas y asintió sin mucha convicción.

—No dejaré que lo hagas —resopló en sus labios—, no ahora que te encontré.

Con la poca voluntad que le quedaba, Paz se apartó de ella para dejarle el espacio que la joven le había pedido.

—Mierda —dijo al estampar su puño contra el frío concreto de la pared.

El taconeó sobre el mármol de la escalera lo hizo darse cuenta de que no estaba solo.

—En ella encontraste la lozanía y juventud que yo perdí. Pero eso no es suficiente. El tiempo hace estragos y también lo hará con Eloísa. ¿Qué harás entonces?

—Te equivocas, en Eloísa encontré la mujer que estaba esperando. Me enamoré y nada me hará renunciar a ella.

—No podrás tenerla. E intentaré por todos los medios que no lo logres. —Luego, como si cambiara de papel, de mujer despiadada a seductora, le dijo—: ¿Ya te has olvidado lo que hubo entre nosotros. ¿Necesitas que te lo recuerde?

Él le tomó las manos antes de que llegaran a rodearle el cuello.

—Haz lo que quieras, pero no lograrás separarme de ella. Tú conociste solo una parte de mí. Pero no sabes cómo puedo reaccionar cuando intentan apartarme de lo que amo.

—Es solo un capricho.

—Ponme a prueba.

—Te has olvidado del gruñón de mi exmarido.

—Te equivocas —siseó—; he tomado las medidas necesarias. Aléjate de mí. Te arrepentirás si no lo haces.

Subió los peldaños para encerrase en su oficina. Cerró la puerta de un golpe y buscó algo para beber. Odiaba que todo se fuera por la borda. No iba a permitirlo. Por qué Lily había decidido regresar en ese momento cuando las cosas con Eloísa se habían encauzado. El chasquido de la puerta lo hizo voltearse.

—Lina, no estoy en condiciones de escucharte. Si es trabajo, puede esperar. Si buscas decirme algo más, no es el momento.

—Lo es —dijo al ubicarse en el centro de la sala sin dejar de mirar a Paz—. Es normal que Eloísa quiera estar sola. No debe ser fácil haberse encontrado aquí a su madre.

—¿Crees que no lo sé?

—Debes dejarla para que se dé cuenta de que tú has cambiado, de que ella puede enfrentar a su madre, a esa imagen que, como un fantasma, la atormentó en todos estos años.

—¿Podrá?

—Claro que sí. Le llevará algo de tiempo, pero es una muchacha fuerte e inteligente. Además, sé que está loca por ti. Voy a traerte un café que va a despejarte más que esa botella de whisky que piensas liquidar.

—Gracias.

—A tus órdenes —dijo con una tibia sonrisa.

Antes de salir se agachó para recoger un paquete que estaba tirado en el piso. Se acercó para depositarlo en el escritorio.

—Seguramente aún están sabrosas. Pruébalas.

* * *

Como cada mañana, don Ocampo leía las noticias. La situación económica parecía estable. Él estaba orgulloso de haber solucionado su cuestión financiera. Desplazó los documentos diseminados en la mesa de trabajo y hojeó uno de los periódicos. Más allá de buen humor matinal a raíz de que podría hacer algunos negocios que tenía en vista, el epígrafe de una foto le hizo temblar el pulso. No había perdido su belleza, ni el brillo que solía tener, solo tenía unos años más. Con un vestido que le marcaba la silueta y el cabello con ondas que caían sobre un costado del rostro, se la podía ver en la imagen que ilustraba la columna de sociales del periódico. Un aire francés la envolvía. “El retorno de la actriz Lily Moreno a la ciudad de Buenos Aires”, decía el epígrafe.

—Hija de puta, por qué regresaste —rugió al barrer con el brazo el resto de los documentos y papeles que descansaban sobre el escritorio.

La caminata de Eloísa no le había refrescado las ideas, pero la había cansado un poco. Necesitaba calmarse para no volverse loca. No tenía adónde ir. Cómo extrañaba a Eva para poder confesarle todo lo que le sucedía. La última imagen que su amiga había visto de ella, había sido en El Recuerdo, en un momento de felicidad junto a Clemente. En pocos días, todo había cambiado y su futuro con él pendía de un delgado hilo. Luego de sentarse en un banco de plaza, retornó al hogar, aunque no deseara estar allí. No bien llegó, notó un gran desorden en la sala.

—Al fin regresaste —dijo su padre desde el otro lado de la sala.

La joven lo notó desmejorado.

—Debes tomar la medicación; no te veo bien.

—Cómo voy a estarlo si ella ha regresado.

—¿La has visto?

—No en persona. Como siempre, salió en un diario. Pero tú deberías estar al tanto de la noticia, ¿acaso no trabajas en un pasquín?

No sería ella la que le dijese a su padre el incidente en la redacción. Aún no sabía cómo encarar el tema.

—Cálmate. Era una posibilidad de que ella retornara.

—Veremos si ahora que estoy recomponiendo mi situación económica, ella decide volver a mi lado.

—No lo sé.

—Lo intuyo. De mujeres como ella, la ciudad está llena.

—Padre, no me siento bien, quiero irme a mi cuarto y darme un baño.

—Haz lo que siempre has hecho: esconder la suciedad debajo de la alfombra.

—No sabes lo que dices —contestó al enfilar hacia la habitación.

—Sigue como si nada ocurriera. Durante todo este tiempo, te oculté mis dificultades económicas para que no sufrieras.

—Te lo agradezco, pero también lo has hecho para que no corriera el rumor de que la familia Ocampo caía en desgracia.

—Aléjate de mi presencia. Eres una desconsiderada y una ingrata.

Eloísa alcanzó a cerrar la puerta para alejar los improperios que le lanzaba su padre. Al fin, dentro de aquellas cuatro paredes dejó brotar la angustia, el dolor y la tristeza que la corroían por dentro.

Don Ocampo acababa de servirse su segundo vaso de whisky. Se había acostumbrado a que el alcohol se transformase en su mejor compañero. Unos golpes a la puerta lo desviaron del camino hacia su despacho.

—Te estaba esperando. Sabía que vendrías a casa. Verás lo que es sentir el desprecio en la cara, cuando te eche de aquí como una perra —murmuró antes de llegar a la puerta.

—Ocampo, soy Clemente Paz —se presentó no bien el dueño de casa abrió la puerta.

—Ya veo —dijo con sorna—; debes de estar desesperado por verla, ahora que ella ha regresado.

Aún le pesaba nombrarla. Con ese nombre de fantasía con el que se hacía conocer, había borrado de un plumazo la familia que ambos habían sabido construir.

—Se equivoca. Déjeme entrar.

—Aquí, no ingresan hijos de putas.

—Cuidado con lo que dice, no sea cuestión que el respiro económico que tiene se acabe.

—Pero ¿qué mierda dices?

—Que me deje entrar, carajo.

El dueño de casa no le hubiese franqueado la entrada si no hubiera sido por lo último que Paz había mencionado.

—Te doy cinco minutos para que me digas qué haces en esta casa.

—Se equivoca si cree que vine por algo que tenga que ver con Lily.

—Supongo que ya estará metida entre tus sábanas.

—No es así. Con ella compartí una época de mi vida. Quedó en el pasado.

—No te bastó destrozar esta familia que vienes aquí a regodearte.

—Yo no destrocé algo que ya estaba quebrado.

—Vete de acá —rugió.

—No antes de decirle que he venido a hablar de Eloísa.

Fue es ese preciso que Paz tuvo la plena atención del dueño de casa.

—¿Cómo dijiste?

—Entendió bien, he venido hablar de su hija y de lo que siento por ella.

—No te meterás con otra mujer Ocampo —aseguró. Luego arrojó el vaso contra el suelo—. Vete de aquí ya.

—No lo haré hasta que le diga que me enamoré de su hija, que haré lo imposible para que ella me acepte.

Eloísa se había asomado al pasillo, cuando escuchó la voz de Clemente. No imaginó que fuera capaz de ir a su casa, menos enfrentar a su padre en ese delicado momento.

—Jamás la tendrás; antes pasarás sobre mi cadáver.

—Ella puede decidir por sí misma.

—Seguramente te aprovechaste de su inocencia, porque así actúa un hijo de puta, ¿verdad?

—Basta, papá.

—¿Desde cuándo lo conoces? —le preguntó Victorino a Eloísa.

—Eso no importa —retrucó Clemente.

—Eloísa dime que no es cierto, dime que lo dice no es más que basura, que no te fijaste en una porquería como él.

—Te equivocas, Clemente me importa. No está mintiendo.

Ver a Eloísa enfrentando a un padre enfurecido, hizo amarla más, si era posible.

—Eres una puta como tu madre.

—Basta, debes respetar a tu hija.

—Quién mierda eres para increparme en mi casa y hablarme de respeto. Nunca lo tuviste por mi mujer, menos lo tendrás con mi hija.

—Soy el mismo que te dio un salvataje y respiro para tu situación económica. Yo fui quien te dio el crédito que obtuviste. Mi socio trató contigo.

—¡Crees que mi hija vale ese sucio dinero!

—No, te lo di para que comiences una nueva vida y vivas en paz sin tanto resentimiento. También para que dejes tranquila a Eloísa.

La joven Ocampo no creía que Clemente hubiera llegado tan lejos.

—¡Te quiero fuera de mi casa! —rugió fuera de sí. De golpe viró hacia la joven que mantenía los ojos llenos de lágrimas—. ¡Tú también te vas de acá ya mismo!

—Papá… —rogó como la última posibilidad de poder decirle lo que en verdad sentía.

—Me has engañado como tu madre. Eres de la misma calaña, me avergüenzo de ti. A partir de ahora, dejaste de ser mi hija. Vete con él. Verás que pronto, muy pronto, se cansará de ti. Una vez que te pruebe, te hará a un costado para buscarse otra mujerzuela.

Ella vio que Clemente le hizo una seña para que recogiera lo poco que podía llevarse de la casa. Minutos después, salían de la propiedad envuelta en llanto.

—Vas arrepentirte de la decisión que has tomado —gritó don Ocampo antes de golpear la puerta y enfilar hacia su escritorio para ponerse a tono con la botella de alcohol.

Paz tomó de la cintura a Eloísa para conducirla hacia el automóvil estacionado a pocos metros de la propiedad de la joven.

—No tengo adónde ir —musitó al mirar por el cristal de la ventana cómo se alejaba de la casa que había habitado hasta hacía unos pocos minutos. Tampoco sabía si regresaría en algún momento o en qué términos lo haría.

—Amor, no te preocupes, lo único que quiero es que estés bien y que sepas que nadie volverá a hablarte del modo en que lo hizo tu padre.

Paz condujo hasta arribar a una casa.

—¿Aquí vives?

Él asintió y la hizo pasar.

—Aquí vivo.

Fue en ese instante en que ella aflojó las emociones y sentimientos que había acumulado durante las últimas horas. Sin poder contenerse, se quebró como nunca antes lo había hecho. En silencio, con absoluto respeto por el dolor, la angustia y desazón que la envolvía, él la arropó entre sus brazos para brindarle la seguridad y la certeza de que nada malo volvería a pasarle.

—Amor, acá estoy y siempre estaré.

Por detrás de la puerta asomó una empleada. No quería interrumpir, pero necesitaba preguntarle al patrón si necesitaba algo para poder retirarse a su cuarto.

—Gracias, Berta, puede irse.

—Tiene la cena lista.

—Ay, qué vergüenza —resopló Eloísa sobre el pecho de Paz, en que estaba recostada.

—Ya la conocerás más adelante. Hace años que está en esta casa. Te aseguro que, si no fuera por ella, mi vida sería un desastre.

Al fin había logrado hacerla sonreír en un día que sería para olvidar. Le tomó el rostro entra las manos y lo besó. Absorbió algunas de las lágrimas que aún le caían por las mejillas. La besó con dulzura y cuidado. Ella estaba quebrada y él no quería que se rompiese en mil pedazos. Apenas se separó para contemplarla, notó que había recuperado el color en el rostro.

—Estoy seguro de que no has cenado.

—No he comido en todo el día.

—Ven.

La llevó hacia la cocina y quitó la tapa de la cacerola que le había dejado Berta. El aroma de salsa boloñesa se esparció por la habitación.

—¿Ves? Por eso señalo la importancia que tiene esta mujer para mí —comentó al acercársele—, aunque nadie es más importante que tú.

Otra vez había logrado robarle una sonrisa mientras había puesto al fuego la cacerola.

—Por momentos, me avergüenzo de recordar lo sucedido con mi padre en mi casa, pero es imposible no hacerlo porque lo que vivimos me liga a mi familia, por más que desee que no fuera así.

Acababa de entregarle el plato de comida y no dejaba de dar vueltas con el tenedor el contenido de la cena. Estaba inquieta y deseaba hablar, aunque estaba claro que no se animaba. No sería fácil para una joven como ella hacerle frente a la situación en la que se encontraba. Y él tenía parte de responsabilidad en todo aquello.

—¿Qué quieres preguntar?

—¿Cuál fue el verdadero motivo por el que le diste el préstamo a mi padre?

—Toma —dijo y sirvió dos copas de vino.

—Quiero que seas sincero conmigo.

—Lo soy desde que te conocí. Cuando Elvio hizo referencia a que un tal Ocampo se había apersonado en la oficina, quiso saber si tenía que ver con alguien que yo conocía. No imaginó que, ese hombre, era tu padre. Discutí con él porque financieramente no convenía otorgar ese crédito, ya que se trataba de una suma importante en un momento en que la economía no está estable. Por eso, una parte de ese préstamo lo puse de mi bolsillo. No lo hice porque sea bondadoso o caritativo, sino para tener algo de que agarrarme y presionarlo cuando debiera hablar con él. No me toma de sorpresa la negativa de él hacia mí.

—Pero no sabías si yo iba a aceptar estar contigo. ¿O estabas muy seguro de mí?

—Nunca tuve tantas dudas sobre alguien como contigo.

—¿Qué habría sucedido si yo me negaba a estar contigo? ¿Habría sido sin sentido la jugada que hiciste y habrías perdido dinero?

—Lo que menos me importa es perder algo de dinero si estás tú de por medio.

Eloísa desplazó la copa de vino y se incorporó por encima de la mesa para besar a ese hombre que amaba con locura. En ese momento

no podía pensar en nada más.

—Eres lo mejor que me pasó en la vida —murmuró sobre los labios de ella.

—Y cómo seguirá todo esto.

—De momento disfrutando de esta cena.

—En verdad lo digo.

—Me encantaría que te quedes aquí, no te imaginas cuánto. Pero creo que no es lo conveniente. En estas primeras noches, hasta que todo se arregle, no es lo mejor.

—¿Adónde iré? Solo he venido con mi cartera.

—Creo que Lina estará feliz con tenerte unos días en su casa, hasta que pase la tormenta.

—Esperas que Lily venga a verte —dijo sin poder llamarla "madre".

—No lo espero, pero es una posibilidad. Y no quisiera que lo presenciases. Ese encuentro no será en los mejores términos.

Clemente notaba, como con el paso de los minutos y junto a los sorbos de vino, los párpados de Eloísa comenzaban a flaquear.

—Es mejor que te lleve a la casa de Lina.

—¿No es muy tarde?

—No, ella se queda hasta tarde despierta. No te estoy mintiendo, me ha alojado en su casa en más de una oportunidad.

—No quisiera saber en qué estado habrás llegado.

—Entonces no lo preguntes —contestó al atraerla hacia él para estamparle un beso efusivo pero lo suficiente breve para no caer en la tentación de no llevarla a destino.

Lina no manifestó la sorpresa que le generó la visita, porque no quería incomodar aún más a su querida Eloísa.

—Me alegro de verlos, adelante.

—Lina, no quiero incordiarte con mi presencia.

—La idea es que se quede unos pocos días hasta que la situación se calme.

—No me molestas, al contrario, serás una gran compañía para mí. Además —dijo al acercársele —, prefiero tenerte a ti en casa que a otros —replicó al calvarle la mirada a Paz—. Y eso que tengo paciencia.

La dueña de casa había logrado distender la expresión en el cansado y agotado rostro de Eloísa.

—Ya le conté que en alguna oportunidad he terminado aquí. Por favor, no le expliques en qué circunstancias lo hice.

—Eso nunca lo haría, quiero conservar el trabajo —replicó jocosa sin dejar de observar a la joven.

—Acerca del trabajo: quiero continuar yendo como todos los días.

—Mi amor —murmuró al acariciarle la mejilla—, es mejor que descanses y que te quedes con Lina. Tómense el día de mañana para ustedes.

—Hace tiempo que quiero disfrutar de un breve descanso —replicó Lina.

—De verdad lo agradezco, pero no tienes por qué cambiar tu vida por decisiones que me competen a mí.

—Te equivocas, en esto estamos juntos. Y creo que lo mejor es tomar algunas medidas en este momento. No debes preocuparte, porque, tarde o temprano, tu padre deberá entender nuestra relación.

—Eloísa, lo que debes pensar es que han avanzado en poder decirle lo que sientes. El tiempo curará las asperezas que hoy existen.

—No lo creo, pero te agradezco por tu optimismo.

—Es mejor que me vaya.

—Quédate tranquilo que ella estará muy bien.

—Lo sé, por eso la he traído aquí.

—Yo iré a preparar un té caliente —dijo Lina para no ser entrometida en la despedida de ambos.

Eloísa se echó a los brazos de Paz. En ese instante, se dio cuenta cuánto lo necesitaba y el lugar que ocupaba en su vida.

—No sé qué haría sin ti.

—Eso es una pregunta que nunca deberás hacerte porque siempre estaré a tu lado.

Ella se aferró al cuello de él y se fundió en un beso que no dejaba dudas sobre lo que Clemente significaba para ella.

—Mañana pasaré a verte.

—Ten cuidado.

—¿Qué sucede?

Él la había notado dubitativa y no sabía a qué se debía.

—No quiero que me ocultes nada de lo que suceda.

—Desde que te conocí, no lo hago. Pero, si te preocupa que te oculte decirte si llega a venir a verme Lily, olvídate. Te lo diré.

Otro efusivo beso puso fin a la despedida. Ella agradecía que Paz pudiera leer por encima de sus pensamientos, porque en ese momento le avergonzaba por demás, la situación familiar que vivía.

—Descansa.

Minutos después él abandonaba la casa. La joven Ocampo se había quedado detrás de la puerta de entrada, como si en algún momento él volviese a entrar para llevarla.

—Es lo mejor para los dos —comentó Lina al ingresar a la sala con una bandeja con dos tés—. Más allá de la difícil situación que les toca vivir, estoy contenta porque es la primera vez que veo a Clemente de esta manera. Se nota que le importas mucho. Hace tiempo que creía que él era un caso perdido. Pero has aparecido en su vida, y si bien al principio pensaba que eras un capricho para él, supe darme

cuenta de mi error al verlo actuar de un modo diferente contigo. Debes confiar en él que hará todo lo que esté a su alcance para que todo esto se encauce.

—Gracias. Por momentos mantengo la ilusión de que todo se solucionará, pero, con la llegada de mi madre a la ciudad, sé que todo se complicará más. Los viejos rencores de mi padre renacieron y no solo está el tema entre ellos, sino mi relación con Clemente.

—Lo sé, pero tus padres deberán solucionar algo que no supieron hacer tiempo atrás.

—Tienes razón. Sin embargo, lamentablemente, está todo muy mezclado.

Lina reconoció la situación compleja por la que atravesaba Eloísa. Ansiaba que todo llegase a buen puerto.

* * *

Las pocas horas de sueño no le habían restado energía a Clemente para concurrir, como cada día y a primera hora, hasta la redacción. Estaba sentado frente a su escritorio tratando de enfocarse en el trabajo para desviar la mente de lo que lo tenía tan preocupado. Le hubiese encantado pasar por la casa de Lina para ver a Eloísa, pero descontaba que estaría descansando. Por la noche iría. Intentó distraer sus pensamientos y vio a un lado de la lámpara unas notas sobre una crónica que debía hacer. Ese era un favor que debía realizar y no quería que, con todos los problemas que tenía, se le pasara. Luca había pasado por la oficina antes de abandonar la ciudad. No lo había visto con buen talante, sino más bien preocupado, pero no indagó sobre qué le pasaba. Sí le había manifestado estar interesado en que se conociera una historia. Nada más atractivo para un periodista que adentrarse en una nueva crónica. Tomó los datos, volcó ciertas averiguaciones que había hecho y se lanzó a escribir un artículo que estaría ubicado en un lugar de privilegio dentro del periódico que dirigía junto a su socio.

Joven de alcurnia envuelto en una estafa

El peso de llevar un apellido ilustre debería ser, para muchos, un motivo de responsabilidad y orgullo. Pero eso no sucede en todos los casos, como, por ejemplo, en el del señor Beltrán Sagasti. Un miembro de una familia prestigiosa que tiró por la borda la reputación heredada. En el afán de buscar negocios que le reportaran dinero a sus vacías arcas, no dudó en poner en funcionamiento una estructura ilícita para estafar a personas que estaban por morir y que contaban con dinero al momento del deceso. Junto a un escribano sin escrúpulos, les hacía firmar documentos de última voluntad en los que Sagasti era el beneficiario de los bienes que dejaba el difunto. No previó que uno de ellos tuviera un familiar interesado en descubrir qué había sucedido. Es así que, en breve, comenzará a librarse una batalla judicial por adjudicar correctamente los bienes mal cedidos a Beltrán Sagasti. Según fuentes confiables, muy pronto se conocerán otros casos.

Clemente Paz

Acababa de darle forma a la crónica que debería salir la mañana siguiente. Unas voces hicieron que se distrajera de la actividad.

—¿Dónde está?

Don Ocampo abrió con ímpetu la puerta del despacho. Con los ojos enrojecidos por el alcohol y la ira palpitando en su interior se había apersonado en la redacción.

—Habrás buscado en mi hija la retribución que corresponde a cambio de haberle ofrecido trabajo. ¿Te ha pagado bien?

Paz arrastró la silla por el suelo con violencia para tener a tiro al padre de Eloísa.

—Si no fuera porque estás borracho y da lástima el aspecto que tienes, te molería a golpes.

—Vamos, adelante.

—Siéntate; debemos hablar.

—Vine a comprobar que eres un hijo de puta. Engañaste a Eloísa con este trabajo solo porque querías saber cómo era estar con la hija de Lily.

Clemente no pudo contenerse y le estampó una trompada que hizo tambalear a don Ocampo.

—Cállate —siseó— si no quieres acabar tirado en el piso y sin sentido.

—Hiciste que mi hija me mintiera y no me dijera que eras el nuevo dueño de este pasquín llamado revista.

—Cúlpame de todo lo que quieras, pero no voy a tolerar que la sigas ofendiendo en mi presencia.

—Ahora te preocupas de eso, cuando mi familia fue protagonista del escarnio público por lo que hiciste con mi esposa —rugió.

—Me hago cargo del daño que hice y me disculpo si de algo sirve. Pero eso no tiene que ver con lo que siento por Eloísa.

—Ella volverá a mi casa con la sola condición de que esté lejos tuyo.

—Si no cambias la actitud, ejecutaré una de las cláusulas redactadas en el préstamo.

Clemente había puesto énfasis en la letra chica porque imaginó que algo así podría suceder.

—No me equivoqué en catalogarte como una mierda.

—Y no sabes lo mierda que puedo ser si insistes en lastimar a Eloísa. Ella no será feliz si continúas con esta actitud.

—Entonces que se resigne a ser una infeliz, como lo soy yo desde que mi esposa me abandonó.

—Piensa bien qué pasos darás, porque puedo hacerte más infeliz si te ejecuto las condiciones leoninas del crédito que te otorgué.

—Hijo de puta.

—Está bien que lo sepas para que comiences a manejarte de otro

modo. Otra cosa: no busques a mi socio para solucionar todo esto, porque este tema es entre nosotros dos. Así fue desde el comienzo.

Otro portazo al salir de su despacho dio por finalizada la álgida discusión que había mantenido con el padre de Eloísa. De inmediato, se sirvió una copa de alcohol para aliviar y pasar el trago amargo que había sido la visita de Ocampo. Ni siquiera el trabajo había logrado cambiarle el mal humor que tenía. Solo había alguien que podía borrar todo lo malo que le pasaba. Clemente no había dejado de pensar en Eloísa. Había buscado con el trabajo acortar las horas. Ese día parecía que el tiempo se había detenido y que el discurrir de los minutos pasaba en cámara lenta. Miró hacia la ventana y notó que entraban los últimos rayos del atardecer. Observó su reloj pulsera y constató que ya era la hora de dar por finalizada la jornada. Pasaría por la casa para sacarse con un baño la irritación que tenía.

—Señor le estoy preparando la comida que tanto le gusta.

—Gracias, Berta, pero no creo que cene esta noche aquí.

—¿Va verse con esa señorita?

—Se llama Eloísa y estoy esperando verla cuanto antes.

—Entonces, está disculpado.

—Por hoy puedes retirarte.

—Gracias, señor.

Clemente enfiló hacia la habitación para darse un merecido baño y partir al encuentro de Eloísa. En medio de los pensamientos sobre ella y el vapor que lo envolvía, fue hacia el cuarto.

—¿Qué haces aquí? ¿Quién te dejó entrar?

—Te olvidas que una noche me la diste —retrucó Lily con una llave que giraba en su dedo.

—Dámela.

—Hablaremos.

Como si el tiempo no hubiera pasado, Lily comenzó a desvestirse.

—No lo hagas, no es necesario.

—Claro que lo es. Quizá de este nodo recuerdes las noches que pasamos aquí dentro.

—Basta —dijo al acercarse para evitar que ella continuase humillándose—. Acepta que sucedió tiempo atrás, que yo no soy el mismo y que nada de lo que hagas me hará regresar a ti.

—¿Es por ella?

Ella se aferró con el cuerpo desnudo a él que tenía solo una toalla atada a la cintura.

—Tenemos una posibilidad de estar juntos. Podemos abandonar la ciudad y comenzar en otro lado.

—Vístete.

—Por favor —rogó con los ojos envueltos en lágrimas—, no me rechaces. Mírame y dime qué ves. Mi cuerpo aún te recuerda y necesito volver a estar contigo.

—Te dije que te cambies. Así no voy a continuar hablando contigo.

Clemente le arrojó el vestido que ella con parsimonia se había quitado.

—Vamos por una copa.

Él logró convencerla de que abandonara la habitación y enfilaron hacia la sala. Allí le convidó una medida de whisky.

—Debes entender que todo ha cambiado y que lo que vivimos quedó en el pasado.

A medida que Lily lo escuchaba comenzó a sollozar hasta romper en un llanto desgarrador.

—No te empecines en continuar con algo que finalizó hace mucho. Hasta ahora he sido comprensivo. No me obligues a ser más contundente, porque no dudaré en hacerlo. En especial, si buscas lastimar a Eloísa.

—Todo es por ella, ¿verdad?

—Saca a Eloísa del medio. Yo no estoy enamorado de ti, ni quiero revivir lo que alguna vez vivimos.

—¿A ella vas a usarla como lo hiciste conmigo? Hace unos años atrás yo estaba en pleno esplendor y creí que me llevaba el mundo por delante. Ni siquiera tú me detenías, pero nada sucedió del modo en que lo soñé. No te imaginas por lo que pasé en París para subsistir allí hasta actuar en algún teatro de mala muerte. Nada en mi vida lo hice bien; solo cuando estuve contigo fui feliz.

No quería desnudarse más, aunque sin quitarse la ropa, y relatarle que su estadía en Europa había sido un fiasco. Se había denigrado en el afán de conseguir algún mínimo papel en una obra. Y a pesar del tiempo allí, la imagen de Clemente regresaba a su memoria. Él la había tratado como una reina. Había sido un gran amante. A la distancia y con el paso de los años, lo comenzó a extrañar. Fue una dura cachetada escuchar de su boca que estaba enamorado de otra mujer. Cuando vio que era su hija esa mujer de la que hablaba, creyó que su mundo se destrozaba poco a poco. No podría luchar en contra del tiempo, pero ella lo había conocido debajo de las sábanas y había aprendido que un hombre no solía negarse a una mujer con experiencia.

—Lily, jamás te he prometido un futuro juntos. Nos divertimos en aquel tiempo; te quise, pero nada más.

—No es suficiente para mí.

—No lo hagas más difícil.

—No tengo a nadie. Mi vida es un total fracaso. Fíjate que hasta mi hija me arrebata lo único que me importa.

—Te equivocas —dijo al acercársele para que al fin entendiera cuán equivocada estaba—. Ella es lo mejor que pudiste tener. Estás aquí esta noche y te escucho por lo que fuimos alguna vez. Pero hoy ella me necesita. Y yo a ella.

—Hablé con su padre y lo puse sobre aviso sobre la nueva publicación que diriges.

—Lo sé porque hoy mantuve una discusión con él. Te advierto

que nada de lo que hagas logrará que me separe de Eloísa.

—No me desafíes —le advirtió en un cambio del tenor de sus dichos, parecía otra persona en el modo en que le hablaba.

—Es tarde y tienes que irte.

—No sabes lo que estás haciendo.

—Claro que sí —completó al levantarse, guiándola hacia la puerta de salida—. Estoy poniendo un punto final a algo que un nunca debería haber comenzado, ni siquiera para pasar un grato momento.

Él podía sentir que, tras el chasquido de la puerta, ella seguía allí del otro lado. Un tiempo después, salió de su casa en el automóvil rumbo a la casa de Lina para al fin encontrarse con Eloísa.

Capítulo veintiuno

Grabado en tu piel

La larga avenida de árboles de la estancia se abría paso a medida que el automóvil avanzaba. Al fin había regresado a El Recuerdo. Eva ya no soportaba la ciudad ni todos los problemas que había tenido que arreglar. Necesitaba paz y sabía que de la mano de Luca la obtendría. Volvió la mirada para contemplar su perfil. A pesar de todo lo que él había transitado, estaba allí, junto a ella, trasmitiéndole una calma que no sabía de dónde sacaba. Solo la noche anterior había abandonado esa aparente tranquilidad y se había mostrado desbordado. Luego había vuelto a su habitual serenidad. No podía creer que los problemas se hubiesen acabado. Él desvió la mirada del sendero para fijar la vista en ella y dedicarle una sonrisa.

—¿Estás cansada?

—No… ¿Qué tienes en mente?

—Salir de paseo juntos. Voy a hablar con Antonio; mientras tanto ¿podrías ir a preparar los caballos?

—Por supuesto.

Eva lo besó. Pasó por la cabaña para cambiarse. Titán no dejaba de lanzarle efusivas demostraciones de cariño.

—¡Qué exagerado! Han sido solo unos pocos días que no me has visto —dijo mientras le acariciaba el lomo.

Alistar los caballos y retomar la vida que tanto amaba le estaba haciendo falta. Algo de lo que Ángel le había dicho era cierto y le había quedado resonando en la cabeza: el amor que sentía por esa tierra tenía que ver que, en cada rincón, hallaba la presencia de Luca, en cualquier lugar que recorriera estaba él.

—¿Me parece a mí o alguien te tiene a mal traer? —susurró mientras la abrazaba por detrás—. Espero que no dejes de pensar en mí.

—Eso nunca —lanzó con una sonrisa al darse vuelta y darle un beso.

—Si quieres, dejamos la cabalgata a un lado.

—Nada de eso, aún no preparé tu caballo.

—Yo me encargo.

El cielo daba muestras del buen tiempo que se avecinaba. Todo se había modificado, hasta el clima lo había hecho. Notó el cambio de rumbo de esa cabalgata. Se dio cuenta de que Luca se había desviado del camino para tomar el sendero hacia el Este. Existía allí solo un lugar de interés para ambos. El agua del arroyo se mantenía cristalina; el arrullo era un sonido familiar que la transportaba. Luca descendió del caballo y buscó el de ella para atarlo a la rama de un árbol.

—Es el mejor lugar que pudiste elegir.

—La última vez que estuvimos aquí no fue en buenos términos —dijo mientras contemplaban las tranquilas aguas.

—No podía entender el motivo de tu regreso. Lo único que deseaba era que hubieras vuelto para hacer honor a nuestro juramento.

—¿Creías que me había olvidado?

—Estaba convencida de que lo recordabas, pero dudaba de si ibas a cumplirlo.

Luca se aferró a ella y le acercó la boca al oído.

—Nunca me habría olvidado de lo que juramos.

Se ubicó frente a ella para besarla con dedicación. El cuerpo de Eva respondía sin límites a las caricias. A los pies de un añejo árbol, en medio de aquel vergel, se amaron sin piedad.

—Te necesito —dijo sin dejar de mirarla.

Ojalá ella hubiera podido dimensionar el significado que para él tenían esas breves palabras. Él no podía darse el lujo de precisar de alguien, porque la vida que llevaba no se lo permitía. Pero por mucho que había intentado negarlo, Eva era lo único que lo urgía.

—Te amo —gimió ella ante otra estocada.

—Mía.

Quería que ese instante permaneciese grabado en la piel de ambos. Nada existía en ese momento. Atrás habían quedado las diferencias y la distancia. Allí, en aquel lugar, volvían a afirmar que nunca nada los separaría.

—Siempre lo fui —murmuró con la poca fuerza que le quedaba porque estaba por explotar en un orgasmo.

—Y lo serás —replicó antes de aferrarle las manos por encima de la cabeza y lanzarle una última estocada.

Era así como había soñado tenerla. Entregada a él. Ella no había desviado la mirada de la de él. Le pertenecía.

* * *

Las luces del día se apagaban, y la noche caía infalible sobre el horizonte. Eva se encontraba en la cabaña, esperaba que Luca fuera a verla. Para acortar el tiempo de la espera se puso a cocinar. Titán le indicó que estaba llegando. De inmediato, ella abrió la puerta y se lanzó a sus brazos.

—¡Qué bienvenida! —dijo al abrazarla, a pesar de los intentos de Titán por inmiscuirse entre ambos.

—Me sorprendió que no vinieras antes.

—Se me complicó.

—No he servido la comida porque Titán no iba a esperarte.

—Lo sé, no soy un invitado y no debes ponerte nerviosa.

—Quiero que pruebes algo —le dijo mientras le acercaba una cuchara.

Con expectación ella esperó el veredicto.

—Está rico, tiene un gusto distinto al de Cleo.

—Lo he preparado yo. Dime, ¿cómo te ha ido hoy?

—Bien, ha sido un gran acierto traer a Antonio.

—Claro que sí, y le ha alegrado la vida a Cleo. —Permaneció un momento en silencio; una idea se le había cruzado por la mente—. ¿Sabes? Me estoy acostumbrando a este lugar.

—Este *es* tu lugar.

—Pero tú eres el dueño.

—En los papeles lo soy. Cuando la adquirí deseaba hacerte sentir lo que era perder lo que uno quiere. Ansiaba que sufrieras esa pérdida. Pero a poco de tener todo esto supe que buscaba otra cosa: estar contigo. Deberías pensar en mudarte a la casa grande.

—¿Es una invitación formal?

—No hablaría bien de ti si continúas aquí siendo la actual dueña.

—¿De qué hablas?

—El tiempo de tu famosa cláusula expira y creí que un modo de que te quedaras es que fueras parte de esto, como siempre lo has hecho.

—Luca, yo no necesito que de una parte de estas tierras para que quedarme a tu lado.

—No importa, ya dispuse que una parte esté destinada a ti. Cuando vayas a la ciudad deberás firmar, no más que eso.

—¿Por qué lo haces?

—Hace tiempo sugeriste que yo ostentaba con el dinero que tenía y que lo hacía a propósito contigo. Lo único que buscaba era lastimarte.

—Pero qué bien.

—Lo merecías, pero debes saber que el dinero te da el poder de hacer lo que te plazca. Y mi deseo es que tengas una parte de El Recuerdo. Conoces y manejas estas tierras como yo.

—En eso tienes razón.

—Entonces brindemos.

Ambos entrelazaron sus copas con el buen vino que él había llevado noches atrás.

—Mañana tengo que arreglar unos temas con la nueva caballada.

—Entonces te encontrarás con un nuevo semental.

Luca se sonrió al recordar cómo le había molestado la aparición del nuevo criador coqueteando con Eva.

—Tendré que comenzar temprano el día si tengo que ganarme cada tramo de esta tierra —resopló en los labios de él—. Gracias, siempre supe que este es mi lugar en la medida que estuviera contigo.

Él dejó a un lado la cena.

—Quiero distraerte hasta mañana.

—Me encantaría.

Cumplió a rajatabla lo prometido. La amó a lo largo de toda la noche. Con dedicación y esmero había recorrido cada parte de su cuerpo. Cuanto más la amaba, más aumentaba la necesidad por poseerla. Nada de lo que a él le sucedía podía asimilarse a lo vivido. Ella se había quedado dormida sobre su pecho. No dejó de contemplarle el rostro, cada gesto por muy minúsculo para grabarlo en su mente. Se incorporó para llevarla a la cama y descansar el poco tiempo que restaba para que amaneciera.

—¿Qué sucede? —preguntó somnolienta.

—Nada, aún es temprano.

De inmediato, ella se ubicó en un rincón de la cama acurrucada a la espalda de Luca. Con sus caricias buscaba que ella volviese a

dormirse. Él miró por la ventana los débiles rayos que ingresaban por la ventana. Era el comienzo de un nuevo día. Se levantó y, en el más absoluto silencio, se cambió. No pretendía despertarla. Se acercó y volvió a mirarla. Allí estaba con los cabellos rubios desparramados sobre la almohada y envuelta entre las sábanas. Se aceró para despedirse.

—Te amo —le susurró al oído antes de irse.

Dentro de la cabaña y con una amplia sonrisa Eva se quedó retozando. No estaba dormida aunque él lo creyera. Cuánto tiempo había esperado qué él le dijera, al fin, que la amaba. Le había costado, pero al fin lo había logrado. Ya cada cosa iba ubicándose en su lugar. Se quedaría un rato más holgazaneando en la cama. Aún tenía tiempo para todo lo que debía hacer en El Recuerdo.

* * *

Las luces del día se habían apagado dando comienzo a una noche cerrada. Eva se había dedicado durante toda la jornada a trabajar en la estancia con la dedicación y perseverancia que había tenido tiempo atrás. Era una compromiso que había tomado luego del gesto de Luca de hacerla dueña de parte de esas tierra. Aunque no era necesario que hiciera nada para lograr que ella se quedase en el campo. Acababa de salir del baño y cambiarse. Esa noche decidió sorprenderlo yendo hasta la casona. Antes de que pudiera dejar la cabaña, escuchó unos golpes de puño en la puerta.

—Antonio, justo iba para allá.

—Eva, es mejor que leas esto —dijo al hacerle entrega de un sobre.

—¿Por qué no me lo da él?

El silencio de Pereyra confirmó lo inevitable.

—Vete, por favor. Quiero leer esto sola.

Antonio le hizo caso y salió de la casa, no para irse y alejarse de allí, sino para esperar detrás de la puerta y estar para lo que ella

necesite.

Mi amor, es mejor de este modo. No tuve el valor de despedirme, porque no habría podido. No me habría ido si no hubiera tenido la imperiosa necesidad de hacerlo. Es mejor también que desconozcas el motivo por el que he tenido que regresar a Chicago. Dejé todo dispuesto para que no te falte nada y estés en El Recuerdo, el lugar al que perteneces. Antonio estará para todo lo que necesites. Esta vez, no huyo, sino que debo irme. Lo hago con la ilusión de regresar. Aunque no sé si podré hacerlo. Tampoco puedo pedirte que me esperes. Para mí, cualquier decisión que tomes estará bien. Te seguiré amando por siempre. Tuyo, Luca.

El grito desgarrador que se escuchó desde fuera de la cabaña sobrecogió a Antonio. Imaginaba que sería duro cuando Eva se enterara de que Luca se había ido, pero no creía que fuera de ese modo. Pereyra había sido cómplice de los preparativos antes del viaje. Poco había valido su insistencia para que Pesce abandonase la idea de irse de la estancia. En lo silencios de Luca, en sus medias palabras, había entendido que no le quedaba otra alternativa. Él nunca le había dicho en qué negocios estaba metido, pero Antonio se había dado cuenta con el paso de los días. Luca había tenido el tino de no confiarle la situación, no solo porque era reservado, sino para no exponerlo. En esos casos, cuánto menos supiera mejor sería para todos. Eso incluía a Eva. Cleo se acercó hasta allí para intentar hablar con la joven, pero ella se había negado. A través de la puerta se escuchaba el permanente llanto de la joven.

—Me parte el corazón y no sé cómo ayudarla.

La empleada se sentó junto a Antonio en unos de los tablones del porche de la construcción por delante de la puerta.

—Yo tampoco. Ese es precisamente lo que me pidió Luca: que la acompañemos en todo momento. Le prometí que haría lo que fuera para estar con ella y evitarle un mayor dolor. Eva me pidió estar sola, pero, en este estado, no se la puede dejar así.

Antonio consideraba a Luca como un hijo. Le había dado una segunda oportunidad cuando estaba moribundo en un hospital. Desde

que estaba en la estancia no había bebido una gota de alcohol. Disfrutaba cada mañana con la tarea que debía hacer, sintiéndose útil. Le debía la vida a Luca y su fidelidad hacia él estaba por encima del desacuerdo porque se hubiera ido.

—No. Traeré algo caliente y unas mantas para pasar la noche aquí.

—Cleo, ve a dormir, yo me quedaré acá.

—Nos quedaremos juntos.

Antonio vio alejarse la silueta de su querida Cleo en busca de algún mejunje con los que buscaba sorprenderlo cada día. La guerra por la cocina había quedado atrás. Ambos se habían entregado a una dulce tregua. No dejaba de agradecer haber encontrado, a esa altura de su vida, a una compañera como ella.

Eva había pasado la noche acurrucada sobre la alfombra con el trozo de papel estrujado en el puño. Titán no se había movido de su lado, como si supiera lo que estaba viviendo, se había mantenido echado a un lado sin molestarla. El dolor que sentía era tan profundo que estaba anestesiada. No sentía hambre, ni frío, ni calor. Solo la ausencia de él. No se había imaginado que pudiera abandonarla, menos aún, después de lo vivido los últimos días. Durante la noche no había dejado de revivir las últimas horas. Y se castigaba por haber sido tan ingenua de no haberse dado cuenta de que se estaba marchando. Podría haber impedido que él se fuera. Ella habría hecho lo impensado por detenerlo. En cierta forma, Luca se había estado despidiendo de ella con cada gesto y en cada lugar que habían recorrido juntos. Sin embargo, Eva había estado tan emocionada por los momentos vividos que nunca creyó que él podía abandonarla. Porque de eso se trataba. Él se había ido sin la certeza de volver algún día. La congoja le oprimía el corazón y se había quedado sin lágrimas. Estaba seca. No sabía cómo seguir. Ni siquiera en el momento en que él había huido, tiempo atrás, se había sentido tan vacía. En el momento en que creía que lo tenía todo, el destino le borraba de un plumazo la felicidad.

—Eva, por favor. Traje el desayuno.

—No lo quiero, vete Cleo.

—He pasado la noche aquí fuera.

—¿Qué dices?

De inmediato abrió la puerta y vio a Antonio tirado con un manta y a Cleo con una bandeja de desayuno en las manos. De inmediato, Pereyra se incorporó para verla bien.

—Debe comer algo.

—Es una locura lo que han hecho.

—Usted no se ha comportado de un modo sensato no permitiendo que la ayudemos —arguyó Pereyra.

—Deben prometerme que no se quedarán un segundo más aquí.

—Solo si sé que nos dejará acompañarla —agregó Antonio.

Ella asintió sin demasiado convencimiento, solo para dejarlos tranquilos de que estaría bien, aunque la expresión de su rostro dijera otra cosa. Tomó la bandeja y volvió a entrar a la cabaña. Allí dentro, le dio las rodajas de pan tostado a Titán que estaba ávido por probarlas. Volvió a aovillarse en el mismo lugar en el que había pasado toda la noche con un tazón de café en la mano. No tenía fuerzas para hacer otra cosa. Solo recordar los momentos vividos. Quizá fuera una nueva forma de pasar el tiempo, viviendo de los recuerdos y de lo que pudo haber sido su vida junto a Luca Pesce. Durante el resto del día, había atendido a Cleo entrando la comida que no comería, solo para que la deja tranquila. Cuanto más tiempo transcurría, mayor era el dolor que la atravesaba. Tomaba consciencia del tiempo transcurrido cuando recibía la bandeja que diligentemente le entregaba la empleada; luego regresaba a aovillarse para envolverse en la manta deseando que todo fuera solo una pesadilla.

Los golpes en la puerta volvieron a sonar. Eva estaba cansada de que continuasen preocupándose por ella.

—Cleo, no tengo hambre, estoy bien.

—Abre la puerta.

Ella quedó paralizada al escuchar la voz de su hermano. De inmediato, le franqueó el ingreso.

—¿Ángel qué sucede?

Él le contestó con un abrazo. Tal vez fuera eso lo que ella buscaba. Entonces volvió a quebrarse, a sucumbir en un sordo pero lamentoso llanto. En silencio y a espera de que su hermana se calmase, Ángel estuvo allí consolándola como tantas veces ella lo había hecho con él. Le partía el corazón que estuviera así, porque era la primera vez que la veía de ese modo.

—Aún no me has preguntado por qué he venido —susurró para que pudiera preocuparse por algo distinto que su pena.

—Perdona, tienes razón —dijo al quitarse con las manos las lágrimas de las mejillas, y estar más presentable.

Ella volvió a su lugar habitual arropada en una manta, mientras Ángel se ubicaba frente a ella.

—¿Te ha sucedido algo? —inquirió preocupada. No le confesó que no estaba preparada para recibir otra mala noticia.

—He venido hoy porque ayer he estado haciéndome una serie de estudios. Esta vez, me ha acompañado Mora. Sabes que a partir de ahora cuento con ella para todo.

Ella lo miró con cierto desdén que Ángel reconoció enseguida y le dijo:

—Eva me cansé de dar lástima. Mucho menos que me la tengas tú.

—No sigas.

—Claro que lo haré; y vas a escucharme. Por mucho tiempo estuve ahí tirando esperando que los demás hagan todo por mí. No voy a permitir que estés así.

—Y cómo quieres qué esté. Me siento destruida —replicó hipando —. No sé cómo seguir.

—Vas a seguir como lo has hecho siempre.

—Te aseguro que lo intento —dijo con la voz quebrada—, pero no puedo.

—Claro que puedes —clamó.

—No me grites, por favor, ¿no ves en el estado qué estoy?

—Lo veo. Pero no voy a permitir que continúes regodeándote en tu pena.

—¿Y qué quieres qué haga?

—Qué busques una solución para esto.

—Ángel puedo asegurarte que no la hay. No dejo de culparme por no haberme dado cuenta de lo que iba a suceder. Hubo señales que no quise ver. Otra sería la realidad si las hubiera visto. Pero es tarde: él se ha ido. Solo me queda vivir de los recuerdos esperando que algún día regrese.

—Esa —siseó cerca de ella— no es una respuesta tuya. Si yo estuviera en tu lugar me pedirías que luche por lo que amo. Me exigirías que deje de tenerme compasión y que busque el modo de resolver las cosas.

—No comprendes que no tengo alternativa. Ahora entiendo el motivo por el que me dejó parte de esta estancia. Él desea que la cuide hasta que regrese, eso, si en algún momento lo hace.

—Y vas a pasarte la vida en esta estancia de mierda recordando los gratos y malos momentos. ¿Es eso lo que quieres de tu vida?

—Ángel no sé qué te pasa, ¿pero podrías dejar de ser tan hiriente conmigo?

—No soy hiriente, sino realista. Es algo que aprendí hace poco tiempo. No puedes esperar que la vida te pase y te aplaste, dale batalla y pásala por encima.

Eva había dejado de llorar y escuchaba a su hermano que parecía otra persona. Solo mantenía el aspecto de fragilidad con su blanca palidez, pero en esas palabras había contundencia y firmeza. En ellas, no podía encontrar al Ángel que conocía.

—Es lo que pienso hacer de ahora en más. Ayer me hice los estudios de rigor. Y pude hablar con el médico de hombre a hombre. Si bien mi estado está controlado, no me puede garantizar que siga así.

—Ángel, querido, no hables de ese modo.

—Lo hago para que no te compadezcas de mí. No toleraré que lo hagas. Te lo digo para que sepas que viviré a mi modo. No quiero arrepentirme de haber perdido de vivir un maldito minuto de esta vida.

—Ahora me necesitas y debemos estar más unidos que nunca. Te prometo que dejaré de lado cualquier diferencia que pueda tener con Mora.

—Lo único que necesito es que tomes una decisión por ti, sin tenerme en cuenta. No sé si merezco el sacrificio que has hecho por mí.

—En verdad, no sé qué te sucede, pero, por favor, no me hables así.

—Es lo que precisas en este momento.

—Lo único que quiero es el cariño de mi hermanito.

—Lo tienes y lo tendrás siempre. Sin embargo, no voy a permitir que continúes del mismo modo. Tampoco elegí estar con Mora para que se apiade de mí y se transforme en mi enfermera. Yo espero estar mucho tiempo a su lado. Si no lo logro, por el motivo que sea, no quiero arrepentirme de no haberle dado lo mejor de mí. Ansío que tú te comportes del mismo modo. Vuelvo a preguntarte: quedarte en este lugar ¿es lo que en verdad deseas?

—No —replicó ahogada de la emoción—, mi deseo es estar junto a él.

—Ve a buscarlo, entonces.

El impacto de las palabras de Ángel la mantuvo callada por unos largos minutos.

—No debe ser tan difícil. Tienes que subirte a un barco e irte.

—Pero cómo voy a dejarte…

—¿Has escuchado lo que dije?

—¿Crees que me será fácil salir de aquí con Pereyra siguiéndome los talones?

—Ese hombre es lo de menos. Antes de que me contestes, podrías convidarme con un café o algo para beber, así analizamos las distintas posibilidades que tienes.

Envuelta en lágrimas, abandonó la manta que la cubría y se incorporó para atender a su hermano. Evitó derramar el contenido del tazón por el temblor que se le había apoderado de la mano.

—Come algo, Eva. Estoy seguro de que no has probado bocado.

—Cleo no ha dejado de traerme comida, pero ha sido Titán el que se ha hecho un festín. No pude probar bocado desde que leí la carta que Luca me dejó.

—Hay algo más.

A esta altura del relato de Ángel nada de que él dijera podía sorprender a Eva.

—Él vino a verme y hablamos unos pocos minutos. Fue el día en que se fue.

—¿Cómo no empezaste por ahí?

—Porque quiero que tengas la mente más clara.

—¿Qué te dijo?

—Como no podía ser de otro modo me pidió que cuidara de ti. La decisión de irse no tiene que ver contigo, sino por cuestiones sin resolver en Chicago.

—Si me hubiera dicho algo, yo podría haberlo convencido de que no se fuera.

—Te equivocas, aunque la recepción de un telegrama cuando estuvo en la ciudad apresuró la partida.

Eva entendió que cada paso dado por él había sido pensado.

—Fue muy poco lo que hablamos y me recalcó que estuviera contigo consolándote. Si bien hubiese preferido evitarte todo esto, fue inexorable su partida. Si tenía dudas respecto a lo que siente por ti, se disiparon con algo más que me dijo.

—¿A qué te refieres?

—Me garantizó que estaría cubierto cualquier tratamiento que yo necesitase. Lo confirmé con mi médico cuando fui a verlo. Ahí supe que él había sido el que había solicitado que abandonara la sala común para ir a una habitación individual en mi última internación. También hablado con el profesional para asegurarse de que nada me faltara. Lo que ha hecho ha sido por ti, no por mí.

Eva se tapó la mano con la boca. Aún recordaba lo vivido aquellos días en el hospital. Había sido Sagasti el que se había arrogado el cambio de habitación frente al significativo silencio de Luca.

—Por último, me exigió que te detuviera si en algún momento se te cruzaba por esa terca cabeza que tienes ir tras él. Debí prometerle que así sería.

—¿Eso te pidió?

—Así es, pero sabes que las promesas se hicieron para poder romperlas más tarde.

Eva deslizó a un lado el tazón con café y se abalanzó sobre Ángel para abrazarlo y romper en llanto.

—Mi Ángel, te amo tanto.

—Lo sé y yo también. Pero no te hablé para que te pongas peor.

—Perdón —dijo al separarse y limpiarse con las manos el rostro bañado en lágrimas.

—Si quieres podemos planear nuestro pasos.

—Está bien.

—Hoy me quedaré contigo, pero mañana tengo que regresar a la ciudad. Mora se quedó allá.

—¿Sola?

—No, le pedí a Mina que la acompañe. No te imaginas lo mal que está por la discusión que ha mantenido con Luca.

—¿Le has contado sobre su partida?

—No, tampoco se lo mencioné a Mora. Luego de un tiempo, cuando tú no estés aquí, les contaré todo.

—Gracias.

—Entonces habrá que buscar una buena excusa para que Pereyra no sospeche por qué abandonas la estancia. Viaja solo con lo puesto y le diremos que estarás unos días conmigo, ¿entendido?

—Sí.

—Por más que me pese quedarme aquí, dormiré en la casa en mi antigua habitación. Eso me dará tiempo de comenzar con la mentira. No he sido muy creativo sobre qué decir, pero mi salud, los estudios que debo hacerme y tu estado de ánimo serán los motivos por los que viajaremos juntos. Antonio no podrá negarse.

—No te imaginas lo que significa para mí este apoyo.

—Deja de agradecerme.

Una tibia sonrisa asomó por el demacrado rostro de Eva. Una luz de esperanza se había instalado en su interior. Por primera vez, desde que Luca se había ido, ella aguardaba con ansias que las horas pasaran rápido y que un nuevo día comenzara.

Cleo no había dejado de preparar un opíparo desayuno. Se sentía feliz de poder hacerlo. Esperaba ver a Eva sentada a la mesa de la gran cocina de la casona. Volver a tenerla allí era por lo que tanto había pedido y rezado. No se merecía sufrir tanto.

—Debería quedarse unos días, y se irá con unos kilitos más de acá —le dijo la empleada a Ángel que se había comido dos de las tantas tostadas preparadas junto al dulce de higo—. Ahí viene —comentó al verla por la ventana atravesar el parque—, espero que esté mejor, aunque salir de aquella cabaña es un gran paso.

—Y que desee acompañarme es otro.

Eva entró a la cocina. Aunque estar allí era un avance y un cambio en su comportamiento, el rostro llevaba las huellas del agotamiento y la tristeza de los últimos días.

—Mira qué rico todo lo que tienes para comer.

La mirada cómplice de Ángel hacia su hermana indicaba que debería ingerir parte de la comida que estaba en la amplia mesa.

—Yo no pude negarme y te aseguro que está delicioso. Ya he cumplido, ahora debes hacerlo tú.

—Está bien.

Eva comenzó a comer algo porque no quería dilatar la partida de El Recuerdo, aunque en su estómago no había cabida para ningún alimento. No se había cruzado con Antonio. Tampoco pensaba preguntar por él, confiaba en Ángel y en su poder de convencimiento. Apuró el tazón de café con leche para irse cuanto antes de la estancia.

—Ángel estoy lista, sé que no cuentas con mucho tiempo y que debes hacerte estudios en la ciudad.

—Así es.

Cleo abrazó a Eva emocionada y feliz de verla mejor.

—Cuide de su hermano, pero, en especial, cuídese mucho que la estaré esperando.

—Serán unos pocos días, mientras tendrás para entretenerte con Antonio.

—¿Hablaban de mí?

—Hola, Pereyra —se adelantó Ángel—, vino justo porque ya nos íbamos.

—Nos iremos.

—¿Cómo? —preguntó inquieta Eva.

—Ya que debo ir a la ciudad, la acompaño, debemos visitar al escribano para que firme unos documentos.

—Le agradezco que se preocupe por mí, pero no es necesario. Ángel puede acompañarme a realizar ese trámite. Estaremos con él haciendo varias diligencias.

—Lo sé, pero tengo órdenes precisas de acompañarla. Por otro

lado, me ocuparé de algunas cosas que quedaron pendientes.

—No está mal pensado —agregó Ángel—, de este modo no regresaras sola a El Recuerdo, sino en compañía de Antonio.

Ángel la fulminó con la mirada. De nada servía que presentasen mayor oposición frente al asistente de Luca. En la ciudad, buscarían el modo de hacer todo lo necesario para que Eva abandone Buenos Aires.

—Por eso. No perdamos más tiempo. Vamos Eva.

Cleo despidió junto a Titán a todos los ocupantes del automóvil en el que viajaban.

* * *

La ciudad asomaba con todo su esplendor. Eva no dejaba de asombrarse del ritmo que tenía con los peatones caminado y cruzando las amplias y concurridas avenidas junto a los automóviles y los tranvías atestado de personas. Nunca descansaba, ni siquiera por la tarde, cuando las actividades mermaban y la luz se iba apagando. Ella había decido dilatar la firma de los documentos porque lo que necesitaba era tiempo. Con Pereyra pisándole los talones, conseguirlo sería una tarea titánica.

—En verdad, estoy cansada y antes debo realizar una visita de rigor.

—¿Adónde quiere ir?

—A ver a Eloísa. Si nos apuramos, ella seguirá en el trabajo.

—Como diga.

Ambos tomaron un coche. No muy lejos de donde estaban, se levantaba el edificio en el que estaba instalada la redacción.

—No quiero intervenir con su amiga, yo estaré en el bar de la esquina esperándola.

—Muchas gracias, nos vemos más tarde.

En la segunda planta quedaban unas pocas luces iluminando el recinto. Los únicos dos empleados que estaban allí, alistaban sus pertenencias para retirarse. Eloísa no estaba en el lugar. Debería ir a la casa para verla.

—¿Señorita busca a alguien? —indagó un operario con un maletín en la mano.

—Venía a ver a la señorita Eloísa Ocampo, pero veo que ya se ha ido.

—Ella no ha venido desde hace unos días.

—¿Le ha sucedido algo?

—El jefe le puede decir qué le ha sucedido. ¿Dígame su nombre?

—Eva Soria.

Minutos después salía Paz con las mangas de su camisa blanca dobladas hasta el codo. Saludó a sus dos empleados y fue al encuentro de Eva.

—No deseo molestarte, pero me preocupa Eloísa que no ha venido aquí.

—Ven.

Él la guio hasta su despacho y la invitó a que se sentase.

—Me sorprende verte aquí, creía que te instalarías en la estancia.

—Así es, pero he tenido que venir a la ciudad a realizar unos trámites.

—Cómo está todo por allá.

—Muy bien.

Paz sabía que no era así, pero no insistiría. Sería un tema que hablaría con Eloísa.

—Tu visita es muy oportuna, alegrarás a Eloísa.

—¿Dónde está?

—Debió abandonar su casa, porque la situación de su padre se puso muy tensa cuando le confesé lo nuestro. Pero prefiero que sea ella la que te lo cuente. Si me esperas unos minutos nos vamos juntos.

—¿Está contigo?

—No, por ahora es mejor que esté en otro lado para permanecer más protegida; luego de que hables con ella, entenderás los motivos.

—Debo a avisarle a Pereyra que nos iremos.

—¿Él te ha acompañado?

—Parece que no quiere que me pierda en la gran ciudad.

En silencio y cruzando unas pocas palabras, los tres se dirigieron en el vehículo de Paz hasta la propiedad de Lina.

—Yo la estaré esperando por aquí.

—Antonio, no se preocupe que yo me encargaré de ella y la llevaré de regreso. ¿Dónde te alojas?

—En la casa de mi hermano, he venido para acompañarlo a hacerse unos estudios.

—Pereyra, le va a venir muy bien a Eloísa hablar con Eva; quizá sea tarde cuando se desocupe.

—Está bien, pero mañana la paso a buscar para ir a la escribanía.

—Lo estaré esperando.

Fue la dueña de casa la que abrió la puerta, mientras Eloísa asomó por detrás. En una milésima de segundo se abalanzó sobre Eva. Ambas rompieron en llanto. Aunque fuese por distintas cuestiones, estaban quebradas y necesitando el consejo y afecto de un amigo. En medio del alboroto, la joven Ocampo observó que Clemente estaba allí. Lo recibió de forma efusiva, se sentía completa luego de los aciagos días.

—Espero que este recibimiento sea siempre igual.

—Lo será.

—Gracias por traerla, no te imaginas lo que significa para mí que

esté aquí.

—Fue Eva la que te buscó, yo solo le dije dónde te quedabas —replicó al besarla—, pero será mejor que te deje con ella: tendrán mucho de qué hablar. Lina, nosotros debemos ponernos al día con varias cuestiones laborales.

—Por supuesto, vamos a mi escritorio no será como el tuyo, pero estaremos a gusto y dejaremos a las muchachas para que hablen tranquilas.

Eva dejó que primero hablase Eloísa, ya que aún creía que ese viaje a la ciudad era uno más de los tantos que hacía para visitar a Ángel.

—Suponía que sería complicado hablar con tu padre, pero me cuesta creer todo lo que pasó.

—Pensé que me moría de vergüenza ante Clemente, pero él me habló de un modo que hizo que dejara de pedir perdón por la familia que tengo. Aunque con mi madre todo es distinto.

—Cuéntame cómo ha actuado él.

A medida que escuchaba a Eloísa se daba cuenta de que no se había equivocado con la persona que había elegido. Había dado muestras de respetarla y hacer por ella lo que un hombre enamorado haría.

—Lo más importante es que confíes en Clemente y no te dejes envolver en los rencores del pasado ni en la rivalidad de tu madre.

—Lo sé, pero es difícil. Por otro lado, por tu cara, puedo asegurar que no estás aquí solo de visita.

—No, y vengo a pedirte un gran favor.

—Lo que quieras.

—Antes debes saber por qué he venido.

Los ojos de Eloísa se agrandaban a medida que su amiga le relataba los últimos momentos vividos. Algunas lágrimas se le escaparon a las dos. Aún no tenía nada solucionado. Incluso si lograba viajar, tampoco sabía si podría verlo o en qué circunstancias sería.

—Sé que mantienes ciertas reservas sobre Luca, pero necesito que me gestiones un viaje a Estados Unidos. Yo te pagaré como sea.

—Olvídate de eso, pero es una locura lo que te metió en la cabeza Ángel.

—Nada de lo que me digas va a hacer torcer mi decisión. No quiero comprometerte y tampoco obligarte a que hagas algo que no deseas. Yo sola no puedo porque está Pereyra que nos vigila.

—Eva, eres mi amiga, sabes que te quiero y por eso te digo que lo más sensato es que te quedes. Pero, si tuviera que ponerme en tu lugar solo un segundo, actuaría del mismo modo. Esto debe ser rápido para evitar sospechas. Dame un minuto que ya vengo.

Poco tiempo después, la joven Ocampo apareció de la mano de Paz. Eva la miró con ciertas dudas.

—No estoy de acuerdo con nada de esto. Tienes idea lo peligroso que es estar allí —la increpó Clemente—. Por algo no te ha llevado. Cómo crees que puede sentirse si a ti te sucede algo. La vida que ha llevado lo obliga a mantenerte a un lado. Una vez que perteneces a ese ambiente no es fácil salir. Él nunca se arriesgaría a que te suceda algo allá. Y es una posibilidad latente. Debes tener muy claro no solo a qué vas, sino adónde vas a meterte.

Paz creía que lo dicho podría calmar las ínfulas de un viaje que para él se veía demasiado arriesgado. No era ni sensato ni razonable irse.

—Lo sé más de lo que te lo imaginas. Mi decisión está tomada. No les pido que me ayuden si no lo desean, entiendo que se resistan a hacerlo.

—Mi amor —inquirió Eloísa.

—Está bien te ayudaré. Yo me encargo del pasaje.

—Por eso no te preocupes que yo…

—De eso nada. Cuento con algunos contactos para conseguir un pasaje en el primer barco que salga con rumbo a Nueva York.

—Estaré eternamente agradecida a los dos.

—Creo que la tregua que había negociado con Pesce se acaba de terminar. Aunque no lo conozco como tú, puedo asegurarte que no le gustará mi colaboración.

—Lamento involucrarte.

—No es nada. Mañana pasa por la oficina a última hora. Ve como hoy lo has hecho a buscar a Eloísa y será solo una visita habitual mientras estés en la ciudad. Durante la mañana gestionaré las cosas. ¿Cuentas con la documentación necesaria para abordar?

—Es lo único que traje. Vine con lo puesto y algo más de ropa; no quería levantar sospechas.

—Me ocuparé de cualquier otra documentación que necesites, nuestra profesión —dijo al guiñarle un ojo a Eloísa—, nos permite tener gente que nos acelera los trámites.

—Muchas gracias.

—Disculpen que los interrumpa, pero es hora de cenar.

—Eva debes comer y estar fuerte para lo que se viene.

—Desde hace unos días mi familia no ha parado de pedirme que coma.

—Pero esta es especial —señaló Lina al acerársele para llevarla hacia el comedor.

Hacía tiempo que Lina no llenaba con invitados su acogedora casa. La presencia de Eloísa durante los días que estaba allí la había colmado de un sentimiento de hogar que había añorado siempre. Miró por encima de la copa que estaba recién servida y le gustó la imagen que veía.

—Espero volver a tenerlos muy pronto a todos por aquí —dijo al dueña de casa.

—No sé ellas, pero de mí nunca te librarás —replicó Clemente.

Capítulo veintidós

A través de esos ojos negros

A Eloísa, el problema de Eva le había permitido ocupar la mente en algo que no fuera la relación con su familia. Con el discurrir de los días y las largas conversaciones con Lina, se había convencido de que así no podía seguir, de que regresar al trabajo era lo mejor que podría hacer. Esa tarde volvería junto a la dueña de casa; de a poco, retomaría la rutina que tenía.

—No nos vendrá mal salir de compras. Hace mucho que no lo hago.

—Yo también y si no fuera por conseguirle algunas prendas a Eva tampoco lo haría.

—Arriba ese ánimo, que poco a poco todo se arreglará —retrucó Lina.

El clima primaveral se había instalado en la ciudad y en las calles todo parecía renacer.

—Deberemos buscar y revolver para encontrar ropa de abrigo para Eva.

—Con paciencia, encontraremos lo adecuado; quizás, hasta con descuentos.

Eloísa no recordaba cuánto tiempo hacía que no perdía toda la mañana yendo de un negocio a otro en busca de ropa. No era algo que disfrutaba y solía hacerlo con Eva cuando estaba en la ciudad. Aún no se había puesto a pensar cómo la extrañaría. No era lo mismo saber que estaba a cierta distancia de la ciudad que desconocer dónde estaría y hasta cuándo se quedaría una vez que lograra dar con Pesce.

—Deja de darle vueltas a las cosas que la vida es más simple de

lo crees —agregó Lina—. ¿No crees que con todo esto es suficiente? —preguntó al ver la cantidad de paquetes.

—Yo pienso que sí. Espero que le gusten a Eva las prendas que elegimos.

—De eso, quédate tranquila. No deberá preocuparse por las bajas temperaturas de allá. Busquemos un coche para regresar a casa.

—Con gusto —dijo al subir al coche llena de bolsas—, se nota que la salida de compras no es lo mío.

—Te entiendo, pero, cada tanto y con buena compañía, es un gran plan.

—Gracias, Lina.

Ni siquiera en el trayecto hasta la casa dejaron de conversar. Siempre había un tema para hacerlo.

—Eloísa ¿podrás con todo esto?

—Por supuesto, ¿qué debes hacer?

—Debo cumplir con algo que me pidió Clemente no muy lejos de aquí.

—Hazlo que te espero.

—Luego iremos a la redacción.

Eloísa descendió del automóvil despidiéndose de Lina. Ingresó a la casa y lanzó las bolsas que tenía en la mano sobre la mesa. Se detuvo al verlas y dudó de no haber exagerado en las compras. Clemente le había pedido que tuviera todo listo para Eva por si todo se apresuraba. No tuvo tiempo de cambiarse porque la puerta sonó. Estaba segura de que Lina se había olvidado de algo.

—¿Mamá qué haces aquí?

—He venido a hablar contigo, o piensas ocultarte todo el tiempo.

La joven estuvo a punto de negarle la entrada, pero, en algún momento, deberían hablar y aclarar las cosas.

—Pasa y siéntate.

Lily se ubicó en un sillón frente a su hija. La notaba tensa y fuera de lugar. Los años a ella le habían brindado el aplomo que se requería para afrontar los problemas y tomar decisiones complicadas.

—Sé que para ti es importante que te pida perdón por haberte abandonado y es lo que quiero hacer ante todo.

—No creo que sea un buen modo de comenzar a hablar. Luego de lo sucedido, no debes ser condescendiente conmigo. Está claro que, si no deseas hacerlo, te pido que no lo hagas.

Eloísa había esperado por este encuentro por mucho tiempo. La ilusión por verla le había hecho imaginar cómo sería, lo que estaba lejos del modo en que se daban las cosas.

—Está bien; si quieres que sea dura, lo seré.

—Lo único que quiero saber es qué viniste a decirme.

—Tú fuiste testigo de la infelicidad que viví junto a tu padre. Quizás me entiendas con el tiempo, pero llegó un momento en que no podía vivir más de ese modo. Tenerte fue mi única felicidad. Con los años, sin embargo, creció en mí la necesidad de hacer lo que tanto me gustaba. Tu padre se opuso a que yo desplegara mi vocación. Le rogué de mil maneras, pero no hubo modo de que me entienda.

—Deberías saber que de eso no tengo la culpa.

—Lo sé, pero has dejado de ser una niña. Ya tienes la edad para entender a una mujer. No estás libre de que te suceda en un futuro; quizás en aquella instancia, me comprendas.

—A qué quieres llegar.

—Cuando una es joven, cree que nada va a sucederle y confía en las personas que la rodean, pero, con el tiempo, la desilusión y los tragos amargos son más usuales de lo que crees.

—Lo sé y lo comprobé contigo.

—Sabrás entonces que hay que luchar por los buenos momentos.

—Y tu lucha no sería por recomponer la relación conmigo, sino ir tras Clemente y el vínculo que buscas recuperar.

—La relación que ambas tenemos será por siempre. Nunca dejaré de ser tu madre.

—En eso tienes razón —agregó con la vista húmeda—. Yo seguiré siendo tu hija. Pero, ¿en verdad crees que eso es suficiente?

—Tienes toda una vida por delante para vivir y conocer otros hombres.

—Lo dices por experiencia.

—Sí, estoy convencida de que lo que crees sentir por Clemente es un capricho y un modo de castigarme.

—No entiendo cómo puedes hablarme de este modo.

—Porque lo conozco más que tú. Con él viví momentos que nunca olvidaré y puedo asegúrate que él tampoco.

—Vete.

—No; debes saber cómo sucedieron las cosas para que no te equivoques como yo.

—No necesito de ti.

—Escúchame. Estos últimos años no han sido fáciles para mí. Irme de aquí y dejar todo no fue lo que creía. Nada de lo que imaginaba que podía suceder, ocurrió. Cuando llegué a París, creía que mis probabilidades por triunfar eran grandes, pero, con el paso del tiempo, me di cuenta de que no era así. Debí trabajar de cualquier cosa para subsistir. Aunque te cueste creerme, no dejaba de pensar en ti y en cómo irían tus cosas aquí. Necesitaba verte, pero mi orgullo estaba por encima como para regresar reconociendo que me había equivocado y que marcharme de aquí había sido un gran error.

—Por lo que veo, te tomó tiempo.

—Deja la ironía a un lado. Yo no quería tirar por la borda el sacrificio que me significó haber abandonado todo aquí para buscar, en otro lugar, el éxito que nunca logré tener.

Las lágrimas de Lily eran visibles. Por más que el discurso no fuera el que Eloísa quisiera escuchar, se escuchaba honesta en cada palabra que lanzaba.

—Quiero que me digas qué fue lo que te hizo regresar.

—Saber que aquí estaba mi felicidad.

—Piensas que tu felicidad está de la mano de Clemente.

—Sí.

—A pesar de que eso signifique dañarme.

—Eso es lo que crees porque estás convencida de que lo amas. Sin embargo, puedo asegurarte que él es el hombre equivocado para ti. Yo lo conocí y he estado con él, sé lo que necesita y qué clase de mujer quiere a su lado. Hija sé cómo tratar a un hombre y saciar todas sus necesidades. No imagino a Clemente de la mano de una inexperta, aunque esa joven seas tú.

—Sí es cómo dices, no sé por qué estás aquí.

—Para advertirte que no declinaré mi actitud frente a él.

—Si fuera como dices y estuvieras tan segura de él, no estarías aquí, sino en su habitación.

—Mide tus palabras.

—Y tú qué haces, ¿puedes entender cuánto me hieres? Yo me quedé aquí cuidando a papá que se enfermó con tus escándalos. Siempre tuve la ilusión de volver a verte y que nos reencontrásemos. Nunca imaginé que fuese de este modo. No creía que el motivo que nos juntase fuera el amor que siento por un hombre y no la posibilidad de poder recuperar a la madre que perdí.

—Hija…

—Yo creí que vendrías a hablar de nosotras, pero, si lo que te preocupa es Clemente, haz lo que quieras.

—No he venido a pedirte permiso para verlo. De hecho he estado anoche con él.

Un fuerte estremecimiento recorrió el cuerpo de la joven.

—Vete, por favor.

—Con el tiempo me entenderás. No es fácil que la gente te

rechace. Es duro que tu propia hija lo haga y que no te entienda.

—No comprendes nada. Vete.

—Te crees diferente a mí, pero no lo eres —dijo herida en su orgullo al ser echada por su propia hija—. A mí también me ha comprado ropa como la que tienes ahí—mencionó al mirar por detrás de Eloísa y ver la cantidad de bolsas colmadas de prendas.

Un fuerte vahído sobrecogió a la joven. El chasquido de la puerta irrumpió la tensa conversación. La llegada de Lina fue providencial para que Lily se fuese al fin.

—¿Qué hace usted en mi casa?

—Lina —intercedió con vergüenza—, mi madre ya se iba.

—Piensa en todo lo que te dije.

—Puedo asegurarte que es difícil de olvidar.

Tras el portazo, Eloísa rompió en llanto. No podía creer haber mantenido la conversación que, minutos antes, había sostenido con su madre.

—No te preocupes —le dijo Lina al rodearla con los brazos y agregó—: Todo pasará.

—No quiero que le cuentes a Clemente sobre esta visita.

Lina asintió sin convicción sobre lo que deseaba la joven. Lo único importante era que Eloísa se calmase y pasara ese amargo momento.

* * *

El constante sonido de las máquinas de escribir era una hermosa melodía para Eloísa y le permitía olvidar la visita de su madre. No alcanzó a dar unos pocos pasos que vio salir a Clemente de su oficina. No le importó que los empleados viesen la amplia sonrisa dibujada en el rostro al tiempo que se acercaba a ella. La joven Ocampo se sonrojó

y lo miró con expresión de espanto. No quería que se corriese la voz de que ella trabaja allí por estar en amoríos con el dueño del lugar. Se esforzaba por tener mérito propio para ocupar esa silla.

—Si no deseas que sea más efusivo, ven directo a mi oficina.

—Primero iré a mi escritorio, hace unos días que no vengo.

—Está bien —replicó junto a una guiñada de ojo.

—Lina, ¿cómo ha ido todo?

—Muy bien.

—Ven a mi oficina que debo darte unos documentos.

—Ni he podido quitarme el saco —replicó con una sonrisa—, vamos que tengo ganas yo también de ponerme a trabajar.

Lina pudo comprobar no bien ingresó al despacho de Paz que su ausencia se había notado, en especial por la pila de papeles amontonados a un costado.

—Tómate tu tiempo, bastante has hecho por mí y por Eloísa.

—Ha sido un placer. Te aseguro que ella se transformó en una grata sorpresa y en una gran compañía.

—Me alegra saberlo.

Clemente se sentó para proseguir con el trabajo. Notó que su empleada no salía de la oficina.

—¿Sucede algo?

—Eloísa me pidió que no te contase que su madre se apersonó en mi casa. Lo hizo cuando yo estaba haciendo unas diligencias. No le pregunté de qué hablaron, pero, si te sirve saberlo, ella no paró de llorar cuando esta mujer se fue. Estoy convencida de que han mantenido una conversación en malos términos. Lo único que puedo asegurarte es que Eloísa está bajo mucha presión, no debe ser fácil estar enfrentada con su madre. La relación de ustedes recién comienza, y Lily es una mujer madura que sabe cómo manejar las cosas. Supongo que a su hija en especial.

Paz no necesitaba preguntar de qué habían hablado porque imaginaba a Lily hostigando a su hija para que cambiase su parecer respecto a él. No había modo de que ella entendiera que entre ambos ya no quedaba nada. Y lo peor había sido que no comprendiera que lo que habían vivido tiempo atrás no había sido de importancia.

—Eloísa está arriesgándote por ti mucho más de lo que crees. Solo quiero que lo tengas en cuenta, Clemente.

—Lo sé.

Lina enfiló hacia la puerta. Eloísa iba a ingresar al despacho.

—Veo que hay trabajo por demás.

—Eso parece —dijo tras cerrar la puerta.

Ella intentaba descifrar el significado especial que tenía cuando esos ojos negros se posaban sobre ella de un modo distinto. Lo vio levantarse y enfilar hacia ella. Con una mano la tomó por el cuello y la besó con pasión y desenfreno. Cuánto era lo que la necesitaba. No podía imaginar que ella pudiera alejarse en algún momento de él y abandonarlo.

—Te extrañé —le resopló sobre los labios.

Eloísa lo abrazó fuerte sin mencionar nada de lo sucedido horas antes. No quería que él se creyera responsable de lo que ocurría, tampoco podía decirle que por momentos se sentía aterrada sin saber cómo seguir.

—Veo que tú también —le susurró al oído.

—¿Cómo te fue esta mañana?

Era difícil mentirle a esa mirada oscura que analizaba cada gesto de ella.

—Muy bien, Eva podrá permanecer en Chicago el tiempo que sea necesario con toda la ropa que le compré.

En ese instante, recordó los dichos de su madre que le habían dolido tanto. Cómo su madre podría haberla juzgado por la existencia de unas simples bolsas en el departamento.

—Quiero cenar contigo esta noche.

—¿Sí?

—Por supuesto. Aún no hemos salido como a mí me gustaría, y ya es momento de hacerlo.

La imagen de su madre cruzó por su mente y se esforzó por que desapareciera pronto.

—Mi amor, ¿qué sucede?

—Nada, me encantaría ir a cenar a dónde gustes.

—Entonces, a las ocho de la noche pasaré a buscarte. Espero que a esa hora te hayas desocupado con Eva.

—Yo ya tengo todo listo, y ella se quedará esta noche en la casa con su hermano. Ambos tienen cosas que hablar.

—Bien. Si quieres volver a trabajar antes, deberás despedirte.

No sabía cómo él lo hacía, pero siempre le robaba una sonrisa. Vio que él esperó a que ella se acercase, tomase la iniciativa y lo besara. Por más que buscase cuidar las formas en el trabajo, le resultaba difícil al estar frente a Paz.

—Te amo —le susurró antes de verla salir por la puerta.

A pesar de los aciagos días que Eloísa había pasado, había intentado bocetar algunos artículos para el trabajo. De inmediato, se puso a redactar algunas ideas que le daban vueltas en la cabeza, sin dudas escribir le permitiría alejar de su mente el diálogo mantenido con su madre. Al fin había logrado concentrarse cuando levantó la vista por un murmullo.

—Eva, estás aquí.

—Sí, y Antonio aguardando por mí en el bar de la esquina.

—Ven al despacho de Clemente que te explicará todo —dijo al conducirla por la sala hasta la oficina.

—Disculpa la interrupción, pero ha llegado Eva.

—Yo no quiero restarte tiempo de tu trabajo.

—Siéntense y dejen de disculparse. Y tú deberías ser la primera en saber que me encanta que me interrumpas.

Un fuerte sonrojo atravesó el rostro de la joven Ocampo.

—Eva, has tenido suerte. He conseguido un pasaje para mañana. Moví algunos contactos para obtener un lugar, porque, si no conseguíamos lugar en el de mañana, el próximo barco saldrá en diez días.

—Clemente, no sé cómo agradecerte.

—Hazlo con Eloísa, yo no tenía otra posibilidad si no te conseguía el ticket en estos días.

—Gracias, amiga.

—El resto está todo arreglado en la casa de Lina. Es mejor así para no levantar sospechas con Pereyra.

—Según él, nos iremos de aquí en dos días. En verdad, no había modo de alargar mi estadía en la ciudad.

—Deberás estar lista a primera hora de mañana para ir con tiempo al puerto.

—Pasaremos a buscarte.

—Gracias —replicó emocionada.

—Yo debo hacer unas diligencias, si quieren pueden quedarse aquí. Imagino que les deben quedar cosas por hablar.

Paz se levantó se acercó a Eloísa para darle un beso de despedida y salir de la redacción.

—Pasaré a buscarte a las ocho —le susurró.

—Me da mucha felicidad que las cosas con él se estén encauzando.

—Si te contara, no creerías que es así.

No importaba cuánto tuvieran que contarse, porque, cuando ellas estaban juntas, el tiempo les volaba. Ninguna quería hablar sobre lo que sucedería a partir del día siguiente porque lo desconocían.

—Creo que debo irme —dijo al desviar la mirada hacia la ventana y ver que las últimas luces del atardecer se habían apagado.

Ambas se fundieron en un abrazo sin decirse nada más.

—Mañana nos vemos —se despidió Eva conmovida por la pronta partida.

—Allí estaremos.

Eloísa daba vueltas en la habitación porque dudaba si el vestuario elegido sería el correcto. Quería estar hermosa para Clemente y pensaba que la prenda seleccionada era la adecuada. Si bien se había resistido, ante la insistencia de Lina de que se comprara ropa, había adquirido tres vestidos. Uno le parecía especial. La había subyugado al verlo en el maniquí. Estaba confeccionado en *chiffon* de color malva. Marcaba la silueta adhiriéndose al cuerpo, con escote en v y mangas largas; cerraban en los puños un pequeño moño.

Lina le indicó a través de la puerta que Paz aguardaba por ella. Con los dedos se acicaló la cabellera peinada con ondas hacia un costado. Se colocó unas gotas de perfume de jazmín en el cuello y salió hacia la sala.

—Perdón por la demora.

Esos ojos negros que ella adoraba estaban clavados en su figura.

—Estás hermosa.

Ella quiso decirle que él también lucía de maravillas con ese traje azul, pero se había quedado sin aliento.

La boiserie que revestían las paredes del restaurante Grill del hotel Plaza, junto al cortinado que decoraba los ventanales, le parecía de ensueño. Las arañas con caireles irradiaban la luz que iluminaba la sala.

—Por aquí —indicó el mozo para ubicarlos en la mesa reservada en una zona destacada del local.

—¿Te gusta?

—Me encanta. Nunca he venido.

—Yo solo unas pocas veces —dijo al enredar sus dedos con los de ella.

—¿Qué les gustaría cenar?

—Elige por mí.

—*Vol-au-vent* de frutos de mar con crema de langosta para dos; luego, mollejas Demidoff.

—Parece rico —dijo al retirarse el camarero.

—Lo es. Dime cómo te sentiste regresando a la actividad.

Él sabía que ella adoraba hablar de su trabajo. Por eso creía que lo mejor sería que hubiera regresado a la redacción.

—Muy bien. Es lo que me gusta hacer.

—En estos días, te aguarda bastante trabajo.

Él estaba convencido de que cuanta más actividad ella tuviera, menor sería el tiempo que le dedicase a los problemas familiares.

—Me gusta que así sea porque es un modo de…

—Espero que los disfruten —irrumpió el camarero.

—Prueba tú primero y me dices.

A Paz lo sobrecogió verla disfrutar ese primer bocado.

—Exquisito. Es precioso el lugar y la comida.

—Es importante que retomes tu vida habitual —dijo después de un tiempo de silencio en el que ambos disfrutaban de la entrada.

—Así es, y también deberé decidir qué hacer porque no podré quedarme en la casa de Lina más allá de su hospitalidad.

—¿Deseas regresar a la casa de tu padre?

—Deberé hacerlo en algún momento. ¿Por qué me miras de ese modo?

—Porque yo no deseo que te quedes en la casa de Lina y tampoco

en la casa de tu padre. Deseo tenerte todas las noches para mí. Quiero verte cada mañana a mi lado. Me cuesta mucho vivir sin ti y verte solo a escondidas. Necesito estar contigo a toda hora.

Esa declaración la tomó por sorpresa. En ese instante, regresaron a su mente los dichos de Lily respecto a las necesidades de un hombre con experiencia como él.

—Quieres entonces que vaya a vivir contigo.

—Así es.

—Yo…

—Espero que estés lista para hacerlo. Pero no del modo en que piensas.

Él no quería que se corriese una sarta de comentarios maldicientes sobre Eloísa. Pretendía brindarle todo aquello que nunca antes le había dado a una mujer.

—Quiero casarme contigo y tenerte solo para mí. Quizá no sea el momento propicio, pero no creo que esperar sea lo indicado. Mi amor, deja de mirarme de ese modo. Aunque, si quieres pensarlo, puedes, pero no te tomes demasiado tiempo —dijo al sacar del bolsillo una caja azul de terciopelo—. Nunca estuve tan nervioso como hoy —lanzó con una sonrisa—. Cásate conmigo —susurró sobre los labios de ella antes de besarla y ensartarle el anillo de oro blanco y brillantes sobre el dedo anular.

Ella comenzó a sollozar sin poder contestarle, porque una serie de emociones y sentimientos le oprimieron el pecho y le cerraron la garganta.

—Mi amor di algo.

—Te amo por encima de todo.

—¿Y a pesar de todo?

—Por supuesto, a pesar todo y todos.

—Quiero que nos casemos cuánto antes, no deseo esperar, aunque esto no significa que deba ser secreto. Si lo quieres me gustaría que tu padre sepa de lo nuestro.

—Él va a oponerse.

—Lo sé. No pienso pedirle permiso, solo le comunicaré que nos casaremos.

Él vio que una sombra de duda atravesó la expresión que tenía.

—¿Qué sucede?

—Ella.

—No podremos ser felices si piensas en Lily y en lo que puede decirte. Noches atrás estuvo en mi casa. No lo mencioné antes porque no quiero llevarte mayor amargura a la que tienes. He sido duro con ella y espero que eso baste para que se calme.

Eloísa entendió que su madre haría cualquier cosa para desalentar la relación y mentirle era una de las maneras. Nada de lo que le había dicho respecto a la visita en la casa de Clemente había ocurrido.

—De lo que si estoy convencido es que ni Lily ni tu padre me van a detener frente a lo que siento por ti. Dirán lo que quieran, pero solo yo sé lo que me sucede cuando estoy frente a ti. Es la primera vez que me pasa, y no voy a dejar la oportunidad de ser feliz porque otros no lo han sido.

—Te amo tanto.

Paz enmudeció al escuchar esas pocas palabras de boca de Eloísa. Estaba dispuesto a dar batalla por lo que sentía.

* * *

Eva se encontraba en la habitación del departamento de Ángel, sin poder descansar. Se había ubicado junto a la ventana y observaba la noche. Sin embargo, parecía que el tiempo se había detenido y que no llegaba el final de la oscuridad. Cuando vio asomar los primeros reflejos rojizos sobre el horizonte en un aletargado amanecer, supo que ya no había más que esperar. Se cambió y aguardó con la cartera entre sus manos hasta que se hiciese la hora para desayunar con su

hermano y esperar a que la recogiesen. Unos golpes en la puerta la sobresaltaron. Entendía que Ángel estuviera tan inquieto como ella, porque había sido él quién le había llevado la alocada idea de abandonar Argentina para emprender el viaje rumbo a Estados Unidos.

—Mora —dijo sorprendida al ver a la joven envuelta en una bata de seda con los cabellos revueltos. El aspecto somnoliento no opacaba su belleza.

—Imagino que esperabas a tu hermano, pero antes de que él venga quisiera cambiar unas palabras contigo.

—Adelante.

—No vengo a saber lo que no me corresponde. Sé que algo importante estás a punto de hacer, pero Ángel me ha mantenido al margen. Si él lo dispuso de ese modo, tendrá sus razones.

—Entonces…

—Quiero que sepas que Ángel es todo para mí. Nunca nadie me trató del modo en que lo hace. No sé cómo explicarlo, pero siento que comencé una nueva vida y me cuesta ver hacia atrás porque no puedo reconocerme. Sé que piensas que esto puede ser un capricho para mí, que puedo manejarlo a mi antojo y que cuando me canse estaré detrás de otro hombre. No puedo culparte por pensar eso, pero te equivocas. Tampoco actuó con él por agradecimiento por haberme salvado del ataque con Sagasti. Lo que siento por él es algo muy profundo. Si lo has sentido por algún hombre, entonces podrás entenderme.

Eva no iba a confesarle que le entendía a la perfección. Si el sentimiento de Mora era una parte del que ella tenía por Luca, entonces debía sentirse tranquila.

—Espero que así sea, porque mi hermano está perdido por ti.

—Como yo por él. Quiero que sepas que velaré para que cumpla con todas las prescripciones médicas.

—Gracias —contestó emocionada al abalanzarse a los brazos de la joven—, para mí es muy importante lo que dices.

No podía decirle que estar alejada de Ángel sin saber cuándo regresaría, la angustiaba por demás.

—Durante mucho tiempo, mi palabra no tuvo peso. Con un billete cualquiera podía cambiar mi decisión. No he tenido elección y no podía pensarme de otro modo. Hasta que apareció Ángel. Esta vez, espero que tomes en serio lo que digo.

—Así será.

El chasquido de la puerta irrumpió esa íntima conversación.

—Pero qué ha pasado aquí para ver a mi mujer y a mi hermana juntas.

Ángel estaba con una amplia sonrisa por la imagen que tenía frente a sus ojos.

—En vez de hacerte el gracioso, imagino que has preparado el desayuno.

—No es necesario porque lo he hecho yo —replicó Mora.

—Vamos a desayunar. Dos mujeres hermosas solo para mí.

—No, querido, vayan ustedes dos. No importa el motivo, pero sé que este día es especial para ti y tu hermana. Yo ya he hablado con ella, ahora les resta hacerlo a ustedes.

Ángel besó a Mora por entender sin saber, ni indagar lo que sucedía. Aunque la joven lo intuyera, no le había hecho ningún cuestionamiento respecto al comportamiento que él había tenido los últimos días. Ángel se había ausentado de la casa sin explicaciones hacia dónde iba. Mora se había mantenido expectante a que él le contase algo, pero había sabido respetar su silencio.

Eva le agradeció con la mirada por ese último gesto. Necesitaba estar con su hermano el poco tiempo que le quedaba. El desayuno servido parecía para un batallón.

—No puedo probar bocado.

—Eso no importa —sonriente Ángel—porque te atenderán a cuerpo de rey en el barco.

—Eso me ha garantizado Eloísa al viajar en primera categoría. Te aseguro que es lo que menos me importa. Lo único que quiero es arribar a Nueva York.

—Eva, debes ser paciente y esperar allí hasta que encuentres la posibilidad de comunicarte con él. Solo si él te lo indica, podrás viajar a Chicago.

—Ya me lo has repetido varias veces.

—Te conozco y sé que querrás verlo cuanto antes, pero debes tomar recaudos. Para él será más fácil agilizar todo que para una recién llegada.

—Quédate tranquilo.

—No lo estaré hasta que te vea regresar, pero, como no sé cuándo será, confió en ti y en tu criterio.

—No te veo muy convencido —dijo al estrechar sus manos con las de él—; siempre has confiado en mí.

—Por supuesto, pero cuando está Luca de por medio, todo se desbarata. Come algo, por favor.

—No tengo apetito, estaré más tranquila cuando esté a bordo.

Ángel miró el reloj en su muñeca y supo que les quedaba poco tiempo.

—Estarán por llegar.

Eva se levantó de inmediato para abalanzarse sobre su hermano. Sin desearlo comenzó a sollozar. No quería que la despedida fuese así, pero ella estaba muy conmocionada por todo lo que había pasado con la partida de Luca.

—Pero dónde quedó mi hermana mayor —le resopló en el oído —, la que todo lo puede y que siempre busca una solución para las cosas.

—Acá la tienes —dijo al separarse de Ángel y mirarle el rostro—, con mucho temor por lo que vendrá.

—No lo tengas. Piensa que así como estabas no podías continuar. Entonces todo lo que venga será mejor a esta realidad.

—Parece que perdí a mi hermanito.

—Te equivocas —retrucó sonriente—. Eso sí —agregó preocupado—, quiero que me mantengas informado de que has llegado bien.

—Por supuesto, ¿y con Pereyra como te arreglarás?

—Olvídate de él.

El sonido del portero quebró el halo de intimidad compartida hasta el momento.

—Te acompaño.

—No es necesario; es mejor así.

Ángel entendió que Eva no quería extender más la angustia que tenía.

—No vemos, hermanita.

Con la vista nublada, ella caminó hacia la puerta de salida. Antes de alcanzar el picaporte, giró y volvió a estrecharse en un fuerte abrazo.

—Te quiero con toda mi alma. Cuídate mucho.

Enseguida abrió la puerta para salir. Si Eva se hubiera dado vuelta, habría visto a Ángel con los ojos húmedos ante su partida. Del coche estacionado en el frente del edificio, salió Clemente.

—Sube.

Eloísa lanzó una exclamación la ver ingresar en el vehículo a Eva.

—Parece que es ella quien se va de Buenos Aires.

—Ay, Eva, no he podido dormir; estoy tan nerviosa.

—Mi amor, lo que me menos necesita tu amiga es que le transmitas tu inquietud.

—No te preocupes, Clemente, yo tampoco he pegado un ojo.

—En la maleta que te preparé, tienes todo lo necesario. Me angustia la posibilidad de haberme olvidado algo.

—No sé cómo podré agradecerles todo lo que han hecho por mí.

—Hemos hecho lo que se hace por los amigos. Te pido que no dudes en telegrafiarme por cualquier cosa que necesites.

Casi como un reflejo, Eva vio en la mano de su amiga un anillo que aumentó la emoción de la despedida. Con los ojos húmedos, volvió abrazarla como pudo dentro del habitáculo.

—Te felicito. Mereces ser feliz —le susurró.

—Tú también.

—El pasaje y la documentación están en orden —intercedió Paz, no quería que quedase algún detalle sin mencionar—. No tendrás ningún problema.

—Yo estaré en comunicación con Ángel por si no puedes hacerlo conmigo.

Paz bordeó una de las largas calles que conducían a una de las dársenas del puerto de la ciudad. Él buscó el equipaje para dejar que las jóvenes se despidieran.

—Cuídate mucho.

—Lo haré; tú también.

—Te extrañaré tanto —dijo Eloísa al abrazarse con Eva—. Perdona, no estoy siendo de ayuda.

—Si no fuera por tu colaboración, este viaje no sería posible.

—Debes apurarte para hacer los trámites —dijo desde atrás Clemente.

—Cierto. —Se acercó para saludarlo—. Por favor, hazla muy feliz.

—Lo prometo.

Eloísa dejó caer las lágrimas que tenía contenidas durante esos últimos días. Aún dudaba de que esa fuese una buena idea. Por un motivo importante, Luca había decidido no llevarla. Pero ya era tarde pensar en eso. A pesar de los nervios, Eva estaba feliz por ir a

buscarlo.

—Deja de angustiarte —le susurró en el oído Clemente—, ahora quiero que vayamos a desayunar.

—Pensé que iríamos a la redacción.

—Antes quiero estar contigo, debemos organizar nuestra boda —lanzó al robarle un beso.

Cómo amaba a ese hombre. Eso era lo que Eloísa necesitaba, un momento de calma para estar con él antes de enfrentar un nuevo día.

Eva estaba más tranquila al deber encargarse de los trámites para embarcar. Toda su atención estaba puesta en no cometer algún error.

—Eva.

Esa voz la asustó. De inmediato, se dio vuelta para comprobar si era Pereyra quien estaba detrás de ella.

—Supuse que te encontraría aquí.

—¿Cómo ingresó? ¿Cómo lo supo?

—Durante años, estuve trabajando a bordo. Allí conocí a Luca. Aún me quedaron algunos conocidos dentro del puerto. No fue tan difícil pedir que me contactaran si había un pasaje a su nombre con rumbo a Nueva York.

—¿Y ahora qué piensa hacer? ¿Impedir que me vaya o viajar conmigo?

Una tibia sonrisa asomó por el rostro de Antonio.

—No puedo abandonar El Recuerdo; tengo una serie de cuestiones que atender. Así lo determinó Luca. Me gustaría que abandone la idea de partir, pero sé que no la convenceré. Debe saber que corre peligro viajando hacia allá. Él la habría llevado de haber podio. No lo hizo porque quiere cuidar de usted. Por eso, me indicó que no la dejara viajar por ninguna circunstancia.

—Antonio, lo que menos deseo es involucrarlo y que tenga algún problema con Luca. Este viaje es mi absoluta responsabilidad. Sé que cuidará las tierras mejor que nadie, y de quien está allí también.

No pensaba entrometerse sobre lo que sucedía con Cleo, pero estaba claro que algo importante sucedía entre ambos.

—Si lo conoce a él, sabe que me pone en una situación difícil.

—Lo sé, pero nada me hará desistir de este viaje.

El megáfono llamó a embarcar al pasaje.

—Debo irme.

—Tome —dijo al hacerle entrega de un escueto papel—, ese es el único contacto seguro de Luca.

Ella leyó el nombre y los datos, sorprendida.

—Él confía en esa persona por eso se lo doy.

—Gracias.

—Si decide viajar, deberá afrontar todo lo que se encuentre allí, aunque haya cuestiones que no le guste. Esta persona es de absoluta confianza para él. Véala no bien arribe a la ciudad de Nueva York; de ese modo podrá ponerse en contacto con Luca.

—Gracias, Antonio.

—Con esta actitud, pone mi vida en juego —agregó para ver si ella se apiadaba de él.

—Si las cosas son como usted dice, soy yo la que se pone en riesgo. No me importa si es el costo que debo pagar para estar con él. ¿Puede entenderlo?

Otra vez la voz grave irrumpió en la sala para dar el último llamado a los pasajeros que aún no habían abordado el navío.

—Me quedo con la tranquilidad de que no había otra salida. Cuídese mucho; él jamás me lo perdonará si algo le sucede.

—Adiós.

Eva se retiró envuelta en lágrimas. Ahora le tocaba a ella abandonar la ciudad sin saber con qué se enfrentaría. Tampoco sabía con quién y cómo encontraría a Luca Pesce.

Capítulo veintitrés

El susurro del viento

La ausencia de Luca de la ciudad de Chicago se había notado. Los meses que había estado en El Recuerdo lo habían marcado a fuego. Varias cuestiones habían cambiado: la lucha entre las familias no había mermado y las traiciones dentro de cada una de ellas eran cada vez más flagrantes. La convención realizada en Atlantic City había convocado a los jefes del hampa. Era una expresión del crimen organizado, aunque, para Capone había significado el principio del fin. La importancia que su organización había tomado había traspasado los límites de la ciudad de Chicago para extenderse por todo el país. Eso interfería con los planes de las otras familias que buscaban liderar el negocio. Se debía poner fin a Capone y a su gente para que el resto de las bandas pudiesen tomar una tajada del negocio ilegal. La idea de aquella convención había sido definir los territorios que se adjudicaría cada organización. Se buscaba también acallar la propaganda y la publicidad que Capone tenía al dar asiduamente notas en los periódicos y conferencias de prensa. Aquel exhibicionismo debía erradicarse, no era conveniente para avanzar en el camino del hampa. Nuevos y jóvenes miembros de otras familias habían surgido y buscaban posicionarse. Frank McErlane y Joe Saltis, Frank Costello y Lucky Luciano, representantes de la ciudad de Nueva York, se habían hecho presentes en la convención junto a Sam Lazar y Charles Schwartz, que habían llegado desde Filadelfia. Quien había decidido no asistir había sido Bugs Moran, aunque había enviado a un representante. Las largas caminatas que los jefes hacían por el paseo marítimo los alejaban de los turistas inoportunos que no dejaban de sorprenderse por lo que veían. Aquellas travesías eran la excusa perfecta para evitar micrófonos indiscretos dentro de las habitaciones. Algunos otros, conversaban alrededor de la piscina del fastuoso hotel en que se alojaban. Ningún medio periodístico había querido perderse semejante acontecimiento y, desde el *New York Times* hasta el último

rotativo de Filadelfia y Chicago estaban allí, aunque ninguno tuvo permitido participar de las charlas que se hicieron en los salones del hotel. En varias publicaciones, se aventuraba el retiro de Capone.

Con la anuencia de los asistentes, los jefes habían convenido participar de una confederación en la que los territorios serían asignados a cada grupo para mantener una tregua que significase evitar el derramamiento de sangre: cada familia actuaría como un feudo en el territorio que dominase. A pesar del ambiente civilizado de la convención, cada jefe había concurrido custodiado por varios guardaespaldas, salvo Capone, que había ido con solo uno y con su colaborador Frank Nitti. Era un modo de demostrar su poderío al no tener la necesidad de llevar un ejército detrás. A pesar de todo, ya no estaría seguro, salvo que lograse alejarse por un tiempo. Necesitaba acallar las voces sobre él y su gente. Buscaría dejar a su familia a salvo y evaluar qué hacer. La única opción era encontrar un lugar tranquilo para aislarse y esperar que todo pasara. La idea que su mentor, Torrio, había tenido tiempo atrás renació en su mente. ¿Qué pasaría si se refugiase por un breve tiempo en una prisión que le brindase las mejores condiciones? Varios lo querían detrás de las rejas, pero nadie había conseguido apresarlo. De ese modo, con la compañía de su fiel guardaespaldas Frankie Rio, se trasladó desde Atlantic City hasta Filadelfia. Allí se puso en contacto con el agente John Malone, alias "Shooey", a quien había conocido en el hipódromo de Hialeah en Florida. El oficial, junto a su compañero John Creedon, hizo la detención. Se les entregó una suma de dólares para acordar el arresto y fue así como a la salida de un cine sobre Market Street, a plena luz del día, fue apresado junto a su guardaespaldas por posesión de armas. Así lo habían convenido. Lo que Al no había previsto fue que el juez, en el afán de dar el ejemplo a una sociedad que estaba hastiada del delito, el contrabando y la corrupción, dispusiera un año de encierro junto a una alta fianza. Por más que Capone prometió una fuerte suma de dinero a quien lograse sacarlo de la prisión, nadie quiso asumir ese riesgo. Debió, entonces, permanecer unos pocos meses en Holmesburg, en donde se vivía en condiciones infrahumanas. Cuando fue posible, se dispuso el traslado a la Eastern State Penitentiary, en donde consiguió que el alcaide le permitiese vivir con confort como si estuviese alojado en un hotel de gran categoría. Una radio último modelo que su esposa le había enviado lo acompañaba.

Luca no dejaba de pensar que, en menos de un año, la situación había dado un vuelco absoluto. Él estaba convencido de que todo iba a desmadrarse, aunque no podía saber cuándo. Según lo que Luca

había hablado con el abogado, se esperaba que Capone saliera en los primeros meses del siguiente año.

Ya se había acostumbrado al ritmo de la ciudad, después de varias semanas transcurridas allí, en las que había retomado el contacto con sus antiguos secuaces. El silbar del viento era acallado por la melodía del jazz que sonaba en los clubes nocturnos que no dejaban de proveer alcohol clandestino. Cada tanto veía a un Cadillac negro que daba vueltas sigilosas por donde él iba. Había llegado el momento de hablar con el jefe. En unos pocos días, organizó su traslado hacia Filadelfia.

Abordó un tren y, en un compartimiento privado, pasó el trayecto hasta arribar a destino. En la estación buscó un taxi para ir al hotel. Se registró, descansó un poco y se cambió para salir rumbo a la prisión de Eastern State. La construcción de piedra y las torres de vigilancia revelaban lo inexpugnable del lugar. Luca había hablado con el abogado para que le concertara la cita. Una vez adentro, caminó por un largo y desapacible pasillo. La edificación estaba diseñada como si fuera una rueda. Desde el centro y hacia distintas direcciones, confluían los pabellones. El alcaide hizo que le ofrecieran su despacho para mantener la entrevista.

—Aguarde aquí —indicó uno de los guardias.

Luego de saludar al alcaide, Capone apareció.

—De momento debo cumplir con algunos asuntos, los dejo para que conversen. No tienen mucho tiempo.

Tras el chasquido de la puerta, Luca encendió un cigarro.

—Podemos hablar tranquilos —dijo Al y se sirvió también un cigarro—. Estoy como en mi casa. Y seguirá así lo que dure mi estadía. Estas comodidades están garantizadas siempre que se cumpla con el pago.

—Tienes quien se encargue de eso.

—¿Cuándo regresaste?

—Hace unas semanas; cuando supe lo que sucedió, quise venir a verte. No imaginaba que esto terminaría así.

—Ha sido lo mejor, aunque el hijo de puta del juez quiso hacer lo

que los otros no han podido: apresarme. Me han condenado por encima de la pena que corresponde por el simple hecho de llevar armas sin autorización. Sabes que últimamente me cuidaba de cargarlas. Había acordado que la detención fuera de esa manera y por poco tiempo.

—Por lo que escuché, tardaron en gestionar tu traslado.

—Unos meses. Acá estoy cómodo. Nadie me molesta; además tengo absoluta independencia.

—Ya nada es igual en Chicago.

—No. Muchos jefes pugnan por quedarse con el negocio y sabes muy bien que no hay lugar para todos. Aunque nadie desconoce que, sin mí, habría espacio para otras familias.

—En medio de todo buscaste emular a Torrio.

Luca se refería a lo que años atrás había hecho el mentor de Capone. Luego de un intento de asesinato que lo llevó a permanecer un tiempo en el hospital, se había recluido en una prisión de Lake County, en Waukega, Illinois, lejos de Chicago. Había permanecido allí dentro durante nueve meses.

—Las aguas quedaron revueltas luego de San Valentín. Se han abierto cuatro investigaciones independientes para averiguar qué sucedió. Una, en la policía del Distrito; otra, en la unidad de homicidios; otra, en la fiscalía del estado de Illinois y la última, en el juzgado de primera instancia. Por el momento, han fracasado. Han removido autoridades, pero la investigación está como al principio.

—Aún siguen buscando al culpable —afirmó.

—Así es. Nadie pudo dar con la banda que ejecutó el acto. Todos apuntaron hacia nosotros. Los dos intentos fallidos de Moran por acabarme daban fundamento a la venganza. Aunque mi estadía en Miami ha conspirado con los cargos que levantaron contra mí.

—Y Moran ha quedado agazapado en su guarida.

—Bugs se mantiene oculto, pero con los mismos deseos de acabarnos, por eso, no se hizo presente en Atlantic City y envió a un representante.

—Será una guerra silenciosa entre todos.

Luca no mencionó a los Seis Secretos. Era un grupo de seis hombres por demás instruidos. Eso les había permitido ocupar altos y diferentes cargos en la sociedad estadounidense. Ellos buscaban dar con la organización y poner tras prisión al jefe. Se habían puesto de acuerdo para recaudar fondos que permitieran acusarlo e inculparlo. Charles Dawes era el más destacado; luego de haber ganado el Premio Nobel por el plan que instruía a la economía alemana en cómo salir de la crisis provocada por la Gran Guerra, había ocupado el cargo de embajador de Estados Unidos en Londres. La cadena de contactos era muy amplia, y se engarzaba con otro de los miembros del grupo: McCormick, propietario y director del *Chicago Tribune*. La selección para ingresar a semejante grupo era muy estricta, ya que se buscaba que cada integrante pudiera aportar algo para acabar con la organización. Ya no solo estaba la Comisión del Crimen de Chicago que luchaba contra el crimen organizado, sino también un grupo que tenía los mismos fines. De hecho, habían colocado a uno de sus miembros en la comisión.

—Así es. Han fijado una alta recompensa para quien obtenga información para incriminarme.

—Escuché que son cincuenta mil dólares.

La Chicago Association of Commerce era la responsable del ofrecimiento. Poco después elevó la suma gracias a la colaboración de ciudadanos independientes.

—Sí, y están indagando más sobre el contrabando ilegal. Ellos saben quiénes son los que dominan el mercado negro. Eso los lleva hasta nosotros. Siguen buscando. Hasta ahora, no hay nada de importancia que hayan encontrado. No somos los únicos en la cuidad, las autoridades y funcionarios están metidos en la misma mierda que nosotros con los sobornos que les damos.

En la nómina de personalidades que estaban bajo su ala, había una gran cantidad de periodistas. Nadie podía dar con las operaciones que hacía la organización. Se conocían las altas sumas de dinero que movía el contrabando de bebidas y a eso había que adicionarle lo obtenido por el control de burdeles y de bares en los que tenían el dominio absoluto de todo lo que se servía y comerciaba. Se conocía el nivel de vida que los miembros de la banda llevaban, pero aún no se había encontrado la manera de descubrir el recorrido de ese dinero.

Las autoridades estaban convencidas de que la banda debería contar con cuadernos que avalasen la contabilidad de semejante organización. Hasta la fecha, no se había podido encontrar algún documento o un simple papel que lo acreditase. Si no se lograba obtener esa información, irían tras el incumplimiento de pago al fisco por las ganancias obtenidas. La cuestión era determinar por qué actividades habían ganado dinero, aunque el gobierno había implementado, tiempo atrás, que los ilícitas también deberían reportar al fisco el pago correspondiente. Con la vigencia de la Ley Seca se sabía que un puñado importante de la población se dedicaba al contrabando junto a otras actividades necesarias para el mercado ilegal. Ese era un monto importante que el gobierno no quería perderse de recaudar.

—No es bueno tener los ojos de la justicia sobre la organización.

—No, por eso hemos tomado las previsiones del caso.

Las operaciones se hacían con dinero en efectivo. No existían cuentas corrientes en los bancos. Los libros en los que constaban las maniobras de dinero se llevaban por triplicado. No todos estaban guardados en el mismo lugar. Si se debía hacer una transferencia por una alta suma de dinero, se realizaba mediante cheques o giros a nombre de un tercero. Y las referencias que se anotaban en aquellos asientos contables se efectuaban de modo cifrado para evitar que se descubriera el entramado de las operaciones. Tampoco los bienes que se adquirían figuraban bajo el nombre real del titular. No quedaba rastro alguno de las finanzas de la organización. Aunque el modo en que algunos de los muchachos de la banda dilapidaban el dinero mostraba a las claras el fuerte ingreso no declarado al fisco.

—Hace tiempo que nuestra vida es así.

—Pero no como ahora.

—Ellos saben del empeño que está poniendo el gobierno por mis ingresos y el de todos nosotros.

Los ojos del resto de las familias estaban puestos sobre ellos y en los próximos pasos que diesen. Eso le permitiría a las otras bandas tomar la tajada que ellos dejarían y posicionarse del mejor modo en la ciudad.

—Se han tomado todos los recaudos.

—Así es. Por eso dispuse que Mae se quedase en Miami con Albert.

—Tener lejos a los tuyos debería ser lo más seguro.

—Hoy no hay un lugar inexpugnable; mira si no dónde estoy.

Luca supo que las cosas no podían estar peor, para que Capone terminase *motu proprio* tras las rejas.

—¿Has solucionado tus cosas por allá?

—Sí.

Estaba claro que no pensaba contar demasiado sobre vida en Argentina. No iba a exponer a su gente. No lo había hecho en su momento, no lo haría ahora.

—Apuré mi regreso por el telegrama que me enviaste.

Una sórdida mirada atravesó el marcado rostro del jefe envuelto en las volutas de humo que lanzó al escucharlo.

—Cada uno en la organización está ubicándose dónde puede. Nitti es quien colaborará de modo más efectivo con nosotros. Aunque como te dije, antes de que te marcharas, uno no debe abandonar a la familia.

También había notado que Frank había cobrado relevancia en la organización al no poder estar al frente el jefe. Varias cuestiones habían cambiado; según Luca, cada una de ellas iba en desmedro de la banda y su funcionamiento.

—Es lo que hice —afirmó—, por eso regresé.

—Lo sé. Si no supiera de tu fidelidad no estarías hablando conmigo.

Un silencio ominoso recayó en el despacho.

—Entonces…

—No he sido yo quién te mandó a llamar.

Era eso lo que le daba vueltas en la cabeza de Luca. Si en realidad Capone estaba tras las rejas, no comprendía el motivo por el

que se requería su presencia en la ciudad. No había necesidad de que Luca hubiese arribado a Chicago. Había buscado desde el inicio que su actuación en la organización pasara lo más desapercibida posible. Él estaba convencido de que lo había logrado. Sin embargo, no era así, porque alguien lo quería en la ciudad. Nada en la citación que había recibido en la ciudad de Buenos Aires le había hecho pensar que fuese sospechosa.

—Hay alguien que sí quiere tenerme aquí.

—Eso parece y deberás moverte solo para saber quién es.

—Si es así, las cartas están echadas.

—Cada uno hará su jugada. Habla con algunos de nuestros muchachos, quizá puedan ayudarte.

—No, prefiero resolverlo solo. Seguramente alguien se contactará conmigo.

—Luca, debes manejarte con cuidado. No solo por ti, sino por la organización. No necesitamos mayor atención de la que tenemos.

Los dichos del jefe significaban una velada amenaza. Nadie estaba por encima de la banda, salvo él. Luca supo de inmediato que había llegado el momento de que cada uno debería salvarse por sí solo. La organización no ahorraría esfuerzos en sacarlo del camino si él era capaz de ponerla en riesgo.

—Lo sé, será cuestión de tiempo para ver qué sucede.

—Hubiese sido conveniente que no regresaras, pero ya es tarde para eso. Estás aquí y deberás lidiar con eso. Yo lo hago desde aquí, tú deberás hacerlo desde las calles de Chicago.

El funcionario apareció en el despacho y puso fin a la conversación. Luca se despidió de Al sin saber si volverían a verse. Luego de caminar por los largos pasillos de la prisión que lo condujeron al exterior, una brisa de aire fresco lo envolvió e inhaló fuerte, como si pudiera quitarse la sensación de asfixia que había tenido al ingresar a Eastern State Penitentiary. Se había equivocado porque esa percepción de encierro y abatimiento persistió por un largo tiempo.

De regreso a Chicago, se instaló en su departamento y desde allí

preparó cuáles serían sus pasos. Volvería a cumplir con la rutina que tenía cuando había abandonado la ciudad. Eso incluyó hablar con determinadas personas durante el transcurso de esa semana. Ese día en especial se vistió y abandonó su casa para enfilar hacia el club de jazz The Green Mill, propiedad de uno de los muchachos de la organización. El nombre remitía inmediatamente al Moulin Rouge parisino. Aunque fuese solo en el nombre, se había buscado emularlo. Sin embargo, el local se había transformado en un lugar de puro jazz. Era allí donde se encontraría con Ralph, hermano de Capone. Lo había citado ahí antes de que Luca partiera a Filadelfia. Esa noche, el lugar estaba atiborrado de concurrentes. Las botellas de alcohol viajaban sobre las bandejas de los meseros a través del espeso humo de los cigarros. Luca caminó entre las mesas buscando una con la ubicación de privilegio, que sería la que su anfitrión utilizaba para tener una perfecta visión de la entrada al lugar y situada también a poca distancia de la salida, por si en algún momento algo se complicaba. Esa sería la indicada para mantener la conversación que tendría.

—Pesce, al fin te veo por aquí —dijo el dueño del lugar.

—Era tiempo de regresar.

—Mira quién está allá.

—A eso he venido —replicó al enfilar hacia la mesa en la que estaba Ralph. No visualizó a su acompañante que estaba de espaldas hasta que estuvo más cerca.

Si había algo que Luca no se imaginaba era ver a Renzo allí dentro. Estaba inclinado hacia adelante intentado que su interlocutor lo escuchase. Nunca antes los había visto juntos, suponía que su antiguo amigo estaría buscando refugio en la organización. Por lo que sabía, la banda de Moran estaba agazapada sin haber tenido participación ese último tiempo. Renzo era la persona más codiciosa que había conocido. Haría todo lo posible para escalar posiciones. Y no ponía en duda que eso estaría haciendo.

—No eres bienvenido aquí.

Renzo ni siquiera pudo sentarse para hablar mejor.

—Creo que puedo serte de ayuda.

—Te equivocas. Busca a tu jefe y haz lo que tienes que hacer.

Luca se mantuvo allí escuchando ese corto intercambio de palabras. No entendía qué hacía Renzo allí. Lo vio irse por el otro lado del salón. Luca enfiló hacia él para cruzarlo, pero no tuvo posibilidad de hacerlo porque se fue como una exhalación. Cuando regresó, vio a Ralph que se encontraba rodeado de tres bellas mujeres que se desvivían por atenderlo entre arrumacos y caricias. Las copas vacías que decoraban la mesa daban cuenta del alcohol que se había bebido. Una de las jóvenes se acercó a Luca cuando lo vio acercarse para, de ese modo, acompañarlo.

—Más tarde —dijo por lo bajo.

Notó que Ralph apartó a las muchachas con una palmada en la nalga y se centró en su invitado.

—Luca, ven —lo llamó Ralph—. Trae otra ronda de whisky —le indicó al camarero—. Bienvenido.

—Debía volver en algún momento.

La banda de jazz resonaba en el recinto como melodía de fondo en medio del permanente murmullo que había. Luca siempre había mantenido distancia con Ralph, a pesar de la cercanía familiar con el jefe. Era el hermano del medio y siempre estaba a la sombra de Alphonse. Se movía de un modo ostentoso que él aborrecía. El ordinario anillo de diamante que descansaba en uno de sus dedos daba muestra de su fanfarronería. Ocupaba una suntuosa suite en Western Hotel, que no era ni más ni menos que el antiguo Hawthorne de la localidad de Cicero. La cantidad de automóviles caros que poseía y las fiestas que realizaba a todo lujo, lo definían. En más de una ocasión habían mantenido cruces con respecto al manejo de ciertas operaciones comerciales de la organización. El desparpajo que tenía al momento de efectuar las transacciones sin tomar los recaudos necesarios encrespaba a Pesce. Más allá de la advertencia de él y del contador, había abierto varias cuentas en Pinkert State Bank de Cicero, lugar que se había transformado tiempo atrás en el refugio de la organización, con nombres falsos que no sería dificultoso para nadie descubrir. Tampoco había modo de justificar semejante riqueza.

—Antes de hablar de tu viaje, quiero advertirte que Renzo está detrás de ti.

—Lo acabo de ver salir de aquí.

—Así es. He mantenido una discusión. Debes tomar tus precauciones con respecto a él.

—¿A qué te refieres?

—No voy a meterme en los problemas que aún ambos no han resueltos, pero ha venido a ofrecerme tu cabeza.

—Debería saber que no necesitas de ese ofrecimiento.

—Es lo que intenté aclararle —replicó con una amplia sonrisa—, no necesito de ayuda si lo que buscase fuera eso. Pero te he citado no para hablar de ese tipo, sino para saber de tu viaje. Has estado en Filadelfia.

Luca retomó la conversación como si nada, aunque en su interior intentaba acomodar todas las fichas de ese rompecabezas. En parte, Ralph tenía razón, ya que no necesitaba de él si quería deshacerse de Luca. También sabía que con Renzo había quedado algo pendiente. En medio de todo eso, se sumaba la incertidumbre de lo que sucedería a su alrededor.

—Así es, volví ayer.

—¿Cómo lo has visto?

—Bien, al menos está convencido de que ha hecho lo más conveniente.

—¿Y tú qué crees?

—Que no ha habido otra opción.

—Aquí todo se complica. Más allá de la fuerte colaboración de algunos, el manejo de todo lo tiene Al.

—Sé que Nitti cobrará mayor jerarquía.

—También Torrio viene desde Nueva York cada mes para controlar y ver cómo sigue todo. No creo que sea necesario porque hay un jefe y sabemos quién es.

En eso tenía razón. Por más que quisiera, él no podía reemplazar a su hermano en el comando de la organización. Luca entendía que Ralph tampoco estaba de acuerdo con ceder mayor poder a otros

colaboradores e integrantes de la banda.

—Por lo que sé no será por mucho tiempo.

—No, y espero que así sea por el bien de todos.

Luca lo miró y bebió un trago de whisky.

—Me intriga saber a qué viniste. Según mi hermano te habías ido sin fecha de retorno.

—Así es, pero siempre se vuelve al mismo lugar.

—En concreto por qué regresaste.

—A terminar algunas cuestiones que estaban pendientes.

—¿Piensas abandonar todo cuándo las termines?

Cuanto daría Luca por dar por finiquitado su actuación en la organización y regresar a Buenos Aires. Pero dependía solo de él hacer lo correcto para poder librarse de todo. Desconocía si podría lograrlo, ya que nada estaba como cuando se fue de Chicago. Sería todo una cuestión de tiempo hasta saber qué pasaría.

—Eso no lo hablaré contigo —replicó antes de dar otro sorbo de la copa.

No le debía explicaciones a Ralph, nunca se las había dado, y los consejos que oportunamente Luca le había dicho en cuanto al modo de conducirse con el dinero habían quedado en agua de borraja, porque siempre argumentaba el vínculo familiar y el apellido que ostentaba para hacer caso omiso a lo que se le decía.

—Haces bien, respondes al jefe. Aunque en tu lugar me cuidaría porque tu cargo es buscado por más de uno.

—No muchos han querido mantenerse y comportarse al margen de todo.

Sin dudas nadie podía negar el modo sigiloso en que Luca se había movido en todos esos años. Poco se sabía de él, aunque dentro de la organización se conocía el lugar que ocupaba y que su opinión era valorada.

—Si lo dices por mí, está claro que no es así. La vida está para disfrutar del dinero y de las buenas compañías.

—Y entonces…

—Salvo tú, el resto se ha quedado aquí resistiendo los distintos embates.

Pocos podían permitirle haberse ausentarse por un tiempo; nadie podía predecir lo que sucedería.

—Por eso, crees que no me merezco el lugar que ocupo.

—Lo que yo crea importa poco.

—Sigo pensando que abandonar todo sería lo mejor para todos. Mi lugar quedaría disponible para cualquiera de los muchachos.

—Eso no depende de mí. Si así hubiese sido, habría actuado de otro modo.

—Quizá, ya no estaría dentro.

—Quizá.

—Me gusta que entre nosotros las cosas estén claras. A tu salud —dijo al levantar la copa.

—Por otra ronda.

La conversación continuó entre copas de alcohol, pero no por demasiado tiempo. La charla entre ellos se había mantenido con el mismo cariz que otras veces.

—Espero verte pronto.

—Así será.

Luca salió del local inmerso en sus pensamientos. Cuando llegó a su departamento no pudo dormir. En compañía de un cigarro, dio vueltas a lo vivido los últimos días.

The Grand Terrace mantenía la misma mística que tuvo al ser abierto. Allí dentro no había diferencias de color en la concurrencia. Los enfrentamientos que se daban a diario entre blancos y negros se quedaban fuera de la puerta de ingreso. Lo único que importaba era el

ánimo por divertirse bailando al ritmo del jazz. No se permitía que en todos los clubes nocturnos eso sucediera. La organización así lo quiso cuando comenzó a manejar el lugar. Earl Hines se había hecho cargo de animar el club en el último tiempo, con su banda, todas las noches. Su destacada performance hizo que lo convocaran a distintos puestos del país. Claro que para una banda de color no era fácil concurrir a la zona sur del país. Fue así como se convino que la orquesta no solo cobraría por la actuación que hacía en el local, sino, también, tendría la protección de la organización en los distintos lugares a los que fuese garantizando de esta forma su performance. En algunas oportunidades y cuando estaba en la ciudad, lo acompañaba Louis Armstrong que, con su trompeta, hacía maravillas. Con más de veinte músicos en escena, Earl desplegaba su arte desde el piano o dirigiendo la orquesta. El alcohol no dejaba de correr de mano en mano de la concurrencia. Las copas vacías que reposaban en las distintas mesas del recinto eran retiradas para ser abastecidas una vez más. Luca había llegado y todo parecía en orden. Él estaba sentado en su mesa en compañía de la persona que había dejado como encargado del lugar. Nada había cambiado. En su ausencia, no habían surgido inconvenientes de importancia. Más allá de los recaudos que se tomaban, no habían surgido problemas policiales con el suministro de alcohol.

—Hace unas horas, pasó alguien que quiere verte.

—¿De quién se trata?

Luca hizo la pregunta, aunque conocía la respuesta. Imaginaba que Renzo lo buscaría. Se sonrió cuando escuchó de boca del encargado el nombre de su antiguo compañero.

—Como lo he visto en más de una ocasión aquí, le dije que esta noche podría verte.

—Está bien —dijo y cambió de tema.

Poco después, cuando la noche estaba en su apogeo, lo vio entrar.

—Luca, me alegro de volver a verte.

Pesce hizo un ademán con la mano para que le llevaran una ronda de champagne. Evitaría que se fuera hasta que bebiera la última gota de alcohol y le dijera qué mierda estaba pasando.

—Siempre eres buen anfitrión.

Luca asintió y sirvió las sendas copas de cristal.

—No sabía que te habías ido.

—Debí viajar por unas cuestiones personales.

—Después de lo sucedido, se te perdió el rastro.

Él hacía clara referencia al último día en que se habían visto, en aquella oportunidad, con su jefe Bugs.

—Fue lo mejor que pude hacer —dijo al recordar aquel día en el depósito con Moran—; yo cumplí con lo que les dije.

Sin dudas el desvió de los camiones cargados con bebidas de alcohol se había hecho y llegado a destino.

—Justamente, en unos de aquellos días, se perdieron a unos seis hombres de Moran.

—De eso hecho, me enteré cuando estaba lejos de aquí.

—Supongo que eso habrá sido muy ventajoso para tu organización.

—Claro que lo fue, pero también lo ha sido para otras bandas.

—Todos apuntan a ustedes.

—Es lo más fácil. Pero, si estás seguro de eso, no sé qué haces aquí.

—En otro momento, habría dado mi vida por la lealtad a la familia, pero, desde hace unos meses, todo es muy confuso. Moran no está actuando como antes. Es más, de a poco, la banda se está desintegrando. No quise verlo antes, pero es un final anunciado. Con el tiempo, Bugs fue perdiendo influencias. Luego de la convención hecha en Atlantic City, se entró en un compás de espera. Nadie quiere actuar, menos aún, cuando ha perdido poder. Eso es lo que le sucedió a mi jefe. Es por eso que prefiere irse a otra zona y, con el tiempo, desaparecer. Sabe que dejó de ser fiable.

—¿Y tú dónde quedas?

—Aún no he encontrado el lugar que quiero, aunque sé muy bien lo que busco: estar lejos de Bugs es lo más conveniente.

—Yo dejaré un lugar aquí, quizá puedas ocuparlo.

—Es verdad entonces lo que dijiste acerca de que querías abandonar todo.

—Por supuesto. Hasta te di claras señales de que lo haría.

—No sé cómo lo hiciste, pero has logrado salir indemne con tu gente, a pesar de lo sucedido con el desvío de los camiones de bebidas y también con Moran.

—Era un modo de salirme de todo, aunque, cuando te dije que me llevaría tiempo desentenderme de todo, era así. Un viaje me pareció lo más conveniente para poner distancia.

—Si buscas salirte, ¿crees que tenemos una oportunidad de estar juntos?

—¿Qué quieres Renzo?

—En este tiempo, ambos hemos cosechados contactos desde diferentes bandos. Podríamos unirnos e instalarnos en otra zona.

—Y qué ganaría con eso.

—Justamente que la ganancia la podamos dividir entre nosotros, solo tú y yo.

—No es lo que tengo en mente.

—Sé que crees que sabes todo sobre tu gente, pero te equivocas.

—Aclárame entonces.

—La noche pasada estuve con Ralph en el The Green Mill y me hizo una propuesta.

—¿Cuál?

—Que si quería ser parte de ustedes, debía aniquilarte.

Una sonrisa sórdida atravesó el rostro de Luca.

—Debo pensar que no has aceptado o que piensas matarme aquí dentro.

—Sabes que haría lo que fuera por posicionarme, pero no a ese precio. —Luca bebió champagne mirándolo por encima del borde de la copa—. Yo también estoy cansado de todo esto. Quiero ser mi propio jefe, ya no tengo ganas de estar a expensas de otro. Cuento con qué empezar y tú también; comencemos juntos.

—Déjamelo pensar.

—Este es el momento. Todos están a la espera de saber qué pasa, pero nadie quiere actuar.

—En unos días hablaremos.

Renzo tomó la copa de champagne contento de ver cierta duda en el rostro de su compañero: eso significaba que efectivamente iba a meditarlo.

—Como si algo faltase, mira quién llegó.

Luca la vio entrar. Con el insinuante y característico bamboleo de las caderas atraía las miradas de los varios concurrentes.

—Creí que se había instalado en Nueva York.

—Con mi hermana nunca no se sabe. La conoces y sabes que es impredecible.

—Hola —dijo al ver a su hermano y saludar efusivamente a Luca.

—¿Una copa?

—Por supuesto.

El camarero acercó junto a la copa otra botella de champagne.

—Después de tantos años, volvemos a reunirnos —dijo emocionada Julia, que no dejaba de coquetear con Luca.

Hacía menos de diez años el destino los había reunido a bordo del *Vestris*. Ninguno habría imaginado un futuro para cada uno según el estado que en los tres viajaban.

—Al fin, tenías razón —agregó sobre el cuello de Luca.

—¿A qué te refieres?

—A tu moneda de la suerte, ¿aún la conservas?

Todavía recordaba en el paupérrimo estado en que habían alcanzado la isla de Ellis, con el frío calándole los huesos. A pesar de cómo se encontraban en aquel momento y lo mal que se sentía, Luca le había quitado una sonrisa al decirle que, con la moneda que acababa de hallar en la fila, el destino de los tres sería otro. Nunca le creyó, menos cuando la derivaron hacia el hospital de la isla transformada en la antesala de la deportación.

—Nunca me desprendo de ella.

—Quizá llegó el momento de que ambos probemos nuestra suerte —completó melosa.

Poco quedaba de lo que ellos habían sido alguna vez. El tiempo no había pasado en vano. Cada uno, se había abierto camino como había podido. Por más que Julia hubiese buscado refugio en otros hombres, nunca se había podido borrar de su mente a Luca. Lo peor era no saber qué hubiera sucedido si ambos hubiesen encarado algo serio. Para ella, Pesce reunía todo lo que buscaba en un hombre. Le intrigaba conocer si alguna mujer lo desvelaba. Todavía guardaba las esperanzas de que ella pudiera ser su predilecta. La conversación se detuvo ante la mirada de ambos hombres hacia la puerta.

—Es lo que faltaba para completar la noche —exclamó Renzo al ver ingresar a esa mujer que había visto en varias oportunidades y aún no había podido tener en su cama.

La orquesta estaba brindando un espectáculo magnífico. Comenzaron a tocar uno de sus clásicos. La concurrencia estalló en la pista de baile. La algarabía en el recinto era absoluta.

—Quizás esta es mi noche —dijo por lo bajo al verla acercarse—, aunque no lo digo por Polly, sino por quién la acompaña.

Luca no había dejado de seguir con la mirada la entrada de la acompañante de su amiga. En medio del clima que se vivía en el local, Pesce se mantuvo en apariencia inalterable mientras las veía acercarse.

—¿La conoces? —esgrimió ofuscada Julia al ser ignorada por la

llegada de esas dos mujeres.

A Polly la conocía desde hacía tiempo. Julia había concurrido en varias oportunidades a su local, acompañada por el hombre de turno. Sabía de la amistad de Luca con ella. Imaginaba que habrían estado juntos, pero eso formaba parte del pasado. La inquietaba la mujer que la acompañaba. No la había visto antes. Le molestaba que, sin desear llamar la atención, lo hacía a cada paso que daba. Su melena rubia caía en ondas hasta sus hombros. El abrigo que llevaba en la mano permitía ver la esbelta figura envuelta en un vestido negro con flecos. La joven emanaba sofisticación y elegancia. Volvió a mirar de soslayo y notó cómo Luca la contemplaba, desconocía si lo hacía por su belleza, pero esos ojos verdes destellaban fuego en la mirada. Cuánto quisiera Julia despertar eso en él.

—Qué gusto verte —saludó Polly Adler.

—No vas a presentarnos a tu acompañante —inquirió Renzo.

—Eva es una amiga que hacía tiempo que no veía.

Renzo sonrió y supo que esa noche sería distinta.

—Me dejarás pasar un tiempo con tu amiga —aseveró—. ¿Tú que piensas?—preguntó dirigiéndose hacia la joven Soria.

La fuerte mirada de Luca sepultó en un segundo las palabras que su antiguo compañero había dicho.

—*Questa sera sono occupata, mi dispiace che non sia possibile*.

—Me gusta cómo lo dices, aunque se nota que no eres italiana —replicó jocoso.

Luca se levantó para hablar unas pocas palabras al oído de su amiga. Luego, buscó en el bolsillo de su pantalón la cartera de cuero negro y quitó un fajo de billetes.

—Aquí tienes.

Ante la atónita mirada de los hermanos D'Angelo, Luca saludó con un leve gesto de cabeza y atravesó el local con la mano puesta en la espalda de Eva, guiándola entre las mesas.

Julia no dejaba de pensar quién diablos sería esa joven que había

cambiado el humor de Luca y que había logrado no solo quitarlo de su lado, sino también del local. Nunca antes lo había visto de ese modo aunque Luca hubiera buscado aparentar una tranquilidad que no tenía.

Capítulo veinticuatro

Paso a paso

Eva no dejó de observar el sigiloso comportamiento de Luca que se había mantenido en silencio mientras la condujo hasta el automóvil, que se prolongó durante el corto trayecto hasta alcanzar el departamento. Algo le pasaba y desconocía qué era. Lo que estaba claro era que no pensaba hablar hasta que entrasen a la casa. El fuerte impacto de la puerta al cerrase la sobresaltó. Se quedó a cierta distancia esperando que él le dijera algo. Lo vio sacarse el saco, levantarse las mangas de la camisa blanca, aflojarse la corbata y voltearse para clavar esos ojos verdes en ella. Podía ver que por ellos salían chispas. Era una opción que él se enojase porque ella hubiera ido hasta allí, pero Eva tenía claro que ese viaje no había sido en vano. Apoyado sobre el filo de una mesa, la miraba furioso.

—Me quieres explicar qué haces aquí. No sé cómo se te ocurrió la maldita idea de venir hasta acá.

Por el tono de voz tan controlado, supo que él se encontraba fuera de sus cabales, pero ella también lo estaba.

—Lo hice porque no soportaba estar lejos de ti. No podía con mi alma. Y no tienes idea de todo lo que debí pasar para estar esta noche aquí. Cómo no podía con mi angustia, Ángel vino a verme a la estancia y le hice romper la promesa que te había hecho cuando ambos se vieron en la ciudad. Fue la única manera que comencé a calmarme.

Eva dio un paso hacia él que no le quitaba los ojos de encima.

—Debí soportar la permanente custodia de Pereyra que nunca creyó que yo abandonaría El Recuerdo solo para acompañar a mi hermano a los controles médicos. Por ese motivo quiso venir conmigo a la ciudad y transformarse en mi mayor molestia, mientras yo hacía

lo posible para armar este viaje a escondidas de él.

Ella avanzó un paso más para tenerlo más cerca.

—Recurrí a Eloísa para que me ayude a conseguir el pasaje. Desconocía por el mal momento que ella estaba pasando; sin embargo y muy a su pesar, colaboró junto a Paz para hacerme los trámites en el menor tiempo posible. Te aseguro que no fue fácil que Clemente accediera a ayudarme. Parece que había una tregua entre ustedes que por mí rompió. Luego de despedirme de Ángel sin saber cuándo volvería a verlo, intenté embarcar. Pero aquella mañana, después de que Eloísa me buscara con una maleta de ropa, porque no quería advertir a Antonio sobre los pasos que daría, allí estaba Pereyra en el puerto intentando por todos los medios detenerme. No pudo. Y no me importó cuando me pidió que no me fuera porque estaba convencido de que creerías que él te acababa de traicionar al no haber cumplido el pedido que le hiciste —dijo molesta avanzado hacia él.

Un pequeño paso más.

—No solo debí tolerar una veintena de días a bordo, con malestares permanentes, sino que cuando arribé a Nueva York fui a encontrarme con la persona en la tú más confías. Ese dato me lo había brindado Pereyra, desesperado, como una forma de cuidarme si era inevitable que viajara. Ella comanda el burdel más conocido de la ciudad y, por lo que hablamos, me di cuenta de que te conoce muy bien, por lo que deduzco que ambos han sido amantes. La estadía en esa ciudad fue angustiante, ya que debí pasar unos largos días hasta que al fin pudimos venir hasta aquí.

El temple de Eva al ingresar al departamento se iba quebrando a cada paso que daba y en la medida que le iba relatando cada una de las vicisitudes que había debido afrontar para estar, en ese momento, con él.

—Cuando al fin logro encontrarte en tu lugar, te veo acompañado de otra mujer que no dejaba de acariciarte. Como si todo esto no valiera estar a tu lado, debí hacerme pasar por una mujerzuela. Al menos, veo que valgo bastante para ti por la suma de dinero que le diste a Polly.

Eva avanzó hasta tenerlo frente a ella y culminar con lo último que tenía para decirle.

—No voy a irme de aquí hasta que me des la bienvenida que corresponde luego de atravesar estas penurias hasta llegar a ti —mencionó al acercarse más aún para musitarle—. Y no me detendré hasta que me digas lo que me susurraste al oído en la cabaña antes de abandonarme.

Eva lo desafiaba en cada palabra que decía y en los gestos que hacía. Siempre había sido de ese modo. Y eso lo volvía loco. Cuando la vio ingresar al local creyó que eran los fuertes deseos que tenía por verla que habían hecho imaginarla caminando hacia él. No había otra mujer en el negocio que pudiese competir con ella. Verla enfundada en ese vestido que marcaba a la perfección las curvas que poseía lo había dejado atónito. Eran pocas las veces que la había visto calzando esos tacones negros que llevaba. Atrás habían quedado las deslucidas botas que ella engrasaba antes de cada recorrida campestre. Él se había quedado con la última imagen de Eva enredada en las sábanas luego de haberla amado sin pausa en El Recuerdo. Evocarla de ese modo le alimentaba el deseo permanente de ella. Sin embargo frente a él había una Eva distinta y más combativa que nunca. La joven desconocía que él no necesitaba las justificaciones y explicaciones que, paso a paso, le deba. A Luca le bastaba tenerla junto a él, por más que fuera el peor momento para estar a su lado. Él no soportaba la distancia que había entre ellos. Cada día que pasaba sin su compañía, le parecía una verdadera tortura. Más allá de todas las indicaciones que él había dejado a los suyos para que impidiesen que ella lo siguiera, guardaba la remota esperanza de que Eva fuera tras él. Eso lo transformaba en el hombre más egoísta del mundo, pero no importaba, porque ella estaba allí a su lado. En algún momento, cuando abandonó la ciudad de Buenos Aires, creyó que la había perdido para siempre. Regresar para recuperarla era lo que lo mantenía en pie día tras día. Ella desconocía lo que él había pasado al tomar la dura decisión de dejarla. Lo único que lo sostenía en las largas jornadas era poner punto final con la mafia para estar con Eva. Aunque todo se había complicado por demás. Eso ya no importaba, al menos no esa noche.

—Estoy esperando.

Luca la tomó por la nuca. Sin piedad ni cuidado, absorbió y lamió los labios que ella le ofrecía. Le devoró la boca besándola con desesperación. Sus manos le recorrían el cuerpo acariciándola al ritmo de los gemidos de Eva. Con los dedos, buscó afanosamente el cierre para desvestirla al ritmo de los jadeos de ella. Minutos después, la

tuvo desnuda en su cama. Era así como había soñado tenerla. Volvió a besar su boca y descendió para beber cada parte de su piel. Los pechos estaban enhiestos ante las caricias y sensaciones que solo él le provocaba. Besó y jugueteó con ellos. Con pasión descendió pulgada a pulgada hasta alcanzar su centro y allí disfrutó de la humedad de ella en medio de los permanentes quejidos de Eva que anticipaban una explosión inminente. Se incorporó y, tras enlazarle las manos por encima de la cabeza, inició los embates sin dejar de contemplarla. Era tan grande el sentimiento que por ella tenía que le costaba definirlo en palabras. Con el paso del tiempo, ella le había demostrado cuánto lo amaba. Sabía del gran paso que Eva había dado al abandonar su mundo para seguirlo, incluso sin saber con qué se encontraría. A pesar de haberlo visto en situaciones confusas, aún estaba allí dando batalla por lo que sentía. En ese instante existían solo ellos dos, afuera quedaban las circunstancias que los complicaban cada vez más, separándolos.

—Te amo —le volvió a confesar con la frente perlada a punto de estallar—. Te amo y te necesito.

Eva ya no precisó más palabras porque podía ver más allá de esos ojos verdes que hablaban de todo el amor que por ella tenía.

—Mi amor —replicó con un hilo de voz ante la emoción que le producía escuchar esas dos únicas palabras que había añorado que él le volviese a decir.

—Solo mía —susurró en el mismo instante en que ambos se fueron en una sinfonía de gemidos y jadeos por haber alcanzado el punto máximo de placer.

Luca se mantuvo dentro sin poder separarse de Eva, como si, de ese modo, pudiera tenerla por siempre.

* * *

La noche estaba cerrada y aún faltaban unas horas para dar comienzo a un nuevo día. Luca se había mantenido en vela sin dormir. Era la primera vez que el miedo lo rondaba. No por él, sino por lo que estaba en juego. Si Eva no estuviera allí, todo sería distinto y actuaría

como lo había hecho desde el comienzo. Aunque debía reconocer que tenerla a su lado durante las últimas horas, había sido lo que necesitaba para intentar sobrevivir.

La sala se mantenía en penumbras. Desde el marco de la ventana, Luca vislumbró un coche negro estacionado enfrente del edificio. Era momento de ponerse en acción, pero, antes, debía sacar a Eva de la ciudad. No bien se dio vuelta vio la silueta de ella enmarcada en la oscuridad y supo que debía hacerlo cuanto antes. No necesitaba volver a hablar y decirle lo que antes habían convenido.

—Mi amor, debes irte de aquí.

Él creía haber sido claro con Eva y haberla convencido de que era lo mejor para ambos.

—No puedes quedarte un minuto más.

Ella asintió sin oponerse a los dichos de él. Por más vueltas que le dieran al asunto, lo mejor para los dos sería que se alejara de Chicago. Eva se cambió en silencio frente a la atenta mirada de él.

—Ya estoy lista —dijo con los ojos húmedos.

Luca avanzó unos pocos pasos hasta envolverla en sus brazos. La fiereza de ese abrazo silencioso hablaba de lo que significaban los pocos minutos que le restaban de estar juntos.

—Sabes lo que tienes que hacer —le susurró al oído.

Eva asintió con la cabeza sobre el pecho de él.

—No hagas caso a lo que digan —dijo al tomarle el rostro con las manos—, solo recuerda lo que hemos hablado nosotros. No importa cuánto te cueste, solo hazlo.

Ambos se fundieron en un beso que no buscaba ser de despedida, aunque lo fuese. Desconocían si volverían a verse, a pesar de haberse jurado que harían lo posible para que eso sucediera.

—Te amo —resopló sobre los labios de ella.

Luca había convenido que alguien la buscase para que la llevara hasta la terminal de tren. Habría dado todo por ser él quien se encargase de eso, pero entendía que hacerlo la pondría en un peligro

mayor. Lo más conveniente que creyeran era que él había pasado las últimas horas con una simple mujerzuela y que debía tratarla como tal. Necesitaban ocultar la relación que ambos tenían. Cuanto menos se supiera de ellos, mayor protección Eva tendría. Vio alejarse al automóvil que la conducía hasta la terminal para sacarla de la ciudad.

Eva se mantuvo envuelta en un sollozo silencioso en todo el trayecto que la llevaba hasta la estación de tren. Creía que sería más fácil alejarse de él, pero se había equivocado.

—Aquí es —indicó el conductor.

La Union Station se encontraba enclavada en la zona oeste de la ciudad. Hacía pocos años que había sido remodelada. Eva descendió y enfiló hacia allí. Un sinfín de andenes se abría hacia los distintos destinos elegidos por los pasajeros. A pesar de la hora, gran concurrencia se agolpaba en las distintas ventanillas para adquirir el pasaje. Eva constató el horario desde el majestuoso reloj que colgaba en una de las amplias salas de la terminal y confirmó que en su cartera conservaba el ticket. Había llegado con tiempo suficiente para que el ferrocarril con destino a Nueva York arribase a la plataforma. Esa espera sería interminable. No soportaba abandonar a Luca, pero no debía pensar en eso y sí recordar cada una de las palabras que él le había dicho. Eva no podía templar sus nervios y se sentó nerviosa. La potente iluminación del salón se complementaba con los primeros rayos del sol que ingresaban por la amplia claraboya enclavaba en el techo abovedado. Quizá beber algo caliente la calmaría. Caminó hasta el comedor. Allí decidió beber un café.

—Gracias —dijo al mesero que le había llevado la infusión. Con la taza entre sus manos, pensó que quedaba poco para que todo terminase.

—¿Eva?

Un leve temblor la atravesó al escuchar una voz y ver la imagen que estaba frente a ella.

* * *

Luca se cercioró del arma que llevaba calzada en la cintura, se colocó el abrigo y abandonó el departamento. A pocos metros del edificio estaba su automóvil estacionado. No logró alcanzarlo porque alguien por detrás apareció. No se resistió al golpe que le propinó el agresor hasta introducirlo en otro vehículo negro. Luca sabía que, cuanto antes acabase todo, mejor sería. Pudo ver que ingresaban a un callejón y, poco después, un portón negro de metal se abrió. El automóvil entró al amplio depósito. Los faros del vehículo se apagaron. La oscuridad era absoluta. A Luca no le permitió ver nada más del lugar. Sin embargo, a medida que caminaba, su vista se centró en la única lámpara prendida del lugar. Debajo de ese haz de luz se encontraba Eva con las manos atadas detrás de la silla en la que estaba.

—Arroja el arma.

Luca lo hizo con cuidado, levantando el saco para que viese la pistola que llevaba calzada. La deslizó por el piso hasta los pies de Renzo. No había sido palpado y conservaba una pequeña arma escondida en su ropa.

—Creías que me perdería la posibilidad de negociar con ella presente.

Luca se mantuvo, en apariencia imperturbable, sin mirarla, ya que no quería que una distracción le jugase una mala pasada. Debía tener la mente lo suficientemente fría para accionar. No quería cometer ningún error.

—Déjala libre, ella no tiene que ver en todo esto.

—Si en verdad pensabas que yo no descubriría el significado que Eva tiene para ti, es que no me conoces lo suficiente, querido amigo.

—Te dije que la dejes.

—¿Qué harás? —replicó con sorna Renzo hasta avanzar hacia Eva y ponerle la mano sobre el escote deslizando sus dedos—. ¿O es solo una simple mujerzuela?

Eva intentó morderle la mano, pero fue detenida por un golpe.

—Parece que la tienes bien enseñada.

—Te vas arrepentir de todo esto y lo pagarás caro —siseó.

Fue allí que fijó la mirada en los ojos de Eva. No necesitaba decirle que debía calmarse y que, de ese modo, estaba precipitando todo.

—No estás en condiciones de darme órdenes.

—Me querías a mí. Acá me tienes. Ella no es parte de nosotros. Recuerda que, en más de un ocasión, salvé a Julia. Dejemos a los nuestros fuera.

Un fuerte impacto sufrió Renzo al escuchar lo dicho. Sabía que su hermana no dejaba de meterse en problemas y que, en más de un ocasión, si no hubiera sido por la intervención de Luca, ella habría terminado en un mugriento callejón de mala muerte. Por más que Renzo hubiera buscado darle la espalda a su hermana, la sangre los uniría por siempre.

Él admiraba a Pesce desde hacía tiempo. No entendía como él había alcanzado el lugar que tenía sin ensuciarse las manos. En cada ocasión compleja en que se había metido, había salido indemne. Se había sabido ganar el respeto de la organización y había hecho dinero suficiente para conseguir lo que quisiera. Era eso lo que él había buscado desde siempre. Se sentía cerca de lograrlo. Mientras lo apuntaba con el arma pensó dónde habían quedado los jóvenes desamparados que viajaban, años atrás, a bordo del *Vestris*.

—No le gustará a mi hermana saber que la pones en la misma jerarquía que a ella —retrucó con suficiencia.

—Claro que no —agregó Julia al ingresar al lugar.

Eva giró la cabeza para ver entrar a la persona que se la había llevado, junto a un hombre, de la estación de ferrocarril. No dio crédito cuando la había tenido a su lado. Mantenía la misma mirada resentida y desafiante por no poder estar al lado de Luca. Eva no necesitó ver el arma que ocultaba debajo del saco. Debió levantarse para ser conducida a través de la amplia estación hasta la puerta de ingreso. Por más que ella buscase una salida para escapar de ellos, le fue imposible hacerlo. Cuando ingresó al almacén y la ataron, sabía que debía esperar que Luca apareciera. Estaba claro que era eso lo que los hermanos D'Angelo querían. Cuando vio los haces de luz del vehículo, supo que Luca acababa de llegar.

—Llévatela —lanzó Renzo.

A los trompicones, Eva fue llevada fuera del lugar. No era allí donde se saldaría un problema de polleras, ni tampoco el resentimiento de la joven D'Angelo con respecto a Luca. A pesar de que Eva era llevada de los pelos, alcanzó a echarle una última mirada a Luca. La intensidad de esa mirada bastó para que ella reafirmara lo que ambos habían hablado.

—Si crees que me engañaste luego de hacer ese cuadro con Ralph discutiendo te equivocas.

Luca nunca creyó en las coincidencias, menos que se diese minutos antes de la reunión que mantendría con Ralph. Ni siquiera había tenido las luces suficientes para pergeñar algo propio. En un ocasión, su hermano había hecho la misma pantomima con Rio, el guardaespaldas, para hacer creer que ambos acababan de romper el vínculo que por tantos años los había unido y, de ese modo, su fiel empleado se vendería al mejor postor dando la información que la banda contraria necesitaba. Aquel hecho les trajo sus beneficios, pero no esa vez. Estaba claro que Renzo y Ralph así lo habían convenido. Pergeñar esa disputa le permitiría a D'Angelo acercarse más a Luca y ganar su confianza. Pesce pudo ver que el hermano de Al Capone no necesitaba de Rezno para aniquilarlo, pero sí para no involucrar a la organización en el hecho. Eso le había quedado claro cuando había ido a ver a Al a la prisión. La banda estaría por encima de todo, inclusive de quienes la integraban. En ese momento, no era oportuno mostrar debilidad y eso sucedería si la banda mataba a uno de los suyos. El resto de las familias estaban expectantes por saber que haría cada clan. Como sabía eso, Luca no se había quedado quieto y sí había jugado su última carta.

—No importa si lo creíste, sino que estés acá.

—Te equivocas si piensas que Ralph te dará un lugar en la organización luego de que me mates. Eres solo un medio que le garantiza vengarse de Bugs.

Pesce se había movido con rapidez y había mantenido una segunda, escueta pero contundente, conversación con Ralph:

—Sé que me quieres fuera de la banda y que te has asegurado de que Renzo lo haga.

—No sé de qué me hablas.

Luca había hecho caso omiso a la negativa. Estaba claro que no le reconocería aquel pacto, pero a él eso poco le importaba. Al menos había captado su atención con la propuesta que le llevaba.

—Supongo que no buscas tener problemas con tu hermano. Déjame encargarme de Renzo. Luego desapareceré sin que sepas algo más de mí.

—Estás firmando tu propia sentencia de muerte.

—Así es, ¿qué dices?

—Si vas a hacerlo, lo quiero cuánto antes.

—Está bien. Será la estocada final contra la banda de Moran.

—No debo recordarte que esta conversación nunca ha existido.

—Así es.

Luca había salido de allí seguro de que acababa de cerrar un trato conveniente para los dos. Aún le restaba hacer algo más.

—Es una verdadera lástima porque no lo verás —dijo Renzo, de nuevo en el galpón oscuro—. Esto lo vengo planeando desde el mismo instante en que te envié el telegrama. No fue tan difícil saber dónde estabas. Al final todos nos movemos con las mismas personas.

—Ralph también te matará cuando todo esto termine.

—No, le puedo ser de utilidad por más que Moran esté en su peor momento. Atrás quedó su poder. Me pasé los últimos años en la banda equivocada; hoy, todo cambiará.

—Te equivocas.

—Cállate, hijo de puta, basta de hablar.

Renzo desenfundó el arma para dispararle a Luca. De repente, un disparo atravesó el recinto y dio en la lámpara que, hasta el momento, iluminaba el lugar. Una ráfaga de ametralladoras Thompson iluminó el recinto. Los gritos se acallaron, solo quedó el olor a pólvora flotando en el ambiente. Luego, una explosión ocurrió. El automóvil quedó atrapado en las largas y flameantes llamaradas. El fuego desatado barrió con lo poco que quedaba. Minutos después, el sonido

de las sirenas de los vehículos policiales produjo un estruendo en el callejón.

* * *

Eva había salido a los empujones del galpón acompañada de Julia para ingresar a un vehículo que la alejó del lugar en que estaba Luca.

—No enturbies la negociación, así lo ha querido tu hermano y es cómo que se hará —dijo el hombre a la joven D'Angelo que no dejaba de atacar a Eva.

La desesperación se adueñó del cuerpo de Eva, por más que buscase disimular frente a Julia. No sabía hacia dónde iba, aunque eso poco le importaba, ya que lo que más le preocupaba era desconocer qué pasaría con Luca al alejarse de él. Entendía que, en cualquier momento, se desataría una balacera. En el trayecto, debió soportar una sarta de estupideces dichas por Julia. Le propinó un cachetazo que enfureció a Eva, de modo que se abalanzó sobre la joven intentando golpearla, aunque no le fue posible porque sus manos estaban atadas. El hombre que conducía el automóvil debió interceder para calmar la discusión.

—Basta, Julia, la dejaremos aquí.

Eva no se molestó en preguntar dónde estaba porque no se lo dirían. El coche se acercó al cordón de la vereda; el conductor salió del habitáculo.

—Hazte a un lado —ordenó a Julia que, muy a su pesar, le dio lugar a Eva.

El hombre le desató las manos y la dejó en una de las tantas esquinas de la ciudad de Chicago. Eva escapó sin pensar lo que quedaba atrás porque era así lo convenido con Luca. Menos aún, reparó en el estado en que se encontraba. Detuvo a un automóvil para que la llevase hasta la terminal. Sacó otro ticket y abordó el primer tren con destino a Nueva York. Esperaba que, con el paso del tiempo, el temblor que la atravesaba remitiese, pero no sucedió. La

desesperación por desconocer lo que había sucedido con Luca la carcomía por dentro. A medida que el bamboleo de la formación se intensificaba, una serie de imágenes en su mente se desplazaban con la misma velocidad que el paisaje que corría a la vera del terraplén. En aquellas largas horas, no dejaba de evocar el dialogo mantenido con Luca:

—Nunca deseé abandonarte, antes de hacerlo preferiría estar muerto.

—Por favor, no digas eso.

—Es una posibilidad. Es el mundo que elegí y esas son las consecuencias.

—Pero nada de eso sucederá.

—Te mentiría si te dijera que no quería que vinieses a verme, que no soñaba con que te escaparas de la vigilancia de Antonio. No soporto tenerte lejos. Sin embargo, tenerte cerca me debilita, porque pueden usarte para atraparme. Necesito que te alejes para cerrar esta etapa de mi vida.

—¿Cuándo debo irme? —le preguntó triste y resignada. Comprendía las razones de él.

—En unas horas. Ya arreglé que alguien venga por ti. Solo te llevará a la estación y allí embarcarás rumbo a Nueva York. Deberás arreglarte sola un tiempo.

—Eso no me preocupa, solo me angustia que te quedes aquí.

—Sé defenderme bien y he tomado algunas precauciones, aunque existen posibilidades de que algo salga mal.

—No lo digas, por favor.

—Debes saberlo: me quieren y pienso entregarme.

Eva rompió en llanto porque no podía escuchar lo que él le decía.

—Mi amor, es lo que debo hacer, pero hay una salida. Debes confiar en mí.

—Confío en ti más que en nadie en la vida.

—Entonces debes saber que buscarán confundirte, te dirán cosas sobre mí que no son.

—Nada de eso me importa.

—Escucha —dijo al tomarle con los dedos la barbilla—, no debes hacer caso a nada que se diga de mí, ¿entiendes?

—Sí, nada hará que cambie lo que por ti siento.

—Lo sé, pero quiero que me jures que harás esto y seguirás tu camino haciendo caso omiso a lo que suceda.

—Pero…

—Júramelo.

Luca tenía fundamento para sus dichos. Él se había movido rápido y mantenido conversaciones con más de una persona. Lo que Luca no le había confesado a Ralph, en la última reunión, era que él no sería quien daría muerte a Renzo porque lo haría la misma banda de Moran. Había hecho correr la voz de que D'Angelo estaba dando información vital de la banda a la de Capone a cambio de entrar a la organización. Luca dio pruebas de eso, y aseguró que pronto todo se sabría. Fue así como no solo él estaba controlado por Renzo, sino también por los hombres de Moran que debieron aguardar pacientemente a que todo se desarrollara. Serían los propios hombres de Bugs los que acabarían a Renzo y dejarían a Ralph libre del supuesto acuerdo con D'Angelo. Sin él y sin Renzo, reinaría la paz entre todos. Eso ocurriría solo si todo salía bien. Aunque su vida estaba en juego porque silenciarlo sería un modo de quitar toda evidencia entre ambas bandas.

—Te lo juro.

—Debes salir de la ciudad, eso es lo único que importa. En Nueva York, irás al hotel en que yo siempre me alojo. Allí estarás segura. Deberás regresar a Buenos Aires. Tendrás todo lo que necesites cuando llegues al hotel. Es así como lo dispuse.

—Pero me hablas como si tú no fueras a estar a mi lado.

—Yo trataré de salir de todo esto. Te prometo que lo haré por ti, pero debo saber que entiendes lo que te digo y que seguirás con lo planeado.

Ella notaba cómo él trataba de calmarla y transferirle una tranquilidad que no tenía. Era una de las pocas veces que lo había visto tenso y preocupado. Había muchas cosas en juego.

—Lo haré. Antes necesito que me demuestres cuánto me amas.

Sin premura ni apremios se amaron en silencio sin decirse nada más, porque sus cuerpos hablaban del profundo amor que se profesaban. Atrás había quedado el temor por el mañana. Ese tiempo le pertenecía a los dos, nadie iba a robárselos.

Con lágrimas en los ojos, Eva salió del estado de ensoñación en que se encontraba. Ni siquiera las largas horas del trayecto en tren le permitieron descansar. Solo mantuvo los ojos cerrados recordando lo vivido con Luca una y otra vez. Ese era el único modo de calmar la angustia que tenía.

La ciudad de Nueva York le daba la bienvenida desde la Grand Central Terminal. Varios pasajeros la recorrían en busca de su ticket. Descendió por la escalera y buscó un vehículo que la condujese al hotel Plaza. A pesar de que se resistía a dormir, el cansancio le comenzó a pesar. Si no hubiera sido por el chofer que le avisó que acababan de llegar, se habría quedado allí sentada esperando el comienzo del nuevo día. Al ingresar al lujoso hall del hotel se presentó, no necesitó decir algo más porque dos conserjes la atendieron con esmero y cuidado. Evitó mirarse en un espejo empotrado de una de las paredes para no avergonzarse.

—¿Equipaje?

—Ninguno.

Ni siquiera se había preocupado en llevarse algo consigo, salvo dinero y la documentación, que aún conservaba. La aguja del ascensor marcó el piso quince y la puerta se abrió de inmediato con su característico sonido.

—Si me permite, le enviaré algo para comer.

—Gracias.

Ella no había probado bocado desde que había salido del departamento de Luca. No se sentía bien. Pasó por el baño y se mantuvo debajo de la ducha por un largo tiempo. Intentaba que el

agua que le caía por la cabeza despejara un poco los oscuros pensamientos que tenía. Cuando estuvo lista, se envolvió en la bata. Ya tenía una bandeja con una amplia variedad de frutas y comida. A medida que veía el lujo de esa habitación, imaginaba a Luca allí dentro. Se ubicó en una mesa frente a la ventana con al paisaje del Central Park frente a sus ojos. Los rayos de sol ingresaban por el cristal y auguraban un buen día. Otro más sin saber de él. Bebió un café fuerte con un sándwich. Sin desearlo, sucumbió a un vahído. Se arrebujó en esa cómoda banqueta y cayó en un sueño profundo.

Una vez más, como en aquel entonces, ella estaba en El Recuerdo junto a Luca al borde del arroyo, pero en esta oportunidad no eran los niños que se habían jurado que nada los separaría, sino que contaban con la actual apariencia.

—Eva, júrame que cumplirás con lo que te he pedido.

—Te lo juro, siempre que no me abandones.

El contundente silencio de Luca la aterró.

—Por favor, dímelo.

No había un cuchillo para hacerse la incisión en las muñecas sellando el juramento, sino que él portaba un arma. En el mismo instante en que él iba a replicarle, el sordo sonido del disparo lo alcanzaba.

Debió esperar unos largos minutos hasta comprender que había tenido una terrible pesadilla. Tenía que calmar el estado de agitación en la que estaba, aunque los golpes en la puerta le quitaron del estado somnoliento en que se encontraba. Una vez más, el servicio tocaba su puerta. Le dejaron la bandeja en la mesa frente a la ventana. En el preciso instante en que iba a servirse una taza de café para quitarse el sabor amargo de aquel sueño, observó un titular en el periódico que le heló la sangre. Con las manos temblorosas tomó el ejemplar y fijó la vista en el artículo periodístico:

Otro gran golpe

Las calles de Chicago continúan siendo testigos de los hechos

delictivos protagonizados por la mafia que gobierna la ciudad. En un depósito de la zona norte se vivió otro hecho criminal. Por las características, el incidente, se encuadra como un ajuste de cuentas. Cuando la policía arribó al lugar, el almacén estaba envuelto en llamas. Se presume que el fuego se provocó al haber explotado el sedán negro que había dentro. De los restos de evidencia que se encontró, balística confirmó que las vainas servidas corresponden a las ametralladoras de marca Thompson. La cantidad encontrada dan cuenta de la magnitud de la balacera desatada. A pocas horas de lo sucedido, se puede afirmar que una de las bandas participantes de este hecho ha sido la perteneciente a Bugs Moran que se había instalado en la ciudad años atrás para comenzar su reinado, aunque solo logró hacerlo en el norte de Chicago. Uno de los cuerpos encontrados da fiel testimonio de esta circunstancia. Si bien no había sido alcanzado por el fuego porque estaba sobre el callejón, el cadáver tenía varios impactos de bala, y en su mano derecha le faltaba una falange. Fue un familiar cercano que, poco después, llegó al lugar y dio certeza de la identidad del muerto llamado Renzo D'Angelo, un hombre de Moran. Del otro cuerpo, nada se sabe porque estaba irreconocible. Aunque el mismo familiar que reconoció a D'Angelo, aseguró que ese cuerpo pertenecía a un tal Luca Pesce. Se desconoce cómo en ese estado ha logrado identificarlo. No se tiene información de este último sujeto. No se puede aventurar para quién trabajaba. Quizás formara parte de alguna banda en ascenso que pretendía hacerse de un lugar en la ciudad, ahora que el rey de las calles de Chicago se encuentra tras las rejas, por lo que se descree que haya tenido una vinculación directa con el hecho. En medio del código de silencio poco más se sabrá sobre lo acontecido.

El impacto que le produjo lo que acababa de leer fue tan grande que junto con el periódico se cayó al piso la bandeja que, minutos antes, le había entregado el servicio. No podía creer lo que acababa de leer. Él no podía haberle hecho eso porque le había jurado que no volvería a abandonarla. No fue consciente del sonido gutural que salió de sus entrañas. El dolor le resultaba tan grande que quemaba por dentro. De repente, sucumbió en un llanto incontrolable. Se negaba a pensar que no volvería a verlo. No fue consciente hasta minutos después cuando golpeaban a la puerta. Se levantó teniendo la esperanza de que fuera Luca quien aparecería tras la puerta.

—Señorita, ¿se siente bien?

—Si —dijo al limpiarse las lágrimas que no dejaban de caerle por las mejillas—, ¿qué desea?

—Este sobre es para usted. Debería haberlo entregado cuando usted arribó, pero se la veía muy agotada.

Eva tomó el sobre sin saber qué era.

—Más tarde deberá tener todo listo.

Cerró la puerta. Rasgó el envoltorio y leyó: “Mi amor, he ordenado al hotel que se encargue de tu pasaje para regresar a Buenos Aires. No volveré a decirte lo que hablamos antes. Solo debes abandonar todo e irte de aquí. Te amo.”

No había firma y la letra no era de él, sino del empleado que habría seguido las directivas de Luca. Junto con esa escueta nota había un pasaje para embarcar. El vacío que sentía le parecía inmenso, y no podía creer que debía irse sin él. Eva sentía que cada paso que había hecho había sido en vano, no tenía fuerzas para continuar, no podía estar pasándole eso. Se tiró en la cama y no dejó de llorar. La angustia y desazón eran tales que no podía con su alma. No fue consciente del tiempo que había estado de ese modo, salvo cuando notó las luces del día ingresar en la habitación. Le costaba creer las horas que había dormido. Como si se despertara a una pesadilla, recordó los motivos por los que se alojaba allí. Poco le importaba el día que fuera, porque todo había dejado de cobrar sentido para ella. Tampoco fue consciente de los días que pasaron desde aquel nefasto incidente. Solo advertía que las horas transcurrían cuando llamaban a su puerta para dejarle la bandeja con comida. Estaba presa de su angustia y profundo dolor. Envuelta en una bata de baño, se mantuvo tirada en la cama sin dejar de llorar. Si no hubiera sido por el sonido del intercomunicador, se habría quedado en la misma posición, sin moverse y solo pensando en él.

—Disculpe que la moleste, pero no ha atendido la puerta y deberá estar lista en menos de una hora.

Solo en ese instante se dio cuenta de que los días habían pasado y de que el momento de partir había llegado, aunque le costaba hacerlo porque debía irse con las manos vacías. No se perdonaba no haberse quedado en el almacén junto a él. Julia había tenido el privilegio de estar en los últimos momentos de Luca. Esa imagen le daba vueltas en su mente una y otra vez.

Con las últimas fuerzas que tenía se levantó, se lavó la cara y se colocó la misma ropa. Abandonó el lugar. Un automóvil aguardaba por ella. Antes de salir, se miró en el amplio espejo que enmarcaba una de las paredes. La imagen que vio fue la de un fantasma. En verdad, se había transformado en eso, porque su vida se había acabado junto a la de Luca.

—Por acá.

El trayecto hasta llegar al barco se había transformado en un imposible. Si no hubiera sido por el gentil chofer que la acompañó hasta que la recibió el personal del barco y la hizo subir, ella no lo habría hecho porque no se había movido del asiento del automóvil. Sin Luca, no era nadie, porque una parte importante de ella se había ido con él.

Capítulo veinticinco

Como un fantasma

El otoño en Nueva York era una de las estaciones más bonitas del año para disfrutar de la ciudad. Las hojas caídas de los árboles desnudos pintaban de ocre las grandes extensiones del Central Park. Aún no se había instalado el intenso frío del invierno y las nevadas aguardaban por llegar. Sin embargo, ese mes se recordaría como el más negro y destemplado que se hubiera vivido en años. Desde hacía tiempo, los titulares de los diarios reflejaban la lucha contra el contrabando de alcohol y las disputas de las distintas bandas por ganar territorio, tanto en esa ciudad como en Chicago. Cuando se celebraron las elecciones presidenciales, un año atrás, las distintas plataformas de los candidatos estaban signadas por resolver el tema de la mafia que había ganado las calles a costa del comercio ilegal de alcohol. Esas propuestas también habían ocupado un espacio importante en los periódicos. La corrupción y el contrabando siempre tuvieron un lugar destacado en las noticias. La asunción de Hoover a la presidencia del país se había llevado a cabo en marzo de ese año. En las elecciones camino a ganar la presidencia, el candidato se había manifestado a favor de continuar con la Prohibición en contraposición de su contrincante. Eso fue determinante para el triunfo. Eso provocó no solo el beneplácito de la población, sino también una leve alza en los valores de las acciones. Parecía un buen presagio. Sin embargo, en esa estación otoñal, todo cambió. Los fuertes rumores sobre que la economía pendía de un hilo se habían hecho realidad. Atrás quedaba una semana con los índices más bajos en la bolsa. Los periódicos más prestigios de la ciudad de Nueva York y Chicago daban cuenta del derrumbe de las acciones. Las primeras planas de los periódicos describían de modo descarnado lo que se había catalogado como el jueves negro. El derrumbe se asomaba semanas antes, pero una leve recuperación no hacía pensar que pudiera producirse un descenso tan estrepitoso. Se descontaba que el desempleo y el hambre formaban parte de un futuro inmediato. Uno de los periódicos de mayor

circulación lo describía de este modo:

Octubre negro

La asunción del presidente de los Estados Unidos, Herbert Hoover, a principio de este año, se había recibido de buen modo en varios sectores de la sociedad, en especial en los actores económicos. Quizá los antecedentes cuáqueros explicaran el férreo idealismo del presidente. Un fuerte impacto favorable había tenido su elección, lo que había provocado la subida de acciones. Sin embargo, ese buen augurio no pudo sostenerse por demasiados meses ante la marea especulativa que, desde tiempo atrás, se daba en la población y que estaba fuera de control. El desenfreno que se vivía en el mercado de valores debía detenerse. Los bancos de la ciudad solicitaban a la Reserva Federal dinero a una tasa muy conveniente para luego duplicarla al ser prestada a sus clientes. A medida que los días pasaban, los índices de la bolsa cambiaron. El precio de las acciones dejó de subir y el interés de la población por comprar títulos para recoger los beneficios se agotó. Ante esa circunstancia, todo el mundo deseó vender. Los valores se hundieron de modo estrepitoso. La hecatombe llegó. Prueba de eso, fueron las distintas manifestaciones dadas en los distintos lugares de la ciudad, en especial en Broad Street, frente al Bolsa. Graver Whalem, superintendente de policía, debió enviar a su gente para poner orden en Wall Street ante una multitud de personas agolpadas en el lugar. Aún nadie se arriesgaba a pronosticar el fuerte impacto que podía producir en el país, menos aún, en el orden mundial. El daño está hecho y el poder adquisitivo de la población junto al desempleo serán los primeros indicadores de lo que sobrevendrá.

Nadie aventuró a decir que esa situación influiría directamente en el mercado negro de alcohol. Si no se contaba con dinero para consumirlo, no sería negocio producirlo. Quizás eso sería un buen punto para acabar con el contrabando. Aunque no sería el fin del hampa, que buscaría subsistir de otro modo. Si bien el alcohol era uno de los ingresos de mayor escala que tenía, no sería el único. La intervención en los sindicatos de transporte era una buena opción para el mercado de las bandas. Ya venían entrometiéndose en los sindicatos

de bares y fábricas obligando a los trabajadores a que se afilien, para, de ese modo, embolsarse la cuota de afiliación. Una abultada suma de dinero movían esas organizaciones obreras y nadie quería quedarse afuera. Sin embargo, la organización había ido detrás de un sindicato que, desde hacía un tiempo, brillaba tras las luces del cine en la ciudad de Los Ángeles. Se tenía conocimiento que la mafia le había prestado dinero a Joseph Kennedy para adquirir un estudio de cine allí. La fuerte vinculación del miembro de ese clan familiar con la banda se había iniciado con el tráfico de bebidas alcohólicas hacía unos años. La ciudad de Nueva York le había servido de puntapié inicial para comenzar con el comercio ilegal y comercializarlo desde Canadá. Si todo se acababa, si la situación económica que hasta el momento permitió que el contrabando fuese redituable cayese abruptamente, no solo quedarían fuera del mercado ilegal las distintas bandas mafiosas, sino también los empresarios, políticos, jueces y funcionarios policiales, que dejarían de obtener el suculento sobre que recibían por debajo de la mesa para hacer caso omiso y mirar a un costado.

Atrás quedaba la ciudad de Nueva York. Eva no había apreciado nada de ella. Su estadía se había extendido por unos pocos días. Aunque nunca había sido consciente del tiempo transcurrido porque en esas aciagas jornadas se había sentido suspendida en un limbo oscuro y doloroso. Ella viviría para esperarlo, aunque Luca no regresara, allí estaría aguardándolo bajo el amor eterno que por él sentía. Cuando debió abandonar la ciudad, lo hizo con el alma hueca y vacía.

Aún no podía entender lo sucedido. No había habido otra noticia que aclarase lo ocurrido en aquel maldito galpón. Por más que intentó saber algo de lo acontecido, no pudo tener mayor información. En la desesperación, había pensado en ir a ver a Polly, pero no quería involucrarla más de lo que estaba. Por otro lado, Luca le pertenecía solo a ella. No quería compartir con nadie semejante dolor, porque nadie la comprendería. La preocupación de los pasajeros del barco que acababan de abordar estaba centrado en otros acontecimientos. Las noticias que se difundían eras otras. Los rumores sobre una corrida bursátil se habían instalado en boca de la gente. A Eva nada de eso le importaba.

Mientras enfilaba hacia su camarote, vio de soslayo a gran parte de los pasajeros ubicados en la cubierta cumpliendo con el rito de despedida envueltos en pañuelos y batiendo las manos. Se sintió tan

extraña que no creyó que fuese ella la que atravesaba ese lugar, sino una aparición fantasmagórica.

—Es aquí —indicó el camarero—, ¿disculpe señorita se siente bien?

—No.

—Puedo ayudarla en algo más.

Negó con la cabeza. Lo único que buscaba era estar sola, tirarse en la cama y no dejar de pensar en Luca. Solo en su recuerdo podía sentirse viva.

—¿Necesita algo más? —insistió una vez más ante el estado de la pasajera.

—Que nadie me moleste —replicó a medias.

—Más tarde pasarán a entregarle la cena.

No contestó. Se sentía anestesiada. De todos modos, como le había asegurado el amable camarero, el insistente golpe en la puerta hizo que de mala gana ella se levantara para decirle que no quería comer, tampoco quería vivir más así. Sin fuerzas, se incorporó y abrió la puerta. La imagen que vio fue tan fuerte que creyó que era un fantasma. Intentó reaccionar al verlo, pero un vahído la sobrecogió y cayó en una absoluta oscuridad.

* * *

Creí que había planeado todo para que saliera del mejor modo. No me conformé solo con hablar con Ralph, porque yo había dejado de ser de su interés, y también lo sería para la organización. Por ese motivo, en esos días, había dejado correr la versión de que Renzo estaba dando información sobre la banda de Moran, que usaba como prenda de cambio para ingresar a las filas de Capone. Debí dar señales de que era así y no de otro modo. Nadie quería un traidor dentro de su gente, menos alguien que se había esforzado por estar cerca de Bugs. Supe que no solo estaría controlado por Renzo, sino también por los hombres de Moran que aguardaron expectantes. Si ellos terminaban con Renzo, liberarían a Ralph

del pacto que ambas bandas habían celebrado. Sin Renzo, todo se terminaría. Eso ocurriría solo si todo salía bien. Aunque mi vida estuviera en juego, ya que silenciarme sería un modo de quitar toda evidencia entre ambas bandas. Yo les serviría con vida hasta unos segundos después que Renzo muriera. Después, mantenerme con vida correría por mi cuenta. Tras el disparo hacia la bombilla de luz que alumbraba escuetamente el lugar, sobrevino el caos. Estaba claro que no estaba solo con Renzo, los muchachos de Bugs habían llegado para cobrarse la traición de mi antiguo compañero. Nunca creí que no fuesen contra mí ni que no me matasen. Solo lo harían, una vez que comprobasen la veracidad de lo que yo había dicho. El compás de espera duró más de la cuenta, porque ver a Eva en el centro de la escena lo complicó. Lo único que me importaba era sacarla de allí. Debía hacerlo a cualquier precio. En esa fracción de segundos, me di cuenta del gran error que había cometido al arrastrarla a mi vida, pero no hubiese podido no hacerlo, porque ella era *mi vida. Sin Eva yo estaba perdido. Lo que sobrevino después del primer disparo fue la oscuridad absoluta junto al metálico sonido de las ametralladoras y pistolas resonando en el lugar. Los fogonazos me guiaron porque debía salir de allí cuánto antes. Ya no me quedaban balas en la recámara. Si no huía, sería hombre muerto. Apenas alcancé la salida por la que habían sacado a Eva, tal como habíamos pactado, una explosión sacudió el lugar. Los disparos al tanque del motor hicieron estallar el vehículo y arder el lugar. En ese instante, los que estaban con vida huyeron de inmediato, porque no tardaría en llegar la policía. Tuve tiempo de ver cómo los hombres de Bugs ejecutaban a su modo a Renzo, antes de irse en dos automóviles negros a toda velocidad. Cerca de él había, otro cuerpo que acababa de arder. Sobre él arrojé mi moneda de la suerte y huí de allí. A poco de hacerlo, las sirenas de los autos policiales anunciaron su llegada al callejón. En medio de mi huida, noté que algo no andaba bien. Fue ahí que me di cuenta de la herida. Debía hacer algo. La zona estaba rodeada de policías. Me era imposible llegar a mi departamento. A la vera de las calle se encontraban unos mendigos que, entre el fuego para calentarse y una botella de alcohol, intentaban iniciar un nuevo día. No sería la primera vez que buscaría refugio con ellos, lo había hecho no bien había pisado la ciudad de Nueva York. Entre ellos, nadie me buscaría. Luego de darle un fajo de dinero, me entregaron la botella de whisky para derramarlo sobre mi herida hasta que pudiera conseguir alguna medicina. Como pude, me hice un torniquete con un trozo de la camisa, pero debía detener la sangre que no dejaba de manar. Necesitaba algo más. Para eso debía alcanzar el hotel Lexington. Nadie me buscaría allí, donde podría conseguir todo cuanto quería. Pocos conocían ese edificio como yo, ya que había estado en todos los detalles cuando sugerí la mudanza a ese lugar. No sería fácil alcanzarlo a plena luz*

del día, aunque la lluvia que, en breve, se desataría, me ayudaría. Como pude llegué a avenida South Michigan. Dos automóviles custodiaban la entrada del edificio. La cortina de lluvia obstaculizaba la visión y eso seguía estando a mi favor. Crucé la calle y me introduje por una pequeña ventana que daba hacia uno de los pasillos. La atención estaba centrada en el cuarto piso del edifico, donde estaban las oficinas de la organización. Necesitaba alcanzar los pasadizos que había por debajo de la construcción. No solo servía como depósito de la mercadería para ser llevada a otros lugares, en caso de que se hiciera una emboscada o una requisa, sino también contaba con una pequeña oficina que tenía todo lo necesario para huir. Allí quería llegar. No había sido difícil alcanzar el cuartucho que había por debajo del edificio. Como pude me extraje la bala y me coloqué la medicina que había disponible en el lugar. Un ruido me sorprendió. El leve sonido producido al quitar el seguro de un arma me alertó. Justo cuando giré, había alguien que me había seguido.

—No tengo opción —exclamó al apuntarme.

Solo que él desconocía que yo tampoco la tenía y que haría lo impensado por salir de allí y buscar a Eva. Ahora, mientras el barco nos aleja de Nueva York, puedo decir que lo conseguí.

* * *

Los ecos del colapso económico en los estados Unidos debido al derrumbe de la Bolsa de Valores en Nueva York golpearon a la Argentina. La prosperidad y estabilidad que hasta el momento había signado la conducción del presidente Yrigoyen comenzaría a declinar. La época considerada de máximo esplendor debido a que la Argentina era el mayor exportador de granos y carne congelada, dejaría de serlo. Al fuerte vínculo comercial que históricamente se tenía con Inglaterra se debía sumar el que se había trabado, desde tiempo atrás, con los Estados Unidos. Ambos se habían transformado en socios estratégicos para colocar gran parte de la mercadería que producía el país. Sin lugar a dudas, lo acontecido en Estados Unidos golpearía el comercio exterior argentino. Las grandes divisas, producto de la comercialización de granos, dejarían de ser tantas. El temor por lo que pudiese ocurrir se instaló en la población, en especial aquellos vinculados con los negocios agropecuarios. Aún no se sabía con certeza qué sucedería y cuáles serían las medidas económicas que el

mandatario tomaría, si en verdad decidía ejecutarlas. Algunas publicaciones daban cuenta de que la edad del presidente podía poner en juego las decisiones que tomase debido a la senilidad con la que adjetivaban sus años y su estado de salud. La incertidumbre sobrevolaba en varios hogares.

En la deslucida propiedad de la familia Ocampo, el dueño no dejaba de observar los periódicos que reposaban en la mesa del escritorio. Ni siquiera la botella de whisky que siempre lo acompañaba podía calmar el estado de incertidumbre y pesadumbre que tenía. Poco tiempo atrás, había creído que todo estaba perdido y que no podría recuperar ni poner en alto el apellido ante su debacle económica. Sin embargo, había recurrido a un gran crédito para hacer otro negocio con unas tierras. Según él, era lo único que sabía hacer. Cuando recién había comenzado a activar las transacciones comerciales para ganar dinero, llegaban esas noticias a sus manos. Por mucha explicación que los diarios dieran, don Ocampo sabía a la perfección que la situación era aún peor de lo que vaticinaban. Debía anticiparse a lo que sobrevendría. Por ese motivo, tendría esa tarde una reunión para resolver su futuro. Poco antes de salir, se dio un baño para quitarse el agobio que no solo le provocaba concurrir a esa entrevista, sino también debido al calor que comenzaba a instalarse en el ambiente. El centro de la ciudad era un ir y venir de habitantes que cumplían con las obligaciones laborales. Una vez que ingresó a la oficina y pidió por el señor Elvio Martínez, debió aguardar bastante tiempo en uno de los sillones de la refinada sala de espera.

—Señor Ocampo, ya puede pasar.

Asintió al dirigirse hacia la oficina a la que había concurrido en varias oportunidades para acordar el préstamo que le permitiría volver a ser alguien dentro de la sociedad porteña, la misma que lo había alejado por sus escándalos familiares. Debería ser convincente con Martínez.

—Adelante.

Ocampo se detuvo frente a la puerta al ver muy cómodamente sentado a Clemente Paz. No era con él con quien pensaba acordar.

—La entrevista la tendré con Martínez, no contigo.

Paz se levantó del sillón y enfiló hacia la puerta. Hizo caso omiso a los dichos del padre de Eloísa y cerró la puerta de un golpe.

—Él es mi socio. Ya te advertí que esto lo negociaremos entre nosotros dos. Si no lo deseas, puedes irte por la misma puerta por la que entraste. Eso sí, olvídate de que cambie algunas de las cláusulas del contrato.

Era eso lo que buscaría obtener ante las últimas noticias económicas que marcarían un gran cambio en la economía. Para salvarse, debería cambiar las reglas.

—Qué hijo de puta.

—Eso es bueno que lo sepas. Ahora, si quieres siéntate.

Clemente lo hizo mientras esperaba que Victorino hiciera lo propio.

—Parece que disfrutaras humillarme.

Ocampo dudó si dejar todo de lado y marcharse de allí con la mente en alto. Pero si quería el respeto de los demás y no volver a caer en desgracia con sus negocios, debía sentarse y conversar.

—No es así. Si estás aquí es porque buscas renegociar algo de tu préstamo. De momento, dediquémonos a eso. Luego hablaremos de otras cuestiones.

—La situación del país ha cambiado y empeorará en breve.

—En eso concuerdo contigo.

—En este contexto, me va a ser complicado pagar las cuotas del crédito del modo en que están diagramadas.

—¿Qué sugieres?

—Quiero un plazo mayor para comenzar a pagar.

—Sabes que el acuerdo habilita que, ante tu incumplimiento, puedo ejecutarte.

—Lo sé, y ambos sabemos que esa cláusula es leonina.

—A tus ojos puede ser, pero es este acuerdo el que te ha permitido volver a empezar.

—No quiero que mi emprendimiento se caiga.

—Respecto de tu falta de pago, estoy en mi derecho de accionar; mal que te pese, dependes de mi bonhomía que tu futuro no decaiga —replicó con una sórdida sonrisa.

—Sabrás entonces que el tuyo dependerá del consentimiento que no te daré con mi hija.

—Te dije que, antes cerraremos esto; luego hablaremos de algo más personal.

Un contundente silencio se instaló en el despacho.

—En cualquier caso, ejecutaría tu incumplimiento. Mi socio nunca estuvo de acuerdo con el préstamo, por eso parte del dinero que se te dio es propio. Pero sabes algo, te voy a extender el plazo para que cubras el dinero. No es una buena medida acorde con la situación que se está viviendo, pero hay una sola causa por la que lo hago: Eloísa.

Victorino se movió incómodo en la silla. Detestaba que Paz tuviera los hilos de la situación y los moviera a su gusto.

—Si es así, no hay nada más que hablar —increpó al levantarse.

—Te equivocas, siéntate.

En ese mismo instante, deseaba irse y no tener que escuchar a ese sujeto. Pero no le quedó otra alternativa que volver a sentarse.

—Si fuera por mí, ya me habría casado con Eloísa, pero sé que ella, en el fondo, busca de ti un acercamiento: eres su padre.

—¿Ahora lo recuerdas? Jamás lo tendrá —dijo largando una carcajada—. ¿Es eso lo que le has prometido mientras la tienes en tu casa? Nunca le daré mi autorización para que se una en matrimonio con el que destruyó a mi familia.

—Te equivocas si crees que te estoy pidiendo autorización para casarme con Eloísa. Voy a hacerlo de igual modo. Solo quería comunicarte lo que haremos y que, si en algo te importa tu hija, deberías acercarte a ella en un momento tan importante.

—No lo haré. Si es eso lo que querías decirme, no tengo mucho más que hablar. Tampoco quiero perder tiempo.

—Está bien, puede irte.

Ocampo corrió la silla contra el piso con fuerza. Antes de alcanzar la puerta, giró para decir algo más.

—Supongo que esto no cambiará la cuestión comercial.

—Si eso es lo que te preocupa, quédate tranquilo. Soy un hombre de palabra, no sé si sabes lo que significa. Eso sí, no se te ocurra volver a lastimar a Eloísa. En tu lugar lo pensaría dos veces antes de hacerlo.

Ocampo sabía cuándo era mejor no replicar y dar por finalizada una reunión. Al menos, había conseguido lo que había ido a buscar. Del resto, esperaba que el tiempo le diera la razón.

* * *

Eloísa no podía creer la entereza de Clemente. Desde que se había desatado el conflicto familiar, él no solo se había mantenido a su lado, sino también le había demostrado con distintos hechos cuánto la amaba. El vínculo con su padre se había endurecido más aún. Quizá para quitarse la culpa que aún mantenía por la elección que había hecho, había ido hasta su casa para hablar con él y decirle que se casaría. La había recibido por unos pocos minutos. Si bien la conversación fue escueta y no estuvo plagada de insultos como acostumbraba hacerlo al dirigirse a ella, él había mantenido la misma postura. Estimaba que la intervención de Clemente en una reunión, que había tenido días atrás y de la que no le quiso contar demasiado, había surtido su efecto. Cuando salió de allí supo que ella se merecía ser feliz, que su padre lo había intentado y que no podía responsabilizarla por los errores cometidos en el pasado por él y su madre. Luego de la gran discusión que habían mantenido en la casa de Lina, Lily había desaparecido, parecía que se la había tragado la tierra. Eloísa se había acostumbrado a su abandono.

El día de la boda había llegado. Acababa de colocarse un sencillo vestido, no quería hacer alharaca en una ceremonia que sería absolutamente íntima.

—¿Querida, estás lista? —se interesó Lina desde el otro lado de la puerta—. No querrás llegar tarde este día.

Volvió a mirase al espejo; le gustaba la imagen que reflejaba. El vestido en satén color champagne cortado al bies, lo que le daba caída a la prenda. El cabello se recostaba hacia un lado con ondas y estaba sujeto por un broche de brillantes por debajo del tocado con algunas plumas que acompañaban el atuendo. Volvió a colocarse con las manos temblorosas unas gotas de perfume con aroma a jazmín y abrió la puerta.

—No quiero imaginar cuándo te vea.

—¿Crees que le gustaré?

—Estás hermosa. —Suspiró—. Quiero darte esto. —Lina tenía entre las manos un collar de perlas—. Significa mucho para mí –y tú también–; por eso me haría feliz que lo uses este día.

Con lágrimas en los ojos, Eloísa se abrazó a Lina para agradecerle todo lo que había hecho por ella. Sin serlo, había actuado como la madre que siempre deseó tener.

—Es tiempo de irnos; sabes que Clemente no es paciente.

—Tienes razón.

Lamentaba que no estuviera Eva en ese momento; ella sabría cómo contenerla y qué decirle en una instancia tan importante. Esperaba que pudiera volver pronto al país.

El socio de Clemente las había pasado a buscar para ir al Registro Civil. Lina se había encargado del pequeño ramo de jazmines que Eloísa llevaba en una de las manos. No bien descendió del automóvil, vio a Clemente aguardando en la puerta. Le causó gracia que justo él se mostrase nervioso, caminando de un lado a otro. Fue solo un segundo en que él giró hacia ella y la vio. En ese instante todo se detuvo. No creía que fuera posible que, al fin, ella se transformara en su esposa. En varias oportunidades, se había preguntado si la merecía, pero, como no le gustaba la respuesta que tenía para sí, dejó de preguntárselo. La amaba con locura y no quería que nada la perturbara. Con una amplia sonrisa comenzó a descender los escalones para buscarla, pero esa alegría inicial se fue apagando al ver la silueta de Lily acercándose a su hija.

—Creí que eran mentira los rumores que corrían, que no te casarías por respeto a tu madre.

Con estupor, Eloísa se detuvo e hizo que se apartase Lina que se había acercado antes de que llegase Clemente.

—He soñado con que me acompañases en un día como el de hoy, no con que vengas a quitarme la felicidad que tengo ni a hacerme reclamos.

La mirada de Lily se instaló en el anillo de compromiso de oro blanco y brillante. A Eloísa le heló la sangre el modo en que la miraba. No había en su madre una pizca de amor o cariño: solo celos y resentimiento.

—No te pusiste a pensar que debería estar yo en tu lugar.

En pocos segundos, estaba Paz en medio de ellas. Tomó a Eloísa por la cintura y la alejó de su madre. No toleraría que esa mujer hiciera alguna estupidez ese día. No lo permitiría.

—Si no te vas en este mismo instante, te llevará de aquí la policía, ¿qué prefieres?

—A ti —replicó con los ojos húmedos.

El rostro lo tenía maquillado por demás. Si no fuera porque la conocía, habría jurado que se había transformado en otra mujer. Deslucida, amargada y sin vida.

—Vete, por favor —pidió Eloísa—, si él es el motivo por el que viniste, ya lo escuchaste.

—Algún día te arrepentirás de lo que me has hecho —dijo al retroceder para retirarse.

—Nunca —replicó Eloísa con lágrimas al ver los ojos de Clemente.

Él la rodeó con sus brazos y la besó con pausa, buscando que estuviera bien y ese incidente no afectara lo que harían minutos después.

—Mi amor —resopló sobre sus labios—, ¿cómo estás? —murmuró al limpiar con delicadeza las lágrimas que le corrían por el

rostro—. ¿Estás lista?

—Siempre lo estuve.

—¿Estás segura?

—Más que nunca.

—Te amo.

Clemente esperaba estar a la altura de la mujer que tenía al lado. Ella había dejado a un lado a su familia por amor. Más allá de las despreciables actitudes de sus padres, lo había elegido, y eso era algo que él nunca olvidaría. Daría lo que no tenía por hacerla feliz, ese sería su objetivo en la vida.

—No te imaginas cuánto te amo.

El regreso de su madre por más que fuera doloroso había aclarado los tantos. Si no lo hubiera hecho, Eloísa habría conservado la ilusión de un reencuentro distinto. Con dolor y pesar, se había dado cuenta de que con ella el vínculo nunca sería de otro modo. Al principio había creído que el sacrificio de alejarse de él, la acercaría a su madre. Pero pudo darse cuenta de que no había regresado por ella, ni para salvar una relación resquebrajada, sino que a Lily solo le importaba ella misma, sus recuerdos y el hombre que alguna vez pudo ostentar.

Envuelta en los brazos de él, entró al edificio para transformarse en la señora de Paz. La ceremonia había sido corta pero sentida. Luego de compartir un almuerzo con los afectos que lo habían acompañado, partieron rumbo a la quinta que él tenía en las afueras de la ciudad. Desde que le había pedido matrimonio, había hechos que la arreglasen para sorprenderla. Deseaba llevarla lejos, un viaje a Europa era el elegido. Según habían convenido, lo harían más adelante.

—¡Qué linda es! —exclamó Eloísa cuando llegaron.

La calidez que brindaba esa casa la sobrecogió. Los débiles rayos del atardecer ingresaban por el amplio ventanal que daba a un cuidado y florido jardín. Las blancas paredes daban luz a la sala que estaba decorada con algunos ramos de flores silvestres.

—Le pedí a la casera que la dejase bonita. Yo no tenía idea de cómo hacerlo —dijo al tomarla por detrás.

—Soñé con este momento muchas veces, pero nunca imaginé que podía estar tan nerviosa.

Clemente la giró para tenerle frente a él.

—Yo también lo estoy.

—No te creo —replicó con mirada cómplice.

—Así es —contestó al deslizarle un dedo por la barbilla hasta el cuello—, nada de lo que he vivido en el pasado puedo compararse con este momento. Te deseo como nunca antes deseé a otra mujer, ¿puedes entenderlo?

Ella asintió con la boca seca ante el modo en que él le hablaba. No había lugar a duda en cada palabra que le decía.

—Te amo.

Con los dedos trémulos, ella buscó la horquilla para quitarse el tocado que tenía.

—Déjame a mí —susurró él que, con delicadeza, hizo a un lado el aplique del cabello y lo arrojó a un lado de la sala.

Con pericia, buscó el cierre por detrás de la prenda y lo fue bajando sin dejar de mirarla. Ella estaba hipnotizada con esos ojos negros que la habían desnudado antes que esas manos lo hicieran. Él lamió y besó esos labios que lo enloquecían. Jugó con su lengua hasta arrancarle sonoros gemidos. A medida que las manos se deshicieron del sostén, la boca de Clemente descendió a los pechos para jugar con ellos. Se quitó el saco, al tiempo que ella le desabrochaba la camisa. La levantó para llevarla al sillón. Con los labios, le recorrió el cuerpo mientras esas manos le acariciaban sus muslos hasta alcanzarle el punto íntimo. Lo frotó con los dedos mientras sentía los espasmos a los que la sometía. Pudo percibir la tensión de su cuerpo cuando él descendió más para probarla.

—Mi amor, no te escondas, déjame a mí.

Ella estaba entregada a las caricias y a todo el placer que él se esforzaba por darle. Sintió como la boca hurgaba dentro de ella y absorbía su humedad. Eloísa había dejado de pensar en lo que él hacía, solo se concentró en el placer que le estaba dando. Ella estaba abrumada por las sensaciones a las que él la sometía. Poco después,

ella estalló de placer. De inmediato, lo vio incorporarse para desvestirse.

—Quiero estar dentro tuyo.

—Por favor —susurró.

—Te amo —musitó al tiempo que la penetraba—, mírame.

Él quería captar cada instante de placer que le daba, buscaba ver más de ella.

—Mía —le dijo en la primera embestida—; solo mía.

Ella se aferró con los dedos a la espalda de él; sentía que volvería a colapsar frente al orgasmo que se avecinaba. Minutos después, ambos estallaron en mil pedazos.

—Cómo te sientes —susurró.

—Amada.

Ella tenía las mejillas coloreadas por la pasión, los labios enrojecidos por los besos dados y el placer instalado en el rostro.

—Ven.

Él la condujo hasta la amplia habitación. No les bastó las horas del día para amarse y demostrase lo que uno sentía por el otro. Atrás habían quedado para ella los fantasmas del pasado.

* * *

El intenso calor veraniego se había instalado en la ciudad. Los porteños despedirían el año con cierta pesadumbre por lo que ocurría en la economía. Se estimaba que el año entrante sería difícil. A pesar de ese pronóstico, nada hacía prever que las noticias complicasen aún más el panorama político. Sin embargo, así sucedió. Uno de los periódicos más de mayor tirada de la ciudad relató lo siguiente:

Atentado al presidente

En vísperas de la Navidad, se vivió un hecho preocupante para todos los argentinos. El presidente Hipólito Yrigoyen salió de su domicilio en compañía de su médico, el doctor Osvaldo Meabe, caminando por la calle Brasil. No bien cruzaron la calle donde estaba ubicado el Hotel Tigre, un hombre salió de allí dentro hacia el automóvil presidencial y, con un arma calibre 32 en su mano, disparó. Los dos primeros tiros se estamparon contra el vidrio del vehículo, que se hizo añicos. El comisario Alberto Pizzia, que quiso detener el tercer disparo, cayó herido. Los últimos dos proyectiles salieron disparados hacia el automóvil sin lograr herir al presidente. Ya sin balas, el agresor recibió una lluvia de disparos que lo dejaron tirado, muerto y ensangrentado. Según lo informado, se puede afirmar que la identidad del atacante es Gualberto Marinelli y pertenecía al ala anarquista.

Las noticias no eran alentadoras, no obstante, los porteños se preparaban para pasar las fiestas en familia. Así lo había soñado Eva. Desde que había llegado a la ciudad junto a Luca, buscaba una tregua en medio de tantas complicaciones que habían vivido. Aún no había logrado olvidarse de todo aquello. Por las noches se despertaba con alguna pesadilla. Luca volvía a amarla para demostrarle que nunca más se iría de su lado. Esperaba que esa calma continuase por un tiempo. También la había apaciguado la noticia del casamiento de su amiga. Estaba convencida de que había encontrado al hombre que la haría feliz. Verlos juntos la había llenado de alegría. Deseaba que las fiestas fuesen un momento de felicidad luego de lo acontecido. Planeaba la reunión que anhelaba desde la estancia. Sin embargo, hubo algo que lo cambió todo. La llegada de Antonio a El Recuerdo con una noticia para ella, había sido determinante para que, junto a Luca, viajase a la ciudad.

Le habían informado que Ángel se había descompensado. Había sido Mora la que le había enviado un mensaje. Eso la preocupaba más. Aún mantenía en su memoria la felicidad de él cuando había ido a verla luego de la travesía en el barco. Se habían fundido en un abrazo interminable que había significado mucho para ambos. En la despedida, ninguno de los dos había querido manifestar la angustia de saber cuándo volverían verse. Sin embargo lo habían logrado y la

felicidad de aquel momento volvía a empañarse. Unos pocos minutos tardaron en disponer todo y salir rumbo a Buenos Aires.

Una vez más, Eva estaba sentada en la sala de espera aguardando que el médico saliese de la habitación para poder ver a su hermano. Si no fuera por Luca que la sostuvo durante todo el viaje, no sabía cómo ella hubiese podido viajar desde la estancia hasta la institución médica. Él no había dejado de calmarla hablándole con palabras justas y sin mostrar inquietud. Le daba la seguridad que a Eva le faltaba. Ángel había sufrido una nueva recaída, una más de las tantas que tendría en su vida, y ella esperaba que no fuese distinta a las anteriores, que, luego de unos días, pudiera salir de la institución médica. En la sala de espera estaba Mora, que se levantó no bien la vio. Luego de abrazarse, volvió a sentarse frente a ella. Sin lugar a dudas, se había equivocado al juzgarla. Ya hacía un tiempo que estaba junto a su hermano, ambos se habían tornados inseparables.

El chasquido de la puerta al abrirse, la distrajo de los pensamientos. Se incorporó de inmediato para acercarse al doctor y saber qué tenía para decirles.

—Doctor, ¿cómo está mi hermano?

—Eva, puedes entrar a verlo, él quiere hablarte.

El profesional ya conocía a Eva; si bien atendía a diario pacientes con esa y otras dolencias, siempre le había llamado la atención el permanente acompañamiento de la joven a su hermano.

—Mora, yo… —dudó Eva al pasar.

—Quiere verte a ti —afirmó con una tibia sonrisa.

Eva entró a saludar a su hermano. Ella intentó no manifestar el impacto al observarlo. A pesar de que estaba acostumbrada a verlo en una cama de hospital, no lo notaba bien.

—Tan mal me ves —dijo con una media sonrisa.

—No, solo que desde hace unos días no me he sentido muy bien —dijo al sentarse a su lado.

—¿Qué tienes?

—Desde que llegamos a la estancia, Cleo no ha dejado de

preparar comida. Parece que quiere competir con Antonio para ver quién lo hace mejor. No te imaginas los manjares que cocinan; yo no dejo de comer uno y otro plato.

No importaba cuán tonta podía parecer contándole eso, lo único que buscaba era sacarle una sonrisa y distraerlo de la preocupación que tenía.

—Siempre me resistí a regresar a El Recuerdo, pero el doctor me dijo que sería una buena idea que me fuera a pasar unos días.

—¡De verdad! —exclamó con lágrimas en los ojos—. Me encantaría que así fuera.

—Ahora que aceptas a Mora, sería un buen momento para hacerlo.

—Todo lo que dije y pensé en su momento de ella quedó atrás. Creo que solo estaba celosa de la joven que conquistó el corazón de mi hermanito.

—Prométeme que todo seguirá igual.

—No necesitas de una promesa mía, porque tú podrás verlo solito, aunque debo reconocer que hay un solo motivo por el que ambas nos llevaremos a las mil maravillas.

—Sí, ¿cuál es?

—El amor que te tenemos.

—Ven —dijo y la abrazó.

En ese instante de tanta intimidad, la tensión se quebró y ambos rompieron en un sordo sollozo. Ninguno debía dar mayor explicación. Los dos sabían el duro momento que Ángel atravesaba. Ella notaba como él se apagaba en cada internación a la que era sometido. Sin embargo, no importaba cómo, quería tener a su amado hermano a su lado toda la vida.

—Shh —le susurró él al oído—, no debes ponerte así: siempre supiste cómo sería.

—Es que no soporto verte en esta cama, solo quiero que regreses a la estancia un tiempo. Verás que todo será distinto. Puedes instalarte

con Mora en la cabaña. Sé que te gustó mucho cuando la mandé a construir.

—Lo haremos.

—¿En verdad me lo dices?

—Por supuesto.

—Entonces deberás ponerte bien muy pronto.

—Lo intentaré —murmuró con los ojos húmedos—, siempre creí que la felicidad no estaba destinada para mí. En algún momento, pensé que me lo merecía por haber permitido que me protegieras incluso a costa de culpar a un inocente.

—Eso quedó en el pasado.

—No para mí. Nunca creí que sería tan feliz como lo soy ahora. ¿Tú eres feliz?

—Claro que lo soy con Luca; es lo mejor que ha pasado en la vida.

—Puedo quedarme tranquilo de que sabrá cuidar de ti.

—Por favor, no me hables así.

—Entonces ponte a organizar mi viaje a la estancia. Haz pasar a Luca que quiero hablar con él.

A Eva le sorprendió el pedido.

—Estoy seguro de que te ha acompañado y está aguardando detrás de la puerta.

—Así es.

—Entonces, llámalo.

Eva volvió a recostarse sobre su hermano para despedirse hasta el otro día.

—Pienso quedarme en la ciudad hasta que puedas venir con nosotros a la estancia —le susurró al oído.

—Prefiero que te vayas y acondiciones todo.

—Pero…

—Por favor, hazlo.

Eva se despidió besando la blanca palidez de esa mejilla y luego fijó los ojos en el bello rostro de su hermano.

—Te amo.

—Yo también y lo sabes, ¿verdad?

Eva se retiró y cumplió con el pedido de Ángel. Luego, en el baño, ella rompió en llanto. Mientras eso sucedía, Luca escuchaba al menor de los Soria:

—Necesito que cuides de Eva.

—Eso no tienes que pedírmelo. Es lo que siempre haré.

—Aún no está preparada para lo que viene, aunque ella cree que sí.

—Ángel…

—Nunca has hablado con dobleces; por favor, no lo hagas ahora.

—Está bien.

—Espero que sirva, en este momento, que te pida disculpas por el pasado y los errores cometidos.

—Nunca busqué eso, quizá no le perdoné a tu hermana que te hubiese elegido y defendido al punto en que lo hizo. La cuestión jamás ha sido contigo, sino con ella. No soportaba no ser tan importante como ella lo ha sido siempre para mí. Pero puedo asegurarte que todo aquello está zanjado.

—Me alegra que así sea, porque va a necesitarte.

—Y ahí estaré para sostenerla.

—Quiero pedirte algo muy importante para mí.

—Lo que quieras.

—Quiero que a Mora no le falte nada.

—Dalo por hecho.

—Ella aún es joven y volverá a enamorarse. Aunque me diga que no, sucederá. El tiempo podrá curar su dolor. No quiero que eso sea un obstáculo para darle lo que ella se merece.

—Entiendo, puedes contar con eso. Dejaré todo dispuesto para que tenga lo que necesite.

—Te estoy confiando lo mejor que he tenido en mi corta vida, además de mi hermana.

—Sé muy bien de lo que hablas. Yo daría lo que no tengo por asegurarme de que Eva estuviera bien y que nada le faltase.

—No te imaginas la tranquilidad que me das. Le dije a Eva que, cuando salga de aquí, iré a la estancia a pasar una temporada. Quiero que te la lleves y que la saques de la ciudad. Le pedí que arregle todo en la cabaña con la excusa de que se vaya.

—Te quedarás con Mora.

—Sí, es ese el modo en que quiero pasar los últimos momentos de mi vida. A Eva quiero recordarla feliz como cuando llegó contigo. Parecía que estaba en un limbo y que nunca se despertaría. No soporto ver cómo las personas que amo sufren a mi alrededor. No quiero ver más lágrimas. Mora lo sabe. Hemos tenido tiempo de hablar mucho sobre esta despedida y cómo deseo que sea.

—Te garantizo que mañana la saco de la ciudad para llevarla a la estancia.

—Gracias, Luca.

—Sabes que cualquier cosa que necesites solo tienes que comunicarte conmigo. Acá en el hospital saben cómo hacerlo.

—Lo sé. No quiero que te pongas sentimental ahora.

—No lo haré, hermano.

—Es tiempo que busques a Eva. Quiero quedarme con Mora el resto del día.

—Ya la llamo.

Luca se volteó para mirarlo por última vez, y abrió la puerta para decirle a Mora que entrase. Con su mirada buscó a Eva y no la vio.

—La vi dirigirse a la zona de los baños —explicó la joven antes de ingresar al cuarto.

Él asintió y enfiló hacia allí. No le importó ingresar al baño de mujeres. Cuando lo hizo, la vio aferrada con las manos al lavabo sin dejar de convulsionar ante el llanto que la atravesaba. De inmediato trabó la puerta, la tomó por detrás y la giró para envolverla en sus brazos.

—¿Por qué? —decía ahogada por la congoja—. ¿Por qué?

Ante la impotencia que le provocaba saber que Ángel se acababa de despedir de ella, comenzó a estampar sus puños contra el pecho de Luca.

—Mi amor —dijo al tomar el desencajado rostro de Eva entre las manos—, es así como debe ser.

—No lo entiendes.

—Claro que sí —dijo al ver la angustia y la desesperación que cruzaban el rostro de ella—. Y deberás dejarlo partir.

Él la envolvió en brazos y dejó que, poco a poco, dejara de tiritar. Hizo caso omiso a los fuertes golpes en la puerta de algunas damas que buscaba entrar y se mantuvieron de ese modo, como si nada existiera a su alrededor. A él nada le importaba más que Eva se calmase y pudiera estar mejor para salir de allí, sacarla del hospital y llevarla lejos. Aunque sabía que la distancia no alivianaría su dolor.

—No quiero irme y dejarlo solo.

—Mi amor, él no lo está.

—Pero…

—Cuándo creíste que yo estaba muerto, nada te consolaba, sino creer que estaba con vida. Ni siquiera que Ángel hubiese estado a tu lado. Es tiempo ahora de ellos, que puedan estar juntos el tiempo que reste. No puedes oponerte a eso, porque es lo que tu hermano desea.

Eva se aferró a Luca, mientras él la guiaba por los largos pasillos del hospital. Recordaba cuántas veces los había transitado, pero siempre en busca de una solución para Ángel. Nunca había abandonado la ilusión de que él mejorase. No había importado las veces que debía concurrir allí si se mantenía latente la posibilidad de una mejoría, aunque fuese leve. Acababan de llegar hasta la puerta. Ella se detuvo antes de salir. Giró para contemplar por última vez el largo pasillo que tantas veces había transitado. Sabía que no regresaría con su hermano. Ya no.

Epílogo

Dos años después.

La estancia El Recuerdo había quedado en la memoria de los que vivimos allí. Había, sin embargo, demasiado dolor enterrado en esas tierras como para continuar allí. Mudarse de la estancia había sido una decisión muy acertada, ya que permanecer en ese lugar solo nos traía pesadumbre. Queríamos contar nuestra propia historia en un lugar en que nos perteneciera, queríamos dejar afuera todo lo que nos dañó a Eva y a mí. Desde el mismo momento, en que entré al camarote del barco y ella cayó en mis brazos desmayada al verme, creyendo que su mente afiebrada deliraba y que yo estaba muerto, me propuse darla una vida sin sobresaltos. Dejé a Antonio junto a Cleo para que administren El Recuerdo. Me encargué de adquirir otras tierras que bautizamos El Juramento. Esa palabra había tenido un significado importante entre nosotros por la promesa que nos hicimos frente al arroyo cuando éramos muy jóvenes. En algún momento, había creído que ella se había olvidado de mí y que lo que había sellado en su piel con sangre había quedado en el olvido. Pero una vez más, estaba equivocado. Eva me había demostrado que lo que nos prometimos estaba tallado en su piel, en su corazón. Podía dar mi vida por ella y por la familia que teníamos.

Volví a ver en alguna oportunidad a Mina. Quizá con el tiempo pueda llegar a comprenderla un poco más. Eva ha intentado mediar entre nosotros, aunque sabe que debo resolverlo solo. Puedo entenderla, dejar de tenerle inquina, pero me cuesta perdonarla. Hemos vivido separados, y podemos seguir así. Mina eligió también eso hace mucho años.

Mis dos hijos, que han nacido hace un tiempo, son la combinación perfecta de nosotros dos: Olivia tiene mis ojos, pero el cabello de Eva. Vito no deja de hacer travesuras, aunque siempre con la complicidad de su hermana melliza. No creí que fuera capaz de amar más a la mujer a mi lado, pero puedo. Nunca imaginé verla entre los biberones, correteando

tras los niños. Nadie que me haya conocido antes, sería capaz de imaginar en lo que me convertí. Por más que la vida que llevé durante casi diez años, ha quedado atrás y todos esos vínculos están rotos, cuido con recelo la seguridad de los míos. Después del desbaratamiento de la banda de Capone, con mi muerte fingida y mi vida tan lejos de ellos, Eva cree que exagero.

Voy hacia el corral. Eva está adiestrando un gran ejemplar. Nos dedicamos en exclusiva a la cría de caballos. Los cabellos de Eva se mueven arremolinados por los corcoveos del potrillo. Tiene el ímpetu y el temple suficientes para calmarlo. Lo ha logrado conmigo, puede hacerlo con cualquier otro. Una vocecita por detrás interrumpe mis pensamientos al tiempo que se aferra a mi bota. La levanto de inmediato.

—Mamá —señala con su regordete dedo hacia Eva.

No tarda demasiado en aparecer Vito debajo de un sombrero mío. Está acostumbrado a que yo lo lleve a caballo por los alrededores de la casa. He pensado en comprarle un pony para que se acostumbre a montar. Sin embargo, le encanta el automóvil. Cuando vamos al pueblo, en su media lengua, quiere saber todo. Le hago una seña a mi esposa para que se acerque. Le entrega a uno de nuestros peones el potrillo.

—Vamos a alistarnos y preparar todo para esta noche.

De regreso a la casona, contemplo a mi mujer y a lo que hemos formado. A pesar de todo lo vivido, volvería a pasar por eso si sé que al final del camino está ella esperándome.

* * *

Los preparativos me tienen a mal traer, la cocina nunca ha sido mi fuerte, pero nuestros amigos vendrán a pasar una temporada con nosotros. Quiero tener todo arreglado para cuando lleguen. Mi inquietud se debe, también, al alboroto de mis hijos que están como locos por ver a su "prima". Así se llaman por el cercano vínculo que hay entre nuestras familias. "Meme" es el apodo de la hija de Eloísa y Clemente, una niña morocha como la madre y chispeante llamada "Mercedes". Espero que no sea tan renuente a la vida campestre como mi amiga. Le ha costado a Eloísa decidir dejar la ciudad e instalarse por un tiempo aquí. La ciudad la

retiene desde que se ha hecho cargo de la revista femenina que dirige. Ese ha sido un paso enorme en su carrera, pero, además, para todas las mujeres a las que nos representa por ser la primera que está al frente de una publicación en el país. Claro que se lo merece porque ha luchado con esfuerzo y dedicación para ganarse ese espacio. De ese modo, Clemente se ha podido abocar al periódico en exclusiva, su gran pasión.

También va a venir Mora con Angelito, lo que me llena de alegría. Poco después de la muerte de mi hermano, ella nos sorprendió con la noticia. Nunca imaginé que podía sentirme feliz luego de semejante pérdida. Con la muerte de Ángel, una parte mía murió con él. Me ha costado sobreponerme a su muerte, pero mi familia ha sido un gran sostén. Ver a mi sobrino tan vivaz y encantador, me hace feliz. Mora se dedica incansablemente a su hijo. Verla me llenaba de orgullo. En más de una ocasión, le he sugerido que me lo deje por si tiene algún compromiso. Nunca lo ha hecho. No se separa de él. Como si de ese modo, con esa lealtad por su hijo, reafirmara el amor que con mi hermano se habían tenido.

Cada tanto, cuando me pongo melancólica por la ausencia de Ángel, recuerdo lo que me dijo en la cabaña, cuando Luca se había ido: "No puedes esperar que la vida te pase y te aplaste, dale batalla y pásala por encima". Sigo su consejo. Eso hago. Cada día. Junto a Luca.

Bibliografía

Bair, Deirdre, *Al Capone. Su vida, su legado y su leyenda*, México, Anagrama, 2018.

Sáenz Quesada, María, *La Argentina: historia del país y de su gente*, Buenos Aires, Sudamericana, 2012.

Luna, Félix, *Historia argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2014.

Saulquin, Susana, *Historia de la moda argentina: del miriñaque al diseño de autor*, Buenos Aires, Emecé, 2011.

Agradecimientos

A mis padres, desde el lugar de luz en el que se encuentren.

A Jorge, mi esposo, que colaboró en la investigación para que pudiera documentar esta novela.

A mis hijos, por estar siempre acompañándome.

A mis amigas, que, en este tiempo complicado para la escritura, estuvieron ahí para apoyarme siempre; gracias.

A mi amiga Inés Maidana, que nunca deja de embellecer mi página web ni de estar atenta a sus ahijados literarios.

A cada uno de los lectores, que, con tanto amor y cariño, se acercan a mí para brindarme su apoyo. Sin ustedes, nada de lo que escribo tendría sentido; los quiero.

A aquellas tres cosas que los Antiguos

consideraban imposibles

debería sumársele esta cuarta:

hallar un libro impreso sin erratas.

Alonso de Cartagena (1384-1456)